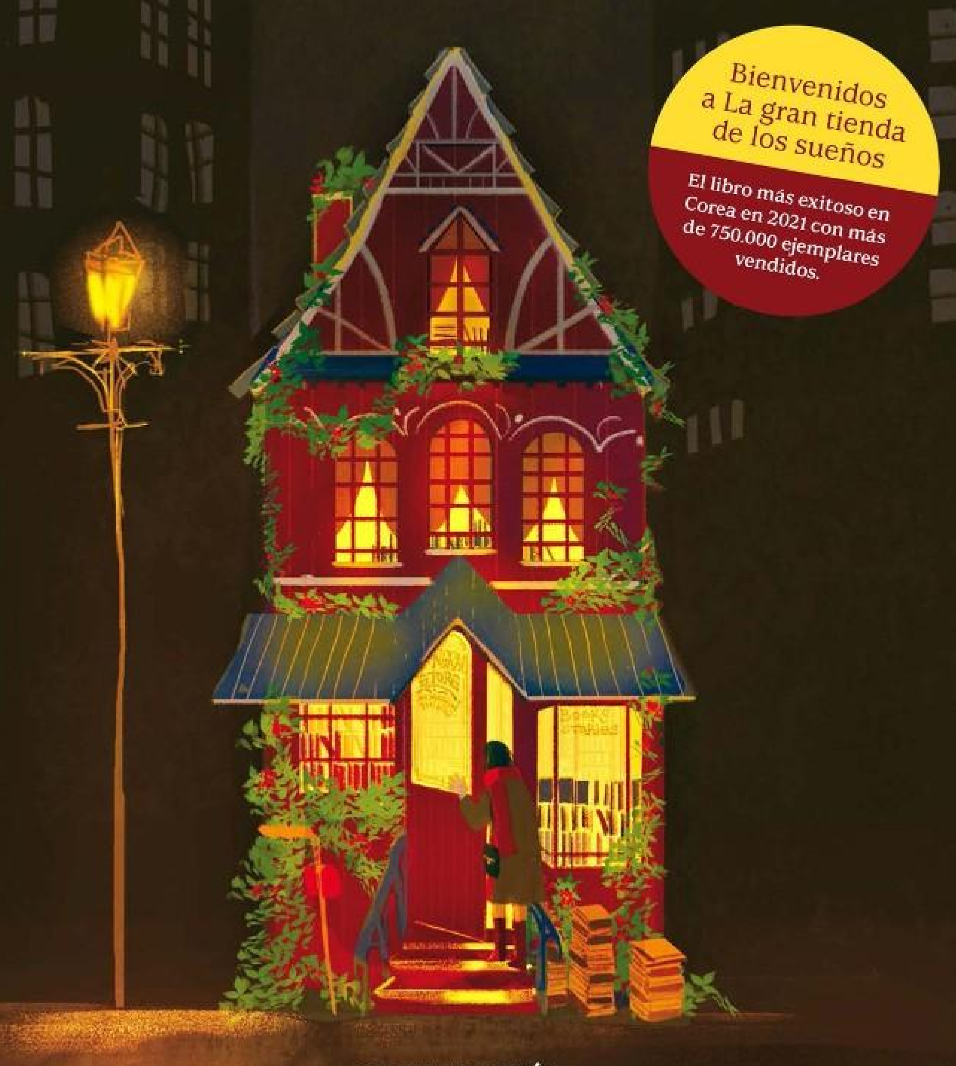
Miye Lee

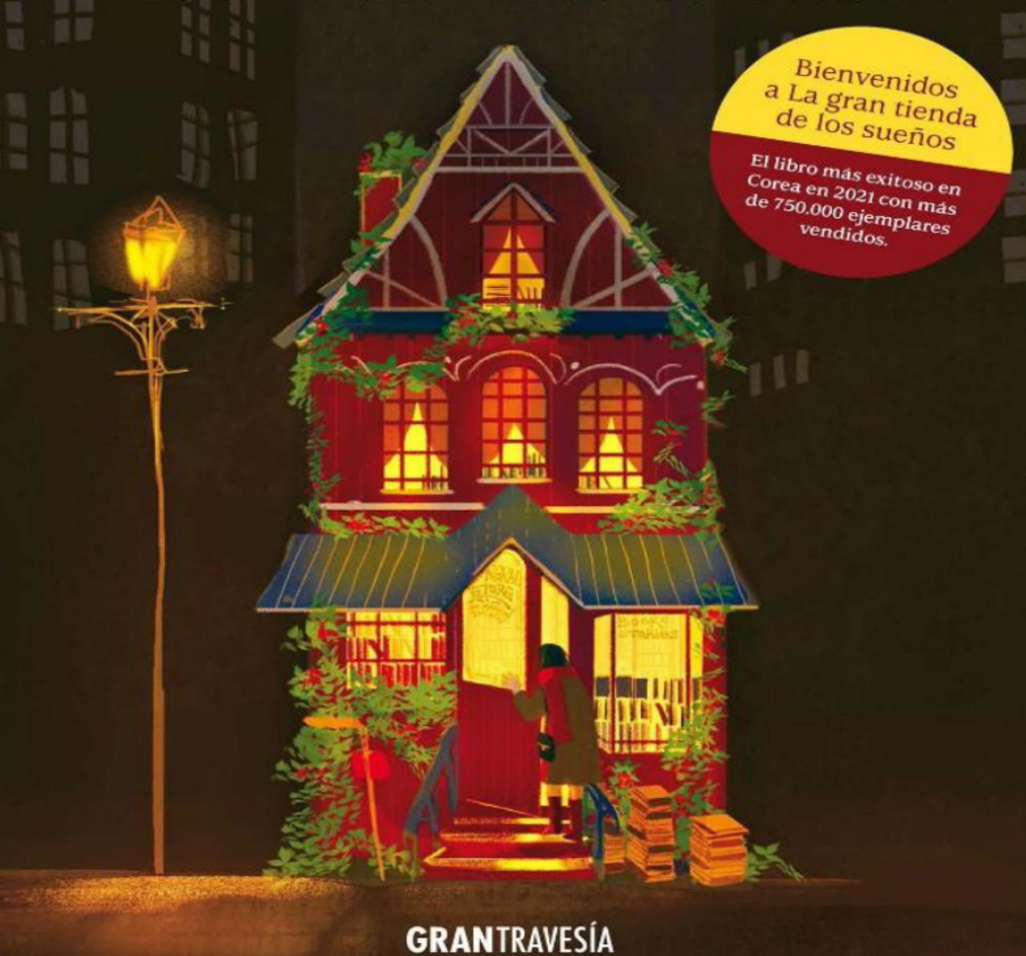
La gran tienda de los sueños



GRANTRAVESÍA

Miye Lee

La gran tienda de los sueños



Miye Lee

La gran tienda de los sueños

GRANTRAVESÍA



Prólogo
La legendaria tienda del tercer discípulo



Penny, con una melena corta bastante esponjada por la humedad y vestida con una cómoda camiseta, estaba sentada junto a una ventana del segundo piso de su cafetería favorita. Esa misma mañana había recibido una notificación de parte de la Galería de los Sueños: había pasado con éxito la evaluación de documentos y la citaban a una entrevista la semana siguiente. Para prepararse, se acercó a la librería del callejón contiguo a comprar un montón de manuales con preguntas de práctica y trucos para responder acertadamente en las entrevistas y ahora los estaba devorando uno por uno.

Sin embargo, llevaba un rato en el que su concentración había pasado a cero. El cliente que tomaba té en la mesa de al lado no paraba de balancear sus pies cubiertos con unos calcetines de colores hipnotizantes que dispersaban su atención.

El hombre, ataviado con una bata de dormir, sorbía su té con los ojos suavemente cerrados. Con cada soplo que le daba a la bebida, una agradable brisa forestal llegaba hasta el olfato de Penny. Seguramente estaba bebiendo una infusión para aliviar la fatiga.

—Hum, qué rico té… calientito… otra taza… ¿cuánto vale?

Tras decir esas pocas frases como si hablara en sueños, el hombre continuó meneando los pies a la vez que se relamía con sonoridad.

Penny le dio la vuelta a la silla para evitar tener a la vista los calcetines.

Aparte de él, había muchos más clientes vestidos con pijama en la cafetería. Sentada junto a la escalera que conducía a la planta baja, estaba una mujer, vestida con una bata de esas que te prestaban, que se rascaba con insistencia la nuca. Parecía sentirse algo agobiada, pues

al poco rato se puso a hacer aspavientos.

Desde tiempos lejanos, esta ciudad en la que vivía Penny había prosperado por la venta de productos relacionados con el dormir y ahora era una metrópoli muy populosa. Sus habitantes estaban acostumbrados a mezclarse con forasteros que iban en pijama, y Penny, que había nacido y crecido allí, no era una excepción.

Penny le dio un sorbo al café. Al atravesarle el líquido amargo la garganta, los confusos sonidos de su entorno se debilitaron y se sintió más envuelta en el ambiente del lugar. Había sido una elección sabia pagar un poco más para que le echaran dos cucharadas extra de jarabe calmante en ese café. Acercó hacia sí el cuaderno de preguntas de práctica que tenía abierto sobre la mesa y comenzó a releer la pregunta que antes le estaba costando resolver.

P: ¿Quién fue el creador y con qué sueño ganó el Grand Prix por voto unánime del comité evaluador en la Gala de los Premios al Mejor Sueño en 1999?

a. Kick Slumber con *Atravesando el Pacífico convertido en orca*.
b. Yasnooz Otra con *Vivir como mis padres durante una semana*.
c. Wawa Sleepland con *Observación de la Tierra flotando en el espacio*.
d. Doze con *Un té con un personaje histórico*.
e. Coco Siestadebebé con *Un matrimonio con problemas de fertilidad tiene trillizos*.

Sumida en el esfuerzo de encontrar la respuesta, dio unos mordisquitos a la punta del bolígrafo. Hacía muchísimo que pasó el año 1999. Como Kick Slumber y Wawa Sleepland eran creadores jóvenes, no encajaban como respuesta correcta, así que tachó esas dos opciones. Entonces el sueño ganador quizá fue *Vivir como mis padres durante una semana*. Si la memoria no le fallaba, era un producto relativamente reciente. Los sueños de Yasnooz Otra solían tener una propaganda inmensa antes de salir al mercado. Recordaba con claridad aquel eslogan rimbombante: “¡Ya no tendrán que sermonear a sus hijos por desobedecerlos! ¡Déjenlos vivir como ustedes por una semana!”, al igual que el aspecto de la modelo que lo decía en el anuncio.

Penny se debatió entre las otras dos opciones que quedaban y finalmente, marcó como correcta *e*) Coco Siestadebebé con *Un*

matrimonio con problemas de fertilidad tiene trillizos.

Enseguida tomó la taza de su café para darle otro sorbo cuando, de pronto, las patas delanteras de un animal lanudo se posaron sobre el cuaderno. Del sobresalto, estuvo a punto de tirar el café con el dorso de la mano.

—No, la respuesta correcta a esta pregunta es *a*) —empezó a decir sin ningún saludo previo el dueño de aquellas patas—. 1999 fue el año en que Kick Slumber debutó y fue memorable porque ganó el premio también. Me pasé seis meses ahorrando para comprar ese sueño. Fue la primera vez en mi vida que tuve uno así de vívido; esa sensación de mis aletas atravesando el agua y el espectáculo del ondulante fondo marino… Al despertarme, ¡me dio mucha rabia no haber nacido como orca! Penny, Kick Slumber es un genio. ¿Sabes qué edad tenía entonces? ¡Sólo trece años!

El peludo animal se expresó con tanto orgullo que parecía que el logro había sido suyo.

—Ay, eres tú, Assam. Qué susto me has dado —dijo Penny apartando la taza—. ¿Cómo sabías que yo estaba acá?

—Te vi hace un rato cuando salías de la librería cargada con todos esos libros, así que imaginé que estarías aquí porque sé que en casa no estudias —dijo Assam, dirigiendo una mirada hacia la pila de libros que Penny había puesto sobre la mesa—. ¿Te estás preparando para una entrevista?

—¿Y cómo sabes también eso, si me han llamado justo esta mañana?

—A los noctilucas no se nos escapa nada de lo que pasa en este callejón.

Assam era uno de los noctilucas que trabajaban en el callejón. La labor de los noctilucas era ir detrás de los clientes dormidos para que no deambularan sin ropa, es decir, vestirlos si se desnudaban; para ello, iban siempre cargados con unas cien batas. Estaban dotados de unas patas delanteras enormes si se comparaban con el resto de su cuerpo y de ellas salían unas largas uñas, ideales para llevar colgadas las batas. Además, su aspecto suave y lanudo los hacía perfectos para ese trabajo. Aunque resultaba algo irónico que ellos mismos no necesitaran llevar ropa gracias a lo espeso de su pelaje, Penny creía que los clientes que merodeaban desnudos se sentirían más cómodos si esos esponjosos animalitos, igualmente sin atuendo como ellos, les repartieran las batas en vez de que lo hicieran personas adecuadamente vestidas.

—Puedo sentarme aquí, ¿no? Es que me duelen las patas de todo el recorrido que hice hoy.

Antes de que Penny contestara, Assam dejó caer su trasero en la silla de enfrente. Su peluda cola osciló a través del respaldo abierto de la silla.

—Estas preguntas son difíciles —dijo Penny, comprobando una vez más la pregunta en que falló—. Assam, ¿me vas a decir cuántos años tienes como para que sepas todas estas cosas?

—Es de mala educación preguntarle la edad a un noctiluca —respondió Assam fríamente—. En su día, yo también tuve que hincar mucho los codos cuando quería obtener un trabajo en el sector comercial. Luego lo dejé cuando me di cuenta de que conmigo iba mejor este oficio —añadió, mientras acariciaba las batas que llevaba sobre los hombros—: Como sea, ¡quién me habría dicho que vería a la despistada de Penny yendo a una entrevista en la Galería de los Sueños! Viví tanto como para ver esto. Tal vez se me está premiando en esta vida por las cosas buenas que hice en la anterior.

Penny estaba convencida de que era un milagro haber pasado la evaluación de documentos.

La Galería de los Sueños de Dallergut era un lugar de trabajo muy popular entre los jóvenes. Por sus altos salarios, la vistosa y clásica fachada de su edificio que era el símbolo de la ciudad, el sistema laboral con diversidad de incentivos y el regalo de un sueño caro que daban a los empleados en el aniversario de su fundación, las ventajas de tener un puesto allí eran innumerables. No obstante, nada de ello superaba el honor de poder trabajar junto a Dallergut.

Todos los habitantes conocían acerca del linaje y los remotos antepasados del propietario de la Galería de los Sueños, pues era su familia la que había erigido la ciudad. De sólo imaginarse trabajar con él, Penny se sentía tan henchida de orgullo que le daban ganas de saltar de alegría.

—Ojalá consiga pasar la entrevista —dijo Penny, apretando sus propias manos.

—Pero ¿la estás preparando sólo con estos libros? —preguntó Assam, hojeando el libro de ejercicios que estaba resolviendo Penny y volviéndolo a dejar sobre la mesa.

—Creo que debo memorizar todo cuanto me sea posible. Puede que me pidan que hable sobre los Cinco Creadores Legendarios de Sueños, que me pregunten cuál es el sueño más vendido en los últimos diez

años o qué tipo de clientes viene en cada franja horaria. Oí que para las horas del turno que yo solicité, la mayoría de los clientes vienen de Australia occidental y de Asia. Estudié bien las diferencias horarias y los meridianos en donde cambia la fecha. ¿Sabes la razón por la que en esta ciudad recibimos visitas de clientes las veinticuatro horas del día? ¿Quieres que te lo explique?

De tanto entusiasmo, Penny estaba dispuesta a dar una clase magistral sobre ello en cualquier momento. No obstante, Assam agachó la cabeza en señal de completa desaprobación.

—Dallergut no te va a preguntar una cosa tan simple como ésa. Una respuesta así se la saben hasta niños de primaria.

Al ver que ella se desanimaba, le dio unas palmadas en la espalda.

—Descuida, Penny. ¿Sabes? Yendo y viniendo de un sitio a otro, tuve ocasión de escuchar muchas cosas acerca de ese señor. Aunque no lo aparente, soy alguien con muchos contactos, pues llevo ya varias décadas trabajando en este callejón —para que no le volviera a preguntar sobre la edad, siguió rápido con la explicación—: Dicen que a Dallergut le gusta conversar acerca de los entresijos de los sueños. No tengo absoluta certeza, pero probablemente te haga una pregunta que no tenga una respuesta correcta tan evidente. La verdad es que vine a visitarte para compartir esto contigo.

Assam descargó todas las batas que llevaba a sus espaldas en el suelo y empezó a buscar algo. Tras abrir un hueco entre aquel montón, sacó un bulto de tela. Lo abrió y de él salieron un montón de calcetines de dormir.

—Me he equivocado. Esto de aquí son calcetines para clientes que tienen los pies fríos… ¡Sí, aquí está!

Assam sacó un fino librito del tamaño de la palma de una mano. En la gruesa portada de color azul claro se leía el título grabado exquisitamente en oro:

La Historia del Dios del Tiempo
y el Tercer Discípulo

—¡Hacía mucho que no echaba mano de este libro! —exclamó Penny, reconociéndolo de inmediato.

Cualquiera que se hubiera criado en aquella ciudad lo conocía. Era una obra famosa que se recomendaba como lectura obligatoria a los niños de la localidad.

—A lo mejor te pregunta algo relacionado con esta historia; quizás

una breve reseña y tus impresiones. Si no lo leíste más que una vez de pequeña, dale una nueva leída bien concienzuda ahora. Sobre todo, porque, como ya sabes, es una historia muy importante para Dallergut —Assam arrimó su asiento a Penny y, acercándole su cara al oído, le dijo—: Esto es un secreto… Cuentan que todos los empleados que trabajan en la Galería de los Sueños han recibido de parte de Dallergut un ejemplar del libro como regalo.

—¿Es cierto? —dijo Penny, tomando con presteza el libro.

—¡Ya lo sea o no, imagínate lo que significa para él si lo regala a todos…! ¡Ay, me tengo que ir a trabajar ya! —Assam desvió la mirada tras de sí, hacia la ventana que daba a la terraza y agregó—: Creo que acabo de ver a uno que anda dormido en ropa interior.

Tras menear su nariz marrón, se apresuró a recoger las batas que había dejado esparcidas. Penny le ayudó devolviendo los calcetines al hato.

—¡Ya me contarás cómo te fue en la entrevista! ¡Buena suerte! —en lo que se levantaba de la silla, Assam no pudo evitar seguir mirando en dirección a la ventana—. Creo que hoy al menos no se quitará los calzones, por suerte —murmuró para sí mismo.

—Gracias, Assam.

Como respondiéndole con un “de nada”, meneó su cola en círculo y pronto desapareció bajando al primer piso.

Penny, aliviada, dio unas palmaditas sobre el libro que le había dejado.

Assam tenía bastante razón en lo que decía. ¿Cómo no se le ocurrió leerlo? Sus páginas narraban los orígenes de esa gran avenida comercial, el nacimiento de la ciudad y los inicios de la Galería de los Sueños. Si Dallergut era alguien que le daba importancia a la Historia, era muy posible que las respuestas estuvieran ahí.

Sin pensárselo más, metió en el bolso esa libreta que había plagado de tachones y enseguida se terminó el resto del café de un trago. Tras enderezar su postura, abrió el libro que Assam le había dado.

La Historia del Dios del Tiempo y el Tercer Discípulo

En tiempos muy remotos existía un dios que controlaba el tiempo de las personas. Un día como cualquier otro, cuando este Dios del Tiempo se encontraba disfrutando de su almuerzo, tomó conciencia de pronto de que a él no le quedaba mucho tiempo, así que llamó a una reunión a sus tres discípulos para darles la noticia.

El primer discípulo, que era el más resuelto y osado, le preguntó a su maestro qué deberían hacer de ahora en adelante. El segundo, de corazón tierno, empezó a derramar lágrimas en silencio al rememorar los tiempos pasados con su maestro. Por último, el tercero permaneció callado esperando a que el maestro terminara de hablar.

—Mi tercer discípulo, siempre tan prudente y reflexivo, respóndeme a esta pregunta: si los tres tuvieran que compartir el control del tiempo, ¿cuál elegirías tú de entre pasado, presente o futuro?

Tan pronto como el Dios del Tiempo propuso la cuestión, el tercer discípulo lo pensó un poco y respondió que se quedaría con el tiempo restante que no eligieran los otros dos.

El impulsivo primer discípulo, temiendo perder su oportunidad, fue raudo en anunciar que se llevaría el futuro:

—Concédame el poder de no quedarme estancado en el pasado para ser un buen gestor del futuro.

Él siempre había sido fiel creyente de que la virtud más admirable era ser capaz de apoderarse del futuro dejando atrás el pasado. El Dios del Tiempo le otorgó el futuro, a la vez que la capacidad para olvidar fácilmente el pasado.

Acto seguido, el segundo discípulo dijo cautelosamente que él se llevaría el pasado. Pensaba que con los recuerdos se podía ser feliz eternamente, pues no habría nada que lamentar ni echar de menos. El Dios del Tiempo le otorgó el pasado y, al mismo tiempo, el don para recordarlo todo infinitamente.

Sosteniendo en la mano el presente, un trozo puntiagudo e inconmensurablemente más corto que el pasado y el futuro, el Dios del Tiempo le preguntó al tercer discípulo:

—¿Te encargarás del fugaz presente?

A lo que él respondió:

—No, me gustaría que repartiera el presente a todas las personas por igual.

El Dios del Tiempo se extrañó por su respuesta.

—¿No hubo ningún tiempo que valoraras más en todo lo que estuviste aprendiendo conmigo? —preguntó, en un tono que denotaba gran decepción.

Entonces fue cuando el tercer discípulo, tras mucho pensárselo, se decidió a explicarle su postura:

—El tiempo que en más estima tengo es cuando todos duermen. Durante esos momentos, no hay remordimientos acerca del pasado y desaparece la ansiedad acerca del futuro. No obstante, las personas que recuerdan un pasado feliz no incluyen en sus memorias el tiempo durante el que estuvieron dormidos, los que anticipan un grandioso futuro no esperan con ganas las horas de descanso. Y los que están profundamente dormidos no son conscientes de su presente, ¿cómo podría yo, que me falta tanto por aprender, ofrecerme a gobernar ese tiempo tan complicado?

Al escuchar lo que decía, el primer discípulo se rio de él para sus adentros y al segundo le causó un poco de sorpresa; todo porque ellos siempre habían pensado que era un tiempo inservible. No obstante, el Dios del Tiempo le concedió de buen grado el tiempo del sueño a su tercer discípulo.

—¿Les parece bien a los dos que quite de sus tiempos las horas del sueño y se las dé a él?

—Por supuesto que sí —respondieron los discípulos primero y segundo sin

vacilar.

Así, los tres se dispersaron tras haber recibido sus respectivos tiempos.

En un comienzo, el primero y el segundo estuvieron muy contentos con el futuro y el pasado y con los poderes que les había otorgado el Dios del Tiempo.

Ensimismado con el futuro, el primer discípulo y sus seguidores pudieron olvidarse hasta de todos los momentos insulsos y, tras abandonar su pueblo natal, se asentaron en un reino más extenso, donde se ilusionaron con planes para un nuevo futuro.

El segundo, tan admirador del pasado, también se sintió muy feliz junto a sus discípulos. Estaban muy agradecidos por poder recordar indefinidamente acontecimientos entrañables, al igual que las hermosas caras de su juventud.

Sin embargo, pronto empezaron a surgir problemas.

Con el primer discípulo, de sólo pensar nada más que en el futuro, los recuerdos del pasado olvidados se acumularon en tal cantidad que empezaron a apilarse en capas, a modo de niebla, en aquella tierra donde ellos vivían. Debido a lo espesa que era, la gente no era capaz de encontrar a amigos y familiares Al desaparecer los recuerdos compartidos con sus seres queridos, acabaron olvidando hasta el objetivo mismo por el cual soñaban acerca del futuro. Terminaron convertidos en personas incapacitadas para ver no sólo el porvenir, sino también lo que tenían justo enfrente.

La situación del segundo discípulo no era mejor.

Su gente, que vivía atrapada en el pasado, no aceptaba el correr del tiempo, las separaciones inevitables, ni la muerte de uno mismo y los otros. Propensos a afligirse, sus lágrimas penetraban sin cesar tierra abajo, terminando por formar una cueva gigante en la que los emocionales aldeanos acabaron por ocultarse.

El Dios del Tiempo, testigo de lo que ocurría, esperó en silencio a que todos estuvieran dormidos y, dándole la espalda a la luna, se escondió en sus dormitorios. Sacó de su pecho el afilado pedazo del presente y, agarrándolo con firmeza, cortó en seco la sombra que se cernía sobre sus cabezas.

A continuación, con la sombra cortada en una mano y una botella vacía en la otra, salió a la oscura intemperie.

Primero, el Dios del Tiempo llenó la botella con los recuerdos blanquecinos como la niebla desechados por el primer discípulo y sus seguidores. Luego, recogió las lágrimas derramadas por el segundo discípulo y sus seguidores y se las guardó en el pecho.

Por último, sin que nadie se enterara, fue en busca de su tercer discípulo.

—¿Qué le trae a mí en medio de la noche, maestro?

Sin decir nada, el Dios del Tiempo posó una a una las cosas que traía sobre la mesa: la sombra dormida, la botella que contenía los recuerdos olvidados y las redondas lágrimas.

El tercer discípulo, ya con cierta idea de las intenciones que guardaba su maestro, le preguntó:

—¿Cómo podría usar eso para ayudarles?

En vez de responderle, el dios enganchó con su dedo la sombra que dormía plácidamente y la metió en la botella llena de recuerdos. Ésta, en plena confusión, intentó abrir los ojos, pero justo entonces él vertió las lágrimas dentro de la botella. Así, tuvo lugar un misterioso fenómeno: las lágrimas se convirtieron en ojos para la sombra y ésta los abrió y comenzó a vivir dentro de los recuerdos.

El Dios del Tiempo le pasó la botella al tercer discípulo diciéndole:

—Haz que cuando las personas duerman, sus sombras permanezcan despiertas en su lugar.

Aun siendo sabio, el discípulo no pudo comprender las palabras de su maestro.

—¿Se refiere a que mantenga a las personas pensando y sintiendo mientras duermen? ¿Cómo podría esto servirles de ayuda?

—La sombra experimentará en vez de ellos todo tipo de cosas durante la noche y las memorias resultantes de esas experiencias harán más resilientes los corazones de aquellos que se asemejan en su desánimo al segundo discípulo. Además, ayudará a los atrevidos como el primer discípulo a que puedan recordar lo que les conviene no olvidar cuando amanezca un nuevo día.

Una vez terminada la explicación, el Dios del Tiempo empezó a sentir que se iba agotando el tiempo que tenía concedido.

Viendo cómo iba perdiendo consistencia su querido maestro, el tercer discípulo de inmediato comenzó a gritar:

—¡Enséñeme más cosas, maestro! ¿Cómo debo guiar a las personas para que comprendan estos asuntos? ¡Ni siquiera sé qué nombre ponerle a esto!

—Ellos no necesitan saber nada. Más bien, será mejor que no tengan mucha idea de ello. Acabarán aceptándolo por sí solos —le contestó el dios con una sonrisa:

—Le ruego que al menos le dé un nombre. ¿Debería llamarlo “milagro”? ¿O quizás “alucinación”? —le rogaba el discípulo con desesperación.

—Llámalo “sueño”. Contigo, tendrán sueños cada noche a partir de ahora.

Por último, el Dios del Tiempo desapareció sin dejar rastro.

A Penny le sobrecogió una extraña sensación tras cerrar el libro. Al igual que cuando lo leyó de pequeña, le pareció una historia distante y absurda, como un cuento de fantasía para niños. Sin embargo, era cierto que en el mundo había muchas cosas que no se podían comprender a no ser que fuera mediante la fe. De la misma manera que se acaba por aceptar la dinámica del ciclo vital, en el que se nace de la nada y se recibe la muerte aunque se haya estado viviendo hasta poco segundos antes, los habitantes de la ciudad habían asimilado la parábola con naturalidad. Ciertamente, el hecho de que todos nosotros soñemos cada noche, la Galería de los Sueños que el Tercer Discípulo creó hace tantísimo tiempo, y los que lo sucedieron hasta llegar a Dallergut eran la prueba de que todo ello seguía vivo.

Penny volvió a percibir a Dallergut como un personaje mitológico e inaccesible. Pensar que en pocos días estaría hablando con él a solas en la entrevista la emocionaba, a la vez que le producía mariposas en el estómago y temblores de nerviosismo. Por ese día, lo mejor sería irse a la cama.

Después de volver a su casa con la pila de libros, no soltó en ningún momento el ejemplar que Assam le había dado hasta que se quedó dormida. Es más, lo leyó una y otra vez antes del día de la entrevista hasta aprenderse de memoria la historia entera.

Por fin llegó el día en el que había acordado entrevistarse con Dallergut. Habiendo llegado a una hora temprana a la Galería de los Sueños, situada en una esquina de cruce de avenidas, Penny se puso a inspeccionar el vestíbulo de la primera planta en busca del despacho de Dallergut.

Allí deambulaban personas vestidas con una camiseta vieja y pantalones sueltos a modo de pijama y otras en batas que tomaron prestadas de los noctilucas observando los productos que había en los mostradores.

—Vaya, éste es el artículo más reciente de Kick Slumber: *Soñar con ser tortuga elefante de las Galápagos*. A ver, a ver... ¡Fue puntuado por los críticos más exigentes con 4.9 estrellas! Dice: "Espectacular desde dentro y fuera del caparazón". ¡Qué cosa! Como siempre, estas reseñas tan cortas no orientan mucho a la gente.

Un cliente en pantalón de pijama estampado con un millar de estrellas estaba debatiéndose frente al estante de "novedades más populares" con una caja de los sueños en las manos. Penny debía encontrar prontamente el despacho de Dallergut a donde tenía que acudir en diez minutos, pero no lograba avistar por ningún lado un sitio digno de ser el despacho del tan renombrado directivo. Hizo un intento de preguntarle a una empleada, pero la señora de mediana edad que estaba a cargo de la recepción hacía llamadas telefónicas sin cesar. Fue justo en el momento en que se cruzó con una chica que iba hablando por teléfono en un claro tono de enojo. Otras ataviadas con faldas de lino estaban tan atareadas que no repararon en Penny.

—¡Mamá! ¡Qué desastre! ¡Qué bobadas de preguntas me hizo! ¡Me pasé los últimos cinco años analizando al dedillo los sueños más de moda y el estado actual de la industria, para que al final no me preguntaran nada de eso!

No había duda de que era una candidata que acababa de pasar a la entrevista antes que ella. Vocalizando lo mejor posible, Penny le preguntó desesperada:

—¿Dónde está el despacho?

La chica le respondió con frialdad, apuntando con el dedo hacia arriba y le dio la espalda sin más, desapareciendo entre el gentío.

Allí donde había señalado había una escalera de madera que conducía a la primera planta. Al fijarse bien, vio un papel pegado sobre una puertecilla entreabierta a la derecha que decía “Sala de entrevistas”. Aquella pequeña puerta, a la que le hacía falta una mano de pintura y de la cual colgaba ese cartel escrito con poco esmero, le pareció más propia de un aula de escuela antigua.

De pie frente a la puerta, Penny contuvo la respiración para camuflar su nerviosismo. Dudosa de que aquel lugar fuera el despacho de Dallergut, golpeó con los nudillos a la puerta por educación, aunque ya estuviera abierta.

—Entre.

Una voz contundente salió del interior de la habitación. Podía reconocerla, la había oído en ciertas ocasiones en charlas emitidas por la radio.

Indudablemente, el que se encontraba dentro era el mismísimo Dallergut.

—Con permiso.

Por dentro, el despacho era todavía más reducido de cómo se veía desde fuera. Dallergut se encontraba detrás de un escritorio alargado, lidiando con una vieja impresora.

—Entra, entra. Perdona, pero ¿te importa esperar un segundo? Siempre que tengo que imprimir algo, el papel se me queda atascado.

Llevaba una camiseta bien planchada y se le veía más alto y delgado que en la televisión o las revistas. Su cabellera, ligeramente ondulada y despeinada, estaba compuesta en su mitad por canas. Sacó a la fuerza unos papeles de la impresora que parecían ser los documentos de solicitud de Penny. Aunque estaban completamente arrugados y los bordes hechos trizas se habían quedado dentro de la máquina, se mostró satisfecho de tenerlos en las manos.

—Por fin lo conseguí.

Al acercarse Penny, le extendió una rugosa y huesuda mano para estrechar la de ella. Penny, de lo más nerviosa, se secó el sudor de la palma en su ropa antes de recibir la mano de Dallergut.

—Mucho gusto, señor Dallergut. Me llamo Penny.

—Encantado, Penny. Estaba deseando conocerte.

A pesar de que estaba en aquel descuidado despacho que más bien se asemejaba a un almacén, Dallergut irradiaba refinamiento. De cerca, aquellos ojos negros, a pesar de sus años, brillaban como los de un jovenzuelo. Al darse cuenta de que se había quedado mirándolos fijamente por demasiado tiempo, Penny desvió la vista de inmediato.

Su oficina estaba llena de cajas que seguramente contenían sueños. Entre ellas había algunas que parecían llevar mucho tiempo allí, a juzgar por lo blandas que estaban de absorber la humedad. También había otras que serían bastante recientes, pues su envoltorio lucía lustroso.

Como queriendo atraer de nuevo la atención de Penny, Dallergut arrastró ruidosamente una silla de metal y tomó asiento.

—Siéntate tú también —dijo señalando a una silla que había al lado de ella—. Siéntete cómoda. Mira, éstas son mis galletas favoritas. Prueba una —añadió, ofreciéndole una con numerosos trocitos de frutos secos incrustados que tenía una pinta deliciosa.

—Gracias.

Al tomar un bocado, se le descargó la tensión que traía en los hombros y sintió mucho menos sofocante el aire a su alrededor. Por alguna extraña razón, aquella habitación tan poco familiar empezó a parecerle acogedora. Sentía algo parecido a cuando se tomó aquel café con jarabe relajante en su cafetería favorita, pero en un grado aún mayor. Creyó que la galleta que le había dado tenía algún poder especial.

—Recuerdo tu nombre perfectamente —comenzó Dallergut, rompiendo el silencio—. Tu solicitud me causó una profunda impresión. Sobre todo, encontré admirable la línea que escribiste: "No importa lo bueno que sea un sueño, al fin y al cabo, no es más que un sueño".

—¿Cómo…? Eh, pues, eso…

Su currículo no tenía nada de especial, así que incluyó esa oración con la idea de atraer la atención de Dallergut. La había olvidado por completo hasta entonces. ¿Habría llamado a esta novata que se atrevió a enviar tal cosa para conocerla? Debería haber sospechado que algo no iba bien en el momento en que esa solicitud tan patética fue aprobada. Escrutó el semblante de Dallergut, pero afortunadamente no le estaba transmitiendo ningún sentimiento de burla. La estaba mirando con real interés.

—Me alegra oír que le haya causado buena impresión —dijo ella, con timidez.

—Bueno, ¿qué te parece si vamos a la cuestión central?

Tras pensar unos momentos en qué preguntarle, Dallergut levantó la cabeza y miró hacia la esquina izquierda del techo. Penny tragó saliva.

—Me gustaría que me dieras libremente tu opinión acerca de los

sueños.

Le había preguntado algo extremadamente difícil de contestar.

Penny inspiró profundamente e intentó recordar la respuesta modelo que daba el manual de preparación para entrevistas.

—Pues… Un sueño es una experiencia de lo que no podemos vivir en la realidad… Y, como una forma alternativa a lo imposible de realizar, los sueños…

En lo que estaba elaborando su respuesta, no le pasó desapercibida la desilusión que se dibujó en el rostro de Dallergut. Imaginó que quizá los candidatos que asistieron a la entrevista antes que ella le habrían contestado con lo mismo.

—Pareces ser una persona completamente diferente a la que rellenó esta solicitud —dijo él, toqueteando los documentos sin dirigirle la vista.

El instinto le decía a Penny que esa respuesta había llamado a una descalificación que ahora sobrevolaba su cabeza. Tenía que cambiar la trayectoria de la situación como fuera.

—No obstante, aunque se puedan experimentar vivencias que son imposibles en la realidad, ¡no hay modo de que los sueños se conviertan en algo real!

Ni Penny misma sabía qué era lo que estaba diciendo, simplemente estaba bajo la creencia de que debía responder con algo diferente que los demás. El presentimiento le decía que eso era lo que Dallergut buscaba. Además, si la razón por la que había pasado con éxito la evaluación de documentos fue la osada frase "un sueño, al fin y al cabo, no es más que un sueño" que Dallergut mencionó, mantener coherencia con ella era crucial.

—Yo pienso que por muy bueno que sea lo que soñamos, al despertar sólo se queda en un sueño.

—¿Y qué te hace pensar eso? —volvió a preguntar en un tono más serio.

Penny estaba desconcertada. Evidentemente no tenía razones que exponer para una respuesta que había inventado de manera espontánea. Aunque sabía que no era lo más apropiado en el momento, decidió echarse a la boca rápidamente otra de esas galletas para ver si al menos eso la ayudaba en algo.

—No tiene un significado más allá de lo mismo. Oí que los clientes olvidan la mayoría de los sueños que tuvieron, así que, tal y como dije, los sueños se quedan sólo en sueños y cuando uno despierta, no son más que eso; pero es justo así como no interfieren con la realidad.

A mí me parece bien eso de que no sobrepasen unos límites.

Penny, aun con la garganta seca, tragó saliva. Considerando que no le sería favorable que el silencio se alargara, contestó con lo primero que se le ocurrió, pero podía darse cuenta fácilmente de que con esa respuesta la trayectoria de la entrevista había cambiado de sentido.

—Ya veo. ¿Eso es todo lo que opinas acerca de los sueños?

Habiendo llegado a ese punto, Penny optó por decir todo lo que tenía preparado. Una vez que saliera de aquel despacho, no habría más oportunidad de volver.

—La verdad es que antes de venir a la entrevista leí varias veces *La Historia del Dios del Tiempo y el Tercer Discípulo*. En ella, el Tercer Discípulo se ofreció a gobernar "las horas de sueño", un tiempo en el que los otros discípulos no tenían interés alguno.

Al ver la expresión que tomó Dallergut, no le quedó ninguna duda de que seguir la recomendación de Assam de leer el libro había sido una excelente decisión. Ahora volvía a mirarla con los mismos ojos llenos de entusiasmo que al principio.

—Yo no lograba comprender la elección del Tercer Discípulo. Con el futuro que había elegido el Primero, existía una infinidad de posibilidades para todas las cosas; y con el pasado que escogió el Segundo, se tenían todas las valiosas experiencias vividas hasta la fecha. La ilusión acerca del futuro y la sabiduría que da el pasado: estas dos cosas son algo muy importante conforme vamos viviendo el presente.

Dallergut asentía con la cabeza de un modo casi imperceptible y Penny prosiguió diciendo:

—Pero ¿qué pasa con el tiempo en el que dormimos? Es obvio que durante las horas de sueño no ocurre nada. Pasamos ese tiempo simplemente acostados. Visto desde un punto positivo, se trata de un descanso, pero, ciertamente, habrá algunos que lo considerarán una pérdida de tiempo, pues ¡nos pasamos un total de varias décadas de la vida acostados! No obstante, el Dios del Tiempo le confió a su discípulo más predilecto el "tiempo del sueño" y a la vez le pidió que hiciera soñar a las personas durante las horas que dormían. ¿Por qué sería?

Con esa pregunta lanzada, Penny aprovechó para hacer una pausa y ganar algo de tiempo para pensar.

—Cada vez que me detengo a reflexionar sobre los sueños, me surge esta duda: ¿por qué la gente duerme y sueña? Porque todas las personas somos imperfectas y al mismo tiempo ignorantes, cada una a

su manera. Ya sea gente que sólo ve lo que tiene delante como el Primer Discípulo, o gente que se aferra al pasado como el Segundo, es fácil que a uno se le escape lo que es realmente importante. Por eso mismo, el Dios del Tiempo le encargó al Tercer Discípulo las horas de sueño e hizo que ayudara a los otros dos. ¿Por qué con sólo dormir desaparecen, como nieve que se derrite, las preocupaciones de ayer y encontramos fuerza para vivir un nuevo día? Es justo por esto: ya sea si dormimos profundamente sin soñar o si tenemos los sueños agradables que se venden en esta Galería, todos aprovechamos el tiempo en que dormimos para dejar zanjados los asuntos del día anterior y prepararnos para el siguiente. Visto así, las horas de sueño dejan de ser un tiempo inservible.

Penny respondió con lo que había leído en el libro contándolo a su manera. Hasta ella misma estaba asombrada de lo elocuente que se mostraba hoy. Los mayores no estaban equivocados al insistir tanto en que había que leer libros. Llena de confianza, quería quedar como una candidata que deja una fuerte impresión diciendo más cosas del estilo.

—En mi opinión… El dormir y los sueños… en una vida que se extiende vastamente ante nosotros, son como un punto y seguido que el Dios del Tiempo nos ha concedido con benevolencia para que hagamos una pausa.

Así terminó Penny su respuesta con gran satisfacción. Dallergut adquirió una expresión difícil de dilucidar. De repente, a ella le pareció que la retahíla que acababa de decir había sonado quizá demasiado rebuscada. Debería haberse moderado cuando la conversación tomó un giro favorable.

La quietud se hizo en el despacho. Detrás de aquella puerta el lugar seguía abarrotado de clientes, pero en la oficina de Dallergut reinaba una tranquilidad y un silencio absolutos. Penny sintió súbitamente una gran sed.

—Gracias, Penny. Se nota que has reflexionado en profundidad acerca de los sueños —dijo Dallergut escribiendo algo sobre los documentos. Apartó las manos de los papeles y entrelazó sus dedos delante de su cara para luego quedarse mirando a Penny con fijeza.

—Ahora te haré una última pregunta. Como bien sabes, en esta avenida hay muchas otras tiendas de sueños aparte de nuestra Galería. ¿Hay alguna razón en particular por la que deseas trabajar aquí en vez de en otros sitios?

Estuvo tentada a responder que se sentía atraída por los altos salarios que ofrecían, pero desechó la idea de decir algo así, pues no

quería ser franca en exceso en la primera entrevista. Eligiendo bien sus palabras, contestó con calma:

—Cada vez hay más establecimientos que venden sueños sensacionalistas. Recuerdo lo que mencionó en su entrevista para la revista *Cuestión de Interpretación*; lo de que algunos comercios pretenden hacer dormir más a personas que ya han dormido lo suficiente y los incitan a comprar más sueños en busca de placer. Escuché que en la Galería de Sueños Dallergut no se fomenta tal cosa. Sé que es partidario de que los clientes sueñen sólo lo necesario y que recalca siempre que lo importante es la realidad. Eso está más en consonancia con lo que el Dios del Tiempo esperaba de su Tercer Discípulo: un control moderado que no interfiriera con la realidad. Ése es el motivo por el que solicité un puesto aquí.

Fue entonces cuando a Dallergut se le dibujó una sonrisa de oreja a oreja. A ella le pareció diez años más joven cuando lo vio sonreír. Sus oscuras pupilas estaban enfocadas plácidamente en la nueva empleada.

—Penny, ¿podrías empezar a trabajar desde mañana?

—¡Por supuesto!

En ese instante notó cómo el bullicio de los clientes en el exterior penetraba en aquella habitación que hasta entonces había percibido como en el silencio más absoluto. Penny acababa de conseguir su primer trabajo.

1. Un gran día de ventas



Penny iba de camino a su primer día de trabajo con la nariz perlada de sudor. Para celebrar que había conseguido el puesto, se había reunido con sus familiares y luego había estado charlando con sus amigos por teléfono hasta la madrugada; con lo cual, esa mañana habían terminado por pegársele las sábanas.

En especial, Assam insistió en que le contara los detalles de cuánto y cómo le había servido de ayuda el libro que le había dado.

—¿Cómo dices que fue la cara que puso Dallergut cuando le contestaste eso? ¡Cielos! ¡Veo que, al final, el libro que te di fue decisivo! ¡Ni más ni menos que el libro que yo te di!

La conversación telefónica no terminó hasta que ella le dejó prometido que lo invitaría a una buena comida en señal de agradecimiento.

Aquel día en especial, una multitud de personas, tanto residentes de la ciudad como clientes sonámbulos, estaban creando un caos en las aceras.

Penny consiguió liberarse de aquella ola humana disculpándose todo el tiempo con la gente contra la que chocaba. No fue hasta que llegó al callejón trasero de la Galería cuando por fin pudo recuperar el aliento. Parecía que por suerte se salvaría de llegar con retraso.

Un dulce aroma a frutas asadas y leche hirviendo llenaba aquel callejón. Como no había desayunado nada, consideró si tendría o no tiempo suficiente como para comer al menos un poco de fruta, pero la fila para comprar era muy larga.

—¿Cómo es que hay tanta gente en la calle hoy? —pensó el cocinero del puesto ambulante, conformado por un camión de frutas, frotándose las manos al ver toda la clientela que tenía. Con una mano le daba la vuelta a las brochetas de frutas que se estaban asando sobre la parrilla y con la otra removía el cucharón que tenía metido en una

olla gigantesca. Lo que estaba hirviendo en la olla era leche de cebolla frita. Era una bebida de lo más popular, ya que, cuando se bebía calientita, cualquiera se quedaba dormido como un lirón.

Muchos de los clientes ya estaban sorbiendo de la taza de leche de cebolla que acababan de comprar. Los de edad más avanzada bebían con una expresión de relajamiento total en sus rostros, mientras que los niños, luego de unos sorbos, ponían cara de estar bebiendo una medicina intragable. Uno de ellos hasta estaba derramando leche sobre el suelo a propósito.

—¡Oye, no ensucies el suelo! —dijo un noctiluca que salió de la nada, abriéndose paso con sus peludas patas delanteras e interponiéndose entre Penny y el niño. El noctiluca, de una complexión mucho más menuda que Assam, empezó a limpiar el suelo refunfuñando. Penny se retiró del sitio temiendo que se le fueran a empapar los calcetines, pues había salido sin zapatos para correr cómodamente.

Andar sin calzado no suponía algo extraordinario allí. Como la mayoría de los clientes sonámbulos iban descalzos, mantenían limpias las calles como si se estuviera dentro de las casas, por lo que los residentes también comenzaron a tomar la costumbre de ir en calcetines cuando salían a hacer encargos rápidos.

Sin embargo, esto suponía una crisis muy poco oportuna para los leprechauns, que venían dedicándose a la venta de zapatos desde incontables generaciones. Al hacerse más frecuentes las compras de calcetines en vez de zapatos, los negocios de estos duendecillos pasaron a experimentar inevitablemente un descenso en sus beneficios.

Entonces fue cuando los leprechauns expandieron sus actividades comerciales aventurándose en el sector de la fabricación de sueños. Según lo que Penny había oído por Assam, después de esta ampliación comercial, sus ventas se habían multiplicado más de diez veces. Eran seres muy confiables. Solían poner sus zapaterías en los suburbios, donde los alquileres estaban baratos, pero recientemente habían trasladado sus comercios a aquel lugar, que era el centro económico de la urbe.

Al tiempo que pasaba por delante de la tienda de leprechauns que había justo al lado de la Galería, Penny echó un vistazo al escaparate. En él había un cartel de aviso de grandes dimensiones y otros anuncios de productos, de modo que casi no dejaban ver el interior.

¿Buscan zapatos con alas, patines con los que se puede ir a la velocidad del viento o aletas especiales para nadar de una manera más sofisticada?
¡Pasen al interior!
A los clientes que desean volar por el cielo, correr a velocidades increíbles o nadar con estilo en compañía de las inigualables técnicas artesanales de los leprechauns, los esperamos en nuestra sección de la tercera planta de la Galería de los Sueños.

—Papá, cómprame unos zapatos con alas.

—Esas cosas se estropean enseguida, los mejores zapatos son los que tienen suelas resistentes y no más.

—¡Pues si no me los compras, me tiro al suelo!

Dejando atrás a la niña y al padre que lidiaba con su rabieta, Penny llegó a la Galería de los Sueños, donde iba a empezar a trabajar desde ese día.

Se calzó los zapatos que traía en el bolso y después sacó un espejo donde comprobó a conciencia que no tuviera suciedad pegada en ningún lado de la cara. Hoy se veía bastante bien: tenía su corta melena domada y su pequeña nariz y ojos afables transmitían una buena impresión. Le inquietaba haber olvidado planchar la blusa al salir con prisas, pero ya no había remedio.

En cuanto puso un pie en la tienda, quedó inmersa en la enorme ola de clientes que había dentro. Desde la recepción que se hallaba en el centro del *lobby*, una empleada estaba anunciando un aviso por micrófono. Se trataba de la misma mujer que no paraba de hacer llamadas el día anterior.

—Les recordamos a los clientes forasteros que pueden realizar sus pagos *a posteriori*. Si nuestro personal ya les dio sus sueños, apresúrense a salir de la tienda. ¡A ver, los hermanos Dozycom! ¡Ustedes tienen que pagar! ¡Vengan para acá!

Una pareja de hermanos pequeños muy pecosos se dirigía hacia la recepción temblando tras haber intentado escaparse por la puerta trasera.

Penny no sabía si lo correcto era ir al despacho de Dallergut o primero ponerse el delantal para empleados. Estaba así, indecisa y sin poder moverse debido a la marabunta de clientes que la rodeaba, cuando de súbito alguien la agarró por la ropa, arrancándola del gentío como una zanahoria, y la empujó hasta meterla dentro de la

recepción.

—Hola, eres la nueva, ¿verdad? No te tomes la molestia de llamarme por mi cargo, sino simplemente "señora Weather". Tengo una hija de tu edad y un hijo mucho más pequeño. Además, llevo trabajando más de treinta años aquí. Supongo que con esto ya me he presentado lo suficiente, ¿cierto?

Weather daba la impresión de ser alegre y desenfadada, pero en ese momento se veía exhausta. Sus cabellos rizados y pelirrojos estaban lánguidos y tenía la voz medio ronca.

—Encantada, señora Weather. Yo me llamo Penny y me acabo de incorporar hoy. Ejem… ¿Me puede decir con qué debería empezar?

—Dallergut me pidió que te orientara cuando llegaras. Como ya sabes, la Galería tiene cinco plantas donde se venden distintos tipos de sueños. De la primera planta no tienes que preocuparte. Aquí estamos Dallergut, empleados veteranos encargados de franjas horarias diferentes y yo para atender a los clientes. Dado que es la planta donde se manejan los sueños más valiosos, no solemos admitir a novatos. Por lo pronto, date una vuelta por las demás plantas y habla con los encargados principales de cada una. Infórmate de cómo se trabaja en todas y luego dime en cuál de ellas te gustaría laborar. Si no le cayeras bien a ninguno de los encargados, quizás hasta tendrías que volverte a casa.

Al ver a Penny ponerse tensa hasta el punto de quedarse parpadeando como una tortuga, Weather hizo un gesto con la mano para negar lo dicho y agregó: "Es broma".

Del calor, la señora se quitó la chaqueta que llevaba y la arrojó hacia un lado. A pesar de que el aire acondicionado estaba encendido, llevaba la camisa empapada de sudor.

—Bueno, ve ya. Yo tengo que atender a la clientela. Hoy estamos hasta el tope.

Penny salió de la recepción. Con los clientes agolpados en esa zona, perdió de vista inmediatamente a la señora Weather. Sin embargo, su voz ronca seguía resonando como el eco:

—Señor, ¿qué le parece el sueño *Reencontrarse con un viejo amigo*? ¡Sólo nos queda uno en la sección Recuerdos del segundo piso! ¿Cómo? ¿Que qué amigo sale? Eso no puedo saberlo yo. Lo más seguro es que salga un amigo de su infancia del que todavía se acuerde.

—Lo siento, el sueño *Cuatro días en las Islas Maldivas* se agotó tan pronto como llegó a los estantes.

—Oiga, ese sueño ya lo ha reservado otro cliente. No abra el envoltorio.

—La serie de *Sueños estrafalarios que electrifican los cinco sentidos* de Chuck Dale se la acaba de llevar entera un grupo de adolescentes.

—Les anunciamos que las existencias de cada planta están a punto de agotarse. ¡Apresúrense!

Penny se dirigió hacia los ascensores dejando atrás la espantosa voz de Weather. Sin embargo, la fila de clientes que esperaba a subir era considerable. Estimó que le llevaría bastante tiempo poder entrar en uno, así que decidió usar las escaleras que había junto al despacho de Dallergut. Pensó en pasar por allí a saludarlo, pero en la puerta había un cartel escrito a mano con una grafía descuidada “Ausente por el momento”, lo que le hizo dejarlo para más tarde. Su impresora parecía seguir averiada.

Como la ristra de escalones se extendía, le acabaron doliendo los muslos aunque sólo había subido a la segunda planta. Se le ocurrió que si usara a menudo las escaleras cuando trabajara, no le haría falta hacer más ejercicio.

A primera vista se veía que todo estaba limpio y sin una mota de polvo en la segunda planta. El suelo y las paredes estaban revestidos de madera de un solo tono, unos focos instalados a distancias regulares iluminaban el lugar y los exhibidores también estaban ubicados a distancias uniformes.

Se notaba que los productos estaban ya prácticamente agotados porque las vitrinas estaban casi vacías. Las existencias estaban bien ordenadas, alineadas en un mismo ángulo y envueltas en cajas atadas con lazos de una simetría matemática. Los empleados, ataviados con delantales, circulaban inquietos entre los exhibidores cada vez que algún cliente era descuidado al colocar de vuelta en su estante la mercancía que había estado mirando.

Al contrario que en la primera planta, donde se trabajaba con una mínima cantidad de productos de alto precio, ediciones limitadas o artículos por reserva, en la segunda se vendían sueños más universales. Era por definición la sección dedicada a “una rutina mundana” y en ella se vendían sueños acerca de escapadas de viaje, encuentros con amigos y comidas deliciosas.

El exhibidor que había justo al terminar de subir la escalera tenía pegado un cartelito donde se leía “Sección de Recuerdos”. Delante de los productos contenidos en sofisticadas cajas de cuero colocadas en

los estantes estaba escrito “No reembolsable tras su apertura”. Sólo quedaban unos pocos sueños.

Un cliente que observaba la mercancía llamó a uno de los empleados para consultarle:

—¿De qué se trata este sueño?

—De recuerdos de la infancia. Le saldrá uno de sus recuerdos más preciados. Será diferente para cada persona dependiendo de quién sea el que sueñe. En mi caso, soñé con que mi madre me limpiaba las orejas mientras yo me recostaba en su regazo. Fue un sueño impresionante donde olí el perfume de mi madre y me sentí muy reconfortado —dijo el empleado mirando al vacío con una expresión ensoñadora.

—Entonces, deme éste. ¿Puedo comprar varios?

—Por supuesto, hay muchos clientes que se llevan dos o tres para una noche.

Penny se puso de puntitas para darle un vistazo general a toda la planta. El señor de mediana edad que parecía ser el encargado principal estaba hablando con un cliente en una sección decorada a modo de dormitorio moderno. Ella se acercó con sigilo para no interrumpir la conversación.

No le fue difícil dar con el encargado. A diferencia de los demás empleados que llevaban un delantal a la cintura con un broche plateado en el que estaba grabado el número “2”, ese hombre sólo llevaba el broche en la pechera de un saco de alta calidad. Daba la impresión de ser alguien resuelto y listo.

—¿Y por qué no me dejan comprarlo?

El chico con el que hablaba, bastante desconcertado, le estaba pidiendo explicaciones.

—Me parece que ahora mismo tiene muchas distracciones en la mente, ¿qué tal si viene a hacer su compra en otra ocasión? Si no, sus sueños perderán nitidez. En situaciones así, le recomiendo que duerma sin más. Quizá mi consejo le parezca muy atrevido, pero, por experiencia propia, le puedo asegurar que su sueño se verá perturbado por distracciones, es decir, se convertirán en sueños totalmente diferentes a los que espera. La leche a la cebolla que venden en el callejón contiguo, además de estar sabrosísima, ayuda mucho a dormir. Le vendrá bien tomar una taza y descansar.

El cliente se fue hacia donde estaban los ascensores mientras mascullaba algo entre dientes. El encargado devolvió la caja con el sueño que el cliente había dejado a su estante y volvió a colocarla en

un ángulo determinado después de frotarla ligeramente con un paño.

—Disculpe… ¿Es usted el encargado de la segunda planta? —le preguntó Penny con la máxima cautela. Con unos pantalones de vestir planchados con raya, unos zapatos impecables, un bigote cuidado con esmero y un pelo que, aunque corto, llevaba engominado y peinado hacia atrás, no tenía exactamente un aire que invitara a uno a acercarse espontáneamente.

—Así es. Soy el encargado Vigo Mayers. ¿Eres la nueva?

—Sí, me llamo Penny. ¿Cómo lo sabe? —preguntó, cubriéndose las mejillas con las manos, como si levara escrito en la cara "novata y torpe".

—Por regla general, los clientes no suelen dirigirme la palabra en primer lugar. Siempre consultan a los otros empleados. Dicen que es porque no doy la impresión de ser accesible, aunque a mí me da igual. Como sea, dado que no viniste a comprar ni eres parte del personal que conozco, pensé que serías una empleada recién contratada.

Mayers se cruzó de brazos y volvió a mirar a Penny esta vez con un semblante de lo más escrutador.

—Ajá. Bien, conque has venido a ver cómo se trabaja en cada planta. Ahora que lo pienso, creo que el jefe mencionó antes que vendrías.

—Sí.

—Bueno. ¿Hay algo que quieras saber sobre esta planta?

Aunque lo que más curiosidad le daba era saber cómo ataban los lazos de aquella forma tan simétrica y siempre del mismo tamaño, se calló la pregunta e hizo la que le causaba más inquietud en segundo lugar:

—¿Por qué no le ha vendido el sueño a ese cliente?

—Buena pregunta.

Mayers descruzó los brazos y acarició el mostrador de productos.

—Todos los sueños que hay en esta planta son obras exquisitas que yo mismo traje aquí, tras darle el visto bueno personalmente. Lo que más detesto es que los clientes compren sin pensar esos artículos tan exquisitos y que se quejen diciendo que "fue una porquería de sueño". Recuerda esto sin falta: si vendemos los sueños a cualquier cliente, no sabrá valorarlo y al final, no podremos cobrarles lo que valen de verdad.

Penny estaba al tanto de que los clientes forasteros pagaban por los sueños después de consumirlos, pero como aún desconocía los detalles del sistema de pagos, se limitó a asentir con la cabeza como si lo

entendiera.

—Escuché que hoy en día los nuevos empleados entran aquí con una simple carta de presentación y tras una entrevista muy sencilla con Dallergut. ¿Es eso verdad? —espetó Mayers en tono sarcástico.

—Bueno, sí… Así fue para mí.

—Pues qué ridículo. Yo pienso poner a prueba por mi cuenta a los que quieran trabajar en la segunda planta. Con nociones que no van más allá de lo básico, no se pueden manejar los productos que se caracterizan por ser imprecisos y discontinuos, a la vez que riesgosos en su versatilidad. Bueno, me gradué de dos carreras: Cinematografía Onírica y Neurociencia de los Sueños y he publicado varios trabajos en revistas académicas. Esos conocimientos ayudan mucho a la hora de trabajar. Con la excusa de que llevan más tiempo que nadie trabajando aquí, Weather y Dallergut han asumido la dirección de la primera planta, pero yo me he ganado por mis propios méritos el ascenso al puesto de gestor de la segunda planta. ¿Piensas que estoy aquí porque simplemente me sonrió la suerte?

—Para nada. Creo que es admirable.

A Penny no le atraía la idea de tener que pasar por la prueba de la que hablaba Mayers para formar parte del personal de la segunda planta. Parecía que él ya se había dado cuenta de eso y procedió a apartarse de ella para dar órdenes a gritos a sus subordinados.

—¡Señores, muevan los artículos que quedaron en el exhibidor número tres al número uno! ¡Vamos, con rapidez!

Al oír la orden, todos los empleados se movieron al unísono. Los delantales de lino que llevaban lucían como recién planchados. Penny intentó alisar las arrugas de la blusa que llevaba, estirándola, al mismo tiempo que dirigía sus pasos hacia la escalera.

En la tercera planta se palpaba un ambiente más alegre. Los colores de los carteles publicitarios que había repartidos por las paredes se mezclaban de una manera armoniosa, creando una especie de empapelado vanguardista, mientras que en los altavoces sonaba una música de moda.

Tanto los empleados que explicaban las características de los productos como los clientes a los que atendían parecían desbordar entusiasmo. Uno de los trabajadores sostenía en la mano un sueño cuyo envoltorio estaba plagado de dibujos de corazones color rosa pálido y lo estaba recomendando con fervor a su cliente.

—La serie de Chuck Dale *Sueños estrafalarios que electrifican los cinco sentidos* siempre está agotada. ¿Qué le parece un sueño de Kiss

Grower como alternativa? Si tiene suerte, quizá sueñe con una cita romántica en un lugar maravilloso con la persona que le gusta.

Al mostrarse interesado el cliente, añadió unas palabras en un volumen de voz más bien inaudible:

—Aunque tiene la pequeña desventaja de que, según su estado de ánimo de ese día, también puede salirle una persona completamente desconocida en el sueño.

El personal de la tercera planta era muy desenfadado. Cada uno había personalizado su delantal a gusto propio. Había una empleada que había hecho de él una especie de falda con encajes, muy coqueta, y otro compañero lo había decorado con placas que tenían impresa la imagen de sus creadores de sueños favoritos. El empleado que estaba cambiando las bombillas a un exhibidor le había cosido al suyo un bolsillo enorme donde llevaba un montón de tabletas de chocolate.

Penny paseó la vista por el lugar en busca del encargado principal, pero no le llamó la atención nadie que vistiera de forma diferente o pareciera tener una larga experiencia allí. Decidió acercarse a una mujer que llevaba el delantal sin adornar y estaba en ese momento limpiando el polvo de un exhibidor.

—Disculpe, ¿me puede indicar quién es el encargado principal aquí? Soy una empleada recién contratada y estoy conociendo cada planta.

—Vaya, ¡aquí está la nueva! Yo soy la encargada. Me llamo Mog Berry.

A pesar de haberse presentado como la jefa de la tercera planta, Mog Berry no llevaba un atuendo muy diferente al de los demás empleados. Tenía el pelo corto y rizado y se lo había recogido en un moño apretado, pero se le escapaban los cabellos más delgados por todas partes.

Penny la saludó con una pequeña reverencia. Para ser la encargada principal, se veía considerablemente joven. Sus mejillas sonrosadas acentuaban aún más el aspecto juvenil que daba.

—Me llamo Penny. Dallergut me envió a que echara un vistazo por aquí.

—Sí, ya sabía que vendrías. ¡Bienvenida a la tercera planta! —exclamó Mog Berry con una dulce sonrisa—. En este lugar se encuentran los sueños más dinámicos e innovadores. Oh, me vas a excusar un segundito. Perdone, ¿necesita ayuda con algo?

Mog Berry hizo una pausa en la conservación para atender a un cliente que estaba merodeando cerca de ellas.

—Si me indica sus preferencias, le encontraré un sueño que se ajuste bien a sus deseos.

El cliente aparentaba tener la edad de un chico de secundaria. Vestido con unas bermudas deportivas y una camiseta de tirantes con el cuello alargado que dejaba su pecho al descubierto, no paraba de frotarse los brazos del frío que sentía.

—Me gustaría soñar con que soy el centro de atención y si el mundo entero girara en torno a mí, mejor todavía. El otro día soñé con que rapeaba de muerte en el festival del colegio y todos los alumnos sin excepción querían mi autógrafo. Me sentí como el chico del momento.

—Pues, no nos quedan muchas existencias hoy… Ah, ¿qué le parece esta serie de películas de ciencia ficción? Últimamente suelen aparecer héroes con frecuencia. A lo mejor se convierte en uno de hierro rojo o en un monstruo verde de fuerza descomunal. Celine Clock es una creadora muy minuciosa con los detalles, así que podrá experimentar una inmersión total.

—¡Qué coincidencia! ¡Hoy vengo precisamente de ver una película de héroes! ¡Estupendo! ¡Me llevo ése!

Mog Berry sonrió contenta de haber logrado una venta más. El jovenzuelo se marchó con el sueño bajo el brazo a mirar otros productos en la zona opuesta.

Siguiéndolo con la vista, Penny recordó súbitamente el aviso que había leído al pasar junto a la zapatería de los leprechauns.

—Oí que el *Sueño para volar por el cielo* también se encuentra en la tercera planta. ¿Está ya agotado?

La expresión alegre que caracterizaba a Mog Berry desapareció para dar paso a un ceño fruncido. Tras un gesto de desaprobación que hizo torciendo la boca, prosiguió a contestarle:

—Por supuesto que ese sueño está siempre agotado. ¿Sabes lo malévolos que son los leprechauns? Te lo cuento yo. Desde el momento en que esos enanitos dedicados a la manufactura de calzado decidieron saltar a la industria de los sueños no me gustó la idea. Y no estaba equivocada. ¿Te puedes creer que a veces mezclan entre sus productos sueños en los que uno no se puede mover porque las piernas se ponen pesadas como el plomo? Dicen que eso forma parte de sus técnicas comerciales y así justifican cobrar más por los sueños. ¿Dónde se ha visto eso? Cuando me encaré con ellos, me replicaron que, siendo ellos los únicos que podían fabricar sueños en los que se vuela, lo mejor sería que no me entrometiera, a no ser que quisiera que

cortaran la producción. ¡Vaya cosa más absurda!

Penny se arrepentía de no haber investigado acerca de los precios. ¿Por qué se podía cobrar más caro un sueño en el que las piernas se volvían pesadas? No tenía la más mínima idea de a qué se refería con eso. Había visto libros de economía en la librería con títulos como *Principios económicos de pagar los sueños a posteriori* o *Compre su propia casa vendiendo sueños*, pero no se le ocurrió en absoluto leerlos. Ella ya era de por sí mala con las cuentas y también a la hora de manejarse con el dinero. Quería hacerle preguntas sobre ello a Mog Berry, pero decidió ahorrárselas temiendo que, si daba la impresión de ser tonta en su primer día, quizá no la admitirían para trabajar en ninguna planta.

—Creo que el señor Dallergut está siendo demasiado indulgente con ellos. ¡Estaríamos mejor si les anuláramos el contrato y despidiéramos a los leprechauns!

Su enojo fue creciendo a medida que hablaba. Empezó a salpicar con saliva y se le escaparon los rizos del peinado como resortes, hasta el punto de que le quedaron más mechones suelos que recogidos.

Al alargarse la queja, Penny, ya aburrida, se puso a tantear el momento más oportuno para escaparse a la cuarta planta. Por suerte, Mog Berry pronto arremetió con otro empleado que pasaba y empezó a descargar sobre él todas las cosas malas que tenía que decir sobre los leprechauns, lo cual permitió que ella abandonara la tercera planta de manera desapercibida.

Penny albergaba grandes esperanzas acerca de la cuarta planta. Ahí se vendían sueños para la hora de la siesta y la clientela estaba mayormente formada por animales de sueño ligero o bebés que se pasaban el día durmiendo. El simple hecho de que allí podría trabajar rodeada de clientes adorables la hacía sentirse bastante ilusionada.

Con el corazón palpitándole, por fin puso el pie en la cuarta planta. Aunque avistó algunos clientes que inspiraban dulzura, del tipo que esperaba encontrar ahí, había muchos adultos y animales de apariencia fiera, lo que creaba una atmósfera muy diferente de la que venía imaginando. El techo de esa planta era más bajo; los exhibidores eran en su mayoría también de menor altura y muchos de ellos no pasaban más allá del tobillo, lo cual le provocaba la sensación de ser un gigante en un mercadillo donde vendían la mercancía sobre una multitud de alfombrillas.

Penny tuvo que esquivar a un espécimen de oso perezoso que

bloqueaba el pasillo tumbado junto a un bebé que se reía a carcajadas a la vez que le apretaba la barriga al animal. Ya en el lado de la pared, vio un mostrador a sus pies con un cartel en el cual se leía: *Soñar que juegas con tu dueño*. Un perro viejo bastante despeluchado se había posicionado plano sobre el suelo y estaba haciendo una meticulosa selección de sueños, usando su olfato. Para no molestarle, ella se apartó hacia un lado. Justo en ese momento alguien la hizo sobresaltar, dándole un par de palmadas en la espalda. Al volverse, vio que detrás tenía a un hombre de larga melena y vestido con overol que la estaba mirando fijamente.

—Hola, eres la nueva, ¿no? ¿No crees que lo primero que debiste hacer al llegar aquí es buscarme? —le dijo en tono presuntuoso.

—Ah, hola. Me llamo Penny. Es que empecé a echar un vistazo y… ¿Es usted el encargado principal de la cuarta planta?

—Pues claro. ¿Quién más aparte de mí, Speedo, podría hacerse responsable de este lugar? —el hombre hablaba extremadamente rápido—. Aquí estamos de lo más ocupados. Se vende un gran volumen de mercancías, ¿sabes? —al ver que Penny permanecía callada con una expresión de desconcierto, continuó diciendo—: ¿Estás al tanto de qué es lo más importante en esta planta?

La chica puso, por pura cortesía, una expresión de estar intrigadísima por la respuesta. Con un aire arrogante, Speedo alzó la barbilla a la vez que se peinó la melena hacia un lado con los dedos. Su barba la formaban unos escasos diez pelillos bastante dispersos. Para no mirarle directamente a la cara, ella fijó la vista en el broche que llevaba en el pecho. El plateado elemento con el número cuatro grabado brillaba de una manera llamativa.

—Como suponía, no lo sabes. Pues presta atención: si los clientes de sueños para las siestas acaban quedándose dormidos profundamente, mal asunto. Cuando los niños duermen en exceso, se ponen llorones y si los animales se quedan dormidos como troncos, son vulnerables a que los ataquen sus enemigos naturales. Así que, si no estás segura de vender el producto, no lo intentes. Al fin y al cabo, las otras plantas se hará cargo de subir las ventas.

Speedo no paró ni un momento de sonar arrogante. Se notaba que no había tenido a nadie ante quien alardear durante algún tiempo y eso le incitaba a quitarse el gusanillo así.

—¿No hay nada acerca de mí por lo que sientas curiosidad?

—Ejem, pues…

Antes de que Penny formulara su pregunta, Speedo no esperó ni

cinco segundos para interrumpirla:

—¡La gente suele decirme que les intriga por qué voy vestido con un overol! ¿Verdad que tú también me ibas a preguntar eso?

Sin quererlo, ella acabó poniendo una cara que denotaba que no había acertado en absoluto, pero, por suerte, Speedo no pareció molestarse por eso.

—Considero una pérdida de tiempo en la mañana el tener que ponerme un atuendo de dos prendas. En vez de ello, prefiero dormir aunque sea un minuto más. Ah, seguro que piensas que me resultará incómodo a la hora de ir al baño, ¿verdad? Últimamente los fabricantes de ropa están pendientes de todo y, como verás, aquí…

—No hace falta que me lo explique, ya me puedo hacer una idea.

—Ah, ¿sí? Bueno, entonces, ¿qué tal si te vas ya? A esta hora llega la avalancha de españoles que duermen la siesta.

Speedo desapareció del lugar tan rápido como llegó. Unos segundos después ya había empezado a hablarle a un cliente al que prácticamente se había pegado a su costado.

—¡Pero qué buen ojo tiene usted! De este *Sueño reparador para el cansancio* sólo nos quedan dos existencias. No hay nada mejor que esto para una siesta ¿Le pongo uno? ¿O se lleva los dos?

El cliente, tras dar un respingo del susto, dejó el sueño en su sitio y se dirigió a paso rápido hacia otro lugar. A pesar de que los clientes huían de él abrumados debido a la brusquedad con la que se acercaba, Speedo no parecía percatarse de ello y seguía moviéndose como un tornado por toda la cuarta planta.

—Oye, Penny, ¿todavía andas por aquí?

En un abrir y cerrar de ojos lo tenía otra vez al lado murmurándole tan cerca del oído que le incomodaba.

Penny deseó que no la asignaran a esa planta.

La chica se sentía cada vez más desalentada. Aunque todavía le quedaba por ver la quinta planta, allí se vendían a precio rebajado los saldos que no habían sido comprados en las demás. Decidió no ilusionarse con que aquel lugar tuviera un mejor ambiente de trabajo que otras plantas. En cuanto llegó a la quinta, lo primero que vio fue una vieja pancarta mal colgada en la que se leía "¡Descuentos drásticos en productos con fecha de vencimiento próxima!". Tras apartar con la mano la tela, se dirigió al interior.

Comparado con el resto de plantas, en la quinta había mucho más movimiento de empleados y clientes. Justo en el centro había un

exhibidor de saldos con cajas de sueños confusamente mezcladas. Sobre él había varios carteles colocados de forma desordenada.

¡80% de descuento!
Sólo sueños en blanco y negro.
Para sueños en color, consultar al personal de otras plantas.

Las cajas tenían etiquetas que decían: “Cena de langosta en un destino paradisiaco” o “Atardecer en la playa de una isla del sur”. Penny se imaginó una pantalla en blanco y negro que transmitía imágenes de una langosta negra y un mar gris oscuro; al figurarse esos sueños, movió la cabeza de un lado a otro con desaprobación. Seguramente el refrán “lo barato sale caro” sería aplicable para aquellos productos.

—¡Señores clientes, esto se trata de una búsqueda de tesoros! Hay desde sueños con precio de salida de a partir de 50 gordons hasta creaciones de los creadores legendarios! ¡También hay artículos que sólo se pueden adquirir mediante reservas hechas con meses de antelación! ¡Miren bien los envoltorios cuando busquen!

Penny observaba desde detrás al vendedor que hacía gestos exagerados subido al exhibidor del lado contrario. Se movía con bastante agilidad para lo redondo y regordete que era su cuerpo… A pesar de estar viendo sólo su espalda, a ella le resultó alguien familiar.

—¡Motail!

—¡Penny! ¡No me digas que eres tú la nueva empleada que entraba hoy! —dijo contento, al reconocer a Penny en cuanto la oyó llamarle.

Él había sido compañero suyo en la preparatoria. Era el más alborotador de la escuela y destacaba por su desparpajo a la hora de ofrecerse a hacer cualquier cosa. Además, era conocido por saber imitar asombrosamente bien las voces de todos los profesores.

—¿Eres por casualidad el encargado principal de la quinta planta?

—¡Claro que no! Aunque me gustaría. Aquí no hay un encargado designado. Los trabajadores de esta planta vendemos sueños a nuestra propia manera según la maña de cada uno. Es un trabajo que me viene como anillo al dedo.

Mientras hablaba con ella, movía el cuerpo con dramatismo y hasta recomendaba productos a los clientes haciendo gestos con los pies.

—¡Hoy me siento generoso! ¡Les haré un dos por uno! ¡Les regalo el segundo de mi bolsillo!

—Oye, ¿y te puedes permitir eso? —preguntó Penny, preocupada.

—Es mentira. Estoy vendiendo cada sueño a precio doble.

Motail se quitó el saco de pana, se lo echó por encima de los hombros a modo de capa y fue haciendo cabriolas de un sitio a otro. Ciertamente, el ambiente de aquella planta parecía ser idóneo para él, como bien había dicho. Penny se imaginó a sí misma vendiendo sueños a la vez que bailaba sobre el exhibidor y al momento le invadió una sensación de desesperación.

—Mira, Penny, hoy nos ha llegado un sueño de los buenos.

Antes de que se diera cuenta, él se había bajado del exhibidor y ahora lo tenía a su lado. Le estaba mostrando un producto con un envoltorio traslúcido de color azulado.

—¿Es eso…?

—¡Exacto! ¡Una creación de Wawa Sleepland, *Viaje de siete días por el Tíbet* ! Seguro que salen unas vistas increíbles. Aunque, claro, como está pasado de fecha, tendrá intervalos en blanco y negro. Dicen que las panorámicas que diseña Sleepland superan en esplendor a los paisajes reales. Lo sabías, ¿no?

—¿Y cómo es que un sueño tan buscado ha llegado a parar a esta planta? —preguntó Penny, con suspicacia.

Wawa Sleepland era una de los cinco creadores legendarios de sueños. Era difícil conseguir sus creaciones aunque se permaneciera en lista de espera por varios meses.

—Hubo un cliente que hizo un pedido a medida y no vino a dormir a la hora que debía. Creo que dijo que se pasó noches en vela por ser época de exámenes o algo así. Aquí nos llegan también sueños que no se han recogido a la hora para la que estaban reservados. Esto lo dejo escondido para llevármelo en secreto a la hora de salida.

Motail puso la expresión socarrona que tanto lo caracterizaba, mientras ocultaba la caja debajo del exhibidor.

—Claro que de esto no se puede enterar Dallergut, pues me gustaría durar un tiempo en este trabajo, ¿sabes? —dijo, dejando ver con su sonrisa sus dientes torcidos—. Penny, deberías considerar seriamente trabajar en esta planta. ¡Aquí puedes recibir en incentivos una cantidad equivalente a las ventas que has hecho!

Al ver que ella puso los ojos como platos ante aquella golosa sugerencia, su amigo añadió:

—Pero, por el contrario, el sueldo básico es muy bajo.

Era hora de que la chica volviera a la primera planta para encontrarse con Dallergut. En vez de usar el ascensor, decidió que bajaría por las escaleras sin prisas. Empezó a plantearse en cuál de las

plantas debería trabajar. Si pretendía laborar en la quinta, tendría que atreverse a practicar canto en medio de la calle o esforzarse por todos los medios para cambiar de personalidad. En cuanto a la cuarta, debería acostumbrarse a tratar con Speedo antes que cualquier otra cosa. La tercera parecía ser la más amena, pero tendría que escoger con cuidado los temas de conversación con Mog Berry. Para trabajar en la segunda planta, antes siquiera de aprobar el examen de Vigo Mayers, debería ir con la blusa bien planchada. Justo pasaba por allí y oyó la voz de él vociferando: "¡Todos los productos de la segunda planta están agotados! ¡Agotados!".

Finalmente, llegó hasta la puerta del despacho de Dallergut sin haber decidido dónde quería trabajar. El cartel que antes anunciaba su ausencia ya había sido despegado.

Al tocar con los nudillos, se dio cuenta de que la puerta estaba ligeramente abierta. Observó el interior a través de la ranura y al instante se percató de que Dallergut no estaba solo: le acompañaba Weather, la señora a cargo de la recepción.

—Dallergut, estamos ya muy viejos y cansados. Hace treinta años desbordábamos energía aunque tomáramos cualquier cosa para almorzar, pero esa época ya ha pasado. Hay que contratar a más empleados para la recepción. Los dos solos no nos damos abasto con todo el trabajo que conlleva atenderla. Fíjate: hoy también estuviste todo el tiempo ausente porque tenías que ocuparte de las reservas en la oficina y comprobar en el almacén cómo íbamos de existencias; justo por eso mismo, me he quedado exhausta —se quejaba la señora.

—Lo siento, Weather, pero sabes también como yo lo importante que es el trabajo que se hace en la recepción. No se lo podemos confiar a cualquiera. Te prometo que mandaré una notificación a los empleados para ver si alguno quisiera solicitar un puesto aquí, así que aguanta un poco más. Aunque no sé si habrá alguien que se muestre dispuesto, considerando que aquí las obligaciones pesadas no son pocas… ¡Lo tengo! ¿Qué te parecería trabajar con Vigo Mayers de la segunda planta?

—¿Vigo Mayers? —respondió ella.

—En cuanto a experiencia y conocimientos, te sería de gran ayuda —dijo en tono amable Dallergut.

—Él no va a estar dispuesto a trabajar haciendo las veces de mi asistente. Si se le cediera el puesto de encargado de la primera planta, sería otra historia… ¿Eh? ¿Quién anda ahí fuera?

Weather había notado la presencia de alguien a sus espaldas y ahora tenía la cabeza girada hacia la puerta. Penny se esforzó por entrar en el despacho con la mayor calma.

—No pretendía interrumpir su conversación. Vine sólo a comunicarles que ya terminé de dar una vuelta por todas las plantas.

—Ah, cierto. Descuida, puedes pasar y sentarte junto a nosotros —dijo Dallergut, recibiendo a Penny con gusto. Llevaba una chaqueta de textura suave por encima de los hombros y estaba apoyado contra el respaldo de una silla.

—Dime, ¿para qué planta te gustaría solicitar tu puesto?

Weather también se mostró interesada en oír qué respondería Penny.

—Si yo fuera tú, me quedaría con la segunda. Aunque Vigo Mayers es bastante estricto, aprenderías muchas cosas bajo su dirección —dijo Weather.

Penny se acababa de enterar hacía tan sólo unos momentos y antes que nadie que había salido un puesto de trabajo que le resultaba atractivo. No podía dejar pasar aquella oportunidad.

Tras unos segundos de suspenso, contestó a la pregunta mostrándose de lo más resuelta.

—Quiero trabajar en la recepción de la primera planta.

Para su sorpresa, aceptaron de buen grado su propuesta. Weather estaba contenta de tener para el día siguiente a una subordinada que le aliviaría la carga de sus labores; por su parte, Dallergut, que estaba temiendo que Weather rematara sus quejas con un “voy a renunciar” o “he decidido trabajar para otra tienda”, se alegraba de que la charla hubiera tenido un final redondo gracias a Penny.

Los tres fueron juntos a la recepción para que la chica supiera cuáles serían las tareas que realizaría. Había instalados varios monitores que informaban acerca de las circunstancias de cada planta y un micrófono para hacer anuncios por megafonía. A un lado también se encontraba una pila de panfletos publicitarios para repartir a la clientela.

—Aquí puedes comprobar el número de existencias, cómo van las ventas y los pagos que van entrando —le explicaba Weather, a la vez que abría varias ventanas emergentes en un monitor—. ¡Es la versión 4.5 de *Dream Pay Systems*! Se trata de un programa que integra todas las funciones necesarias para la gestión de un comercio. En particular, el sistema de cobro de sueños es una delicia pura. La cuota de usuario es cara, pero merece la pena. Para usar la función automática de cobro

ligada a la caja… Cuando las existencias bajan a trece por ciento, automáticamente una notificación…

La capacidad de atención de Penny cayó en picada. Sólo se estaba enterando de unas pocas cosas de entre todas las que mencionaba Weather. Para su sorpresa, Dallergut, que estaba de pie a su lado, tenía la misma expresión distraída que ella.

—Vaya, veo que eres del mismo patrón que Dallergut, que odia la tecnología. Bueno, entonces hoy te explicaré simplemente acerca del medidor de párpados.

—Por fin podré intervenir yo también —dijo él, regodeándose.

Weather se dio la vuelta hacia la pared curvada que abrazaba la parte posterior de la recepción. Penny se dio cuenta de que esa superficie increíblemente alta hacía las veces de una estantería gigante que contenía objetos en cada uno de sus compartimentos.

Los objetos eran balanzas diminutas marcadas con un número diferente y, en ellas, un péndulo con forma de párpado oscilaba de arriba abajo marcando una graduación que indicaba cierto estado. A la altura de los ojos de Penny, el péndulo del medidor 902 se movía rápida e intermitentemente entre las graduaciones de “despierto” y “soñoliento”.

—Éstos son los medidores de párpados de nuestros clientes fijos. Los mandamos a fabricar con base en los conocimientos adquiridos durante los largos años de gestión de esta Galería con el fin de saber de antemano a qué hora vendrán —explicó Dallergut, orgulloso.

Weather comenzó a hablar con una voz nostálgica tras observar el medidor 999:

—A este cliente empezaban a pesarle los párpados siempre que llegaba esta hora, pero al entrar en años, duerme mucho menos. Estos días no se ha aparecido ni una vez para comprar sueños. Este lugar está lleno de recuerdos. A veces les bajamos los párpados sólo una diminuta milésima a clientes que han hecho reserva, pero no se aparecen a pesar de haber pasado su hora; sin embargo, no debes tocarlos por tu cuenta porque podrían quedarse amodorrados cuando están haciendo algo importante.

Penny no tenía ocasión de contestar, pues estaba demasiado atareada anotando las indicaciones.

—¿Le importa repetirlo? ¿Cuándo dice que hay que mover los párpados?

—Olvídalo. No te preocupes, pues, de todos modos, siempre estaré

yo a tu lado.

En plena conversación acerca de los medidores, se oyó el sonido de una notificación. Provenía del sistema de cobros de sueños que tanto había alabado Weather.

¡Ding-dong!
No quedan artículos en ninguna planta.
Agotadas todas las existencias.

—Como está todo agotado, ya no hay trabajo que hacer —dijo Dallergut, haciendo uso del micrófono. Anunció a los empleados de la Galería que podían dar por finalizada su jornada de trabajo. Al momento, vítores de alegría resonaron por todo el establecimiento.

—Hacía mucho que no cerrábamos a una hora tan temprana. Yo también debería marcharme ya. Hoy tengo una reunión familiar; ¡mi hijo pequeño por fin ha aprendido a pararse de manos! Y hoy vamos a dar una fiesta para celebrarlo.

Weather y los demás empleados fueron saliendo uno tras otro hasta que en la tienda sólo quedaron Dallergut y Penny. Ella también quería irse a casa, pero estaba pendiente de su jefe, quien aún no había abandonado el lugar.

Mientras tanto, algunos clientes seguían todavía asomándose por la puerta principal.

—Disculpen, pero está todo vendido por hoy. Abriremos mañana en cuanto repongamos nuestros productos —se excusó Penny, con su mejor cara de pedir disculpas y el grupo de cuatro o cinco personas en ropa de dormir se dio la vuelta sin más remedio.

Dallergut estaba en la recepción garabateando algo sobre un papel.

—¿Qué es lo que escribe?

—Es para hacerles saber que todo está agotado al menos con un cartel pegado fuera en la puerta.

La chica se había quedado de pie en actitud discreta mientras lo observaba. A él parecía no gustarle su letra, pues había descartado ya tres veces el papel y estaba escribiendo la cuarta versión. A Penny le parecía increíble estar viendo al mismo Dallergut tan de cerca y poder trabajar junto a él.

—¿Es verdad que el Tercer Discípulo que aparece en aquella historia es antepasado suyo? —le preguntó de improviso.

—Eso dicen. Por eso, mis padres y abuelos se aseguraron de que siempre fuera consciente de ello —le respondió, al mismo tiempo que

quitaba pelusitas de su chaqueta con indiferencia.

—¡Es admirable! —exclamó la chica, mirándolo con ojos que denotaban lo impresionada que estaba.

Dallergut acababa de terminar el cartel que pegaría en la entrada.

—Bueno, ¡ya está listo!

—Démelo, yo me encargo de colocarlo.

Penny pegó el papel con dos trozos gruesos de cinta adhesiva en cada lado con el fin de que el aviso no se desprendiera. Además, no volvió a entrar a la tienda hasta que comprobó que no se viera torcido a una distancia de varios pasos.

¡Se agotaron todos los sueños!
Debido a que la totalidad de existencias preparadas para hoy están agotadas, les rogamos a los clientes que se acercaron hoy a la Galería antes de dormirse que por favor vuelvan a visitarnos mañana.
Estamos abiertos todo el año sin descanso. Les esperamos cada día con una multitud de productos a su disposición.
—La dirección.

—Bueno, ¿qué te parece si tomamos una galleta o algo?

Dallergut se puso a tararear mientras abría una bolsa de dulces que decía “Galletas reconfortantes para el cuerpo y el alma”. Eran las mismas que le había ofrecido el día de la entrevista.

—Por cierto, ¿cómo es que no te has ido a casa? —le preguntó entonces, cayendo en la cuenta de ello.

—Pues… La verdad es que no lo hice porque usted tampoco se ha ido aún…

—Ah, claro que no. Yo, por así decirlo, ya estoy fuera —replicó él, de una forma ambigua.

—¿Cómo dice?

—Es que vivo en el ático de este edificio, el cual reformé para usarlo como vivienda.

—Ah…

Cling-cling.

El sonido de la campanita adosada a la puerta de entrada dio paso a una clienta que aparentaba ser muy mayor.

—Disculpe, tenemos todos los productos agotados por hoy… —empezó a decir Penny, pero Dallergut se interpuso, como diciéndole

que esperara un momento.

—No vine para hacer una compra. Me preguntaba si es posible consultar para una reserva.

—Por supuesto. Pase, por favor —le respondió Dallergut, recibiendo con hospitalidad a la abuelita, después de ocultar tras de sí la bolsa de galletas. Enseguida, entraron varios clientes más. Eran hombres y mujeres de diferentes edades, pero tenían algo en común: haber llegado allí con los ojos hinchados. No cabía duda de que habían sollozado antes de dormir.

—Parece que les ha ocurrido algo —murmuró Penny a Dallergut en voz baja, imperceptible al oído de los demás.

—Desde luego. Son todos clientes que conozco. Hoy han llegado a una hora mucho más tardía de la habitual.

—Da la impresión de que han estado dando vueltas en sus camas sin poder conciliar el sueño durante un buen rato.

—Eso parece.

El dueño los condujo hacia la sala de descanso para empleados, situada a la derecha de la entrada principal. Penny los siguió; algo a lo que no se opuso su jefe.

Dallergut abrió la puerta arqueada y chirriante que daba paso a una habitación significativamente amplia e iluminada por una especie de candelabro sencillo, el cual bañaba el lugar con una luz acogedora. Había sillones y un sofá mullidos con cojines viejos y remendados con retazos. Completaban el sitio una larga mesa hecha con un tronco entero, un refrigerador y una cafetera viejos y una cesta con cosas para comer.

Una vez que se sentaron los clientes, Dallergut tomó un puñado de caramelitos de la cesta y empezó a repartirlos entre ellos.

—Son caramelos para dormir. Están ricos y hacen buen efecto. Lo que más les conviene en una noche como hoy es dormir de un tirón.

Tras recibir los caramelos, todos, como de manera sincronizada, se pusieron a derramar lágrimas.

—Vaya. Debí darles primero unas galletas reconfortantes. Descuiden, pueden llorar; nadie se enterará de lo que pase aquí. Bien, ¿qué tipo de sueños quieren que les prepare?

Una chica joven que se había sentado cerca de la entrada fue la primera en responder.

—Yo me separé de mi novio hace poco. Estuve aguantando bien durante un tiempo, pero hoy de repente me dieron jaquecas y me ha invadido el desasosiego. No es que me sienta sola, sino desamparada.

Desde que terminamos, no puedo salir adelante. Quiero saber si lo que siento es rencor o arrepentimiento. ¿Sería capaz de darme cuenta de si me reencontrara con él en sueños?

Los demás también fueron turnándose a continuación para hablar:

—Yo perdí a mi hermana mayor cuando era pequeño. Ayer cumplí veinticinco años, la misma edad que tenía ella cuando dejó este mundo. Pensar que murió tan joven me hace sufrir. Desearía verla aunque sea en sueños y poder conversar con ella. Me pregunto si le va todo bien allí donde esté.

—Me presento a un concurso dentro de poco, pero no se me ocurre ninguna idea buena. Me siento tonto mientras veo que otros tienen un ingenio asombroso. Ya no soy tan joven y, aunque no hay muchas cosas que se me den bien, no consigo resignarme a desistir de hacer lo que quiero.

—El mes pasado cumplí los setenta. Ya he vivido muchos años. Hoy, empacando mis cosas para mudarme, encontré fotos de mi época de estudiante y de cuando me casé. Después de verlas, no puedo parar de pensar en esas épocas de mi vida y, al irme a la cama, me he sentido muy triste. La rapidez con la que ha corrido el tiempo me resulta cruel.

Cada uno de los clientes estuvo un buen rato contando sus pesares; mientras Dallergut iba anotando sus historias hasta dejar repleto el cuaderno que había traído preparado.

—Bien, ya confeccioné sus pedidos de reserva. Me encargaré de prepararles los sueños que necesitan.

Ellos se levantaron de sus asientos a la vez que se metían en la boca el caramelo-somnífero. La última en hacerlo fue la señora de edad avanzada, que preguntó:

—¿Para cuándo podremos soñar con lo que le hemos encargado?

—Déjeme ver… Algunos tendrán su sueño listo enseguida, pero otros tendrán que esperar un poco.

—¿De cuánto tiempo sería la espera?

—Es difícil de decir con certeza, pero hay una condición que todos deberán cumplir para recibir el sueño apropiado.

—¿Cuál es?

—Duerman cada noche sin falta de la manera más profunda posible. Ésa es la única condición.

Aquellos clientes de última hora se marcharon de la tienda al poco rato. Penny se disponía a irse a su casa cuando vio a Dallergut

revisando las notas de su cuaderno.

—¿Suele tomar muchos pedidos de reserva como éstos?

—No son frecuentes, pero se dan en algunas ocasiones. Supone un trabajo más gratificante que la venta de sueños prefabricados. Si algún día llegaras a llevar una tienda durante tanto tiempo como yo, sabrías a qué me refiero. Bueno, puedes irte ya a casa.

—De acuerdo.

—Ah, por cierto —le dijo cuando ella estaba ya por salir.

—Dígame.

—Se me ha olvidado darte la bienvenida. Te felicito por entrar a trabajar con nosotros. Espero que le tomes cariño a este lugar.



2. Manual para un amor de medianoche



Tras un mes de trabajo, Penny hizo bastantes progresos. El avance más notable que hizo fue el de embeberse en las peculiaridades acerca de los medidores de párpados para clientes fijos. Al medidor número 898 le pesaban los párpados a toda hora y eso le hizo pensar que tal vez el aparato estaba averiado.

—Señora Weather, estoy segura de que este medidor tiene un desperfecto. Llevo pendiente de él varios días y me he dado cuenta de que, aunque ahora mismo no es de noche en la región donde se encuentra el cliente, indica que lleva desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde con los párpados cerrados. ¡Incluso ahora, fíjese!

Con un repiqueteo, los párpados del medidor se cerraban y abrían lentamente una y otra vez.

—A ese medidor no le pasa nada. Se trata de un estudiante de bachillerato y parece que suele dormirse en las clases. Descuida. Ya sabes, es imposible no dormirse cuando las lecciones son infumables.

Aparte de eso, Penny aprendió a orientar a la clientela sobre cosas básicas como en qué planta se encontraban los sueños que buscaba o las fechas de entrada de las nuevas creaciones.

Sin embargo, todavía se sentía torpe en cuanto a la labor más importante dentro de la recepción: la relacionado con el dinero, es decir, el valor de los sueños. Lo que más arduo se le hacía era manejarse con el programa Dream Pay Systems. Dado que a Dallergut le pasaba lo mismo, la gestión de los pagos *a posteriori* había sido hasta entonces una tarea de la que exclusivamente se encargaba Weather.

—Luego de que los clientes han consumido sus productos, pagan el

equivalente a la mitad de las emociones que sintieron durante el sueño. Por lo tanto, vender a clientes con abundancia emocional se traduce en un aumento de probabilidades de ganar más beneficios; con lo cual, es esencial cuidar bien de los clientes fijos, pues la mayoría de ellos tienen mucha riqueza de sentimientos.

—¿Cómo es posible pagar con emociones a modo de dinero?

—¡Ésa es la razón misma por la que este sistema de pagos es una maravilla! Pertenece al género de redes colectivas de dispositivos interconectados; a eso que se llama el internet de las cosas. Nuestra caja, clientes y el sistema están ligados entre sí; por tanto, cuando ellos pagan, las cuotas entran en caja y podemos visualizar esos datos por computadora… ¿Penny, te estás durmiendo? Al menos finge que lo estás comprendiendo, ¿no? —dijo Weather, en tono suplicante.

—Discúlpeme, es que no termino de imaginar cómo funciona…

—Qué remedio. Por un tiempo me tocará a mí ayudarte.

La señora recogía los pagos de la caja todos los días en cuanto llegaba al trabajo por la mañana y se acercaba al banco situado enfrente para depositarlos en un lugar seguro. En esos momentos en que se ausentaba, a Penny le tocaba vigilar la recepción y se cercioraba de estar bien atenta para no cometer ningún error.

Ese día, la chica también estaba ojo avizor a lo que ocurría en la tienda mientras esperaba a que Weather regresara. No obstante, su supervisora, que había ido hace pocos minutos al almacén, pronto estuvo de vuelta.

—¿Ya terminó el encargo?

—Creo que la *omelette* que desayuné estaba poco hecha… Voy… voy un momento al baño —le respondió la señora, agarrándose el vientre, a la vez que un sudor frío le empapaba la cara—. Tal vez me demore. ¿Podrías ir tú al banco en mi lugar? Abre la caja fuerte del almacén con esta llave y verás que dentro hay dos botellas de cristal llenas. Llévalas al banco y, una vez en la ventanilla, ya sabrán ellos qué hacer. Sólo basta con que digas que vas de parte de la Galería de Sueños. Da… date prisa. Si vas tarde, te encontrarás el banco abarrotado de gente.

Tras darle una diminuta llave a Penny, se fue corriendo hacia los baños.

A pesar de que aquel imprevisto la había tomado desprevenida, Penny se apresuró a garabatear en un papel la nota “Fui un momento al banco” y la pegó en un lugar visible. Para que no se le olvidara, fue

repitiendo para sí misma: "Caja, dos botellas llenas, ventanilla del banco, decir que vengo de la Galería", conforme caminaba a paso rápido hacia el almacén.

Ya dentro de aquel organizado espacio, le llevó un buen rato encontrar la cerradura de la caja fuerte, que era mucho más grande de lo que esperaba. La cerradura estaba muy abajo, cerca de sus pies, y cuando por fin metió la llave y la hizo girar, un sonido anunció que el cerrojo se había abierto. Al tirar con todas sus fuerzas de la puerta, cuyas dimensiones no tenían nada que envidiar a la de la entrada al vestíbulo pudo ver el interior, profundo como una cueva.

La caja fuerte se asemejaba a la despensa que tendría una familia adinerada en el sótano de su casa. Allá se encontraba una multitud de botellas de cristal colocadas en estuches hechos a medida y el contenido de todas y cada una difería en cuanto al color. Unas dejaban ver misteriosos tonos turquesa, otras deslumbraban con un color marfil y también las había de un rojo tinto como la sangre. A Penny le espeluznó una que tenía una delgada capa de un líquido color rojo oscuro. Resonaba un goteo de agua en el interior de la caja fuerte. La chica estaba al tanto de que esos líquidos de colores eran lo que habían pagado los clientes por sus sueños, pero era la primera vez que los veía de verdad. No le fue difícil encontrar las dos botellas llenas que Weather le mencionó. Aparentemente, alguien ya las había sacado de sus estuches la noche anterior y puesto en la parte inferior. Llevaban unas etiquetas en las que se leía la palabra *ilusión* y el líquido que contenían eran de un rosa claro, similar al del algodón de azúcar. A la chica le hubiera gustado pararse a mirar con más detenimiento las demás botellas, pero no se olvidaba de que la señora la apremió para que fuera cuanto antes al banco. Tras sacar rápidamente las dos botellas, cerró la caja fuerte.

Con una botella en cada brazo, fue corriendo al banco. Como las botellas pesaban considerablemente y se le resbalaban, durante todo el trayecto pasó grandes apuros por miedo a que se le cayeran. Pensó que seguramente a su compañera se le había olvidado mencionarle una forma más cómoda de transportarlas.

Al abrirse las puertas del banco, le llegó la brisa agradable proveniente de los aparatos de aire acondicionado. Vio que todavía no había demasiada gente y, tras tomar con tranquilidad la papeleta para guardar turno, se sintió orgullosa de sí misma por lo bien que estaba llevando a cabo el encargo hasta el momento. "Ya no existe aquella

Penny despistada. Vaya, veo que si me lo propongo, soy capaz de hacer las cosas", se dijo.

Sentada a la espera de su turno, no dejó un momento de estrechar contra sí esas botellas de ondulante líquido rosa. Había siete personas por delante de ella. Estimó que no transcurriría demasiado tiempo hasta que le tocara pasar, pero los clientes en las ventanillas debían estar solucionando asuntos complicados, pues no daban señas de retirarse de allí.

Del aburrimiento, dejó las botellas de cristal con cuidado en el suelo para extraer un ejemplar del revistero que había al lado de los asientos. Era el número 5 de la revista *Neurociencia de los sueños*. No era un título que precisamente despertara su interés. Abrió la revista por cualquier página y empezó a leer.

ESTUDIO DEL MES: OBSERVACIONES ACERCA DEL PRECIO DE LOS SUEÑOS Y LAS EMOCIONES DE LOS CLIENTES

La investigación seleccionada este mes ha sido la del doctor Reeno, titulada *Observaciones acerca del precio de los sueños y las emociones de los clientes*. A pesar de que se han publicado numerosos estudios acerca del tema hasta la fecha, son escasos los que tienen como trasfondo una investigación tan exhaustiva como la presente tesis del doctor Reeno.

"La cuestión central es que los clientes saben que el olvido es inherente al ser humano y se reconocen objetivamente de ese modo. Además, incluso saben que toda la información que recuerdan no ha ocurrido de la manera que lo piensan, sino que es algo que ha reprocesado su mente. En consecuencia, estar al tanto de que todas sus experiencias quedarán en el olvido hace que sientan de forma mucho más intensa el hecho de que el momento actual sólo tendrá lugar una vez. Precisamente esto es lo que les da ímpetu a sus emociones y al precio que pagan por sus sueños".

Así es como el doctor Reeno resume el mensaje principal de un trabajo que contiene más de doscientas páginas. Algunos lo han criticado diciendo que se trata de una mera réplica de investigaciones ya existentes. Sin embargo, dado que el doctor Reeno ha venido dedicando estos últimos diez años al análisis de más de tres mil casos, todos reconocen el trabajo que ha realizado. (La hipótesis puede ser consultada en su totalidad en la página web oficial de *Neurociencia de los sueños.*)

A Penny le provocó dolor de cabeza el simple hecho de pensar en una investigación de doscientas páginas. Cerró la revista convencida de que no querría volver a leerla. Todavía quedaban cinco personas esperando por delante de ella.

Justo en ese momento, un hombre impecablemente ataviado con

traje, se sentó a su lado y comenzó a hablarle.

—Vaya, con sólo ver ese color, uno siente mariposas en el estómago. ¡Qué buena calidad! Diría que fácilmente podría costar sus buenos doscientos gordens. ¿De dónde eres? Es la primera vez que te veo por aquí.

—Trabajo en la Galería de los Sueños. Es normal que no me conozca, soy nueva.

La chica supuso que aquel señor formaba parte del personal del banco.

—¿Qué número tienes? Me parece que todavía te queda un rato por esperar. ¿Te gustaría que te mostrara algo con lo que entretenerte mientras?

Penny le hizo un gesto indicando que le era imposible desplazarse llevando aquellas pesadas botellas, pero, sin perder ni un segundo, él tomó una de ellas sin reparo alguno, diciendo: “Yo te ayudo”.

A continuación, la guio hacia la parte opuesta a las ventanillas del banco. La chica, bastante desconcertada, lo siguió llevando la otra botella. Llegaron a un lugar donde había un enorme panel electrónico y unas cien sillas alineadas. El espacio parecía reproducir el interior de la sala de espera de una estación de trenes.

Con una expresión de gran inquietud en sus rostros, las personas allí reunidas no despegaban los ojos de aquel panel gigantesco. En él se mostraban los precios en tiempo real de diferentes tipos de emociones como si se trataran de acciones de la bolsa.

La “sensación de logro” y la “autoconfianza” estaban batiendo un récord con una subida de precios de quince por ciento y esto se mostraba con letras de un rojo intenso en la parte más visible, mientras que en la inferior se podía observar que los valores de la “sensación de vacío” y la “impotencia” iban cayendo en picada. En los asientos desde donde mejor se veía el panel, estaban sentadas personas anhelantes que tenían las manos entrelazadas y asimismo otras que no dejaban de suspirar decepcionadas.

—¡No puedo creer que una botella de autoconfianza haya subido a doscientos gordens cuando un menú de hamburguesa de res vale sólo uno! ¿A quién se le ocurre pagar una fortuna por la autoconfianza de otro para obtener satisfacción sustitutiva? ¡Si me hubiera aprovisionado bien el año pasado ahora podría darme el gusto de dejar de trabajar! —se lamentó alguien.

Penny pudo comprobar que en la parte superior del panel también aparecía el valor de la “ilusión”; había ascendido un poco con respecto

al día anterior y se vendía a ciento ochenta gordens por botella. Tras haberse olvidado de ellas por unos momentos, agarró con fuerza la que sostenía, pensando que estaría en un gran apuro si la perdía. Acto seguido, se giró hacia el hombre que la había traído allí…

¡Cáspita! Había desaparecido y lo peor era que se había llevado consigo la botella de "ilusión" que se ofreció a sostenerle. Ahora estaba en apuros, un escalofrío le recorrió toda la espalda.

¿Acaso se trataría de un timador? Era evidente que estaba ante alguien que salía cada mañana a la caza de algún despistado del cual poder sacar dinero y aquel día se había topado con Penny. "Encima tuve la poca sensatez de contarle que soy nueva", pensó. Estaba segura de que se frotó las manos cuando vio que ella era una presa fácil. El tipo se había esfumado sin dejar rastro por ninguna parte. Tan fatigada como estaba, ya no era capaz de dar un paso más cargando con aquel peso.

Pensó que al menos debía depositar la botella que le quedaba, pero se dio cuenta de que su turno había pasado hacía un buen rato. Para colmo, también había perdido la papeleta con el número de su turno. Como no podía ausentarse por más tiempo de la recepción, sin más remedio decidió regresar a la Galería.

Weather ya estaba de vuelta allí. Al contrario que Penny, tenía ahora un semblante sosegado, señal de que había resuelto con éxito el asunto que la había llevado antes a los baños.

—Señora Weather…

—Penny, ¿por qué vienes con esa cara? ¿Y esto? ¿Cómo es que la traes de vuelta?

La chica le contó todo lo ocurrido. Al ponerlo en palabras, se sintió como la persona más tonta e inútil del planeta.

—Lo que ha pasado es un desastre; sobre todo con lo preciada que es la "ilusión" en estos días. Fue un error garrafal de mi parte. No debí confiarte sin más un encargo como éste. Se lo explicaré yo a Dallergut, así que no te preocupes. Quizá si lo reportamos a la policía, puedan arrestarlo. El individuo ese también intentó engatusarme a mí varias veces.

—Pues le tenías que haber dado entonces un buen patadón en la espinilla, Weather —dijo Dallergut, que apareció abruptamente—. O sea que, encima de que nos han robado una botella llena de pagos de los clientes, ¿dices que tampoco pudiste depositar la otra? Hoy el valor de la ilusión ha alcanzado su máximo en los últimos tres meses…

—De verdad que lo siento, señor Dallergut —se disculpó Penny, sin atreverse a mirarlo a los ojos.

—¡Pero al fin y al cabo no ha salido tan mal! Justo me hacía falta una botella de "ilusión". Iba a pasarme por la recepción antes de que Weather saliera para el banco, pero se me olvidó. ¡Menos mal que la trajiste de nuevo! Hoy van las cosas sobre ruedas. Con respecto a lo de la botella robada, tómatelo como una lección acerca de lo peligroso que puede ser el mundo.

Al ser Dallergut tan benévolo con ella, Penny se sintió aún peor.

—Le pido perdón de verdad. ¿En qué necesita usar esa "ilusión"?

—Ah, pues estoy seguro de que pronto va a visitarnos una clienta a la que le hace falta.



La joven era una cliente asidua de la Galería de los Sueños desde pequeña. Se consideraba una persona que soñaba mucho y con frecuencia, pero no sabía ni remotamente que todas las noches visitaba una tienda en concreto, pues, cosa extraña, se olvidaba por completo de todo lo relacionado con la Galería cuando se despertaba por la mañana.

Nació en una provincia y terminó allí sus estudios universitarios. Después se mudó a la capital al conseguir un empleo y así fue como empezó a vivir sola, como muchos otros oficinistas. Se incorporó al mundo laboral tan pronto como se graduó y, aunque trabajar en una compañía no dejaba de resultarle agotador, ya era algo a lo que estaba bien acostumbrada. Había cumplido veintiocho años, llevaba viviendo sola cuatro y se podía decir que en general su vida iba por buen camino.

—No tengo a nadie.

—¿En serio? Pero si trabajas en una empresa donde hay muchos hombres.

—Todos, o bien ya tienen novia, o bien están casados. Los demás no son de mi tipo o no les gusto yo a ellos.

—¿Qué cosas dices? Ni que les hubieras preguntado a uno por uno. ¿No será que no tienes ganas de una relación?

—Más bien es que no sé por dónde empezar. ¿Cómo comienzan a conocerse dos personas?

—Lo sabía. Sí hay alguien que te gusta, ¿verdad?

—Pues…

Tras acabar la llamada de teléfono con su amiga, se desplomó sobre su cama matrimonial, cuya amplitud se le hacía más insoportable aquel día.

—Me siento de lo más sola…

Había llegado al punto de decirse eso en voz alta todo el tiempo. Su voz resonó brevemente haciéndola consciente del tono quejumbroso en el que lo había dicho. El reloj indicaba que era ya medianoche. Después de terminar sus horas extra en la oficina, había vuelto directamente a casa, se había duchado, había tirado la basura, cenado y por último había charlado un poco con su amiga. No se podía decir que hubiera hecho muchas cosas antes de dormir, pero apenas le quedaban seis horas completas de sueño. Si hacía lo mismo que la noche anterior, en la que estuvo viendo YouTube e incluso leyó una serie entera de webtoons, se pasaría dos noches seguidas en vela. Al día siguiente tenía que trabajar, por lo que lo primordial era reponerse del cansancio; su soledad tendría que esperar.

“¿Hasta cuándo voy a estar viviendo así?”, se dijo, pero de inmediato se esforzó por quitarse la pregunta de la cabeza. No debía pensar en cosas serias cuando intentaba dormir, pues sabía por experiencia que no le ayudaría nada a la hora de conciliar el sueño.

Una vez tapada con la cobija hasta el cuello, programó la alarma en su teléfono y comprobó qué tiempo haría el día siguiente. Los iconos todos grises que salían en la pantalla pronosticaban un día nublado y con gran densidad de partículas de polvo en el aire.

“Quién me habría dicho que mi juventud sería tan sombría. No hay ningún día en que brille el sol”.

Aunque eso no era del todo cierto. Pensó en el chico que le había mencionado a su amiga en la conversación que tuvieron unos momentos antes. Él era empleado de una firma que era cliente de su empresa y visitaba su oficina cada miércoles. Cuando terminaba sus obligaciones de la mañana, solía almorzar solo en el mismo restaurante que ella frecuentaba.

”—Hola, le llama Hyeon Jongseok de Tech Industry. ¿Puede hablar por teléfono en este momento?

”—Buenos días, Jeong Ayoung al teléfono. Sin ningún problema. ¿Qué desea?

”—Me preguntaba si esta semana les viene bien que los visite el miércoles a las diez de la mañana.

Aparte de ese tipo de conversaciones telefónicas y un hola y adiós cuando se cruzaban, realmente nunca habían charlado entre ellos. Sin embargo, a ella no dejaba de llamarle la atención el chico por la constancia con la que llamaba cada lunes a la misma hora para avisar de su visita, la postura tan garbosa que tomaba al saludar y —aunque quizá fuera una apreciación subjetiva— la calma y madurez con la llevaba a cabo tareas repetitivas y exasperantes.

Por si fuera poco, en esa época él había empezado a aparecer en sus sueños; y en ellos se veía más alto y apuesto que en la vida real.

Intentó recordar cuándo fue la última vez en la que tomó acción a partir de una simple atracción para hacer que una relación sentimental floreciera. "Tal vez fue en la preparatoria. ¿O quizás en mi primer año de universidad? Un momento. ¿Acaso no es miércoles mañana?". De repente sintió mariposas en el estómago: mañana era el día en el que vería al chico.

Se enrolló en la cobija y se giró, mirando hacia la pared. Deseó que el chico no supiera ni en sueños que no podía parar de dar vueltas en la cama por la expectación que sentía al pensar en él. Posiblemente le desagradaría saber que había alguien que, además de observarlo secretamente cuando trabajaba, se recreaba pensando en verlo. A lo mejor ella estaba pasando por alto que estuviera casado o tuviera novia.

A la muchacha le palpitaba el pecho de la misma manera que cuando era una colegiala, pero ahora tenía una edad en la que debía tener en cuenta muchas cosas antes de empezar una relación.

"Vaya, me he pasado demasiado rato pensando. Necesito dormir ya seriamente. Por favor, no me importa que no sea correspondida, pero deseo que esta emoción se haga duradera", rezó para sus adentros, antes de caer dormida como un tronco.



—Señora Weather, parece que la clienta 201 está por llegar.

—Ah, ya veo —dijo ella, tras mirar de soslayo el medidor de párpados.

—Es una buena noticia. Estaba algo preocupada porque solía venir todos los días y de repente dejó de hacerlo.

Penny se quedó mirando el medidor con una sonrisa de satisfacción. Los párpados estaban completamente cerrados y marcaban la línea de "fase REM". Tan pronto como terminó de decir

eso, la clienta 201 entró en la tienda. Ella y Weather la saludaron alegremente.

—Bienvenida a la Galería.

—¡Hola! Hoy vengo por el mismo producto. Me gusta con lo que estoy soñando estos días.

—Bien. Como le será difícil encontrarlo porque en la tercera planta hay ahora mismo mucho ajetreo, se lo traeremos, si espera un momento.

Penny subió al tercer piso a toda velocidad. Allí Mog Berry y los otros empleados estaban desempaquetando cajas de mercancía recién llegada. Como siempre, a la encargada se le escapaban de su peinado los cabellos más finos. La chica esquivó las montañas de cajas hasta llegar a la sección de "Más buscados".

Los sueños que tenían una popularidad constante estaban apilados en forma de torre sobre un mostrador. Por la mañana los habían dejado colocados de manera ordenada, pero debido a que muchos clientes los movían de su lugar en la pila, ahora la torre era un caos.

Penny se puso a buscar con ahínco entre las muchas cajas para encontrar el sueño de la clienta. Después de sacar por quinta vez del montón *Soñar con volar por el cielo* de los leprechauns, por fin apareció una caja que tenía dibujado un corazón profusamente decorado. En el lazo del envoltorio estaba escrito con letra diminuta "Kiss Grower", el nombre de su creador. Se trataba de un veterano que elaboraba productos románticos de una calidad asombrosa. Según Assam, que siempre estaba al corriente de todo, el propio creador, al no ser bueno para los asuntos del corazón, sufrió más de cien desengaños amorosos y, como por cada uno de ellos se rapaba la cabeza, nadie le había visto nunca dejarse crecer el cabello. No obstante, se decía en el mundillo de la industria de los sueños que la calidad de sus creaciones se elevaba conforme él se llevaba esas decepciones sentimentales.

Penny volvió corriendo a la primera planta y le tendió la caja a la clienta.

—Se refiere a éste, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Aquí tiene. Muchas gracias.

—¿Hoy también puedo hacer el pago más tarde? —preguntó la clienta, mirando a Weather, con la caja en sus manos.

—Sí. Como siempre, basta con que comparta una parte de sus emociones sobre el sueño una vez que despierte.

—Lo que quiere decir que si el sueño no le proporciona ningún tipo

de emoción, ¡no se lo cobraremos! —añadió Penny, aplicando bien lo que Weather le había enseñado.

La clienta abandonó con calma la Galería llevando la caja en la mano. Aunque caminaba con pasos enérgicos, verla alejarse provocó en Penny una extraña sensación de incomodidad que no supo reconocer a qué se debía.

Más tarde, cuando la tienda estaba algo más tranquila, Penny se puso a recapacitar mientras barría el piso del vestíbulo. Después de la visita de la clienta 201, notaba una especie de agobio que no la abandonaba, pero no terminaba de comprender de qué se trataba. No fue hasta que llegó al despacho de Dallergut, tras llevar un buen rato barriendo sin descanso, que empezó a tener una idea del porqué de esa sensación.

—Uy, perdona. He dejado todo lleno de migajas de galleta, ¿verdad? —dijo su jefe, abriendo de golpe la puerta de su oficina.

—Descuide, señor Dallergut. Como no estoy ocupada, me he puesto a limpiar un poco. Por cierto…

—Dime, ¿es que ocurre algo?

—Hay algo que me intriga acerca de la clienta 201.

—Ah, ella es nuestra clienta desde hace mucho tiempo.

—¿Es apropiado que le sigamos vendiendo el sueño *Encuentro con la persona que me gusta*?

—¿Qué crees que tiene de malo? —le preguntó Dallergut, interesado.

—Pues… creo que soñar con la persona que a uno le gusta está bien las primeras veces. Pero si sigue soñando con ella, sus ilusiones irán a más y al final eso no le traerá más que frustraciones. Que sólo pretenda seguir soñando… —Penny hizo una pausa para pensar por unos segundos—. ¡Ya lo tengo! Que sólo se dedique a soñar quiere decir que en la realidad no está viendo ningún avance, ¿no?

Fue entonces cuando la chica se dio cuenta de por qué se había sentido incómoda al ver a la clienta alejarse.

—Penny, ¿sabes lo que normalmente piensan los clientes como ella que no son de esta ciudad acerca de los sueños?

—Por supuesto; lo estudié. Piensan que las cosas con las que sueñan son fruto de su propio inconsciente.

—Efectivamente.

—¿Y qué tiene que ver eso?

A Penny le costaba captar a dónde quería llegar su jefe. No quería dar la impresión de ser una empleada con pocas luces, pero su

curiosidad iba mucho más allá de esa preocupación.

—Seguro que ya sabes que, cuando los clientes se despiertan, no recuerdan nada acerca de esta tienda. Por tanto, que piensen que lo que soñaron la noche anterior es producto del inconsciente es la mejor explicación que pueden encontrar. ¿Qué optarías tú por creer si fueras cliente?

—Si en mi sueño apareciera siempre una persona de la que estoy muy pendiente, creería que mi mente también está inconscientemente volcada hacia ella —respondió Penny, con falta de confianza.

—Exacto, y cuando ya ha pasado cierto tiempo, eso se convierte en algo de lo que se está seguro. En este caso, el hecho de que nos guste una persona.

—Por eso mismo lo digo. Una relación amorosa no puede comenzar con sólo soñar. Un sueño no es más que un sueño… —repuso Penny, cada vez más enardecida al acordarse de la clienta.

—El amor empieza desde el instante en que uno se da cuenta de sus sentimientos por el otro. Ya sea correspondido más tarde o no, nuestro papel acaba ahí —le respondió Dallergut, con la misma expresión alegre de siempre.

—No me gustaría que no fuera correspondida. Eso sería muy triste.

—Pues, ¿no dijiste que los sueños sólo se quedan en sueños? Démosle un voto de confianza a cómo ella actuará en la realidad.



La joven se despertó cinco minutos antes de lo que pretendía. Abrió los ojos sintiéndose renovada, aunque todavía no hubiera sonado la alarma. Creía recordar vagamente que en sus sueños había estado en una tienda, pero cuanto más intentaba concentrarse en los recuerdos, más rápido se escapaban de su mente, como un puñado de granitos de arena entre los dedos, tanto que al final le fue imposible acordarse de nada. No obstante, de lo que sí estaba segura era del hecho de que había vuelto a soñar con aquel chico. En el sueño habían ido juntos al mismo restaurante donde se solían encontrar. Sentada muy cerca de él en actitud cariñosa, conversaron durante un largo tiempo. Tenía la impresión de que habían quedado en verse todos los días en ese sitio y se sentía cómoda hablando con él como si se conocieran desde hacía mucho.

Abrazando la sensación agradable que le dejó aquel sueño, se levantó de la cama y se dirigió hacia el baño. Estaba claramente

ilusionada, pero al instante que el agua fría de la ducha tocó su piel, volvió a poner los pies en la tierra.

“¿Pero qué historias me estoy inventando yo sola?”



Justo antes de que la ilusión que sentía la clienta desapareciera, se oyó el sonido de una notificación en la recepción de la Galería de los Sueños.

¡Ding dong!
El cliente 201 ha efectuado una transacción.
Una pequeña cantidad de “ilusión” ha sido transferida a modo de pago por el sueño “Encuentro con la persona que me gusta”.

—Este sistema está conectado a las botellas que hay en la caja fuerte, ¿no?

—Así es. Veo que ya lo has entendido. ¿No te decía que la tecnología ha mejorado mucho? Antes, cuando teníamos que verter los pagos a mano, derramábamos más de la cuenta. Cada vez que teníamos un ingreso, se nos iba el día entero en ir de un lado a otro con los medidores.

—Me pregunto dónde tiene planeado usar el señor Dallergut esa botella de “ilusión”.

A Penny le seguía rondando por la cabeza la botella que trajo de vuelta aquella vez que fue a hacer el encargo al banco, pues seguía tal cual en la recepción.

—Si él dice que la va a emplear en algo, definitivamente será para un asunto de gran utilidad —le aseguró Weather.



Ya en el trabajo, la joven se esforzó todo lo posible por no poner la mente en otras cosas y concentrarse en sus tareas, pues, de tanto pensar en aquel chico, había llegado a una conclusión difícil de encajar en cuanto a la razón por la que soñaba con él cada noche: “¿Será que en el fondo sé que él no me corresponde?”. En ese momento se oyó la voz de su jefe al otro lado del biombo.

—Señorita Ayeong, ¿no es hoy el día que viene Hyeon Jongseok?

Eran las nueve y cincuenta y cinco minutos de la mañana.

“Entra todos los miércoles religiosamente a la sala de reuniones diez minutos antes. Si se fuera a demorar, habría llamado para avisar”, pensó ella. En lo que dudaba, el teléfono de su escritorio sonó oportunamente.

—Buenos días. Jeong Ayoung del departamento de asistencia técnica. ¿Dígame?

—¡Hola! Soy Hyeon Jongseok de Tech Industry —su voz jadeante daba a entender que estaba corriendo a toda prisa—. Es que olvidé los documentos en el coche, pero estaré allí antes de las diez.

—Ah, entendido —pensó que quizá la respuesta que le acababa de dar sonó demasiado fría, por lo que añadió—: Avisaré a mi jefe, así que tómese su tiempo y, antes que nada, venga con cuidado.

—¡Oh, muchas gracias!

Aun después de colgar el teléfono, ella se quedó un tiempo toqueteando el aparato. Al escucharlo hablar con una voz algo más excitada que de costumbre, no pudo evitar sentir más expectación.

“Basta. Aquí vengo a trabajar”, se dijo, poniendo freno a sus emociones.

A las diez en punto, la puerta de la oficina se abrió y él entró. Ella lo miró de reojo, esforzándose por no cruzar la mirada con él. A pesar de que le había dicho que no se apresurara, sus mejillas enrojecidas delataban que no había parado de correr.

El chico miró a todos lados como buscando a alguien hasta que sus ojos se toparon con los de ella. Antes de que la chica mirara hacia otro lado, él la saludó mostrando una amplia sonrisa que dejaba ver unos hoyuelos a cada lado de su boca.

“Esos hoyuelos son irresistibles”, pensó. Ya no podía negar que estaba enamorada de él.



El chico se sentía confuso desde que se levantó por la mañana. La noche anterior había estado soñando con su exnovia y se despertó con una sensación desagradable. Llevaban separados hacía tanto tiempo que no se acordaba del cómo o del porqué de la ruptura; y a pesar de que ella se le hubiera aparecido en sueños, no la extrañaba ni tampoco se sentía arrepentido. No obstante, el hecho de todavía soñar con ella le incomodaba un tanto, pues últimamente le había estado pasando

con frecuencia.

“Vaya bromas pesadas que juega el inconsciente”, se dijo.

Pensando en las musarañas mientras manejaba, cometió el descuido de bajarse del coche dejando dentro los documentos para la reunión de trabajo.

No se permitía a sí mismo llegar tarde a los compromisos laborales. Pronto cumpliría los treinta y odiaba en absoluto la idea de convertirse en un treintañero sin éxito en el amor que además no se toma en serio la puntualidad.

Llamó por teléfono a la firma corriendo de vuelta al estacionamiento. Después de oírse la señal de llamada un par de veces, la chica de la oficina descolgó el aparato.

—Buenos días. Jeong Ayoung del departamento de asistencia técnica. ¿Dígame?

—¡Hola! Soy Hyeon Jongseok de Tech Industry.

Al otro lado ella estaba escuchando lo ridícula que sonaba su voz jadeante.

“Vaya impresión que le estaré dando”, se dijo. Para camuflar el ruido de su respiración, decidió hablarle en un tono de voz más alto que de costumbre.

—Es que olvidé los documentos en el coche, pero estaré allí antes de las diez.

—Ah, entendido —respondió ella brevemente. Cuando pensó que iba a colgarle, oyó cómo volvía a dirigirse a él—: Avisaré a mi jefe, así que tómese su tiempo y, antes que nada, venga con cuidado.

—¡Oh, muchas gracias!

Escuchar las amables palabras de la chica le hizo sentir que alguien le apoyaba.

Aquella noche se desplomó de cansancio en su cama y se quedó dormido en cuanto recostó la cabeza sobre la almohada.



—Bienvenido a la Galería de los Sueños —saludó Penny, reconociendo inmediatamente al joven. Recientemente había estado comprando una y otra vez el sueño *Encuentro con un amor del pasado* de la Sección de Recuerdos de la planta dos—. ¿Desea llevarse lo de siempre hoy también?

—Sí, gracias —respondió él, abstraído.

En el instante en que Penny le iba a dar indicaciones para ir a la segunda planta, Dallergut, que andaba cerca, se interpuso delante del cliente.

—Señor, me parece que debería dejar de soñar con eso.

—¿Cómo dice?

—Probablemente no lo recuerde, pero hace dos años acudió a mí suplicando que le hiciera soñar con la novia de la que se había separado.

—¿Eso le dije? Hace dos años… probablemente se refiere a justo después de la ruptura.

—Como lo oye. Además, durante un tiempo se despertaba llorando, ¿verdad?

—Sí, tuve una época así, y al poco tiempo me recuperé. Después de eso estuve un largo tiempo sin soñar con ella —iba a proseguir con su respuesta, pero de pronto se mostró extrañado—: Pero entonces, ¿por qué he vuelto a tener ese sueño últimamente?

—Se trata de un favor que me pidió usted mismo. Me dijo que quería comprobar si realmente estaba preparado para comenzar un nuevo amor. Por lo tanto, le recomendé *Encuentro con un amor del pasado*.

—Ahora lo entiendo.

—Además, no ha realizado ningún pago por todos esos sueños, lo que quiere decir que no siente nada cuando ve a su exnovia en ellos.

—Entienda que para nosotros eso significa una pérdida muy grande —intervino Weather.

—¿Escuchó lo que dije? Ésa es la razón por la que ya no le podemos vender más ese producto, porque, al fin y al cabo, no va a sentir ninguna emoción.

—Siendo así, hoy me marcharé sin más —dijo él, sintiéndose algo avergonzado al oír aquellas palabras de Dallergut.

—Espere. ¿Qué le parece tomarse una taza de té antes de irse? No hace falta que se vaya tan deprisa con todo lo que queda de noche por delante —lo disuadió Dallergut con un tono jovial.

Acto seguido, tomó la botella de “ilusión” que había en la recepción y la destapó. De la boca del recipiente salió un humo rosado. Tras colmar una taza de té con el líquido, se la ofreció al cliente.

—Bébala de un trago.

Después de haberse tomado el té, el joven abandonó la tienda con tranquilidad a un paso que denotaba que estaba de mucho mejor

talante que cuando se había presentado allí.

—Señor Dallergut, ¿cómo es que le ha dado a ese cliente la botella entera de "ilusión" con lo cara que está? —preguntó Penny, con una expresión que daba a entender que le parecía un total desperdicio.

—¿No decías que un amor no correspondido es algo muy triste?

La chica se quedó con la boca abierta por la sorpresa.

—¿Eso quiere decir que él es de quien está enamorada la clienta 201?

Dallergut asintió con un breve pero marcado movimiento de la cabeza, como queriendo decir que le había preguntado algo muy evidente.

—¿Y cómo es que usted se entera de esas cosas?

—Si tú también llevaras una tienda durante treinta años como yo, te darías cuenta naturalmente.



Al día siguiente, él se levantó de lo más descansado y energético. Que estuviera de tan buen ánimo significaba que aquel sería un día ideal para empezar cualquier cosa. Dejó su teléfono enchufado al cargador y fue a ducharse tarareando.

Cuando el ruido del agua y sus tarareos llenaron todo el interior de su casa, el celular sonó avisando de la llegada de un mensaje. En la pantalla bloqueada sólo se mostraba la primera parte de un texto más largo.

Tiene un mensaje nuevo.
Hola. Soy Jeong Ayoung. ¿Se acuerda de mí?



—¿Cómo conociste a tu novio?

—Me atreví a mandarle un mensaje porque me gustaba. Le propuse ir a comer un día juntos.

—¿En serio? ¡Pero si tu carácter nunca te permitiría hacer algo así!

—Pues, fíjate: cuando a una le urge, cambia hasta de carácter.

—¿No temías que fuera a rechazarte?

—Me preocupaba más bien que fuera a pensar mal de mí, porque él trabajaba como empleado de una firma que es cliente de la nuestra.

—¡Caray! ¿Tanto te gustaba?

—Aquel día apagué el teléfono después de mandarle el mensaje de lo nerviosa que estaba, por miedo a que no me fuera a responder. Creo que lo volví a encender unas dos horas más tarde. Bueno, al final me acabó regañando por no haber dado señales durante ese tiempo cuando yo lo había contactado primero.

—¿Y qué tal ahora? ¿Piensas que hiciste bien en tomar la iniciativa?

—Ni que lo digas. Es una de las mejores cosas que he hecho en mi vida. ¿O quizá debería decir que es la mejor?



3. Los sueños premonitorios



Era una mañana de julio cuando Penny llevaba ya tres meses trabajando en la Galería. En la calle se palpaba el ajetreo de los comerciantes, abriendo sus negocios y de los noctilucas yendo de un lado a otro, recogiendo las batas que la gente se quitaba en cualquier sitio. Penny iba de camino al trabajo dando sorbos al café con leche de soya que había comprado en la cafetería. Cuando ya estaba a pocos pasos de la tienda, se dio cuenta de que ese día había llegado tempranísimo.

Al ser un establecimiento que abría las veinticuatro horas, todos los empleados hacían sus turnos conforme a un horario estipulado; por lo cual, aunque entrara pronto, no tendría todavía tareas de las que ocuparse, así que decidió quedarse fuera a disfrutar del sol por un rato más. El edificio de madera de cinco plantas de la Galería de los Sueños se alzaba majestuoso en el centro de la avenida. Pararse a mirar con tiempo el establecimiento desde fuera era un goce para sus ojos.

Sin embargo, esos minutos de relajación acabaron pronto.

—¡Oye, Penny! Menos mal que llegas con tiempo. ¡Entra rápido y ven a ayudarme! —la llamó a voces Vigo Mayers, el encargado de la segunda planta. Él llevaba en una mano un durazno reventado y, con la que le quedaba libre, se abanicaba sin cesar como si estuviera asándose de calor.

—Ah… ¡Sí, ya voy! —respondió Penny desconcertada, entrando de inmediato en la Galería.

Ya dentro de la tienda, se percató del olor a fruta fresca que invadía el interior. Cajas con duraznos, albaricoques, racimos de uvas pequeñitas y otras clases de frutas decoraban el vestíbulo de la primera planta. Si no fuera porque conocía las caras de los que trabajaban allí, se podría decir que acababa de entrar por error en el huerto de un agricultor

desconocido.

Aparte de Vigo Mayers, algunos trabajadores de otras plantas también estaban allí colgando frutas, decorando sus hojas o limpiando la suciedad que dejaban las que se habían caído al piso. Entre ellos también se encontraban algunos ayudantes inesperados.

—Motail, haz el favor de decirle a los leprechauns que vuelvan a su tienda. ¿Por qué tuviste que llamarlos? —espetó Mog Berry.

—Los llamé porque creo que no hace falta que yo me suba a una escalera, mientras en la tienda de al lado tenemos colegas que pueden levitar. Además, ellos accedieron de buen grado a colaborar. Mírelos, ¡le están poniendo verdadera pasión! —replicó Motail, señalando hacia el techo.

Varios leprechauns del tamaño de la palma de una mano volaban por el techo del vestíbulo en parejas haciendo grandes esfuerzos para colgar racimos de uvas que eran de dimensiones semejantes a las de ellos mismos. Sin embargo, según lo que Penny alcanzaba a ver, ya habían dejado caer al suelo unos cinco racimos. Para colmo, uno de ellos le acababa de caer en la cabeza a un cliente.

—¡Ay!

—¡Cielos! Mil disculpas, señor. ¿Se ha lastimado? Como ve, hay mucho desorden ahora mismo en el vestíbulo. Le recomiendo que vaya a las plantas superiores —se excusó Weather con el cliente, que estaba a su lado.

—¿A qué se debe esto hoy? —preguntó Penny, recogiendo un racimo caído.

—Está por venir un invitado muy preciado, ¿no estabas al tanto? —le respondió Mog Berry, a la vez que plegaba una caja de frutas vacía. Aquel día en especial sus cabellos se veían más alborotados que otras veces.

—¿De qué persona se trata como para…?

—¡Vamos a tener que botar todo esto! ¿Qué va a pensar la señora Coco si lo llega a ver? ¡Hace un siglo que caducaron!

Esa riña a gritos de Mog Berry interrumpió la pregunta de Penny. Su compañera se puso entonces a organizar las cajas de sueños que estaban apiladas en la entrada en vez de las que contenían frutas.

Penny se remangó la blusa y comenzó a ayudarla sin chistar. Su café con leche de soya estaba enfriándose encima del mostrador de la recepción. Se prometió a sí misma que en adelante jamás se pasearía frente a la Galería antes de que empezara su turno.

—Mog Berry, no los bote y démelos a mí. ¡Se venderán como

rosquillas en la quinta planta si los ponemos a precio de ganga! —dijo Motail, entrometiéndose, mientras masticaba unas uvas que quedaron, sin importarle lo que pensaran los demás. Varios leprechauns, vestidos con camisetas sin mangas y chalecos de cuero con un diseño adorable, revoloteaban alrededor de él, a la vez que iban comiendo del racimo de uvas que llevaba abrazado.

—Vamos, Motail, por favor. Ya sé que en la quinta planta venden sueños a precios de ganga, pero hacer algo así es aberrante. En este estado, los clientes no captarán ni las imágenes, los olores o los colores, pues están prácticamente echados a perder. Hay que tener criterio propio y no vender productos así. Si se enterara Dallergut, pondría el grito en el cielo. Para peor suerte, si Coco Siestadebebé llegara a saber que en la Galería vendemos porquerías… ¡Ni lo quiero imaginar! Seguro que ya no querría colaborar más con nosotros.

—Total, al fin y al cabo, la mayoría de clientes no recuerdan nada una vez se despiertan…

—Eso es verdad —lo apoyaron los leprechauns.

Cuando los duendecillos se disponían a aducir razones, Mog Berry les dirigió una mirada asesina que los dejó callados *ipso facto*.

Penny reconoció claramente el nombre que se acababa de mencionar en aquella conversación.

—¿Coco Siestadebebé? ¿Es quien va a venir hoy?

—Sí. Hacía mucho que no nos visitaba. Es por eso por lo que estamos decorando la tienda con motivos que responden a sus gustos. Le encantan las frutas de sabor dulce. ¿Sabes que dijo que esta vez traerá una buena cantidad de sueños como favor especial para Dallergut? Los días como éste son emocionantes; hacen que me sienta realizada por trabajar aquí. ¿En qué otras circunstancias tendríamos el privilegio de ver en persona a Coco Siestadebebé?

Se trataba de una de los cinco creadores legendarios de sueños, y había sido galardonada más de diez veces con el Grand Prix en la Gala de los Sueños que se celebraba a finales de cada año. Era la única entre los cinco que creaba “sueños anticipadores de embarazos” y desde hacía mucho se había consolidado como un personaje famoso, muy admirado por el público. Tal y como decía Mog Berry, Penny sólo había tenido ocasión de verla en revistas o por televisión, pero nunca en persona. Tampoco se había imaginado que algún día podría llegar a tenerla cerca.

—¡Bueno, bueno! ¡Den por terminado lo que estaban haciendo y regresen a casa los que acabaron la jornada! ¡Cielos, cómo se ha

complicado esto! —exclamó Dallergut, a quien todos creían en su despacho, asomando la cabeza de repente entre las montañas de cajas. En vez de la camisa y el saco que solía llevar puestos, ese día portaba una chamarra de trabajo. Al ir vestido con una prenda holgada, se veía más delgado que de costumbre.

—¿Estuvo ahí todo este tiempo? —le preguntó Penny, apartando las cajas que se interponían.

—La idea de ornamentar el vestíbulo para la visita de Coco Siestadebebé fue mía. En principio pensé sencillamente en colgar algunas frutas de plástico en la puerta de entrada, pero al final el asunto se me ha ido de las manos. ¡Oigan, váyanse ya a casa! ¡A casa! —Dallergut se frotó la parte inferior de la espalda con el dorso de la mano como si le doliera.

A pesar de que ordenó a los empleados que se marcharan, ninguno se movió del sitio. Más acertado sería decir que se quedaron petrificados mirando algo, completamente boquiabiertos.

Penny vio hacia donde miraban todos y se topó con una anciana menuda que justo estaba por entrar en la tienda con sus acompañantes.

Ahora entendía por qué los demás se habían quedado inmóviles. De Coco Siestadebebé, pequeña y flaca como era, emanaba una energía que dejaba sin palabras a los demás con su sola presencia. Era como si esa extraña y misteriosa aura ejerciera control sobre el tiempo, haciéndolo ir hacia atrás o acelerándolo. Todos los movimientos parecían tener lugar en cámara lenta, tanto que una vez de vuelta a la realidad, ella ya había hecho su entrada al interior de la Galería.

—¡Coco, ¿cómo has estado?! —le dio la bienvenida Dallergut.

—Mi viejo amigo, no nos vimos desde la reunión anual pasada, ¿eh? Vaya, ¡huelo frutas! ¡La tienda luce encantadora! —exclamó Coco, al observar la ornamentación.

Dallergut le dio un apretón de manos, aunque tenía las suyas manchadas de tierra.

Los empleados se llevaban las manos a la boca impresionados al ver a Coco Siestadebebé. Hasta los leprechauns que habían estado revoloteando desenfrenados, ahora se encontraban suspendidos en el aire.

Penny estaba oportunamente cerca y pudo percatarse de que de la anciana brotaba un fragante olor a frutas. Era un aroma más rico e intenso que el que provenía de las que estaban allí decorando el lugar. En contraste con su imagen maternal y las numerosas y marcadas

arrugas de su cara, las mejillas de Coco, carnosas y sonrosadas, recordaban a las de un bebé.

Detrás de ella entraron sus acompañantes cargando en ambas manos unos fardos pesados envueltos en lujosas telas de seda.

—Dallergut, aquí está lo que te prometí. Aunque no son gran cosa, espero que los vendas bien. Bueno, conociéndote, seguro que ya sabrás qué hacer con ellos.

—¡Cómo que no son gran cosa! Son unas piezas de lo más valiosas. Gracias por encargarnos su venta —respondió Dallergut, alzando uno de los fardos.

Penny sentía tanta curiosidad acerca de lo que se trataba, que no pudo evitar preguntar.

—Mog Berry, ¿todo eso son sueños augurantes de embarazos? Pensaba que los sueños que apuntan a un embarazo sólo se vendían por reserva. ¿Es posible tenerlos prefabricados antes de ponerlos en venta?

Su compañera estaba tan absorta mirando los paquetes de seda que no oyó la pregunta.

—¿Me escuchó? Lo que quiero decir es que esos sueños anticipadores sólo pueden tenerse si alguien se queda embarazada, ¿no? Por eso me preguntaba cómo se pueden preparar de antemano sin saber quién va a tener un bebé.

Conforme se iba planteando esas cosas, ella misma caía nuevamente en el asombro. Se había dado cuenta de que esos sueños eran en sí toda una rareza, pues normalmente se tenían antes de enterarse una misma de estar embarazada. ¿Cómo era posible aquello?

—No son sueños anticipadores de embarazos, sino lo que sobra de ellos —respondió Mog Berry, todavía hipnotizada mirando los paquetes.

—¿Lo que sobra de ellos? ¿Y para qué se usa?

—¿Pues no acabas de preguntar cómo se sabe quién va a concebir?

Mog Berry puso una mirada de suspenso digna de un narrador de cuentos a punto de llegar al momento más álgido de la historia.

—Sí, porque me parece algo muy extraño. Incluir en un sueño un evento futuro como la llegada de un bebé…

—De eso se trata justamente, de eventos futuros.

—¿Cómo?

—Los sueños acerca de la concepción de un bebé son un tipo de sueños premonitorios. Se crean sabiendo de antemano que un bebé va a ser concebido.

—¿Sueños premonitorios? —repitió Penny, incrédula.

—Aunque no se sabe si es cierto, dicen que Coco Siestadebebé es una descendiente lejana del Primer Discípulo. Ya sabes, el discípulo al que se le concedió gobernar el futuro en *La Historia del Dios del Tiempo y los Tres Discípulos*. Tú también lo leíste, ¿no? Como sea, no es tanto como que vengan escenas nítidas del futuro a la cabeza, pero afirman que en esos sueños sí se ven ciertas imágenes o se percibe la energía de sucesos de importancia. Sobre todo, cuando se trata de la energía de una nueva vida, dicen que la sensación es más intensa. Es por eso por lo que Coco Siestadebebé es capaz de crear sueños que presagian embarazos. ¿Verdad que es alucinante?

—Entonces, ¿aquello ...? —comenzó Penny a preguntar, señalando hacia los paquetes.

—Exactamente. Dicho de cualquier manera, son sobras de producción, pero estoy segura de que serán sueños premonitorios.

—¡No me lo puedo creer!

Penny no sólo estaba siendo testigo de un momento histórico en el que dos descendientes de los legendarios discípulos estaban conversando amistosamente, sino que también tenía a pocos pasos de sí una cantidad considerable de ejemplares de tan asombrosa creación. Se sentía como en medio de un fragmento de un cuento fantástico.

"¿Serán realmente sueños premonitorios? ¿Significa que con uno de ellos podría ver mi futuro?", pensó medio boquiabierta y empezó a figurarse cómo sería su supuesto futuro marido.

—¿Ya te marchas? Qué mal, vaya visita más corta.

La voz algo desanimada de Dallergut fue lo que hizo salir a Penny de su ensimismamiento.

—Ya sabes que hay muchas parejas a la espera de mis creaciones. Tengo que trabajar. Nos encontraremos de nuevo en la asamblea general que se convocará dentro de unos meses. Bueno, me alegro de verte, Dallergut, y les estoy muy agradecida a tus empleados. ¡Parece que se tomaron muchas molestias por esta viejita!

Coco miraba alternadamente la decoración de la tienda y las caras sudorosas del personal a la vez que les dedicaba una sonrisa. Los empleados negaron con la cabeza para darle a entender a la anciana que no les había supuesto ninguna molestia.

—Llévate al menos un poco de fruta. Te la embalaremos para que la disfrutes en casa.

Al decir esto Dallergut, los acompañantes de Coco se pusieron a descolgar las frutas para meterlas en cajas.

—Para esto podríamos haberlas dejado en sus cajas y así no se habría manchado el piso —refunfuñó Vigo Mayers, a la vez que limpiaba con un pañuelo el jugo ya seco de un melocotón.

Luego de que Coco Siestadebebé y sus asistentes se hubieran marchado, los empleados de la segunda planta limpiaron con brío el vestíbulo, dejándolo tan impecable como antes y a continuación regresaron a su planta con una expresión de satisfacción en sus caras.

Una vez que Dallergut consiguió que el resto de trabajadores dejaran de estar pasmados mirando los fardos y volvieran a sus tareas, Weather y Penny se pusieron a ordenarlos.

—Todavía no puedo creerme que sean…

—Vaya, se ve que a ti también te interesan estos sueños.

—¡Claro que sí! ¡Como a todo el mundo! —replicó Penny, elevando la voz de lo exaltada que estaba.

Trasladaron las cajas de sueños que guardaban los fardos a un mostrador vacío y Penny se encargó de escribir en un papel “Existencias limitadas de sueños premonitorios” y lo pegó como último preparativo para iniciar la venta.

Varias horas después, Penny se vio en la incómoda situación de estar entre clientes que babeaban ante los atractivos artículos y Dallergut que no accedía a vendérselos a nadie. Contrario a su costumbre, deambulaba fuera de su despacho frente a la mercancía evitando que la compraran.

—Póngame un sueño premonitorio. No, que sean dos.

—Disculpe, pero ¿qué tipo de futuro desea ver en sueños?

—¿Es necesario que se lo diga?

—Es que éstos son sueños muy especiales destinados a personas que realmente los necesitan. Como ve, no hay muchos ejemplares.

—Quiero saber el número ganador de la lotería de esta semana.

—Mis disculpas, señor, pero me temo que no podemos vendérselo entonces.

—¿Qué es esto? ¿Le contesto para que luego me diga que hace distinciones entre la clientela?

Al escuchar cómo bufaba el cliente, Penny se apresuró a recomendarle otro artículo:

—¿Qué le parece este sueño? En él la Tierra llega al apocalipsis y eso lo convierte en el último humano superviviente en el planeta. ¿No cree que sería una magnífica experiencia?

—No me interesa —declinó el cliente la sugerencia de forma

cortante.

A continuación, se marcharon notablemente enfadados, una señora que quería saber cuándo pasaría el examen para ocupar un puesto como funcionaria y otro señor que deseaba ver cómo sería su futura esposa.

—Así no venderemos ni uno —dijo Penny con cierta hosquedad, una vez de vuelta en la recepción.

—Tenemos que esperar —respondió Weather, sin darle mucha importancia.

—¿Por qué le entregó Coco Siestadebebé esta mercancía a Dallergut? Parece que no tiene intención de venderla —añadió la chica en tono cauteloso, temiendo que sonara como si estuviera hablando mal de su jefe.

—Ella no cree que sus sueños sean tan buenos como para lograr números de venta excepcionales. Para nada considera que nos está concediendo piezas selectas; sino que más bien se avergüenza de vender esos productos a la gente y prefiere cederlos a un amigo de confianza como Dallergut.

—¿Cómo va a ser eso? ¡Se trata de sueños premonitorios! La suya es una manera de pensar muy humilde.

—Quizá tendrías razón si con ellos se pudiera ver el futuro que uno quiere. Sin embargo, ella no tiene habilidad para fabricar tal cosa. Como mucho, sólo se llega a presenciar una escena breve del futuro, una muy fugaz.

—Aun así, que se pueda ver el futuro es algo asombroso.

—¿Eso crees? ¿Y si no obtuvieras la información que buscas? Piensa que se trata sólo de una escena. Por ejemplo, pasar por delante de un niño que ha fallado en atrapar una pelota de beisbol, o tal vez, quedarse contemplando una taza de té recién servida. Si fueran instantes así de banales, ¿te seguirían pareciendo tan extraordinarios?

—Uhm, no me refería a cosas tan aburridas.

—Pues esos sueños son así de sosos. No obstante, dependiendo de a quién se les venda, hay veces que pueden resultar especiales.

Weather esbozó una sonrisa traviesa. Su expresión se asemejaba a la que Penny estaba acostumbrada a ver con frecuencia en la cara de Dallergut. Creyó haber entendido por fin cómo continuaban manteniendo esa complicidad en el trabajo durante más de treinta años.

Dallergut seguía delante del mostrador de sueños premonitorios, negándose a venderlos a los clientes que se acercaban; parecía no

tener prisa en absoluto por hacerlo.



Narim deseaba convertirse en guionista para películas. Llevaba trabajando mucho tiempo en un cine donde era gratuita la entrada para los empleados. Esta ventaja conllevaba también poder pararse a pensar en los diálogos de obras de calidad y escuchar de primera mano la opinión de los espectadores, por lo cual consideraba que su puesto era de una valía inigualable.

—Gracias. Esperamos que hayan disfrutado.

Después de que terminaba cada proyección, se ponía de pie a un lado de la salida para despedir a los espectadores. Un día escuchó la conversación de la última pareja que abandonaba la sala.

—¿Qué tal? A mí me ha parecido bastante buena.

—¿No crees que era muy predecible? Me suena haber visto una trama similar en otra obra. Sólo varían los actores, pero se trata el mismo tema.

Narim asintió para sus adentros al coincidir su opinión con la de aquella persona. Luego pensó en cómo desarrollaría la trama si ella fuera la guionista. Siguió rumiando sobre ello mientras barría las palomitas de maíz desperdigadas debajo de las butacas.

Estaba segura de que quería debutar escribiendo el guion de una película romántica. Le atraían los carteles del género romántico por su jovialidad y le entusiasmaba la posibilidad de adjudicarles títulos exultantes.

Además, a su alrededor abundaban interesantes historias de amor que le generaban ideas. La chica A, que trabajaba en el quiosco, y el chico B, quien se ocupaba de la taquilla, llevaban una relación en secreto en la que se comunicaban mediante gestos. A su vez, el romance entre el chico C, un experto en asar calamar con mantequilla, y la chica D, encargada del tráfico en el estacionamiento, era de lo más sugerente. Sin embargo, eran realidades demasiado ordinarias para escribir un guion acerca de ellas. Narim todavía no había dado con el método para convertir una historia común en una pieza con encanto especial.

—Narim, ¿qué vas a hacer hoy al terminar? —le preguntó un compañero que estaba al lado retirando trocitos de nachos.

—Hoy quedé con una amiga de la preparatoria para cenar. ¿Por qué?

—Oí que en esta zona hay un adivino muy bueno, así que he reservado cita. Como me pone un poco nervioso ir solo, pensé en proponerte ir juntos. Me contaste que tu sueño es ser guionista de cine, ¿verdad? ¿No te da curiosidad saber si tendrás éxito? ¿Qué te parece si vienes conmigo la próxima vez?

—Creo que mejor no.

Al negarse Narim, su compañero puso cara de resignación.

—Ay, pero enterarse por adelantado de esas cosas les quita toda la gracia, ¿no crees? —lo consoló ella en tono amigable.

Tras salir del trabajo, Narim iba llena de entusiasmo a encontrarse con su antigua compañera, pues en pocos momentos le aguardaba una historia que haría las delicias de ella. Se trataba, nada más y nada menos, que del nuevo amor de Ayoung, amiga suya desde hacía diez años.

—O sea, que ese chico sigue apareciéndose en tus sueños, ¿no?

—Así es, durante varias noches seguidas ya. Me estoy planteando que sea verdad que me guste.

—¿Y por eso probaste a contactar con él tú primero? ¿Siendo tan orgullosa como eres cómo hiciste algo así?

—Antes de quedarme quieta esperando, pensé que tomar la iniciativa aumentaría las posibilidades. En mi situación, el orgullo no me va a servir de nada.

—No sabes cuánto te admiro. Entonces, ¿han decidido verse oficialmente?

—Sí, empezamos a salir hace unas semanas. Todavía estoy como en las nubes.

—Pues, con unos ajustes, creo que me saldría una buena obra romántica, ¿sabes?

—¿No te parece una historia demasiado floja como para servirte de guion? Suena entretenido cuando charlamos sobre ello, pero me da la impresión de que no es nada del otro mundo como para hacer una película.

—Se ve que todos los amoríos ajenos me parecen idílicos, tal vez porque hace mucho tiempo que no tengo una relación.

Narim soltó un profundo suspiro mientras removía el curry de su plato, que se había enfriado completamente.

Tras salir del restaurante, cada una se dirigió hacia su casa.

“Me pregunto si habrá por ahí alguna historia decente”, pensó Narim, dándole vueltas al asunto en su cabeza antes de quedarse

dormida.



—¡Adelante, bienvenidos!

—Pasen…

Al contrario que Dallergut, Penny recibía a los clientes con una voz decaída.

Contando el último que se fue sin comprar nada porque Dallergut le negó la venta de uno de los sueños premonitorios, ya pasaban de ser más de trescientos y la chica estaba emocionalmente agotada.

—¿En qué tipo de producto está interesada?

—Busco un sueño divertido y, si puede ser uno que inspire la trama para una historia, mejor.

Aquella clienta echó un vistazo al mostrador donde estaban colocados los productos de venta limitada. Aunque tenía claramente al alcance de sus ojos la pila de sueños premonitorios, éstos no parecían llamar su atención. Por el contrario, se paró a mirar el montón desordenado de mercancía que correspondía a los saldos de ejemplares menos populares. Penny se dio cuenta de que Dallergut estaba observando atentamente a la visitante y, tal como esperaba, se acercó a ella para entablar conversación.

—Dijo que se prepara para un concurso de guionistas, ¿cierto?

—¿Me conoce? —le devolvió ella la pregunta.

—Por supuesto. Me acuerdo de todos los clientes que pasan por acá.

—Discúlpeme, pues yo no recuerdo haber charlado antes con usted.

—No se preocupe, es normal. Si me permite asesorarla, casi todos los productos que ve aquí ya los probó durante estos dos últimos años.

Narim frunció el ceño intentando buscar entre sus recuerdos, pero pronto su semblante cambió a uno que denotaba desilusión.

—Ahora que lo dice, creo que tiene razón. Se ve que no encontré en ellos ningún tema adecuado para confeccionar un guion. Todavía no he podido escribir una historia que tenga originalidad, ¿sabe?

—La verdad es que sí hay un sueño bastante interesante que aún no ha tenido…

—¿Cuál?

—Pues… —Dallergut hizo una pausa para darle dramatismo a su respuesta—. Un sueño premonitorio.

—No estoy interesada en esas cosas —rechazó ella desganada.

A Penny le sorprendió que reaccionara de esa manera.

—¿No le gustaría tener un sueño premonitorio?

—No me atrae conocer con antelación lo que va a ocurrir. Me pasa lo mismo con las películas que con mi vida: odio los *spoilers*.

—¿No le inquieta saber si llegará a ser una guionista famosa?

—Para nada. Si me enterara de antemano, eso me haría más bien infeliz. Ni siquiera está garantizado que, en caso de que vea un futuro favorable, se haría realidad. Hasta podría hacer que me volviera perezosa en trabajar por lo que quiero. Y si no se cumpliera, la frustración que me llevaría sería peor.

—Todos solemos preocuparnos por el rumbo que tomarán nuestras vidas. ¿Está diciendo que a usted de verdad no le interesa? —se unió Weather a interrogarla.

Penny pudo ver que su compañera y Dallergut estaban extremadamente exaltados.

—Las personas no somos como un coche de conducción automática que sigue un rumbo determinado. La esencia de vivir está en aprender uno mismo cómo poner en marcha el motor, cuándo pisar el acelerador y elegir cuándo hacer uso del freno durante nuestra existencia. Convertirme en guionista famosa no es mi única meta. Disfruto de la vida escribiendo historias y me quedaré satisfecha, ya llegue con ello a la costa o al desierto.

Dallergut no apartaba sus ojos de ella.

—Supongo que lo que les digo no les parece más que mera verborrea —añadió Narim, algo avergonzada.

—En absoluto. Nos ha impresionado. Con eso nos da a entender que piensa que, si se concentra en el presente, experimentará como consecuencia natural un porvenir que corresponda a sus esfuerzos.

—¡Definitivamente! Es justo lo que pretendía decir.

Dallergut sonrió de oreja a oreja al oír responder a Narim rebosante de confianza.

—En ese caso, le recomiendo aún más estos sueños premonitorios. Descuide, no soñará con un futuro que no desea. Verá una brevísima parte de él que además acabará olvidando.

—Si me dice que voy a olvidarlo, ¿por qué lo recomienda?

—Bueno, porque quizás algún día acabe recordándolo de repente. Llévese uno, no tiene nada que perder. Y del pago no se preocupe, pues, como siempre, podrá hacerlo una vez consumido.

—Parece un sueño caro… ¿Cómo es que me lo da tan a la ligera sin saber si acabaré pagando por él o no?

—Siempre nos ha pagado por los sueños. Siendo usted una persona con tanta sensibilidad, nos sentimos endeudados por tenerla como clienta. Penny, ponle un ejemplar de sueño premonitorio a la señorita.

Al poco rato Narim salió de la Galería con cierto aire duvitativo, llevando la caja con el sueño que Penny le había entregado.

—Observo que usted también tiene una faceta impredecible —le dijo Penny a Dallergut cuando éste estaba limpiando el polvo que había sobre el mostrador.

—¿Te parece rara mi forma de vender?

—Sí, pues les niega productos a clientes ansiosos por comprarlos y se empeña en hacer que se los lleve gente que no está interesada en ellos.

—Los sueños premonitorios creados por Coco resultan ser decepcionantes para las personas que desean ver el futuro, pero para los clientes que no se lo esperan, acaban convirtiéndose en un pequeño regalo sorpresa.

—Yo no termino de comprenderlo.

—Cuando lleves mucho tiempo como yo trabajando en esta tienda, lo entenderás.

—Me preguntaba cuándo diría eso hoy —respondió ella, refunfuñando.



Narim tuvo un sueño premonitorio de cortísima duración, pero no pudo recordar nada de él a la mañana siguiente. En esa semana se concentró en idear un guion y al final decidió que tomaría como tema la historia de amor de su amiga Ayoung, pues, por alguna razón, no dejaba de rondarle por la cabeza.

—¿De verdad que te va a servir?

—Se trata de un chico que aparece en sueños. Es romántico.

—Me sigue pareciendo un motivo bastante soso, por mucho que digas que pondrás énfasis en los diálogos o en la caracterización de los personajes.

Ambas compartieron sus opiniones sobre el nuevo guion reunidas en el mismo restaurante que servía curry como especialidad, donde habían cenado la vez anterior. Estaban enfrascadas en sus pensamientos escudriñando elementos que pudieran darle originalidad a la trama.

Narim machacaba con el tenedor los trozos de zanahoria que habían quedado en su plato y su amiga no paraba de toquetear el mantel. Justo en ese momento Ayoung recibió una llamada en su celular. En la pantalla aparecía el nombre de “Jeongseok” acaparando gran parte de ella. Como si tuviera todo el tiempo del mundo, Narim contemplaba con calma lo que estaba ocurriendo ante sus ojos.

Fue entonces cuando súbitamente una multitud de ideas para esa historia se agolparon en su cabeza. Un evidente caso de *déjà vu* se apoderó de ella por sorpresa: aquellos trozos de zanahoria, el doblez que Ayoung le había hecho al mantel al estar tocándolo inquieta y el nombre de su novio que oportunamente había aparecido en la pantalla del celular. En particular esta última imagen le provocó la extraña sensación de saber que el chico se llamaba Jeongseok, a pesar de que su amiga no lo hubiera mencionado en ningún momento.

—¿Es tu novio? —le preguntó en voz baja.

Ayoung asintió con un movimiento ligero de la cabeza y enseguida contestó a la llamada.

Narim sintió cómo de repente en su mente iban encajando a la perfección todas las escenas del guion que antes estaban desconectadas. Una vez que Ayoung terminó de hablar por teléfono, dejó escapar un grito de emoción:

—¡Un *déjà vu*!

—¿Cómo dices?

—¡Acabo de tener un *déjà vu*! Recuerdo haber soñado con este momento en que te ha llamado tu novio.

—¿En serio? ¡Qué curioso!

Narim percibió cómo en unos pocos segundos habían cobrado vida numerosas ideas. Como si el guion estuviera listo en su cabeza hacía ya tiempo, los pensamientos se ensamblaron automáticamente y fluyeron en orden por su boca:

—A ver, dime qué te parecería si escribiera esta trama: una persona que sabe quiénes se van a enamorar porque lo ha visto en sueños, se convierte en consejera de asuntos amorosos de la misma manera en que yo he visualizado previamente escenas en las que tú y Jeongseok comparten una relación en mi sueño. ¡Se trataría de una profesional que, aunque soltera, tiene sueños premonitorios acerca de las parejas que se van a formar!

Narim había empezado a ilusionarse con escribir tan novedoso guion.



Ding-dong.
El cliente 1011 ha efectuado un pago.
Una pequeña cantidad de "ilusión" ha sido transferida
por el producto "Sueño premonitorio".

—¡Señora Weather! La clienta que se llevó el sueño premonitorio la semana pasada… ¡ha comenzado a enviarnos sus emociones!

—¿Sí? ¡Me alegro! Seguro que Coco Siestadebebé nos visitará pronto para cobrar el valor de los sueños. Mañana lo dejaré canjeado en efectivo.

Ding-dong.
Una pequeña cantidad de "fascinación" ha sido transferida
por el producto "Sueño premonitorio".
Una pequeña cantidad de "curiosidad" ha sido transferida
por el producto "Sueño premonitorio".

—Me asombra la variedad de emociones que hay para pagar por los sueños. Mire, nos acaban de llegar también pagos en forma de fascinación y de curiosidad.

—Veamos —dijo Dallergut, quien estaba limpiando los párpados de los medidores justo detrás de Penny, mostrándose interesado—: Estupendo. Ya te decía que decidir si un sueño merece o no la pena queda en manos de los clientes.

Dando clic en el ratón, su jefe comprobó las notificaciones una a una.

—Dallergut, ésa era la ventana de notificaciones más recientes. No la habrás cerrado, ¿verdad? Te repito que siempre hay que pasar el antivirus y hacer las actualizaciones —le recordó Weather, mirándolo con sospechas.

—Es que no paran de aparecer.

—¿A qué te refieres?

—Nada, Weather… —respondió él en un tono ambiguo.

—Por cierto, ¿qué es un *déjà vu*? —preguntó Penny, al encontrar ese vocablo que no conocía en la reseña que acababa de llegar—. Todos los clientes dicen en sus reseñas que el *déjà vu* los dejó completamente alucinados.

—*Déjà vu* significa “ya visto”. Se refiere al fenómeno de tener la sensación de haber visto algo antes, aunque sea la primera vez que lo tengamos delante. ¿Verdad que es interesante? Los clientes le han dado un bonito nombre a los retazos de sueños premonitorios que vendemos. ¡Qué ingenio! —exclamó Dallergut, admirado.

—¿Sabes, Penny? La mayoría de los compradores consideran que los *déjà vu* son fascinantes, pero los subestiman pensando que se tratan de meros desatinos que se producen en el cerebro —le contó Weather.

—¿De verdad? ¡Vaya sosos! Ya que les vendieron un sueño premonitorio, podrían tener mejores reacciones.

Dallergut soltó unas carcajadas al ver la cara de decepción que puso Penny.

—¡Y justo ése es el aspecto más importante! Pues a pesar de que visualizan el futuro, ninguno se siente apabullado por ello, ¿verdad?

—Bueno, eso es de esperarse. Al fin y al cabo piensan que no vieron nada —respondió Penny, pensando que lo que acababa de decir sonaba a un acertijo.

—Precisamente nos basta con eso —concluyó Dallergut, levantándose del asiento—. ¡Qué sed tengo! Voy a ver si preparo una limonada fresca. Bueno, ¿qué tal si la hago especial poniéndole unas gotas de la curiosidad que nos acaba de llegar? —propuso, dirigiéndose al almacén con un vaso en la mano.

—Ése es el motivo por el que Coco nos trae a nosotros en exclusiva las sobras de sus sueños. En otras tiendas no los aceptan porque no saben cómo deben venderlos —murmuró Weather.

Penny recordó cómo su jefe no le había vendido los sueños premonitorios a cualquier cliente y esperó con perseverancia al más adecuado. Por unos momentos, la chica dudó si en realidad no sería él mismo quien tenía la capacidad de ver el futuro.

—Me gustaría poder echarle un vistazo al cerebro del señor Dallergut para ver qué se cuece allí dentro.

Él regresó enseguida del almacén.

—Le puse dos gotitas de curiosidad fresca. Pruébala.

La limonada que le ofrecía era de un azul cristalino que evocaba el color del mar. Penny se la bebió de varios sorbos seguidos y, al hacerlo, un sabor dulce pero a la vez refrescante se esparció dentro de su boca. La curiosidad resultó ser mucho más agradable de lo que imaginaba.

La chica sintió cómo repentinamente rebosaba de voluntad.

—Señor Dallergut, a mí me gustaría investigar acerca de los sueños de Coco Siestadebebé. ¡Me interesa saber muchas cosas! —exclamó Penny, a quien le había picado la curiosidad académica—. Si me aplico a la tarea, quién sabe, puede que hasta acabe creando auténticos sueños premonitorios. Me refiero a unos que proporcionen el poder de la clarividencia, ¡como los que salen en los cuentos antiguos!

—Está en tus manos decidir si quieres dedicarte a la investigación, pero… creo que no hace falta que te mencione que muchísimas personas han desperdiciado sus vidas en ello, ¿verdad? —le recordó Dallergut con énfasis—. Ese futuro tan increíble que concibes en tu mente no existe aquí. Sólo existen el presente a disfrutar y los sueños a tener esta misma noche.

Tras decir aquello, Dallergut desapareció lentamente entre la clientela con su vaso de limonada en la mano.



4. Reembolsos de traumas



Después de haber almorzado con Weather a una hora tardía, Penny se encontraba reposando en la sala de descanso para empleados.

"Descuida, me ocuparé yo de la recepción, así que descansa un poco". Gracias a que Dallergut se había ofrecido de buen grado a turnarse con ella, pudo disfrutar de unos momentos inusuales de relajación. Apoyada en el respaldo de un viejo sofá, estiró su cuerpo.

Aparte de ellas, en la sala también estaban varios trabajadores de la cuarta planta sentados alrededor de una larga mesa. Comían con pocas ganas y charlaban de algo con un notable decaimiento. Penny pensó que quizás estarían hablando acerca de aquel rumor que corría últimamente entre los empleados, pero cuando aguzó el oído, se dio cuenta de que estaba equivocada.

—Cuando terminemos de comernos esto, nos toca volver a la cuarta planta, así que es mejor que nos demoremos todo lo posible —dijo un compañero con gafas en tono quejumbroso.

—Ojalá que Speedo hubiera seguido indefinidamente en ese viaje de negocios.

—No hace ni medio día que ha regresado y siento que se me hizo la mañana tan larga como un año entero…

El empleado que estaba sentado de cara a Penny, comía con desgana, grano por grano, de un plato de arroz frito. De repente, se abrió la puerta de la sala abruptamente y uno de los palillos que sostenía se le cayó de las manos.

—Vaya, ¡conque todos estaban acá!

Quien entró allí de golpe era el supervisor de la cuarta planta, Speedo. Ese día llevaba un overol de un color fluorescente. Definitivamente debía tener varias prendas iguales, pero en diferentes colores.

—¡Poco más y me quedo comiendo solo! Y aquí estaban ustedes…

¿Es arroz frito con huevo? Estaría mucho mejor si llevara carne y un poco de apio. Pero parece que le encontraron sabor, a pesar de que casi no tiene tropezones, ¿no? Vaya, esas loncheras no son de las que mantienen el calor. Yo tengo una que compré por el módico precio de 1 gorden y 99 seals con función térmica. Claro, claro; les enviaré el enlace de la página donde la encargué. No necesitan darme las gracias.

Tan pronto como oyeron a Speedo soltar toda esa retahíla, sus subordinados empezaron a tapar lentamente las loncheras.

—¿Qué? ¿Ya terminaron de almorzar?

—Es que no tenemos hambre.

—¡Pero si han dejado la mitad de la comida!

—Si nos lo permite, nos gustaría subir para seguir trabajando.

—Caramba, ¡qué diligentes! De acuerdo, yo también iré para allá tan pronto como termine de comer.

Los empleados miraron a Weather y a Penny como rogándoles desesperados que retuvieran allí a Speedo al menos por diez minutos.

—Speedo, ¿qué tal fue el viaje? Escuché que estuviste estas dos últimas semanas colaborando en el Centro de Investigación de Siestas. Seguro que para ti fue una gran oportunidad para aprender.

—Ah, señora Weather. ¡Y Penny! Veo que esta chica va siempre siguiendo a su maestra a todas partes como un perrito faldero —Speedo tomó asiento mientras le quitaba el envoltorio a una bolita de arroz—. Se llamará “Centro de Investigación”, pero en realidad lo que dicen estar investigando allí son todo cosas que yo ya sé, así que para mí no hubo mucho que aprender; más bien, fui yo quien les enseñé.

Speedo continuó hablando incluso mientras comía, lo que hizo que granos de arroz salieran despedidos de su boca en todas direcciones. Penny se alejó un poco de él.

—Come despacio, Speedo. Por cierto, tú eras más de comer solo, ¿no? Mencionaste que te agobia ver cuando los demás se rezagan en tomar la comida. ¿Cómo es que viniste a la sala?

—Pues, fíjate. Durante mi visita al Centro de Investigación almorzaba con los empleados de allá y todos los días hablaban largo y tendido sobre finanzas personales. ¡No sabes qué interesante era! Por eso es que le tomé el gusto a comer acompañado. Señora Weather, ¿qué tal si probara usted también a obtener beneficios con la compraventa de emociones de precio bajo?

—¿Y cómo se hace eso? —se mostró interesada ella.

Penny también concentró todos sus sentidos en lo que Speedo

decía, a pesar de fingir que no le despertaba ninguna curiosidad. Debido a la mala experiencia que tuvo cuando aquel ladrón le robó la botella de “ilusión”, ir al banco le daba miedo, pero dado que llevaba un tiempo con un puesto de trabajo estable, la idea de hacer crecer sus ahorros había empezado a atraerle recientemente.

—Supongo que ya sabrá que el valor de mercado de “furia” crece treinta gordens por botella cuando llega el invierno, ¿no?

—Claro, de eso estoy al tanto. Con unas pocas gotas de “furia” sobre la leña se aviva el fuego de la chimenea cuando se va apagando y lo hace durar una semana entera. No hay mejor manera de ahorrar en calefacción —dijo Weather, con un gesto de pulgares apuntando hacia arriba—. A mi esposo y a mí nos gusta tomarnos un helado frente a una chimenea muy caliente.

—Bueno, bueno, pues escuche bien lo que le digo: ya no hace falta pagar tanto comprando “furia”. Los investigadores me contaron que la clave está en ir al banco cuanto antes y aprovisionarse de “confusión” en grandes cantidades. ¡Dicen que el valor se va a disparar antes de este invierno!

—A ver, pero ¿qué se puede hacer con “confusión”? —preguntó curiosa Weather.

—Permite usar la calefacción cuanto uno quiera, porque ya no es necesario recurrir a las viejas chimeneas. Se trata de derramar unas gotas de “confusión” sobre la tubería de gas; así el aire calienta toda la casa en cuestión de segundos. ¡Es como si el gas se confundiera y se expandiera por todos lados! Me avisaron de que me apresurara a adquirirla antes de que se encarezcan los precios una vez que ellos publiquen su estudio.

—A mí eso me parece un poco raro. El aire ya de por sí va propagándose de un sitio a otro. ¿No será algo que se han inventado? Además, ¿no se dijo siempre que es peligroso jugar con el gas? —dijo Penny preocupada—. No habrá hecho eso de comprar un cúmulo de provisiones, ¿verdad?

—¿Y qué si lo hice? ¡Dejé compradas una buena cantidad de botellas a un gorden cada una! Veo que hablas como si pensaras que aquellos empleados se inventaron eso para engañarme. ¿Por qué iban ellos a querer burlarse de mí? ¡Ni que yo les hubiera caído mal!

A Penny le entraron ganas de responderle con varias cosas, pero lógicamente no lo hizo. En cambio, Weather optó por mostrar compasión por él:

—Speedo, me gustaría que fueras al banco conmigo mañana para

cambiar otra vez esas botellas por dinero. No te sientas desalentado. Piensa que fue un intento simbólico, pues hasta se les puede encontrar utilidad a las emociones que parecen negativas.

El encargado se sacudió los granos de arroz que se le habían caído sobre el overol al comer y se levantó alicaído del asiento.

—Pero es probable que quizás el precio suba, ¿no sería mejor esperar? Con que sólo alcance los dos gordens por botella, supondría unos beneficios inmensos…

Weather negó rotundamente con la cabeza y Speedo volvió a desanimarse, saliendo finalmente de la sala cabizbajo.

Penny y Weather también se levantaron para ir a reanudar sus obligaciones en la recepción. Al tiempo que colocaba un cojín de vuelta en su sitio, la chica aprovechó para preguntarle a Weather acerca del rumor que rondaba por la Galería. De hecho, había estado esperando la ocasión para hacerlo discretamente.

—Ahora que estuvimos hablando acerca de las emociones negativas, me surgió una duda: ¿puede ser que los sueños malos también tengan utilidad para algo?

—¿A qué te refieres con sueños malos?

—Ésos a los que llamamos pesadillas… Los sueños en los que aparecen cosas que aterran a las personas.

—Veo que me lo preguntas por el asunto de los nuevos contratos.

Weather había encajado las piezas al instante.

—¡Resulta que usted ya lo sabía! Entre los trabajadores de la Galería se ha corrido la voz de que el creador de pesadillas del callejón trasero y el señor Dallergut han firmado un acuerdo como socios. ¿Son ciertos los rumores?

—Así es. Maxim y él decidieron que colaborarán. Pronto van a llegar nuevas mercancías a la tercera planta.

—Escuché que Maxim se pasa los días encerrado en un taller sombrío donde crea unos sueños terroríficos… ¿Qué va a pasar si los clientes dejan de venir acá y bajan nuestras ventas?

—Pues no sé. Por ahora no llego a comprender qué es lo que tiene en mente Dallergut, pero tengo el presentimiento de que no va a tardar mucho en generarse un buen revuelo.



Sobre la azotea del gigantesco edificio había un panel electrónico donde aparecían las noticias. La calle estaba abarrotada de gente, pero

gobernaba una quietud absoluta como si no hubiera nadie. Salvo por la voz del presentador, el lugar se percibía desolado, tanto que parecía que a aquella escena le habían apagado el volumen. Un muchacho que caminaba por allí sin rumbo específico alzó la cabeza para quedarse mirando el panel. De inmediato, las palabras del informador se abrieron paso nítidamente hacia el interior de su mente.

> *El número de defunciones ha sobrepasado el triple de los nacimientos. En una era en la que la población registra una disminución acelerada, este año el número de soldados alistados también ha marcado cifras mínimas históricas. Como consecuencia, el Ministerio de Defensa se dispone a implementar nuevos reclutamientos para el servicio militar tras realizar exámenes físicos a varones menores de treinta años que ya pasaron por la milicia…*

El chico se estremeció y cerró los ojos con fuerza al sentir una oleada de vértigo. Había cumplido veintinueve años y hacía siete que había completado su deber como recluta en las fuerzas terrestres.

"¿Van a hacer que nos alistemos otra vez?"

Para que la noticia terminara de cuajar con él, abrió los ojos e intentó concentrarse en lo que decía el presentador; sin embargo, la escena televisada ya era otra.

Llegó a la Delegación de Defensa vestido con una camiseta holgada. En su sueño no era capaz de percatarse de la inexistencia de un intervalo entre las situaciones que estaba experimentando. En cambio, sí lo abrumaba una sensación de inexorabilidad ante el hecho de que verdaderamente debía volver a la armada. Se encontraba en medio de una multitud de hombres esperando a ser llamados para que les realizaran unos exámenes físicos. Empujado por los que estaban a su alrededor, iba avanzando poco a poco. Extrañamente, los jóvenes que tenía cerca lucían unos semblantes alegres.

—Ojalá me manden a la brigada especial número uno.

—Y a mí. Ya que voy a entrar, quiero asegurarme de que me quedaré por bastante tiempo allí. Yo he nacido para ser soldado.

"A ver, pero ¿qué tonterías están diciendo?". El muchacho no pudo vocalizar los confusos pensamientos que sacudían su cabeza y que acabaron disipándose.

Echándole valor, se dispuso a caminar sobre sus pasos con la idea de salir de aquel edificio, pero sus pies no se despegaron del suelo. Una repentina sensación de sofoco se apoderó de él. Apretó la

mandíbula y se concentró en mover las piernas, pero le fue igualmente inútil.

En pocos instantes había llegado su turno y, sin ocasión de siquiera pronunciar palabra, se encontró inmediatamente de cara frente a los resultados de su examen.

"Brigada especial número uno".

La palabra *especial* le dio muy mala espina. Era bueno saber que gozaba de buena salud, pero no le gustó nada confirmarlo de esa manera.

Cambiando nuevamente de escena, de repente pasó a estar sentado en la silla de una barbería que apestaba a un rancio olor a moho.

Esta vez volvía a estar imposibilitado para moverse, como si le hubieran amarrado firmemente al asiento. Logrando a duras penas mover los dedos, desgarró unos trozos del cuero de aquella agrietada silla. Hasta era vívido el tacto del relleno de algodón que se desprendió. Miró con ojos de angustia al barbero que se reflejaba en el espejo.

—¿Dices que te asignaron a la brigada especial número uno? Creo que entonces servirás unos tres años. ¡Eso es ser un buen patriota! Contigo voy a hacer una excepción y no te voy a cobrar por el rapado.

El chico se sentía con el pecho a punto de explotar ante aquella realidad de la que no podía escapar. Las personas de alrededor parecían estar demasiado tranquilas en medio de aquella situación tan absurda. Por otra parte, sentía su cuerpo totalmente inerte a pesar de las violentas emociones que lo sacudían.

"Es imposible que me estén obligando a ir a la armada otra vez. ¡Y es inconcebible que todos los que terminaron el servicio militar se dejen reclutar de nuevo sin chistar!"

Sus pensamientos deambulaban de un sitio a otro buscando la salida hasta que al fin creyó dar en el blanco acerca de lo que más probablemente estuviera pasando:

—¡Exacto, esto debe ser un sueño! ¿Verdad que tengo razón? ¿Verdad que estoy soñando? —preguntó al barbero, mirándolo con cara de haber descubierto una pista.

—¿Soñando? Jaja, debes estar falto de azúcar o algo así, amigo.

Después de contestarle eso con una sonrisa burlona, el barbero le acercó la rasuradora al cuero cabelludo. El cabezal del aparato le transmitió nuevamente una vívida sensación a través del frío metal y unos chorros de sudor le comenzaron a caer por la espalda al mismo

tiempo que se desprendían los mechones de su cabello.

“Estoy acabado. A fin de cuentas, parece que esto no es un sueño”.

La camiseta que llevaba se pegaba al respaldo de la silla de lo mucho que estaba transpirando.



Fue justo en ese momento cuando él se despertó del sueño.

Las sábanas estaban empapadas de sudor. Se levantó de la cama maldiciendo a diestra y siniestra, y, pasados tres segundos, le sobrecogió una genuina sensación de contacto con la auténtica realidad.

“Vaya… Al final sí resultó ser un sueño”.

Al tratar de recomponer de nuevo los sucesos experimentados, se dio cuenta de que, aunque aquellas escenas habían sido de lo más extrañas y antinaturales, lograron hacerle caer en el engaño con total facilidad. ¿Cómo era posible que tuviera semejante pesadilla cuando hacía ya años que había acabado el servicio militar? Se acercó lentamente a la ventana para sacudir la cobija con la que se había tapado; sin embargo, no consiguió quitarse esa desagradable sensación.



En su sueño la chica era estudiante de bachillerato. Sin la ayuda de más detalles, se pudo dar cuenta inmediatamente de las circunstancias en las que se encontraba: le faltaban tres días para presentar sus exámenes.

La prueba del primer día probablemente cubriría las asignaturas de Matemáticas, Química y Física. Todas eran materias en las que no le iba a servir de nada intentar memorizar fórmulas en el último momento. “¿Cómo es que no estudié lo más mínimo?”, se preguntó ella en sueños.

Así era. No había estudiado en absoluto. Por más que se esforzara por acordarse, no tenía recuerdos de haber preparado ni una página.

Empezó a sentir que le faltaba aire y que la visión de lo que había delante de ella se deformaba. Aunque tenía los ojos abiertos, notaba que su percepción del espacio estaba alterada. De un momento a otro, sus amigos se apelotonaron alrededor de ella y empezaron a

bombardearla:

—Song Yi, esta vez sacarás otro diez, ¿eh?

—Sí, porque la anterior te echaste a llorar por fallar en una pregunta.

—¿Verdad que últimamente ya te harta estudiar?

Tras estar un buen rato evitando poner cara de extrañeza, por fin decidió contestarles:

—No pude estudiar nada, lo juro.

Desparramada sobre su pupitre, percibió el olor a madera barata del mueble, lo que acrecentó lo vívido de la situación. Se puso a recapacitar acerca de los posibles motivos por los que no se había preparado para el examen: "¿Cómo es que dejé que me pasara esto?". Algo así no era propio de ella. Su mente dio con todo tipo de razones absurdas, pero fue incapaz de explicarlas más allá de enumerarlas.

En aquel sueño no tenía forma de percatarse de que la situación que estaba viviendo no era real, ni de que, al despertarse, volvería a ser alguien con un trabajo que se había graduado de la preparatoria hacía ya años y no necesitaba presentar esa clase de pruebas.

Sin previo aviso, la escena pasó a ser otra. La transición fue tan natural que no pudo darse cuenta del cambio. Estaba dentro de un aula envuelta en calor bochornoso: había llegado el día del examen final que precedía a las vacaciones de verano.

Su pupitre se situaba justo en mitad de la clase y sobre él había una hoja llena de preguntas a las cuales no había respondido.

"Qué mal, no me sé ni una".

Llevaba puesto un grueso uniforme de un tejido poco transpirable, lo que hacía que no parara de sudar mientras sostenía aquel papel entre sus manos. Los compañeros que tenía al lado se susurraban entre sí, como si quisieran que lo que decían llegara a oídos de ella:

—Este examen es pan comido.

Mientras intentaba recomponerse de aquel desconcierto, el número de hojas del examen se iba multiplicando poco a poco. No importaba cuánto hojeara aquellos papeles, no podía encontrar una sola pregunta cuya respuesta supiera.

La sala se llenó con el ruido sincronizado que hacían sus compañeros al pasar a la siguiente hoja. No obstante, ella no había sido capaz de resolver ninguno de los problemas.

Las cifras que aparecían en la prueba de Matemáticas se veían enredadas, y las agujas del reloj que estaba colocado sobre la mesa del

profesor corrían imparables hacia la hora límite para terminar el examen. El segundero producía un sonido fuerte y agudo, como si estuviera resonando dentro de su cabeza.

La estudiante, ansiosa, empezó a morderse las uñas al tiempo que sacudía las piernas por la inquietud.

"Si me sale mal este examen, mis padres se llevarán un disgusto. Cuando el profesor de Matemáticas vea que he entregado la hoja en blanco, me llamará a la sala de profesores y mis compañeros vendrán a preguntarme qué respondí durante el recreo. ¿Qué me dirán cuando sepan que no acerté ni una sola pregunta?"

Llegó hasta a pensar que en su vida no existía nada más importante que aquel examen. Cuando estaban a punto de escapársele las lágrimas debido a esa cantidad anormal de estrés y presión que hacía retumbar su cabeza, aquella aula iluminada por unos resplandecientes rayos de sol se oscureció repentinamente. Acto seguido, unas olas gigantes provenientes de la pista de deportes entraron por las ventanas inundando la sala por completo.

En el sueño no le daba importancia al hecho de que tuviera el agua al cuello y, soltando un suspiro de alivio, pensaba: "Menos mal, así darán el examen por nulo".



Con ese pensamiento irrazonable, se despertó de su pesadilla. Ella no terminaba de volver en sí y permaneció acostada mirando absorta al vacío. Cuando tenía sueños vívidos, solía pasarse un buen rato desconectada de la realidad a causa de la confusión que le provocaban. Sin moverse de la cama, empezó a recapacitar en una serie de cosas acerca de ella misma.

"Tengo veintinueve años y terminé el bachillerato hace más de diez. Nunca más en mi vida tendré que pasar por ese tipo de pruebas".

Bastó con que pensara en su verdadera realidad para que se tranquilizara y pusiera los pies en la tierra.

No era la primera vez que soñaba con presentar un examen. En sus días de estudiante era una alumna excelente, pero siempre se sentía muy presionada cuando se acercaba la época de evaluaciones. "Estoy más que harta de estos sueños", dijo en voz alta como soltando un profundo suspiro.

Desde la mañana, docenas de clientes furiosos habían venido a quejarse de cómo podían estar vendiendo aquella clase de sueños. Dallergut, al no estar seguro de cuántas personas acabarían pasándose por allí para exigir reembolsos, dejó dada la orden de que fueran remitidos a su despacho, de donde él no había salido en todo el día.

Penny hizo una estimación mental aproximada del número de visitantes a los que les había indicado dirigirse hacia allá hasta el momento. Cada vez que lo hacía, Dallergut asomaba la cabeza por la puerta invitándoles a pasar y luego la cerraba una vez que entraban a su despacho. Probablemente ya no cabrían más personas en aquella oficina tan pequeña, y Penny temía que esa situación los animara a presentar más quejas todavía.

—Señora Weather, voy un momento al despacho del señor Dallergut.

Sin replicarle, su compañera se limitó a dar un bostezo. La chica entendió que le daba permiso para proceder como quisiera.

Portando una bandeja llena de *Galletas reconfortantes para el cuerpo y el alma* que tanto le gustaban a su jefe, tocó a la puerta de su oficina.

—¿Puedo pasar?

Al no escuchar ninguna respuesta, probó acercando la oreja, pero sólo logró percibir una extraña calma. “No me creo que todas esas personas que llegaron enojadas estén haciendo meditación ahí dentro”. Tras vacilar unos instantes, abrió la puerta y entró.

En aquel despacho no había absolutamente nadie.

No obstante, pudo darse cuenta al momento de que las cajas que formaban una torre al lado del armario de Dallergut yacían ahora sobre el piso. El espacio que ellas ocultaban había quedado al descubierto y dejaban a la vista una puertecilla medio abierta por la que a duras penas podría pasar una persona. Ella no tenía la menor idea de que había una abertura en el interior de aquella habitación.

Al asomarse por el resquicio, vio que había unas escaleras pétreas de un color azulino. Si bien el hueco de entrada era estrecho, las escaleras estaban perfectamente pulidas para que cualquier persona pudiera usarlas sin tropezarse. Al final de ellas se podía escuchar a gente hablando.

—¡Señor Dallergut! ¿Se encuentra ahí abajo?

La voz de la chica reverberó en el área de los escalones.

—¿Penny? ¡Viniste justo cuando te necesitaba!

Aunque todavía no conseguía avistar a Dallergut, sí alcanzó a oírlo.

—Si te fijas, encima de mi escritorio están los acuerdos de compraventa. Tráemelos acá abajo.

—¡Sí, enseguida!

Penny dejó a un lado la bandeja con las galletas y se puso a buscar entre el montón de papeles. Encima de aquella mesa tan larga había desparramados en desorden acreditaciones de calidad y agradecimientos por extensiones de contratos por otros cincuenta años que habían olvidado los creadores de sueños y otros documentos. Dallergut era un caballero que siempre iba elegantemente vestido, pero estaba claro que mantener organizado su escritorio no era su fuerte. A ella se le escapó una risita al pensar en que, si les mostrara aquel desorden a los empleados de la segunda planta, se alegrarían como depredadores que acaban de dar con una presa suculenta.

Mientras rondaba aquí y allá alrededor de la mesa, rebuscando entre los documentos, iba topándose una y otra vez con las cajas en el suelo. Se propuso deshacerse de ellas con el permiso de su jefe una vez que tuviera tiempo para hacerlo entre sus otras tareas. En la parte superior llevaban escrito lo que parecían ser fechas de fabricación y algunas databan de más de diez años atrás.

—¡Señor Dallergut, ya los encontré! ¡Bajaré ahora mismo!

Penny descendió cuidadosamente los escalones con la bandeja en una mano y el montón de papeles en la otra.

Al llegar casi al final, le pareció por unos momentos que a su alrededor estaba bastante oscuro, pero una vez que bajó el último escalón salió a un espacio incluso más luminoso que el vestíbulo de la Galería. En el centro se hallaba una gran mesa redonda de mármol y los clientes estaban sentados en torno a ella bebiendo té.

A pesar de que algunos aún seguían notablemente enojados, casi todos estaban algo más aplacados tras haber tomado la bebida que les había servido Dallergut. Penny imaginó que, con toda seguridad, él había tenido la astucia de añadir previamente a la infusión unas gotitas de “compostura” o “serenidad”.

Las lámparas que colgaban de la pared iluminaban hasta el último rincón, y los elementos decorativos que emulaban falsas ventanas llevaban unos focos instalados encima que hacían parecer que afuera el sol relucía en su máximo esplendor.

—¿Éstos son los documentos que necesita? —preguntó Penny, pasándole el montón de papeles.

—Así es. Gracias.

—No sabía que existía un lugar como éste.

—Se construyó previendo que podría haber días como el de hoy. Si nos ponemos a reñir con clientes afuera, supondría una molestia para otros visitantes que vinieron a comprar —susurró Dallergut.

Entre los clientes se hizo el silencio al ver aparecer a Penny, pero en breve empezaron de nuevo a hablar acaloradamente.

—Bueno, ¿qué es lo que tiene que mostrarnos? No se crea que nos va a convencer con pobres excusas —dijo en tono agresivo una mujer con los brazos cruzados.

—¿Sabe cuántos de aquí hemos soñado con volver a entrar a la milicia? No me cabe en la cabeza cómo se les ocurre vender esos sueños —añadió un joven sentado en el lado opuesto de Dallergut, dejando la taza sobre la mesa con sonoridad.

—¿Y cómo piensa explicarnos las pesadillas acerca de exámenes? ¿Es que tiene por pasatiempo hacer sufrir a la gente que duerme?

—¡Eso mismo! Antes me gustaba comprar en esta Galería, pero me parece que no lo haré más. ¿Acaso no saben que en las tiendas que abrieron recientemente sólo venden sueños agradables? ¿Cómo piensan retener a la clientela? —preguntó en tono sarcástico una mujer vestida con una pijama a cuadros.

Penny permanecía de pie sin saber qué hacer ante aquel ambiente poco alentador.

Desde su incorporación, no recordaba ninguna ocasión en la que los clientes se hubieran puesto a arremeter hasta contra el mismo dueño de la Galería. No obstante, Dallergut seguía tan sereno como cualquier otro día.

—Estimados clientes, vendemos nuestros productos después de darles las indicaciones oportunas. Aunque, claro, si se acordaran de ello, no habrían venido aquí de esta manera. A mí también me deja un mal sabor de boca que haya surgido esta situación, pero ¿qué se le va a hacer cuando todo lo que ocurrió fue por voluntad divina?

—Pues sí, no nos acordamos. ¡Es lógico! ¿Por qué íbamos a comprar algo así? ¿Acaso hay gente que adquiera pesadillas a propósito?

—Me va a disculpar que le diga que no son simples pesadillas. Lo cierto es que en ocasiones sí vendemos algunas pesadillas escalofriantes a clientes que la pasan mal a causa del bochorno en las noches de verano, pero lo hacemos sólo de forma esporádica. Los productos que se llevaron no están pensados sencillamente para

enfriar el cuerpo con la aparición de fantasmas. Oficialmente se les denomina "Sueños para superar un trauma" y han sido creados con todo esmero por un talentoso joven del gremio. Se trata de un género de altísima calidad —explicó Dallergut, con orgullo.

Una vez más, se volvió a formar barullo entre los clientes. Hasta se oía cuchichear a algunos: "¿De qué diantres está hablando?" o "¿Así es como pretende darnos largas?". Penny tampoco consiguió comprender del todo lo que había dicho su jefe.

—Como sea, no nos importa. No sirve para hacernos superar traumas ni mucho menos. Sólo nos trae a la memoria cosas desagradables que preferimos dejar enterradas. ¡Nos va a tener que reembolsar todo! —gritó un hombre que llevaba puesta una bata prestada, levantándose del asiento.

—Caballero, en nuestro sistema, los pagos se realizan *a posteriori*. Todavía no le cobramos…

—Espera, Penny. No es necesario discutir eso —interrumpió Dallergut a la chica—. Estimando que podrían reaccionar así, les hice firmar a cada uno de ustedes un acuerdo de compraventa. Me gustaría que le echaran un vistazo. Podrán reconocer en ellos la firma de su propio puño y letra.

El dueño se levantó para repartir una hoja a cada uno de los reunidos y luego volvió a sentarse. Penny miró disimuladamente el papel que sostenía el cliente más próximo a ella.

ACUERDO DE COMPRAVENTA

Los "Sueños para superar un trauma" son artículos que la Galería de los Sueños vende en consignación. En nuestra tienda sólo vendemos sueños cuya calidad y eficacia han sido cuidadosamente comprobadas por la Asociación.

Primero: este género se creó para usuarios que desean poner a prueba su resiliencia mental a la vez que recibir una inyección semipermanente de autoestima. La naturaleza del sueño en sí diferirá según el trauma del usuario en cuestión.

Segundo: sólo serán cobrados los sueños que hayan producido emociones positivas una vez despierto el comprador. Será únicamente entonces cuando este acuerdo se dará por completado.

Tercero: dadas las características intrínsecas de la mercancía, si

bien será posible solicitar un cambio por otro producto o una cancelación de la compra en un plazo inferior a un mes desde la fecha de adquisición, no se aconseja hacerlo debido a que es altamente probable que tenga lugar una recompra debido al olvido.

Cuarto: el cliente se compromete a reconocer que recibió las pertinentes explicaciones acerca del producto, y aceptará tener el mismo sueño con la frecuencia recomendada por el vendedor hasta que su trauma esté superado.

[*firma*:].

** No obstante, el vendedor se reserva el derecho a interrumpir la venta a su discreción si el cliente es incapaz de llevar a cabo sus actividades diarias debido a un estrés extremo después de la compra, o si el cliente tiene episodios de insomnio anormales causados por la ansiedad.*

Al hacerse evidente que las firmas eran suyas, aquellas personas que unos momentos antes estaban tan agitadas pasaron entonces a poner caras de perplejidad. Leían una y otra vez el documento para asegurarse de que comprendían todo lo que estaba ahí escrito.

—Pero ¿cómo se supone que mejorará nuestra autoestima y fortaleza mental? Yo me conformo con no tener que estresarme más —preguntó el primer cliente que había entendido de qué se trataba.

Penny simpatizaba con él en su cuestionamiento, pues era justo lo mismo que le inquietaba a ella. La chica podía empatizar en gran medida con el tremendo enojo que había provocado en los clientes.

Dallergut procedió a responderle con calma:

—Me disculpo si se han sentido estresados a causa de nuestros artículos. Como ven, pueden hacer una cancelación de compra y optar por no tener más esos sueños. Adicionalmente, dado que todavía no han obtenido resultados, no se les ha cobrado todavía por ellos, con lo cual no tienen que preocuparse acerca de los reembolsos.

Al mostrarse humilde y abierto a que anularan sus adquisiciones, los clientes, irónicamente, manifestaron una actitud mucho más sosegada.

—Así es, pueden hacer lo que consideren oportuno. Aunque, ya que se embarcaron en ello, ¿qué tal si esperan un poco más para ver si les surte efecto? —añadió Penny, al observar que habían perdido las

ansias de continuar protestando.

—¿Sabe lo horrible que es experimentar de nuevo un evento desagradable? Uno recurre precisamente a los sueños para tener únicamente vivencias positivas.

La mujer hablaba con voz temblorosa como si algo la atemorizara, por lo que Dallergut empezó a hacerla entrar en razón con mucho tacto:

—¿Está segura de que sólo hubo recuerdos indeseables?

Las demás personas posaron sus ojos sobre él de manera sincronizada. En sus semblantes se dibujaba una incredulidad invariable.

—Si lo piensan, los tiempos más duros son también aquellos en los que ponemos todo de nuestra parte para superar las dificultades. Una vez que pasa, puede cobrar un sentido diferente dependiendo de cómo lo veamos. El hecho de que se encuentren ahora en plena forma tras haber atravesado una etapa así demuestra precisamente que tienen una enorme fortaleza.

Los clientes recapacitaron acerca de las palabras de Dallergut mientras terminaban de tomarse el té.

Penny aprovechó para darles una galleta para reconfortar el cuerpo y el alma a cada uno. En aquel espacio subterráneo y secreto sólo se escuchaba el crujir de las golosinas en las bocas y el tintineo de las tazas.

—Ciertamente, dicen que los tratamientos de psicoterapia funcionan a partir de la premisa de que uno debe aceptar todos sus sentimientos, así que tiene su parte de razón en lo que explica.

Al expresar esto la mujer que llevaba la pijama a cuadros, varios otros clientes asintieron con la cabeza en señal de estar de acuerdo.

Al poco rato, la mitad exacta de los allí reunidos le pidieron a Dallergut que cancelara su compra.

—Como desee, señor. Si no está satisfecho, rescindiremos el acuerdo.

—Al final, me siento mal por usted, pues, al fin y al cabo, es obvio que fui yo el que hice la compra firmando y todo. Pero la verdad es que me gustaría dejar mi trauma enterrado.

—No se preocupe. Si en un futuro se siente preparado, puede volver a intentarlo.

Los que habían terminado de hacer sus cancelaciones se apresuraron a salir de aquel sótano para reanudar las horas de sueño

que les quedaban.

La mitad restante que había optado por mantener el acuerdo se animaron unas a otras con gran determinación.

—¡Aguantemos y el año que viene ya no soñaremos más con ir a la armada!

—Sí, yo también quiero dejar de soñar que debo presentar exámenes. ¿Dice que lo habremos logrado cuando nos despertemos con buen ánimo?

—Así es, aunque no será tarea fácil —respondió Dallergut, levantándose de su asiento—. Además, nunca olviden que han superado muchas más cosas de las que creen; en el momento en el que se den cuenta de ello, seguro que notarán que han mejorado mucho. Esto es un pequeño regalo que les doy a ustedes que poseen tan firme fuerza de voluntad.

Sacando un frasquito de perfume del tamaño de un dedo, empezó a rociarlo sobre las mangas de las pijamas de los clientes, y éstas empezaron a desprender un ligero aroma a bosque estival.

—¿Qué es esto? —inquirió la mujer de la pijama a cuadros, mientras olfateaba su manga—. Es una fragancia muy agradable.

—Se trata de un perfume que les ayudará a quedarse sólo con los pensamientos que conducen a un buen camino. Aunque no produce efectos extremadamente notables, no está de más usarlo. Yo también me lo aplico cuando me encuentro atascado en algún asunto. Recuerden que son bienvenidos siempre en nuestra Galería si en el futuro necesitaran desahogarse como hoy. Permítanme que les rocíe unas gotas más. Sepan que tampoco nos importará que vengan a cancelar sus compras como los demás clientes que ya se fueron.

Una vez que todos hubieron abandonado la planta subterránea, Penny y su jefe se quedaron a recoger las tazas.

—Señor Dallergut, ¿y si al final todos acabaran por pedir que se les anule el acuerdo? Supondría una inmensa pérdida tanto para nosotros como para el creador de esos sueños.

—Hay que rezar para que eso no ocurra.

—¿Se refiere a que no hay ningún plan para evitarlo?

—No sabes lo afortunados que fuimos hoy de que sólo la mitad de la clientela cancelara las adquisiciones. Yo estoy seguro de que este producto demostrará con éxito su efectividad en el futuro —dijo su jefe, rebosante de confianza.



El chico continuó soñando con reingresar a la armada. Volvía a tener el mismo sueño cuando ya se le iba olvidando el anterior. Todas las veces que lo hacía, se levantaba con un humor pésimo, pero cierto día llegó a la conclusión de que no era necesario sentirse torturado por un simple sueño, pues él ya había dejado muy atrás sus días en la milicia. Así, en la siguiente ocasión cuando se encontró a punto de ser reclutado en sueños, se limitó a hacer un chiste de ello y quitarle importancia: “Bueno, habiendo hecho ya el servicio militar, no me intimido ante nada a lo que me tenga que enfrentar”.

Se puso a pensar detenidamente en el día que finalizó su reclutamiento y dio sus primeros pasos como un vacilante miembro de la sociedad y en la actitud con que lo hizo. Entonces se dio cuenta de que, habiendo superado aquella pesadilla, ya no representaba un trauma, sino un logro.

Fue entonces cuando el pago del joven llegó a la Galería de los Sueños. Después de eso, el chico no volvió a soñar otra vez con tener que hacer el servicio militar.



Durante todo el tiempo en que las pesadillas acerca de tomar exámenes se repitieron, la muchacha llegó a la conclusión de que claramente no había superado la presión que sintió en aquel entonces, a pesar de que ya no tenía que pasar por esa experiencia.

Se percató de que era ella la que se agobiaba a sí misma poniéndose límites de tiempo. Lo hacía con todo, empezando por su trabajo y continuando con cosas que no tenían carácter obligatorio, como casarse o tener hijos.

Una mañana lluviosa, al levantarse después de haber estado cuatro días seguidos soñando con que tenía que presentar exámenes, tomó la decisión de que ya no se dejaría llevar más por su inconsciente. Se sentó cómodamente frente a la ventana y, cerrando los ojos, empezó a rememorar las veces en las que obtuvo buenos resultados en las pruebas, en vez de enfocarse en lo estresada que solía estar en la época de evaluaciones.

“Estoy orgullosa de todo lo que logré hasta ahora. De la misma manera que tuve éxito en el pasado, en adelante conseguiré triunfar,

sea cual sea el desafío que tenga frente a mí". Lo que le hacía falta era aprender a confiar incondicionalmente en sí misma y liberarse de las presiones; es decir, tomar una actitud más flexible ante la vida.

En ese momento, realizó finalmente el pago por los sueños que había tenido. Ya no le persiguieron más esas pesadillas de estar frente a un examen y, pasado un tiempo, hasta acabó olvidando el hecho de que hubo una época en la que soñó algo así.



Ding-dong
Una generosa cantidad de "autoestima" se ha recibido como pago
por el "Sueño para superar un trauma".
Una generosa cantidad de "orgullo" se ha recibido como pago
por el "Sueño para superar un trauma".

—Parece que ya van entrando los beneficios —Dallergut se puso a comprobar con parsimonia una a una las notificaciones en el monitor—. Por cierto, Penny, ¿qué tal si me acompañas a darle a Maxim el pago por estos productos? Como hoy no hay mucha clientela, será suficiente con que Weather atienda la recepción. ¿Verdad, compañera?

—Mientras me traigan panecillos rellenos de crema a la vuelta, me parece bien —aceptó de buen grado Weather.

—Entonces, ¿vendrás conmigo, Penny? Maxim es alguien muy sociable, pero no le gusta mucho salir. Si vamos a visitarlo, se pondrá muy contento.

—Bueno… De acuerdo —respondió Penny, con cierta renuencia.

En el camino hacia el taller de Maxim, a la chica se le hizo difícil ocultar que estaba preocupada. Caminó acortando el paso a propósito, quedándose algo rezagada. Estaba muy al tanto de los rumores acerca del creador. A pesar de que no había forma de corroborar todas aquellas escandalosas historias que circulaban, había una cosa que sí era cierta: él se pasaba en su taller del callejón trasero días enteros con las persianas echadas, creando sueños tenebrosos. Si bien había tenido la ocasión de comprobar que sus creaciones no eran productos que sólo causaban pavor, a Penny seguía sin hacerle gracia la idea de encontrarse con una persona como Maxim.

—Apresúrate, Penny.

Dallergut, que estaba a bastantes pasos por delante de ella, se giró para apresurar a la chica. Ésta, resignándose, aceleró la marcha.

A diferencia de las tiendas adyacentes, nadie se paraba delante del lugar de trabajo de Maxim. Efectivamente, era de esperar que ningún cliente se dirigiera directamente a su negocio, pues justo afuera había cúmulos de hojas secas sin barrer y una gran cantidad de objetos inservibles. Aunque tenía un ventanal bastante grande, las cortinas opacas le daban un aire aún más lúgubre al establecimiento.

Dallergut subió hasta el rellano de la escalinata que daba a la entrada y tocó a la puerta ligeramente.

—Maxim, ¿estás ahí?

—Señor Dallergut, ¿qué le trae a mi humilde taller?

Contrariamente a sus expectativas, un joven de apariencia común y buenos modales salió a recibirles. Llevaba una camiseta de manga corta, unos pantalones vaqueros con algunas rasgaduras y un delantal negro alrededor de la cintura. Aparte de ser alto, tenía los hombros anchos, unas largas extremidades y estaba en buena forma. No obstante, se le veía encorvado como si estuviera de pie sobre un terreno inclinado. Al ver su manera de caminar cuando entraba al taller, Penny tuvo la rara sensación de que su fracturada columna se había restaurado como por arte de magia.

Los tres se sentaron cerca de una mesa que el joven se apresuró a despejar primero. Dallergut estaba comiendo gustosamente unos higos macerados en vino que Maxim le había ofrecido. Por el contrario, ella no era capaz de probar bocado, pues la oscuridad del lugar le creaba la ilusión visual de que la salsa de aquel tentempié era sangre.

—Disculpa, ¿te importaría encender alguna otra luz? Es que está muy oscuro aquí dentro. O, quizá, descorrer las cortinas. Afuera reluce un sol espléndido.

Penny estaba algo asustada y al mismo tiempo sentía curiosidad por ver un poco más del taller.

—Perdona, es que si entrara luz innecesaria, los productos que tengo en fabricación se podrían volver blanquecinos. Los sueños que hago deben ser más vívidos y nítidos que los convencionales. Si se notara que son sueños, terminarían siendo inútiles. Me gustaría que lo entendieras.

—Ah, claro. Tienes toda la razón.

La chica se dio cuenta de que le había hecho una petición

imprudente. Para compensar su atrevimiento, se llevó a la boca un trozo de higo con afán de quedar mejor a ojos del anfitrión. La fruta tenía una textura más suave y un sabor más dulce de lo que esperaba.

—Toma, aquí tienes el pago —dijo Dallergut, pasándole un grueso sobre.

—Vaya, los sueños produjeron beneficios antes de lo que esperaba. Parece que los clientes tienen una gran fortaleza mental. ¿O sería más acertado decir que todo se debe a su habilidad como vendedor?

—Claro que no. Fue gracias a unos clientes fuertes e inteligentes que reconocieron el valor de tus sueños.

—Le estoy agradecido de que me tomara como socio. Pensé que no habría nadie que apreciara unos sueños que pueden poner a la gente de mal humor.

—Yo sí que estoy agradecido, sobre todo por la perseverancia que pones en tus creaciones. Quiero que sepas que estoy convencido de que son indispensables para el mundo.

Aunque debido a la oscuridad no lo pudo ver con certeza, Penny habría jurado que Maxim estaba aguantándose las lágrimas.

—Me deja sin palabras al decirme eso. Pero ¿sabe?, en este trabajo es inevitable que se pierda la confianza en uno mismo. Todos tenemos una etapa en nuestras vidas que no queremos recordar. Tal vez la solución sea vivir sin hacerlo, ¿no? Quizá no haya nada mejor que eso. Es lo que pienso a veces y me tortura porque me parece que lo que hago no tiene ningún sentido.

Dallergut permanecía sumido en sus pensamientos. Sin duda, estaba eligiendo cautelosamente las palabras con las que contestarle.

Dado que Maxim no había resultado ser una persona tan temible, Penny no sintió reparo a la hora de decidirse a participar en la conversación que estaba teniendo lugar entre ellos.

—En ese caso, ¿no bastaría con dar eso a conocer de una manera sencilla? Por ejemplo, ¿no podrías crear sueños en los que aparecieran instantes de triunfo y alegría? —preguntó inocentemente la chica.

—Veo que sabes cómo animar una conversación.

A Maxim pareció gustarle lo que Penny había dicho.

—¡Así es cómo todos podemos pasar un buen rato! ¡Y hasta te será más fácil recibir los beneficios!

—¿Lo dices porque te preocupo? —preguntó Maxim, a la vez que se apuntaba a sí mismo con su largo dedo índice.

Temiendo que hubiera creído que estaba mostrando lástima por su situación económica, Penny observó su expresión, pero enseguida se

dio cuenta de que estaba bromeando.

—¿Sabes en qué se distinguen los sueños buenos de los mediocres? —preguntó Dallergut a su empleada.

—No sé… Creo que me lo mencionó antes en alguna ocasión…

La chica se puso a recordar las cosas que su jefe le había contado, mientras Maxim la miraba atentamente.

—Siempre dice que el valor de los sueños depende del cliente… Ajá, ya veo. La diferencia radica en si la clientela sabe reconocerlos. Es más importante que el consumidor se dé cuenta por sí mismo antes que dárselo a conocer. Así se sabe cuándo un sueño es bueno.

—Correcto. Una vez dejados atrás los momentos difíciles del pasado, deben percatarse de que ellos son quienes los han superado. Nuestra función es ayudarles a que recuerden por su propia cuenta.

—Ésa es la razón por la que vendemos sueños, pues, al fin y al cabo, todo queda en manos de los clientes. ¿Estoy en lo cierto?

—Señor Dallergut, veo que encontró a una empleada excelente —dijo Maxim, con una sonrisa aún más reluciente que los rayos de sol del exterior.



5. La Asamblea General de los Creadores de Sueños



Aquel día reinaba la calma en la Galería. Los clientes hacían sus compras con tranquilidad y Dallergut se paseaba por el vestíbulo con una cesta llena de caramelos-somnífero que daba a los que se marchaban sin adquirir ningún artículo.

—¿Le importa darme uno más? —le pidió amablemente una mujer, extendiendo su mano.

—¿Mañana tiene el día libre?

—No, me toca trabajar.

—Entonces, es mejor que sólo tome uno. Con dos, puede que tenga un sueño tan profundo que no escuche la alarma.

La clienta, ataviada con un camisón de encaje de color amarillo intenso, salió por la puerta con los hombros caídos de pensar en su siguiente jornada de trabajo.

Penny, de lo más ociosa, se dedicaba a limpiar una y otra vez el polvo de los medidores de párpados, pero, cuando se acercó la hora de salir, se limitó a esperar de pie en la recepción mirando a las musarañas. Weather estaba sentada a su lado rellenando una hoja de notas que escribía y borraba repetidamente.

El reloj de péndulo del vestíbulo marcaba las cinco cincuenta de la tarde.

—Weather, debemos prepararnos para salir ya. Reservé un taxi para las seis en punto —dijo Dallergut, acercándose con la cesta de caramelos vacía.

—Oh, vaya, ¿ya es ésta la hora? Todavía no pude elegir los objetos de decoración navideña. Quería dejarlos encargados hoy…

La prisa la hacía moverse inquieta.

—¿Van a ir a algún lugar? ¿Por qué necesitamos decoración de

Navidad? Todavía falta mucho para esas fechas —dijo Penny, albergando ciertas dudas.

—¡Qué confiada! En esta avenida comercial existe únicamente un lugar donde venden ornamentos. Si hacemos tarde el pedido, no podremos recibir nada decente. El año pasado pagamos cien gordens por cada árbol de Navidad y lo que nos llegó fueron unos abetos embarrados de lodo que habían traído del monte, talados de cualquier manera. Todavía recuerdo cómo se burlaba Motail cada vez que pasaba delante de ellos diciendo que nos habían entregado material para hacer leña —murmuró Weather, sin despegar la vista de sus notas.

—Entonces, ¿a dónde se dirigen hoy como para tener que llamar a un taxi?

Dando a entender que no tenía tiempo para responderle, Weather le pasó a Penny un papel arrugado que estaba sobre el mostrador de la recepción.

Penny lo estiró y comenzó a leerlo.

Aviso a creadores y jefes de grandes comercios:

La Asamblea General del presente año se celebrará como siempre en "La Casa de Nicolás", situada al pie de la Gran Montaña Nevada del Norte. El principal tema a tratar serán los casos de No Show por parte de los clientes; por tanto, rogamos a los interesados que hagan todo lo posible por asistir.

Atentamente,
Nicolás, presidente de la Asociación
de las Industrias del Sueño

—Invitaron a Dallergut, pero es posible llevar un acompañante. Aunque se trata de un evento donde se puede ver de cerca a los célebres creadores de sueños, ya se me está haciendo un poco pesado… —dijo Weather con total indiferencia.

—Entonces, ¿qué tal si fuera el encargado Mayers en su lugar? Como tiene tanta pasión por los sueños, seguro que le encantaría conocer a los creadores.

—No te creas. A Mayers le podrán fascinar los sueños en sí, pero, en cuanto a los creadores… A ver, ¿cómo decirlo…? —Weather bajó la voz antes de continuar—: Les tiene un tanto de envidia, ¿sabes? Al parecer, lo expulsaron de la universidad por razones desconocidas cuando le quedaba poco para graduarse. Si hubiera terminado sus

estudios, probablemente se habría encauzado en una carrera prometedora como creador. Parece que todavía le persiguen esos malos recuerdos; con lo cual, es mejor no hablar acerca de creadores con él.

Sin hacer amago de levantarse del asiento, siguió escribiendo en las notas cosas como “30 metros de espumillón”, “30 rollos de cintas satinadas de colores”, “100 macetas de Nochebuenas”, “3 pares de cuernos de reno sintéticos”, etcétera.

—Weather, si estás ocupada, puedo ir solo —dijo Dallergut con rigidez.

—¿De verdad? —le respondió ella, sin esconder su alegría.

—Claro, no pasa nada. Al fin y al cabo, sólo hay que comer con la boca cerrada entre todos esos creadores.

Al escuchar eso, la satisfacción desapareció por completo de la cara de Weather.

—¿Podría ir yo? Hoy no tengo nada que hacer después de salir del trabajo —preguntó Penny, sin ninguna intención de hacerse la buena. Quiso ofrecerse porque le hacía realmente ilusión participar en un evento así.

—¿Quieres?

Tanto Dallergut como Weather estaban muy contentos con su propuesta.

—Espera acá un segundo, volveré con mi abrigo —dijo Dallergut.

Weather, sintiendo un gran alivio, se puso a tararear villancicos antiguos a la vez que añadía a su lista “luces para el árbol”.

—No sabía que la decoración de Navidad formaba parte de las tareas del personal de recepción.

Penny pensó que debería aprender acerca de esas obligaciones, pues tal vez tendría que encargarse ella el año próximo.

—No, lo hace quien quiere. A mí me gustan estas cosas. Cuando me quedé embarazada de mi último bebé, estuve tan ensimismada con las compras para decorar su habitación que, cuando me di cuenta, ¡sólo me quedaba un mes para que el bebé naciera! Ahora que lo pienso, antes de ocuparme yo, lo hacía Mayers.

—¿Que el señor Mayers se encargaba de la decoración navideña?

—Sólo fue por un año. Se pasaba los días llamando a los empleados para regañarlos porque las ramas de los árboles estaban disparejas y para que barrieran todo el polvo brillante que caía al piso. Así hizo las delicias de los trabajadores de la segunda planta pues, siendo los más pulcros, te puedes imaginar; pero para el resto fue un infierno. Por

tanto, por el bien de todos, decidí hacerme cargo. A mí me encanta hacer compras. Como sea, quiero dejar hoy encargados los ornamentos y esperar con paciencia a que lleguen. Para mí se trata de algo muy significativo.

Se notaba que Weather estaba disfrutando genuinamente.

Dallergut volvió con un abrigo de color marrón puesto. Sin embargo, calzaba unas botas de lluvia azules que no combinaban en absoluto con la prenda.

—Señor Dallergut, los zapatos que llevaba hace un momento se veían más estilosos…

Justo en ese momento se escucharon dos bocinazos provenientes del taxi que había llegado frente a la puerta.

—Debemos apresurarnos a salir.

—Señor Dallergut, es un honor estar hoy a su servicio —dijo el joven taxista, ofreciéndole con cortesía un apretón de manos tras quitarse el sombrero.

—¡El honor es mío! Gracias por ser tan puntual.

No se fijó en la mano que el chofer tenía extendida hacia él, pues no paraba de mirar hacia sus pies: aquellas botas parecían quedarle demasiado apretadas. El joven, algo incómodo, retiró la mano, subió el volumen de la radio y pisó el acelerador.

El coche atravesó con lentitud el centro de la ciudad. Dallergut iba mirando en silencio hacia fuera de la ventanilla. Penny sentía hambre, pues no había tomado un desayuno muy abundante. Su estómago rugió en varias ocasiones, pero gracias al sonido de la radio no se oyó.

—Por cierto, ¿estará bien que yo también cene en ese lugar? Al ser una Asamblea General, tengo la impresión de que todos los asistentes van a ser personas de gran eminencia… A diferencia de la señora Weather, que lleva en la Galería durante muchísimos años, yo soy una simple novata que no sabe de mucho…

—No te preocupes tanto por eso. En principio, estas reuniones se hacen entre personas relevantes en la industria de los sueños cuando hay que abordar algún asunto de peso, pero lo cierto es que últimamente no son más que una cena sencilla. No se fijan en quién trae a quién de acompañante. Además, dado que la reunión se volvió más casual, los participantes tienen la oportunidad para hablar de cosas más interesantes.

—Pero viendo aquel aviso, yo diría que la cuestión que se tratará hoy no es precisamente de poco peso.

—¿Te refieres a los No Show?

—Sí. Son los clientes que, a pesar de haber hecho reserva, no aparecen en ningún momento el día que deben hacerlo porque no se quedan dormidos a su hora, ¿verdad? Yo también estoy al tanto.

—Veo que lo sabes. Así es, se trata de un tema bastante serio. Supone unas pérdidas tremendas, especialmente para los que hacemos negocio con pagos *a posteriori*.

—¿Y si la gestión de la tienda sufriera un duro revés a causa de eso?

Penny se sintió angustiada al pensar que el puesto de trabajo que tanto le había costado conseguir estuviera en peligro.

—No es un problema de tanta envergadura. Lo cierto es que era una cuestión que había estado ahí desde hace mucho tiempo. Esperemos que en la reunión de hoy se propongan buenas soluciones.

Por la ventanilla derecha se vio el sombrío taller de Maxim.

—Maxim también estará presente, ¿no?

—Pues no sé. Como él suele invertir todo su tiempo en sus proyectos, algunas veces no asiste. ¿Te gustaría verlo?

—Bueno… Mejor dicho, me sentiría más cómoda si allí estuviera alguien más que conozco —respondió Penny, mientras se acicalaba su corta melena.

Al dejar atrás las calles de la ciudad, se empezó a notar que había mucha menos gente. Después de llevar un buen rato en la carretera exclusiva para vehículos que conducía a la periferia, de pronto la claridad se hizo en los alrededores. El taxi había llegado al pie de la Gran Montaña Nevada, la cual estaba cubierta de nieve. El chofer, que hasta entonces había manejado callado, rompió el silencio:

—A partir de aquí tendrán que caminar. Los vehículos no pueden entrar.

Los botines que llevaba Penny no eran el calzado apropiado para recorrer el tramo que llevaba a la cabaña de Nicolás. A cada paso que daba, sus pies se hundían en la nieve hasta los tobillos. Observando cómo Dallergut, calzado con las botas de lluvia, avanzaba con facilidad por delante de ella, lo odió momentáneamente.

—Aquí está la cabaña de Nicolás —dijo él, deteniendo el paso.

Al dejar atrás varios gigantescos árboles del tamaño de una casa, una enorme choza apareció en un sitio donde parecía que no habría nada. Aquella estructura, que era notablemente grande como para considerarla una cabaña, le quitaba protagonismo a la nieve con sus relucientes ornamentos plateados.

—Me pregunto cómo no se ve una casa como ésta desde la ciudad.

—Al ser más blanca que la nieve, no salta a la vista cuando hay luz solar. Sigue tan espléndida como siempre.

—Debe de ser muy engorroso ir a cualquier sitio viviendo en un lugar así.

—Como el dueño pasa casi todas las temporadas del año en casa, salvo el invierno, creo que no le importa mucho.

Al notar cómo se le mojaban hasta los calcetines a causa de la nieve, Penny se pasó un buen rato haciendo muecas. Cuando llegaron frente a la puerta, un señor que aparentaba ser unos veinte años mayor que Dallergut la abrió vigorosamente y salió a recibirlos.

—¡Dallergut! —lo saludó efusivamente, agarrándole de las manos.

Su corto cabello y sus cejas también eran blancos como la nieve.

—¿Cómo has estado, Nicolás? —dijo Dallergut, dándole un apretón de manos.

—Vuelves a ser el primero otra vez. Estos creadores… se quejan de que los clientes no vienen a su hora, pero ellos no predican con el ejemplo —dijo Nicolás, chasqueando la lengua un par de veces en señal de reprobación—. ¿Es la nueva empleada? ¿Nos acompañará en lugar de Weather?

—Así es. Puedes saludarlo, Penny. Él es Nicolás, el dueño de esta casa.

—Encantada. Soy Penny. Empecé a trabajar en la Galería de los Sueños desde comienzos de este año.

—Mucho gusto. Yo soy Nicolás, aunque supongo que ya sabrás acerca de mí, ¿no?

Penny no conocía nada en absoluto acerca de ningún creador llamado Nicolás. Al leer aquel aviso, pensó que sería el nombre del administrador de los asuntos de la Asociación. Mirándole a los ojos con cierta inseguridad, forzó una sonrisa para que no se le notara en la cara que no tenía ni idea de quién era.

—Pasen. Viendo tus calcetines, diría que tienes los pies a punto de congelarse.

Penny se quitó los calcetines mojados con algo de pudor y entró en la casa tras volver a calzarse los botines de la mejor manera que pudo.

—Esperen aquí, les traeré algo de comer. Hoy las costillas están riquísimas. Hace poco compré un horno nuevo de primera calidad. También tengo unos licores divinos para acompañar.

Nicolás los condujo a una sala que hacía las veces de salón comedor y cocina. Allí había una mesa alargada para albergar a un

gran número de comensales. Detrás de ella, se encontraban unas ventanas arqueadas con vistas al paisaje nevado y, encima de la mesa, plantas perennes rodeadas de lucecitas de colores. También había un pino de unas dimensiones un tanto desmesuradas para estar situado dentro de una cocina, pero armonizaba a la perfección con el lugar.

A Penny le dio por pensar que Weather podría inspirarse para la decoración navideña con sólo visitar esa casa. Le dieron ganas de tomar fotos para luego mostrárselas.

—Señor Dallergut, ¿qué tipo de sueños crea su amigo? Siendo sincera, es la primera vez que oigo acerca de un creador llamado Nicolás.

—Ah, me imagino que quizá su nombre te resulte poco familiar. Viendo donde vive, ¿en qué clase de creaciones crees que trabaja?

—Diría que fabrica sueños que probablemente se asemejarán a cuentos de fantasía. Al ser un señor mayor que habita en una montaña nevada… en una cabaña llena de ornamentos brillantes… y que, además, sirve una cena tan opulenta como ésta… ¡Lo tengo! ¡Aquí hay un ambiente muy navideño!

—¡Qué avispada eres!

—¿A qué se refiere?

—Nicolás y la Navidad son como uña y carne.

Dallergut se quedó mirando a Penny con cara de estar diciendo que ya no podía darle más pistas y la chica alcanzó enseguida la única conclusión posible:

—¿Acaso es él Santa Claus?

—El mismo. Sin embargo, entre nosotros, le llamamos Nicolás.

Santa Claus era un creador de sueños con un talento equiparable al de los cinco legendarios Yasnooz Otra, Kick Slumber, Wawa Sleepland, Doze y Coco Siestadebebé, pero a la vez famoso porque se obstinaba en trabajar sólo en invierno, la única temporada donde ponía a la venta sus creaciones. Que pudiera mantener una vida de lujos a pesar de trabajar exclusivamente en la época de Navidad daba muestras de su talento.

—Nicolás no tiene grandes ansias de cobrar renombre. Es simplemente un anciano más al que le gusta ver reír a los niños y le apasiona el ambiente navideño. También disfruta mucho con este tipo de cosas —añadió Dallergut sonriente, alzando un tenedor de plata.

Penny pensó que el hombre era un estupendo ejemplo de alguien que busca el equilibrio entre lo personal y el trabajo. Sin duda, llevaba un estilo de vida digno de admirar.

Después de afanarse un buen rato en la cocina, el anfitrión apareció portando una cesta de pan y un bol con ensalada de frutas. Sus dos invitados hasta el momento le ayudaron a poner la mesa.

Observándole más de cerca, la chica pudo ver que no sólo tenía el pelo blanco, sino también la corta barba.

Cuando ya casi habían terminado los preparativos para la comida, empezaron finalmente a aparecer los demás invitados. Coco Siestadebebé fue la primera en llegar, aparte de ellos y su acompañante era, por sorpresa, Maxim. Aparentemente, había decidido asistir con él esta vez en lugar de traer a sus ayudantes.

Inevitablemente, ambos entraron en la casa con los zapatos llenos de nieve y dejando oír el sonido del agua salpicando al entrar. La altura de Maxim y lo menudo de Coco producían un extraño contraste, pero, asombrosamente, el aura que despedían ambos tenía cierta semejanza.

"¿Será que los creadores veteranos adquieren un aire familiar?". Penny también notó en Dallergut un aura similar cuando se encontró con él por primera vez. La chica estaba nuevamente emocionada de estar participando en aquel evento. Al encontrarse entre tantos personajes eminentes, se sentía importante. Decidió que por aquel día podía permitirse enorgullecerse un poco de sí misma.

—¡Buenas tardes! —Penny probó a saludar a los que entraban con un tono más exaltado que de costumbre.

—Oh, vaya. Veo que vino otra empleada en vez de Weather. Me parece que es la misma muchacha tan linda que vi cuando fui a llevarles los sueños premonitorios.

Sorprendentemente, Coco Siestadebebé recordaba la cara de la chica.

—No sabía que nos encontraríamos aquí, Penny —la saludó Maxim con los ojos llorosos. Aunque estaba segura de que no existía esa posibilidad, al principio, su inconsciente pensó automáticamente que lloraba de alegría por reencontrarse con ella. Los ojos del chico no paraban de lagrimear.

—Ah, es que me molestan los ojos. La casa del señor Nicolás está en un lugar demasiado deslumbrante. Por cierto, después de aquel día que visitaste mi taller, cambié las cortinas negras por unas grises. Como dijiste que estaba demasiado oscuro…

—¿Cómo? ¿Por cortinas grises?

—Sí, dicen que permiten la entrada de luz solar un tres por ciento

más que las negras.

—Ah…

Sin saber qué decir, Penny se quedó mirando a Maxim. Él, de manera similar a un niño grandote que espera que lo elogien, puso una expresión tímida, pero al molestarle la claridad en los ojos, deformaba sus facciones, lo que le hacía verse más bien horripilante.

—Oye, empieza por ponerte unas gafas de sol, ¿no? —dijo Nicolás, dándole una palmadita en el hombro—. Estaría bien que a partir de ahora dejaras de crear sueños lúgubres y vivieras de una manera más alegre. Qué mal está la juventud de hoy en día.

Como si no fuera la primera vez que ocurría algo así, Maxim recibió del anciano las gafas de sol con total naturalidad.

—Hay muchas personas en el mundo que no conocen lo que es el miedo. Dan por sentado tener una cama en la que dormir calientes, comida recién cocinada como ésta y una casa donde vivir seguras. A mí me gustaría entrenarlas para que fueran más fuertes —replicó Maxim, tras ponerse las gafas.

—Nadie que te viera lo diría, pero te preocupas demasiado por cosas que no debes. Todo lo que dices está sólo en tu cabeza. Que yo sepa, en este mundo ya hay mucho a lo que temer: la envidia, la soberbia y cosas así son más aterradoras hoy en día que cualquier bestia.

—Ahora que lo dice, eso podría convertirse en un proyecto interesante —dijo Maxim, contemplándolo.

—A ver, a ver. Dejen de hablar de cosas de trabajo y comencemos por sentarnos —interrumpió Dallergut.

Coco tomó asiento justo al lado de Nicolás; Maxim, quien parecía que obviamente ocuparía el lugar al lado de la creadora, terminó haciéndolo junto a Penny tras vacilar unos instantes. La chica estuvo a punto de creer que aquel gesto tenía algún significado especial, pero al llevar él puestas las gafas, no podía discernir en absoluto qué podría estar pensando.

A pesar de que la comida que Nicolás había preparado estaba mínimamente sazonada, la calidad de los ingredientes le otorgaba un sabor notablemente exquisito. Coco ya iba por su segundo plato de ensalada de frutas.

—¡Qué maravilla! ¡Lo que hace combinar sólo unas frutas bien frescas!

Penny, quien pensaba esperar a que todos los asistentes llegaran a

comer, se empezó a impacientar en cuanto fueron servidas sobre la mesa las costillas asadas.

—Será mejor que comencemos nosotros primero. La comida no sabrá tan bien si se enfría. No sientan reparo ninguno, pues tengo el horno cocinando lo que comerán los que vienen un poco más tarde.

Al oír que Nicolás les invitaba a comenzar con la cena, la chica pinchó un trozo de carne y lo mojó en salsa *gravy*. Justo cuando iba a metérselo en la boca, dos asistentes que aparecieron por la puerta hicieron que bajara el tenedor.

Se trataba de dos rostros que, aunque nunca había visto en persona, le eran muy familiares.

Entraron a la casa una muchacha de piel blanca como la nieve y una bella melena de color castaño rojizo, y una mujer de mediana edad que llevaba el pelo con un corte asimétrico e iba ataviada con un vistoso abrigo hasta los tobillos.

—¡Quién me habría dicho que conocería a la vez a Wawa Spleepland y a Yasnooz Otra! ¡No lo puedo creer! —exclamó Penny, sin poder esconder lo emocionada que estaba.

—Dallergut, veo que llegó muy temprano. Parece que hoy vino acompañado de alguien que no es Weather.

Wawa Sleepland se dispuso a saludar a Penny al mismo tiempo que a Dallergut.

—¡Oh! ¡Soy fan suya desde que era joven! Ah, con eso me refiero a cuando era estudiante. Claro que no hace ni diez años que debutó.

Penny no supo cómo continuar la conversación, pues la belleza de Wawa la dejó sin palabras.

—Cuánto tiempo, Sleepland, se te ve con muy buena salud. Tú también, Otra, estás espléndida hoy —las saludó Dallergut, en un tono familiar.

—¿Sabe? Mi mayor deseo ha sido siempre soñar con las creaciones de ellas —le dijo la chica a su jefe, todavía exaltada.

Al otro lado de la mesa se sentaron juntas Wawa, Otra y Coco y comenzaron a degustar la carne. Penny no podía evitar mirarlas de soslayo entre bocado y bocado, por lo que no se dio cuenta cuando Maxim puso a su lado discretamente un plato con la parte más suave de las costillas.

—¿Cuál es el sueño de sus colecciones que más te gustaría tener? —le preguntó Dallergut de manera espontánea.

—Pues… definitivamente, uno de Sleepland.

—Una elección indudablemente fantástica. Ella ofrece productos en

los que se pueden contemplar vistas verdaderamente hermosas. Yo también los he probado y te puedo asegurar que son excelentes. No quería despertarme. Me encontré observando una ciudad medieval en todo su esplendor desde la muralla de un castillo. Tenía el cielo justo encima de mi cabeza y, al alzar la mano, la luna y las estrellas se acercaban lentamente hacia mí —le contó Dallergut con regocijo.

—Me imagino que un sueño así será carísimo.

—Ni que lo digas. Pero para sueños caros están los de Yasnooz Otra —replicó él, señalando con un hombro a la creadora, quien sostenía una copa de vino a la vez que charlaba con Coco.

—Sé que sus sueños son muy valiosos. Además, en muchos de ellos uno puede ponerse en la piel de otras personas. ¿Hay otros artículos que sean especialmente costosos?

—Cuanto más largo es el sueño, mayor precio tiene.

—¿Qué tan largos son?

—Pues tanto como para vivir la vida entera de otra persona.

—¿Es eso posible? —preguntó Penny, tremendamente sorprendida.

—En cuanto a los sueños, todo es posible. ¿Todavía no estás al tanto incluso dedicándote a este trabajo? —dijo su jefe, con una sonrisa apacible.

Otra, a la vez que tomaba el pimentero colocado en medio de la mesa, le dirigió la palabra a Dallergut, que estaba algo lejos de ella:

—Dallergut, me iba a pasar un día de estos por la Galería.

—¿Cómo? Si tienes algún mensaje, puedo mandar a algún empleado a que te visite. Sé que estás ocupada en todo momento.

—Bueno, no te lo voy a negar, pero tampoco estoy tan abrumada por el trabajo. Como ya habrás escuchado, estos días sólo lanzo un producto nuevo al año. Al estar siempre creando sueños que son tan extensos… A propósito del tema, ¿cuándo me podrás hacer un contrato como proveedora para tu tienda?

—No estoy seguro. Es que no trabajamos con unidades de precios tan altos. Se nos hace complicado, pues sólo aceptas pagos por adelantado —respondió el dueño, yendo directo al grano.

—Es normal. Un abrigo así de bonito no me va a estar esperando eternamente hasta que reúna el dinero que cuesta, pues para entonces ya estaría agotado.

Después de echarle una mirada a su abrigo colgado en el perchero, Otra acarició el broche de piedras preciosas que llevaba prendido en su blusa.

—Entonces, déjame que la próxima vez presente en primicia un

artículo nuevo de corta duración en la Galería. ¿Te parece bien?

—Por mí, encantado.

Otra les dedicó una sonrisa a él y a Penny, y a continuación espolvoreó una generosa cantidad de pimienta negra sobre su plato. Enseguida, poniendo una cara de gran satisfacción, se sirvió hasta el tope una copa con el vino de alta calidad que Nicolás había puesto a su disposición.

El anfitrión miró los asientos vacíos estimando los asistentes que faltaban.

—¿Hoy no viene Bancho? ¡Este tipo no hace más que trabajar! Seguro que anda encerrado con algo entre manos que ni siquiera le va a dar dinero. ¿O será que al estar dándole comida a los bichos del monte se le ha olvidado la reunión…?

El ladrido repentino de unos perros no dejó que se oyera el final de su pregunta.

—¡Hola a todos! ¡Disculpen la demora!

—Vaya, vaya, justo estábamos hablando de ti—dijo Nicolás, chasqueando la lengua.

El chico, que se había presentado en el recibidor con perros del tamaño de lobos, entró llevando sus zapatos empapados en la mano. Los canes se pusieron a olisquear sus calcetines mojados.

—En el monte, el invierno llega más temprano; allí se siente ya un frío que congela. Me retrasé haciendo preparativos para pasar el invierno. Tuve que cortar leña para quemar y reparé el lugar donde duermen estos amigos.

El chico de apariencia simplona se quitó su abrigo acolchado, que estaba un tanto descolorido por el sol; lo colgó en el perchero y tomó asiento cerca de la puerta.

—Bancho, siéntate más cerca de la chimenea; si no, vas a agarrar un resfriado —le aconsejó Dallergut con mimo.

Penny no podía dejar de observar a los creadores, pues se trataba de una ocasión única el verlos coincidir en el mismo lugar. Al cruzar su mirada con la de Bancho, ella, sintiendo un pinchazo de timidez, intentó terminar el contacto visual con una sonrisa, pero la familiaridad con la que la saludó la tomó por sorpresa.

—¡Hola! ¡Es la primera vez que te veo! Parece que viniste acompañando a Dallergut. Sé que debería pasarme por su tienda de vez en cuando, pero… al tener tantos animales que cuidar, no salgo de la montaña a menudo. Me presento: me llamo Animora Bancho y me encargo de crear sueños en los que aparecen animales. Mis productos

se venden en la cuarta planta, así que le debo mucho a Speedo.

Penny se sintió inmediatamente cómoda por la cortesía que denotaban sus palabras.

—Mucho gusto. Yo soy Penny y actualmente estoy trabajando en la Galería. Gracias a su labor, por la tienda pasan muchos clientes adorables.

Dado que las emociones de los animales no eran tan variadas ni tan complejas como las de las personas, eran escasas las tiendas que trataban con ellos. Sin embargo, Dallergut introducía con asiduidad grandes cantidades de sueños creados por Bancho. Penny tenía la impresión de que su jefe tenía en buena estima al creador.

Como si pudiera entender el lenguaje de sus perros, Bancho estaba pendiente de cada gruñido que emitían. Tras hacer un gesto con la cabeza en señal de agradecimiento a Nicolás, se puso a cortar con disimulo la parte de la carne que no estaba condimentada y se la dio de comer primero a los animales. Acto seguido, limpió el cuchillo en su ajado abrigo.

Al verlo, Nicolás chasqueó la lengua y se puso a refunfuñar desencantado con él:

—Por mucho que el dinero no lo sea todo, hay que ir por la vida con un mínimo de decoro. Hay que vestirse bien; mira cómo vas siempre, con cualquier trapo viejo… ¿Cómo pretendes elaborar productos buenos viviendo como un pobretón? En los sueños creamos fantasías que no existen en la realidad. Los sueños y las fantasías siempre van de la mano. Deberías tener claro que pasando miserias nunca vas a conseguir crear nada fabuloso.

—Yo estoy perfectamente bien. Tengo todo lo que necesito en la montaña y, con la compañía de estos amigos, no tengo ocasión de aburrirme. No me hace falta gastar dinero en absoluto. Vivir así es mi sueño.

Bancho parecía estar auténticamente satisfecho. No obstante, no dejaba de ser verdad que los demás creadores desbordaban clase y elegancia, mientras que a él se le veía muy fachoso.

La charla entre los invitados continuó animadamente hasta que se hizo el silencio porque sonó como si se fueran a romper las ventanas. Puñados de cuerpos destellantes se estrellaban a la vez contra los cristales.

—Parece que acaban de llegar.

Nicolás abrió la ventana de la cocina y unos diminutos seres con

alas plateadas entraron volando. Eran los leprechauns.

Una bandada de más de diez duendecillos se sentó unos pegados a otros en el borde de la cesta de pan colocada en el centro de la mesa.

—Nicolás, ¿te importaría cortar la comida en trozos pequeños para nosotros? —preguntó, con una voz estridente, un leprechaun regordete que parecía ser el jefe. En ese momento se encontraba forcejeando para sacar una rebanada de pan que era mucho más grande que él.

—No seas insolente. Ya te dije que debes llamarme Santa Claus y no Nicolás cuando se trata de trabajo.

—Pero, Nicolás, no trabajas nunca a no ser que sea época de Navidad —dijo Coco Siestadebebé entre risas.

—Te puedo asegurar que me paso el año entero de arriba abajo averiguando qué le gusta a cada niño para tener los sueños listos antes de Navidad. ¿Sabes cuán fácilmente cambian de opinión los niños? ¿Se creen que, porque vivo en la montaña, estoy todos los días en casa holgazaneando? —replicó el anfitrión, encolerizado.

—Bueno, Nicolás. Ahora que están todos presentes, ¿qué tal si procedemos ya con el tema de hoy? —lo apremió Dallergut.

—Todavía falta por llegar Kick Slumber. El camino está tan mal que le llevará un buen rato presentarse aquí. ¿No será mejor que lo esperemos?

—No creo que él pueda venir hoy —dijo Wawa Sleepland, mientras untaba refinadamente mantequilla a la miel sobre un trozo de pan—. Se fue a los acantilados de Kamnik en busca de materiales para la producción de sueños.

—¿Fue hasta ese lugar? Ahora entiendo por qué no pude dar con él —dijo Nicolás, decepcionado.

—¿Y cómo sabes tú eso, Wawa? —le preguntó Yasnooz Otra despreocupadamente.

—Bueno, pues… porque sus fans siguen todos sus movimientos y lo reportan en las redes sociales. Vi que habían subido una foto donde sale él en los acantilados —respondió vagamente ella, algo ruborizada.

—Por cierto, ahora que me doy cuenta, Doze tampoco se nos unió este año.

—Él casi nunca participa en cosas como éstas. Seguro que anda en algún sitio entrenando —dijo Otra, mientras abría una nueva botella de vino.

—Bien, hablemos entonces del asunto a tratar en esta reunión — anunció Nicolás, levantándose del asiento—. Primero, hagan el favor

de compartir las cifras de pérdidas que sufrió cada uno a causa de los No Show el pasado mes.

—No nos entró el quince por ciento de los ingresos que debíamos cobrar. De todas formas, en nuestros contratos se especifica que no cobraremos las cuotas por artículos no vendidos en caso de los No Show —dijo el portavoz de los leprechauns, a la vez que masticaba un pedacito de queso. Sus compañeros duendecillos se arrecimaban en grupos de cinco para comer otras porciones.

—Yo creo que a los demás creadores famosos que se encuentran aquí reunidos no les afecta este tema. Los productos de la primera planta de la Galería se venden en un abrir y cerrar de ojos. Los únicos que salimos perjudicados somos los creadores del montón —dijo irritada una duendecilla, que llevaba una blusa rosa de mangas abullonadas.

—¡No tienes ni idea de lo que dices! Hay muchísima gente que no se lleva mis sueños anunciantes de embarazos tras reservarlos. Dallergut, cuéntales a estos pequeñuelos qué acabó pasando con los que les dejé a cargo la otra vez —replicó Coco Siestadebebé.

—Pues… hubo un matrimonio que no vino por su sueño en dos semanas —dijo Dallergut, buscando entre sus recuerdos—. Por tanto, quise dárselos a algún amigo cercano de la pareja o a sus respectivos padres, pero como ellos tampoco se aparecieron por la tienda, terminé dándoselo a la hermana de la mejor amiga de la señora. Esa chica ni está casada ni conoce el matrimonio, así que se llevó un buen susto al tener un sueño que anunciaba un embarazo. Por mi parte, tampoco tuve otra alternativa, pues debía entregar ese producto dentro del tiempo especificado.

—Aun así, Coco tiene mucho dinero. Para los creadores pobres como nosotros las pérdidas son enormes —se quejó el jefe de los duendecillos, quien lucía un reloj de oro en su muñeca.

—Deberían de haber invertido más en promocionarse —señaló Nicolás.

—Desde hace tiempos inmemorables, llevamos corriendo el rumor entre los niños de que si no duermen a una hora temprana, Santa Claus no visitará sus casas. Las bases de la mercadotecnia están en el *storytelling*. La gente de hoy en día se queda alucinada con las historias. Contar que Santa Claus deja los regalos en secreto mientras todos duermen… ¡No sé a qué antepasado se le ocurrió, pero desde luego que fue todo un acierto! —dijo, encogiéndose de hombros.

—Por culpa de esa mentira, los inocentes de los padres se las

tienen que ingeniar para colocarles los regalos a los pies de sus camas. ¿Y para qué se inventaron esa historia tan tonta de los calcetines? Con eso no consiguieron sino que los niños terminen poniendo calcetines pestilentes en la cabecera de sus camas —le dijo Coco a Nicolás, en tono de reproche. Aparentemente, la anciana era algo susceptible respecto a temas que involucraban a padres y niños.

—¿Y cuándo he mentido yo? Es cierto que se les dan sus regalos cuando están dormidos, sólo que en vez de robots transformables, les llevamos sueños. Con respecto a los calcetines, todos los que han usado los que dan los noctilucas estarán de acuerdo: al ser largos, son ideales para meter cosas y agarrarlos por los extremos luego; además, se estiran de tal manera que es una delicia…

Al ver que el tema se estaba yendo por la tangente, Nicolás volvió a encauzar la conversación:

—¡Bueno! Si me permiten ir al meollo de la cuestión, me gustaría que habláramos acerca de una solución por la cual los vendedores se comprometieran a cubrir una parte de los gastos incurridos a causa de los No Show.

De repente, todas las miradas se clavaron en Dallergut. Penny también lo miró con los ojos abiertos como platos.

—Nicolás, no me parece la mejor idea que de pronto menciones eso cuando aquí soy yo el único vendedor —replicó Dallergut, impasible—. Para debatir sobre los gastos, deberían convocarse a todos los demás comerciantes y dedicar la noche entera a discutir el asunto. ¿No sería mejor que en esta asamblea nos centráramos en atajar la raíz del problema? —añadió, consiguiendo evadir con destreza un tema que le ponía en apuros.

—Tiene razón. Es un abuso hacer a los vendedores responsables de los pagos por los No Show para reducir las pérdidas que sufren los creadores. Es necesario que entre creadores y vendedores se mantenga una relación de respeto mutuo que vaya más allá del mero beneficio —dijo Wawa Sleepland, mostrándose a favor de Dallergut.

—Entonces, ¿cuál creen que es la causa de los No Show? Como yo sólo hago negocio durante una temporada, no logro hacerme una buena idea —repuso Nicolás.

—No es un asunto sencillo. El problema engloba circunstancias personales, así como eventos a nivel nacional —respondió el leprechaun más inteligente del grupo.

Penny siempre pensó que las voces de esos duendecillos eran muy potentes en comparación con sus cuerpecitos, pero, al fijarse bien, se

dio cuenta de que iban equipados con un minúsculo micrófono inalámbrico.

—Presumo que saben que cuando los clientes padecen un problema de índole personal que no les deja dormir, no se aparecen por la tienda hasta que amanece —todos asintieron con la cabeza al unísono —. Supongamos que, en vez de que a ellos les haya surgido algún percance, está teniendo lugar, por ejemplo, la Copa Mundial de Futbol en Europa. Daré por hecho que todos los creadores aquí presentes tienen nociones básicas acerca del comportamiento de la clientela —dijo el duendecillo en actitud pedante—. Entonces, estarán de acuerdo conmigo en que habrá un aumento drástico en el número de personas en Asia que se pasen la noche despiertas viendo los partidos. El problema aquí es que cada vez tienen lugar más eventos en naciones de diferentes franjas horarias y más canales que los televisan en tiempo real.

Aparentemente, los leprechauns estaban muy informados acerca de cómo funcionaba el mundo.

—Ya entiendo. Seguro que aquella joven compañera también sabe algo de esto —dijo Nicolás, dirigiéndose hacia Penny para darle el turno de palabra.

Ella recordó vagamente lo que le había escuchado decir a Motail de pasada.

—En mi opinión… tal vez tenga algo que ver con las épocas de exámenes. Durante el turno en que yo trabajo, nos visitan muchos clientes de Corea. Suelen entrar en masa coincidiendo con esas fechas, pues es cuando los estudiantes suelen pasar las noches en vela. Pero yo diría que no es un problema recurrente; sólo sucede un par de días antes de los exámenes. Parece que en todos los sitios hay gente que estudia en el último momento.

—Es plausible lo que dices. Bueno, Maxim, ¿qué piensas de esto?

Al haberse distraído por mirar a Penny que hablaba con elocuencia, dio un respingo al oír que Nicolás lo nombró de repente. Tras carraspear unas cuantas veces y lograr centrarse, prosiguió a contestarle con voz grave:

—En lo que a mí respecta, eso no me supone una gran pérdida. Por lo que sé, los clientes hacen reservas para tener los sueños de mis otros compañeros, pero no hay tantas personas que acudan a la tienda por mis productos… —dijo, mostrándose avergonzado—. Dallergut se encarga en persona de venderlos, así que es imposible que surjan casos de No Show con los míos.

—Ahora entiendo por qué comías tan tranquilo.

Una oleada de carcajadas remató las palabras de Nicolás. Penny, observando cómo Maxim se sonrojaba, pensó que era alguien con facetas muy inesperadas.

—Animora, ¿qué hay de ti? ¿Te perjudican mucho los No Show? —le preguntó preocupada Coco.

Bancho apenas había probado bocado, pues estaba pendiente de sus perros y de cortar el pan y la carne en trozos diminutos para los leprechauns.

—Se ve que es una persona de buen corazón —murmuró Penny para sí misma. Al oírla, Maxim agarró con presteza un poco de pan de la cesta y se puso a desmenuzarlo en pequeñas porciones.

—A mí tampoco me afecta, ya que los animales duermen mucho. Más que nada, para ellos no hay demasiadas cosas que les atraigan tanto como para postergar sus horas de sueño —dijo mirando a los perros que tenía tumbados a sus pies. Uno con el lomo de color negro se encontraba durmiendo plácidamente con la cabeza recostada en la pierna de su dueño.

—¡Cierto! —gritó el duendecillo listo, lo que asustó a Penny—. Bancho dio en el clavo con lo que dijo. Para las personas hay muchas cosas entretenidas que las mantienen despiertas —el leprechaun revoloteó en círculos sobre un plato—. Algunos se pasan la noche jugando a los videojuegos, otros se van a dormir tarde tras estar mirando sus celulares un buen rato, ¡y también están las parejitas que hablan por teléfono durante toda la madrugada! Todos ellos están postergando el sueño con tal de hacer en ese momento algo con lo que disfrutan.

Tras plegar sus destellantes alas, se sentó en el hombro de Nicolás. Aunque el anfitrión puso cara de estar molesto por ello, no se lo sacudió de encima.

—Tienes razón. Eso es diferente a forzarse a estar despierto para preparar un examen. Los No Show de esos clientes son esporádicos. Deberíamos abordar como un problema los casos de los que se empeñan en no dormir —dijo Otra, mostrándose de acuerdo con el leprechaun.

Al sentirse escuchados, los duendecillos se pusieron a comer pan con buen ánimo.

—Maxim, si vas a cortarnos el pan, que sea en porciones adecuadas para nosotros; lo has dejado destrozado en migajas. ¿A qué viene hacer algo que nunca antes te ofrecías a hacer?

Cuando la duendecilla de la blusa rosa le espetó eso; al creador se le puso la cara aún más roja.

—Uhm… ¿Cómo podemos hacer para que no se queden haciendo otras cosas y duerman a su hora? —dijo Nicolás, pensativo.

—¿No hay alguna manera de emplear esos caramelos-somnífero que tienes, Dallergut?

—Ésos sólo ayudan a quienes ya tienen los párpados pesados a tener un sueño más profundo —respondió el dueño de la tienda, negando con la cabeza.

—Entonces, ¿qué tal si buscan formas de crear beneficios para compensar las pérdidas que traen los No Show? Si quieren, podemos compartir con ustedes nuestras técnicas —se vanaglorió el jefe de los leprechaun, como si poseyera la clave mágica.

—¿Cómo se pueden generar otros beneficios? —preguntó Penny, intrigada.

Cuando ella tuvo la ocasión de aprender acerca de cada planta al principio de su incorporación a la Galería, se le quedó grabado en la memoria cómo Mog Berry se quejaba largo y tendido acerca de las triquiñuelas de los duendecillos. Recordaba claramente que le avisó de que usaban toda clase de artimañas para hacerse con el mayor número de pagos posibles.

—Apuesto a que sienten curiosidad acerca de cómo conseguimos ampliar nuestro negocio y establecernos en un comercio de la gran avenida. Hoy que estoy de buen humor, se lo contaré en exclusiva —el leprechaun portavoz se desplazó caminando hasta el centro de la mesa —. Una vez que vendemos cien ejemplares de *Volar por los cielos*, podemos recolectar los pagos de unos sesenta de esos clientes. Nos suelen llegar en forma de “sentimiento de liberación” o “fascinación”, aunque no son pocos los que entran como “desilusión” o “decepción”, pues los clientes, al haber tenido la capacidad de volar en sueños, una vez despiertos, se sienten de ese modo cuando se dan cuenta de que no pueden volar en la realidad. Como ya sabrán, con este tipo de emociones no se puede hacer mucho dinero. Por eso mismo, ¡hemos inventado un método único!

El jefe de los duendecillos abrió paso para que el compañero más listo de la bandada tomara su lugar para hablar.

—Como resultado de nuestros experimentos, llegamos a la conclusión de que nos sale más rentable que los clientes tengan el sueño *Quedarse completamente inmóvil* en lugar de *Volar por los cielos*. Cuando se encuentran con que los pies les pesan como el plomo y no

pueden moverse un milímetro y no alcanzan a darle un puñetazo al enemigo que los está torturando, o sus movimientos se realizan en cámara lenta, nos entran unas cantidades muchísimo mayores de “sentimiento de liberación” luego de que se despiertan. Se sienten sofocados mientras están dormidos, pero cuando recobran la conciencia, ¡se sienten muy aliviados!

Dicho aquello, sacó una calculadora diminuta y empezó a teclear en ella.

—Miren, ésta es la diferencia de ingresos. Con estas cifras se pueden revertir de sobra las pérdidas causadas por los No Show —explicó, mostrándole a todos el aparato.

No obstante, al no manifestar los demás invitados la reacción positiva que esperaban, los duendecillos se quedaron bastante desconcertados.

—Parece que no terminan de hacerse una idea. Les repito que no es casualidad que nos vaya tan bien con las ventas. ¡Ah, cierto! ¡Maxim! ¿Qué te parecería hacer una colaboración con nosotros para tus pesadillas? Si unimos fuerzas y creamos un sueño en el que uno no se puede mover mientras lo persigue alguien aterrador, ¡sería todo un éxito! Basta con que les hagamos despertar justo antes de que los atrapen tras una larga persecución; así entrarán pagos muy sustanciosos.

El leprechaun se había sentado en uno de los anchos hombros de Maxim con afán de convencerle.

—¡Yo no soy de los que van gastando bromas tan infantiles! —dijo el chico, agarrando al duendecillo con sus dedos para dejarlo sobre la mesa.

—Jaja, veo que Mog Berry no decía más que la verdad —añadió Dallergut, riendo fríamente—. Al final resulta que es cierto que mezclan otros sueños que no corresponden con su etiquetado —les regañó con mesura—. Experimentar así con los clientes, dándoles gato por liebre… ¿Qué se creyeron ustedes que es mi Galería? —a pesar de que no les levantaba la voz, dejó claro que estaba tremendamente indignado.

—Perdónenos… —se disculpó el portavoz, dándose cuenta de la gravedad de las circunstancias.

—Como los sorprenda con alguna de esas astucias una vez más, les voy a anular el contrato —afirmó tajante el dueño de la tienda.

—Dallergut tiene razón. No hay nadie que no sepa que existen esas formas de hacer trampa. Está muy mal que hayan pensado en que no

jugamos sucio porque no sabemos cómo —tras decir eso, Otra terminó de beberse de un sorbo el vino que le quedaba en la copa y la dejó sobre la mesa—. Bueno, creo que llegó la hora de que se deje de hablar de cosas improductivas y tomemos una decisión. Todos estamos muy ocupados como para perder más tiempo. ¿Llegó a alguna conclusión, Dallergut?

Él se ajustó el cuello de la camisa y se aclaró la garganta previamente a proseguir:

—Antes de darles mi opinión, me gustaría pedirles que no se ofendan ante lo que va a decirles este viejo comerciante, pues sólo quiero abordar de la manera más sencilla y directa el asunto.

—A este hombre siempre le gusta dejarnos en ascuas al principio —espetó Nicolás.

—La conclusión ya quedó clara. La hicieron obvia Bancho y los leprechauns: la gente no se va a dormir porque encuentra más interesantes otras cosas que el sueño. ¿Acaso no basta entonces con pensar en la dirección opuesta? —dijo Dallergut, sonriendo como si se tratara de una cuestión muy simple.

Los duendecillos se sentaron con buena postura y se pusieron a escucharlo con una actitud humilde.

—Habrá que crear sueños que traigan más diversión que las cosas con que los clientes se entretienen, ¿no les parece? Yo confío en que ustedes los creadores tienen suficiente talento para hacer eso.

Después de unos instantes de silencio, estalló una risotada entrañable.

—Al final, resulta ser que el problema se resolverá si creamos sueños mejores. ¡Vaya, que estuvimos en Babia todo este tiempo! —dijo Nicolás, entre risas aún más sonoras.

—Yo no lo puse de manera tan tosca, pero, al fin y al cabo, eso es lo que vengo a decirles, lo reconozco —explicó en tono travieso Dallergut.

Los leprechauns se pusieron a aplaudir, en consenso con la propuesta del propietario de la Galería.

—Quizá sea una conclusión algo sosa, pero creo que podemos dar ya por zanjado el tema principal de esta asamblea. ¿Qué les parece si ahora brindamos y terminamos de disfrutar la cena? —propuso Otra alzando su copa.

—Sí.

Todos los demás se unieron a ella y Nicolás se levantó de su asiento y vociferó animadamente:

—¡Por que disfruten de la comida, del dormir y de los sueños!



6. El superventas del mes de diciembre



La avenida tenía una iluminación digna de un cuento de hadas la última semana de diciembre. Gracias a que Weather consiguió los ornamentos con suficiente antelación, la Galería de los Sueños lucía más espléndida y llamativa que nunca. Los mostradores de cada planta estaban adornados con bombillas que los hacían resplandecer como los de una joyería. Weather sugirió que se cambiaran los envoltorios para los productos por unos de algún material brillante, pero eso no llegó a hacerse porque Vigo Mayers y los empleados de la segunda planta se opusieron.

—Ésa es muy fea. ¿No tiene alguna pijama más bonita? —preguntó un niño haciendo pucheros, a lo que el noctiluca le acomodó la prenda con sus patas regordetas y le dijo con firmeza:

—Si no quieres ponerte esto, debes vestirte calientito para dormir y taparte bien con la cobija.

La Navidad llegaba a su punto culminante y el influjo de Santa Claus era realmente impresionante. Los productos que había traído Nicolás se vendían como pasteles, tanto que al momento quedaban agotados. Se alcanzaban los mismos números de ventas en esa época que para otros sueños orientados al público infantil consumidos durante todo un año.

A pesar de que se reponían montañas y montañas de mercancía navideña, los artículos desaparecían al instante. Como consecuencia, Nicolás se pasaba la temporada de Navidad volando de su casa a la tienda para llevar las tandas de productos que constantemente iba haciendo. Ataviado con su enorme cinturón del que colgaba un adorno de latón, estaba de lo más ajetreado desplazando artículos al interior de la tienda con ayuda de los trabajadores. De no tener tiempo para

afeitarse, traía una larga barba en la que se habían enredado migajas, probablemente provenientes del pan tostado que había comido en el desayuno.

Los niños que venían a comprar se deleitaban observando las vistosas cajas de sueños decoradas con motivos florales navideños. Un niño de unos seis años que llevaba una pijama muy linda estaba intrigado acerca del contenido de cierta caja.

—¿Qué tipo de sueño hay dentro?

—¿Con qué clase de sueño te gustaría encontrarte? —le preguntó amablemente Penny.

—Pues… mi padre no juega conmigo a las escondidas por mucho que se lo pida, así que me gustaría soñar con que no se canse del juego aunque lo repitamos cien veces.

—Quién sabe si tal vez saldrá ese sueño. O quizá, puede que sueñes con llegar a ser alguien admirable cuando seas mayor. El viejo Santa dice que está enterado de todas las cosas que te gustan, así que seguro será una experiencia increíble —le explicó la chica con dulzura, poniéndose a su altura.

—¿De verdad? Pero es que suelo llorar mucho… Oí decir a mis padres que Santa Claus no trae regalos a los niños llorones —dijo el pequeño, entristecido.

—No te preocupes por eso —le susurró ella al oído—. Es para evitar que los niños se pongan impertinentes queriendo estar despiertos la noche de Navidad. Se trata de un rumor que el propio Santa Claus difundió a propósito.

—¿De veras? —preguntó el niño, con ojos de sorpresa.

—Piénsalo. Si los clientes de tu edad se niegan a dormir, ¿cómo podrían comprar los sueños que preparó Santa? Te cuento un secreto: lo cierto es que si ustedes no se llevan los productos que él saca para esta época, él estaría en apuros por varias razones.

Penny recordó la decoración tan vistosa y la rica comida que hubo en casa de Nicolás. Si se le escapara aquella temporada alta que sólo tenía lugar una vez al año, no podría disfrutar de ese estilo de vida tan acomodado.

La ajetreada época de festividades concluía con la visita de los niños del archipiélago de Samoa en el océano Pacífico Sur, que era el lugar del mundo donde la Navidad se celebraba más tarde. Weather se tomaría unas largas vacaciones para pasar el fin de año con su familia.

—Éste es el sistema de recuento para los días que uno se toma

libre. Lo creé yo misma. Supuestamente, basta con señalar los días que uno estará de vacaciones y luego Dallergut se encarga de autorizarlos, pero, ya sabes, él no maneja bien estos programas, así que los apruebo yo. Lo dejé automatizado para que se acepten automáticamente esos días. Cuando quieras usarlos, sólo tienes que registrarlos aquí. Al fin y al cabo, Dallergut no se preocupa por esto —explicó Weather y se marchó a su casa sin más.

A partir de entonces, Dallergut y Penny se quedaron vigilando la recepción. Luego de haber arrastrado al interior de la tienda la última carga de mercancía, Nicolás se había sentado desparramado en una silla detrás del mostrador.

—Dallergut, ¿me recomiendas algún sueño que venga bien para cuando se quiere descansar? En cuanto llegue a casa, pienso pasarme tres días durmiendo sin parar. Estoy agotado. Se nota que ya soy viejo.

El dueño fue a escoger varios sueños y volvió para sentarse al lado de Nicolás. A Penny le dolían las piernas, así que discretamente aprovechó la ocasión para sentarse ella también. Sentía un poco de dolor en las rodillas por haber estado el día entero agachándose para hablar con los pequeños.

Nicolás metió la mano dentro de su grueso abrigo y sacó una botella de cristal bastante grande. Como si hubiera estado un siglo enterrado en la nieve, el recipiente que contenía un líquido negro estaba cubierto con una capa de escarcha.

Los tres compartieron aquella bebida efervescente de color rojo negruzco. En la botella estaba escrito “Contiene un 17% de frescor”. Al tomar un sorbo, primero se podía percibir un cosquilleo en la garganta, pero enseguida una frescura invadía todo el paladar. Era como si la brisa de la mañana hubiera sido concentrada en un trago.

—¡Qué rico está esto!

Penny se tomó un vaso más tras probar la bebida.

—No habría nada mejor que tener carne de cerdo asada para acompañar. Así nos quitaríamos el cansancio de encima enseguida —dijo Nicolás relamiéndose—. Bueno, tengo que decir que me alegro de haberme dedicado a vender sueños. Si hubiera estado hasta ahora como mi antepasado repartiendo regalos casa por casa montado en un reno, Santa Claus habría dejado de existir; sobre todo cuando en estos días hay tantos dispositivos de seguridad en los hogares. Con lo cómodo que es que los niños vengan a comprar ellos mismos los sueños una vez que se quedan dormidos a la hora que deben. ¡Y lo bien que se cobra de esta manera! —añadió, haciendo un gesto con los

dedos como si contara billetes—. Al parecer, antes no alcanzaba a pasar por muchas casas porque, entre lo que costaban el alimento para renos y los regalos, no podía hacer frente a todo. Es lógico, ¿pueden imaginarse lo que suponía cubrir el gasto de todos esos regalos?

—Nuestros antepasados pasaron muchas dificultades antes de que pudiéramos establecernos en un negocio como éste. Tú también le pones mucho empeño cada año, Nicolás. Sí, este año creo que hemos vendido más que el anterior, ¿qué te parece? —le preguntó Dallergut, sirviéndole un vaso más del licor.

—La verdad es que estimo que no hay mucha diferencia, pues el año pasado las ventas fueron excelentes. Quién sabe, quizás en la Gala de Premios de este año un servidor sea otra vez ganador en la categoría de *best seller*, ¿no? ¿Sabes? Eso significaría que habré sido galardonado unos quince años consecutivos. ¡Nada más y nada menos que quince años! ¿No te parece un récord verdaderamente grandioso? —dijo Nicolás, con su peculiar forma de hablar tan confiada y riéndose a carcajadas.

Penny sabía que era cierto, pues todos los años veía por televisión aquella Gala con su familia. En esa entrega de premios que se celebraba a finales de año, aparte del Grand Prix de honor, estaban las condecoraciones al mejor debutante, artista y guionista, entre otros, que incluían una serie de reconocimientos a la calidad de las obras.

No obstante, dado que el premio al sueño mejor vendido se otorgaba según el número de ventas registrado en el mes de diciembre, su ganador estaba destinado todos los años a Santa Claus desde que Penny era pequeña. Por supuesto que, como después de cada Navidad, Nicolás se retiraba a su cabaña y no asistía a la Gala, ella hasta entonces desconocía que el anciano que tenía al lado sentado se trataba del magnífico Santa Claus.

Al reconocer la labor que el creador del sueño mejor vendido cumplía en cuanto a la dinamización de la economía, la Asociación le confería ese premio en metálico, el cual aparentemente se trataba de una recompensa sustanciosa. Penny ya se podía imaginar de dónde provenía el capital con el que Nicolás había adquirido aquella casa tan espléndida, a la que difícilmente se le podía calificar de “cabaña”.

—¿Qué debería hacer con el premio de este año? Recuerdo que el año pasado también me enviaron una recompensa adicional de diez botellas de “ilusión”. Gracias a eso, pude esperar con gran ilusión a que terminaran las obras de ampliación de mi sala. No me aburrí en absoluto. Ojalá que este año me dieran un bono de cinco botellas de

“confort”.

—¿Y para que las utilizarías? —preguntó intrigado Dallergut.

—Ay, amigo. Tú también deberías comprar un poco de “confort” y hacer como yo. Supongo que lo notaste al sentarte en una de las sillas de mi casa. ¿No sentiste como si al instante algo te cobijara y te protegiera desde los pies hasta la cabeza? Pongo ese “confort” en un pulverizador y rocío con él de vez en cuando los muebles; el efecto perdura toda una semana. Se nota la diferencia cuando llego a casa. Justo hoy se me acabó la última botella que compré, pero como los precios se pusieron tan prohibitivos estos días, no me atrevo. Ojalá me la dieran como obsequio con el premio.

Nicolás hablaba como si ya tuviera el galardón asegurado. A Penny también le parecía natural que él tuviera esa certeza. Quizás era imposible que en diciembre, al ser el mes que se usaba como criterio para medir la cantidad de ventas que decidiría el *best seller*, saliera ganador otro creador de sueños que no fuera Santa Claus.

La chica llegó a pensar incluso que pudiera ser que él sólo vendiera sus productos en diciembre teniendo en mente la Gala de Premios. Cualquiera supondría que era simplemente un tipo astuto, pero ella consideraba que Nicolás debía tener una capacidad de planificación insuperable.

Al cabo de un rato, tras haber preparado todo lo necesario para volver a su cabaña en la Montaña Nevada, Nicolás se subió al coche que dejó estacionado frente a la Galería. El vehículo, que era bajo, alargado y carecía de capota, daba la impresión de ser un trineo de dimensiones gigantes.

—¿Este año también verás la transmisión de la Gala en la tienda y en compañía de tus empleados? —le preguntó a Dallergut mientras encendía el motor.

—Eso planeo, si es que ellos quieren, claro. Suelen traer a sus familias también. ¿Y si te unes este año a verla con nosotros?

—A mí me dan mucho pudor esas situaciones. Como ya sabes, soy un posible candidato al premio. Prefiero verla tranquilo en mi casa a solas —dijo entre carcajadas—. ¡Cuídate, amigo! Hasta la próxima. Buen trabajo, chica. Espero que nos veamos de nuevo —saludó con generosidad también a Penny.

Su auto desapareció al entrar en el callejón, dejando sólo el estruendoso eco del motor.

Después de haberse marchado Nicolás, la Galería de los Sueños se

percibía notoriamente vacía de clientes en esa última semana del año. Mientras Penny observaba los medidores de párpados de los clientes habituales, se dio cuenta de que incluso los que solían llegar a su hora los visitaban con retraso. Para colmo, pasaban por la tienda, echaban un vistazo y luego se marchaban con las manos vacías diciendo: "Prefiero dormir sin más". Todos y cada uno de ellos tenían ojeras.

—¿Qué hacen que no se acuestan temprano?

—Todo el mundo tiene muchos compromisos a finales de año, supongo, y quieren aferrarse hasta el último día porque les da lástima que se vaya un año más. Como pasan fuera todo el tiempo que pueden, cuando vuelven a casa estarán agotados y desganados —dijo con indiferencia Dallergut.

—No sé en las otras plantas, pero en la primera las ventas bajaron mucho. A este paso, el viejo Nicolás ganará el premio por decimoquinta vez consecutiva sin mucho esfuerzo, pues ya vendió su buena porción en la temporada navideña.

—Tal vez, pero dicen que, cuando menos se espera, salta la liebre —replicó el dueño.

Al observar Penny su expresión, intuyó que algo pasaba.

—¿Hay algún sueño que se vendiera tanto como el de Santa Claus? ¿De qué creador podría ser? ¿Hay algún novel de la industria que yo no conozca? —inquirió la chica.

—No es nadie nuevo. Sus sueños siempre vendieron bien en esta época del año y en poco tiempo se ha convertido en un fuerte contendiente con ventas comparables a las de Nicolás. Sin embargo, no es la clase de persona a la que le guste exponerse en público, así que la gente no está enterada, aunque precisamente este año ha dejado huella con su actividad.

Penny apenas podía contener su curiosidad:

—¿De quién habla? ¿Es alguien que conozco?

—Bueno, como siempre, es mejor que sólo te dé pistas en vez de revelarlo.

Dallergut nunca daba una respuesta sin más compromiso. Afortunadamente, la chica ya estaba acostumbrada a eso, así que le prestó atención dejando de lado su impaciencia.

—La Navidad y las festividades de Fin de Año pueden parecer felices y coloridas en la superficie, pero debajo de todo hay una sensación de soledad y vacío. No hay nada más que ver todos los compromisos programados con desesperación y los clientes que se van a dormir tarde.

—Sí, lo cierto es que también me ocurre a mí. Es como si no quisiera pasar esos días de forma ordinaria ni volver a mi casa sin más.

—Entonces, ¿quién te parece que pasa estos días más en solitario de todos?

—Gente sin pareja como yo, que no hacemos más que trabajar sin tener una cita para Fin de Año —respondió Penny sin vacilar lo más mínimo.

Aun habiendo dicho eso, para sus adentros, esperaba no estar en lo cierto, pues era algo duro de reconocer.

—Tampoco te equivocas con eso, pero no es la respuesta a lo que te pregunté.

—En ese caso… ¿los padres que esperan a sus hijos cuando se demoran en regresar a casa?

—Vaya, tienes algo de razón.

—Quiere decir que tampoco di en el blanco esta vez. Qué difícil. Me tendrá que dar más pistas.

—¿Y si te menciono a los clientes que nunca visitan la recepción, sino que suben directamente a la cuarta planta por el elevador?

La cuarta planta era la sección de siestas. Los principales clientes allí eran adultos que echaban la siesta y bebés o animales que dormían a todas horas del día y de la noche. A pesar de la pista, Penny seguía sin encontrar la respuesta.

—¿Tan complicado es? Vaya, justo ahí vienen.

La chica se giró hacia donde señalaba Dallergut. Por la entrada estaba pasando un grupo de perros y gatos en tropel. Encabezando la manada, había un perro viejo que movía la cola y, a su lado, un joven vestido con un atuendo raído. El joven portaba una mochila con unos paquetes atados a ella, lo que le hacía parecer un vendedor ambulante.

—¡Animora Bancho! Te estaba esperando.

—Hola, señor Dallergut. Vaya, veo que también estás tú aquí, Penny. ¿Va todo bien?

La chica no pudo ocultar su alegría:

—¡Bancho, qué bueno volver a verte!

—Speedo me comunicó que se quedaron sin existencias, jaja, como siempre, con prisas…

Penny no pudo menos que admirarse de la presteza de Speedo, capaz incluso de sorprender a Bancho.

—Así que vengo para traer una entrega adicional de urgencia.

Como hacía tiempo que no bajaba de la montaña, me perdí. Si no fuera por estos amigos, todavía estaría deambulando por los callejones.

Los animales que traía consigo gemían pidiéndole mimos. Como si Bancho entendiera su lenguaje, los acarició con cariño, murmurándoles:

—Ya veo. Espero que mis sueños puedan ayudarles.

—¿Puedes comprender lo que quieren decir los animales? —preguntó Penny, ayudándole a dejar su mochila en el piso.

—No del todo, pero me doy cuenta si los escucho con atención —respondió él con timidez, sonrojándose.

—Vaya, ¿de verdad? ¡Es increíble!

La chica miraba alternadamente a Bancho y al viejo can que no se apartaba de su lado. La criatura de pelo desgreñado movió suavemente la cola al ver a Penny.

—Este perro estaba en la sección de siestas eligiendo un sueño la primera vez que fui a visitar la cuarta planta. Aquel día… sí, estaba en la sección donde se encuentra *Jugar con mi dueño*. ¿Qué es lo que te acaba de decir hace un momento?

—Que su familia no vuelve hasta altas horas de la noche —el can gimoteó una vez más con expresión lastimera, a lo que Bancho asintió con la cabeza mientras lo acariciaba con suavidad—. También se preocupa por si les pasó algo estando fuera.

—Descuida, Leo, todos volverán cuando te despiertes. ¿Quieres tener uno de los sueños que traje? Fabriqué más de *Salir de paseo*, el que tanto te gusta. ¡Hay uno para todos los demás y hasta sobran!

El perro viejo llamado Leo y los demás animales se apelotonaron alrededor de la mochila del chico. Fue entonces cuando Penny se dio cuenta de quién era aquel fuerte contendiente del que hablaba Dallergut.



El hogar en un edificio de departamentos viejo pero bien cuidado, donde vivía una familia compuesta por cuatro miembros, estaba vacío. El matrimonio de mediana edad había ido a un encuentro de fin de año con otras parejas y sus hijos también se habían reunido con sus respectivos amigos. En aquel hogar tenuemente iluminado se encontraba sólo Leo, un perro viejito que había cumplido ya doce años.

Leo se pasó toda la tarde tumbado en la terraza esperando a la familia y, como no había podido salir de paseo, fue de una habitación a otra con un muñeco viejo en la boca. Aunque los sensores activaron las luces automáticas cuando se puso el sol en la casa desierta, lo único que podía hacer era dormir. Afortunadamente, cuanto más entraba en años, más horas se entregaba al sueño.

En aquel momento estaba dormido y, gracias al sueño de Bancho llamado *Salir de paseo*, se encontraba jugando y correteando.

De repente se escuchó el sonido de la cerradura electrónica; no obstante, ese día nada despertaba fácilmente a Leo, pues estaba metido de lleno en su sueño. Aunque al escuchar que alguien entraba abrió los ojos momentáneamente y enseguida volvió a dormirse.

Coincidió que los cuatro miembros de la familia se encontraron en la entrada del edificio al regresar a casa.

—Qué casualidad que todos decidimos regresar antes de las doce —les dijo el padre a sus hijos cuando pasaron al recibidor.

—Desde luego, pensé que llegarían mucho más tarde que nosotros. Será que ya han madurado, ¿no? —añadió la madre.

—La verdad es que hoy no estuvo tan entretenido. A veces pasa— respondió desganada la hija—. ¡Leo, estamos aquí! —llamó primero a la mascota, antes de siquiera quitarse los zapatos.

—Parece que se enojó porque llegamos tan tarde. Miren cómo sigue durmiendo sin salir a saludar.

—Tampoco comió nada —dijo el hijo, tras prender la luz del salón y ver el plato del animal—. No lo despiertes, está muy tranquilo durmiendo.

—De acuerdo. Pero miren cómo está —dijo la hija entre risas, al tiempo que se acercaba a él antes de quitarse el abrigo.

—¿Qué pasa?

Al segundo, los cuatro estaban arrodillados observando a Leo.

Él estaba desparramado sobre su cojín, tumbado con sus cortas patas apuntando al techo y moviéndolas como si luchara contra el aire. Una sonrisa se reflejaba en su hocico.

—Se ve que la está pasando bien dando carreras en sueños. Me muero de la risa, se ve tan chistoso —comentó el hijo, empezando a grabar un video con su celular.

—Y eso que no puede correr mucho porque le duelen las patitas. La de ganas de brincar que tendrá para estar así cuando duerme… —dijo

el padre, emocionado.

—Cariño, te volviste más sensible con Leo. Nunca te vi así cuando criábamos a los niños— aprovechó la madre para reñir a su esposo.

—Bueno, ¿qué tal si dejamos de mirarlo y salimos a dar un paseo aunque sea tarde? Hace mucho tiempo que no damos una vuelta juntos por el barrio.

Leo, que hasta unos momentos antes dormía como un tronco, abrió de súbito los ojos en cuanto escuchó la palabra *paseo*. Al ver que toda la familia estaba de vuelta, empezó a mover la cola, a la que le faltaban la mitad del pelaje, mientras dudaba de a quién saludar primero.



Tras cerrarse la tienda, el personal se encontraba apiñado en el vestíbulo de la primera planta para ver la Gala de los Premios a los mejores sueños del año. Los mostradores y las vitrinas vacías estaban apartados junto a las paredes, y se habían traído sillas plegables del almacén, que se alinearon para crear un espacio adecuado a fin de disfrutar de la transmisión.

—¡Es genial esto de ver la Gala todos juntos en la tienda! —dijo Motail, sentado en la última fila con los demás trabajadores, tras sacar unos aperitivos. Aunque tenían el día libre, los empleados habían acudido a la Galería para ver los Premios en la gran pantalla. Algunos trajeron como compañía a sus ancianos padres, a su hija o incluso a su gato.

Los duendecillos, que seguramente invitó Motail, volaban vertiginosamente, lo que contribuía a crear un ambiente aún más animado. Cuando empezaron a entonar la cancioncilla que siempre cantaban cuando confeccionaban calzado, Mog Berry se tapó los oídos deseando que se callaran. Por su parte, Penny estaba entusiasmada al ver aquel entorno tan alegre, donde además abundaban deliciosos platos y bebidas.

Mientras tanto, Dallergut llevaba media hora luchando para hacer aparecer la transmisión en la pantalla con el manual de instrucciones bajo el brazo. Ese día se había puesto unos pantalones cómodos y una camiseta ajustada de manga larga.

—Señor Dallergut, ¿todavía le queda mucho? ¿Qué tal si lo intento yo? Así creo que nos vamos a saltar el comienzo. Sobre todo, no me quiero perder ni una escena en la que salga la bellísima Wawa

Sleepland… —instó el impaciente de Speedo, moviendo nerviosamente una pierna.

—Ya casi está. Pero… ¿por qué se ve la pantalla en negro?

Dallergut se empeñaba hasta el final en hacerlo solo.

—Hace como media hora que empezó la entrega de premios, así que acabarán de anunciar al creador novel del año y estarán a punto de nombrar el *best seller* de diciembre. Eso no hace falta que lo veamos, pues ya todos sabemos que se trata de Nicolás.

Al escucharse a alguien decir eso, fue Penny la que se impacientó esta vez. Se moría de ganas por saber quién sería el galardonado con aquel premio en particular. Todos anticipaban que sería Santa Claus, pero después de que Dallergut insinuara aquello, Penny tenía bastantes esperanzas de que el galardón fuera para Animora Bancho.

Por supuesto que no se tomaba con mucha seriedad quién se lo llevara, pero al pensar en los comelones perritos de los que cuidaba el joven y las raídas ropas con las que vestía, en su interior ella albergaba el deseo de que la recompensa monetaria se destinara a él al menos ese año.

Justo en ese momento, la chica se dio cuenta de que había dos cables enchufados al revés. Aprovechó que Dallergut se encontraba distraído releyendo el manual y los cambió rápidamente, mientras fingía haberse acercado para llenarle la bebida.

—Señor Dallergut, creo que ya se ve.

—¡Lo conseguí! ¿Ves? No soy tan malo para esto de la tecnología. Ojalá hubiera estado Weather aquí para presenciarlo.

Penny se apresuró a sentarse en la silla libre que había entre Mog Berry y su jefe.

Una transmisión apareció con nitidez en la pantalla gigante. La cámara mostraba un público compuesto por una multitud de creadores de sueños elegantemente vestidos.

Vigo Mayers estaba sentado en un rincón, mirando hacia la pantalla a la vez que tomaba un licor de los fuertes.

—Yo también debería estar sentado ahí… —dijo, ya un poco borracho.

—Hay niños pequeños delante, ¿cómo se te ocurre estar empinando el codo de esa manera? —lo regañó Mog Berry, que se había hecho con un sitio en primera fila.

—Y qué sabes tú de cómo me siento…

Al emborracharse, Mayers parecía una persona muy distinta.

—¿Por qué desistió el señor Mayers de convertirse en creador de

sueños? —preguntó Penny a Mog Berry.

—Yo también me lo pregunto. y también la razón por la que lo echaron de la universidad. Estar graduado tampoco era una condición imprescindible para llegar a ser creador. No entiendo por qué abandonaría si al final se iba a arrepentir de ello. Quizá podamos enterarnos de algo cuando esté más borracho.

La pantalla reflejó a creadores bien conocidos y el ambiente de la tienda pasó a estar enfebrecido en cuestión de segundos.

—¿Vieron? ¡Wawa Sleepland luce tan divina como siempre!

—¿Kiss Grower acudió otra vez con la cabeza rapada? Parece que volvió a sufrir algún desengaño amoroso.

Todos daban su opinión al tiempo que contemplaban el curso de la Gala.

La cámara enfocó al presentador que ya estaba en el escenario.

"—Damas y caballeros, estamos aquí en el Centro Artístico de los Sueños para celebrar la entrega anual de premios a los sueños. El calor ya se nota en el ambiente. La ganadora del galardón al creador novel del año, Hawthorne Demona, todavía sigue derramando lágrimas entre el público. ¡Felicitaciones, Hawthorne Demona! —dijo el moderador, enviando un aplauso hacia las butacas—. Bueno, ¡vamos algo retrasados! El siguiente premio es para el sueño mejor vendido este mes. ¿Quién es el autor del producto que ha registrado más ventas en diciembre? ¿Será Santa Claus de nuevo? Si resultara ser así, estaríamos ante un impresionante récord de quince años consecutivos recibiendo el mismo galardón. ¡Primero, conozcan a los nominados!".

De repente, la pantalla se dividió en cuatro imágenes que mostraban a cada uno a los diferentes candidatos. Nicolás, que no estaba presente en la ceremonia, fue sustituido por una gran imagen de texto en la que se leía "Santa Claus", mientras que los otros tres nominados parecían sorprendidos de que repentinamente captaran sus caras.

Kiss Grower, el creador de sueños románticos, sonrió a la vez que se frotaba su cabeza rasurada. Por su parte, Celine Clock, autora de sueños de fantasía y ciencia ficción, se sobresaltó momentáneamente, pero enseguida respondió a la ovación del público lanzando un beso en el aire. El último nominado, sin embargo, se quedó boquiabierto con una expresión bastante cómica.

—¿Animora Bancho nominado? ¡Qué disparate! —gritó Speedo, que estaba sentado justo detrás de Penny.

A pesar de ser el encargado de la cuarta planta, parecía que no había esperado en absoluto que Bancho resultara candidato. Al hacerse cierto lo que predijo Dallergut, Penny se sintió tremendamente ilusionada.

Tras unos momentos de suspenso el presentador fingió unas toses antes de seguir hablando:

"—Ahora procederé a anunciar al ganador. El creador más querido en todo el mes de diciembre es…".

"Por favor, por favor…", dijo Penny para sí, apretando los puños.

Dallergut, que estaba igualmente nervioso, tragó saliva.

"—¡Sorpresa, sorpresa, tenemos nuevo ganador! ¡El premio al *best seller* del mes es para Animora Bancho!".

Tan pronto como el moderador hizo el anuncio, se escucharon vítores mezclados con gritos de sorpresa por todo el lugar, a los que Penny y Dallergut se unieron.

"—¡Bancho, acuda al escenario! Por favor, que alguien que esté cerca le dé una sacudida para despertarlo. ¡Parece que del asombro se ha quedado de piedra!".

Tras subir al escenario aún incrédulo, aceptó del presentador el sobre que contenía el premio con la boca todavía abierta. El viejo saco que llevaba, aparentemente alquilado en el último momento en una tienda de segunda mano, le quedaba un poco grande, pero iba perfecto con su estilo.

"—Bien, comuníquele a sus fans cómo se siente al ser galardonado con este estupendo premio —lo animó en un tono alegre el presentador.

"—¡Claro, por supuesto! Nunca imaginé que me darían un premio como éste. Ah, no, la verdad es que me extrañé de cuánto vendí este mes. De todos modos, muchas gracias. Les estoy agradecido sobre todo a mis clientes habituales. Con ellos me refiero a… Leo, Negrito, Lucky, Albino, Aji, Tan, Rosca, Amorcito, Nana, Choco… Ay, perdonen, si sigo con la lista, quizá cubra todo el tiempo de transmisión. ¡Amigos, sé que no estarán viendo esto, pero me hace muy feliz haberlos conocido! ¡Gracias a ustedes he sido premiado! —dijo Bancho, alzando el sobre—. Con esto, les haré tener muchos más sueños buenos, así que ¡espero que gocen de salud, coman y duerman bien y vivan mucho!".

El creador pareció relajarse por completo tras pronunciar los nombres de los animales. A continuación, habló sin trabarse de lo que sentía al haber sido nombrado ganador:

"—Hasta hace sólo unos pocos años, soñaba con que mis productos estuvieran en las estanterías de la Galería de los Sueños del señor Dallergut. No ha pasado mucho desde que mi deseo se cumplió y ahora me parece increíble que esté recibiendo este premio. ¡Señor Dallergut! Si me está viendo, quiero aprovechar para agradecerle el que apostara por mí cuando no tenía nada".

Al mencionarse el nombre del propietario, la tienda estalló en vítores.

—¡¿Y qué hay de mí?! —dijo Speedo indignado.

"—Bueno… supongo que nuestro querido Santa Claus lo estará viendo en casa —siguió diciendo Bancho—. En mi infancia, siempre soñé con que de mayor haría que este mundo se convirtiera en un lugar donde los niños y animales fueran felices. Luego lo conocí a usted, quien ya se dedicaba a proveer a los niños con sueños felices. Lo he admirado tanto que decidí seguir su ejemplo y me mudé a las montañas nevadas donde me puse a crear sueños para los animales. Sé que todas las mañanas deja comida y leña en la puerta de mi casa. Si no fuera por usted, pasaría frío y hambre. ¡Mi respetado Nicolás! ¡Ahora que el premio al más vendido es mío, será mejor que el año que viene ponga sus miras en el Grand Prix! Lo visitaré en su cabaña con una botella de vino del bueno bajo el brazo. Bueno, creo que el señor presentador me está apremiando para que termine mi discurso —agregó, provocando un estallido de risas entre los espectadores—. Ya los dejo. ¡Una vez más, gracias a todos! ¡Que tengan un Feliz Año Nuevo!".

En lo que regresaba a las butacas, todos los presentes lo felicitaron con una sincera ovación.

Al ser Bancho pionero en romper con el usual puesto de ganador, los empleados comenzaron a dar rienda suelta a sus conjeturas acerca de los galardonados en las siguientes categorías. Motail y Vigo Mayers, cuyas voces había avivado el licor, estaban apartados a un lado sumergidos en un ardiente debate.

—¿Quién será el que obtenga el Grand Prix? Supongo que volverá a ser uno de los cinco legendarios, ¿no? —decía Motail.

—Eso es seguro. Yo creo que lo más probable es que el Premio a las Bellas Artes se lo lleve Wawa Sleepland por su sueño *Una jungla llena de vitalidad.* El Grand Prix posiblemente sea para Kick Slumber o Yasnooz Otra, pues siempre arrasan con todo. Esos dos son verdaderamente increíbles —opinó Mayers.

—¿Y por qué deja fuera a Coco Siestadebebé y a Doze? —se

extrañó Motail.

—Pues, fíjate que Doze ni siquiera se digna a aparecer en la Gala. Además, este año no ha sacado una nueva creación que merezca la pena. En cuanto a la señora Coco, ella ya ganó el Grand Prix varias veces con sueños muy parecidos; no creo que se lo den en esa ocasión. Ya verás, o bien se lo lleva Kick Slumber por *Sobrevolar los fiordos convertido en águila*, o Yasnooz Otra con *Un mes en los zapatos de la persona a quien hostigué*, la séptima serie de *Otra vida*.

Al final, Mayers acabó dando en el clavo con su apuesta por Wawa Sleepland y su sueño *Una jungla llena de vitalidad* en la categoría de Premio a las Bellas Artes. La transmisión mostró unas escenas abreviadas de la obra galardonada. La belleza natural que ella había expresado mediante aquel sueño iba más allá de las fronteras de este mundo. Aparte de su maestría en el uso de colores llamativos, había capturado en el sueño la explosión de los atractivos tonos presentes en la jungla según la hora y la posición del sol en el cielo. Penny supo de inmediato por qué los jueces seleccionaron por unanimidad a la creadora.

—Si yo fuera el jurado, no le daría el Premio a las Bellas Artes a su obra, sino a la mismísima señorita Sleepland. Ella es muchísimo más hermosa que su creación —dijo Speedo cuando la cámara reflejó un primer plano con el rostro de Wawa.

—¡Speedo, apártate, que no dejas ver! —gritó Mayers a su compañero, quien parecía estar a punto de ser absorbido por la pantalla—. ¡Y átate esa melena, que vas siempre dejando pelos por todo el piso!

A continuación, Hawthorne Demona, la ya nombrada ganadora del Premio al Mejor Guion, volvió a llorar embargada por la emoción al ser condecorada también con el Premio al Creador Novel del Año. La obra que le confirió ambos fue *Soledad entre una muchedumbre*, un sueño en el que el protagonista era tratado como un ser invisible por la sociedad. Los jueces elogiaron la creación destacando su capacidad para hacer estallar las emociones que experimenta el humano contemporáneo, encerrado en una intensa soledad, fruto de sus ansias por atraer la atención de los demás.

No obstante, Vigo Mayers parecía estar en desacuerdo con la decisión.

—Es una auténtica porquería. Sueños así han existido desde que yo tenía tres años. No hizo más que relanzar un producto obsoleto poniéndole un nombre diferente. Podrá engañar a los jueces, pero a mí

no me encandila.

Momentos más tarde, sólo quedaba el anuncio del ganador al Grand Prix para poner fin a la Gala. Motail iba de un lado para otro preguntándole a los que estaban allí quién creía que ganaría ese premio, si Kick Slumber o Yasnooz Otra.

—Dime, Penny, ¿a quién elegirías tú?

—Si lo adivino, ¿me regalarás algo?

—¡Ah, cierto! ¡No me acordaba de que es tu primer año! Hay un cheque de regalo para cada empleado que acierte el ganador del Grand Prix. Dallergut permite que se canjee por un sueño de los que se venden en nuestra tienda. Para nosotros es una de las cosas más atractivas del día que se retransmite la Gala.

—¿Lo dices de veras?

Al girarse Penny para mirar a su jefe, quien estaba sentado a su lado, éste puso una expresión entre la risa y el llanto, y dijo:

—Como la vez pasada acertaron más de cien personas, casi me quedo en bancarrota a principios de año. Todos fueron tan listos de aprovecharlo para llevarse los sueños más caros.

Después de estar un rato pensándolo, Penny decidió escribir el nombre de Kick Slumber en el papel que le dio Motail. Hubo muchos empleados que anotaron los de otros creadores menos usuales que Kick Slumber o Yasnooz Otra. Mog Berry añadió a Chef Grandbon como el candidato por el que apostaba.

—Mog Berry, ¿quién es Chef Grandbon? —le preguntó la chica.

—Ah, es el propietario de mi restaurante favorito. Este señor vende exclusivamente sueños en los que se degustan comidas, los que fueron de enorme ayuda para no salirme de mi régimen. Gracias a él, cada vez que duermo, puedo comer cosas como papas fritas. El problema es que, cuando despierto, tengo más hambre, pero de todas formas, yo opino que él es el mejor. ¡Vaya, parece que ya van a anunciar al ganador!

“—¡Miren, en mis manos tengo los nombres de los dos candidatos al Grand Prix! ¡Veamos cuál es el mejor sueño del año! —dijo el presentador antes de sacar la tarjeta del sobre que llevaba en la mano —. ¡Vaya, vaya, son estos dos! ¡Se los anuncio ya: Kick Slumber con *Sobrevolar los fiordos convertido en águila* y Yasnooz Otra con *Un mes en los zapatos de la persona a quien hostigué*, la séptima serie de *Otra vida*!”.

Al haber dado Mayers en el centro de la diana con su pronóstico,

los empleados de la segunda planta se levantaron estrepitosamente para expresar sus respetos por él con un gran aplauso. Vigo, más animado ahora, no pudo evitar que en su cara se dibujara una sonrisa.

"—¡El Grand Prix será para uno de estos dos candidatos! Creo oír cómo los fans de ambos que hay por todo el país se desgañitan gritando sus nombres. ¡Animo a los que estén en casa viéndonos por televisión a que participen mostrando su apoyo!".

Tan pronto como acabó de sugerir eso el presentador, todos los que estaban en la tienda se pusieron a vociferar sin parar los nombres de "Otra" y "Slumber". Penny se unió a los que votaban por Slumber con gritos a favor de él. El fanatismo de la chica era comparable al que sentiría en la final de una competencia deportiva.

"—¡El glorioso Grand Prix al Mejor Sueño del Año es para…!".

Al crear el moderador todavía más suspenso con sus palabras, las voces de los que animaban a los candidatos se aceleraron tanto que se convirtieron en un ruido atronador que parecía anunciar una explosión inminente.

El presentador esperó hasta que la tensión alcanzara su máximo nivel, tragó saliva y, mirando hacia la cámara, anunció con un fuerte grito:

"—¡Kick Slumber y su sueño *Sobrevolar los fiordos convertido en águila*!".

La Galería estalló en vítores y lamentos que se superponían unos a otros. Gritando de alegría, Penny abrazó a los compañeros que habían votado por el mismo creador. Compartió el regocijo con todo el mundo, no importaba que fueran familiares de empleados que no conocía bien.

Motail lo celebró agitando su abrigo en círculos sobre la cabeza, mientras Speedo, que había apostado por Yasnooz Otra, dejó recostar su cuerpo contra la pared con un gesto de agonía. Aquella ebullición de festejos no se limitaba a la Galería de los Sueños, sino que inundaba todo el callejón.

Penny vislumbró a un grupo de noctilucas que salían corriendo de la tienda dando gritos de júbilo. La chica supuso que Assam estaría entre ellos, pues era un gran admirador de Kick Slumber.

El nombrado ganador se levantó de entre el público para darle un sentido abrazo de felicitación a Yasnooz Otra y, acto seguido, se dirigió a paso lento al escenario. Enfocada brevemente por la cámara, Wawa Sleepland aparecía tapándose la boca de asombro, como si fuera ella la que había sido premiada.

“—En la opinión de los jueces, captó con genialidad lo que siente un águila que sobrevuela un acantilado escarpado con su dramático despliegue de alas y un vuelo en picada en el momento de una caída vertiginosa. ¡Felicitaciones, señor Slumber!”.

El presentador de la gala recitó con entusiasmo las palabras que tenía preparadas, mientras el creador galardonado se acercaba al escenario. Cuando finalmente subió al lugar, un silencio se hizo entre el público. Con un bronceado que denotaba salud, unas cejas espesas, una mandíbula bien definida y ojos de color negro azabache, se mostró ante las cámaras llevando muletas. Había nacido faltándole media pierna derecha de la rodilla para abajo.

“—Estoy profundamente agradecido de que este momento de honor se me haya concedido una vez más —comenzó a decir Slumber, emocionado y con la voz algo temblorosa. Sin embargo, su aura hizo que aquel temblor pasara desapercibido—. Estoy bastante cansado de dar discursos acerca de mis impresiones al recibir premios, así que hoy voy a hablarles un poco de mí, aunque tal vez resulte algo aburrido —cuando Kick Slumber pronunció esas palabras, hasta Motail, que había estado parloteando sin parar, se sentó en silencio—. Como pueden ver, sufro de una discapacidad —continuó diciendo, levantando la muleta izquierda para señalar su pierna derecha—. A mis trece años y bajo la guía de mi maestro, creé el primer sueño en el que me convertía en un animal. Se trata de una obra que ya conocen, *Atravesar el océano Pacífico convertido en orca”.*

Un pequeño grito ahogado se oyó entre el público.

“—Cuando todos me elogiaron por la extrema libertad que sintieron al soñarlo, aun a mi temprana edad, me puse a reflexionar acerca de las imperfecciones de la realidad. En mi sueño podía andar, correr y volar, pero dejaba de ser así una vez que despertaba. De la misma manera que una orca no disfruta de la libertad en tierra y un águila no es libre bajo el mar, todos los seres vivos gozamos de libertades limitadas; la única diferencia es la forma y el grado en las que aparecen esas limitaciones —Slumber miraba alternadamente a la cámara y al público—. Me gustaría hacerles una pregunta: ¿cuándo sienten que su libertad está impedida? —preguntó dirigiéndose al público, que lo observaba aguantando la respiración—. Ya sea el espacio, el tiempo o un defecto físico como el mío lo que los encierre, me gustaría pedirles que no se centren en eso; en cambio, concéntrense en encontrar algo en sus vidas que pueda hacerles libres. Si siguen ese camino, habrá días en los que se sientan en peligro,

como si estuvieran al borde de un precipicio. Eso es justamente lo que me pasó este año, y tuve que soñar con caerme cientos de miles de veces por un precipicio para completar esta obra. Sin embargo, en el momento en que dejé de mirar hacia abajo y decidí remontar el vuelo, alcancé a terminar el sueño de poder convertirme en águila y volar. Espero que se encuentren con ocasiones así en sus vidas, y que el sueño que creé les sirva de inspiración. Ésa es la máxima satisfacción a la que aspiro. Les agradezco una vez más por concederme este gran galardón".

Una tormenta de aplausos sonó con estruendo. Kick Slumber apretó los labios dando a entender que había finalizado su discurso; a continuación, tras darle las gracias al presentador por esperar pacientemente a que acabara de decir sus palabras, se volvió hacia la cámara para pronunciar algunas más:

—Esta noche no me puedo ir sin decir esto: quiero darle las gracias a Wawa Sleepland por su devoción a la hora de crear el pintoresco escenario presente en mi obra. Te dedico todos los honores a ti, por regalarme ese mar profundo, ese cielo oscuro y esas praderas acogedoras. Ya no puedo imaginar un futuro sin ti.

La pantalla mostró a Wawa Sleepland sollozando, mientras se oían silbidos y vítores entre el público.

—¡Cielos, ha surgido una pareja espectacular! —exclamó Mog Berry.

Por su parte, Speedo se acuclilló frente a la pantalla.

"—¡Damas y caballeros, el Grand Prix de este año lo ha ganado Kick Slumber! ¡Va a ser sin duda una noche especial para sus acérrimos fans! —dijo el presentador, volviendo a tomar el micrófono —. Les agradezco que hayan sintonizado para ver la transmisión de esta Gala. ¡Fue un placer haber estado con ustedes! ¡Yo, Vamadi Han, les deseo a todos que tengan los mejores sueños para el año que empieza!".

A pesar de que la ceremonia había llegado a su fin, la tienda seguía igual de bulliciosa con todos los presentes compartiendo la alegría que les había dejado el evento.

Incluso se pudo ver a una exultante Mog Berry charlando animadamente con los leprechauns.

—Ay, ¿me están arreglando el peinado?

Los duendecillos le sobrevolaban la cabeza recogiéndole los mechones de pelo que tenía sueltos; Mog Berry les agradeció el gesto

mientras se miraba en un espejito de bolsillo:

—¡Parece que mi pelo está más brillante ahora! ¡Y los rizos bien fijados en su sitio! ¡Gracias, chicos!

Penny se percató de que de su compañera emanaba un olor a betún para calzado, pero fingió no haberse dado cuenta.

La chica pensó que tal vez era buen momento para preguntarle a Vigo Mayers por qué lo expulsaron de la universidad, pero éste se había quedado dormido a causa de la borrachera, por lo que decidió que esperaría a otra ocasión.

Dallergut se había levantado discretamente de su asiento y estaba contando los cheques de regalo que repartiría a los acertantes del ganador del Grand Prix. Penny se fijó en que su jefe tenía en la mano muchos más vales que el número de empleados a obsequiar. Parecía que ese Fin de Año iba a convertirse en uno de gran abundancia para los trabajadores de la Galería.

De pronto, hasta los noctilucas que habían estado recorriendo las calles contiguas se unieron a la fiesta al ver que las luces de la tienda seguían encendidas, junto con clientes intrigados por aquel alborozo. En el local se respiraba un incuestionable ambiente festivo. En ese punto, quedaba ya sólo un minuto para la medianoche.

Luego treinta, diez, cinco…

Dallergut se encargó de entonar la cuenta atrás:

—¡Tres, dos, uno! ¡Feliz Año Nuevo a todos!

Penny estaba segura de que nunca olvidaría la última noche de ese año que pasó acompañada de todas esas personas.

7. *Yesterday* y el anillo de benceno



Era viernes por la mañana temprano. El hombre se encontraba sentado en el escritorio que estaba pegado a la ventana, mirando alternativamente al monitor de la computadora y al exterior. El viejo mosquitero, oxidado y perforado por algunas partes, estaba lleno de polvo y desprendía un olor a moho. Corriéndolo a un lado, inhaló una bocanada desesperada de aire matutino y luego se frotó los ojos para terminar de despertarse.

Las personas que vivían en el gran complejo de apartamentos de los alrededores pasaban en su trayecto a la estación de metro por la esquina del callejón donde estaba situada su casa. La planta baja donde residía en aquella serpenteante callejuela habría podido considerarse como un semisótano si hubiera estado construida a un nivel algo más abajo del suelo. Le hubiera venido mejor que lo fuera, pues así se habría ahorrado unos cincuenta mil wones de alquiler.

“Sí, estoy yendo a la oficina. ¿Quieres que nos veamos después? Hay que disfrutar que es viernes”.

Afuera se escuchaban los pasos de la gente a la vez que sus conversaciones telefónicas. El caminar apresurado de esas personas exudaba la energía característica del último día laborable de la semana. El hombre no podía evitar sentirse impotente al observar a los que pasaban por delante de su ventana.

“Todavía no tengo las responsabilidades propias de un adulto hecho y derecho… Me empeñé en dedicarme a la música y aquí sigo atascado… ¿Es habitual que la gente sin talento que sueña a lo grande acabe como yo? Ojalá alguien me hubiera explicado la diferencia que hay entre la ambición y la pasión por algo…”, pensó.

Tenía por delante una audición que había conseguido tras muchas dificultades y estaba trabajando duro en la composición de una canción con vistas a la prueba. No obstante, no le salía ninguna pieza

con la que se sintiera satisfecho.

El hombre quería ser cantante; no había soñado con otra cosa en toda su vida. Sin embargo, tras experimentar de muy joven la anulación del debut programado por la agencia a la que se había unido entonces, llegó al final de la veintena sin más progresos.

A principios de año, mientras pasaba de un trabajo de medio tiempo a otro, se dedicó a subir canciones suyas en las redes sociales a través de videos y, como resultado, una de ellas atrajo un interés considerable. También hubo una agencia importante que lo invitó a presentarse a una audición. No obstante, la respuesta que le dieron tras su actuación volvió a mandarle al punto de partida.

—Te falta un poco de color personal. En vez de esto, ¿por qué no pruebas a escribir tu propia canción? Te vamos a dar otra oportunidad más tarde si la preparas.

Él trabajaba como una mula para cubrir sus gastos diarios. Deseaba inscribirse en una academia para cantautores o aprender a tocar un instrumento apropiadamente, pero andaba corto de dinero y escaso de tiempo para hacer todas esas cosas. En su lugar, aprendió a componer música a la antigua usanza, instalando un programa en su computadora de segunda mano.

Con unos gastos que a veces superaban sus ingresos, hacía malabares para llegar a fin de mes. Cuando se apretaba el cinturón, conseguía que le quedara algo de saldo, aunque era ínfimo. El esfuerzo que ponía en su día a día no parecía llevarlo a ninguna parte y su vida seguía girando en la misma dirección. Se estaba desgarrando la garganta practicando su canción al tiempo que iba ajustando la melodía. Iba corto de tiempo para terminar de componer la pieza con la que asistiría a la nueva audición. Todo lo que necesitaba era un ritmo pegadizo, y sabía que, si trabajaba en ella un poco más, conseguiría algo que le gustara. Pasaba las noches en vela dándole vueltas hasta que se hacía de día. Sentía molestias en los ojos por no dormir, además de hambre. No tenía nada para comer en casa y, aunque había una tienda de conveniencia a cinco minutos de su casa, no le agradaba ir en hora pico, pues allí se encontraría entre gente que iba de camino al trabajo, mientras que él sería el único con aspecto de estar desempleado.

Dejó de mirar abstraído al vacío y se enfocó en aguzar el oído para captar los sonidos del exterior. Probó a golpear las teclas tomando como inspiración los pasos o las voces de las personas que pasaban,

seleccionando las notas que más se asemejaban a tales sonidos. Incluso intentó tejer una melodía basada en la voz de un transeúnte al teléfono. Deseaba reflejar la anticipación que sentiría un oficinista por el fin de semana venidero o la holgura económica de un asalariado, pero no tuvo éxito en transmitir lo que quería, pues no era capaz de imitar un feliz fin de semana que a él no le aguardaba.

Para dedicarse a lo que quería, había tenido que optar por renunciar a algo. Lo que acabó descartando fue la vida ordinaria típica de los de su edad. Sin embargo, a lo que no estaba dispuesto a renunciar era a convertirse en cantante. Aspirar a serlo formaba ya parte de él. No podía imaginarse a sí mismo sin querer alcanzar ese sueño, con lo cual, siguió intentando aceptarse tal y como era.

Continuó trabajando en aquella estrecha habitación con un software de audio de alta gama que no era compatible en absoluto con la vieja computadora, cuyos zumbidos parecían anunciar que estallaría en cualquier momento. La frustración le hizo cerrar todos los programas en los que estaba trabajando; entró a un portal de búsqueda y tecleó lo primero que se le vino a la mente:

Qué hacer cuando me ofusco.
Qué hacer cuando siento que no soy nada.
Qué hacer cuando tengo sueños, pero me falta el talento.

Encontró preguntas similares, pero no obtuvo las respuestas que quería:

¿Es necesario triunfar como sea?
¿Acaso no es ya un triunfo el esfuerzo en sí que se ha venido haciendo?

Eso no era lo que deseaba oír.

Volvió a realizar otra búsqueda, esta vez introduciendo la palabra “inspiración”, como anhelando atraer dicho fenómeno.

“Inspiración: estímulo o lucidez repentina que impulsa la creación de algo”.

A pesar de que era justo lo que deseaba, todavía no había logrado tenerla.

Sabía que nunca encontraría la inspiración buscando en internet, pero en esos momentos se agarraba a un clavo ardiendo. Decidió

concretar algo más su búsqueda:

Cómo inspirarse.

Apareció una cantidad innumerable de videos y artículos.

Esforzándose para no quedarse dormido, deslizó el cursor hacia abajo hasta que, de pronto, fijó los ojos en una página en particular.

GENIOS QUE FUERON INSPIRADOS POR UN SUEÑO

Según la autobiografía de Paul McCartney y los Beatles, McCartney escribió *Yesterday* en un sueño. Al despertar, fue corriendo a sentarse a su piano y tocó las notas antes de olvidarlas. Se apoderó de él la preocupación de haberle escuchado esa canción a otra persona y que simplemente se le hubiera quedado grabada en el inconsciente para resurgir más tarde.

"Me pasé un mes yendo a ver a gente dedicada a la música para preguntarles si habían oído antes esta canción. Como si fuera un objeto perdido, me sentía obligado a regresarlo a la policía, pero al ver que nadie lo había reclamado durante varias semanas, decidí hacerlo mío".

Así fue cómo se creó una canción tan inmortal como *Yesterday*, de un sueño que tuvo Paul McCartney […].

En la misma línea, también es famosa la teoría del químico alemán Kekulé sobre el anillo bencénico. Se cuenta que dio con la estructura del benceno al soñar con una serpiente que se mordía la cola. Se apartó así de la creencia existente de que las moléculas son líneas rectas y descubrió la forma anular […].

Al hombre empezó a vencerle el sueño. Cuanto más intentaba concentrarse en las letras, más le pesaban los párpados.

Al final, se quedó dormido sobre el escritorio; hasta entonces no hizo más que pensar en la melodía del estribillo. Con la mente llena de todas las líneas melódicas que se le habían ocurrido, se entregó al sueño, aturdido por aquel revoltijo de notas.



Los empleados de la Galería de los Sueños hacían fila en la recepción con los cheques de regalo que habían recibido de Dallergut en la fiesta de Fin de Año, los cuales eran canjeables por uno de los productos vendidos en la tienda.

—Piensen en lo que van a comprar mientras están en la fila, pues deben terminar el intercambio antes de la hora del almuerzo. Espero que la conciencia de cada uno les haga abstenerse de comprar los

sueños de precios más desorbitados. Ya saben, son empleados de esta tienda —indicó Weather a sus compañeros.

—¿Qué debería comprar? —preguntó Penny, esperando su turno junto a los demás.

—Te daré un consejo estupendo: si no tienes ni idea de por qué producto canjearlo, elige lo mismo que Motail —le respondió Mog Berry señalando al chico, que estaba justo delante de ella.

Ya llegando casi enfrente de la recepción, él y Speedo estaban peleándose por el sitio.

—Speedo, yo llegué primero.

—Lo que más detesto en este mundo es tener que esperar. Deberías hacerte de la vista gorda y dejarme pasar.

—Deja de insistir y guarda turno detrás —le dijo Motail, no dispuesto a ceder.

Por su parte, Speedo no dejaba de empujarlo con todo su cuerpo.

—Otra vez andan esos dos disputando. Pero ¿por qué me aconseja que compre lo mismo que Motail? —preguntó Penny nuevamente a Mog Berry.

—¿No te intriga cómo fue que ellos obtuvieron un puesto de trabajo acá?

—Ah, supongo que Speedo lo consiguió porque es muy rápido haciendo las tareas. Oí que no hay nadie mejor para organizar la mercancía para siestas con tanta presteza.

Antes de escuchar eso, Penny no entendía cómo Speedo podía estar a cargo de la cuarta planta, pero una vez que observó de cerca cómo trabajaba, quedó totalmente convencida. El encargado lograba terminar todas sus obligaciones, por muchas que tuviera, antes de que acabara la jornada. En su vocabulario no tenía cabida el término *horas extra*.

—¿Y qué hay de Motail?

—Pues… tiene buena labia para vender, ¿no? Creo que es un comerciante nato.

—Eso no lo es todo. Seguro que son más los productos que se lleva a escondidas que los que consigue vender. ¿Piensas que Dallergut no lo sabe?

—Entonces, ¿por qué se lo pasa por alto y deja que siga trabajando acá?

—Precisamente por eso. Los sueños de los que se apropia acaban siendo un éxito. Tiene talento para encontrar tesoros ocultos. El año pasado canjeó el cheque por un sueño de un creador nuevo que no era

conocido. Los demás se burlaron de él diciéndole que lo había desperdiciado, pero al final resultó ser que se llevó un bombazo de artículo.

Cuando le llegó el turno a la chica, ésta pidió a Weather que le diera el mismo sueño que había elegido Motail.

—Qué mal, Penny, ya no queda ninguno —le respondió Weather con lástima—. Me pregunto por qué todos quieren el que se llevó Motail.

—Vaya… Por cierto, ¿qué sueño fue el que escogió? Estoy intrigada.

—Se llama *El elevador fantástico* y, al parecer, si te imaginas bien los lugares a donde te gustaría ir antes de que se abran las puertas del elevador, te lleva a ellos en cada planta. Para alguien que tenga buena concentración es una ganga, pues puedes visitar varios sitios dentro de un mismo sueño.

—Ay, me lo perdí. A la gente que se le da bien los sueños lúcidos le encantará. Yo le voy a pedir el de *Encontrarse con un famoso*.

Penny ya estaba de buen humor pensando en quedarse durmiendo hasta tarde teniendo aquel sueño.

—¡Bueno, ya están todos! ¡Prepárense para el trabajo de la tarde! —anunció Weather en voz alta, haciendo que los empleados se dispersaran para regresar a sus plantas.

—Penny, ¿te importa quedarte a cargo de la recepción? Debo ir al banco un momento por un encargo de Dallergut.

—¡Claro! —respondió la chica, llena de confianza.

Al cabo de media hora, Penny estaba sudando a mares, pues un cliente la estaba importunando. Le decía que después de haber recorrido todo el edificio, no había encontrado ningún producto que mereciera la pena. Sin dejarla tranquila un momento, la estaba acaparando por completo. Para colmo, el asunto por el que Weather salió parecía estar llevándole más tiempo de lo habitual.

Además, Dallergut también se encontraba fuera para reunirse con un creador, con lo cual la chica se estaba enfrentando sola a la mayor complicación desde que entró a trabajar en la Galería.

—Señor, no tenemos ningún sueño de ese tipo.

—No sea así y consígame el *Sueño inspirador*. De verdad que lo necesito —le suplicaba el hombre de aspecto demacrado.

Se le veía desnutrido, con la piel áspera y el pelo descuidado. Parecía que lo único que le mantenía en pie era una mirada anhelante

por conseguir algo.

—Le digo que vine tras leer historias como la de los Beatles y el anillo de benceno de Kekulé. Se cuenta que ellos obtuvieron la inspiración en sus sueños, ¿no puede venderme un sueño de ésos? ¿Es porque valen muy caros?

—No entiendo lo que quiere decir con eso de los Beatles y el benceno. Además, dado que los pagos se reciben *a posteriori*, el precio nunca es razón para que no le vendamos algún sueño a los clientes. No se confunda, señor.

Penny hojeó todos los catálogos que pudo encontrar en la tienda, pero en ninguno de ellos figuraba tal sueño inspirador. "¿Será uno del que no estoy enterada yo?", pensó, telefoneando a continuación a los números de extensión de cada planta para que acudieran a la recepción los respectivos encargados.

—He trabajado toda mi vida como vendedor y le puedo asegurar que no existe tal sueño. Me conozco todos y cada uno de los productos en el mercado. ¿Paul McCartney? Es posible que alguna vez nos visitara aunque no me acuerde. Lo cierto es que casi nunca me he parado a hablar con clientes, pero sí que estoy seguro de una cosa: no se puede encontrar un sueño así en ninguna tienda —corroboró con firmeza Vigo Mayers.

—Pero, señor, se ve muy pálido —dijo Mog Berry preocupada.

—¿Cuánto tiempo lleva sin dormir? —se apresuró a preguntarle Speedo.

—Pues unas cuarenta horas; diría más bien que fueron cuarenta y ocho.

Al decirles eso, todos soltaron un suspiro al unísono y le aconsejaron que empezara por irse a dormir para reponerse del cansancio, a lo que el hombre respondió con una expresión desesperada, como si le hubieran arrebatado su última esperanza.

—¿Ocurrió algo? Veo que todos vinieron a la primera planta —dijo Dallergut justo al regresar a la tienda.

—Pues, verá…

Tras explicarle Penny el problema, Dallergut se quedó pensativo durante unos momentos y luego echó un vistazo a la cara del cliente. El rostro del hombre se iluminó con una renovada esperanza, una vez que Dallergut, a quien consideraba una figura muy ilustre, oyó sus preocupaciones. El propietario le pasó algo que tenía en la mano.

—Quizás esto le ayude. Tómeselo antes de salir de la tienda.

—¿Esto me va a proporcionar de inmediato la inspiración? —

preguntó el cliente entusiasmado.

—No lo sé. Depende de la ocasión.

El hombre lo aceptó de buena gana y, acto seguido, abandonó el establecimiento agarrando en su mano aquello como si temiera que se lo fueran a robar.



Cuando él se despertó después de un profundo sueño, se dio cuenta de que había dormido hasta bien entrada la tarde. Se levantó con dolor de cuello por haber pasado tanto tiempo en aquella incómoda postura. Sin embargo, notaba que su mente estaba mucho más despejada y las líneas melódicas que ahora llegaban raudamente a su cabeza parecían encontrar cada una su lugar. Aunque no sabía de dónde surgía aquella melodía, se puso a traspasar esas notas al teclado.

"¿Acaso es una melodía que conozco? ¿O quizá la escuché en sueños mientras dormía?" se preguntaba a sí mismo dudoso. "De todas formas, será mejor que me apresure a transferirla al programa antes de que se me olvide".

Consiguió completar la canción conforme iba rellenando los tramos que le faltaban.

No sabía cómo había logrado romper con los impedimentos que antes lo retenían, pero por fin había alcanzado a componer la pieza que tanto ansiaba obtener.

Estaba enormemente satisfecho con la canción que le había salido y se sentía impaciente por hacérsela oír a otras personas. La audición que le aguardaba al día siguiente sería la primera actuación en la que otros escucharían por primera vez su pieza.



El hombre visitó una vez más la Galería para encontrarse con Dallergut un tiempo después de aquello.

—Tuvo buena acogida entre el personal de la agencia. Más que nada, me siento realmente satisfecho. Fui yo quien escribió la letra y, aunque me da un poco de pudor reconocerlo, trata sobre mí —dijo el cliente, con un rostro lleno de vitalidad—. Voy a grabar la canción justo esta semana. Quería darle las gracias por el sueño, fue verdaderamente extraordinario, pues le encontró solución a algo que

me tenía muy enredado. Me siento en deuda con usted —añadió, dándole un apretón de manos a Dallergut.

—No necesita darme las gracias a mí, señor.

—¿No? Entonces, ¿a quién…?

—Debería dárselas a sí mismo.

—¿Cómo dice?

—Lo que le di fue simplemente un caramelo-somnífero para que durmiera bien.

—¿De veras?

—La palabra *inspiración* es de lo más conveniente, ¿no lo cree? Es como si una cosa excepcional surgiera de la nada en cuestión de un solo instante. Sin embargo, al fin y al cabo, es algo que surge en la medida en que se ha invertido tiempo en ello y lo que se ha invertido pensando en ello. La diferencia está en si uno le pone empeño o no hasta dar con la respuesta. Usted la ha encontrado nada más y nada menos porque perseveró en su misión.

—¿Eso significa que sí tengo talento? ¿Cree que me va a ir bien de ahora en adelante?

—Es usted quien mejor sabe si está dotado de talento o no. Yo soy totalmente inexperto en el campo de la música. Lo único que puedo decirle es que debe dormir en función a lo que trabaja. Si quiere dedicarse a la composición, deberá saber que un buen descanso ayuda a tener la mente clara.

—Ya veo. De todos modos, gracias, gracias por todo —reiteró el cliente.

Aunque algo abrumado por su insistencia, Dallergut lo miraba igualmente satisfecho por haber conseguido ayudarle. Entonces fue cuando pareció habérsele ocurrido de repente una gran idea.

—Por cierto, ¿qué le parecería colaborar en la creación de un sueño con su historia como muestra de su agradecimiento?

—¿Con mi historia? ¿Y para qué se usaría?

—Lo cierto es que una creadora cercana a mí y yo estamos trabajando en una línea de productos nueva y justo nos hacen falta historias de muestra. Se lo digo porque necesitaríamos su consentimiento para incluirla. Por supuesto, si no quiere, no está obligado a aceptar.

—¿De qué sueño se trataría el nuevo artículo?

—Todavía no hemos decidido el nombre definitivo del producto, pero provisionalmente se llama *Otra vida*. Estamos planeando lanzar primero una versión de prueba. Dado que la creación la lleva a cabo

una profesional muy virtuosa, yo también tengo grandes esperanzas de que este sueño será todo un triunfo.

—¡Suena bastante interesante! ¡Si les ayuda mi historia, no duden en usarla!

—¿Nos da permiso entonces?

—Por supuesto. Qué curioso es esto de los sueños; y todavía más, que he logrado realizar mi sueño a través de un sueño, jaja —dijo riéndose por el juego de palabras que había hecho.

El hombre se veía mucho más repuesto y relajado que en su anterior visita. Penny pensó que era gracias a que estaba durmiendo bien.

Después de revisar la tienda durante un buen rato, compró dos sueños cortos que le llamaron la atención y se marchó.

—Me parece que ese señor se va a hacer asiduo de la Galería. Quizá deberíamos ir pidiendo que nos traigan un medidor de párpados para él —comentó Penny, viéndolo abandonar el lugar.

—Tienes razón, Penny. Díselo a Weather; ella te informará acerca de la empresa de manufacturación donde lo puedes encargar —dijo Dallergut.

—De acuerdo. Me ocuparé de ello enseguida.

—Y otra cosa más. ¿Puedes ponerte en contacto con Yasnooz Otra? Comunícale que ya puede empezar a elaborar la línea de productos de la que hablamos anteriormente. Si le dices que hemos conseguido la muestra que esperaba, se pondrá contentísima.

8. El producto de prueba *Otra vida*



Penny se encontraba de improviso en un vecindario de mansiones y casas lujosas en las afueras de la ciudad.

"Yasnooz Otra terminó de crear la versión de prueba de su nuevo sueño. Ve a traerlo y aprovecha para airearte un poco", le había dicho Dallergut.

Penny estaba sentada en el salón de una gran mansión. Los focos empotrados en el altísimo techo le proporcionaban a la estancia una iluminación suave. A través del enorme ventanal, se contemplaba el jardín y se divisaban varias esculturas abstractas, de las que colgaban plantas trepadoras que les daban un aspecto de lo más elegante.

A cada soplo de viento, las delgadas cortinas a rayas de color azul marino y los vaporosos visillos se entrelazaban en el aire. Seguramente habría un difusor de aromas que proporcionaba serenidad, porque se respiraba un ambiente de mesura y madurez en toda la casa. Sin lugar a dudas, la residencia era un fiel reflejo de la distinción que destilaba Otra. Penny se sintió abrumada de sólo pensar en los años que le llevaría comprar una mansión semejante con su sueldo.

Otra parecía encontrarse en la planta superior ocupada en otro asunto, pues sólo se veía a las personas que trabajaban en la mansión moviéndose afanosamente de un lado a otro. Como pidiéndole disculpas por la espera, le sirvieron un refresco de uvas verdes, una tartaleta de huevos casera y una croqueta de verduras bien rellena.

Los empleados eran tan elegantes como la dueña de la casa. Con sus piernas y brazos largos y delgados, se movían como modelos por la residencia, embutidos en uniformes incómodos. Penny tuvo la sensación de que se había puesto ropas demasiado holgadas para la ocasión, por lo que se remetió la blusa en la falda.

Justo cuando empezaba a sospechar que Otra se había olvidado de

la razón de su presencia en esa casa, se asomó un muchacho de rostro aniñado por la barandilla del segundo piso.

—Ha venido de parte del señor Dallergut de la Galería de los Sueños, ¿verdad? Dice la señora Otra que suba a su despacho.

Le bastó un vistazo para darse cuenta de que había como una docena de habitaciones en la segunda planta. Siguiendo al chico, se dirigió a la estancia que estaba al fondo a la derecha, al final del pasillo. Pasó junto a ellos una mujer vestida con una camiseta de algodón blanca y unos pantalones cortos y anchos. Tenía todas las trazas de ser una clienta y parecía que acababa de salir del despacho de Otra.

—¿Es una clienta de la señora?

—Sí, la señora Otra se encuentra con sus clientes en la casa. Es porque la mayoría de los sueños que crea son encargos personales. Hoy es la tercera reunión que tuvo con esa clienta y seguramente tendrá que verla un par de veces más para ir precisando los detalles. Al parecer, la reunión de hoy se ha alargado más de la cuenta. Normalmente la señora suele ser muy cuidadosa con el tiempo.

El muchacho se paró delante de una puerta en donde colgaba un retrato de la dueña de la casa y tocó dos veces muy brevemente. La fotografía en blanco y negro mostraba a Otra de perfil y con los ojos cerrados.

—Éste es su despacho. Entre, por favor.

Penny dio las gracias y entró en la estancia. La esperaba Otra, que lucía cabellos mucho más cortos que cuando la había visto en la Asamblea General de Creadores.

—Pase. Mis disculpas por hacerla esperar.

—¿Cómo le va? Soy Penny y me envía el señor Dallergut de la Galería de los Sueños. No pasa nada, no he esperado mucho.

—Ah, nos conocimos en la casa de Nicolás. Ya me acuerdo.

Otra estaba vestida con una blusa de mangas llamativas y unos pantalones de cintura alta. Detrás de ella se veía su taller, lleno de libros, papeles y fotografías. Como un set de película, presentaba un aspecto de desorden bien estudiado: desde una estantería llena de revistas de moda hasta un exhibidor como el que se encontraría en cualquier tienda. Penny sintió curiosidad de ver los sueños que se exponían en ese mueble.

Otra se sentó delante de la ventana con las piernas cruzadas y Penny tomó asiento en el sofá de enfrente. A continuación, la dueña de casa empezó a servir un café bien cargado, lo que hizo que el

intenso aroma se difundiera por toda la habitación.

—¿Quieres café, Penny?

—No, gracias. Ya me sirvieron de todo en el salón.

—Me alegro. Yo sí me voy a tomar una taza porque me siento bastante cansada. Es que he tenido tres reuniones desde la mañana.

—Ah sí, he visto a la señora que salía de su despacho. Me dijeron que ya estuvo varias veces.

—Así es. La mayoría de mis clientes son personas que reniegan de su vida y esa señora no es una excepción. Malgasta su tiempo comparando su existencia con la de los demás, y lo peor de todo es que no es capaz de dejar de lado ese afán inútil —se quejó Otra, peinando sus cabellos cortos con sus largos dedos—. Voy a necesitar varias entrevistas más antes de entregarme a la fabricación de su sueño, pues todavía no sabe lo que quiere realmente. La verdad es que no estoy muy segura aún de cómo podré ayudarla —luego de tomar un sorbo de café, dijo—: Cambiando de tema, ¿no te costó venir hasta aquí?

—En absoluto. Gracias a que tuvo la amabilidad de enviarme un coche, llegué con total comodidad. Se lo agradezco.

Aun en medio de la conversación, Penny no dejaba de lanzarle rápidos vistazos al exhibidor, que tenía unas puertas muy gruesas. Decorado con profusos adornos de estilo rococó, contaba con un termómetro digital que desentonaba con el estilo de mueble. Debía tener dentro un ventilador que hacía circular el aire, pues se oía un sonido sordo de motor. Sin duda alguna, el exhibidor debía guardar sueños muy valiosos.

—Es muy ruidoso, ¿verdad? ¿Te gustaría verlo?

—¿Puedo? Me encantaría.

—Claro que sí.

Otra se levantó de su asiento y se dirigió hacia allí. Los sueños estaban muy bien empaquetados. Algunos estaban dentro de cajas muy grandes y sellados con gruesos candados. Penny había oído que Yasnooz Otra tenía la afición de coleccionar sueños valiosos y que eso le gustaba tanto como comprarse ropa elegante.

—Estos sueños que ves aquí los he conseguido con mucha dificultad, ya sea adquiriéndolos por mi cuenta o en subastas —Otra abrió el exhibidor y sacó una caja cerrada con candado—. Éste tiene treinta años. Lo creó mi maestro, que ya ha fallecido.

—¿No se puede estropear por el paso del tiempo?

—No lo creo. Nunca se han deteriorado los sueños de mi maestro.

Además, me ocupo de conservarlos bien.

—¿Qué clase de sueños hacía él?

Penny estaba embargada de emoción por estar conversando con una de los legendarios creadores de sueños, pero se esforzaba por no demostrarlo para no parecer impertinente.

—Como yo, mi maestro también fabricaba sueños que hacían vivir otras vidas. Era realmente una eminencia. Siempre decía que los sueños debían tener alma. Por mucho que me esfuerce, no creo que pueda estar jamás a su altura.

—¡Pero si usted es una de los creadores legendarios! Seguro que su maestro estaría orgulloso de usted.

—Lo de legendarios es un calificativo que inventaron los de la Asociación de Creadores para vender mejor los productos —repuso Otra con modestia—. ¿Quieres saber cuán largo es este sueño de mi maestro?

—¿Cuánto dura?

—Pues nada menos que setenta años. ¡Setenta! ¿Lo puedes creer? Antes de fallecer, puso toda su vida en este sueño y me lo dejó en herencia. De tanto en tanto, cuando echo terriblemente de menos a mi maestro, siento el impulso de abrirlo y soñarlo. Entonces podría revivir el instante en que lo conocí o incluso podría atisbar la sabiduría con la que hizo sus sueños más grandiosos.

—¿Y por qué no lo hace?

—Pues porque desaparecería una vez que lo soñase. De momento, me conformo con tenerlo bien guardado en este mueble. Este otro sueño que ves abajo lo conseguí a duras penas en una subasta. Es la obra con la que debutó Nicolás cuando era muy joven. Seguro que él no se imagina que yo la tengo. Sería bueno que te interesaras en las subastas. Como inversión, es mucho más rentable que comprar obras de arte. Bueno, ¿empezamos a trabajar?

Otra se dirigió al escritorio y sacó una pequeña caja del fondo de uno de los cajones. Luego ella y Penny se sentaron de nuevo cara a cara en sus respectivos sofás.

—Es una versión de prueba que hice con base en el modelo que me mandaron. Tal como sugirió Dallergut, me gustaría que se llamara *Otra vida*. Me encanta ese nombre.

—¿Para qué tipo de clientes sería? Es que Dallergut nunca me explica nada con antelación —comentó Penny con timidez.

—Puede que sea una anticuada, pero la gente de hoy en día se compara en exceso con los demás. Casi es obsesivo, diría yo. Claro que

en cierto modo es comprensible… —dijo Otra, encogiéndose de hombros—. De todos modos, no es beneficioso porque no les permite concentrarse en sus vidas. Este sueño sirve justamente para ayudar a esas personas —explicó, empujando la cajita hacia Penny.

—Lleva su firma. Seguro que se convertirá en un artículo muy popular.

—No lo creo. Puede que nadie lo quiera comprar y sea un rotundo fracaso. La verdad es que tengo mucha curiosidad por saber cómo piensa Dallergut vender este sueño. De hecho, mis sueños no son nada populares —repuso Otra con modestia.

—¡Imposible! Seguro que se vende como pan caliente.

—No te creas. El año pasado hice el sueño *Un mes en los zapatos de la persona a quien hostigué*. Fue bien recibido por la crítica, pero se vendió muy poco. Si lo piensas, ¿quién querría estar en la piel de alguien que fue objeto de acoso y abusos? Debería haberle puesto un título más ambiguo —comentó Otra, con una carcajada—. Mis creaciones no se venden sin publicidad, por eso es que invierto tanto dinero en comerciales de televisión y anuncios en lugares públicos. Si pudiera ahorrarme ese gasto, habría cambiado las cortinas de mi despacho hace rato. En fin, como esta vez no hemos hecho nada de publicidad… el papel que cumplan tú y Dallergut será crucial.

—¡No se preocupe, confíe en mí! —respondió Penny con énfasis, pues sentía que acababan de encargarle la misión más importante desde que entró a trabajar en la Galería.

—Gracias, querida —dijo Otra, riéndose.

—Ah, voy a rotular la caja para que no se mezcle con las demás.

Penny sacó un marcador y escribió con letra clara:

“OTRA VIDA” (VERSIÓN DE PRUEBA) – YASNOOZ OTRA”.

Como un agente secreto al que le han encargado una misión importante, guardó la cajita en lo más hondo de su bolso con expresión resuelta, salió de la mansión y se dirigió a la Galería de los Sueños sin perder tiempo.



Después de levantarse tarde y desganado ese domingo, comió algo y puso a lavar la ropa sucia, lo que le ocupó buena parte de la tarde.

Luego se tendió en el sofá a ver la repetición de un programa. Cada semana invitaban a tres cantantes o grupos, los entrevistaban y luego los artistas ofrecían un pequeño concierto. El último artista de ese día era un cantante al que escuchaba últimamente con asiduidad, así que se alegró mucho de verlo en la televisión.

"—En estos días los músicos están dispuestos a hacer fila para poder trabajar con este artista —empezó a decir el presentador—. Por supuesto, yo soy uno de ellos, así que pienso conseguir su número de teléfono al término del programa —remató en tono de broma, para de inmediato llamar al cantante al escenario—: ¡Aquí tenemos con nosotros a Park Dohyeon, en el primer puesto del *ranking* musical desde hace dos meses! ¡Recibámoslo con un aplauso, por favor!".

Había tenido la oportunidad de ver al cantante hace un tiempo. Todas las mañanas cuando iba al trabajo, pasaba por delante de una casa de vecindad que estaba en ruinas. El cantante había vivido allí mucho tiempo y ese día se mudaba a otro sitio, por lo que se había reunido muchísima gente del barrio para despedirlo. Él era uno más en esa muchedumbre y se sentía emocionado por haber vivido tan cerca de un famoso.

"—Últimamente está muy ocupado, ¿verdad?

"—Sí, la verdad que sí, pero no me quejo.

"—¿Es consciente de lo popular que es?

"—No del todo. No es para tanto, me parece".

El cantante se veía muy sonriente en la pantalla.

"—Me figuro que su vida cambió mucho en estos últimos meses. ¿Qué me puede decir al respecto? ¿Se imaginó que su primera canción tendría semejante éxito?

"—Sí, ha sido un cambio radical. Es que he sido un desconocido durante mucho tiempo. Por supuesto que no imaginé que me iría tan bien con esa canción. Eso sí, me quedé muy contento con el resultado cuando terminé de componerla. Creo que eso es lo más importante.

"—Me imagino que lo llama muchísima gente.

"—Sí, no me acostumbro todavía. La verdad es que me parece un sueño estar en este programa. No me lo pierdo nunca y, siempre que lo veía, pensaba que me gustaría cantar sobre un escenario, aunque no fuera tan grande como éste".

Al mismo tiempo que miraba la televisión, el hombre se decía para sus adentros: "¡Qué feliz debe ser ese cantante con la vida tan espléndida que tiene!".

En los últimos tiempos le parecía que su vida era un tedio. Tenía novia y se estaba forjando una posición en el trabajo, pero el despertarse y salir a trabajar todos los días, el ir siempre al mismo lugar, el ver a las mismas personas, el hablar de lo mismo durante los almuerzos, el volver a casa alegrándose de no tener que hacer horas extra, en fin, el que las semanas se sucedieran todas siempre iguales, no era para él más que una tortura soportable.

"Ese cantante debe estar conociendo todos los días a personas nuevas y disfrutando de experiencias novedosas. Lo reconocen y lo aman cientos de miles de personas. ¡Qué feliz debe ser! Seguro que gana millones con los derechos de autor de sus canciones", se decía.

Cada vez que veía a alguien famoso en los medios de comunicación, se fijaba mucho en la edad que tenía y en su trayectoria. Si era mayor que él, se tranquilizaba; pero si era menor o tenía la misma edad que la suya, se inquietaba: "Nació más o menos en la misma época que yo, ¿cómo puede tener una vida tan diferente a la mía?".

En realidad, no se podía decir que tuviera grandes quejas sobre su vida. Simplemente, lamentaba que no fuera más especial. Cuando escuchaba decir que algunos nacían con una estrella singular o que estaban predestinados a brillar, se entristecía al pensar que él no había sido elegido por la fortuna.

Al removerse en el sofá con éstos y otros pensamientos, empezó a tener ganas de dormir. "¿Cómo es posible que ya tenga sueño con lo tarde que me he levantado hoy? Debe ser cierto eso de que cuanto más duermes, más sueño tienes…", pensó y cayó en los brazos de Morfeo sin darse cuenta, con la televisión encendida.



Se encontraba en la cuarta planta de la Galería eligiendo un sueño para la siesta, pero el empleado que le pisaba los talones no lo dejaba decidirse libremente.

—Tenemos una gran escasez de productos para la siesta. Además, últimamente hay mucha más gente que duerme un rato por las tardes y, para colmo, hoy es domingo. En estas circunstancias, es difícil elegir lo que uno quiere soñar y hay que conformarse con los sueños que han quedado. Y será mejor que se decida pronto, pues se agotarán en poco tiempo —lo apremiaba un empleado de pelo largo y vestido con overol de trabajo.

Con la intención de evitar al molesto dependiente, quien no era otro que Speedo, el hombre se acercó a la vitrina de los Sueños de Viajes Cortos que Rompen la Rutina, pero era evidente que los productos más atractivos ya se habían vendido.

—Señor, ¿qué le parece éste? En lo personal, a mí me encanta —le preguntó Speedo, poniéndose de nuevo a su lado. Sostenía en la mano el sueño *Ir volando al lugar de trabajo*.

—La verdad es que no me apetece mucho salir a trabajar un domingo —objetó el hombre, pues le había gustado lo de volar, pero no lo de ir al trabajo.

—¿No le gusta? ¡Pero si podría llegar en tres minutos sin sufrir ningún embotellamiento! —exclamó Speedo con sorpresa, como si no pudiera comprenderlo.

—Porque llegue pronto, no me van a dejar ir antes, así que no creo que me haga sentir mejor… —repuso él.

—Ése no es el punto. Lo importante es poder hacer algo con rapidez, sea llegar pronto al trabajo o cualquier otra cosa. Veo que no sabe lo que es bueno.

—Me parece que no voy a querer ningún sueño. Sólo deseo descansar bien.

No tenía ganas de seguir discutiendo, así que le dio la espalda a Speedo, que se le quedó mirando con frustración, y tomó el ascensor con la intención de bajar a la primera planta y marcharse de la tienda.

—Señor, ¿me permite preguntarle la duración del sueño que está buscando? —le preguntó Dallergut, interceptándolo en el vestíbulo.

—Sólo me he dormido por un rato, así que no más de quince minutos.

—Quince minutos… Es razonable. Desea un sueño especial, me imagino.

—¿Cómo lo supo? La verdad es que estoy harto de la monotonía de la vida diaria. No hay nada especial en mi vida, es siempre igual —se quejó, contento de que alguien lo escuchara.

—¿Qué le parece este producto de prueba? Se llama *Otra vida*. Lo diseñó Yasnooz Otra y permite controlar el tiempo. Aunque el sueño sólo dure quince minutos, la experiencia será mucho más larga y especial —explicó Dallergut con énfasis—. Y como se trata de una versión de prueba, sólo le cobraremos la mitad de su valor.

—¿Se llama *Otra vida*? ¡Qué título más interesante! ¿Qué tipo de vida es? ¿A quién pertenece?

—Se enterará cuando lo sueñe, pero es sobre un cantante que se

hace famoso de la noche a la mañana. Seguro que usted lo conoce.

—Si es quien me imagino, justo me quedé dormido mientras veía un programa en la televisión en el que salía él. ¡Qué casualidad!

—Bueno, quizá no sea una casualidad… —le respondió Dallergut, con expresión elocuente.



El protagonista del sueño vivía en un pequeño cuarto, estaba cansado por la falta de sueño y le dolía la cabeza como si le fuera a estallar porque estaba tratando de crear una nueva canción. La estrechez del espacio, el continuo runrún de la vieja computadora que a duras penas aguantaba el pesado programa de composición musical, todo lo agobiaba tanto que apagó el aparato.

Eran tantas las carencias que sufría en la vida diaria que hacía rato que había abandonado cualquier ambición de dinero o fama. Todo lo que deseaba era terminar de componer la canción y sentirse satisfecho con el resultado.

El protagonista del sueño abría hasta el mosquitero de la ventana para poder aspirar el aire de la mañana y se frotaba con fuerza los ojos soñolientos para despertarse.

La gente que residía en el enorme complejo de apartamentos de las inmediaciones pasaba por la esquina del callejón donde vivía para tomar el metro e ir a trabajar.

"Sí, estoy yendo a la oficina. ¿Quieres que nos veamos después? Hay que disfrutar que es viernes", decía uno de ellos hablando por el celular. Era él mismo, pero el protagonista del sueño no lo sabía. Todos los días eran iguales y se sentía frustrado porque no podía llevar una existencia decente como los demás, porque tenía que evitar a los amigos que le preguntaban qué era de su vida y porque se sentía culpable de no estar a la altura de lo que se esperaba de él en su familia.

De este modo pasaron exactamente dos semanas en el sueño.



Cuando se despertó del sueño, descubrió que se había quedado dormido sólo por un momento, pues el programa musical que estaba viendo en la televisión todavía no había terminado. Antes de cantar la

última canción, el cantante dijo:

“—Este tema refleja lo que sentí durante los ocho años que viví como un artista desconocido. Aparentaba estar bien cuando me encontraba con la gente, pero cuando volvía a casa, me abrumaban toda clase de sentimientos negativos. Cuando me acuerdo de entonces, me pregunto cómo pude soportar todo aquello”.

“¿Nada menos que ocho años?” Volvió a revivir el sufrimiento que había pasado en los apenas quince días del sueño. Se dio cuenta de que no tenía la menor idea de la profundidad del abismo en el que había vivido el cantante durante ocho años.

Todo el mundo va en la misma dirección,
pero yo, a contracorriente, voy a la tienda de conveniencia.

Así empezó a cantar el cantante con voz sosegada. Todavía recordaba con nitidez la expresión de su rostro en el sueño. Cosa extraña, esa expresión se superponía a la cara del cantante en la televisión.

El sol del atardecer entraba a raudales por la ventana del salón y le deslumbró la vista. Quién sabe por qué, le pareció más intensa la luz del ocaso que la del amanecer.

Paseó los ojos por la casa, en la que todas las cosas brillaban de un modo especial por la luz crepuscular. Normalmente a esa hora de los domingos le invadía un sentimiento de pesadumbre y melancolía, pero hoy sentía algo diferente.



—¿Qué será del cliente que se llevó la versión de prueba del sueño de Otra? —se preguntaba Penny—. Todavía no hizo efectivo el valor del producto.

—Abrir los ojos lleva su tiempo… —respondió Dallergut, ordenando los catálogos apilados en el mostrador de información—. ¿Con qué sentimiento cree que nos pagará después de que sueñe con *Otra vida*? Cuando me fijo en la vida de los demás, me invade la envidia o el sentimiento de inferioridad, pero es cierto que a veces también me siento superior y también aliviada.

Penny pensaba en distintas circunstancias de su vida. Se acordó de los compañeros de estudios que consiguieron trabajo en grandes

tiendas antes que ella o que tenían la suerte de provenir de familias acomodadas. También se ruborizó de haber pensado alguna vez que estaba en mejor situación que los que trabajaban como estibadores en el puerto.

—Penny, en mi opinión, existen dos fórmulas para estar contento con la vida que tienes. La primera es hacer todo lo que esté a tu alcance para cambiar si algo no te satisface.

—Tiene razón —comentó la chica, asintiendo.

—La segunda fórmula parece más fácil, pero es más difícil que la primera. Además, aunque uno cambie su vida, al final tiene que cumplir la segunda fórmula para sentirse en paz con uno mismo.

—¿Y cuál es esa fórmula?

—Aceptar la vida que uno tiene tal como es y sentirse satisfecho con ella. Es fácil decirlo, pero es muy difícil de poner en práctica. Pero si lo logras, te das cuenta de que la felicidad está mucho más cerca de lo que crees —explicó Dallergut, con calma—. Yo tengo la esperanza de que nuestros clientes elijan la fórmula que mejor les vaya de ambas. Seguro que entonces nos pagarán con un sentimiento muy valioso.

—Puede que les lleve mucho tiempo entonces.

—Tengamos paciencia. Cuando llegue ese día, celebraremos el lanzamiento oficial de *Otra vida*.



9. El sueño enviado por un cliente anónimo



Los clientes que no paraban de entrar en oleadas a la Galería desaparecieron como por encanto y los empleados pudieron por fin tener un respiro. Los encargados de cada planta y algunos dependientes estaban en la sala de descanso de los empleados disfrutando de un té que la señora Weather había preparado.

—Es que el señor Dallergut nunca invierte dinero en la sala de descanso del personal ni en su despacho —se quejaba Speedo, sentado en el único sillón que había en el lugar. Hojeando el periódico del día, devoraba a la velocidad de la luz los bollos que Penny había ido a comprar en la pastelería de enfrente. El sillón estaba tan gastado y remendado por todas partes que poco quedaba del revestimiento original de cuero. Sobre su cabeza colgaba una vieja lámpara que había perdido más de la mitad de las cuentas de cristal y arrojaba sobre él una luz dorada, que intensificaba aún más el color amarillo de su overol de trabajo.

—Ay, me siento mejor ahora. Se me había bajado tanto el azúcar que me temblaban las manos —comentó Mog Berry, sentada en una silla con expresión de felicidad, masticando el último bocado de una porción de tarta de marrón glacé.

Speedo, por su parte, se comió hasta la crema grasienta que había quedado pegada en la caja. Cuando ya no quedó nada, se limpió la boca con una servilleta, se reclinó a todo lo largo en el sillón y se tapó la cara con el periódico abierto, como si no estuviera allí.

Penny, que estaba tomando café a su lado, se prometió para sus adentros que hoy no se ocuparía de limpiar los restos de la merienda. Aunque Speedo era siempre el que más comía de todos, nunca colaboraba en esa tarea. En cambio, Vigo Mayers, que estaba sentado

enfrente, ya estaba estirando la mano, como si quisiera doblar la caja vacía para tirarla.

—Por cierto, ¿Dallergut sigue en reunión con el cliente? —preguntó Weather, frunciendo el entrecejo, pues el popote era demasiado estrecho y no podía sorber el batido.

—Sí, hasta rehusó la tarta de marrón glacé, que es su favorita —le respondió Penny—. Es la primera vez que veo a esa clienta, pero parece que es muy importante.

—Ajá, debe ser alguien que desea utilizar el servicio de entrega de sueños —dijo Weather, tirando el popote y optando por tomarse el batido con una cuchara.

—¿El servicio de entrega de sueños? ¿También ofrecemos ese servicio?

—¡Vaya! Todavía te falta mucho por aprender, Penny —le respondió Speedo en lugar de la señora Weather—. Si un cliente encarga un sueño para dárselo a otro cliente, Dallergut se lo envía en la fecha estipulada.

—No sabía que también existía ese servicio.

—Y cuando el sueño a enviar está listo, lo guarda hasta la fecha en su despacho como si fuera un tesoro —agregó Speedo, sin quitar la vista del periódico que fingía leer.

—¡Ah, ya sé cuáles son! —exclamó Penny, acordándose de aquellas cajas que estaban en el despacho de su jefe—. Pero debe haber algún error. Algunas tenían una fecha de fabricación de hace más de diez años.

—No hay ningún error. Simplemente está esperando a que… ¡Oh, tengo que comprar esto! —exclamó Speedo, levantándose de un salto del sillón—. ¡Es la prenda de una sola pieza perfecta! Y se ve bastante holgada, además. Ya me estaba hartando de este overol. ¡Es lo que estaba buscando!

—¿Qué es? ¿Venden ropa a través de anuncios en el periódico? —preguntó Mayers.

—Miren lo que tiene puesto este modelo —dijo Speedo, desplegando el diario sobre la mesa.

Era una foto en blanco y negro y mostraba a un hombre de lejos, sentado sobre una roca. Tenía el pelo atado en una coleta y vestía una especie de túnica cruzada con mangas, de color azul marino.

—Con esto es mucho más fácil ir al baño. Me voy ahora mismo a encargar algo parecido. Señora Weather, ¿me deja usar un momento la computadora del mostrador?

—¡Pero si es Doze! Oye, Speedo, no puedes ponerte eso tal cual. Debes llevar el *hanbok* debajo. ¡No es para andar sólo con eso! —le advirtió Weather, pero Speedo ya había salido de la sala de descanso.

Penny tomó el diario que había dejado Speedo y comenzó a leer:

ENTREVISTA EN PROFUNDIDAD A LA CELEBRIDAD DEL MES: DOZE

Según la encuesta que realizó la revista *Cuestión de Interpretación*, acerca de los Cinco Creadores Legendarios, el más popular es Kick Slumber, pues nada menos que 32.9 por ciento de los sondeados eligió a este creador. Al parecer, influyó en buena medida la confesión romántica que hizo Slumber al agradecer el Grand Prix que le otorgaron en la Gala de Premios de fin de año.

Yasnooz Otra, Wawa Sleepland y Coco Siestadebebé ocuparon los puestos tercero, cuarto y quinto con un escaso margen de diferencia. El premio más inesperado fue el de segundo lugar que recibió Doze. Aunque este creador no ha hecho prácticamente ninguna aparición pública en los últimos diez años, su popularidad no ha menguado en absoluto. ¿Cuál será su secreto? Para averiguarlo, salimos en búsqueda de Doze, quien salió elegido como la celebridad de este mes a pesar de no dejarse ver nunca.

[…]

Doze se encuentra cultivando su espíritu en un sitio recóndito en las montañas y se ha negado terminantemente a acceder a la entrevista. Cuando le pedimos que nos dijera algunas palabras para comunicárselas a sus fans, lo único que manifestó fue: “Manténganse lo más alejados de mí” y desapareció detrás de una cascada.

—Ahora que me doy cuenta, hace un año que llevo trabajando aquí y nunca he visto a Doze —comentó Penny.

—Esperas demasiado, querida. Ni yo lo he visto —dijo Mayers.

—¿Será que Dallergut no trabaja con Doze?

—¡Imposible! Siempre que sale, lo hace para verse con Doze.

—¡No me diga! ¿En serio?

Justo en ese momento sonó el teléfono de la sala de descanso.

—¿Diga? Habla Penny de la primera planta —respondió la chica, atendiendo de inmediato.

—Ah, qué bien, Penny, eres tú. Llamé porque no te vi en el mostrador. ¿Terminó la hora del descanso?

—Sí, señor Dallergut. Recién terminamos. La tarta estaba riquísima. ¡Qué lástima que no pudo venir! Pero ¿para qué me necesita?

—Necesito que alguien me ayude en mi despacho. ¿Podrías venir?

—Sí, claro, ¡voy enseguida!

—Es evidente que Dallergut confía en ti, Penny. No suele pedir ayuda cuando está reunido con un cliente por el servicio de entrega. Ve y échale una mano —la animó la señora Weather—. Te doy una recomendación: no hables con el cliente sin necesidad. Hay que asegurarle la mayor comodidad.

En el despacho la esperaban Dallergut y una mujer de mediana edad con las mejillas hundidas que vestía un camisón blanco holgado. A diferencia de los camisones corrientes, que tenían un aspecto suave y abrigado, el suyo se veía demasiado ligero.

—Penny, gracias por venir. Siéntate ahí.

La chica se sentó al lado de la clienta. No se imaginaba lo que quería encargarle su jefe. La clienta estaba bebiendo el té que le había servido Dallergut, pero los dedos que sostenían la taza eran muy frágiles y delgados. Penny la miró con preocupación porque la clienta se veía demasiado delgada y fue entonces que cayó en la cuenta de que lo que tenía puesto no era un camisón sino una bata de paciente.

—Toma nota de todo lo que dice la señora. Temo dejar algo en el camino si lo hago yo solo —le dijo Dallergut, alcanzándole un bolígrafo y un cuaderno. A continuación, dirigiéndose a la clienta, le preguntó—: ¿Puede decirme quiénes serán los destinatarios? Revisé nuestro archivo y vi que todos los miembros de su familia son clientes de nuestra tienda. No va a haber ningún problema en hacerles llegar el sueño.

—Quisiera que lo reciban mi marido y mi hija.

—¿Y el resto de la familia? ¿No desea que lo reciban también los demás?

—Es que mis padres… Ahora que lo pienso, ellos también… —respondió la clienta, bebiendo otro sorbo de té. Luego se quedó mirando la pared con los labios muy apretados.

Penny se dio cuenta de pronto de que la mujer estaba conteniendo el llanto, pero como Dallergut no hacía nada para consolarla, ella también se quedó quieta. Si Dallergut no la calmaba, era seguro que había una buena razón. Penny se concentró únicamente en tomar notas de la conversación.

—¿Qué contenido desea que tenga? Puede elegir usted misma el escenario y las circunstancias. Lo puede ver en este folleto —dijo Dallergut, tendiéndole un folleto informativo con instrucciones para hacer el pedido.

—Me gustaría que el escenario fuese mi casa. Ah, mejor no. Eso sería demasiado… triste —dijo la clienta, visiblemente indecisa.

Penny no podía entender por qué consideraba que su casa sería un escenario muy triste, pero, acordándose del consejo de Weather, se abstuvo de decir algo para no incomodar a la mujer.

—Si me lo permite, podría recomendarle un lugar.

—Sí, por favor. Es la primera vez que hago esto y me cuesta decidirme. Jaja, ¡qué raro suena lo que he dicho!, ¿verdad? Nadie hace esto por segunda vez…

Dallergut abrió el folleto en la última página, donde se encontraban las fotografías de los escenarios: un amplio y espeso bosque, la torre de un castillo bajo el cielo nocturno estrellado, la Tierra vista desde el espacio sideral, etcétera. En su mayoría eran imágenes de la naturaleza. A Penny le bastó ver las fotografías para darse cuenta de quién los había hecho.

—¡Pero si son los escenarios de los sueños de Wawa Sleepland! —exclamó Penny admirada, olvidándose de que debía abstenerse de hablar.

—Sí, los hizo una eximia creadora. Mire cómo se maravilla mi empleada. No tiene de qué preocuparse respecto a la calidad.

Sin duda, Dallergut quería brindarle lo mejor a la clienta. Le recomendó un escenario de Wawa Sleepland y también le permitió elegir libremente el contenido del sueño, aunque era evidente que no sería un buen negocio para la tienda.

—Pues, yo creo que me sentiría inmensamente bien si pudiera encontrarme con ellos en un lugar hermoso como éste —manifestó la clienta, eligiendo el amplio y frondoso bosque—. ¿Se podrían agregar algunas zinnias al paisaje? Es que me encantan estas flores.

—Claro que sí. Le pediré que le planten no unas cuantas, sino muchísimas zinnias.

Penny anotó en el cuaderno lo que deseaba la clienta mientras imaginaba un bosque rebosante de coloridas zinnias.

—Seguro que será un sueño hermoso —le dijo Penny, emocionada.

—Muchas gracias —respondió la clienta, que se veía mucho más tranquila.

—Ahora definamos el contenido. Si tiene alguna situación en mente o algo especial que quiera decir, hágamelo saber. Ya he reunido suficiente material sobre su manera de hablar y sus gestos, así que no tiene de qué preocuparse.

—Pues… me gustaría que fuese una situación muy natural. Que

nos preguntemos cómo estamos o que hablemos de cualquier cosa como solíamos hacer.

—¿Por ejemplo?

—Hum, por ejemplo, que yo le pregunte a mi hija si sale con alguien, si sigue apartando los pepinos cuando come *kimbap* o cualquier otra pregunta o reprimenda que haría una madre normalmente. A mi marido, por ejemplo, le digo que etiquete los envases del suavizante para la ropa y el detergente de lavar lana para que no los confunda. Yo creo que basta con que les hable como hacía siempre. ¿Le parece demasiado común? Sería un encuentro después de mucho tiempo, así que quizá sería mejor quitar los regaños, ¿qué opina?

—A mí me parece perfecto con reprimendas y todo. En el sueño que les envía a sus padres, simplemente les preguntaremos cómo se encuentran. ¿Le parece bien?

—A ellos… me gustaría decirles que lo siento mucho y nada más.

—Si no tiene ningún mensaje especial que dejarles es preferible que diga algo que los tranquilice —interpuso Dallergut, dejando momentáneamente de escribir—. Por supuesto, es usted quien decide, pero pedir disculpas o perdón no son palabras que brinden consuelo.

—Entiendo, no lo había pensado así. Entonces será mejor que les diga que estoy bien y que no tienen de qué preocuparse —repuso la clienta, cambiando de opinión.

Penny corrigió a toda prisa lo que había anotado. Por alguna razón que no llegaba a entender, había un no sé qué de resignación y tristeza en el diálogo que mantenían Dallergut y la clienta.

—Perfecto. Me parece que esto es todo. Sólo queda la última pregunta: ¿para cuándo desea que hagamos la entrega?

—No estoy segura. Lo dejo en sus manos. Usted fíjese en mi familia y vea cuál puede ser el momento más adecuado. Eso sí, que no sea demasiado pronto. Usted me entiende, cuando ya estén bien, pero que no sea tan tarde que se sientan dolidos por la demora.

—Es una buena decisión, señora. Déjelo en mis manos.

—Confío en usted. Gracias por todo.

—Gracias a usted por elegir nuestra tienda. Vaya con cuidado y descanse bien —dijo Dallergut, despidiéndose con formalidad de la mujer.

Cuando se marchó la clienta, Dallergut se remangó la camisa y comenzó a cotejar sus anotaciones con las de Penny. La chica se moría de ganas de hacerle miles de preguntas, pero se contuvo para que su

jefe pudiera ordenar sus apuntes.

—¿Hoy no me haces ninguna pregunta? Y eso que te mandé llamar porque pensé que sentirías curiosidad por esta clienta —comentó Dallergut, mirándola por encima de sus gafas.

—¿Puedo?

—Claro que sí.

—Hay algo raro con estas cajas que tiene aquí y con el pedido que ha hecho la señora que acaba de irse. No sabía que se podían hacer sueños a medida para entregar a otras personas. Además…

—¿Algo más?

—La clienta no tenía buen aspecto y casi se pone a llorar cuando empezó a hablar de sus padres. ¡Eso es! Hablaba como si no fuera a verlos de nuevo…

—Lo supe el día que te entrevisté, pero de verdad que eres muy observadora. Si de algo me puedo enorgullecer es de que tengo buen ojo para elegir a mis empleados —levantándose del asiento, agregó—: Hoy pensaba entregar dos de los sueños que ves aquí. ¿Quieres encargarte tú?

Dallergut sacó dos cajas del montón. Estaban polvorientas, como si llevaran muchos años allí.

—¿No se habrán dañado o arruinado por el paso del tiempo?

—No hay de qué preocuparse. Los sueños que fabrica Doze por encargo especial no tienen fecha de caducidad.

—¿Doze? —repitió Penny, sorprendida.

Doze casi no salía de su casa y era el que menos se mostraba al público de todos los creadores legendarios, pero era el fabricante de los sueños en los que las personas fallecidas se aparecían ante sus seres queridos.



Al hombre le gustaba ir a una cafetería los días entre semana después del trabajo. Allí abría la laptop, acababa las tareas del día y se iba a casa con el ánimo ligero. El lugar estaba ocupado por personas de todas las edades, desde jóvenes hasta mayores de la edad de sus padres, como también colegiales.

Siempre pedía un café americano, pero como había una larga fila delante del mostrador, se puso a leer el menú mientras esperaba. De pronto se detuvo en el *caramel macchiato*. Nunca había sido aficionado a ese tipo de café. Además de que era un nombre demasiado largo y

difícil, no le gustaba porque era muy dulce, pero la bebida le recordaba a su abuela que había fallecido.

“—Abu, ¿qué vas a tomar?”.

Ese día su abuela tenía sed, así que la llevó, por primera y última vez, a una cafetería. Él le pasó el menú impreso y la anciana empezó a leer uno a uno los tipos de bebidas.

“—Ameri… ¿qué es esto?

”—Eso es muy amargo. Demasiado para ti. Es como un té de color negro.

”—¿Y por qué la gente gasta dinero en eso tan feo? Yo quiero algo dulce.

”—¿Un *caramel macchiato* entonces? Es el más dulce.

”—¿Qué es eso?

”—Mira, lo tienes acá. ¿No ves la foto? Lo tienes delante.

”—¿Dónde? ¿…ramel ma…? ¿Esto? No pude terminar de aprender el alfabeto, por eso me confundo con las letras.

”—No pasa nada. Te pido eso entonces. Siéntate donde te guste y espérame allí”.

Ya con la bandeja de las bebidas en la mano, el hombre buscó a su abuela y la encontró sentada ante una mesa para dos junto a la ventana. Esbozando una sonrisa, le dijo:

“—Abuela, ¿por qué estás acá, con tantas mesas vacías que hay? Ven, vamos a una mesa con asientos más cómodos”.

El hombre la llevó a una mesa con sillones.

“—¿No pensará mal la gente si nos sentamos acá? ¿No es para personas que consumen algo muy caro? —dijo la abuela, sin animarse a tomar asiento.

“—Nosotros también pagamos lo que consumimos, no te preocupes. Y si alguien piensa mal porque tú estás sentada en un lugar cómodo, es que está mal de la cabeza.

”—Jajaja, me siento protegida acá contigo.

”—No es para tanto, abuela.

”—Yo debo ser la más vieja de este lugar, ¿no te parece?

”—Pues, ahora que lo dices, eres la señora más elegante aquí, tomando café con su nieto y todo.

”—¡Qué bueno eres! Desde chico, siempre fuiste un dulce —dijo la anciana mirando con cariño y orgullo a su nieto ya crecido.

Sintiéndose cohibido, el hombre cambió de tema y dijo:

“—¿Cómo es que no terminaste de aprender el alfabeto? Con lo fácil que es. ¿No fuiste a la escuela?

”—Mi padre no me dejó. Si hubiera ido tres días más, me lo hubiera aprendido completo. Es que siempre tuve mucho trabajo. Tenía que ayudar a mis padres en el campo, luego me casé, crie a tu padre, te crie a ti… Nunca tuve tiempo de ponerme a estudiar. Es por eso que no pude leer eso que me mostraste. ¿Cómo era que se llamaba? *Caramel* no sé cuánto. Es gracioso, ¿no? —dijo la anciana, riéndose avergonzada.

“—No, abuela, no es gracioso. Si quieres, te enseño yo. Eres muy inteligente, así que aprenderías enseguida. Hasta este fin de semana voy a estar ocupado… Voy a tu casa el próximo fin de semana y te enseño.

”—Gracias, querido, eres un amor”.

La anciana bebió un sorbo del *caramel macchiato* con un popote y exclamó:

“—¡Pero qué dulce está esto! Es demasiado empalagoso.

”—Entonces prueba esto, abuela —le dijo el hombre, pasándole su café americano.

“—¡Ay, qué amargo! —exclamó la anciana, arrugando toda la cara.

“—Si te acostumbras, sabe bien. Tendré que traerte a menudo a lugares como éste —le dijo el hombre, riéndose”.

Ésa fue la última vez que vio a su abuela. Tenía ochenta y dos años. No tuvo una vida corta, pero, como siempre ocurre, quedaron cosas pendientes. Dentro de poco se cumpliría otro aniversario de su muerte.

El hombre pidió su bebida y se sentó en la mesa larga junto a la ventana. Cuando se acercaba la fecha del fallecimiento de su abuela, se acordaba más a menudo de ella. De joven, se las había arreglado con su agudeza y sensatez; y de anciana, se había apoyado en su nieto. Si bien no tenía estudios, era una anciana de lo más bondadosa y sabia. Ella había sido su mayor compañía cuando él era pequeño. Si le contaba que le habían gustado las papas cocidas con salsa de soya que había comido en casa de un amiguito, al día siguiente le hacía una olla entera; y si se despertaba rascándose porque le había picado un mosquito, no se apartaba de su lado ni se dormía hasta que lograba atrapar al insecto.

Paseó la mirada por el interior de la cafetería. Sonaba una música agradable, los asientos eran mullidos y reinaba un ambiente de relajación y descanso. No lograba borrar de su cabeza la imagen de su abuela, mirando a su alrededor con inquietud como un pez fuera de la

pecera.

"—Yo debo ser la más vieja de este lugar, ¿no te parece?".

Tan vívidamente se acordaba de su abuela, intimidada pero también excitada por encontrarse en un lugar que no conocía, que sintió algo caliente que le subía por el pecho, a pesar de que estaba bebiendo un refresco helado.

Cuando él era pequeño, le cambiaba la ropa de inmediato si se ensuciaba, y le untaba el cuerpo con una crema muy cara que había comprado para la dermatitis atópica, mientras ella no se ponía siquiera una loción barata en la cara… Todos los actos de su abuela estaban llenos de un profundo amor por su nieto.

Acostado en su cama esa noche, el hombre se puso a pensar:

"Me pregunto si mi abuela se sintió realizada con su vida. Sólo porque vivió demasiado aprisa, murió sin poder disfrutar plenamente de las cosas buenas de este mundo. ¿Qué sentido tuvo su existencia?".

La vida de su abuela había estado llena de sufrimientos, pero sus afanes no habían dado fruto. Quizás estuviera descansando por fin en estos momentos. Seguramente era por eso que no se le había aparecido en sueños hasta ahora.

"Abuela querida, mi abuelita, ¡cuánto te extraño!", se dijo y se quedó dormido hecho un ovillo, como cuando era un niño.



La hija de cuatro años de la pareja parecía sufrir un retraso en el habla. Mientras otras niñas de su edad eran capaces de decir oraciones enteras, la pequeña apenas pronunciaba algunas palabras aisladas. Preocupados, los padres habían comenzado a llevarla a la consulta de un logopeda cuando de pronto la niña empezó a hablar como una cotorrita, manifestando con claridad lo que deseaba hacer y lo que no, lo que le gustaba y lo que le disgustaba.

El día que la niña les dijo: "¡Mami, papi, los quiero mucho!", la feliz pareja se sintió dueña del mundo. Pero cuando otro día la pequeña les dijo: "Me duele la cabeza. Quítenme este dolor, por favor", se esfumó la alegría de sus vidas. A partir de entonces, la niña pasó la mayor parte del tiempo internada y, finalmente, dejó este mundo antes de que acabara el año.

Transcurrió un tiempo después que falleciera la pequeña. El

matrimonio era todavía joven y ambos vivían ocupados en sus respectivos trabajos. En la casa casi no quedaban huellas de la niña. Antes, cuando criaban a su hija, solían decirse en broma: “¿Llegará alguna vez el día en que veamos el suelo limpio y libre de juguetes?”, pero ahora la casa lucía siempre demasiado silenciosa y ordenada.

De ser dos, habían pasado a ser tres; pero ahora de nuevo eran dos como al principio. Viendo a la pareja, parecía ser un buen ejemplo de que el tiempo lo cura todo. Sin embargo, eso no quitaba que hablaban sin parar de la niña cada vez que tenían la ocasión. A veces incluso terminaban la plática entre ellos diciendo: “Antes lloraba mucho, pero ahora sonríe todo el tiempo”. La pareja no evitaba hablar de su hija. Al principio se habían esforzado por olvidarla porque creyeron que debían hacerlo para seguir con sus vidas, pero enseguida se dieron cuenta de que eso nunca sería posible.

A veces se desmoronaban cuando veían comerciales de juguetes, cuando pasaba junto a ellos un autobús escolar de color amarillo, cuando salía en televisión una actriz infantil que se había hecho grande o cuando llegaba la época en que los niños empezaban o se graduaban de la escuela primaria.

Ella decía que le gustaría ver a la niña durmiendo; y él, que extrañaba abrazarla y sentir el olorcito a jabón para niños que despedía después del baño. Los dos añoraban la risa de la pequeña mezclándose con sus voces, y los gestos y hábitos graciosos que tenía, que eran una calca de los de sus padres…

La pequeña se había quedado detenida en sus cinco añitos. El tiempo pasaba demasiado lentamente y parecía que nunca llegaría el día en que se hicieran viejos. Alguna vez hasta les pasó por la cabeza que les gustaría ir a donde estuviera la niña lo antes posible para que no se sintiera sola, pero ninguno de los dos se atrevió a decirlo en voz alta.

Esa noche, los dos se acostaron en la cama dándose la espalda. Por costumbre, dejaban un espacio vacío entre ellos, el suficiente para que se tendiera la niña. Ese espacio no era tan grande como para no darse cuenta de que el otro estaba llorando, pero los dos fingían que dormían, como si no escucharan nada.



Al llegar los clientes con la descripción física que le había dado

Dallergut, Penny se movió con presteza. Con el sueño empaquetado muy bonito como si fuera un regalo, se acercó a ellos.

—Gracias por llegar a tiempo.

—Eh, ¿me habla a mí? —preguntó el hombre. Junto a él, había una pareja que tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Los tres se quedaron mirando a Penny, como si no entendieran nada.

—Es que hoy es la fecha de entrega de un sueño destinado a ustedes. Tal como les pedí encarecidamente, llegaron justo a tiempo.

—¿Qué es esto?

—Un sueño. Uno muy valioso. Fue hecho con antelación por encargo especial de un cliente para ser entregado a ustedes.

—¿Quién? No me imagino quién pueda ser… —dijo el marido.

—Lo envía de manera anónima, pero sabrá quién es cuando lo sueñe.



Esa noche, el hombre se encontró en sueños con su abuela. Estaban en una cafetería que se parecía a la que iba siempre, pero era mucho más espléndida y olía como la casa en donde había vivido con la anciana de pequeño.

Llena de seguridad, su abuela pedía en el mostrador dos tazas de *caramel macchiato* y hasta bromeaba con la dependienta que la atendía, como si estuviera muy habituada a ese tipo de lugares.

—Abuela, ¿cómo sabes pedir eso tan difícil? —le preguntaba él, mirándola llena de cariño.

—Pues, gracias a mi nieto que me enseñó el resto del alfabeto.

—Pero yo no me acuerdo de eso.

—Sí que lo hiciste, ¿no te acuerdas? ¿Cómo es posible que seas tan desmemoriado a tu edad?

—¿De verdad lo hice?

El hombre miró el paisaje al otro lado del escaparate del local. Se parecía al patio de la antigua casa donde había vivido con la abuela, pero no se extrañó. Por el contrario, se sentía encantado con la cafetería.

Mientras disfrutaban de sus bebidas, charlaron y rieron sin parar rememorando la época de cuando él era pequeño. Tan regocijados estaban con la conversación que no se dieron cuenta del paso del tiempo. Como si esto fuera poco, una dependienta de la tienda les trajo de regalo una porción de tarta.

—Es que nos encanta ver lo bien que se llevan.

—Oh, gracias, señorita. ¡Muchísimas gracias! —exclamó la anciana.

—Esto es gracias a que he venido contigo, abuela. Tenemos que venir más seguido.

—Tú tienes que venir con amigos, no con una vieja arrugada como yo.

—¡Qué dices, abuela!

El hombre se la quedó mirando fijamente hasta que se atrevió a hacerle la pregunta que tenía guardada en un rincón de su corazón. Sabía que no era el momento más adecuado, pero intuyó que si no lo hacía ahora, no podría hacerlo nunca.

—Abuela, dime con sinceridad, ¿qué te pareció tu vida?

—Me la pasé bien —respondió la anciana, después de una ligera duda.

—¿Estuvo bien? ¿Qué es lo que te gustó? —preguntó el hombre, acercando más la silla.

—Pues que cuando yo era chica, vivíamos juntos todos los de la familia, aunque fuera en un lugar pequeñito.

—¿Y después de joven? Tuviste que trabajar mucho, me dijiste.

—De joven, fue lindo criar a tu padre con mis propias manos.

—¿En serio?

—Y luego de mayor, disfruté mucho viéndote crecer. Solía rezar pidiendo que me dejara vivir lo suficiente para ver cómo te abrías camino por la vida, y ciertamente, debe haberme escuchado algún diosito muy bueno porque me cumplió el deseo. Como ves, mi vida estuvo llena de cosas estupendas —explicó la anciana, acariciando el rostro de su nieto. Cuando él era pequeño, su abuela solía tener las manos ásperas, pero hoy tenía la piel suave como la de un bebé—. Fíjate, me preguntaba cuándo llegaría el día que aprendieras a caminar, pero has crecido tanto que me cuesta seguir tu paso. Hasta me tomas de la mano para que no me caiga y me esperas cuando me quedo atrás. Realmente hoy has hecho que vuelva la primavera a mi vejez.

Al escuchar eso, una idea relampagueó en la cabeza del hombre y de pronto sintió miedo.

—Ay, abuela, me parece que esto es un sueño. Porque tú ya no estás aquí conmigo, ¿no es cierto?

—No digas eso. ¿Acaso no estamos juntos ahora? Todo depende de cómo lo mires.

El hombre no pudo evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas.

—Querido mío, no llores. Si hubiera sabido que te ibas a poner así, habría esperado más en venir. ¿Cómo te pones tan triste cuando han pasado tantos años?

—¡Te tardaste demasiado, abuela! ¡Deberías haber venido antes! —exclamó el hombre, como si protestara, esforzándose por contener el llanto.

—Acá donde estoy, no me duelen las rodillas, cultivo las verduras que quiero y estoy muy bien, así que no te pongas triste por mí. Me ha hecho muy feliz volver a ver a mi querido nieto.

—No hables así, como si te despidieras. Quédate más tiempo conmigo. ¿Es porque te has terminado el café? Pido otro, si quieres.

—No, está bien —dijo la anciana, sacudiendo la cabeza—. Me encantó estar de nuevo con mi cachorrito. Cuídate mucho y ojalá que puedas hacer realidad muchos sueños. Yo he hecho realidad el mío, que era volver a verte.

El hombre comenzó a despertarse. Se arrepentía de haber dicho que todo era un sueño, pues le parecía que era por eso que se estaba acabando. Finalmente, no pudo evitar despertarse del todo. Había sido un sueño.

Aunque estaba despierto, no quiso abrir los ojos por un buen rato, pues no quería que desaparecieran del todo las imágenes que todavía tenía frescas bajo los párpados.

Él no era de llorar, pero ese día se levantó con los ojos empapados y, sin poder evitarlo, se dejó caer de rodillas y se echó a llorar a viva voz como un niño.



El joven matrimonio también estaba soñando esa noche. Soñaban con su pequeña hija, que los había dejado demasiado pronto. En el sueño, la niña hablaba increíblemente bien.

—Siempre tuve ganas de decirles un montón de cosas a mis papis, pero entonces me faltaban las palabras y no pude decirles nada.

—¿Ah, sí? Pues, ahora hablas de maravilla. Además, estás más bonita.

—Tú también estás muy linda, mamá —dijo la niña sonriente, abrazando a su madre.

La pareja también rodeó con sus brazos a su hija.

—Perdónanos, querida, por dejarte ir sin lograr aliviar tus dolores.

—No, no digan eso. Fui feliz un millón de veces y sólo una vez me dolió un poco. Ahora ya no me duele nada.

—Te fuiste sin poder hacer nada porque tu vida fue demasiado corta —dijo el papá, que no podía evitar sentirse culpable y en deuda hacia la pequeña.

—Que no, te digo que no es así. Yo sólo conservo hermosos recuerdos. ¿Saben? Acá tengo muchos amiguitos, y nos cuidan una maestra y también muchos abuelitos. Ninguno opina que todo fue bueno en la vida que tuvieron, pero yo sí. Mi vida fue corta pero maravillosa. ¿No es genial eso?

—Tienes razón. Es buenísimo. Yo también conservo sólo buenos recuerdos. Me imagino que nos extrañarás mucho a mamá y a papá. ¿No te sientes sola sin nosotros?

—Yo tengo muy buena memoria y me acuerdo de todo, por eso, aunque no los vea, los llevo siempre dentro de mí —dijo la niña, sacudiéndose del abrazo de sus padres. Luego los miró a los ojos y, poniendo una carita muy graciosa, les dijo pronunciado las palabras con claridad—: Así que no hay ninguna prisa para que nos reencontremos. No se les ocurra pensar nada raro, ¿de acuerdo?

La pareja iba a ponerse a llorar, pero se echaron a reír al ver la expresión de su hija.

—Está bien, sin ninguna prisa, pero algún día estaremos todos juntos.

—¡Claro que sí! Mientras tanto, prometo que jugaré y me portaré bien.

La pareja sabía que estaba soñando, pero los dos se sentían emocionados, como si se hubieran reencontrado de verdad con la niña. Era uno de esos sueños inusuales en los que se sueña sabiendo que todo es un sueño.

Los dos se despertaron al mismo tiempo. Era sólo la una de la mañana. No habían pasado ni dos horas desde que se habían dormido. Estaban abrazados al edredón, que se había enredado en el espacio vacío que había entre ambos.

Una vez despiertos del todo, se quedaron acostados y con las manos entrelazadas, sin decirse nada.



—Señor Dallergut, ¿son muchas las personas que parten encargando

un sueño?

—Sí, son muchísimas las que lo hacen. Hasta hay una tienda especializada en ese tipo de sueños.

—Desde que empecé a trabajar acá, cada día me sorprendo con algo nuevo. Cuando pienso que ya no hay nada más que pueda asombrarme, ocurre algo todavía más extraordinario.

—¿En serio? ¡Debes disfrutar mucho con el trabajo! —dijo Dallergut, riéndose—. Como bien dices, es realmente asombroso. Ya sea que hayan sufrido un accidente inesperado, o que hayan estado postrados mucho tiempo, parece que cuando están dormidos perciben intuitivamente que su vida se está apagando. Puede que sus sentidos se vuelvan más sensibles porque se encuentran en una situación en la que no pueden recibir estímulos externos.

—De eso no sé mucho… —empezó a decir Penny, que estaba poniendo en cajas nuevas los sueños apilados en el despacho de su jefe —, pero de lo que no me cabe ninguna duda, es que tenemos que cuidar todos estos sueños como si fueran tesoros, aunque no lleguemos a entender la profundidad de los sentimientos de las personas que los encargaron.

—Todos desean dejarles un mensaje de algún tipo a sus seres queridos.

—Aunque es demasiado pronto, me gustaría ir pensando lo que quisiera decirles cuando me vaya de este mundo.

—Es una buena idea. En mi caso, yo les diría que no me olviden nunca y también les pediría que no dejen la tienda en manos de cualquier persona —dijo Dallergut en tono de broma—. Pero ¿sabes qué? Las personas que parten no piensan ni un poquito en sí mismas. Lo único que desean es que sus seres queridos no sufran y estén bien. Es lo que pasa cuando partes dejando a alguien que amas mucho. Yo tampoco sé del tema, pero parece que es eso.

Al ver tantas cajas esperando el paso del tiempo, Penny se emocionó y sintió un escozor en la punta de la nariz. Con esmero, les quitó hasta la última mota de polvo.

—Señor Dallergut…

—¿Sí?

—Me encanta este trabajo.

—A mí también y mucho.

Justo entonces se abrió de golpe la puerta del despacho. Allí estaban Vigo Mayers, portando unos guantes de látex; la señora Weather; Mog Berry, que sostenía una tarta de marrón glacé recién

comprada y Speedo, con cara de haber venido obligado.

—¿Por qué no nos llamó antes cuando hay tanto que ordenar? —protestó Mayers, que parecía excitado de ver la gran cantidad cajas que limpiar y acomodar.

Mog Berry alzó la caja con la tarta para que la viera su jefe. Le había crecido el pelo en los últimos meses y ya no se le escapaban los mechones cuando se lo ataba.

—¡Bueno, manos a la obra! Si lo vamos a hacer, hagámoslo rápido —dijo impaciente Speedo y se puso a mover las cajas.

Ese día, cerca del fin de la jornada de trabajo, Penny estaba buscando un lugar donde poner el nuevo medidor de párpados. La empresa a la que le habían encargado su fabricación se había tardado exactamente dos meses. Sólo había espacio en un lugar que apenas se lograba alcanzar con la escalera. Penny dejó con cuidado el medidor en ese sitio y pasó la mano con suavidad por el péndulo con forma de párpado. La aguja tembló un poco y se detuvo en un punto entre “despierto” y “soñoliento”, pero un rato después se movió entre “soñoliento” y “dormido”.

Penny bajó de la escalera, miró al otro lado del vidrio del escaparate y se puso a esperar a los clientes.

Assam, que pasaba por la calle, agitó la mano para saludar a la chica. Un rato después, vio a un cliente que se aproximaba y abría la puerta de la tienda.

—¡Bienvenido, señor! —saludó Penny animada—. ¡Todavía quedan un montón de buenos sueños para elegir!



Epílogos

1. La entrevista de Vigo Mayers



Vigo Mayers se quedó congelado ante Dallergut. Aunque el propietario de la Galería le hubiese ofrecido galletas para reconfortar el cuerpo y el alma, tenía la boca tan seca que no se le ocurrió probar una.

—A ver, jovenzuelo, ¿cómo es que tiemblas tanto? No hay por qué ponerse tenso. Piensa que viniste a verme para contarme un par de cosas y ya está —dijo Dallergut para tranquilizarlo. No lograba entender por qué aquel muchacho de unos veinticinco años estaba tan nervioso—. ¿Es porque te expulsaron de la universidad? ¿Te preocupa que te vaya a rechazar por eso aunque muestres buenas dotes en la entrevista? —le preguntó, tras ver su currículo—. ¿Te parece que yo descalificaría sin más al solicitante que ha obtenido la mejor puntuación de todos en el examen? Creo que puse las preguntas más difíciles que encontré, pero aun así respondiste a todo correctamente. En mis diez años como director de este establecimiento, eres el primero que ha sacado un diez —añadió, elogiándolo.

—El examen no fue para nada difícil —aunque Vigo por fin había abierto la boca para decir algo, su voz denotaba que no se sentía seguro de sí mismo—. Más bien, lo que me cuesta trabajo es tener que contar lo que pasó —tras sincerarse con Dallergut, agachó la cabeza y empezó a tocarse unas uñas algo sucias.

Para ser alguien que se presentaba a una entrevista de trabajo, el joven lucía bastante desaseado. Parecía como si hubiera acudido al lugar tras levantarse de la cama a duras penas y sin tener siquiera fuerza de voluntad para bañarse y vestirse de manera presentable.

—Veo que lo que te desagrada es hablar acerca de tu expulsión. Pero, bueno, no hay más remedio. Si quiero contratarte, estoy

obligado a asegurarme de que no fue porque cometiste un delito de peso —dijo Dallergut tajantemente.

—¡No fue ningún delito grave! —exclamó Vigo, alzando la cabeza para mirar a Dallergut por primera vez—. Fue porque no estaba bien enterado de las normas… Sólo se trató de una falta puntual. Le juro que nada más ocurrió una vez.

—Bien, ¿me vas a contar entonces lo que pasó?

La indecisión del entrevistado, al cual le temblaban los labios, dejó en ascuas por unos instantes a Dallergut.

—Déjalo, no tienes por qué forzarte a hablar. Si tan difícil te resulta, podemos dar la entrevista por terminada. Por el contrario, si no quieres renunciar a tu oportunidad, podríamos optar por que yo pregunte directamente en tu facultad.

—No, eso no… De acuerdo, se lo contaré yo —Vigo inspiró profundamente antes de continuar—. Ocurrió cuando preparaba el trabajo para la graduación… —comenzó a explicar.



—¡Vigo! ¿Tienes compañero para hacer el trabajo final? —le preguntó un chico de su mismo curso.

—Sí, conseguí que alguien accediera.

Los estudiantes en su cuarto año de universidad tenían que llevar a cabo un proyecto para graduarse, en el que debían entrevistar a una persona que hiciera de "cliente" y elaborarle un sueño a medida.

Vigo se había pasado un mes acampando todos los días frente a la Galería de los Sueños de Dallergut, suplicando a cualquiera de los visitantes que entraban que colaborara con él en su trabajo de graduación. Sin embargo, todos a los que preguntaba solían ignorarlo tras poner caras de extrañeza.

Justo el día que cumplía un mes de estar ahí, una chica más o menos de su edad se acercó a él. Ésta llevaba una pijama holgada de dos piezas de color marfil.

—¿Quieres que sea tu compañera para ese trabajo?

—¿De verdad me puedes ayudar? ¡Me harías un gran favor!

—Vi que llevas un mes acá buscando a alguien. No sé de qué se trata, pero le pones un esfuerzo admirable.

Aquello no era algo usual de oír. "¿Cómo es que recuerda todo lo que ocurrió en este último mes?", fue lo que pensó, pues lo normal era que los clientes no recordaran nada de lo que vivían en la tienda.

—¿Cómo es posible…?

—Sabrás guardar el secreto, ¿no? —le susurró al oído la chica, luego de inspeccionar a su alrededor—. Tengo la capacidad de tener sueños lúcidos; en un alto grado, además.

Vigo se llevó una gran sorpresa al escuchar eso.

—¿Dices que puedes venir acá por voluntad propia en medio de un sueño? Es la primera vez que conozco a alguien así.

—Puedo ir a donde quiera dormida. Aparte de eso, recuerdo todo lo que ha pasado aquí. ¿Verdad que es increíble? Bueno, dime, ¿cómo puedo ayudarte en tu proyecto?

Con la excusa de aquel trabajo de graduación, los dos se veían cada día en una cafetería situada cerca de la Galería de los Sueños. Cuando se ponían a charlar acerca de los sueños lúcidos o de los respectivos lugares en donde se encontraban sus tierras natales, perdían la cuenta del tiempo. Que Vigo acabara enamorándose de aquella chica fue algo de lo más previsible.

—Me gustaría invitarte a la presentación de este trabajo que haré en la universidad. Quiero que vengas a verla, pues preparé este sueño justo para ti. Ese día tienes que irte a dormir vestida con ropa del diario. Como habrá mucha gente allí, será mejor que te pongas algo discreto, así podrás pasar desapercibida.

No obstante, la chica no se apareció el día de la presentación, y como ya era de imaginar, Vigo no pudo volver a verla más después de aquello.



—Al final, no me quedó alternativa que empezar a presentar mi trabajo sin que ella estuviera allí. Entonces, fue cuando surgió el problema… —siguió Vigo contando.

—¿Qué pasó? —le preguntó Dallergut.

—Creé un sueño en el que salía yo mismo —le contestó él, volviendo a agachar la cabeza.

—Vaya, qué tonto fuiste… —dijo Dallergut en tono de lamento—. Eso no está bien. No se puede irrumpir en los sueños de los clientes y alborotar sus vidas, más aún cuando el que los tiene es un soñador lúcido. Ésa fue una idea muy riesgosa.

—De verdad que no estaba al tanto de ello. Creí que triunfaría con el proyecto, pero me salió el tiro por la culata. Durante el tiempo que

estuve en la universidad nunca llegué a enterarme de que existían tales reglas. ¿Cómo iba a saber que un día me encontraría con alguien capaz de tener sueños lúcidos? —en la mirada de Vigo podía leerse la desazón que experimentó a causa de aquel infortunio—. Ya podrá suponer cómo continuó la historia luego… Los profesores se pusieron hechos una furia al ver mi proyecto y se convocó una asamblea disciplinaria… A pesar de que expliqué todo tal y como pasó, no pude evitar que me expulsaran. Para colmo, dado que la infracción fue registrada en la Asociación, me imposibilitaron para trabajar en adelante como creador de sueños. Mi carrera se fue a la deriva por mi culpa…

Dallergut se quedó mirando con aire preocupado al candidato de aspecto descuidado y demacrado que tenía frente a sí.

—Oye, ¿no será que solicitaste empleo aquí pensando que podrías reencontrarte con esa chica? ¿Es porque se conocieron por primera vez frente a la tienda?

Al dar el propietario en el clavo con las intenciones que él tenía en mente, Vigo tuvo que abstenerse de decirle que estaba equivocado.

—Sí. ¡Pero ésa no es mi única motivación! Yo amo los sueños. Aunque haya acabado en esta situación, todavía quiero trabajar en algo relacionado con ellos. Si tampoco eso fuera posible, le juro que no sabría qué hacer con mi vida…

—¡No! Veo que todavía no lograste superarlo, así que no hay manera de que esto salga bien —le dijo Dallergut en tono cortante.

—Hasta yo mismo sé que parezco un completo idiota. Y también que no me permitirá que trabaje para usted estando así. Quizá ella pueda venir acá a verme, pero es imposible que yo vaya a visitarla a donde vive. Fue por eso que quise mostrarle en la presentación que en sueños sí podía ir a encontrarme con ella…

—Involucrarse de esa manera con un cliente sólo trae problemas. Ya hubo antes muchos creadores jóvenes, tanto hombres como mujeres, que arruinaron sus vidas al tener un amorío con un cliente y aparecerse en sus sueños como el hombre o la mujer de su vida. Todos acabaron destrozados una vez que se dieron cuenta de que nunca podrían llegar a ser sus parejas en la realidad. Y esos finales siempre…

—Ya no pienso dejarme llevar más por mis ansias. ¡Le prometo que me limitaré a esperarla aquí sin hacer nada más! Por favor…

—¿Nunca te detuviste a pensar por qué aquella clienta de repente dejó de pasar por aquí? Tal vez dejara de tener sueños lúcidos, o quizás hubo un cambio en sus circunstancias personales. Quién sabe si

nunca aparecerá por mucho que la esperes —le dijo Dallergut, exasperado.

—No me importa. Ya sea que pasen diez años o veinte, si trabajo aquí, seguro que algún día me cruzaré con ella. Quiero decirle que siempre estaré esperando a que venga.

Un largo silencio se hizo en el despacho.

Después de pasarse un rato callado mirando con el ceño fruncido alternativamente a Vigo y al currículo, Dallergut puso fin a la quietud:

—Mantenlo en secreto.

—¿Cómo dice?

—Probablemente ya se haya corrido la voz que te expulsaron, pero deberás prometerme que no le contarás a nadie más cuáles fueron las razones.

—¡Por supuesto!

—Pero eso de que un estudiante en su último año de carrera sepa elaborar un sueño en el que aparece él mismo… es claramente algo fuera de lo común. Bien, te doy la oportunidad de que trabajes con nosotros. Puedes irte ya, le toca turno al siguiente candidato…

—¡Señor Dallergut, no sabe cuánto se lo agradezco…!

Vigo se levantó del asiento y se dirigió hacia la puerta caminando hacia atrás mientras no dejaba de saludar al propietario de la tienda.

—Ah, y otra cosa: desde mañana quiero que vengas siempre aseado y bien vestido —añadió Dallergut contemplando lo desaliñado que lucía—. No sabes cuándo podría aparecerse ella por aquí.

Fue entonces cuando por fin una sonrisa iluminó el rostro del muchacho.

—¡Sí, prometo que vendré impecable! ¡Pienso aplicarlo a todo…! ¡Hasta me ocuparé yo de la limpieza de la Galería! ¡Déjelo todo en mis manos! ¡Muchísimas gracias, de verdad!



2. Un día perfecto para Speedo

—¡Espérame, Penny!

La chica, que andaba a paso ligero balanceando su bolso de mano de camino al trabajo, se detuvo al escuchar a Mog Berry llamándola. Con un sándwich de huevo en cada mano, su compañera estaba jadeando e intentaba recuperar el aliento.

—Llevaba un buen rato llamándote, ¿es que no me oías? —dijo Mog Berry ofreciéndole uno de los dos sándwiches—. Toma, apuesto a que hoy tampoco desayunaste.

—Ay, disculpe. Se ve que no la escuché porque andaba pensando en qué voy a hacer después de terminar el turno.

El apetitoso olor a yema y la fragante pimienta que llevaba como aderezo aquel tentempié le abrió el apetito a Penny.

—¿Los hizo usted?

—Te entiendo, pues todos pensamos en la hora de salida cuando vamos a trabajar. Esto lo ha preparado mi hermana; a diferencia de mí, ella tiene buena mano para la cocina —le respondió Mog Berry, tras tomar un bocado—. Como estamos renovando mi casa, a mi hermana le ha tocado alojarme por un tiempo. Creo que nos vamos a encontrar por el camino durante una temporada.

El rostro de su compañera se veía aún más jovial y risueño que de costumbre.

Cuando ambas casi habían terminado de comerse el sándwich, llegaron ya al paso de cebra delante del banco que había al otro lado de la Galería.

—Por cierto, Penny. Todavía no han encontrado al ladrón, ¿verdad? —le preguntó Mog Berry cautelosamente, mientras esperaban a que el semáforo cambiara.

—¿Qué ladrón?

—Ya sabes, aquel que te robó una botella de “ilusión” cuando la

señora Weather te mandó a depositarlas en el banco, poco después de que te incorporaras a trabajar —dijo señalando el edificio que tenían detrás.

—¿Estaba enterada?

—¡Por supuesto! Claro que sí. No hay manera de que uno no se acabe enterando de cualquier asunto que pase en la tienda. Además, como los encargados de cada planta tenemos que llevar la cuenta de las ventas por semestre, es normal que debamos estar al tanto de sucesos como ése, ¿no crees?

—Pues ahora que lo pienso, tiene su lógica. Como los demás no me dijeron nada, creí que sólo lo sabían Dallergut y la señora Weather.

A Penny le ardía la cara al sentirse avergonzada.

—Speedo no está enterado. Fui yo la que te encubrí. Sabiendo cómo es él, aprovecharía para fastidiarte con eso un día sí y otro día también. A pesar de haber cometido todo tipo de errores en sus días de novato por ser tan impulsivo, a los demás no les pasa por alto ni una —dijo Mog Berry negando con la cabeza en señal de desaprobación.

—Pues le estoy muy agradecida por ello. Incluso ahora, me riñe cada día diciendo que estoy en las nubes; y lo peor es que cuando llega el día de cobrar, me intenta convencer de que debería sentirme mal por recibir un salario de este negocio.

—No le hagas caso. Si a Speedo le redujeran del sueldo lo que costó a la tienda cada uno de sus errores, todavía tendrían que descontarle la mitad de lo que cobra —le aseguró Mog Berry a Penny, dándole unas palmaditas en la espalda.

—Pues supongo que aquel ladrón desapareció sin dejar rastro. Teniendo en cuenta de que ha pasado ya casi un año y todavía no hay noticias de que lo hayan arrestado… —Penny se giró hacia atrás para mirar al banco mientras cruzaba por el paso de peatones y acto seguido soltó un profundo suspiro—. Me quitarían un peso de encima si lograran dar con él aunque fuera ahora y, con un poco de suerte, hasta se pudiera encontrar la botella de "ilusión" perdida.

—Ojalá. Sería también algo estupendo para la tienda. La "ilusión" es tan común que es difícil cobrarla como pago por los sueños… La gente de esa calaña suele trabajar en banda. Seguro que ese tipo y sus compinches andan todavía por ahí haciendo de las suyas.

—Pero creo que ya no usará la misma artimaña.

—Nunca se sabe. Puede ser que esté esperando a que haya un momento en que se baje la guardia para aparecer de nuevo. Hay que

ir siempre con cien ojos—le aconsejó sabiamente Mog Berry.

Había una animada concurrencia de personas frente a la Galería, conformada por los empleados que entraban a trabajar, los que salían contentos de haber terminado su turno de noche y los primeros clientes de la mañana. Uno de los empleados, delgado y ataviado con vaqueros que tenían rasgaduras en las rodillas, estaba saludándolas con la mano de forma amistosa.

—Mog Berry, apresúrate a entrar. No sabes lo pesado que está Speedo preguntando cuándo llegarás.

—Pero ¿él no se había tomado el día libre hoy?

—Eso también creía yo, pero aquí lo tenemos. Bueno, yo ya me voy a casa. ¡Que tengan buen día!

—¿Será que hice algo mal? —se preguntó a sí misma, ladeando la cabeza.

—¡Mog Berry! ¿Por qué llegas tarde? ¡Me pasé tres minutos esperándote! Ordené todos los artículos que entraron en la cuarta planta y también he trasladado todos los productos reservados al vestíbulo, así que sólo tienes que comprobar una vez más el inventario antes de terminar la jornada. Y tú, Penny, viniste en el momento oportuno. La baldosa que hay al pie del pilar diecisiete de la fila D de la cuarta planta tiene una rajadura, por lo tanto, vendrá el servicio de reparaciones. Haz el pago del arreglo en concepto de “gasto por reparación del local” y guarda sin falta el recibo. Cambiar una baldosa cuesta a lo sumo cincuenta seals, así que si te piden un precio mayor, llámame, ¿entendido?

Antes de que Penny y Mog Berry pudieran quitarse sus abrigos, tuvieron que anotar toda esa información con la que las bombardeó Speedo.

—Dilo más despacio. Me estás mareando tanto que se me va a salir el sándwich que acabo de comer —le dijo Mog Berry con cara de tener náuseas.

—Estoy aquí desde primera hora de la mañana siendo hoy mi día de descanso para dejarlo todo hecho, así que no pienso desperdiciar ni un minuto.

Antes de terminar de decir eso, Speedo había salido ya por la puerta a toda prisa.

Hasta el mismo Speedo estaba convencido de que los planes que tenía harían de ese día uno perfecto. La razón por la que decidía tomarse un

día cualquiera de vez en cuando era porque sentía una mayor satisfacción cuando hacía todas las cosas posibles en un día laborable que al hacerlas en un fin de semana.

Mientras iba tarareando, sacó su agenda, que había plagado de cosas que hacer, y comprobó una vez más su itinerario. Primero debía ir al banco para abrir una cuenta de ahorros nueva, pues había escuchado que ofertaban una versión mejorada con mayores beneficios. Después de varios intentos fallidos, Speedo se había dado cuenta de que él no estaba hecho para aventurarse con la compraventa de valores, que implicaba grandes riesgos. Una vez que terminara sus quehaceres en el banco, iría a la repostería Kirk Barrier's para comprar los bollos de frijoles rojos que salían recién horneados a las diez en punto, para luego estar a las diez y veinte frente a una verdulería que hacía descuentos a esa hora. Ése era su plan para la mañana. Luego, tenía programado llegar a las once al restaurante donde quería almorzar, pues era cuando éste abría, con lo cual almorzaría temprano y sin tener que hacer fila.

"Por muy buena comida que sirvan, jamás en mi vida haría fila para comer. ¡Ni modo!", se dijo para sí mismo, mientras cruzaba la calle. A continuación, se llevó las manos a la boca al ver el interior del banco a través de las inmaculadas puertas de cristal.

—Oh, cielos…

De acuerdo con los datos que poseía gracias a sus observaciones, el número promedio de personas esperando turno en el banco a las nueve y diez minutos de la mañana debería ser cinco, pero aquel día había hasta once.

—No puede ser. A este paso, habrán pasado las diez cuando termine de abrir la cuenta.

Tras agobiarse unos instantes pensando en eso, se le ocurrió una posible buena solución. Se agachó para mirar debajo de los asientos y otros recovecos en busca de una papeleta de turno que alguien hubiera dejado caer al piso. Después de recorrer gran parte de la sala de espera en esa postura, sin darse cuenta de que se le habían abierto las costuras del overol por varios sitios, había logrado encontrar las papeletas de cinco turnos por delante del suyo. A pesar de que varias personas lo miraron de reojo, él se sentó en los sillones de espera con un gesto de lo más triunfal. "Bien, así creo que podré terminar justo a tiempo", se dijo.

No obstante, llevaba un rato pendiente de un hombre en particular. Éste vestía un saco elegante y había entablado conversación con un

grupo de ancianos a los que dirigía una amable sonrisa. “¿No estará por casualidad intentando…?”, empezó a sospechar Speedo.

Aunque no alcanzaba a oír de qué les estaba hablando debido a que se encontraba algo lejos, Speedo podía hacerse ya una idea. Estaba seguro de que, al igual que él, quería terminar pronto sus asuntos bancarios y pretendía aprovecharse de aquellos abuelitos de buen corazón convenciéndolos de que le cedieran el turno. “Qué tipo más rastrero… ¿Cómo se le ocurre aprovecharse de unos indefensos viejitos?”, pensó.

Speedo cotejó deprisa los números que tenía con los que aparecían en el indicador de cada ventanilla. Ese día en particular, los asuntos que venían a resolver los clientes estaban tomándoles más tiempo que de costumbre. Si aquel tipo conseguía hacerse con un turno anterior al suyo, quizá Speedo se quedaría sin poder comprar los bollos que quería en la panadería Kirks Barrier’s. Al imaginarse que todo su plan se desmoronaba por la tardanza, empezó a acelerársele la respiración.

Como si hubiera tomado una determinación, se levantó bruscamente del asiento y se acercó a un vigilante de seguridad mayor que estaba dando cabezadas al lado del dispensador de agua.

—¡Señor! ¡Óigame, señor! ¿Ve a aquel hombre de allá? Lleva un rato actuando de manera muy sospechosa.

El vigilante se despertó de inmediato y miró de arriba abajo a Speedo mientras parpadeaba.

—¿Por qué le parece sospechoso?

Al vigilante le parecía más extraña la forma en que Speedo actuaba.

—Le aseguro de que anda hablando con ciertos ancianos en particular. Ejem… ¡Sí, creo que debe ser un estafador financiero! ¡De esos que roban datos personales! —le respondió, con lo primero que se le vino a la mente.

—¿Está seguro?

—¡Por supuesto! ¡Será mejor que lo eche cuanto antes!

—¡Oiga, venga acá!

Al gritarle el vigilante al hombre de dudosas intenciones, éste se sorprendió y comenzó a retroceder como si lo hubieran pillado con las manos en la masa.

—¡Guardias, que vengan los guardias!

Al unirse los guardias del banco a la captura, se armó un gran revuelo por todo el establecimiento; sin embargo, Speedo, sin prestar atención alguna a lo que ocurría, fue a sentarse de lo más contento a

la ventanilla que había quedado libre.

—Vine por la cuenta de ahorros que ofrece intereses anuales de tres por ciento. ¿Podría abrir una rápidamente?

El resto de su día fue casi perfecto. Consiguió hacerse con una bolsa de diez bollos recién hechos y en la verdulería compró una caja de zanahorias por sólo cincuenta seals. Aunque en el restaurante famoso, al que fue expresamente a la hora de apertura, tomó un plato que tenía un sabor más ordinario de lo que esperaba, se sintió orgulloso de su diligencia al ver la fila que se formaba afuera mientras él comía.

Después de inflar las ruedas de su bicicleta y recoger la ropa que había dejado en la tintorería, finalmente regresó a casa, se dejó caer sobre el sofá y prendió el televisor.

"Todavía queda un rato para que empiece la telenovela de las diez", pensó. Sintió cómo su cuerpo se relajaba por el cansancio y la sensación de satisfacción acerca de lo productivo que había sido su día. "No me hará daño echar una breve cabezadita", se dijo, y enseguida acabó durmiéndose tal cual, acostado en el sofá.

Por el televisor que había dejado prendido, estaban dando el noticiero de la noche.

Les informamos ahora de la última noticia de hoy. Se ha detenido a una banda de carteristas organizados que tomaba la avenida comercial como principal escenario de sus delitos. El modus operandi *habitual con el que actuaban era acercarse a personas mayores o ciudadanos que parecían estar visitando por primera vez bancos u otras instituciones gubernamentales haciéndose pasar por miembros del personal para así proceder con sus fraudes. El presunto atracador fue reportado por un ciudadano que se encontraba en el banco justo cuando aquél pretendía cometer su primer delito tras de unirse a la banda. El hecho de que confesara la ubicación de la organización e información adicional acerca de sus componentes facilitó su rápida detención. Como resultado de la pesquisa realizada en el lugar que usaba como sede el grupo delincuente, los investigadores han logrado recuperar un alijo de sueños de alto valor e incluso una botella de "ilusión". Los artículos interceptados fueron identificados y, según ha comunicado la policía, serán próximamente devueltos a las personas a las que les fueron robados. El valeroso ciudadano que reportó el acto delictivo al vigilante de la institución bancaria desapareció sin dar parte de su nombre una vez concluido el motivo de su visita. Las autoridades esperan poder encontrar a dicho ciudadano para recompensarlo. Si es usted y está viendo esta transmisión, póngase en contacto con la comisaría más cercana…*

Justo en ese momento, Speedo se despertó dando un respingo para comprobar la hora en su reloj. Eran las nueve cincuenta y cinco.

Agarró rápidamente el control de la televisión y cambió de canal. Por suerte, todavía estaban apareciendo los comerciales que precedían a la telenovela. Con esto había logrado llevar todas las cosas a cabo de acuerdo con su plan. “El día de hoy no ha podido ser más perfecto”, murmuró para sí mismo con una sonrisa de oreja a oreja.



Fotografía: cortesía de la autora

Miye Lee nació en Busan, tras licenciarse en la Escuela de Ciencia de Materiales e Ingeniería de la Universidad Nacional de Busan, trabajó como ingeniera de semiconductores en Samsung Electronics. Al autopublicar digitalmente su primera novela, *El sueño que busca está agotado* (actualmente titulada *La gran tienda de los sueños*), alcanzó el 1812% de su financiación gracias a los lectores a través de internet, lo cual propició su publicación posterior en papel. Más tarde consiguió ser uno de los libros más vendidos en Corea en 2020 y 2021.

Según ella misma confiesa, suele tener sueños de los que se quedan en la memoria. Le gusta comenzar el día después de haber disfrutado de ocho horas de sueño reparador y odia pasarse la noche en vela trabajando.

Este libro es publicado con el apoyo de Literature Translation Institute of Korea (LTI Korea).

LA GRAN TIENDA DE LOS SUEÑOS

Título original: *Dallergut Dream Department Store: The Dream You Ordered is Sold Out* (달러구트 꿈 백화점) © 2020, Miye Lee

Publicado según acuerdo con Sam & Parkers Co., Ltd. c/o KCC
(Korea Copyright Center Inc.), Seúl, y Chiara Tognetti Rights Agency, Milán Traducción: Charo Albarracín (del coreano) Imagen de portada: Jeewoo Kim

D.R. © 2023, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México www.oceano.mx
www.grantravesia.com

Primera edición en libro electrónico: noviembre, 2023

eISBN: 9786075578118

Libro convertido a ePub por:
Mutare, Procesos Editoriales y de Comunicación, S.A. de C.V.

OCEANO GRANTRAVESÍA



www.oceano.mx



www.grantravesia.com



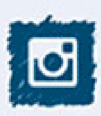
www.facebook.com/oceanograntravesia



www.twitter.com/oceanoGTravesia



www.youtube.com/user/oceanotravesia



www.instagram.com/grantravesia

Índice de contenido

Miye Lee

La gran tienda de los sueños 2

El caso de los soñadores perdidos



[image]

La gran tienda de los sueños 2

El caso de los soñadores perdidos

GRANTRAVESÍA



Prólogo
El ático de Dallergut



Penny vivía con sus padres en una zona residencial de casas de una sola planta, aproximadamente a un kilómetro hacia el sur de la Galería de los Sueños. Aquel día todavía no se había ido a la cama, ya que estaba disfrutando de una cena tardía con ellos para celebrar que cumplía un año trabajando en la recepción de la tienda.

—Has hecho un gran esfuerzo durante todo este año. Estamos realmente orgullosos de ti, Penny. Tenemos un regalo que darte —dijo su padre, a la vez que colocaba con esfuerzo una pila de unos diez libros sobre la mesa. Todos eran libros de autoayuda o ensayos orientados a jóvenes recién ingresados en el mundo laboral.

—No sé de dónde voy a sacar el tiempo para leer todo esto. Ojalá mis días fueran de cuarenta y ocho horas —dijo la chica, desanudando el grueso cordón que mantenía los libros juntos—. Pero tengo una buena noticia. Al llevar un año trabajando, el Estado me reconoce oficialmente como “Miembro Profesional de la Industria de los Sueños”.

—¿Eso significa que…?

—¡Exacto! Me darán una acreditación que me permite entrar en la “zona empresarial” en el área oeste. Además, mañana tendrán lugar las negociaciones individuales para subir el sueldo de los empleados. Quizás el señor Dallergut me dé la acreditación durante la sesión de negociación. Ahora siento que verdaderamente formo parte de la plantilla de la Galería de los Sueños.

—Siempre que pasaba en el tren de camino al trabajo por la zona empresarial, envidiaba a los que iban a su puesto en aquel lugar. Quién me hubiera dicho que mi hija iría allí… —dijo su padre, que se le quedó viendo sin poder continuar, embargado por la emoción.

—¡Los empleados de la Galería son mucho más admirables que los que trabajan en la zona empresarial! Por cierto, de acudir allí, ¿qué tipo de obligaciones te encomendarían? —le preguntó su madre, limpiándose la boca con una servilleta.

—Todavía no lo sé. Supongo que seguramente tendré que ir a reuniones con creadores. Hubo una vez en la que visité a Yasnooz Otra en su casa. En la zona empresarial se encuentran numerosas firmas elaboradoras de sueños y también muchos creadores, así que seguramente me mandarán a hacer toda clase de encargos.

Penny le había hecho una visita anteriormente en su residencia a Yasnooz Otra, una de los cinco creadores legendarios de sueños, para llevarle la versión de prueba de *Otra vida*.

—Qué rápido ha crecido nuestra chiquita… Pero una cosa: allí no debes causar accidentes, ¿entendido?

—Eso mismo. Ya no puedes cometer ningún error grave como el del año pasado. Siempre debes estar con los cinco sentidos puestos.

La chica asintió con la cabeza con cara de tener la comida atragantada. Desde hacía un tiempo, sus padres estaban más regañones que de costumbre. Cuando la policía llamó a casa para corroborar los perjuicios causados por el ladrón de la botella de "ilusión", al que acababan de arrestar, dio la casualidad de que fue su madre quien contestó la llamada, dejando a Penny sin más alternativa que contar lo que le pasó. Después de aquello, le tocó aguantar que la sermonearan durante un buen rato; tanto que se prometió a sí misma que jamás volvería a mencionarles incidentes que le ocurrieran en el trabajo.

Tras soportar con estoicidad la catarata de reprimendas que le estaban cayendo encima y con la frustración de un pájaro crecido que no ha podido volar fuera de su jaula, trató de tranquilizarlos y de explicarles que no era tonta, y finalmente se levantó de la mesa con cara de extremo cansancio.

—Bueno, tómense su tiempo para terminar de cenar. Yo ya me voy a mi habitación.

Penny entró en su cuarto cargando los libros y, al soltarlos sobre su escritorio, cayeron desparramados. En la repisa no le quedaba espacio para colocar más, por lo que decidió deshacerse de los cuadernos que había usado para preparar su entrevista de trabajo. "Ya no importa si los tiro", pensó.

Abrió uno de ellos que no había terminado de resolver. Pensó que

si pudiera borrar las respuestas marcadas, quizás estaría bien cedérselo a alguien que lo necesitara, pero había usado bolígrafo para señalarlas. Pasando con desgana las páginas, se detuvo en la última pregunta que había resuelto. Recordó que, hacía un año, Assam, su amigo noctiluca, le había dicho cuál era la respuesta correcta al encontrarla enfrascada estudiando en aquella cafetería.

P: ¿Quién fue el creador y con qué sueño ganó el Grand Prix por voto unánime del comité evaluador en la Gala de los Premios al Mejor Sueño en 1999?

a) Kick Slumber con *Atravesando el Pacífico convertido en orca*.
b) Yasnooz Otra con *Vivir como mis padres durante una semana*.
c) Wawa Sleepland con *Observación de la Tierra flotando en el espacio*.
d) Doze con *Un té con un personaje histórico*.
e) Coco Siestadebebé con *Un matrimonio con problemas de fertilidad tiene trillizos*.

Tan pronto como vio el texto, recordó como si fuera ayer la situación en la que estaba y lo que sentía entonces. También se acordaba a la perfección de cuál era la respuesta correcta. "Es *a*), la obra con la que debutó Kick Slumber a sus trece años", murmuró, esbozando una sonrisa desbordante de confianza para, a continuación, cerrar el libro con sonoridad.

Por su memoria pasaron en cámara rápida los acontecimientos que había experimentado durante un año tras aquel día en el que se preparaba para la entrevista en la cafetería. La sobrecogió una sensación de plenitud sin precedentes, pues consideraba que había sido el tiempo de su vida en que el que había realizado mayores logros. Ya era bastante diestra en las tareas que concernían a la recepción y se sentía orgullosa de todo lo que había aprendido.

Ignorando que sólo conocía una ínfima parte de los asuntos que se cocinaban en la Galería de los Sueños, se puso a tararear mientras ordenaba el escritorio. Así cerró el día en el que cumplía un año de entrar a trabajar en la tienda.

* * *

En esos momentos, Dallergut, el propietario del establecimiento, se encontraba en su ático. Su hogar era un lugar acogedor que coronaba el edificio de estilo clasicista de la Galería, la gran tienda de cinco plantas donde se vendía una variedad de sueños. El ático estaba discretamente ubicado encima de la quinta planta —dedicada a la sección de saldos— y por fuera sólo dejaba ver un afilado tejado triangular y una única ventana pequeña, por lo que no parecía estar habitado. Sin embargo, una vez dentro, uno podía darse cuenta de que era un espacio mucho más amplio de lo que se percibía desde el exterior, pero sin duda se trataba de una vivienda bastante austera si se tenía en cuenta el estatus de su dueño. Todo el mundo le preguntaba si no deseaba vivir en una mansión de lujo como los creadores más célebres u otros propietarios de grandes comercios de sueños; sin embargo, Dallergut no tenía ninguna intención de dejar aquella morada que había decorado a su gusto. Además, lo que más le gustaba de vivir ahí era que no tardaba ni tres minutos en llegar a su despacho, el cual estaba en la primera planta.

Aunque resultara algo extraño, en el centro del ático había colocadas cuatro camas con las cabeceras pegadas las unas a las otras; todas ellas eran diferentes en cuanto a sus bases, el grosor de sus colchones y el material de las sábanas. Dado que los doseles que él mismo había mandado a fabricar a medida enmarcaban con naturalidad las cuatro camas, todas proporcionaban una sensación acogedora y holgada cuando se acostaba en ellas.

Había dispuesto cuatro camas para poder elegir la más adecuada para el tipo de sueño que quisiera tener cada noche. Era el único aspecto en el que se había esmerado dentro de aquel hábitat tan minimalista; del resto de la casa, en cambio, se había desentendido: los viejos muebles habían empezado a combarse y eso dificultaba su apertura, los electrodomésticos no funcionaban del todo bien debido a frecuentes averías y a los marcos de las ventanas les hacía falta una buena mano de pintura. Por si fuera poco, el sensor del interruptor de la luz estaba deteriorado y hacía que ésta se encendiera y apagara a su antojo, algo que tampoco parecía importarle mucho a Dallergut.

Él se encontraba solo en su ático después de haber terminado su jornada de trabajo. Se había puesto una pijama camisera y estaba sentado en su cama más baja, poniéndose al día con la lectura de las treinta cartas que le habían llegado esa semana. Sobre el lecho, tenía desparramadas las que ya había abierto.

¡Los creadores amateurs más prometedores nos hemos unido!

Los creadores e investigadores nos hemos puesto manos a la obra para desarrollar Sueños por Dos. El saludo "¡buenas noches, nos vemos en mi sueño!" pronto será realidad.

Sería un honor para nosotros concederle al señor Dallergut el derecho a vender en exclusiva este novedoso…

A Dallergut siempre le llovían las ofertas de firmas que se prestaban a cederle en exclusiva la venta de sus más recientes artículos. Le mandaban cartas con ese tipo de propuestas incluso antes de que el sueño a lanzar estuviera terminado, con el fin de atraer el interés de los inversores. Sin embargo, él estaba obviamente al tanto de que se trataba de proyectos que llevaban estancados varios años en su fase de desarrollo.

Cuando abrió con desgana el último sobre que quedaba, se dio cuenta de que era la carta que había estado esperando con gran ilusión, lo que hizo que su rostro se iluminara.

Estimado Señor Dallergut:
He recibido la propuesta de planificación que me envió. ¡Debo decirle que suena muy interesante! Me gustaría tomar parte en él sin excepción. Haré que en breve uno de mis empleados le haga llegar la lista de artículos con los que podríamos colaborar.

—Atentamente, Muebles Bedtown

Era un hecho que en días recientes Dallergut tenía todos sus sentidos volcados en cierto evento que iba a tener lugar en el próximo otoño. Se trataba de un proyecto muy ambicioso y personal, del que todavía no había dado pista alguna a sus empleados.

Afortunadamente, le iban llegando respuestas favorables de parte de las empresas más relevantes. De seguir a ese ritmo, en pocos meses tendría una excitante noticia para compartir con el personal de la tienda.

Tras leer la carta de Muebles Bedtown, se levantó de la cama enderezando la espalda, que sentía algo entumecida. Le dio una pereza enorme ponerse a recoger toda la correspondencia que había dejado dispersa. "¿Cuándo llegará el día en el que no me cueste

trabajo tener la casa ordenada? Este fin de semana me va a tocar hacer una limpieza a fondo”.

Optando por ordenar más tarde, se puso enfrente de un librero que estaba hecho a la medida para cubrir la totalidad de una de las paredes. Buscó en él algo de lectura ligera para llevarse a la cama antes de dormir. A la altura de sus ojos, había unos diarios colocados en orden cronológico y Dallergut sacó el que estaba marcado en el lomo con el número “1999”.

“Sí, me va a ser de ayuda leer los diarios antiguos de los clientes de cara a la inauguración del evento”.

El diario en cuestión era un conjunto de hojas de distintos tamaños que habían sido encuadernadas con un cordel resistente. La cubierta de tapa dura, hecha de un grueso cartón de pulpa de madera, daba testimonio del paso de los años, y en su centro se leía “Diario de los sueños de 1999”, escrito con tinta negra por el mismo Dallergut. Siempre le había gustado hacer todo a mano; por el contrario, manejar máquinas seguía siendo su asignatura pendiente. Todo el personal de la Galería sabía que era capaz de hacer que un aparato tan fácil de usar como la impresora se estropeara cada dos por tres.

Con el viejo diario en mano, se apresuró a meterse debajo del edredón de la cama más cercana a la entrada. Se sintió envuelto por completo en el suave y mullido tacto de la ropa de cama. Al hojear un par de páginas del diario, el sueño comenzó a apoderarse de él. Intentó aguantar despierto un poco más de tiempo frotándose los ojos, pero el cansancio lo vencía. Avanzar en los preparativos iniciales para el evento que planeaba en secreto, aparte de sus obligaciones en la tienda, le había hecho llegar al límite de sus energías por ese día.

“Lo único que tenía de joven era estamina, y ahora…”.

Hasta había pasado a bostezar en vez de respirar. Después de una serie de bocanadas, hasta le lagrimearon los ojos. Lo que mejor podía hacer en ese momento era recargar sus baterías durmiendo, pues a la mañana siguiente le aguardaba una apretada agenda de negociaciones de sueldos con sus empleados. Decidió que el diario lo leería más tarde en sus ratos libres. Tras dejarlo sobre una mesita de noche redonda, abierto en la página donde estaba leyendo, tiró suavemente de la cuerda que funcionaba como interruptor de la lámpara. Enseguida, se quedó dormido como un tronco en cuanto recostó su cabeza sobre la almohada.

Así, en el ático pasó a oírse únicamente la suave y profunda respiración de Dallergut y el ruido que hacía el segundero de su reloj.

Una vez que la oscuridad se terminó de asentar en la habitación, la luz de la luna penetró sutilmente por la ventana extendiéndose por todos los rincones y se coló una delgada ráfaga de viento a través de un resquicio del marco. El interruptor averiado de la entrada se encendió con una luz anaranjada, la cual se sumó a la claridad de la luna que entraba por la ventana para alumbrar las páginas del diario que Dallergut había dejado abierto.

20 de agosto de 1999

> Acabo de despertarme tras un sueño y siento la necesidad de dejar constancia de esta sensación tan vívida antes de que desaparezca.
>
> En mi sueño, yo era una orca gigantesca que avanzaba mar adentro desde las aguas de la costa. En ningún momento temí que fuera a tragar agua por falta de aire, ni que necesitara que me socorrieran si era arrastrada por las olas. Lo más asombroso del sueño fue la abrumadora sensación de estar inmersa en la escena.
>
> El sueño de Kick Slumber no presenta una libertad con peligros en la que uno no se atrevería a poner un pie, sino una libertad segura, la que todos anhelamos. Por esta razón, conforme me adentraba en las profundidades, más me sentía como en mi propio hogar.
>
> Sentí que tenía un músculo que me recorría el lomo desde la aleta a la cola, lo cual me permitió acelerar en un instante mediante un potente coletazo. Allí, la superficie del mar es el techo y debajo de mi vientre blanco se extiende un mundo más profundo que el cielo.
>
> La vista no sirve de nada, pues todo se percibe al mismo tiempo con todos los sentidos. Experimenté el impulso de subir a la superficie y en ningún momento dudé de mi capacidad para hacerlo. Mi cuerpo perfectamente aerodinámico rozó la superficie del agua y surcó el aire con audacia. Entonces un cosquilleo, que no sabría decir de dónde procedía, me atravesó entera. Me acordé de mi cuerpo que dejé en la orilla, pero me esforcé por seguir avanzando y guardar esa sensación dentro de las olas que iba doblegando.
>
> “Ése no es el sitio que me corresponde”.
>
> A medida que me acostumbraba a estas sensaciones intensificadas, me dio por pensar que había sido una orca desde siempre. Al mismo tiempo que iba cayendo en ese delirio también iba volviendo en mí. Los dos mundos, los de orca y ser humano, se superpusieron para luego diferenciarse y desembocar en mi despertar.
>
> Creo que fue el destino el que quiso que yo tuviera este sueño concebido por Kick Slumber a la edad de trece años, un niño dotado de genialidad que tal vez se convierta en el ganador más joven del Grand Prix a final de año.
>
> Pero no creo que yo pueda llegar a presenciar tal cosa…
>
> Algo más allá de esto sería demasiado peligroso…

Eso era todo lo que estaba escrito en la página abierta. La luz se apagó y el ático volvió a quedarse a oscuras.

Aquel diario anónimo, los muebles antiguos y la multitud de

enseres desordenados formaban una amalgama que otorgaba un ambiente misterioso al lugar.



1. El primer aumento de sueldo para Penny



Era un viernes de la última semana de marzo, ya algo entrado el siguiente año. El rico olor de la leche a la cebolla que se hervía en el camión de comida calentaba sutilmente cada rincón de la calle, reemplazando el frío aire del atardecer. Gracias a ello, las personas que venían a comprar sueños podían caminar por allí con el mismo ánimo agradable de estar cubiertos con una cobija calientita en mitad del frescor.

El vestíbulo de la Galería de los Sueños seguía tan rebosante de clientes como siempre. En una hora en la que los empleados del turno de noche se disponían a comenzar su jornada, Penny, quien estaba en su segundo año de contrato como asistente de la recepción, no se encontraba por ninguna parte, y esto no se debía a que hubiera vuelto a casa tras terminar su horario, sino que estaba en la sala de descanso para empleados, situada al lado izquierdo de la entrada a la tienda, esperando su turno para negociar su sueldo.

Dentro de la sala, a la que se accedía una vez que se empujaba con fuerza una puerta de madera en forma de arco, estaban otros trabajadores más, incluido Motail, un chico que había sido su compañero en el colegio. Aunque no era muy amplia, el personal de la Galería guardaba un cariño especial a aquella habitación donde podían descansar a su gusto.

Penny ya se había familiarizado con la iluminación de ese peculiar color amarillo, los cojines con remiendos, los tarareos y el ruido de sillas al ser arrastradas, y la relajante música de fondo que producían el pequeño refrigerador y la cafetera. Aquel lugar le traía a la memoria la misma sensación reconfortante del aula donde solía participar en las actividades del club escolar en su época de

estudiante.

—¿Cuántos tenemos por delante de nosotros esperando? —le preguntó a Motail, quien estaba sentado a su lado en el sillón con reposabrazos frente al sofá.

—Ahora mismo está dentro Vigo, luego vamos Speedo, yo y después te toca a ti. No falta mucho.

—Pensé que terminaríamos para la hora de volver a casa, pero ya pasó tiempo de más —dijo Penny, estirando sus brazos por encima de la cabeza, a la vez que miraba el reloj colgado en la pared.

—Qué remedio. Dallergut hoy estuvo tan ocupado como siempre. Estos días se le ve continuamente atareado. Si lo hubiera sabido, habría comprado unos bollos en Kirk's Barrier, pues no se sabe cuándo podremos cenar —replicó Motail, relamiéndose a la vez que se frotaba el protuberante vientre bajo su suéter ajustado.

La razón por la que no se habían ido a casa y estaban haciendo fila no era otra que las negociaciones de salario que tenían lugar una vez al año. En cuanto a Penny, quien había comenzado su segundo año como empleada, sería la primera vez que renegociaría su sueldo. Más que grandes ilusiones acerca de un aumento, albergaba cierto orgullo, pues el acontecimiento la hacía sentirse mucho más madura.

Que el año anterior le hubieran robado la botella de "ilusión" por las mismas fechas le había causado mucho pesar en su momento, y cuando se enteró de que al final lograron arrestar al culpable y recuperar el objeto, se alegró inmensamente ante la noticia. Sin embargo, también supo luego que el principal agente de la exitosa captura no había sido otro que Speedo. Con ello, el susodicho terminó por conocer todos los detalles del robo, así que, a partir de entonces, a Penny le tocó aguantar ver la cara de regodeo que ponía su compañero cada vez que se cruzaban en el trabajo. A pesar de eso, sentía un gran alivio ahora que había desaparecido aquel factor que podría resultarle desventajoso a la hora de renegociar su salario, por lo que ya no esperaba ni deseaba nada más.

Summer, una empleada de la tercera planta, y Mog Berry, la encargada principal de la misma, estaban sentadas justo debajo de un candelabro de diseño sencillo con algunas incrustaciones de cristal. Summer, como era propio de los empleados de esa planta, llevaba el delantal con arreglos hechos a su gusto. Le había bajado el dobladillo por completo, haciendo que fuera mucho más largo que el de sus compañeros. Mog Berry adquiría una presencia majestuosa bajo la luz

amarillenta que ponía de relieve sus mejillas, las cuales había cubierto densamente con maquillaje para ocultar su rojez.

Aunque ambas habían terminado su entrevista, habían optado por no irse a casa y estaban saboreando con gusto los refrigerios. En la enorme cesta ya no quedaban los bocaditos más exquisitos como las galletas reconfortantes para el cuerpo y el alma, sino poco más que un puñado de chocolates que no tenían ningún efecto en especial.

Summer había puesto sobre la mesa de madera el kit de tarjetas de un test de personalidad y le estaba haciendo a Mog Berry las preguntas.

—¡Bueno, veamos el resultado! ¡Te ha salido el "activista apasionado"! Eres del tipo del "Primer Discípulo". Es ya la tercera vez que veo el mismo resultado.

Con la mirada iluminada, Mog Berry asintió moviendo la cabeza con vigor en señal de satisfacción.

—¿Sale igual si se hace una segunda vez?

Al insistir en que probaría a repetir el test, Summer arrugó la nariz denotando reticencia.

Lo que Summer se había traído eran unas tarjetas con preguntas para averiguar a qué discípulo se asemejaba más un individuo de acuerdo con su personalidad; pertenecían a un test confeccionado con base en *La Historia del Dios del Tiempo y el Tercer Discípulo*. Se trataba de un obsequio que daban en la librería a comienzos de año con la compra de libros por un valor superior a diez gordens; y al tener un diseño que estimulaba las ganas de guardarlo como recuerdo, aquellos kits se agotaron enseguida. Penny había intentado conseguir un ejemplar a través de una compra de segunda mano que conllevaba el pago de un plus y, aunque finalmente decidió no adquirirlo, lo pudo reconocer al instante en que lo avistó.

—Motail, ¿te animas tú también a hacerlo? —le preguntó Summer, volviendo a esparcir las tarjetas sobre la mesa. En ese punto, ella ya estaba harta de interactuar solamente con su supervisora.

—Paso. No me hace falta hacerlo para saber que pertenezco al tipo del Primer Discípulo; soy una persona muy orientada al futuro —le respondió de manera resuelta. A continuación se levantó, tomó todos los chocolates en forma de moneda que quedaban en la cesta, le ofreció algunos a Penny y se volvió a sentar—. Penny, dices que vives con tus padres, ¿cierto? ¿No crees que deberías avisarles que vas a llegar tarde a casa? —le preguntó a la vez que iba abriendo el envoltorio de un chocolatín.

—Les informé hace un rato y les dije que empezaran a cenar sin mí.

A Penny no le disgustaba quedarse a holgazanear en la sala de descanso aun después de que hubiera terminado de trabajar. Al contrario, le entusiasmaba más bien la idea de ver la telenovela que daban por la noche mientras tomaba un sándwich de pollo sin verdura alguna que compraba en el camino de vuelta a casa. Estaba segura de que si llegaba temprano, sus padres la bombardearían sin tregua durante toda la cena, preguntándole si había conseguido un aumento de sueldo, si estaba esmerándose en atender a los clientes, o si se había ganado alguna riña de sus superiores.

Pasados unos momentos, la puerta de la sala se abrió con un sonido grave. Creyeron que el turno de Vigo Mayers había terminado más rápido de lo previsto y que ya estaban llamando al siguiente a entrar, pero quien apareció fue Speedo.

A cargo de la cuarta planta donde se vendían sueños para siestas, era conocido por todos debido a su carácter impulsivo, que a la vez se correspondía con una rapidez inigualable para dejar listas sus tareas. Como siempre, iba vestido con un overol y llevaba su larga melena recogida en una coleta. Desde la puerta, trayendo bajo el brazo varios archiveros voluminosos, escaneó con la vista a quienes estaban en la sala de descanso.

—Vigo Mayers aún no ha terminado, ¿verdad?

—No, creo que todavía le queda un buen rato —le respondió Penny como por inercia, para inmediatamente después arrepentirse de haberlo hecho.

—Penny, no hace falta que te esfuerces tanto por contestarme cuando hay tantos otros aquí. Ya sé que te sientes muy agradecida porque yo atrapé al ladrón que te robó esa botella de “ilusión” —le dijo Speedo a la chica, denotando que se estaba haciendo el benévolo con ella. A continuación, se sentó en el filo del sofá.

La chica esbozó una incómoda sonrisa, y para evitar seguir hablando con él, se dirigió a Mog Berry, cambiando de tema con astucia:

—Por cierto, ¿quedó bien la redecoración de tu casa? Dijiste que se estaban esmerando en especial con las ventanas, ¿cierto?

Hasta hace poco, Mog Berry se había alojado en casa de su hermana mayor durante la temporada en la que se llevaban a cabo remodelaciones en la suya. Como vivía cerca de Penny, solían

encontrarse a veces de camino al trabajo, pero varios días atrás su compañera le comentó que ya había quedado lista la redecoración.

—Qué bien te acuerdas, Penny. Pues sí, me encanta como dejaron las ventanas. Me costó decidirme a ampliarlas, pero ahora se puede ver hasta la "Pendiente vertiginosa" del oeste. Tengo unas vistas espectaculares, sobre todo cuando hace buen tiempo.

—Entonces, ¿también se ve el tren que va a la zona empresarial?

—Así es, ése era mi objetivo. Cuando en mis días libres me acueste en el sofá, voy a disfrutar el doble descansando mientras veo a los que se dirigen allí a trabajar —le respondió Mog Berry entusiasmada, como si hubiera estado esperando a que le preguntara.

Aprovechando que la atención de Mog Berry estaba concentrada en otro lado, Summer se puso a ordenar las tarjetas de aquel test tan fastidioso.

Tomando como referencia la avenida principal, donde se situaban la Galería de los Sueños y muchos otros comercios, hacia el sur había un amplio barrio residencial, en el que vivía Penny; al norte, en las Eternas Montañas Nevadas, habitaba Nicolás, quien era Santa Claus, y al este había una urbanización de casas de lujo, donde vivían personalidades conocidas como Yasnooz Otra y donde los creadores como ella tenían sus talleres. Por último, se encontraba la "Pendiente vertiginosa" al oeste, la cual era literalmente una cuesta extremadamente empinada que daba nombre a toda el área que la rodeaba.

Cruzando el valle desde la pendiente y subiendo por otra cuesta empinada al oeste, se encontraba un vasto territorio que albergaba el conjunto de empresas dedicadas a la fabricación de sueños, al que los ciudadanos llamaban "la zona empresarial".

El terreno era demasiado accidentado y su disposición complicaba mucho el acceso debido a las vueltas que había que dar para llegar; por tanto, la gente que iba a trabajar allí tomaba un tren con esa finalidad. El tren transportaba pasajeros sobre los rieles que atravesaban las colinas de subida y bajada, repitiendo el trayecto varias decenas de veces en un mismo día.

—Penny y Motail, todavía no se han subido al tren de trabajadores, ¿cierto? —preguntó Mog Berry.

Motail negó con la cabeza y le respondió:

—Yo sí subí una vez. Había escuchado que a los visitantes forasteros que van en pijama los dejan ascender sin revisarles los

boletos, así que para comprobarlo fui con unos amigos del barrio y nos subimos. Pero la aventura terminó pronto porque, a los diez segundos de pisar el tren, el revisor nos descubrió.

Subir al tren de trabajadores que iba a la zona empresarial no era algo que le estuviera permitido a cualquiera. Hacía falta una acreditación para ello, como la licencia de creador de sueños o una tarjeta de empleado de una compañía situada dentro del complejo, que certificara que el pasajero pertenecía a la industria de los sueños. En cuanto a los empleados de la Galería, sólo eran reconocidos como trabajadores de la industria una vez que hubieran completado un año de contrato, pudiendo recibir así un pase de acceso.

—Pero, Motail, tú llevas aquí trabajando mucho más de un año, ¿no? —preguntó Summer, algo confundida, mientras metía las tarjetas del test en su estuche.

—El verano anterior fue cuando completé un año entero, pero como supuestamente la acreditación sólo se otorga a todos por igual en el mes de marzo, he estado esperando hasta ahora. Penny, tú recién acabas de cumplir un año, ¿no?

—Justo ayer. He tenido suerte. Si me hubiera incorporado un poco más tarde, quizá me habría tocado esperar un año más —dijo Penny, soltando un suspiro en señal de alivio.

—Por fin estos novatillos se enterarán de lo que es la “Oficina de Atención al Cliente” —aprovechó Speedo para meterse en la conversación tras llevar un rato callado. Había estado hojeando a toda prisa los archiveros, a la vez que agitaba una pierna impacientemente.

—Deja de crearles miedos innecesarios y detén ya esa temblorina, Speedo —le recriminó Mog Berry.

—¿Cómo que innecesarios? Sabes tan bien como yo lo que significa que te den el pase de acceso a la zona empresarial. No es para subirse al tren y visitar las compañías de creación de sueños como si fuera una excursión.

—Sí, pero no vayas a empezar a hablar de las cosas que traen quebraderos de cabeza.

—¿El pase no era para probar a subirse al tren y darse un paseo por allí para conocer las empresas? —preguntó Motail, con cara de desconcierto a causa de la conversación entre sus dos compañeros más veteranos.

—Mira que eres ingenuo, Motail. Lo que dice Speedo es cierto, les van a expedir un pase que usarán principalmente para ir a la Oficina de Atención al Cliente que hay en la plaza central de la zona

empresarial.

—¿No podremos visitar las empresas? —preguntó Motail frustrado, llevándose las manos a la cabeza.

—¿Para qué irán allí a hacer eso? Al único lugar al que tendran acceso será la Oficina de Administración y, como mucho, al Centro de Pruebas. Allí es donde tienen lugar las reuniones con las compañías creadoras de sueños cuando surgen problemas a causa de alguna denuncia.

—¿De qué se ocupa la Oficina de Administración? —preguntó Penny en un tono calmado.

—Te enterarás mejor cuando hagas una visita allí, antes que con cualquier explicación que te demos. Recuerdo la primera vez que fui acompañando a Dallergut como si fuera ayer... Todos los que nos dedicamos a la venta de sueños debemos pasar por ese sitio en algún momento, pero en la medida de lo posible intento no tener que ir por allá más. Por así decirlo, es un lugar que te hace sentir incómodo —le respondió Mog Berry con una mirada desmoralizante.

—Hasta ahora sólo conocieron a clientes que vienen aquí de buen talante. Ahora se van a enterar de los problemas que vienen de la mano de la Oficina de Administración. No saben todas las quejas que entraron por unos sueños para siestas que yo vendía el año pasado —añadió Speedo, señalando los gruesos archiveros que estaba hojeando.

—Speedo, no me digas que has traído los casos de reclamaciones resueltos para enseñárselos a Dallergut en la negociación de sueldo —dijo Mog Berry boquiabierta.

—Exacto. Imprimí los documentos y los ordené para que pudiera comprobar de un vistazo todo lo que sufrí por ellos. ¿Quieres ver la cantidad de denuncias tan ridículas que hay aquí? A ver, puedo entender que alguien reporte que por culpa de una siesta en plena lección, los compañeros se burlaran al oír que hablaba en sueños; sin embargo, hay gente que se queja de tener insomnio por la noche por haber dormido toda la tarde porque la siesta era demasiado buena para despertarse. ¿Y qué culpa tengo yo de eso? Cada vez que pienso en el dolor de cabeza que me causó durante varios días...

—Al fin y al cabo, eres el encargado de la cuarta planta porque supiste salir airoso de todo aquello. En esta tienda es un cargo que no se le da a cualquiera, sino a quien tiene una experiencia de peso en este ámbito —dijo Summer, que había estado escuchando atentamente la conversación, denotando cierta envidia.

A pesar de que Penny no se había enterado de la mitad de las cosas

que Speedo había contado con tanta celeridad, intuyó que sólo un empleado como él podría haber solucionado tan rápido todos aquellos asuntos.

—Se ve que para los encargados principales de cada planta esto se trata de una negociación de salario en todo el sentido de la expresión. Yo tenía previsto no hacer más que firmar la cantidad que el señor Dallergut me propusiera sin decir nada.

Penny comenzó a sentirse algo presionada acerca de la entrevista que tendría en pocos minutos.

—No te preocupes. El señor Dallergut no será muy exigente contigo, pues entenderá que recién acabas de completar tu primer año; sólo querrá saber qué planes tienes en el que sigue —la consoló Summer.

—Pues de planes… ¿Se puede llamar plan al simple propósito de esforzarme más este año? Me refiero a que mis tareas son atender a los clientes en la recepción, llevar las cuentas del inventario y hacer los encargos que la señora Weather me manda. Nunca he pensado en hacer cosas más allá de eso.

—Eso es ya en sí un plan estupendo, pero ¿no crees que te aburrirás? Si yo me pasara los días en un mismo sitio haciendo sólo lo que me ordenan, quizás acabaría volviéndome loco —dijo Motail, dando un brinco en su asiento que le hizo erguir la postura.

—Pues a mí me parece que en la quinta planta te la pasas a lo grande, ¿eh?

Motail era conocido entre todos por el alborozo con el que cantaba las ofertas en la sección de descuentos de la quinta planta. Hasta la misma Penny reconocía que sentía impulsos de comprar alguna ganga al oír las maravillas acerca de los artículos con las que encandilaba a un cliente y otro.

—Motail, ¿tienes algún plan que te vaya a ser útil a la hora de negociar tu sueldo?

—Pues tengo una estrategia magnífica.

—¿De qué se trata?

—A mi parecer… En la quinta planta ya se va necesitando un jefe —le murmuró a Penny, inclinándose sobre el reposabrazos de la silla como temiendo que alguien pudiera escucharlo—. Fíjate en Mog Berry, con lo joven que es y ya tiene un puesto de encargada. Quizás en un futuro no muy lejano, yo también pueda ser jefe de la quinta planta. Nadie negará que como mínimo tengo un ojo clínico para la selección de productos. Aunque sé que es demasiado pronto para tener

este tipo de aspiraciones, espero que algún día… —explicó Motail con la desbordante confianza de un niño que acaba de ganar un campeonato de natación.

Sus palabras no se quedaban en una mera vanidad. Motail tenía una perspicacia innata a la hora de identificar los sueños que serían éxitos de venta. Todas las novedades que él recomendaba, aunque no resultaran ser un bombazo, se vendían en tales cantidades que no quedaban saldos almacenados. Cuando a finales de año Dallergut daba la oportunidad a todo el personal de comprar cualquier sueño de la tienda canjeando un cupón, era habitual entre los empleados decidirse por el mismo que Motail conseguía para sí.

—Sí, tienes una vista de lince para los sueños —lo elogió Penny, para disimular lo impresionada que estaba al oír aquello que le acababa de decir.

Sin duda alguna, que un compañero de su misma edad tuviera tales pretensiones suponía un aliciente para que ella se diera cuenta de que podía quedarse atrás. "¿Por qué no me di cuenta antes?", se preguntó, pues se había limitado a pensar que le deparaba un año no muy diferente al que había cumplido en su puesto. Sin embargo, no estaba en situación de limitarse a hacer sólo lo que le mandara Weather. Aparte de que ya no procedía usar el comodín de novata para que los demás le resolvieran los problemas, era evidente que, de no avanzar, surgirían cada vez más diferencias entre ella y los empleados que, como Motail, tenían sus propios propósitos. Penny se quedó de piedra al recibir aquella bofetada de realidad, tras haber estado ensimismada en la fantasía del pase a la zona empresarial.

La puerta de la sala de descanso volvió a abrirse. Esta vez sí fue Vigo Mayers quien entró. El encargado de la sección de rutinas ordinarias de la segunda planta siempre portaba un serio semblante que no daba pistas de qué ánimo estaba. Por tanto, no había manera de discernir si su negociación de sueldo había sido exitosa o no.

Al anunciarle a Speedo que había llegado su turno, este último se dirigió al despacho de Dallergut con paso decidido, llevando bajo el brazo los archivos. Vigo también se disponía a salir detrás de él, pero la voz de Mog Berry lo hizo detenerse:

—¡Señor Vigo, haga usted también el test de personalidad! Se trata de saber a qué personaje de entre el Dios del Tiempo y sus discípulos se asemeja. Me intriga qué resultado le saldría.

Mog Berry se puso a sacar con ingenuidad las tarjetas del test que

Summer había dejado bien ordenadas dentro del estuche.

—No me interesa. Para empezar, no creo que la personalidad de la gente se pueda dividir simplemente en tres tipos —le respondió Vigo con desgana.

—No es para que se ponga así. Se trata sólo de una diversión. A ver, ¡Penny! ¿Qué te parece si te lo hago a ti?

—¿Cómo? Ah, sí, bien —aceptó sin querer Penny, al espabilarse de repente de sus cavilaciones.

Con todo el entusiasmo del mundo, Mog Berry se desplazó enseguida hasta quedar frente a Penny y esparció el conjunto entero de tarjetas. Cada una de las veinticinco estaban hermosamente ilustradas con un dibujo distinto y unidas entre ellas por una fina parte de sus esquinas. Tras colocarlas sobre una superficie, quedaban alineadas cinco en sentido horizontal y otras cinco en vertical, y había que ir plegándolas en orden según la respuesta que se elegía hasta que quedara la última, que era la que dictaminaba el resultado.

—Pues sí que lo han hecho con un diseño muy acertado —dijo Vigo, quien se había quedado a curiosear, a pesar de haber mencionado que no tenía interés en el test.

—Bueno, empecemos. Una vez que hayas contestado a todo lo que te pregunto, quedará sólo una de estas tres —le indicó Mog Berry, usando las mismas palabras que le había oído decir antes a Summer, mientras señalaba las tres vistosas tarjetas que componían la línea inferior.

En la del extremo izquierdo, enmarcada por un borde con motivos frutales, estaba dibujada la silueta posterior de una señora mayor que señalaba con la mano hacia una luz clara. Cualquiera podía darse cuenta a simple vista de que estaba inspirada en la creadora de sueños premonitorios de embarazos, Coco Siestadebebé. En la tarjeta del centro unos cristales pequeños brillaban como estrellas sobre un oscuro fondo similar a una cueva y estaba dibujada la figura de un hombre delgado que apuntaba a ellas con su mano. En la tercera tarjeta aparecía un hombre parecidísimo a Dallergut sobre un trasfondo con la ilustración de la Galería de los Sueños.

Justo cuando Penny le iba a preguntar quién era el personaje representado en la segunda tarjeta, Mog Berry le dio la vuelta a ésta ocultando el dibujo. Enseguida, tomó la lista de preguntas y comenzó a hacérselas:

—¿Sueles quedarte atrapada en los recuerdos cuando estás sola?

—Ehm… Sí, creo que me pasa constantemente.

—¿Consideras que los acontecimientos pasados influyen mucho en ti?

A Penny le vino a la mente la sonrisa burlona de Speedo que tan molesta le resultaba últimamente.

—Sí.

—Bien. ¿Encuentras regocijo en planificar nuevas aventuras para no anclarte en la rutina diaria?

—No, creo que no hago eso.

Conforme iba contestando, las cartas se iban replegando cada vez más unas a otras. Cuando finalmente Penny respondió a la última pregunta, Mog Berry le dio la vuelta muy lentamente a la última tarjeta que quedaba.

—Eres… ¡una filósofa entrañable! ¡Te ha salido el tipo del Segundo Discípulo! Eres la primera de aquí que obtiene este resultado.

Penny se quedó contemplando la tarjeta que su compañera le había pasado. A lo largo de la parte superior de los bordes estaba escrita en letra pequeña una cita del libro *La Historia del Dios del Tiempo y el Tercer Discípulo* que Penny conocía:

> El Segundo Discípulo pensaba que con los recuerdos se podía ser feliz eternamente, pues no habría nada que lamentar ni echar de menos. El Dios del Tiempo le otorgó el pasado y, al mismo tiempo, el don para recordarlo todo infinitamente.

—Por cierto, ¿quién es el descendiente del Segundo Discípulo? —aprovechó Penny para preguntar lo que le había intrigado durante todo el tiempo que hacía el test—. La historia cuenta que se escondió en una cueva, ¿es por eso por lo que nadie supo más qué fue de él después?

—No sé. En estos días nadie se interesa en ello. Además, es algo que pasó hace mucho tiempo. Acuérdate cómo tú misma no sabías hasta el año pasado que Coco Siestadebebé es descendiente del Primer Discípulo. El caso del señor Dallergut es mucho más conocido, y supongo que en eso influye que sea el heredero de la Tienda después de tantas generaciones. Se dice que el descendiente del Segundo Discípulo podría estar en algún sitio creando sueños en el anonimato; e incluso hay rumores de que ya dejó este mundo, pero, al fin y al cabo, no existe ninguna certeza.

—Atlas —dijo secamente Vigo, como poniendo punto final a lo que Mog Berry acababa de decir.

—¿Cómo dice?

—El descendiente del Segundo Discípulo se llama Atlas. Quédate con el nombre —aclaró, mientras abría vigorosamente la puerta—. Me marcho. Si terminaron ya lo que tenían que hacer, dejen de perder el tiempo aquí y váyanse a casa.

Al mismo tiempo que Vigo salía, Speedo, que había estado entrevistándose con Dallergut, entró corriendo en la sala de descanso.

Dado que había terminado su sesión de negociación en menos que canta un gallo, Motail, quien tenía el siguiente turno, se apresuró a levantarse del asiento.

Penny salió antes de la sala cuando Motail estaba más o menos por acabar su entrevista y se quedó deambulando frente al despacho de Dallergut mientras esperaba su turno. Aparte de los clientes forasteros vestidos con ropa de dormir que había en el vestíbulo, se acercaban muchos de otras ciudades de camino a sus casas tras terminar la jornada.

El resultado del test que hizo momentos atrás seguía flotando por su cabeza como impurezas sobre la superficie del mar. Imaginó que a Motail probablemente le habría salido el tipo de personalidad del Primer Discípulo, el que simbolizaba el futuro. "Si él tiene como virtud innata el ser ambicioso y emprendedor, ¿cuáles serían mis puntos fuertes teniendo en cuenta que pertenezco al tipo del Segundo Discípulo? ¿Cómo podría beneficiarse ese personaje al que se le otorgó el poder de recordar todo eternamente?". Penny no podía pensar más allá de que esa habilidad sólo le sería útil a ella a la hora de hacer un examen que requiriera memorizar cosas. A pesar de que estaba de acuerdo con Vigo en que la personalidad de la gente no podía dividirse en sólo tres clases, esos pensamientos no dejaban de rondar de manera absurda por su mente.

Estaba tan distraída por esas ideas que no notó que la puerta se había abierto. Motail se quedó mirando con extrañeza a la chica que seguía ahí de pie totalmente absorta.

—Penny, ¿te pasa algo?

—Ah, ya terminaste, ¿no? Descuida, no es nada.

—Menos mal. Ya puedes entrar —le dijo Motail amablemente, sosteniendo la puerta unos segundos. Parecía que le había ido bien en la negociación, pues se le veía contento.

—Gracias.

Al entrar en el despacho, Dallergut la saludó con la mano, mostrando un semblante alegre desde el otro lado de su escritorio.

Llevaba puesto un suéter en el que se entrelazaban hilos blancos y negros, que parecían replicar los colores de su cabello rizado.

—Perdona, tuviste que esperar mucho, ¿verdad? Siéntate.

—No se preocupe, señor Dallergut.

Él se puso unas gafas de montura delgada que no solía llevar a menudo. Le daban un aspecto aún más observador, pero, al contrario de su pulida apariencia de perfeccionista, su despacho derrochaba personalidad de arriba abajo.

La caprichosa impresora vieja volvía a emitir la misma luz de aviso parpadeante de siempre y sobre la amplia mesa se encontraban en total desorden todo tipo de cosas, desde documentos por firmar, un antiguo diario y hasta alguna que otra lata de refresco.

—Hay gente que se siente más cómoda en un entorno menos organizado —le dijo con serenidad a la chica, como si le hubiera leído la mente—. Supongo que hoy no te harán falta las galletas para reconfortar el cuerpo y la mente.

—Claro que no —le respondió ella para aparentar que estaba tranquila.

—Veamos. Es tu primera negociación de sueldo como empleada de la recepción. ¿Qué te parece si hacemos un repaso de este último año?

Dallergut se puso a buscar entre los papeles del escritorio uno donde tenía anotada la información acerca de Penny. Al intentar sacarlo de debajo del bote de los lápices, le dio un codazo a una lata de refresco a medio beber y casi la derrama. Por suerte, Penny estaba atenta y fue presta a sujetarla antes de que se volcara. Con la otra mano, levantó un viejo diario que estaba justo al lado, salvándolo de que acabara mojándose.

—Gracias, Penny.

—De nada.

La chica volvió a poner el diario sobre el escritorio. Sobre la deslucida tapa estaba escrito "Diario de los sueños de 1999".

—Diario de los sueños de mil novecientos… Ésta es su letra, ¿cierto? ¿Escribe un diario sobre los sueños?

Penny había reconocido de inmediato la caligrafía de Dallergut.

—Ah, las páginas que contiene no las he escrito yo, solamente las encuaderné para hacer un diario con ellas. Quería guardar las reseñas que dejaban los clientes forasteros al despertarse tras tener los sueños. Pensaba echarles un vistazo cuando tuviera un rato, pero hoy tampoco he encontrado un momento —explicó él con una sonrisa, mientras daba unos toquecitos con el índice sobre la portada.

—¿Los clientes forasteros escriben un diario de los sueños que han tenido?

—Ya sabes que a través del Dream Pay Systems podemos leer los comentarios que dejan. Éstas serían, por así decirlo, unas reseñas mucho más exhaustivas.

—Que describan sus experiencias después de tener sueños me parece insólito, pues los clientes, por lo general, difícilmente se acuerdan de lo que soñaron.

—Al parecer, anotan sus sensaciones en el primer papel que tienen a mano en cuanto se despiertan. No obstante, son pocas personas las que lo hacen, y ésa es precisamente la razón por la que estos diarios son tan valiosos. Así es como conservamos los registros diarios de sueños archivándolos por año. Para nosotros, que trabajamos en contacto directo con los clientes, no existen datos más preciados que éstos.

Penny sintió una repentina curiosidad acerca de qué tipo de anécdotas habrían dejado por escrito los clientes en el ya distante año de mil novecientos noventa y nueve.

—Vaya, me fui por las ramas hablando de otra cosa. Hoy tenemos que hablar sobre ti, Penny.

Dallergut comenzó a leer un papel donde había hecho una gran cantidad de apuntes sobre su empleada. La chica tragó saliva, impacientándose acerca de qué observaciones habría hecho en cuanto a su desempeño.

—Veamos. Weather me comentó que deposita bastante confianza en ti. También dijo que está contenta con tu actitud en el turno de noche y le gusta la forma tan meticulosa con la que dejas hechas tus tareas. Obviamente, no hay nada más fiable que la opinión de los que trabajan a tu lado.

Sintiéndose aliviada al oír eso, Penny le dio las gracias para sus adentros a Weather.

—Ah, por cierto. Tengo una cosa que darte.

Tras rebuscar en el último cajón del escritorio, sacó algo y se lo ofreció a la chica. Se trataba de una pequeña tarjeta confeccionada a modo de colgante.

—Señor Dallergut, ¿es esto…?

Sobre la superficie de la tarjetita hecha de un material brillante estaba grabado “Penny/Empleada de la Galería de los Sueños Dallergut” en letras que se leían nítidamente.

—Vaya, quiere decir que ya me expidieron el pase para la zona

empresarial. Muchas gracias por acordarse de solicitarlo para mí.

—Cómo no, ya llevas un año trabajando con nosotros. Con esto se te acredita para tener acceso a la zona empresarial, lo que significa que ahora te reconocerán como personal capacitado de la industria de los sueños.

—Escuché que una vez que se recibe este pase, hay que ir a la Oficina de Atención al Cliente.

—Oh, veo que ya estás enterada. Todos los empleados que han superado sin problemas su primer año, deben pasar por allí sin falta. Piensa que es algo así como un pequeño curso de entrenamiento que yo mismo he establecido. Acompáñame a ir allí el próximo lunes.

—En la Oficina de Administración es donde se reciben reclamaciones por escrito de parte de clientes que tienen quejas, ¿cierto? Al menos, ésa es la idea que me quedó después de oír lo que dijo Speedo.

—Pues resumiendo, así es. Si tuviéramos que escoger en qué tipo de clientes centrarnos, ¿a cuáles darías prioridad? ¿A los que todavía no han hecho ninguna compra, o a los que eran asiduos pero decidieron no venir más? ¿En qué colectivo deberíamos invertir nuestros esfuerzos si queremos mantener el éxito?

—Ehm… Es importante atraer a nueva clientela, pero también lo es que sigan viniendo los clientes habituales… No obstante, si hubiera que decantarse por un grupo de los dos…

Dallergut sabía cómo tomar por sorpresa a Penny con sus desafiantes preguntas y, cuando lo hacía, sus ojos de color grisáceo destellaban vitalidad.

—Yo tengo mucho aprecio hacia los clientes asiduos, seguramente porque les tomé cariño a sus medidores de párpados que tenemos en la recepción.

A Penny le agradaban esos pequeños artilugios que medían el grado de somnolencia de los clientes fijos, con sus vaivenes y sonidos acompasados tan particulares. Más allá de eso, sentía una alegría inmensa cuando, al poco de que las agujas indicaran que habían entrado en fase REM, esas caras familiares entraban por la puerta.

—Yo pienso igual. Me parece que es una muy mala señal que los clientes que disfrutaban con nuestros sueños dejen de venir a nuestra tienda de un día para otro. Los que no son dados a quejarse optan drásticamente por no aparecerse más. En lugar de eso, es preferible que vengan pidiendo un reembolso.

Penny recordó aquella vez en la que unos clientes llegaron en

tropel reclamando un reembolso de los *Sueños para superar traumas* de Maxim. Por entonces, Dallergut los invitó a una sala oculta donde pudieron compartir sus insatisfacciones.

—La Oficina de Administración está para ayudarnos cuando se dan este tipo de situaciones. Aunque los clientes suelan olvidar los sueños, si tienen experiencias molestas repetidamente, acaban acudiendo allí. Desde el punto de vista de ellos, esa opción es mucho más conveniente que volver al sitio donde hicieron sus compras y ponerse a discutir. La función de la Oficina es abordar esa información, analizarla y reportarnos los problemas a los propietarios de comercios o a los creadores. Comprobar los fundamentos de cada queja y tomar las acciones adecuadas para resolverlas es una de las tareas más espinosas a las que nos enfrentamos los encargados de cada planta y yo.

A Penny le costaba entenderlo todo de una sola vez.

—¿Cuál es el problema si a los clientes forasteros siempre se les cobra *a posteriori*? A mí me parece que en ningún momento salen perdiendo.

—Eso es justo sobre lo que aprenderás este año. Hay muchas personas que no quieren soñar por razones que nunca podrías imaginarte. La negligencia de los clientes que hacen *No Show* quizá puede interpretarse como un descuido de parte nuestra que les ha llevado a acudir a la Oficina de Administración. Ya te irás familiarizando. Supongo que todas las cosas que experimentaste durante este tiempo aquí te habrán enseñado que mis explicaciones, al fin y al cabo, no te serán de tanta ayuda como la práctica.

—Sin duda, pero… ¿es posible recuperar a esos clientes que eran asiduos?

Penny quería tomárselo con una mentalidad abierta, pero no podía impedir sentirse insegura, pues ella misma nunca había vuelto a pisar una tienda con la que se había desilusionado una vez.

—Las circunstancias de los clientes son todas diferentes. Si tienes presente que a cada uno pueda estar pasándole una diversidad de cosas, quizá no te parezca imposible.

—Me gustaría servirles de apoyo. Me sentiría bien con que al menos uno de los habituales volviera a confiar en nosotros.

—¿Ése es tu plan para este año?

—Ah, pues… La verdad es que se me acaba de ocurrir justo ahora, pero lo digo en serio. Me gustaría que en la tienda recibiéramos a tantos clientes como ahora. No se imagina cuánto apego le tengo a este lugar.

—En ese caso, tienes el mismo plan que yo para este año.

—¿Qué planea hacer usted, señor Dallergut?

—Pues… lo cierto es que hay una cosa que tengo en mente, aunque todavía no te puedo hablar de ello porque está por confirmarse. Aún me quedan bastantes cosas por concretar.

—¡Parece que está preparando algo especial! Al menos deme alguna pista.

—Bueno, lo único que te puedo decir por seguro es que será un evento que les gustará a los clientes tanto como a mí.

—¿En serio?

—Bien, volvamos al tema central. Vaya, ya hace un buen rato que pasó la hora de salida. Será mejor que nos apresuremos a terminar con la negociación, que yo todavía no he cenado. La cena sabe aún más rica al tomarla luego de haber trabajado con ahínco; eso sí que es importante. A ver… Tengo pensado que esta cantidad sería adecuada como sueldo para ti, ¿qué te parece?

Dallergut escribió los números sobre el contrato con un bolígrafo y le acercó el papel a Penny. Como resultó ser una cantidad más generosa de lo que ella se esperaba, la chica tuvo que esforzarse por mantener cara de póker y ocultar lo contenta que estaba. Aparentemente, su jefe ya había dejado reflejadas sus expectativas acerca de ella con esas cifras.

—Penny, el dinero que obtenemos es el resultado de un trueque por las valiosas emociones de nuestros clientes. Debes tener presente siempre el peso de lo que eso significa —le aconsejó su jefe, mientras ella firmaba el contrato.

—No lo olvidaré.

Una sensación envolvente de nerviosismo y ambición se apoderó de ella y la serie de números escrita a la cabeza del documento le pareció que era la misma cantidad de clientes que había pasado por la Galería.

—Bueno, nos vemos el lunes entonces. Oh, espera, casi se me olvida. Llévate esto también. Es el horario de trenes que paran en la zona empresarial —dijo Dallergut, pasándole un papel donde aparecían unas letras diminutas—. Verás que las horas aparecen especificadas hasta con el minuto exacto. Deberás subirte al tren en la parada más cercana a tu casa a las siete en punto. Yo me subiré en la que hay cerca de la tienda.

—De acuerdo. Lo veré el lunes.

En cuanto salió del despacho de Dallergut, Penny encontró el nombre de la parada cercana a su casa de entre todas esas letras

microscópicas del horario y la marcó con bolígrafo rojo dentro de un generoso círculo.

Comestibles "La Cocina de Adria". Salida: 6:55 a.m.

Se fijó en que había un aviso escrito en negritas al pie de página:

Este tren no es un vehículo de uso personal.
Rogamos sean estrictamente puntuales.

La chica se quedó unos momentos contemplando la tarjeta de acceso y el horario de trenes que tenía en las manos. Sonriente, tocó el grabado con su nombre en la acreditación. A pesar de que no había podido cenar todavía, tenía una sensación de plenitud gratificante al albergar la ilusión de que ese año experimentaría un mundo más extenso que el año anterior, además de que ahora se sentía completamente integrada. Tras guardar con cuidado ambos objetos en su bolsa, salió de la tienda para enseguida cruzar la avenida comercial, ya sumida en una total oscuridad, con un paso más ligero y alegre que de costumbre.



2. La Oficina de Atención al Cliente



La mañana era más pesada que la de cualquier otro día, pero hoy era peor porque el clima estaba húmedo y hacía fresco como si pronto fuera a llover.

Penny había llegado a tiempo a la parada donde se subía al tren de empleados gracias a que descartó tomar el desayuno. Tras comprobar que llevaba su acreditación colgada al cuello, volvió a meter la mano en el bolsillo de su abrigo. Como ayer se había ido a dormir tarde, no podía parar de bostezar ni un momento.

La parada estaba situada delante de la tienda de comestibles La Cocina de Adria, que coronaba la cuesta cercana a su casa. Dentro del establecimiento, abierto desde primera hora de la mañana, ya había bastantes clientes que venían para aprovechar los descuentos matutinos.

La chica se quedó esperando en un sitio algo apartado de la puerta para no estorbar a la gente que entraba y salía de allí. Había unas cinco o seis personas que habían llegado antes que ella a la parada. Todas ellas llevaban puestos auriculares o estaban cruzadas de brazos en señal de que deseaban que nadie les hablara; parecía como si quisieran tomarse unos momentos para sí solas antes de entrar al trabajo.

Penny se iba entusiasmando cada vez más al pensar que pronto se subiría a ese tren. Por el contrario, el hecho de que el lugar a donde acudiría al bajarse era la Oficina de Atención al Cliente le arrebataba la mayor parte de ese entusiasmo. Se sentía algo tensa al imaginar el ambiente burocrático que anunciaba el nombre del lugar y lo engreído que sería el personal de tal institución del gobierno.

Además, Mog Berry ya le había hecho una especie de advertencia

acerca de aquel sitio: "En la medida de lo posible, es mejor no tener que ir por allá. Por así decirlo, es un lugar que hace sentir incómodo a cualquiera".

En cuestión de minutos el área de la parada se abarrotó de personas. Había algunas que estaban hablando en grupo mientras tomaban una bebida caliente que despedía un intenso olor a cereales.

—¿No oyeron ya acerca del nuevo director de la Oficina de Atención al Cliente? En cuanto llegó al puesto, llamó a su despacho a todos los empleados.

—Lo normal. Ahora que asumió la dirección habrá querido hacer borrón y cuenta nueva de lo que hacía su predecesor. Es la época en la que se va con más ganas, ¿no? ¡Caray, cómo quema! —dijo el hombre de voz más ronca, antes de toser al casi atragantarse con la bebida.

—En la Galería estarán al tope de cosas que hacer.

Penny aguzó el oído para escuchar lo que decían las personas que tenía detrás.

—Pues seguro. Con la cantidad de clientes que tienen, mayor será el número de reclamaciones con las que deben lidiar.

—Bueno, vamos a lo nuestro. Si no podemos sacar nuestra nueva línea de productos para que las venda Dallergut, estamos perdidos. No quiero amargarme en un lunes por la mañana. Vaya, ha empezado a llover.

El día ya anunciaba lluvia desde antes, y pronto le empezaron a caer unas gotas sobre la cabeza también a Penny. Los que querían evitar mojarse fueron reculando disimuladamente hacia el toldo de la tienda de comestibles. Por suerte, Penny esperaba al lado del panel para anuncios debajo de la marquesina, por lo que estaba resguardada de la lluvia y el viento.

Cátsup casera hecha por mamá de Madame Sage / Mayonesa casera hecha por papá

Versión renovada de 2021 con un sabor y emoción más profundos (contiene un 0.1% de nostalgia).

No pasa nada por querer cocinar algo rápido. ¡Resalte sus platos con emociones!

Recupere esos recuerdos de la comida de su infancia.

La imagen del panel mostraba a unos niños conmovidos hasta las lágrimas al comer sus raciones de *omurice*. Detrás de ellos salían los

padres sosteniendo los productos en una mano y alzando los pulgares de la otra. En el plato de *omurice*, la cátsup de un resaltado color rojo cubría el omelette de tal manera que no se veía

A Penny le resultó tan cómica la expresión jovial de los personajes que se quedó mirándolos, cuando de repente alguien le pisó el pie al retroceder hacia la marquesina para evitar mojarse. Sin disculparse siquiera, el sujeto se puso a mover la cabeza al ritmo que marcaba la música provista por sus auriculares. Para apartarse de él, la chica dio un paso grande hacia un lado y se topó con algo mullido y suave en lo que acabó casi envuelta.

—¡Penny! ¡¿Qué haces aquí a esta hora?!

Aquello de tacto blandito resultó ser Assam, el noctiluca. Entre sus patas delanteras llevaba una cesta gigante y otra más colgada de su cola.

—Assam, ¿viniste tan temprano a hacer las compras? Yo estoy esperando el tren porque tengo que ir a hacer algo del trabajo. Ya me han expedido el pase a la zona empresarial, ¿sabes? ¡Cumplí un año como empleada en la Galería de Dallergut!

—¡Qué rápido ha pasado el tiempo! Yo también tengo una buena noticia. Dentro de poco estaré usando este tren a menudo. Como ya tengo la experiencia necesaria y reúno las características relevantes, por fin podré hacer otro trabajo.

—¿Te cambiarás de trabajo? ¿A dónde irás?

—¡A una lavandería! Concretamente, a la lavandería de noctilucas que hay al pie de la Pendiente vertiginosa. ¡Es el sitio donde todos los noctilucas sueñan con trabajar! Ya llevo treinta años merodeando por las calles para ponerle batas de dormir a la gente. Alcancé el nivel de experiencia requerida desde hace algún tiempo, sólo he tenido que esperar bastante para reunir las demás condiciones importantes…

—¿Qué tipo de condiciones?

—Mira, ¿ves que me salieron unos pelos azules? —dijo Assam, llevando la cola con la que sujetaba la cesta hacia delante de su cuerpo. El pelaje de los noctilucas empezaba a adquirir un color azulado conforme les llegaba la vejez, pero la cola de Assam se veía tan gris como el cielo de aquel día, sin una pizca de azul.

—Pues no los veo.

—Mira bien. El color del pelaje me va cambiando desde el reverso de la cola —insistió él, agarrando su rabo para mostrarle un área del tamaño de una moneda donde le habían crecido pelos azules. Se le veía de lo más orgulloso al enseñar ese emblema de vejez, como si de

una medalla de honor se tratara.

—No sabía que ya eras tan mayor, Assam —le dijo ella acariciando con tristeza su cola. Un manojo de cebollines que sobresalían de la cesta del noctiluca no dejaba de punzarle el costado a Penny.

—Perdona por decirte esto, amiga mía. Seré más viejo que tú, pero seguro que viviré por más tiempo.

—¿Cómo dices? —preguntó la chica, apartando con la mano la verdura que le molestaba.

—Haces mal en pensar que la esperanza de vida de los noctilucas se mide igual que la de los humanos. No sabes lo ansioso que estaba por hacerme viejo para trabajar en la lavandería. Bueno, yo ya me marcho. Voy a casa a desayunar antes de ir a cumplir mis obligaciones. El tren va a llegar pronto, Penny, puedo notar bajo mis patas cómo el suelo vibra.

El noctiluca volvió a colgarse la cesta en la cola y se alejó meneándola de un lado a otro. La chica comprendía que Assam estuviera tan ilusionado por trabajar en la lavandería, pues por mucho que los de su especie poseyeran mayor fuerza física que los humanos, ir por los callejones cada día cargando sacos llenos de batas y calcetines de dormir debía ser extremadamente agotador. Tal y como le había avisado, a lo lejos el tren venía acercándose hacia la parada. Las personas que andaban dispersas empezaron a formar una fila y Penny se unió a ellas saliendo de la marquesina y poniéndose las manos por encima de la cabeza para no mojarse el pelo.

El tren redujo su velocidad bruscamente, deteniéndose con precisión exacta en los límites del andén. Era un vehículo sin techo que se asemejaba a la montaña rusa de un parque de atracciones. Detrás de la conductora, los asientos estaban ubicados en filas, de manera que en cada uno de ellos podían sentarse dos pasajeros. Cuando la conductora tiró de la palanca que había al lado de su asiento, las puertas, que llegaban a la altura de la cintura, se abrieron de par en par.

“Tren con salida a las seis y cincuenta y cinco minutos desde la Cocina de Adria. Este vehículo se detiene en todas las paradas del recorrido hasta la zona empresarial. Los pasajeros que deseen dirigirse a la Plaza Central, pueden tomar el tren directo, que llegará ocho minutos después”, anunció en voz alta la conductora, quien aparentaba más o menos la edad de Penny. Como si hubiera recibido clases de dicción, su voz penetró poderosamente en la encapotada atmósfera, difundiéndose con total claridad.

Los pasajeros subieron al vehículo tras haberle mostrado sus pases de acceso a la conductora y eligieron a placer el sitio donde sentarse. Al comprobar la acreditación de Penny, levantó su sombrero para mirar a la chica a la cara y luego asintió con la cabeza.

Entre los asientos, había algunos notablemente más grandes que los otros, con respaldos que llevaban un forro donde se leía "Asiento exclusivo para noctilucas". Tras vacilar unos instantes, la chica se sentó en el que estaba justo detrás del de la conductora.

"¡Ay, está húmedo!", exclamó Penny al notar que la parte trasera de su abrigo se le había mojado. Al ser un tren con el techo al descubierto, la lluvia había empapado el asiento. Aunque sí había una especie de toldo plegable para resguardarse de la lluvia, todavía no había sido desplegado. Fue cuando los pasajeros comenzaron a refunfuñar diciendo que se habían mojado el trasero, que la conductora levantó con un aire indiferente una vara de hierro terminada en garfio y enganchó con ella un extremo del toldo, desenrollándolo hábilmente.

Excepto algunos que parecían haberse quedado en la parada esperando a tomar el tren expreso, los demás se subieron y consiguieron un asiento. Al asegurarse de que nadie se sentaba a su lado, todos adquirieron una postura cómoda y se sumergieron de nuevo en su mundo.

Justo cuando Penny pretendía relajarse también, notó que alguien se dejaba caer pesadamente en el asiento contiguo, cubriendo con su trasero parcialmente la orilla del abrigo de Penny.

—¡Motail! ¿Qué haces aquí?

—Pues ¿qué voy a hacer? Igual que a ti, Dallergut me dio el pase a la zona empresarial y me dijo que fuera a la Oficina de Atención al Cliente.

—Ah, se me olvidó que mencionaste que a ti también te lo expedían este año.

—Salí pronto de casa y, como me sobraba algo de tiempo, vine caminando desde la parada de mi casa hasta aquí. Poco más y no llego a subirme al tren en ninguno de los dos sitios —explicó Motail, levantando ligeramente su trasero para facilitar a Penny que retirara su abrigo. El tren arrancó justo cuando volvió a sentarse.

—¿Qué apariencia tendrá la Oficina de Atención al Cliente? No se alcanza a ver de lejos y me tiene intrigadísima.

—Dicen que la fachada es muy peculiar vista de cerca. Tengo ganas de llegar y verla ya. A mí me da aún más curiosidad el Centro de

Pruebas que está justo arriba de ella. Dicen que allí tienen todo tipo de materiales empleados en la creación de sueños y elaboran desde cero las sensaciones táctiles y los olores que aparecen en ellos, además de realizar pruebas de cuán eficientes son. Ojalá nos dejen hacer una visita.

Se notaba que su compañero estaba enterado de muchas cosas. Mientras estaban hablando, Dallergut se subió en la siguiente parada. Llevaba puesta una gabardina de un material brillante y traía un paraguas morado. Como si su propio rostro sirviera de acreditación, la conductora le permitió acceder al vehículo sin revisar su pase y, en cuanto entró, hubo un hombre que se levantó a saludarlo desde los asientos traseros.

—Cuánto tiempo, Aber. Oí que desde el año pasado trabajas en la empresa manufacturera de Celine Clock —dijo Dallergut, dándole un apretón de manos antes de sentarse detrás de sus empleados.

—Veo que fueron diligentes y se subieron a tiempo. Bien hecho, chicos —los saludó amistosamente, mientras sacudía su paraguas sacando el brazo fuera del tren.

Justo en el momento en que Dallergut iba a sentarse, el tren arrancó y volvió a pararse de inmediato, haciéndole tambalear bruscamente. Cuatro inmensos noctilucas venían acercándose al vehículo corriendo a trompicones. Sus cuerpos estaban recubiertos en su totalidad con un pelaje azul y cada uno venía cargando una cesta de ropa de casi sus mismas dimensiones.

—Tienen que ser más puntuales —los regañó la conductora.

A ellos tampoco les revisó ninguna acreditación. Tras acceder al vagón, sacaron la ropa de las cestas y empezaron a apilarlas en los asientos vacíos; luego ordenaron las canastas encajándolas una encima de otra y las colgaron del revés encima del respaldo del último asiento. El volumen de ropa que traían se veía bastante pesado. Penny tuvo la impresión de que el trabajo en la lavandería no sería tan fácil como había imaginado y empezó a dudar de si Assam estaría al tanto de ello. Un noctiluca de pelaje de un azul muy intenso (probablemente bien entrado en años) sacudió hacia fuera del vagón la ropa para quitarle las arrugas como si ondeara una bandera al viento.

El tren siguió raudo su camino sin más pausas. Motail, de lo más ilusionado por encontrarse donde estaba, no paraba de charlar y moverse en su asiento, arrinconando a Penny. Ésta se estaba mojando el hombro con las gotas de lluvia que se desprendían del toldo.

Pasado un tiempo, cuando ya se habían alejado de la ciudad lo

bastante como para no avistar otros vehículos aparte del tren, los rieles que se extendían hasta donde alcanzaba la vista desaparecieron al arribar a la Pendiente vertiginosa, que hasta entonces sólo habían observado desde la lejanía. Tan escarpada era que no permitía ver la inclinación de descenso que había por delante.

Al ir acercándose cada vez más al pico, a Penny le comenzaron a sudar las manos. Parecía que las pilas de ropa de los noctilucas se iban a derrumbar y que aquel tren, el cual se asemejaba a una vieja montaña rusa sin manijas ni barras de seguridad, iba a traicionarles.

—No va a pasar nada, ¿verdad? —inquirió Motail con voz dudosa, haciendo aumentar la tensión ya presente.

Penny vio cómo la conductora levantaba un frasco del suelo y abría la tapa oxidada situada junto al volante para verter ahí la mitad del líquido que contenía. Al hacerlo, el tren frenó con estrépito, reduciendo bruscamente la velocidad justo antes del descenso. Ya bajando la pendiente, las ruedas del vehículo avanzaron lentamente como si algo las estuviera sujetando. La chica advirtió en que en aquel frasco se podía leer “resistencia” y pensó que la conductora había hecho un excelente trabajo usando la cantidad óptima.

El tren se detuvo al final de aquella larga cuesta y ahora se encontraban en un angosto valle flanqueado por rocas gigantescas.

“Son las siete y trece minutos. Hemos llegado a la parada Lavandería Noctiluca. Permanezcan en el vehículo los pasajeros con destino a la zona empresarial. El tren partirá en breves momentos”.

—¿Hay una lavandería aquí? ¿Y dónde está? —preguntó Penny, intentando vislumbrarla.

Dallergut le dio unos toquecitos en el hombro para llamar su atención:

—Penny, mira hacia la parte de atrás.

Al lado del camino por el que habían descendido, se observaba la entrada a una enorme cueva. Los noctilucas cargados con ropa que se acababan de bajar del vehículo fueron caminando hacia ella. Encima de la roca había un cartel de madera colgado de manera descuidada, en el que unas letras torcidas decían “Lavandería Noctiluca”.

—Motail, ¿crees que en un sitio así se secará bien la ropa?

—Bueno, se puede secar sin ponerla al sol. Supongo que tendrán secadoras potentes —le respondió su compañero, sin darle mucha importancia. Él tenía poco interés en lavanderías y, por el contrario, no despegaba la vista de un orificio del tamaño de una ventana abierto en la roca un poco más adelante, entrecerrando los ojos para

ver de qué se trataba en concreto.

—Parece que hay gente al otro lado de ese agujero.

Una vez que los noctilucas dejaron atrás el tren y la conductora avanzó unos treinta metros, descubrieron qué era aquella perforación en la roca: un pequeño quiosco. Era difícil de discernir si lo habían construido aprovechando un hueco ya existente en la cueva o si había sido abierto expresamente. Se podía leer a ambos lados de la apertura el menú del quiosco y estaba escrito sobre una madera parecida a la del cartel de la Lavandería Noctiluca.

La conductora se tomó unos instantes para distraerse mientras esperaba a que los pasajeros echaran un vistazo a los productos que vendía el local.

—¡Tenemos periódicos, huevos cocidos y otras cositas para picar! —pregonó el dueño a los pasajeros, que enseguida intentaron ponerse al principio de la fila para comprar algo.

—Póngame dos huevos cocidos y un periódico.

El dueño colgó una cesta con los huevos y el periódico en un largo palo y se la acercó al cliente. Éste colocó el dinero en el recipiente y la compra terminó en un santiamén.

—Mira eso, es un "remedio vitamínico para los lunes". Parece que han sacado un nuevo tónico nutritivo —dijo Motail, interesado en aquella bebida que había descubierto en la lista.

—¿Quieren probar uno? —sugirió Dallergut, sacando con presteza su billetera.

—¿Nos invita?

—Por supuesto. Dos remedios vitamínicos para los lunes por aquí, y a mí deme un periódico.

Todas las demás personas también compraron un periódico, pero lo más curioso era que dejaban de hojearlo una vez que comprobaban el interior de la última página. El propietario de la gran tienda no fue la excepción.

—Señor Dallergut, ¿me permite que lea ese periódico? —preguntó Penny a su jefe.

Tras recibirlo, la chica lo abrió por el final para darse cuenta de que había un anuncio publicitario entre las dos últimas páginas. La hoja estaba repleta de letras diminutas que detallaban los menús semanales de todos los restaurantes de la zona empresarial.

—Parece que la gente compra el periódico para saber de antemano qué hay para almorzar. Qué genial idea la de vender el periódico con el menú como suplemento —le dijo la chica a Motail, acercándole el

periódico.

—Ya veo la genial idea. Han sido más astutos que un zorro. Fíjate, sabiendo que la gente sólo lo compra para ver el menú, dan un periódico bien pasado de fecha. Se ve que así es como reciclan los que no han vendido —opinó Motail con el ceño fruncido.

Sin prestarle mayor atención al periódico, lo plegó, se lo devolvió a Dallergut y agarró su suplemento vitamínico para los lunes. Aquella botellita oscura con apariencia de tónico convencional contenía un líquido espeso.

—Mira, en la tapa hay algo escrito. Dice: “Tómeselo pensando que, tras trabajar hoy, disfrutará de un puente de tres días”.

Inmediatamente después de haber leído eso, el chico se lo bebió de un trago. Penny también desenroscó la tapa de su botella y vio que en la suya decía: “Tómeselo pensando que el jefe de su departamento no vino hoy a trabajar”. Según la etiqueta de ingredientes, la bebida contenía unas dosis mínimas de emociones, como un 0.01% de “sensación de libertad” o un 0.005% de “alivio”. Penny estimó que seguramente todas llevaban la misma proporción y en lo único que variaban era en el mensaje de la tapa. Siguiéndole la corriente a la indicación, se esforzó por beber un generoso trago pensando en la ausencia de un inexistente jefe de departamento, lo cual no le era fácil de imaginar. Por un instante experimentó una ínfima sensación de liberación, que enseguida se esfumó como la niebla.

—A mí me da la impresión de que cualquier efecto que tenga esto será más bien placebo —opinó ella.

—Está claro que no existe ningún remedio para los lunes —declaró solemnemente Motail, como si hubiera abierto los ojos a una gran verdad.

El tren se puso en marcha de nuevo. Para llegar a la zona empresarial que se encontraba en lo alto y al otro lado del peñasco, tenían que ascender por una abrupta cuesta. La vía férrea construida sobre la pendiente rocosa se veía como una escalera apoyada contra la cama superior de unas literas. El vehículo flaqueó en fuerza cuando llegó al tramo que se empinaba de golpe y acabó estancado sin poder avanzar. Por segunda vez, la conductora sacó un pequeño frasco, volvió a verter su contenido hasta la última gota en el mismo lugar que antes y después lo tiró a una lata que tenía a sus pies. Fue entonces cuando el tren emitió un impetuoso sonido y empezó a subir la cuesta sin trabarse. Penny apostó a que el líquido que contenía aquel frasco se

trataba probablemente de “valor”.

—Chicos, miren enfrente de ustedes, ya hemos llegado.

Poco a poco se divisaba el vasto paisaje que se extendía sobre el escarpado precipicio de aquel macizo rocoso. La llovizna se había detenido y el toldo había sido enrollado. Los rayos del sol que atravesaban la exuberante arboleda acariciaron sus caras con la intensidad de una luz agradable y un ligero olor a tierra mojada cosquilleó en sus narices.

—¡Cielos, es mucho más grande de lo que imaginaba! ¿Tanta gente trabaja aquí en la zona empresarial?

Frente a ellos apareció la Plaza Central, la cual poseía unas dimensiones superiores a las de un campo de futbol. Había muchos otros trenes que transitaban la zona empresarial detenidos en la terminal y el personal de seguridad estaba revisando las acreditaciones de los pasajeros que llegaban.

La entrada estaba flanqueada por dos estatuas de bronce en actitud de realizar un solemne juramento, como si protegieran el lugar, y a lo largo del pavimento que conducía los trenes a la cochera estaba grabado en letras majestuosas el texto de ese juramento:

> IMBUIDOS EN EL DEBER DE VELAR POR EL SUEÑO DE TODO SER VIVO, JURAMOS SOLEMNEMENTE TRABAJAR CON LA MAYOR REVERENCIA Y RESPETO MIENTRAS TODOS DUERMEN.

Al llegar el tren a la terminal, se detuvo lentamente dando paso a un anuncio por megáfono: “Queridos pasajeros, acaban de llegar a la meca industrial de los sueños, la zona empresarial. Bájense aquí para ir a pie a la Oficina de Atención al Cliente, el Centro de Pruebas o la zona de restaurantes. Los empleados de las compañías creadoras de sueños deberán trasbordar a los trenes de las afueras que los llevarán a sus correspondientes empresas. Asegúrense de descender del tren con todas sus pertenencias”.

Los pasajeros tomaron sus abrigos y maletas y comenzaron a bajarse, entre ellos Penny, Motail y Dallergut. Desde el instante en que la chica pisó la Plaza Central, no pudo despegar los ojos de aquel paisaje que la rodeaba, y lo mismo le pasó a su compañero.

Incluyendo la propia entrada y la terminal, ninguno de los edificios del lugar tenía una fachada convencional. Sus diseños eran muy diferentes al estilo clásico de la Galería, que armonizaba adecuadamente con la avenida en que se ubicaba. En cambio, la

arquitectura de éstos alardeaba de una originalidad exclusiva para cada construcción.

A lo largo del camino hacia el centro había unos edificios bajos que parecían ser restaurantes. En mitad de la plaza, una gigantesca obra arquitectónica captaba todas las miradas con su peculiar y llamativa apariencia exterior.

—Bueno, ése es el sitio al que tenemos que ir —anunció Dallergut, señalándolo con el dedo, a unos pasos delante de sus empleados.

—¿A ese lugar que parece un tocón de árbol? ¿Eso es la Oficina de Atención al Cliente?

—Así es.

Si hubieran llegado allí sin saber que acudirían a aquella institución, no habrían sido capaces de adivinar qué función tenía aquel edificio. Para Penny, suponía algo muy diferente a la idea que ella tenía de cualquier establecimiento gubernamental.

La Oficina de Atención al Cliente se veía desde afuera como el tocón que habría quedado en el suelo al talar con un hacha el árbol más grande del planeta. Si no fuera por la gente que entraba y salía de allí, nadie podría decir que se trataba de un edificio, sobre todo porque encima de él había apilados varios contenedores coloridos del tamaño de viviendas. Era de lo más extraño; parecía como si los contenedores hubieran caído encima de ese tocón de casualidad, arrastrados por un huracán.

—Señor Dallergut, ¿los contenedores que hay encima forman parte del edificio? —preguntó Penny, mientras lo seguía a paso rápido.

—Ahí se encuentra el Centro de Pruebas. Son unas instalaciones donde las empresas de creación de sueños hacen diversos experimentos antes de lanzar oficialmente sus productos. También se hace uso de ellas cuando los artículos presentan algún problema. Los comerciantes como nosotros y los creadores de sueños solemos reunirnos a menudo en el Centro de Pruebas. Comparte puerta de acceso con la Oficina, pero, una vez dentro, el espacio está claramente separado. Se puede acceder a él por ascensor y, aunque desde afuera no lo parezca, el interior luce muy decente.

La chica puso cara de querer visitar el Centro, pero Dallergut quebró sus esperanzas diciendo:

—Hoy debemos acudir a la Oficina de Atención al Cliente. Por cierto, ¿a dónde ha ido Motail? —cuestionó el dueño de la tienda, mirando a su alrededor en busca del muchacho.

Apartándose del camino en dirección a la Oficina, Motail se había

metido entre el gentío que estaba haciendo fila. Aquellas personas estaban esperando los trenes de transbordo con destino a las diferentes manufactureras de sueños.

A la cabeza de la fila estaban las señales indicadoras de a qué empresa llevaba cada vehículo, tales como Film Celine Clock, Studio Chuck Dale o Kiss Grower Loveworks, entre otras. También se veían desde la plaza los carriles que se alejaban hacia las afueras y, al fondo de todo, la variedad de edificios de distinto color y forma que rodeaban una mitad de la explanada.

—Esos edificios de la periferia son todos empresas donde se fabrican los sueños, ¿verdad? Llama la atención lo diferentes que son unos de otros —dijo Penny con los ojos muy abiertos.

Ciertamente, desde lejos se podía observar que todas aquellas construcciones eran singulares en cuanto a su arquitectura y materiales.

—Exacto. Dado que cada firma tiene una personalidad muy marcada, fue imposible que mantuvieran un diseño único en sus edificios. Pero ¿no les resulta más atractivo el paisaje con estas fachadas tan atrevidas?

Aquellas estructuras arquitectónicas desbordantes de originalidad hacían sentir al observador como si estuviera viendo a la vez varias películas estrafalarias. Rodeada de esos edificios donde se producían sueños de tan diversa índole, Penny era ahora aún más consciente de que estaba en un enclave extremadamente ilustre.

—¡Mira ese edificio! Tiene escrito en grande “Studio Chuck Dale”. ¡Parece que es ahí donde se crean los tan famosos sueños sensuales de Chuck Dale! —exclamó Motail.

Dallergut y la chica miraron en la dirección hacia donde él apuntaba. Aquello parecía una obra de arte de otra galaxia. El edificio presentaba unas fluidas y exageradas líneas curvas; las plantas de su base irradiaban una luz rojiza de baja intensidad, mientras que los pisos intermedios y superiores permitían el paso de los brillantes rayos de sol. A Penny le recordó a una copa de cristal a la que le queda un poco de vino al fondo.

—Señor Dallergut, ¿a qué firma pertenece ése de ahí? Me refiero al que parece que se le ha roto una esquina, llevándosela el viento.

—Es de Film Celine Clock. Conoces a esta creadora, ¿no es así?

—Por supuesto. Es quien provee nuestra tercera planta con sueños que se asemejan a películas de fantasía o éxitos de taquilla.

—Ajá, conque ésa es la empresa de Celine Clock —dijo Motail

mostrando interés—. En la sección de gangas de la quinta planta hay un montón de sueños apocalípticos suyos. Personalmente, pienso que los artículos acerca del fin de la Tierra están pasados de moda.

El edificio tenía diez pisos y le faltaba una esquina superior, lo cual daba la sensación de que había salido volando en un ataque aéreo. Aunado a eso, su fachada estaba coloreada a la manera de cañonazos de pintura de varios colores, lo que hacía imaginar que los empleados de ese sitio estaban desde la primera hora de la jornada con la tensión propia de un videojuego de supervivencia, donde habían apostado que invitarían el almuerzo si perdían.

En la fila de espera para ir a Film Celine Clock había dos personas que se veían muy cansadas. La que estaba a la izquierda tenía ambas manos cargadas de películas y un buen montón de papeles.

—He visto todas estas telenovelas y películas en una semana para la reunión acerca de las nuevas producciones.

—¿Has intentado verlas a una velocidad séxtuple? Es increíble, pero cuando te acostumbras, te enteras de todos los diálogos —le aconsejaba con toda autenticidad su colega de al lado.

—Gracias, lo intentaré la próxima vez. Uf, como yo proponga hacer otra de zombis, la directora no se va a quedar con los brazos cruzados. No hago nada más que tener sueños donde salen zombis. ¿No habrá algo original en materia de historias apocalípticas sobre la Tierra?

—A mí tampoco se me ocurre nada aparte de invasiones de alienígenas. Introduje algunos cambios para esta ocasión, pero no sé si los aprobarán. Oí que Aber del departamento contiguo está preparando un sueño donde el planeta va camino de la extinción porque un desierto de sal se extiende sobre la faz de la tierra y deja a todos los seres vivos curados en salmuera. Honestamente, creo que a ese chico le espera un futuro muy negro.

En la productora de sueños dirigida por Celine Clock se creaban principalmente obras en las que se podían vivir catástrofes de película o convertirse en superhéroes que luchan contra ataques extraterrestres. Los empleados eran objeto de envidia porque se pasaban la jornada viendo filmografías de manera gratuita mientras cobraban un salario. No obstante, ver a aquellos dos trabajadores de la firma tan exhaustos dejaba claro que su trabajo no era tan sencillo como parecía.

Ambos se subieron al tren que justo acababa de llegar. Éste era mucho más pequeño que el que Penny había tomado y estaba decorado con explosiones de color idénticas al edificio de la compañía

de Celine Clock, como si formaran parte de un mismo lote.

Embelesada por la charla de los empleados, poco más y se sube al vehículo tras ellos.

—Nosotros no necesitamos tomar más trenes, así que pongámonos ya en marcha —dijo Dallergut, tirando discretamente de las mangas de los abrigos de Penny y Motail.

Motail se había puesto con disimulo en la fila de trasbordo hacia la empresa de Chuck Dale. Él y su compañera se dirigieron a la Oficina de Atención al Cliente sin poder despegar la vista del edificio Studio Chuck Dale.

Cuando ya estaban próximos a llegar a la Oficina de Atención al Cliente, pudieron darse cuenta de que no se trataba de un tocón de árbol natural, sino de una réplica artificial que emulaba una madera veteada. En la entrada, una puerta giratoria, cuyo color recordaba a la corteza de un abeto, giraba sin cesar. Tan pronto como dos visitantes forasteros en pijama entraron por aquella puerta a la vez que Penny, los recibió un hombre vestido como para ir a un retiro espiritual donde se practica yoga. Llevaba puesta una vestimenta verde de dos piezas, ajustada y con buena caída, hecha de un tejido suave y por el dorso de su mano se deslizaba un pequeño insecto.

—Para reclamaciones, deben ir por este lado. ¿Les fue difícil encontrar la Oficina? —preguntó amablemente el empleado, atendiendo primero a los dos clientes.

Sus gesticulaciones eran modestas y respetuosas, y su cálido tono de voz prometía calmar hasta la peor de las furias. Después de asegurarse de que aquellos visitantes fueran atendidos por otro miembro del personal, se dirigió al propietario de la Galería y sus acompañantes.

—Buenos días, señor Dallergut. Me llamo Pallak y me ocuparé de atenderlo.

El tono del empleado era ahora algo más frío que hacía unos momentos. A Penny le molestó en cierto modo ese cambio de actitud; por el contrario, Motail estaba tan despistado mirando el interior del edificio que pareció no captarlo.

Dentro de la Oficina sonaba una placentera melodía de música clásica y había muchas macetas de gran tamaño, como las que decoran un negocio que acaba de abrir. Otros sencillos ornamentos de color verde también parecían estar ideados para relajar la vista. Penny empezó a pensar que la ropa que llevaba Pallak quizá fuera el

uniforme estipulado para el personal de la institución. La temperatura y el nivel de humedad tan bien regulados y todo ese verdor del entorno rompieron la preconcepción de formalidad rígida que ella tenía sobre el sitio. Era sin duda un lugar que proporcionaba una profunda paz interior.

—Acompáñenme por acá. El despacho del director se encuentra al final del recorrido.

—Parece un retiro de yoga propio de una isla paradisiaca. A mí me gusta. Me pregunto por qué Speedo, Mog Berry y los demás son tan reticentes a venir acá —susurró Motail al oído de su compañera.

Pallak caminó delante de ellos hasta llegar al lado derecho del ascensor central. En la puerta de cristal que daba paso a un corredor había pegado un cartel grande.

Recepción de reclamaciones nivel 1
Clientes con sueños inquietantes

—¿Eso quiere decir que hay más niveles de quejas? ¿Cuanto más alto es el número, más graves son? —preguntó Motail frente a la puerta, señalando el cartel.

—Exactamente. Mientras que una reclamación de nivel 1 se hace al no poder disfrutar de un sueño reparador, una de nivel 2 correspondería a una perturbación de la vida diaria y las quejas de nivel 3 ya suponen un sufrimiento a la hora de tener sueños. Estas últimas son procesadas personalmente por el director, pues los empleados sólo estamos capacitados para solucionar las de los dos primeros niveles —le respondió Pallak con soltura, a la vez que abría la puerta de cristal.

El interior de la Oficina de Atención al Cliente estaba dispuesto a modo de un amplio pasillo que se torcía en dirección opuesta a las agujas del reloj y llevaba de vuelta al ascensor central. Ventanillas como las de los bancos o instituciones gubernamentales estaban alineadas a lo largo de ambos flancos del corredor. Lo que se destacaba del lugar era que no había un mostrador que separara de un lado y otro a reclamantes y funcionarios, sino que ambos se sentaban juntos como dos buenos compañeros de pupitre en la escuela. Los trabajadores llevaban todos la misma vestimenta de color verde que Pallak.

“Ay, qué mal… Lo entiendo, debió serle verdaderamente duro”, se le escuchó decir al empleado más cercano, que consolaba con empatía

a un cliente. A su lado, una mujer vestida con un camisón de un llamativo patrón floral estaba despotricando sobre su experiencia.

—¿Y sabe otra cosa? En el sueño de anoche, un rufián me agarró del cuello intentando asfixiarme. No sabe lo que forcejeé y grité pidiendo socorro. ¡Menos mal que fue ahí cuando me desperté y me di cuenta de que tenía a mi gato subido encima del pecho!

—Ah, eso le ha ocurrido porque el sueño ha mutado adaptándose a la situación en la que usted se encontraba… —le explicaba el empleado, seriamente inmerso como si hubiera sido él el sujeto del sueño—. Probablemente, desde un principio, no se trataba de una pesadilla donde la asfixiaban, sino de un fenómeno muy común por el que el inconsciente pone en marcha un mecanismo de defensa para despertarla y, como consecuencia, le estropea el sueño. Sé que podrá resultarle difícil, pero ¿y si procurara mantener a su gato en un lugar separado cuando duerme?

Las siguientes ventanillas estaban ocupadas igualmente por clientes que manifestaban su insatisfacción sobre lo que habían soñado. Uno de ellos estaba armando tal escándalo que atrajo las miradas de alrededor con sus gritos.

—¡Me voy a volver loco uno de estos días! Después de levantarme por la mañana, me ducho, me visto, me pongo los zapatos y salgo por la puerta con tiempo de sobra, pero cuando me doy cuenta, ¡todavía sigo en la cama! Con la preocupación de que llego tarde, me apresuro a bañarme de nuevo y, al abrir el grifo, no siento que el agua me despierte. Extrañado, me lavo con brío y, mientras estoy en ello, llego a la conclusión de que se trata de otro sueño. Cuando ya llevo soñando unas diez veces que me preparo para salir…

El empleado que lo atendía estaba apuntando lo más rápido que podía los detalles que describía el cliente, a la vez que consultaba con una expresión agobiada un manual. Por su semblante estresado, cualquiera que lo viera sabría al momento que era novato.

—Estando aquí, me siento como un delincuente —murmuró Motail, cabizbajo, en un tono impregnado de culpabilidad.

Pallak caminaba delante de ellos a paso de tortuga, tanto que Penny estaba pendiente de su propio caminar para evitar pisarle los talones por descuido. Dallergut los seguía al final, completamente taciturno y sin la más mínima intención de apresurarlos.

Después de pasar delante de varias decenas de ventanillas, apareció una puerta que daba paso al área donde se procesaban las quejas de segundo grado.

Recepción de reclamaciones nivel 2
Clientes con pesadillas

La disposición del lugar era similar al tramo que acababan de atravesar, con la excepción de que había carteles por doquier con indicaciones de cómo controlar la respiración para calmar la ira, y en cada ventanilla tenían colocada una botella de tamaño industrial de "jarabe calmante". Parecía que sin una taza de té caliente con unas gotas de ese jarabe, las consultas no se podían llevar a cabo civilizadamente. Gracias a sus efectos, allí los reclamantes hablaban en un tono más sereno que los que vieron presentando quejas de nivel 1.

—Cuando sueño, hay cambios de una escena a otra sin parar, pero la forma en la que paso de un espacio a otro es absurda. Para salir del edificio, tengo que saltar desde un tercer piso; cuando intento huir de alguien a quien tengo miedo, me toca sumergirme en el mar, y hasta se me ha hecho pasar por encima de una hoguera con los pies descalzos. Después de tener sueños así, estoy tan falto de energías que no doy pie con bola en el trabajo. De tanta tensión, me levanto con el cuerpo dolorido como si me hubieran dado una paliza —contaba con tranquilidad un cliente que llevaba una pijama camisera holgada y de manga larga.

—La culpa de esto la tienen los creadores poco experimentados y los comerciantes que venden sus artículos indiscriminadamente. Usted es una víctima, señor cliente. Por mucho que se trate de un sueño, al despertarse quedan secuelas en forma de extrañeza o sensación de peligro que son respuestas instintivas a ese tipo de productos. Claro, como descartan otros desarrollos verosímiles de la trama y meten a la fuerza todo tipo de situaciones… Tanto los que los hacen como los que los venden a lo loco, son cada cual peor de irresponsables.

A Penny, que pasaba al lado, le chirriaron los oídos al escuchar la palabra *irresponsables*.

—Creo que ese señor se está propasando con lo que dice. Que somos irresponsables… Cuando ni siquiera cobramos por los sueños que no han producido ninguna emoción —se animó a protestar.

Al instante, Pallak detuvo sus pasos y se giró para mirar a la chica, espetándole:

—Hablas como si estuvieran haciendo actos de caridad.

A diferencia de Penny, a quien se le habían trabado las palabras ante la vehemente reacción de Pallak, Motail le devolvió el

comentario con osadía:

—No se trata de eso. Los creadores y vendedores ponen a elección de los clientes una variedad de sueños, y es un hecho que ellos tienen un diverso rango de opciones durante las horas que están dormidos.

—¿Estás diciendo que no tienen derecho a quejarse porque sin ustedes la gente no podría comprar sueños? ¿Aun cuando hay personas que sufren efectos secundarios a causa de ellos? ¡Cómo se nota que en su tienda están siempre en el paraíso, trabajando sin tener que aguantar malas caras! —remarcó Pallak con agudeza, aunque conservando la misma expresión serena.

Fue entonces cuando Penny empezó a tener una idea de por qué aquel empleado estuvo algo impertinente con ellos desde un principio. El personal de la Oficina debía estar cansado a más no poder al lidiar con todas aquellas quejas que llegaban día tras día y, consecuentemente, arrojaban su resentimiento contra el colectivo al que consideraban el origen de sus problemas: los creadores y vendedores de sueños.

—Es la primera vez en mi vida que me encuentro en un sitio tan hostil —refunfuñó Motail.

Penny se sentía sumamente confusa al ser testigo de aquellos casos, pues hasta ahora sólo había visto clientes que acudían a la tienda por voluntad propia en busca de sueños que deseaban consumir.

Era una sensación parecida a tener una tienda de caramelos como negocio y a unos niños bien dispuestos a comprar golosinas como clientes, para luego asistir a una reunión de dentistas y salir reprendido. La chica comprendía ahora bien por qué Mog Berry no quería tener que ir a la Oficina de Atención al Cliente.

Cuando por fin dejaron atrás las salas de recepción de quejas, llegaron frente al despacho del director. La puerta estaba cerrada, pero había un hombre que parecía acabar de salir por ella, pues llevaba un sobre con documentos y enseguida saludó a Dallergut. Era una cara que Penny también había visto muchas veces.

—¡Chef Grandbon, luces muy bien! —dijo Dallergut, dándole un apretón de manos al corpulento hombre de cejas espesas.

—Ya sabes, yo siempre me alimento bien, tanto en los sueños como en la vida real.

Él era un creador al que todos llamaban “Chef Grandbon”. En su negocio vendía tanto comida como sueños en los que la gente degustaba platos deliciosos. Penny había estado allí, pues su

compañera Mog Berry era una cliente asidua. Aunque sus sueños se vendían a un precio mucho mayor que su comida, cuando tocaba hacer dieta, no había nada mejor que los sueños hechos por él.

—¿Te han puesto una reclamación a ti también? —le preguntó Dallergut, señalando el sobre con documentos.

—Sí. Gente que ha fracasado en hacer dieta porque un sueño les ha abierto más el apetito o que no puede controlarse con la comida porque ha redescubierto la alegría que trae el comer. Siempre son cosas parecidas —le respondió Grandbon con una sonora risa.

Tras despedirse de él, los tres tuvieron que esperar unos momentos antes de pasar.

—Bueno, ya me marcho. Deberán esperar un poco hasta que la persona que vino primero salga —les anunció Pallak antes de irse a atender a otras personas.

Al poco tiempo, se abrió la puerta del despacho y del interior salió un enjambre de duendecillos aleteantes. Eran los leprechauns, creadores del sueño *Volar por los cielos*. Los documentos de quejas para ellos se confeccionaban en tamaño minúsculo para que pudieran leerlos. Se habían repartido una hoja para cada uno y estaban ojeándolas suspendidos en el aire. Rezongaban protestando acerca de algo mientras revoloteaban tan desordenadamente que por poco chocaban contra Dallergut. De la sorpresa, dieron una vuelta de campana y, acto seguido, se dispersaron a toda velocidad.

El dueño de la Galería de los Sueños y sus empleados se adentraron por fin en el despacho. Olía a aceite aromático entremezclado con olor a bosque tras pasar una tormenta. Tenía una amplitud aproximadamente tres veces superior al de Dallergut.

—Adelante. Soy Olive, directora de la Oficina de Atención al Cliente.

Una mujer vestida con un regio atuendo de color verde botella se levantó de su asiento para ofrecerle un apretón de manos a Dallergut. Llevaba las uñas pintadas de un color oliva tierno que concordaba bien con su nombre.

—Me llamo Dallergut. Soy el propietario de la Galería de los Sueños. Ellos son empleados que llevan trabajando conmigo un año.

—Mucho gusto. Me llamo Motail.

—Hola, soy Penny. La felicito por su nombramiento como directora.

—Gracias. Siéntense, por favor. Veo que tuvieron que recorrer una buena distancia desde temprano por la mañana. Supongo que fue la

primera vez que ustedes dos se subieron al tren de empleados. ¿Qué les pareció el viaje? —les preguntó la directora con una expresión afable.

—Fue bastante bueno, aunque bajar la pendiente nos dio algo de miedo —respondió la chica, mientras recorría con la vista el escritorio de Olive y lo que lo rodeaba.

Detrás de donde la directora estaba sentada había una placa enmarcada que mostraba el sumario de sus logros. En la última línea podía leerse “30 años de dedicación en la Recepción de Reclamaciones Nivel 2”.

—He venido a visitarla por si hubiera alguna reclamación acerca de los negocios en la vecindad de mi tienda para reportárselo a los dueños. Como imaginará, todos están tan ocupados que no tienen tiempo para pasarse por aquí.

—Oh, vaya. ¿Sería tan amable de hacerme ese favor? —dijo Olive con una expresión de amabilidad exagerada, similar a la de una maestra que intenta disuadir a un niño encaprichado.

—Bueno, deme primero las reclamaciones que llegaron para mi tienda. Supongo que habrá más de una. Ya me estoy poniendo nervioso —añadió Dallergut.

—No hay tantas como cree. La mayoría de insatisfacciones pudimos solucionarlas en la Oficina. Las clasifiqué según la planta a la que van dirigidas para que le resulte más cómodo visualizarlas. Aquí tiene.

Dallergut recibió de la directora un sobre en cuyo dorso estaba escrito “Galería de los Sueños Dallergut”.

—Vaya, veo que hay reclamaciones para Mog Berry en el tercer piso y para Speedo en el cuarto. Parece que esta vez no hay ninguna para el segundo. Las de la quinta planta son en su mayoría quejas acerca de la calidad de los productos.

—Pero, a cambio, son muy baratos. No se puede esperar que sean artículos perfectos cuando llevan un ochenta por ciento de descuento. Además, yo no incito a los clientes forasteros a que compren los sueños en rebaja. ¿Quién es capaz de disuadir las compras compulsivas en épocas de promociones a precio de ganga? —dijo Motail, encogiéndose de hombros.

Olive le dirigió al muchacho una mirada de desaprobación.

—En fin, las más serias son estas dos —añadió Dallergut alzando dos hojas.

Un resplandor de interés iluminó los ojos de Penny cuando alcanzó

a ver de refilón que en una de ellas estaba escrito “Cliente asiduo número 1”.

—Será mejor que yo me encargue de resolver ésta —dijo Dallergut, doblando el papel y metiéndoselo en el bolsillo de su gabardina—. Y esta otra de aquí… Vaya, ésta también parece bastante fastidiosa —cuando iba a meterse la otra hoja en el bolsillo, recapacitó unos instantes, desdobló el papel y se lo tendió a Penny—. ¿Qué te parece si te ocupas tú de esta reclamación? Va dirigida a la primera planta, o sea, a la recepción. Como ya sabes, yo tengo muchas cosas que hacer.

—¿Se refiere a ese evento que está preparando?

—Así es. Si te encargas de resolver esto, me quitarías un peso de encima.

—Pero… ¿por qué me lo confía a mí en vez de a la señora Weather?

—Dijiste que tu objetivo a cumplir este año era hacer que volviera un cliente asiduo, ¿verdad? Entonces, ¿qué mejor que intentarlo ahora que se ha presentado la ocasión?

Nivel de reclamación: 3
Cuando soñar se vuelve un infierno

Destinatario: La Galería de los Sueños Dallergut
Reclamante: Cliente asiduo 792

“¿Por qué quieren arrebatarme hasta los sueños?”

Este informe se confeccionó con base en el testimonio de un reclamante que se siente inseguro al dormir y contiene parcialmente la opinión del personal responsable de atenderlo.

La reclamación que Dallergut le estaba encargando a Penny era nada más y nada menos que del nivel 3.

—La descripción de la queja es muy escueta —le dijo Dallergut a la directora, mientras la chica miraba el texto con perplejidad.

—Suele pasar con las reclamaciones de nivel 3. Si yo hubiera estado en este puesto de dirección cuando se recibió, la habría redactado con más detalle, pero al director que teníamos antes no parecía gustarle elaborarlas a profundidad. No obstante, supongo que usted es el que sabrá mejor todo lo que sucedió, señor Dallergut, así

como que en la Oficina no hay nada que podamos hacer por este cliente.

—Supongo que tiene razón.

—¿Alguien intentó arrebatarle los sueños a este cliente? —preguntó Motail, sin poder reprimir su curiosidad, una vez que había visto el documento junto a Penny.

—No, nadie hizo tal cosa.

Era algo muy extraño. Tratándose de una queja de tercer nivel, tener sueños suponía un sufrimiento para el reclamante, pero en la descripción estaba pidiendo que no se los arrebataran. Sonaba completamente contradictorio. La paradoja que presentaba la reclamación sumergió a la chica en profundas cavilaciones.

Al tren de vuelta al centro de la ciudad sólo se subieron Penny y Motail. Dallergut se despidió de ellos diciéndoles que él se tenía que quedar más tiempo en la zona empresarial para resolver otros asuntos.

—No se me ocurre ninguna razón por la que esta persona pide que no le quiten los sueños. Me pregunto si de verdad hay alguna respuesta para esto —comentó la chica a su compañero tras suspirar. Había estado un buen rato concentrada en el papel con la reclamación que le había dado su jefe.

—Yo tampoco lo entiendo. Pensemos en todas las posibilidades. Al fin y al cabo, comprar sueños es como adquirir cualquier otro producto, al igual que cuando elegimos algo rico que comer o vamos a la tienda a conseguir un videojuego para entretenernos durante el fin de semana.

—Cierto.

—Penny, tal vez eso de que le hayan quitado los sueños quiera decir que, a pesar de que desea soñar, no hay ningún sueño que quiera comprar. Piensa en las veces en las que fuiste a alguna tienda y saliste sin llevarte nada. ¿Cuándo sucede eso?

—Cuando no encuentro lo que busco. Pero en nuestra tienda hay un montón de sueños diferentes para elegir.

—En eso tienes razón, no nos falta variedad. Si lo trasladamos a las comidas… sería algo así como cuando una persona con alergias o vegetariana no encuentra nada que le vaya bien, aun habiendo una multitud de cosas que comer, ¿no? —razonó Motail, detallando lo que pensaba.

—En vez de estar conjeturando, sería mejor que me encuentre con el cliente 792 en persona —concluyó Penny.

En aquel agitado viaje de regreso, ambos se esforzaron por exprimirse la cabeza en busca de ideas, pero no consiguieron dar con una respuesta definitiva.



3. Wawa Sleepland y el autor del diario de los sueños



Decidió irse a dormir temprano. Con la luz ya apagada, él se sujetó de la cabecera, subió despacio a la cama y extendió el edredón para taparse. Los pasos de su perro se detuvieron a cierta distancia de la cama. Dejando caer su cuerpo en un cojín, el animal se puso cómodo y soltó un largo suspiro, un sonido familiar que actuaba a modo de relajante para su dueño.

“Cuando estoy en mi habitación, siento que todo es seguro”, pensó.

Cada noche, cuando se acostaba, se hacía ilusiones acerca de la clase de sueños que tendría. Le encantaba soñar, y aquel día, tal y como hacía siempre, empezó a imaginarse el sueño que le gustaría tener al cerrar los ojos. Aunque estaba algo extrañado de que últimamente casi no conseguía soñar lo que quería, esa noche deseó con todas sus fuerzas ser tocado por la suerte. En cuestión de pocos minutos se quedó ligeramente dormido. Voces de personas comenzaron a sonar como el zumbido de un mosquito alrededor de sus orejas. Al no haber entrado en un sueño profundo, su consciencia, todavía parcialmente activa, advirtió de inmediato que fracasaría de nuevo en atraer la experiencia que anhelaba.

Parado frente a una tienda enorme en la que notaba el ajetreo de mucha gente, empezó a alejarse del establecimiento. Una empleada que lo había visto a través del escaparate, salió tras él llamándolo desesperadamente, pero su voz se ahogó entre los transeúntes de la calle sin llegar a alcanzarlo. Él, por su parte, fue cayendo en un estado de somnolencia cada vez más pesado y acabó amaneciendo al día siguiente sin haber soñado nada.

* * *

Cuando Penny descubrió al cliente 792 frente a la tienda, salió apresuradamente y lo llamó en voz alta. Sin embargo, el hombre desapareció al momento entre la muchedumbre sin alcanzar a oírla. Aunque ella no era partidaria de esa forma de atraer clientela, no podía quedarse de brazos cruzados. Había pasado una semana desde que leyó la reclamación del cliente 792 en la Oficina de Atención al Cliente y llevaba tres veces viendo cómo él se había acercado hasta la tienda para a continuación irse sin más.

Según la reclamación que decía “¿Por qué quieren arrebatarme hasta los sueños?”, cualquiera pensaría que cada vez que el cliente 792 visitaba la Galería, había alguien que le quitaba a la fuerza el sueño que venía a comprar cuando, en realidad, él ni siquiera se adentraba en el comercio, sino que se daba la vuelta tras vacilar unos instantes. Penny no podía comprenderlo en absoluto. No obstante, era incapaz de quedarse sin hacer nada. Comprobaba a cada rato si el medidor de párpados de ese cliente habitual indicaba que estaba en fase REM, y se asomaba por la puerta de entrada cuando presentía que era una hora en la que él podría visitar la tienda.

Después de haber fracasado una vez más en retenerlo, la chica volvió a entrar y se detuvo frente a uno de los aparadores de la primera planta. Al haber dejado a medias la reposición de productos para salir a alcanzar al hombre, las cajas colocadas de cualquier manera estaban estorbando el paso a la clientela.

—Disculpen, las quitaré de en medio ahora mismo.

Como aquel día bastaba con Weather para atender las tareas de la recepción, Penny se había puesto a ordenar los mostradores de artículos. Aunque lo estaba haciendo con presteza, su mente no dejaba de darle vueltas al asunto de aquel cliente habitual. “¿Por qué se va sin siquiera pasar a la tienda? ¿Será que no hay ningún sueño que quiera tener, como dice Motail? Si el problema yaciera en nuestro catálogo de artículos, no tendríamos tal cantidad de clientes tan ávidos por probar nuestras mercancías. ¿Habrán cambiado repentinamente sus gustos?”

Sin embargo, Penny tenía demasiado trabajo atrasado como para quedarse pensando en el cliente 792. Para empezar, debía terminar de reponer los estantes que estaban vacíos.

En la primera planta, donde principalmente se encontraban los artículos más valiosos, se estaban vendiendo como rosquillas los sueños que habían sido galardonados en la Gala de Premios celebrada

a finales de año. Éstos llevaban añadidos en sus etiquetas los elogios de los críticos, que funcionaban para incentivar la compra por parte de los clientes. Los que llevaban una fajilla vistosa con menciones como "Ganador del Grand Prix" o "Nominado 3 años consecutivos como *best seller* " hacían notorias las cifras de venta. Además de éstos, los que llevaban etiquetas de "Recomendado por los laureados" o "Elogiado unánimemente por la crítica" también atraían un considerable interés. Era algo entendible, pues no todos los clientes podían ponerse a rebuscar y probar todos los sueños disponibles; por tanto, a la hora de elegir solían guiarse por los títulos, la recomendación de un conocido o los premios que había recibido el producto.

—Señora Weather, sería mejor que tuviéramos otro mostrador aparte para *Una jungla llena de vitalidad* de Wawa Sleepland. Cada vez son más los clientes que vienen a comprarlo —sugirió Penny.

—No importa, déjalos tal cual. Ya no pueden producirlo al ritmo al que se vende, así que dentro de poco los mostradores se van a quedar vacíos —le respondió la encargada de la primera planta, al tiempo que recogía su crespo cabello pelirrojo en un moño.

No obstante, había excepciones entre aquellos sueños tan populares de la primera planta, y *Un mes en los zapatos de la persona a quien hostigué* de Yasnooz Otra era una de ellas. La obra había sido nominada al Grand Prix en la pasada Gala de los Premios, pero sus cifras de ventas eran bajas. Penny pensaba que se trataba de algo extraño considerando que su autora era uno de los creadores legendarios de sueños. Tras colocar los ejemplares del sueño de Otra en la fila delantera del aparador donde mejor se vieran, se sacudió el delantal y volvió a la recepción.

—Buen trabajo, Penny.

—Para mí esto ya es pan comido —le dijo en respuesta a su supervisora, mostrándose energética, mientras que por dentro seguía angustiada por haber dejado escapar al cliente 792.

Weather estaba lubricando con aceite los medidores de párpados. Como buena profesional, durante los ratos de ocio de la recepción se ocupaba en buscar medidores cuyas agujas oscilaran de forma anormal y, poniendo gran esmero, los frotaba con aceite. Al untarles aquel líquido que olía a heno, las agujas con forma de párpados oscilaban de arriba abajo con fluidez.

—Penny, ¿te importa abrirme esa botellita de ahí? —le pidió a su

asistente, señalando con la barbilla un recipiente pequeño que contenía aceite, ubicado encima del mostrador.

La chica le quitó el tapón a la botellita nueva y la vertió lentamente en un cuenco amplio.

—Gracias. Dime, ¿has averiguado algo acerca del cliente 792? —le preguntó Weather discretamente mientras mojaba un delgado pincel en el aceite.

—Nada en absoluto. Todavía no hay ningún avance. Planeaba hablar con él si entraba a la tienda, pero todas las veces acaba dándose la vuelta y alejándose.

—Vaya, ya veo…

—Me pregunto por qué pensará que le quitan sus sueños. Ni que acá ocurrieran hurtos o algo así —dijo Penny, llena de dudas, mientras devolvía uno a uno los medidores ya lubricados a su lugar—. Y en el caso de que le hubiera ocurrido eso, ¿por qué no nos informó a nosotros en vez de acudir a la Oficina de Administración? Este asunto me ha dejado con muchas interrogantes.

—Los clientes piensan de una forma mucho más intuitiva cuando están dormidos y actúan al momento guiándose por sus impulsos. Seguro que habrá sabido instintivamente que se trata de un problema que no puede resolverse en este establecimiento. Como pista, te diré que este hombre tal vez ya sepa que la causa radica en él mismo —dijo Weather seriamente, envolviendo en un paño blanco el pincel mojado en aceite.

Parecía que su supervisora estaba enterada acerca de ese cliente y probablemente le estaba dando la oportunidad de reflexionar sobre el caso. A pesar de que Penny se sentía agradecida, la pista que acababa de obtener le suponía un enigma adicional.

—Si la raíz del problema está en sí mismo, tendré que averiguar más sobre este cliente, pero… ¿cómo? ¿Debería salir corriendo a hablar con él cuando lo vea la próxima vez? Creo que sería una falta de modales…

—Lo que se puede hacer por ahora es consultar la información que tenemos de él; por algo fue nuestro cliente asiduo —dijo Weather como remate, cerrando a presión la botellita de aceite.

—Sólo nos quedan los registros de sus compras anteriores… ¡Ajá, eso es! ¿Por qué no se me ocurrió antes? Tendré que mirar la relación de artículos que compró en el pasado. Quizás haya habido algún defecto en alguno de ellos.

Weather le confió la recepción a Penny y salió para llevar a reparar un medidor de párpados que se movía de forma anómala. Por su parte, la chica aprovechó que era una hora de poco flujo de clientes y encendió el programa Dream Pay Systems, mediante el cual se podían consultar el inventario, las reseñas de los productos y sus precios, entre otras cosas. Mirando de vez en cuando por encima del mostrador para ver si algún cliente la necesitaba, se puso a estudiar detenidamente el historial de compras del cliente 792.

Había comenzado a tener muchos sueños desde hacía varios años y su registro como cliente asiduo también databa de esa época. Lo único destacable de su patrón de compras era que le gustaban en particular los sueños de Wawa Sleepland. El último que había comprado era el ganador en la categoría de Bellas Artes de la pasada Gala de Premios, *Una jungla llena de vitalidad*, un sueño que tenía bellos paisajes naturales como escenario.

Cuanto más observaba el historial, más envidia sentía del cliente. ¡Había tenido tantos sueños de Wawa Sleepland! Era normal sentir celos, pues los clientes forasteros podían pagar por los productos *a posteriori* con sus emociones. Para permitirse comprar un sueño de esta creadora, ella debería dejar de comer al menos durante tres meses, puesto que las obras de los creadores legendarios valían varias veces más que los sueños de otros creadores. Sin embargo, para la tienda no supuso en absoluto una pérdida, pues las emociones con las que retribuyó el cliente 792 fueron más variadas y cuantiosas que las de cualquier otra persona que se llevó el mismo artículo. Curiosamente, no sólo había abonado con “agrado”, “sorpresa” y “admiración” como otros clientes después de soñar con *Una jungla llena de vitalidad*, sino también con una pequeña cantidad de “sentimiento de pérdida” de su parte.

“¡Qué extraño! Esa emoción no concuerda aquí. ¿Cuál es la razón por la que él habría tenido emociones tan complejas?”, pensó la chica antes de leer su reseña, sintiéndose como si estuviera buscando una aguja en un pajar.

Normalmente, los clientes solían dejar un par de líneas en forma de comentario acerca del sueño que habían consumido. Eran frases simples del tipo: “¿Ya es de mañana? ¡Pero si parecía que acababa de quedarme dormido”; “Creo que he tenido un sueño maravilloso, pero no me acuerdo de nada”; “¿Qué sueño es éste? ¿Significa que debo comprar un billete de la lotería?”, etcétera. En su mayoría no decían

nada importante, de modo que no merecían la pena leerlas con mucha atención.

Penny hizo clic en la reseña que el cliente 792 dejó sobre el último sueño que adquirió. Para su sorpresa, vio que la había escrito a modo de una larga página de diario. Tenía suerte, pues recordaba que Dallergut le había dicho que ya casi nadie escribía un diario acerca de sus sueños.

15 de enero de 2021

Quiero dejar constancia de las emociones y sensaciones que siento en estos momentos.

Antes solía pensar que el cielo es azul y las praderas son verdes. No obstante, ahora dudo acerca de la diferencia entre esos colores.

La jungla que vi en mi sueño cambiaba a cada instante, como si estuviera viva. Era un espectáculo que no me aburriría aunque me pasara el día entero viéndolo. El cielo era de un color celeste intenso, las hojas de la vegetación verdes, algunas con destellos amarillentos y otras cetrinos, y la hierba mojada se veía de un verde radiante. Me resultó impresionante el poder distinguir todas aquellas tonalidades verdosas al momento en que entraban en mi campo de visión.

¿Tan bello era el mundo cuando podía ver?

Desde hace un tiempo, hay ocasiones en las que no puedo ver ni siquiera en sueños. Esto me aterra. Estoy sufriendo de tal manera que incluso tengo miedo a quedarme dormido. Me quitaron ya muchas cosas, pero no me habría imaginado que me arrebatarían también los sueños.

No estoy preparado para esto. Incluso si lo estuviera, se trata de algo muy duro de sobrellevar.

Si de verdad existieran personas que fabrican sueños, tal y como aparecen en películas y novelas de fantasía, me gustaría pedirles que me permitan seguir soñando. Por favor, se lo suplico. Al menos, no me quiten los sueños.

El diario del cliente 792 terminaba mencionando lo mismo que había visto en la hoja de reclamaciones. Penny tuvo una ligera idea de cuál era su situación.



Tan pronto como él se despertó, se incorporó y alcanzó con la mano el interruptor para encender la luz. Se pudo dar cuenta de que en la habitación ya había bastante claridad. Su vista no le permitía distinguir objetos, pero sí podía diferenciar, aunque vagamente, lo oscuro de lo claro. Tras desperezarse un poco, acarició a su perro

lazarillo que estaba tumbado bajo su cama y se dirigió a la cocina. Allí sacó del refrigerador una botella de agua que siempre ocupaba el mismo sitio y bebió de ella. La destreza y familiaridad con las que realizó esa secuencia de acciones sin ayuda de nadie le sirvieron como consuelo a la desilusión vivida la pasada noche. Mientras bebía el agua fría, intentó traer a su memoria los recuerdos de la noche anterior. Estaba bastante seguro de que tampoco había visto nada en sueños esa vez. Si estaba en lo cierto, últimamente eran más los días en los que no veía ni cuando soñaba.

Había perdido la mayor parte de su visión hacía seis años debido a una enfermedad que avanzó a pasos agigantados. Antes de ocurrirle eso, desconocía que en la mayoría de los casos la ceguera no es congénita. Suponía que los que la padecían eran ciegos desde el momento de nacer. Como la mayoría de la gente que podía ver, no incluía la vista entre sus capacidades personales, sino que la daba por hecho como algo natural y básico. Por lo tanto, cuando le diagnosticaron la enfermedad, pensó que sería pasajera y que se curaría al cabo de una semana sin tener que recibir ningún tratamiento. No obstante, una vez que el médico le explicó las razones por las que no podía ver y por qué seguiría sin poder hacerlo, no le quedó más alternativa que aceptar la realidad que se le presentaba.

Sus allegados elogiaron su resiliencia mental y hasta él mismo se extrañaba de lo fría y racionalmente que había asimilado aquella impredecible circunstancia. Algunos acontecimientos inusitados suelen hacer que las personas piensen con más claridad y se centren en lo que deben hacer, y ése fue su caso. En vez de él, fue su familia la que vivió el sufrimiento y la angustia por partida doble.

Visto en retrospectiva, quizás había cortado de manera drástica con todos los elementos innecesarios para su subsistencia con el fin de protegerse a sí mismo. Probablemente infirió que sus propias emociones podían llegar a ser la peor amenaza para su supervivencia.

Para que la impotencia y la desesperación no se apoderaran de él, el instinto lo impulsó a tomar los pasos necesarios para adaptarse de inmediato a la nueva situación y aprender a navegar por ella. Para empezar, tenía que dominar una nueva forma de caminar. Se entrenó para ir evitando obstáculos mediante el uso de un bastón y guiándose por las paredes. Le llevó mucho menos tiempo de lo habitual acostumbrarse a pasear por su barrio gracias a la ayuda de sus

familiares y muchas otras personas. Quizá fue el resultado de invertir en ello todos los sentidos que le quedaban activos. Era difícil de explicar, pero las cosas a su alrededor se volvieron tangiblemente más nítidas y concretas al comenzar la rehabilitación. El número de pasos que le llevaba a la avenida frente a su casa, los altibajos del suelo y los lugares donde terminaban las baldosas, los diferentes olores que emanaban de los restaurantes dependiendo de la hora del día; todas esas cosas constituían una abrumadora fuente de información a las que no había prestado atención en el pasado.

A pesar de que reconstruir una rutina fue un lento proceso, tanto como lo fue aprender a leer braille, cada día que pasaba era mayor la claridad que adquiría su vida, y eso lo recompensaba con una innegable sensación de superación. Esa actitud iba mucho mejor con él, que el resignarse a pasar sus días tumbado en la cama.

Cierto día, cuando ya iba ampliando poco a poco el conjunto de cosas en las que se podía desenvolver solo, sin la ayuda de familiares y compañeros, entró por su cuenta en la tienda de conveniencia de la facultad. Era una de las rutas que había practicado decenas de veces. Dentro de aquel local de unos treinta metros cuadrados, se escuchaba el sonido constante del escaneo de los códigos de barras. Conforme caminaba haciendo sonar su bastón contra el suelo, percibía —como un elemento auditivo nítido— el desconcierto de las personas a su alrededor. Éstas le despejaban el paso de buen grado, arrimándose a las paredes para que él pudiera transitar por los pasillos de la tienda. El agradecimiento, simultáneo al reparo que sentía hacia ellos, permitía que se desplazara con presteza y sin titubeos.

Se dirigía a la zona de refrigeradores de bebidas y, pasando la mano por las latas, alcanzaba a leer que en la parte superior estaba escrito “refresco” en braille, aunque no podía diferenciar el tipo o la marca del producto. La mayoría de esas latas no le proporcionaban información más allá de dejarle saber que no eran bebidas alcohólicas. Esto era algo a lo que ya se había acostumbrado. Como ya había memorizado dónde se encontraban sus refrescos favoritos, iba directo al segundo refrigerador y sacaba una lata de las que estaban en el costado izquierdo a la altura de su pecho. De todas formas, si le pedía al tendero que le confirmara que era la bebida que quería, sin duda alguna éste lo haría con toda amabilidad.

Sin embargo, lo que él necesitaba aquel día más que nada era comprar lo que buscaba sin la ayuda de otros. Además, no quería

suponer una molestia para el único empleado que había en la tienda atendiendo a todos esos clientes en la caja, acompañado del incesante pitar del escaneo de productos. En otras palabras, quería actuar con normalidad, como cuando todavía poseía el sentido de la vista.

Antes solía ser alguien que no le gustaba perturbar el ritmo de trabajo de los demás, pero al mismo tiempo se sentía inclinado a prestar ayuda cuando veía que los otros la necesitaban. A menudo la gente lo elogiaba por lo atento y cortés que era. No quería deshacerse de esa personalidad que tenía antes de perder la visión.

Quizás aquel día esa fuerte determinación jugó en su contra. Tras abrir la lata ya fuera de la tienda y tomar un sorbo, se dio cuenta de que no era el tipo de bebida que siempre tomaba e inmediatamente la resiliencia que le había permitido estar a flote durante ese tiempo quedó hecha un terrible desastre. Que la ubicación de los refrescos hubiera cambiado inesperadamente era algo de lo que él no podía darse cuenta. En un día cualquiera, se habría dicho que la próxima vez le preguntaría al dependiente sin darle más importancia al problema, puesto que era un hecho aislado, que no revestía ninguna importancia. Sin embargo, aquel día, al pensar que quizá nunca volvería a ser el de antes y que, aparte de la visión, había perdido su individualidad, se quedó embebido en una sensación de inexorabilidad. Además, se puso a rumiar acerca de todas las veces que la gente de su barrio le había expresado lástima por su ceguera, todas esas personas que antes lo habían estimado por amable y de buen corazón, y eso terminó por desmoralizarlo. Así fue como, inconscientemente, su psique comenzó a malograrse. “El primero en saber que doy pena soy yo mismo. ¡Y aun así, estoy aquí afuera al pie del cañón!”, pensaba.

Se sentó en los pies de una escalera cerca de la tienda por donde casi no pasaba gente y soltó el bastón como arrojándolo. Justo cuando estaba conteniendo las ganas de gritar y llorar, una mujer se acercó a él.

—¿Quieres que te ayude? —le dijo la dueña de aquella voz, mientras ponía el bastón al alcance de él.

—Gracias.

—Trabajo como asesora psicológica en esta universidad. Si quieres, puedes venir un día a visitarme a mi consultorio. Dejaré grabada la dirección y el número de teléfono en un archivo de voz en tu teléfono celular.

Él no se sentía capaz de contestarle.

—Lo digo porque preferiría verte sonriendo. Cualquiera que te vea

poniendo esa cara, no va a evitar preguntarte si te pasa algo —añadió ella, auxiliándolo cuando él se dispuso a levantarse.

Tras despedirse de ella y ponerse en marcha de vuelta a casa, se puso a reflexionar acerca de qué significaría para él pasar el resto de su vida sin poder hacer otra cosa que estar agradecido por la ayuda que le prestaban otras personas.

“¿Qué podría hacer yo por los demás? ¿Cómo me verán ellos? ¿Como alguien que tiene por objetivo último valerse por sí mismo y así fundirse con el resto de la sociedad sin causar inconvenientes? ¿Como alguien que se esfuerza por no convertirse en una carga para su familia? ¿Esto es todo lo que podré hacer en la vida?”. Nunca hubiera imaginado que el objetivo máximo a alcanzar en la vida pudiera descender a un nivel tan básico.

Luego de llegar a casa, se pasó dos días enteros durmiendo. Se alegraba de que dormir fuera una acción que podía hacer cualquiera simplemente cerrando los ojos. No le llevó tiempo darse cuenta de que únicamente al soñar era capaz de ver, y eso fue para él una especie de salvación. Por si fuera poco, podía ver cosas aún más bellas que las que existían en la realidad. Que pudiera irse a dormir y soñar una vez que acababa el día consistía para él en la única fuerza de apoyo para sostenerse en pie cuando estaba despierto.

Sin embargo, empezaron a llegar días en los que no podía ver ni en sueños. No quería resignarse a pensar que todavía le quedaban cosas que perder. Escuchó a alguien decir que, dado que los sueños estaban basados en recuerdos, conforme aumentaban los recuerdos de los días de ceguera, se iba perdiendo la capacidad de ver en sueños. Él rezaba para que existieran excepciones a esa afirmación.

Había pasado ya la medianoche, dejando muy atrás la hora en la que normalmente se quedaba dormido. Al día siguiente, además de hacer la misma ruta desde la universidad a su casa, debía pasar por el consultorio al que acudía regularmente. Su perro Bandi, aparentemente al tanto de ello, empezó a quejarse a los pies de su cama. “Debería dormirme, ¿verdad? Pues sí, eso me toca ya. Buenas noches, Bandi”.

Pronto, casi al mismo tiempo que su perro empezó a respirar profundamente, él acabó rindiéndose ante el sueño.

✶ ✶ ✶

Aquella noche soñó que estaba con Bandi. El can le dejaba saber que estaba a su lado rozando su cuerpo contra la pierna de su amo. Por desgracia, esta vez tampoco vislumbraba nada ante sus ojos, tal y como en la vida real. Decepcionado, se disponía a darse la vuelta como otras noches cuando el llamado repentino de alguien lo hizo detenerse.

—¡Espere, señor cliente!

—¿Se refiere a mí? ¿Quién es usted?

La chica que lo había hecho girarse, se acercó jadeando por haber corrido hasta él.

—Soy Penny, una empleada de la Galería de los Sueños Dallergut.

—¿La Galería de los Sueños? ¿Por qué se ha acercado a mí? Hoy me encuentro indispuesto como para comprar algún producto.

—No es por eso. Hay unas personas que lo esperan en la tienda porque les gustaría hablar con usted. ¿Podría pasar a encontrarse con ellas? Le aseguro que le encantará conocerlas.

—No sé a quiénes se refiere. De todas formas, ni siquiera podré verlos.

—Eso no tiene importancia. Ellos quieren hablar con usted como sea. Para ser más exactos, le diré que no se trata de gente desconocida para usted. Si está de acuerdo, déjeme que lo guíe tomándole del brazo.

Su perro lazarillo no se resistió en absoluto; en vez de eso, se puso a mover la cola azotándole las rodillas a su dueño en señal de estar de acuerdo.

“Espero que esto no sea ningún engaño”, pensó.

—Veo que lo acompaña su mascota. ¿Cómo se llama?

—Es Bandi, mi perro lazarillo. Se lo puse como apócope de la palabra *luciérnaga* en coreano, “bandippul”.

Quizá gracias a la ayuda de Penny o simplemente porque sus pies recordaban el trayecto hacia el interior del establecimiento, no tuvo problemas en entrar en la Galería.

Una vez dentro, pudo discernir que había bastantes personas concentradas en un rincón dentro de aquel espacio, que estaban susurrando.

—¿Has visto a Wawa Sleepland hace un momento? Acaba de entrar en la sala de descanso para empleados. Es mucho más guapa en persona.

—¿Y qué hay de Kick Slumber? Seguro que de los nervios no voy a

poder pronunciar ni una palabra delante de él. Hacen una pareja maravillosa.

Todos parecían compartir la emoción de haber visto a unos famosos.

—Ahora vamos a entrar en la sala de descanso. Ahí se encuentran dos personas esperándolo —le informó Penny. La chica abrió una puerta chirriante y al instante una calidez acogedora acarició la piel del cliente. Él percibió la presencia de otros en aquella sala; sin duda alguna, los que deseaban encontrarse con él ya estaban ahí. Permaneció de pie junto a su perro, sobrecogido por los nervios. Sin embargo, Bandi seguía igual de sosegado y, sin parar de mover su cola, se tumbó cómodamente a los pies de su amo.

—Bueno, los dejo. Me aseguraré de que nadie los interrumpa, así que tómense el tiempo que quieran para conversar. Ah, y esto… —dijo Penny, soltando el brazo del cliente para pulverizar un líquido en el interior de la sala. Unas diminutas gotas se posaron sobre el brazo del hombre y un aroma forestal llegó hasta su olfato—. Es una fragancia que propicia que nuestros pensamientos se organicen. Dallergut me lo ha prestado para esta ocasión. Espero que les sirva de ayuda.

Después de asistir al cliente para que se sentara en una silla con reposabrazos, Penny abandonó la sala, cerrando la puerta tras ella. Fue entonces cuando aquellos dos desconocidos comenzaron a hablarle.

—Encantada de conocerle. Soy Wawa Sleepland y me dedico a crear sueños en los que aparecen paisajes hermosos.

—Yo me llamo Kick Slumber y fabrico sueños en los que uno puede convertirse en animales, tales como ballenas o águilas. Supongo que se habrá sorprendido al escuchar que unos extraños quieren encontrarse con usted. Disculpe la brusquedad.

—Mucho gusto. Me llamo Park Tae-gyeong. Suena admirable eso a lo que se dedican. Pero ¿por qué razón me buscaban? ¿De qué me conocen?

—Leímos el diario de sueños que nos mandó, así es como llegamos a saber de usted. Fui yo quien creó el sueño que tuvo, *Una jungla llena de vitalidad*. ¿Lo recuerda? Es uno donde se puede observar cómo cambia una selva a cada hora del día dependiendo de la luz.

La fragancia que Penny había pulverizado hizo su efecto, y el hombre rememoró la escena de la jungla.

—¡Sí, ahora lo recuerdo! Es un sueño que me encanta. Tiene razón, escribí ese diario después de experimentarlo. ¿Me dice que lo leyó?

Vaya, qué sorpresa… Lo cierto es que es un poco embarazoso…

—No tiene por qué sentirse así. Cuando se deja constancia de un sueño por escrito, como lo hizo, el texto llega a esta tienda. Penny me enseñó lo que escribió. Me sentí igual de contenta que si hubiera recibido una carta de mis fans —le dijo Wawa Sleepland.

—Estamos al tanto de que perdió la vista. ¿Cuándo le ocurrió? ¿Le causa muchas dificultades en su vida diaria? —le preguntó sin rodeos el hombre que decía llamarse Kick Slumber.

—Ya estoy bastante acostumbrado, pues llevo seis años así.

—Seis años es un corto tiempo para adaptarse del todo. En mi caso, nací sin una pierna de la rodilla hacia abajo, así que tardé muchos años hasta acostumbrarme a hacer una vida normal. Quizá se podría decir que en ese sentido tuve suerte —explicó abiertamente Kick Slumber. El creador poseía tacto para hablar sobre temas que podían resultar incómodos.

—Veo que habla con toda naturalidad de estas cosas aun siendo la primera vez que me ve. Francamente, esta situación me parece un poco rara —se sinceró el cliente.

—Es porque temo que se despierte en mitad de este encuentro. Si eso ocurriera, tal vez lo olvidaría todo. Ésa es la razón por la que me estoy permitiendo hablarle con franqueza. Esto puede resultar algo embarazoso, pero en este lugar nos conocen todos y es difícil encontrar a alguien con quien hablar en confianza y con libertad. Quizá le suene algo egoísta, pero tanto a ella como a mí nos hace falta tener amigos como usted, por eso insistimos tanto en conocerlo. De la misma manera que nos es de ayuda, ¿qué le parece aprovechar en su beneficio que nos tiene a nosotros? —explicó Kick Slumber, cambiando de postura, lo cual provocó un crujido de la silla.

—Su mundo y el nuestro están conectados a través del sueño, tal vez por voluntad divina. Eso nos permite ser buenos amigos, sea cual sea el tema de nuestras charlas, ¿no le parece? Así podremos construir una relación de amistad ensoñada mediante la cual charlaremos acerca de cualquier asunto —dijo Wawa Sleepland con un poder de convicción desbordante.

—Personas a las que se olvida al despertarse del sueño… La verdad es que no suena mal —respondió el cliente, mostrándose ahora abierto a conversar.

A continuación, Kick y Wawa empezaron a contar sin pausa todo tipo de vivencias suyas, de la misma manera que lo harían amigos que no tuvieron ocasión de charlar en varios meses.

—A los diez años me prometí a mí mismo convertirme en creador. Como al principio estaba empeñado en correr aunque fuera en sueños, creé uno en el que lo hacía libremente por extensas llanuras. Aún lejos de ser un creador calificado, la inmadurez propia de un niño me hizo pavonearme delante de mis compañeros de clase e invitarlos a probarlo. Les aseguraba que para ser mi primer invento me había salido muy bien. Pero ¿saben qué me dijo uno de mis amigos? —contaba Kick, ahora con una actitud y tono mucho más relajados que cuando se presentó.

—¿Qué?

—Literalmente esto: "Oye, tú ni siquiera has podido caminar correctamente ni una vez en tu vida. Seguro que, en el sueño que has hecho, la gente corre de una manera ridícula, como intentando avanzar rápido con muletas". ¿Verdad que fue de lo más cruel? Así que le respondí: "Pues, entonces, voy a crear uno en el que se puede nadar o volar como los animales. ¿Acaso eso lo has podido hacer tú?"; a lo que aquel mocoso me respondió con sarcasmo que jamás lo lograría.

En ciertos instantes, el hombre no sabía bien qué cara poner mientras escuchaba al creador. En lo posible, no quería que se le notara que sentía lástima por él. Sin embargo, su interlocutor pareció percatarse de ello.

—Debería ver la cara tan curiosa que acaba de poner. Veo que está esforzándose para no mostrar pena por mí, ¿no es así? —dijo entre unas risas generosas.

—Es que yo detesto cuando la gente hace eso. Entonces, ¿qué pasó? ¿En serio creó esa clase de sueño donde se puede nadar y volar como algunos animales?

—Tres años más tarde obtuve el Grand Prix en la Gala de los Premios por el mejor sueño del año con *Atravesando el Pacífico convertido en orca*. Por aquel entonces sólo tenía trece años.

—¿Cómo lo hizo? ¿De dónde sacó las fuerzas y la determinación necesarias? No sé mucho sobre temas de la creación de sueños, pero supongo que le fue más difícil que a otros.

—La fuerza me nació de la felicidad que llevo conmigo; y la determinación, del deseo de llegar a ser más feliz. Aquí suelen decirme que soy un ejemplo de esperanza para los que tienen alguna discapacidad física. Eso me trae mucha alegría. Sin embargo, la mayoría de las cosas que hago son para ser feliz yo mismo. Al fin y al cabo, uno no puede vivir todo el tiempo con la única finalidad de

convertirse en la esperanza de los demás. Lo mismo se aplica al primer sueño que creé. Éste empieza con una orca que se va alejando de la costa, lo cual simbolizaba mi propia persona, pues yo deseaba romper con las muchas limitaciones que me imponía este mundo. Quería dejar de ser una persona a la que le faltaba una pierna y convertirme en una orca que pudiera alcanzar a ver un mundo mayor sin necesidad alguna de extremidades. Y así fue. Pensé que podría morir ahogado en el mar si me hundía, pero me di cuenta de que en el fondo me esperaba una realidad mucho más vasta. Y ahora lo considero un alivio porque si yo hubiera sido alguien que podía correr por la orilla, nunca se me habría ocurrido intentar saltar a los océanos —contó Kick, sin trabarse en ningún momento.

—Lo admiro, pues yo todavía la paso mal hasta con las cosas más banales, pensando en cómo me verán los demás. Me cuesta centrarme en mí mismo cuando me preocupo por si le doy pena a otros o surgen situaciones en las que las personas no saben cómo actuar cuando me tienen cerca.

—Es imposible saber cómo nos ven los demás en realidad. Sólo podemos hacer conjeturas basándonos en la expresión o la voz de las personas al tiempo de interactuar. Por el contrario, cuando es demasiada la información, no nos deja ver la realidad, lo que quiere decir que las apariencias no lo son todo. Tratándose de algo que al fin y al cabo no se puede saber, le recomiendo que imagine las caras de la gente que lo apoya. Eso es lo que estamos haciendo ahora mismo con usted.

—Los que me apoyan… Tiene razón, son numerosas las personas que me han ayudado: mis familiares, mis amigos y también la psicóloga en la que tanto confío —reflexionó el cliente, y enseguida añadió—: Si fuera alguien libre de discapacidades, querría hacer eso en la vida, es decir, retribuir la ayuda que recibo de la gente, brindándole apoyo y consideración.

—Pero ¿sabe una cosa? Ya está siendo de ayuda para otras personas. Sin darse cuenta, me ha permitido salir de la tristeza en la que había caído —dijo Wawa Sleepland—. Yo era una simple estudiante apasionada por las bellas artes. Cuando decidí que quería crear sueños, sólo pensaba en capturar en ellos las escenas que siempre había dibujado. Tengo confianza en manejar los colores mejor que nadie, pero me faltan las técnicas complejas en las que los creadores como Kick son tan diestros y usan para dar dinamismo a las escenas. A pesar de ello, quería dar con la razón por la que deseaba

crear sueños que me resultaran tan laboriosos y a la vez poco consistentes. Llevo en esta profesión más de diez años, y últimamente estaba completamente agotada. Sin embargo, me di cuenta de algo al leer el diario que escribió: que había estado haciendo esta labor para servir a personas como usted. No sabe cuán grande fue el impulso que supuso para mí ese descubrimiento —dijo la creadora con la voz rebosante de sinceridad.

—Puede ser que sus dificultades estén sacando a la luz una versión mucho más auténtica de usted mismo —intervino Kick abruptamente.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Ahora comprende incluso mejor lo importante que es la ayuda de alguien. Habrá personas que, aun pasando por lo mismo, sentirán cosas remotamente diferentes. Sin embargo, usted es alguien que cree que debe ayudar a otros tanto como lo han ayudado. ¿Qué me dice? ¿No le parece que ahora se manifiesta con más claridad su verdadera forma de ser? Párese a observar sus sentimientos, dejando de lado el qué dirán las personas a las que ni siquiera puede ver.

—¿De verdad sería eso posible? Tengo la sensación de que el mero hecho de no poder ver está afectando todas mis otras facetas haciéndolas desaparecer y eso me aterra. Yo… no quiero ser un simple invidente. Quiero seguir siendo Park Tae-gyeong —manifestó, sacando el coraje para decir lo que desde hacía mucho había querido expresar delante de otros.

—A mí me pasaba lo mismo; no quería que se refirieran a mí como "ése al que le falta una pierna". Al menos quería reducir ese aspecto hasta el punto de que, al presentarme, sólo tuviera que aclarar que tenía dificultades para caminar. Eso supone una gran diferencia y siempre quise conocer a alguien que verdaderamente lo supiera. Y con ese alguien me refiero a usted —dijo Kick, poniendo esmero en cada una de sus palabras.

Su interlocutor se había dado cuenta de que el creador estaba sincerándose tras reunir un inmenso valor para ello, justo de la misma forma en que él lo había hecho.

—Señor Tae-gyeong, ninguna etiqueta que nos califique vale más que lo que somos. Aparte de esto, mientras haya creadores de sueños y haya quien esté dispuesto a comprarlos, nadie podrá quitarle ni su tiempo de dormir ni de soñar. A nosotros los creadores nos corresponde decidir qué sueños ofrecerle y usted sólo tiene que ponerse cómodo y cerrar los ojos sin preocuparse por nada más —le aseguró Wawa Sleepland con un tono de voz confortante.

Tan pronto como los creadores abandonaron la sala, Penny, que había estado esperando afuera, se acercó a Park Tae-gyeong y a su perro.

—Si le parece bien, me gustaría mostrarle las plantas que integran nuestra tienda —propuso con amabilidad.

—¿Todas?

—Ya sabe, visitar esta tienda forma parte de su rutina diaria y queremos ayudarlo a reinstaurarla.

—Me aflige mucho que se tomen tantas molestias únicamente por mí…

—Mi deber como empleada de la recepción es ofrecer un servicio personalizado a cada cliente.

Llegaron a la quinta planta tras subirse al ascensor. Allí los empleados alzaban la voz para anunciar los productos que estaban en oferta y se notaba el vaivén de los clientes que estaban a la caza de artículos rebajados.

—Me parece que es imposible conseguir un buen sueño aquí —le dijo el hombre a Penny con una risa tímida, tras haberse percatado del ambiente de esa planta.

—No se preocupe, Motail le ayudará con eso. ¿Verdad, Motail?

—Le voy a proponer algo que no hago con otros clientes. Cada vez que venga a visitarnos a la sección de rebajas, le daré uno de los sueños especiales que tengo escondidos de la vista de los demás. ¿Qué le parece? —le preguntó lleno de energía aquel empleado de voz animada, pero Bandi empezó a ladrar al escuchar hablar a Motail—. ¿Por qué me ladras, perrito? ¡No soy nadie sospechoso! Puede confiar en mí, señor cliente. ¡Lo estaré esperando en esta planta!

A continuación, Penny procedió a guiar al hombre hacia la planta inferior:

—Estoy segura de que a Bandi le va a encantar la cuarta planta.

El hombre y el perro bajaron con Penny por el ascensor. En cuanto llegaron, Bandi dejó claro con gimoteos que quería echar un vistazo por allí.

—Mira, aquí tienes un montón de sueños geniales para ti. Ve a elegir alguno, que yo me quedo ocupando tu lugar —le dijo Penny al perro lazarillo, pero éste vaciló unos instantes.

—Vamos, no pasa nada, ve a curiosear un poco —lo animó su dueño, y enseguida Bandi comenzó a corretear entre los singulares mostradores bajos de la cuarta planta—. ¡Bandi, no corras!

—No se preocupe, aquí puede estar a sus anchas. Tenemos muchos más visitantes que son tan enérgicos como Bandi.

—¡Oye, chico, párate ahí! —dijo con voz aguda un hombre que se desplazaba en patín hacia el perro.

—Él es Speedo, el encargado general de la cuarta planta. Ahora mismo tiene una cara de regocijo increíble. Se ve que está contento de tener una excusa para correr.

De camino a la tercera planta, el hombre se dio cuenta de que la Galería era un espacio familiar para él.

—Creo que ya lo sé. ¿Es cierto que en la tercera planta se venden unos sueños muy dinámicos y divertidos? Me da la sensación de que vine aquí muchas veces.

—Así es. Estaba en lo cierto cuando supuse que lo reconocería. Me alegra estar mostrándole este lugar de nuevo. En esta planta siempre suenan las canciones de moda y las paredes están llenas de carteles promocionando artículos de lo más variado. Aquí los empleados van vestidos cada uno con su propio estilo. Le presentaré a la encargada principal de la tercera planta.

—Bienvenido, señor cliente —lo saludó Mog Berry, que había estado esperándolos—. En nuestra sección tenemos sueños que se centran en los sonidos en particular. Suelen ser una buena alternativa en muchas ocasiones, así que visítenos cuando le apetezca. Dicen que si recibimos una variedad de estímulos al dormir, nuestros sentidos pueden llegar a desarrollarse incluso más. En esa línea, este sueño de aquí… —empezó a explicar la encargada, agarrándolos a ambos por el brazo con intención de mostrarles todos los productos.

No obstante, Penny y el cliente se apresuraron a bajar a la segunda planta.

Dado que los mostradores del nuevo espacio al que habían llegado estaban matemáticamente ubicados, era muy cómodo caminar entre ellos. Había exactamente tres pasos entre vitrina y vitrina y en cada esquina había un cartel a la misma altura con información escrita en braille.

—También puede pulsar aquí si necesita información auditiva —le explicó Vigo Mayers, mientras lo guiaba silenciosamente—. Me gustaría recomendarle los sueños de la “Sección de recuerdos”. Aunque quizá le hagan falta varios intentos hasta dar en el clavo, con un poco de suerte podrá ver los recuerdos de cuando conservaba la vista. Según estoy informado, es poseedor de una considerable cantidad de remembranzas, con lo cual desearía que no se precipitara a dar por hecho que no volverá a ver en el futuro —lo animó el encargado.

Penny pensó que al oír a Mayers sin ver la cara tan arrogante que siempre llevaba, el cliente podría llegar a creer que él era el encargado más amable de todos.

—Veo que le gustan los sueños de la segunda planta.

—Sí, es una suerte que aún conserve mis recuerdos. Ahora sólo queda la primera planta.

—Ahí es donde trabajo yo. Tenemos preparados sueños muy populares o algunos que son muy particulares —le informó Penny, mientras lo guiaba a la sección que habían instalado recientemente—. He reunido aquí sueños muy especiales que andaban desperdigados. Entre ellos hay algunos con subtítulos para clientes que no pueden oír, y otros con lenguaje de señas. Me da un poco de vergüenza reconocerlo, pero yo también me enteré hace poco de que existían productos así.

—Es de agradecer, y mucho, que haya personas creando artículos para las minorías.

—No importa que quien venga a comprar pertenezca o no a una minoría, pues cada cliente busca un sueño diferente. Sólo llevo un año trabajando aquí, pero es una de las cosas que sin duda he aprendido durante este tiempo. Hay quienes detestan los sueños premonitorios, mientras que otros, aun gustándoles soñar a la hora de la siesta, siempre acaban arrepentidos. Y ahora mismo, lo que necesita usted es uno de los sueños especiales, sólo eso. Lo cual quiere decir que lo único que debe hacer de su parte es entrar a la tienda y nada más.



De lo mucho que su amo había hablado en sueños aquella noche, Bandi estaba ya despierto, esperándolo. Cuando por fin él también despertó, el perro se acercó a lamerle la mano. Las personas con las que se había encontrado en aquel sueño todavía permanecían en su memoria y sus voces se le habían quedado en el oído. Estaba seguro de que había tenido una charla amistosa con ellos y se esforzó por recordar de qué hablaron. Sin embargo, las oraciones que flotaban por su mente se fragmentaron en palabras y éstas en sílabas hasta acabar desapareciendo, sin dejar el mínimo rastro.

"¿Quiénes eran esas personas? ¿Será gente de mi entorno que conozco? Imposible, seguro que eran desconocidos", se convenció a sí mismo.

Tenía la sensación de que lo habían tratado como si lo conocieran

bien, pero también la certeza de que él no sabía quiénes eran. Sin duda alguna, se trataba de voces que había escuchado por primera vez. Pero esto tampoco era plausible. Probablemente, las conversaciones que había tenido eran reconfiguraciones de cosas que había oído decir a la gente en la vida real. De todas maneras, sí había algo que le impedía atribuirlas a una actividad cerebral fortuita, pero no le quedaba más alternativa que hacerlo, pues era imposible que hubiera ido a visitar a alguien durante el tiempo en el que estuvo dormido.

Sentado en su cama, siguió pensando un rato más acerca del sueño que había tenido la pasada noche. "Me parece que había una cosa que no quería olvidar por nada del mundo…". De repente consiguió recordarla y la pronunció en voz alta:

—*Yo no quiero ser un simple invidente. Quiero seguir siendo Park Tae-gyeong.*

Aunque él no era consciente de ello, esto lo había repetido una y otra vez durante la noche. Bandi, quien lo había estado observando, soltó un pequeño ladrido como si le dijera algo. Su dueño se levantó y, acariciándolo, le susurró: "Un día más deposito mi confianza en ti". Esas palabras no iban dirigidas solamente a su perro, sino que eran algo que también se decía a sí mismo.

Al terminar sus clases, se dirigió hacia el consultorio. Sus pasos y los de Bandi estaban rítmicamente compenetrados. En cuanto llegó, la psicóloga Yoon, sujetó la puerta y lo saludó:

—Hola, Tae-gyeong, pasa. ¿Qué tal estás? Entra tú también, Bandi.

—Bien, ¿qué hay de usted?

Bandi se tumbó sigilosamente en un rincón de la sala y, al hacerlo, se escuchó cómo su correa tocó el suelo.

—A Bandi se le ve muy contento hoy —comentó la psicóloga y su voz cariñosa resonó agradablemente en sus oídos.

—A él le encanta venir a este lugar. Detrás del edificio hay un jardín muy amplio y, después de que acabamos la sesión, siempre lo llevo allí a que dé una buena carrera a sus anchas.

—Qué suerte tienes de ir siempre con tu dueño, ¿verdad, Bandi?

—Sí, ojalá que él también piense lo mismo.

—Bueno, ¿qué te parece si hoy hablamos de tus sueños?

Ése era el tema que trataban últimamente… A ella le gustaba averiguar el estado de ánimo de las personas a través de sus sueños y construir la charla con base en ello.

—Anoche soñé con algo increíble. Me reunía con varias personas y, aunque no podía verlas, me sentía cómodo y familiarizado, como si las conociera desde siempre. Así es. Creo recordar que Bandi también estaba conmigo. Era como si las personas con las que hablaba existieran realmente. La situación en la que estábamos y las cosas que me contaban eran demasiado concretas para considerarlas fruto de mi inconsciente. ¿Verdad que es muy extraño?

—Para nada. Hay muchísimas personas que experimentan algo semejante.

—¿Sí? Entonces, eso quiere decir que tal vez exista un mundo del que no nos acordamos al despertar —dijo él con entusiasmo.

—Efectivamente. Puede que así sea.

Aunque él no podía descifrar la expresión de Yoon, sí captó una profunda nostalgia en la forma con la que acababa de expresarse.

—¿No te acuerdas de nada más? Me gustaría que me contaras más cosas sobre ese sueño.

Al escucharla decir eso, se dio cuenta de que estaba mucho más interesada en el tema que otras veces.

—Me gustaría, pero cuanto más intento recordar, más rápido se disuelven las imágenes que me quedaron. Si lo hubiera sabido, habría procurado dejar por escrito lo que experimenté. Cuando se hace un diario de los sueños, éstos se pueden rememorar durante mucho más tiempo. Ya sabe, los apuntes hacen que recordemos las cosas. Por cierto, ¿usted también suele soñar a menudo? Me gustaría que me contara con qué cosas ha soñado.

—Pues sí, sueño con bastante frecuencia.

—¿También ha intentado escribir un diario de sueños?

—Por supuesto. Gracias a ello, hay algunos de los que me acuerdo como si fuera ayer, a pesar de haberlos tenido hace muchísimo tiempo. Hubo uno fantástico en el que me convertía en orca y atravesaba el Pacífico nadando.

—¿Y de cuándo es ese sueño?

—Pues… ya pasaron veinte años desde que lo tuve. Fue un sueño del año 1999.

4. El sueño que sólo Otra podía crear



—Veo que hoy también llegaste temprano, Penny —la saludó con voz lánguida Mood, quien trabajaba en la recepción durante el turno de noche.

—Buenos días, Mood.

Últimamente la chica llegaba pronto al trabajo y comenzaba a hacer las tareas que tenía asignadas. Después de que Mood le comunicara si en la noche había habido algún incidente que destacar, apuntaba los sueños que debían reponerse y se dirigía al almacén con un manojo de llaves. Luego, tras apilar a un lado las cajas de sueños que más tarde colocaría en los estantes, cortaba el papel y los lazos para envolver los nuevos artículos que llegaban al mediodía. Finalmente, terminaba sus obligaciones de la mañana sacando del almacén las botellas repletas con los pagos de sueños y dejándolas frente a la entrada, listas para ser llevadas al banco.

Ese día Penny colocó cuidadosamente sobre el suelo unas botellas que estaban llenas de “remordimiento”, un líquido de color granate, junto con otras que contenían uno plateado, que correspondía al “arrepentimiento”. A continuación, sacó un cojín que había dejado escondido en un rincón y se sentó sobre él para ponerse a leer la revista *Cuestión de Interpretación* que traía bajo el brazo.

En días recientes había tomado interés en ampliar sus conocimientos de cultura general o acerca de asuntos externos a la tienda. Después del encuentro con el cliente 792, tenía más ganas de aprender, pues pensaba que, tarde o temprano, podría toparse con un nuevo caso de reclamación de nivel 3.

Dado que ponerse a estudiar tras terminar la jornada sería demasiado agotador, optó por llegar un poco antes al trabajo y

procurarse así un tiempo para hacerlo. Aunque había gruesos libros que trataban los temas más a fondo, Penny prefirió empezar con una lectura más liviana. A pesar de que muchos la criticarían por basar su aprendizaje en una revista, al ser su objetivo obtener información diaria de lo que ocurría fuera de la tienda, ésta le servía más que de sobra. En *Cuestión de Interpretación* se publicaban desde anécdotas y chismes del mundillo de los creadores hasta glosarios de vocablos relevantes en la industria de los sueños, información sobre legislaciones y artículos sobre productos que eran rentables o bien, una apuesta segura. La mayoría de las secciones estaban escritas en un lenguaje accesible, excepto la del *Estudio del mes*.

Como ya había finalizado sus tareas primordiales, tenía unos treinta minutos de lectura para ella sola. En un comienzo se había puesto a leer en la sala de descanso para empleados, pero el ruido que hacían los que desayunaban allí le resultaba un tanto molesto; en cambio, en el almacén, el sonido del goteo de las emociones que iban rellenando las botellas favorecía su concentración.

Cuando pasaba lentamente las páginas, avistó el nombre de uno de los creadores legendarios de sueños. Irguió su postura y comenzó a leer esa parte con atención.

UN SUEÑO INFRAVALORADO

Hoy se cumplen siete años desde que el sueño tan exclusivo de Yasnooz Otra, *Vivir como mis padres durante una semana*, fue lanzado a la venta. A grandes rasgos, los sueños suelen dividirse en dos clases dependiendo de los métodos empleados en su creación: los que han sido desarrollados con base en los recuerdos del soñador en particular, o los que han sido hechos de principio a fin con las ideas e intenciones del creador y proporcionan experiencias surrealistas. Sorprendentemente, esta prometedora obra de la entonces jovencísima Yasnooz Otra pertenece a la primera categoría.

Crear sueños basados en recuerdos es una tarea que requiere de una gran complejidad. A la vez que se controlan apropiadamente las memorias, aun siendo tan inexactas, de la persona que sueña, hay que integrar las intenciones del creador, lo cual es un desafío que demanda un alto ejercicio mental. No son pocos los que aspiran a convertirse en creadores, pero la mayor traba a la hora de obtener la licencia para ejercer como tal reside precisamente en esa dificultad.

Yasnooz Otra dio un paso más y creó un sueño con un giro de perspectiva. En vez de usar las memorias del soñador, el sueño se desarrolla desde el punto de vista de un tercero que posee recuerdos acerca del sujeto, es decir, sus padres. Este audaz intento y la idea revolucionaria que supone en sí son, sin duda, dignos de considerarse una genialidad.

Vale la pena mencionar la opinión del primer crítico que entró en contacto con la obra.

Comprobó que efectivamente su perspectiva había cambiado a la de su padre durante el sueño. Narró cómo le conmovió verse a sí mismo bajo la mirada cargada de aprecio de su progenitor cuando éste se levantó enseguida al sonar la alarma en la habitación de su hijo, la apagó permitiéndole dormir cinco minutos más y luego regresó para despertarlo con tacto.

En cambio, otros habrán tenido que revivir ciertos recuerdos, desde el punto de vista de sus progenitores, en el que los padres manifestaban su agotamiento delante de los hijos y clamaban que criarlos era un castigo que tenían que sufrir en vida. Seguramente, les resultaría una experiencia que les dejaría con los ánimos por el suelo al comprobar que en aquellos momentos hablaban muy en serio.

En cuanto a la variedad de emociones con las que sería posible pagar por tal sueño, se puede decir que esta producción debería calificarse muy favorablemente en términos de comerciabilidad.

Dejando de lado su talento e ingenio, uno se atrevería a decir que la razón por la que a Yasnooz Otra no se le otorgó el Gran Prix ese año por *Vivir como mis padres durante una semana* es que no hay tantos buenos padres en el mundo como se piensa…

Penny había puesto toda su atención en el artículo. Quería seguir leyéndolo, pero era hora de que se dirigiera a la recepción.

—¿No tienen el sueño *Una jungla llena de vitalidad* de Wawa Sleepland? —le preguntó un cliente en cuanto ella salió del almacén.

—Buenos días. Está agotado y esta semana no nos van a llegar más ejemplares.

La chica estuvo a punto de recomendarle como alternativa el sueño de Yasnooz Otra, cuyos ejemplares acaparaban un mostrador entero, pero decidió no hacerlo. Sugerirle al cliente que comprara *Un mes en los zapatos de la persona a quien hostigué* podría enfadarlo, pues tal vez pensaría que le estaba insinuando que había hecho sufrir a alguien.

Todas aquellas cajas con los carísimos sueños de Otra no hacían más que seguir acumulando polvo. Hasta las etiquetas en las que aparecían las cinco estrellas que le habían dado los críticos estaban ya medio descoloridas. A la chica le dio por pensar que, a pesar de su excelente calidad, quizá quedaría como una obra que no obtendría la merecida atención del público, tal y como pasó con el sueño *Vivir como mis padres durante una semana*, del que se hablaba en el artículo que acababa de leer. Como no se sentía capaz de recomendarlo, decidió empujar el mostrador que contenía esos ejemplares hasta el pasillo más cercano a la entrada, para que estuvieran más a la vista de los clientes.

—Penny, ¡cuánta energía tienes desde tan temprano! —le dijo Weather, que acababa de llegar junto a Vigo Mayers, cuando la vio haciendo fuerza para desplazar la vitrina. Su compañera, al adivinar al instante las intenciones de la chica, se unió a ella para empujar el mueble.

Vigo, ataviado como de costumbre con un traje impecablemente planchado, se dispuso a subir de inmediato a la segunda planta, pero algo lo hizo detenerse en seco. Con una expresión de desaprobación, señaló varios mostradores diciendo:

—¿Has desatendido estas vitrinas que se quedaron vacías? En ésta y aquellas tampoco hay un solo artículo.

Su voz atrajo las miradas de los clientes. La chica se apresuró a traer las cajas de sueños que había dejado debajo del mueble de la recepción. Sintiendo en su nuca la punzante mirada de Vigo, rellenó los estantes con el sueño *Soledad entre una muchedumbre* de Hawthorne Demona, el cual había ganado los premios al “Creador Novel del Año” y “Mejor Guion” en la Gala del año pasado. En su obra uno se convertía en un individuo invisible que no podía ser reconocido por nadie.

—Vaya plan. No se venden más que los sueños premiados el año pasado. Miren todas esas etiquetas con elogios rimbombantes de la crítica. ¿Quién no es capaz de recomendar un producto galardonado? Lo que hay que tener es ojo para reconocer su valor antes del premio —dijo Vigo sarcásticamente, mirando las producciones de Demona.

Aparte de *Soledad entre una muchedumbre*, dentro de la caja que sostenía Penny también había ejemplares de *El rey desnudo*, la nueva obra de la misma autora. Tras debatir unos segundos acerca de cuál sería el lugar adecuado para colocarlos, les hizo un espacio al lado del producto precedente.

—*El rey desnudo*… El título lo dice todo. Seguro que es un sueño que es sobre caminar en cueros por ahí. Pero al final los clientes dirán: “¡Vaya, he deambulado desnudo! ¿Será que mi inconsciente refleja mis deseos por mostrarme tal y como soy?” y pagarán con toda clase de emociones. Pretende hacer negocio fácil con mucha puesta en escena para un contenido que en realidad es tan superficial. ¿Se creerá esa tipa que no me voy a dar cuenta? —comentó Vigo, añadiendo un extraño dramatismo a sus palabras con un marcado sarcasmo. Desde la Gala del año pasado, no había parado de mostrarse en desacuerdo con las obras que creaba Demona.

—Mayers, de verdad, cuando se te atraganta una cosa… ¿Acaso

jamás escuchaste que la interpretación es más importante que la trama? Pues por eso mismo, hay que dejar la interpretación de cada sueño a libertad de los clientes —lo regañó una voz valiente.

Penny se volvió a mirar varias veces a su alrededor para descubrir quién había dicho eso. Finalmente, se percató del leprechaun que estaba sentado con las alas plegadas sobre el estante de un mostrador que le llegaba a ella a la altura de la cadera. Era el regordete jefe de los leprechauns y llevaba un chaleco muy pequeño en relación con el tamaño de su cuerpo.

—¿Qué haces tú aquí?

Al intentar Vigo atraparlo con sus dedos a modo de pinza, el duendecillo huyó volando para evitarlo.

—He llegado temprano para averiguar cuáles son los sueños que están alcanzando buenas cifras. No hay lugar mejor que la Galería de Dallergut para hacer sondeos de mercado —dijo el leprechaun, con toda la dignidad del mundo, a pesar de estar espiando el local de otro comerciante—. ¿Y sabes qué? Los clientes se están llevando a puñados los sueños de Demona que tú tanto criticas. Para más información, en mayores cantidades que los productos de la tan admirada Yasnooz Otra —añadió, señalando hacia los de Otra, por los que los clientes no se interesaban.

—La calidad de un artículo no siempre se mide por las cifras de las ventas —replicó Vigo, sin dar su brazo a torcer.

—Pero ¿quién sigue fabricando sueños que no venden nada? Corren rumores de que Yasnooz Otra todavía no ha sacado ninguno nuevo este año porque no puede hacer frente a los costos de producción. Viendo cómo sigue este mostrador lleno, pienso que pronto va a tener que deshacerse de esa magnífica mansión en la que vive.

—Ocúpate de tu propia mercancía, amiguito.

—Pero si en la tercera planta *Volar por los cielos* no para de venderse —intervino Penny como por inercia.

Más envalentonado aún, el jefe de los leprechauns aleteó hasta suspenderse por encima de una vitrina repleta de ejemplares de *Sobrevolar los fiordos convertido en águila* de Kick Slumber, y a continuación dijo:

—Este producto es otro desperdicio de capital. Si por mí fuera, habría creado un sueño donde se le hace caer a uno por un acantilado y ya. ¿Pues no hay mucha gente que cree que soñar con caer por un precipicio significa que crecerá en altura? ¡Con un poco de suerte, los

clientes nos pagarían con “esperanza”!

A Vigo Mayers le tembló el labio superior junto con su bien recortado bigote. Penny, con la caja ya vacía, dio un paso atrás temiendo salir regañada ella también. Por su parte, el encargado se dirigió irritado hacia las escaleras que llevaban a la segunda planta, haciendo resonar sus zapatos contra el suelo.

—Se desquita con los demás porque no ha llegado a ser creador. No hay nadie que no esté enterado de que a Mayers lo expulsaron de la universidad. Y ahora lo que le fastidia es ver triunfar a una creadora debutante como Demona —dijo con renovado sarcasmo el duendecillo, tras un par de chasquidos.

Vigo se detuvo y le dirigió una mirada asesina al leprechaun. Si en ese momento Dallergut no hubiera salido de su despacho, probablemente el duendecillo no podría haber evitado caer en las garras del furioso encargado.

—¡Me acabo de enterar de que llegaste por el sonido que hacen tus zapatos! Pásate un momento por mi despacho antes de subir a tu planta. Tengo que hablarte sobre aquella queja de tercer nivel que te mencioné… —le dijo en tono desenfadado el propietario a Vigo.

La chica se acordaba de aquella reclamación. Cuando visitaron a la directora de la Oficina de Atención al Cliente, Dallergut se trajo dos informes de quejas; la del cliente 792 se la encargó a Penny, y la otra era con total seguridad la del cliente 1, pues ella recordaba claramente el número escrito en la esquina del papel.

Su jefe y Vigo entraron en el despacho y no salieron de allí en un buen rato.

Echando de vez en cuando un vistazo para asegurarse de que no había clientes que necesitaran su asistencia, Penny se puso a hurgar en busca de datos en el programa Dream Pay Systems. No le llevó ni treinta segundos encontrar el historial más reciente de las compras que había hecho el cliente 1. Al echarle un vistazo, se acordó de quién era enseguida. Si la memoria no le fallaba, se trataba de una mujer de unos cuarenta años que visitaba la tienda siempre a la misma hora y solía llevarse sueños de todas las plantas por igual. No había nada que llamara la atención en la relación de artículos que había adquirido, pero sí causaba extrañeza los pagos que había abonado. En los últimos días, la única emoción que había llegado de su parte era “nostalgia”. Ya soñara con algo divertido o con algo triste, o incluso tras haber tenido algún sueño de los que fueron lanzados hace tiempo, que compró en la quinta planta, la emoción retribuida era la misma. Al

continuar mirando los datos, la chica se percató de que las primeras compras que había hecho esa señora databan nada más y nada menos que del año 1999.

—Señora Weather, ¿cuándo se empezó a usar aquí el Dream Pay Systems?

—En el año 1999, con toda certeza. Comenzamos a usarlo a la vez que trajimos los medidores de párpados.

Penny configuró los parámetros para visualizar cronológicamente los datos desde los registros más antiguos. Pronto se dio cuenta de algo bastante curioso.

Creador: Kick Slumber
Título: Cruzar el Pacífico convertido en orca
Fecha de adquisición: 20/08/1999
Reseña

La cliente había probado el sueño con el que Kick Slumber debutó y ganó el Grand Prix ese año. De lo más impaciente, la chica dio clic con determinación para acceder a la reseña.

20 de agosto de 1999

Acabo de despertarme tras un sueño y siento la necesidad de dejar constancia de esta sensación tan vívida antes de que desaparezca.

En mi sueño, yo era una orca gigantesca que avanzaba mar adentro desde las aguas de la costa. En ningún momento temí que fuera a tragar agua por falta de aire, ni que necesitara que me socorrieran si era arrastrada por las olas. Lo más asombroso del sueño fue la abrumadora sensación de estar inmersa en la escena.

El sueño de Kick Slumber no presenta una libertad con peligros en la que uno no se atrevería a poner un pie, sino una libertad segura, la que todos anhelamos. Por esta razón, conforme me adentraba en las profundidades, más me sentía como en mi propio hogar. Sentí que tenía un músculo que me recorría el lomo desde la aleta a la cola, lo cual me permitió acelerar en un instante mediante un potente coletazo. Allí, la superficie del mar es el techo y debajo de mi vientre blanco se extiende un mundo más profundo que el cielo.

La vista no sirve de nada, pues todo se percibe al mismo tiempo con todos los sentidos. Experimenté el impulso de subir a la superficie y en ningún momento dudé de mi capacidad para hacerlo. Mi cuerpo perfectamente aerodinámico rozó la superficie del agua y surcó el aire con audacia. Entonces un cosquilleo, que no sabría decir de dónde procedía, me atravesó entera. Me acordé de mi cuerpo que dejé en la orilla, pero me esforcé por seguir avanzando y guardar esa sensación dentro de las olas que iba doblegando.

"Ése no es el sitio que me corresponde".

A medida que me acostumbraba a estas sensaciones intensificadas, me dio por

pensar que había sido una orca desde siempre. Al mismo tiempo que iba cayendo en ese delirio, también iba volviendo en mí. Los dos mundos, los de orca y ser humano, se superpusieron para luego diferenciarse y desembocar en mi despertar.

Creo que fue el destino el que quiso que yo tuviera este sueño concebido por Kick Slumber a la edad de trece años, un niño dotado de genialidad que tal vez se convierta en el ganador más joven del Grand Prix a final de año. Pero no creo que yo pueda llegar a presenciar tal cosa…

Ir más allá de esto sería demasiado peligroso… Lo que observé y oí durante ese tiempo fue una maravilla en toda regla, al igual que las personas que conocí…

Me pregunto cómo habría sido todo si yo también hubiera nacido en ese mundo.

Adiós, Vigo Mayers. Siento no poder asistir a tu presentación de graduación.

"¿Vigo Mayers?", se extrañó Penny. Jamás habría imaginado descubrir aquel nombre en el diario de la clienta. Al parecer, ella sabía quién era Vigo. Dado que lo había mencionado en el registro sobre su sueño, no había duda de que lo conocía; y, además, desde hacía ya más de veinte años…



La cliente número 1 se llamaba Yoon Sehwa, pero en la facultad en la que trabajaba como asesora psicológica la nombraban "doctora Yoon". En esos momentos estaba dándole vueltas a la conversación que había tenido en su consulta con el estudiante Park Tae-gyeong mientras conducía de regreso a casa.

—Era como si las personas con las que hablaba existieran realmente. La situación en la que estábamos y las cosas que me contaban eran demasiado concretas para considerarlas fruto de mi inconsciente. ¿Verdad que es muy extraño?

—Para nada. Hay muchísimas personas que experimentan algo semejante.

—¿Sí? Entonces, eso quiere decir que tal vez exista un mundo del que no nos acordamos al despertar —dijo él con entusiasmo.

—Efectivamente. Puede que así sea.

Tras la sesión de aquel día, no podía dejar de pensar en aquellos recuerdos suyos tan especiales. Poseía la capacidad de tener sueños lúcidos desde que tenía uso de razón hasta el año 1999, cuando la perdió a los veinte. Los sueños le proporcionaban tal regocijo que no le importaba quedarse el día entero durmiendo en su pequeña habitación cuando no tenía que ir a la escuela. Para ella, quien había

llevado una vida escolar de lo más ordinaria, ésa era la única habilidad especial con la que contaba. “Este poder es un regalo divino. Quién sabe, tal vez sea yo una persona elegida para algún fin”, pensaba.

Era el verano de mil novecientos noventa y nueve. Al ser ya universitaria, era la primera vez que disfrutaba de unas vacaciones escolares tan largas, y durante ellas se había entregado en cuerpo y alma a soñar. En el mundo con el que soñaba era una clienta forastera y los lugareños de aquella ciudad soñada eran especialmente amables y generosos con los visitantes del exterior. Podía elegir a su antojo dónde quería ir y los sueños que quería tener. Familiarizarse con aquel lugar fue una experiencia apacible y muy amena.

Allí existía desde hacía muchísimo tiempo un relato mitológico llamado *El Dios del Tiempo y sus Tres Discípulos*. Narraba la historia de un Primer Discípulo que, inmerso en las cosas relacionadas con el futuro, olvidó los recuerdos preciados; de un Segundo Discípulo quien, incapaz de abandonar las vivencias pasadas, acabó sumido en una profunda tristeza, y de cómo el Tercer Discípulo les otorgó los sueños a las personas que estaban en esas situaciones.

A Sehwa le encantaba la Galería de los Sueños de Dallergut, cuyo propietario era descendiente del Tercer Discípulo. Cada vez que la visitaba, observaba detenidamente a los clientes que pasaban por allí, y también compraba con frecuencia sueños interesantes para probarlos. Con toda la curiosidad propia de una muchacha extrovertida de veinte años, se pasaba el día a la caza de sueños únicos y divertidos en la sección de ofertas de la quinta planta, y a veces hasta se daba una vuelta por la cuarta para quedarse mirando durante largos ratos a los bebés y animalitos que hacían sus compras allí. Algunos días, al intentar curiosear qué había en el almacén de emociones abonadas como pagos, tuvo que salir huyendo cuando el personal la descubrió.

Aquel día también se las había arreglado para evitar que la vieran los empleados de la recepción y llevaba ya varias horas escondida en el almacén cuando uno de ellos la encontró.

—¡Oiga! Ya le dijimos que no puede estar aquí. A este lugar sólo pueden acceder miembros del personal —le llamó la atención una empleada pelirroja y con bucles que tendría unos treinta años.

El propietario de la tienda, que aparentaba más edad que la empleada, se interpuso entre ambas y, con un aire preocupado, dijo:

—Weather, es suficiente, ya se ha enterado. Vayámonos ya,

tenemos que tomar una decisión acerca de los medidores de párpados. ¿Se te ha ocurrido alguna idea de cómo podríamos convertir la pared de mármol de la recepción en un exhibidor? Probablemente conllevará una obra bastante grande y, por tanto, quizá tengamos que cerrar la tienda durante varios días. Tenemos que fijar las fechas para avisar a la clientela con antelación…

—Tienes razón, el tiempo nos apremia.

Antes de seguir hablando con el dueño, Weather le dirigió una mirada furibunda a la muchacha para indicarle que se fuera de allí, a lo que ésta obedeció resignada.

—Pero tenemos un problema, Dallergut. Todavía es muy pronto para considerar como absolutos esos medidores. Ya he sido testigo muchas veces de cómo se han ido al traste inventos en su última fase de desarrollo, a pesar de que en el Centro de Investigación de Nuevas Tecnologías se mostraban tan confiados acerca de su funcionamiento. Nos hace falta alguien que haga una última prueba definitiva. Alguien capaz de verificar que eso marcha correctamente… Además, debe poder acordarse de todo y reportárnoslo.

Sehwa sintió una inmensa curiosidad cuando les escuchó mencionar el misterioso “medidor de párpados”. No paró de seguirles los pasos incluso cuando llegaron al vestíbulo.

—¿Tiene algo que decirnos? Veo que no deja de perseguirnos disimuladamente.

—Es que me intriga saber qué es un medidor de párpados.

—Ay, de verdad, es usted una clienta que no se da por vencida, ¿eh? Bien, le explicaré de qué se tratan esos aparatitos. Son un invento especialmente diseñado para saber con antelación la hora a la que nos visitarán los clientes. Tienen una aguja con forma de párpados que indica si están “despiertos”, “amodorrados”, “en fase REM”, etcétera…

—Un momento, Weather —la interrumpió Dallergut en plena explicación—. Dijiste que hace falta una persona que compruebe en última instancia que los medidores de párpados funcionan bien, ¿verdad? Alguien que sea capaz de recordarlo todo e informarnos de ello… En otras palabras, nos haría falta un soñador lúcido con óptimas facultades.

—Exacto. No obstante, encontrar a una persona así no es fácil.

—La tenemos justo enfrente —dijo el propietario sonriendo, mientras miraba a Sehwa.

—¿Cómo sabe que puedo tener sueños lúcidos?

—Se nota que se desenvuelve sin vacilar, a diferencia de otros

visitantes forasteros, y recuerda perfectamente cómo se llega hasta nuestro almacén sin que nadie se lo indique. Por eso supuse que probablemente tuviera ese don.

—Vaya, veo que han desvelado mi secreto. ¿Hay más gente como yo?

—De vez en cuando tenemos clientes así, pero normalmente no nos visitan a menudo y, cuando lo hacen, tampoco se quedan por aquí mucho tiempo.

—En este lugar hay una multitud de cosas por aprender. Es, con creces, más interesante y atractivo que el mundo donde vivo. Pero… ¿por casualidad estoy haciendo algo malo viniendo y merodeando por aquí a mi antojo?

—No tiene nada de malo. Puede hacer lo que quiera durante sus horas de sueño.

—Me alivia escuchar eso. Con lo magnífico que es este sitio, me parece una pena que se olvide por completo una vez que se despierta uno. ¡Menos mal que yo tengo el don de los sueños lúcidos! Me imagino lo maravilloso que habría sido nacer en este mundo. Al menos me consolaría un poco si pudiera dejar mi huella en él.

A pesar de que el rostro de Weather irradiaba alegría por haber dado con la candidata perfecta, en el de Dallergut se dibujó un trazo de preocupación tras escuchar lo que dijo Sehwa.

—¿Ocurre algo?

—No es nada. Bien, la ayudaremos a que aporte su granito de arena a este lugar. Será oficialmente la primera clienta que tenga un medidor de párpados en nuestra tienda.

—¿De verdad? ¡Le tomo la palabra!

La revisión del aparato finalizó satisfactoriamente y Sehwa esperaba día y noche deambulando alrededor de la Galería impaciente por saber cuándo podría ver su medidor de párpados ya acabado. Fue justo en esa época cuando conoció a Vigo Mayers. Él llevaba un mes preguntando desesperadamente a personas de entre la muchedumbre que circulaba frente al local si querían colaborar con él en su proyecto de graduación. Sin embargo, nadie se detuvo para hacerle caso.

Vestida con un camisón color marfil, Sehwa se acercó a Vigo y le dijo:

—¿Qué tal si te ayudo yo?

—¿De veras lo harías? —le respondió Vigo, que buscaba concretamente un visitante forastero con quien realizar su trabajo.

Con la excusa del proyecto para la universidad, los dos quedaban a

menudo para hablar en una cafetería. Tenían más o menos la misma edad y congeniaron enseguida. Mientras se veían, el medidor de Sehwa terminó de fabricarse y llegó a la vitrina de la tienda. El artefacto grabado con el número de serie “0001” no podía funcionar mejor.

“Ahora en este lugar se queda una parte de mí”, pensó ella.

Los empleados empezaron a referirse a ella como la cliente asidua número uno y, a continuación del suyo, la vitrina de la recepción empezó a llenarse con medidores de otros clientes. La chica pasaba cada vez más tiempo de sus días haciendo uso de su capacidad como soñadora lúcida.

—Vigo, en el mundo de donde vengo hay muchas personas que tienen sueños cargados de significado, ¿por qué ocurre eso? Sueños extraños en los que van por la calle desnudos o se convierten en seres invisibles a los que nadie puede reconocer. La gente se interesa por interpretar su significado cuando se despierta.

—¡Ésos son muy fáciles de crear! Siempre han existido sueños cuya interpretación corre por cuenta de quienes los sueñan, sólo que con otros títulos. Yo, personalmente, creo que son bastante mediocres.

—¿Sí? No tenía ni idea. ¿Crees que es posible que dentro de veinte años dos personas puedan tener el mismo sueño a la vez? Vigo, a mí me gustaría que tú crearas algo así.

—¡Eso es una idea genial! Pero ¿de verdad llegará algún día el año 2020? Todavía no creo que dentro de poco sea el 2000. ¿Qué estaremos haciendo nosotros dentro de veinte años? A mí me gustaría estar convertido para entonces en un creador de sueños de gran renombre y ser premiado en la Gala de los Sueños anual.

El tiempo volaba para ambos cuando charlaban. La chica siempre iba vestida con un camisón parecido para que Vigo la reconociera fácilmente. Un día él la invitó a la presentación de su proyecto en la universidad.

—Me gustaría que me vieras presentando mi trabajo de graduación. Quiero que seas testigo de la obra que he preparado para ti. Deberás llevar ropa normal ese día antes de quedarte dormida. Como al evento asistirá mucha gente, será mejor que te vistas con un atuendo discreto para no llamar la atención.

Ella aceptó la invitación sin pensarlo dos veces, pero esas palabras de Vigo empezaron a causar confusión en su interior. Intentando ignorar el creciente decaimiento que sentía, visitó una vez más la tienda como había hecho hasta entonces. Allí estaba atendiendo la

recepción Dallergut, quien limpiaba con esmero el medidor de párpados de la chica.

—Buenas noches, señor Dallergut.

—Vaya, veo que aquí la tenemos de nuevo. Por cierto, ¿le ocurre algo? —le preguntó él, examinando su rostro.

—Me preguntaba si no existiría la posibilidad de que me convirtiera en alguien que pertenece a este mundo si me visto con ropa común y corriente.

Dallergut la miró con una expresión de preocupación, como si hubiera previsto hacía tiempo la situación. Enseguida, le acercó a Sehwa el medidor para que lo viera.

—Mire. ¿Ve cómo los párpados de su medidor están continuamente cerrados? —la aguja del aparato señalaba la "fase REM" sin presentar la más mínima oscilación—. Siempre que le echo un vistazo está así —añadió el propietario.

—Sí... Es que últimamente no hago más que dormir para tener sueños lúcidos.

—¿No le preocupa su yo del mundo real? —le preguntó él con un deliberado tono de seriedad.

Ella había ignorado a propósito el hecho de que estaba pasando las vacaciones enteramente durmiendo, como si hubiera dejado de existir, algo que sabía que no era justificable a pesar de la libertad y el entretenimiento que estaba experimentando en sus sueños. La pregunta de Dallergut la tomó desprevenida, haciéndola quedarse en blanco.

—¿Qué debería hacer? Estoy confundida. No sé si estaría bien asentarme aquí o, por el contrario, si sería mejor regresar a mi mundo cuanto antes. ¿Y si de repente perdiera la habilidad de tener sueños lúcidos? ¿Quizá sería eso lo conveniente? No me siento preparada para ninguna de estas cosas. Tengo miedo.

—Cálmese, es normal. Todavía hay tiempo para solucionarlo. Espere, que tengo aquí un sueño que sin duda le vendrá bien. Sólo adquirí un ejemplar e hice bien en guardarlo en vez de dárselo a otra persona.

Dallergut se apresuró a entrar en su despacho y volvió con una caja que le tendió a la clienta.

—Es un artículo recién salido del horno, y le puedo garantizar yo mismo su calidad.

El envoltorio azul marino, de un material traslúcido que dejaba a ver a medias la caja, evocaba la imagen del océano.

—¿De qué sueño se trata?

—Se titula *Atravesando el Pacífico convertido en orca* y, si estoy en lo cierto, resultará ser el que le venga como anillo al dedo en su situación.

Así fue como Sehwa tuvo aquel sueño de Kick Slumber y, al despertarse, dejó sus sensaciones descritas en su diario. Tras ello, volvió a visitar la Galería.

—Este lugar es para usted como el océano de sus sueños. Sé que ahora mismo se sentirá insegura, pero conforme se aleje de este océano, su mundo real irá alcanzando más y más profundidad. Es una suerte que se haya dado cuenta al tener ese sueño —le dijo Dallergut, quien había leído lo que ella escribió en el diario.

—Sí, realmente lo necesitaba. Gracias a ello, ahora sé qué decisión debo tomar. Creo que será mejor dejar de relacionarme con las personas pertenecientes a este mundo; y en vez de venir aquí todo el tiempo, procuraré disfrutar de un sueño reparador. Sobre todo, intentaré vivir dando lo más que pueda de mí en la realidad.

—Estoy de acuerdo. En cierto modo lamento que sea así, pero pienso que ha optado por lo correcto. También me gustaría pedirle una cosa.

—¿Qué?

—Probablemente desaparezca pronto su capacidad de tener sueños lúcidos.

—¿De verdad me ocurrirá eso?

—La mayoría de personas que tienen esa habilidad a un nivel tan alto como el suyo suelen perderla antes de llegar a los veinte. Parece que en su caso ha perdurado, pero será mejor que se mentalice.

—No lo sabía… Tal vez ni siquiera pueda despedirme como es debido… Por favor, cuide bien de mi medidor aunque no vuelva a aparecerme por aquí.

—Que deje de ser soñadora lúcida no significa que no pueda visitar nuestra tienda cuando quiera —la consoló Dallergut.

—Pero ya no podré acordarme… Visto de esa forma, es una despedida para siempre por mi parte.

—Nosotros estaremos aquí en todo momento, no se ponga triste.



Tal y como le había anunciado Dallergut, ella dejó pronto de tener

sueños lúcidos. Durante un tiempo siguió pensando que todo lo que le ocurría mientras soñaba formaba parte de la realidad. Sin embargo, con el paso de los días empezó a albergar sospechas sobre las cosas que recordaba. Finalmente, llegó a un punto en el que percibía que todos esos recuerdos eran producto de su imaginación, y así parecían corroborarlo las personas cercanas a ella.

—Ayer soñé con alguien desconocido. Ni siquiera recuerdo si era hombre o mujer, pero sí que me miraba con unos ojos llenos de amor y desaliento. Cuando le pregunté qué le pasaba, me respondió: "Aunque te lo cuente, acabarás olvidándolo". ¡Qué raro, ¿verdad?! Creo que me dijo más cosas, pero no me acuerdo. Lo que sí recuerdo es la ternura con la que me miraba. ¿Qué clase de sueño sería?

—¿Pues qué va ser? ¡Una tontería de sueño!

Cuando alguien relataba algo inexplicable con lo que había soñado, los demás no solían darle mucha importancia a esas experiencias y las calificaban de nimiedades.

—¿Nunca les ha pasado algo así?

—¿Cosas como volar o algo por el estilo? Lo que sí me ha ocurrido es darme cuenta de que estaba en un sueño mientras soñaba. ¿A esto es lo que llaman un sueño lúcido? Sehwa, ¿tú has tenido alguno así?

—No. Hace mucho tiempo que no sueño con nada.

Como siempre que le hacían este tipo de preguntas, a pesar de que deseaba confesar lo que había vivido, esquivaba el tema diciendo que no soñaba con nada porque anticipaba que nadie le creería.

No obstante, después de tener aquella charla con el estudiante que frecuentaba su consultorio, le surgieron de nuevo las ganas de comprobar si lo que experimentó fue real o no. Extrañaba enormemente a las personas que había conocido en aquel mundo onírico.

Dentro de su coche parado frente a un paso de cebra por el que cruzaba una multitud de transeúntes, se puso a pensar mientras los observaba: "¿Se habrán encontrado ellos también con una situación como la mía? ¿Me habrá pasado solamente a mí?".



Luego de leer la reseña, Penny estuvo totalmente resuelta a tocar a la puerta de la oficina de su jefe. Estaba tan ansiosa por hablar con él que ni siquiera esperó una respuesta antes de abrirla de par en par.

Vigo y Dallergut se quedaron mirándola. Entre ambos se

encontraba el documento con la reclamación.

—Vengo a hablarle justo sobre esa queja. Es de la clienta número 1, ¿cierto?

—Así es. ¿Qué ocurre? —le respondió Vigo.

—¿De qué conoce a la clienta número 1, señor Mayers? —le preguntó Penny sin pensarlo dos veces, llevada por la curiosidad. La chica se dio cuenta de cómo él y su jefe se intercambiaban miradas con una expresión de franca incomodidad.

—Quizá le parezca que estoy metiéndome donde no me llaman, pero… ¿tiene alguna relación con el hecho de que lo expulsaran de la universidad?

—Veo que, llegados a este punto, voy a tener que explicártelo todo —le respondió Vigo en tono de resignación.

Juzgando por la reacción de ambos, estaban sopesando hasta dónde sería adecuado contarle, pero Penny había sido tan directa con su pregunta que los había dejado entre la espada y la pared.

—Será mejor que dejemos esa historia para otra ocasión en la que tengamos más tiempo —interrumpió Dallergut.

—No importa. Ya no soy el joven ignorante de entonces y creo que, pasado ya tanto tiempo, es hora de sacar el secreto a la luz —Vigo se puso a relatar con detenimiento lo que pasó para que lo echaran de la universidad. Parecía una persona totalmente diferente ahora que hablaba de esa época—. Y así fue como acabé expulsado. Entregué mi trabajo de graduación sin tener la menor idea de que existían normas estrictas que prohíben a uno aparecer en los sueños de los visitantes forasteros. El señor Dallergut me contrató a pesar de hacérselo saber y, aunque de esto me enteré más tarde, él se dio cuenta de que se trataba de la clienta número 1 en cuanto me escuchó hablar de lo sucedido, ¿verdad?

—¡Cómo no darse cuenta! Aquella clienta llamaba mucho la atención. Su comportamiento hacía que uno se fijara en ella y supongo que eso fue lo que te atrajo, además de que ambos tenían una edad semejante.

—¿Y cuándo se reencontraron? —inquirió Penny, totalmente embebida en la historia.

—Fue poco tiempo después de que yo empezara a trabajar en la segunda planta. No me imaginaba que la vería tan pronto; en aquel momento pensé que era una suerte. Sin embargo, actuó como si no me conociera, como si fuera otra persona. De repente ya no sabía quién era yo.

—Supongo que eso fue un duro golpe.

—Evidentemente, aunque ahora ya lo tengo superado. En estos veinte años comprendí que los sueños lúcidos no son un fenómeno permanente, y tuve la ocasión de observar a varios clientes más a quienes les pasó lo mismo. Y tampoco es que no haya podido encontrar el amor en más ocasiones… Bueno, eso no tiene importancia. Me alegro de poder verla a menudo aunque sea así. Nuestra relación como dependiente y clienta no es mala y me deja saber que concilia bien el sueño. Es mucho mejor que si viviéramos como dos absolutos desconocidos.

Penny sintió lástima de Vigo, pero él parecía contento de poder hablar de su viejo amor con alguien.

—Cada vez que lo mencionas sin darle más importancia, me siento mal, porque lo que hice interfirió entre los dos.

—Si usted no hubiera intermediado, podría haber acabado en un problema más difícil de solucionar. Además, ¿qué otro remedio había? Hay casos peores en los que la gente queda atrapada en el soñar y se olvida de vivir, desperdiciando así muchos años de su vida. Usted fue un salvador tanto para mí como para ella.

—Desde hace un tiempo esta clienta sólo envía "nostalgia" como pago por sus sueños. ¿Cuál es el motivo por el que ha presentado una reclamación? —preguntó la chica.

—Léelo aquí —le dijo Dallergut pasándole el papel que estaba encima de la mesa.

Nivel de reclamación: 3
Cuando soñar se vuelve un infierno

Destinatario: La Galería de los Sueños Dallergut
Reclamante: Clienta asidua 1

"Me siento confundida, como si algo estuviera mal en mi memoria. Me provoca temor y tristeza que las cosas que ocurrieron en mis sueños pasados sean sólo un producto de mi imaginación. Me angustia no tener ningún modo de comprobarlo. Cada vez que sueño, siento confusión".

Este informe se confeccionó con base en el testimonio de una reclamante que se siente insegura al dormir y contiene parcialmente la opinión del personal responsable de atenderla.

—Ahora lo entiendo. ¡Por eso siempre mandaba "nostalgia" independientemente del tipo de sueño que tuviera! Parece que la clienta echa de menos la época en la que tenía sueños lúcidos.

—Así es, al parecer. Aunque no se me ocurre el motivo por el que de pronto haya empezado a rememorar esa etapa… —dijo Vigo antes de encerrarse en sus pensamientos.

—¿No existe ninguna solución? Me da mucha pena. Si pudiéramos explicárselo… No me parece justo que se le deje pensando que son cosas que se imagina. La pobre debe estar de lo más angustiada.

—Sé que es una lástima. Aun así, no podemos crearle un sueño en el que aparezcamos nosotros. Eso sería romper las reglas una vez más.

Al oír decir eso a Dallergut, Vigo agachó la cabeza.

—Tendríamos que darle muestras de que existimos, pero está prohibido presentarnos ante ella. Es toda una paradoja —añadió la chica.

Sin poder encontrar una solución acertada, los tres salieron del despacho y volvieron a sus puestos. Una pesadumbre embargó a Penny durante toda la jornada.

Durante el camino de vuelta a casa, no podía pensar en otra cosa que en aquella clienta. Yendo a propósito por un trayecto que le llevaba más tiempo, se paró delante del tablero de anuncios que había frente a la tienda La Cocina de Adria.

Cátsup casera hecha por mamá de Madame Sage/Mayonesa casera hecha por papá

Versión renovada de 2021 con un sabor y emoción más profundos (contiene un 0.1% de nostalgia).

No pasa nada por querer cocinar algo rápido. ¡Resalte sus platos con emociones!

Recupere esos recuerdos de la comida de su infancia.

Con sólo ver aquel anuncio que decía "nostalgia", Penny se acordó de la clienta número 1. Como llevada por una fuerza superior, entró en el establecimiento y, tras agarrar una botella de cátsup de Madame Sage, se quedó meditando. "¿Cómo sería posible hacerle entender a esta clienta que sus recuerdos no están equivocados sin quebrantar las normas?" Le daban ganas de parar al primero que pasara por su lado y contarle la historia de Vigo y la clienta para que le ayudara a dar con

alguna posible solución. Como si le hubiera leído la mente, reparó en que el bueno de Assam, a quien se encontraba cuando menos se lo esperaba, estaba en la sección de salsas en tamaño industrial. Que su amigo fuera tan grandote tenía la ventaja de que podía reconocerlo desde lejos. Tras acercarse sigilosamente a él, empezó a hablarle:

—Assam, ¿qué es lo que miras tanto?

—Échale un vistazo a esto, Penny. Madame Sage ha sacado otra salsa nueva. Dice que es una mostaza que te quita el agobio —le contestó el noctiluca en tono reflexivo, sin sorprenderse ni despegar la vista de los envases.

En el cartel que él señalaba se podía leer "Mostaza para desatorar su alma o su nariz atascadas" y, debajo de él, se encontraban colocados en línea los botes del aderezo. Después de haberlo pensado un poco más, dejó en su sitio la mostaza que había tomado y le dio unos golpecitos a la botella de cátsup que Penny llevaba en la mano.

—Pero yo siempre seré más de cátsup. Cuando se la pones a cualquier comida que lleva huevo, te recuerda a los platos que te hacía tu madre.

—Una cátsup aderezada con nostalgia… ¿Con esto sería difícil recuperar recuerdos totalmente perdidos acerca de alguien?

Aunque la chica deseaba contarle de qué se trataba el asunto, no convenía revelar sin más la historia que Vigo había mantenido tanto tiempo en secreto.

—Es obvio que sería imposible. No esperes tanto de un condimento que no vale más que treinta seals. Por cierto, ¿escuchaste esa noticia?

—¿Cuál?

—Dicen que quizá Yasnooz Otra se jubile.

—¿Cómo te has enterado?

—Tengo mis fuentes. Al parecer, Otra lo está considerando seriamente.

—Qué cosas. Eso no puede ser, sobre todo cuando todavía no se ha lanzado oficialmente *Otra vida*. Tienen que salir ese ejemplar y los sucesivos volúmenes de la serie. Yo me opongo a ello. Sería un desperdicio de talento.

—Yo opino lo mismo. Hay muchos sueños por venir que no los puede crear nadie más aparte de ella —dijo Assam, a la vez que añadía a su cesta las versiones tamaño industrial de la "Cátsup casera de mamá" y la "Mayonesa casera de papá".

—Un sueño que nadie más que Otra puede crear… —murmuró Penny distraída. De pronto, su mente se despejó como si se hubiera

tomado un frasco entero de esa mostaza al dar con una extraordinaria idea—. ¡Exacto! Éste es justo un sueño que nadie aparte de Otra podría concebir. ¡Gracias, Assam!

La chica miró su reloj como si tuviera que encontrarse con alguien cuanto antes y salió corriendo por la puerta de la tienda.



—¿Me dices que fuiste tú sola a buscar a Yasnooz Otra a su mansión? —le preguntó Dallergut.

Él y Penny estaban colocando en las vitrinas de la primera planta el artículo de edición limitada para el verano *Un sueño espeluznante*. El escalofriante envoltorio hizo que un niño que iba de la mano con su madre pasara a toda velocidad evitando mirar en esa dirección.

—¡Veo que ya lo sabe! Estaba por contárselo. Se me ocurrió un sueño que le vendría bien a la clienta número 1, y la señora Otra era la única a quien podía pedirle ayuda. Acudí a ella por ese impulso.

—También oí qué tipo de sueño le encargaste. Tuviste una idea sensacional.

—¿Cree que saldrá bien con lo que propuse?

—¡Por supuesto! Estoy seguro de que la clienta estará encantada. Además, te puedo decir que no había visto a Otra tan apasionada acerca de una nueva creación en mucho tiempo. Y todo ha sido gracias a ti. Ahora sólo nos queda esperar a que el sueño se termine de hacer.

Una semana más tarde, la misma Otra se apareció por el despacho de Dallergut. Se notaba que estaba ojerosa del sobreesfuerzo realizado, pero su peinado y su atuendo lucían tan sofisticados como siempre.

La creadora sacó de su bolsa la caja de un sueño encapsulado en un precioso envoltorio.

—Te puedo asegurar que ésta es la mejor obra de mi vida. ¡Nunca pensé que emplearía así mi habilidad especial para crear sueños desde el punto de vista de otros! Tal y como me pidió Penny, el personal de la tienda no aparece en ningún momento. En cambio, he incluido a partes iguales la manera en que ven a esta clienta cada uno de ustedes. Así no habrá ningún problema. ¿Qué opinas, Dallergut? —preguntó Otra con la voz cargada de entusiasmo, mientras tomaba al propietario de ambas manos.

—No supone en absoluto problema alguno. Con la capacidad de

ver desde la mirada ajena y la posibilidad de comprimir un largo periodo, indiscutiblemente se trata de una pieza inigualable que sólo puedes crear tú.

—Penny tuvo una estupenda idea.

La chica se enrojeció ante el elogio de la creadora.

Al enterarse de la noticia, Vigo y Weather acudieron al despacho de su jefe. Weather tomó asiento con el medidor de la clienta número 1 en mano. Deseaba con tantas ansias ofrecerle el sueño que estaba debatiendo en si debía darles un suave toquecito a los párpados. Justo en ese momento la aguja del medidor empezó a moverse por sí sola.

—¡Miren, la clienta se dispone a dormir!

Penny salió rápidamente al recibidor y volvió acompañada de la clienta número 1, que acababa de entrar en la tienda.

Los que estaban reunidos en el despacho le dieron la caja con el sueño a Vigo, sugiriéndole que se la entregara él y se apartaron un poco. El encargado, sin dejar de estar nervioso, caminó hasta pararse enfrente de ella.

—¿Por qué me han traído aquí…? —preguntó la visitante totalmente ajena a lo que pasaba, al tiempo que inspeccionaba el lugar.

De los nervios, Vigo tendió la caja hacia ella con una cara seria y sin pronunciar palabra.

—No seas soso. Debes decirle algo —le instó Otra tras darle un golpecito en el hombro.

Durante unos cinco segundos, él buscó como un robot una expresión que hacía mucho que no dibujaba en su rostro, y tras probar arrugando las facciones varias veces, dio por fin con una sonrisa cálida.

—Espero que éste sea el sueño que necesitas.



Aquella noche Sehwa estaba dentro del sueño que Otra había creado. Se trataba de un sueño sumamente especial, uno en el que era posible experimentar el punto de vista de otros, algo que sólo Yasnooz Otra podía concebir.

En él, se había convertido en la empleada pelirroja de una tienda de sueños. Sentada al frente de la recepción, se encontraba reflexionando acerca de un aparato llamado “medidor de párpados” que había sido inventado hacía pocos meses. No sólo había

reencarnado en otra persona, sino que también había retrocedido veinte años en el tiempo. A pesar de ello, todo lo que percibía ante sus ojos era tan nítido y natural que en ningún momento parecía que estaba viéndolo desde la perspectiva de alguien diferente.

Así pudo divisar pronto a una joven clienta al otro lado del mostrador que caminaba sigilosamente con el torso inclinado hacia delante. Parecía que se estaba dirigiendo a alguna parte a escondidas. Se notaba que no era la primera vez que entraba para asomarse a ciertos rincones de la tienda sin que Weather la viera. Convertida en la recepcionista, se levantó discretamente y siguió a la muchacha. Ésta pasó por delante del despacho de Dallergut y se dirigió hacia el almacén.

"La muy pícara va a curiosear otra vez al almacén de pagos. De verdad que no tiene remedio", pensó. Siguió a esa clienta, que llevaba puesto un camisón de color marfil, con los ojos clavados en su espalda. Todavía no se había dado cuenta de que en realidad se trataba de ella misma hacía veinte años.

De un momento a otro, su perspectiva cambió y pasó a ser Dallergut, el propietario del establecimiento. Sin canas en el pelo aún, estaba observando con una sonrisa de satisfacción el primer medidor de párpados que acababa de colocar en el mostrador de la recepción. No obstante, pronto se paró a pensar con preocupación en el hecho de que últimamente los párpados estaban cerrados casi todo el tiempo y de que la dueña del aparato no paraba de merodear a sus anchas dentro y fuera de la tienda.

Tras entrar en su despacho, se puso a comprobar una vez más los escritos que tenía apilados sobre su mesa, unos estudios acerca de los soñadores lúcidos. Con la capacidad que le proporcionaba el sueño de ver perfectamente todo reencarnada como Dallergut, pudo leer con total claridad lo que él había subrayado en la página de un libro:

> No existe persona que pueda tener sueños lúcidos durante toda su vida. Sólo se observa esta habilidad superdesarrollada en niños y adolescentes, quienes más tarde, al llegar a la edad adulta, acabarán perdiéndola de forma repentina.

A continuación, los pensamientos del propietario se formaron nítidamente en la mente de ella: "Si la clienta dejara de tener sueños lúcidos seguramente caería en un profundo estado de tristeza. Me pregunto cómo hacerle entender que podrá disfrutar de una realidad

más amplia en el lugar donde pertenece, y que este mundo siempre estará aquí para ella, a pesar de que se marche… Creo que lo único que puedo hacer por ella es encontrarle un sueño adecuado a su situación”.

Por último, adoptó la perspectiva de Vigo Mayers. Bajo su mirada, ella era una muchacha de lo más adorable.

—¿Crees que es posible que dentro de veinte años dos personas puedan tener el mismo sueño a la vez? Vigo, a mí me gustaría que tú crearas algo así —le decía ella.

—¡Ésa es una idea genial! Pero ¿de verdad llegará algún día el año 2020? Todavía no creo que dentro de poco sea el 2000. ¿Qué estaremos haciendo nosotros dentro de veinte años? A mí me gustaría para entonces estar ya convertido en un creador de sueños de gran renombre y ser premiado en la Gala de los Sueños anual.

La escena en la que ambos charlaban pasó a ser otra, y ahora Vigo se encontraba en el despacho de Dallergut. Experimentó cómo cruzaban su mente a toda velocidad los pensamientos que tuvo Vigo desde cuando ella desapareció y a él lo echaron de la universidad hasta el momento en que se presentó a una entrevista para trabajar en la Galería.

—Creo que fue una imprudencia por mi parte pedirle que viniera aquí con ropa normal en vez de ropa de dormir.

Una vez más, el paso del tiempo se aceleró y llegó el día en que Vigo cumplió una semana trabajando allí. Ahora estaba observando desde su punto de vista a la muchacha que visitaba en ese momento la tienda en calidad de cliente. Ella parecía no reconocer en absoluto al empleado. Lo miraba de la misma forma en la que lo haría cualquiera de los otros clientes. Dejando de lado todas las cosas que quería decirle, Vigo se acercó a ella y le preguntó: “¿Busca algún sueño en particular?”.



En cuanto se despertó, Sehwa abrió la herramienta de apuntes de su teléfono celular. Sabía por instinto que no debía olvidar bajo ningún concepto el sueño que acababa de tener.

> *Anoche soñé que veía a mi yo del pasado a través de los ojos de gente a la que extraño. ¿Hay alguna prueba más verídica que la perspectiva de alguien que me*

recuerda? Estoy segura de que ese mundo existe. En el sueño, era una orca que podía volver cuando quisiera a la costa. Sin duda alguna, esas personas de la costa por las cuales siento nostalgia saben que estoy nadando con ahínco en el mundo en el que debo estar. Durante estos veinte años mi realidad se hizo más profunda y alcanzó nuevos límites, y, además de eso, tuve en mi posesión un vasto océano al cual poder volver cada noche.

"Al igual que hace veinte años, me dieron el sueño que más necesitaba", se dijo con seguridad una vez que terminó de llenar la pantalla del móvil con las sensaciones que le despertó el sueño. Después de leer con detenimiento ese diario que había escrito, pulsó "guardar" con el ánimo rebosante. Al mismo tiempo, en la Galería de Dallergut sonó el sistema que notificaba los pagos. Acababan de acreditarse cantidades extraordinarias de emociones de diversa naturaleza.

Ding-dong.
La cliente número 1 ha realizado un pago.
Se ha recibido una generosa cantidad de "cariño" por Otra vida / versión oficial.
Se ha recibido una generosa cantidad de "agradecimiento" por Otra vida / versión oficial.
Se ha recibido una generosa cantidad de "felicidad" por Otra vida / versión oficial.
Se ha recibido una generosa cantidad de "ilusión" por Otra vida / versión oficial.



5. La sección de sensaciones táctiles del Centro de Pruebas



Era un día de verano en su máximo apogeo en el que la luz del sol irradiaba intensamente y hacía un calor bochornoso. Los empleados de la Galería Dallergut estaban disfrutando del descanso para almorzar.

Penny había decidido que iría al restaurante del Chef Grandbon, el creador de *Un sueño donde comer cosas exquisitas*. Había una oferta limitada esa semana por la que el menú completo de pizza tenía descuento y, en caso de pagar por adelantado, daban además un vale para beber gratis todo el té de ciruela que se quisiera.

Dado que las mesas situadas en el interior donde estaba el aire acondicionado habían sido ocupadas, ella se sentó en la terraza, donde al menos llegaba un viento templado. Aquel día la acompañaban en la comida sus colegas Mog Berry y Motail. Eran tantos los pedidos de los comensales que la espera se les estaba haciendo eterna.

—Mog Berry, todavía quedan pilas y pilas de ejemplares de la serie de Celine Gluck *La extinción de la Tierra* en la sección de descuentos. No importa cuántos venda, siguen apareciendo. ¿No les parece que les están prestando muy poca atención en la tercera planta? Me voy a volver loco por estar el día entero vendiendo sueños apocalípticos.

—Ya me he enterado, Motail. No me des la lata con eso en la hora de la comida. Bastantes quebraderos de cabeza me dan. Por eso mismo vamos a tener una junta urgente con los creadores de la tercera planta.

—¿Se van a reunir en ese Centro de Pruebas? Me refiero al edificio hecho con contenedores que está justo encima de la Oficina de Atención al Cliente. A mí también me gustaría saber cómo es por dentro… ¿No podría ir yo también? —le preguntó Motail, acercándose a Mog Berry en actitud lisonjera.

—Hace mucho calor, ¿qué tal si te apartas un poco?

Mientras ellos dos hablaban sobre cosas de trabajo, Penny abrió la revista que no había podido terminar de leer en la mañana. El sol era tan cegador que no dejaba ver el texto, por lo que la chica elevó el ejemplar de *Las historias que nos cuentan los sueños* por encima de su cara para hacer sombra y poder leerlo.

> *Llegada la hora de escoger un sueño como regalo para un cumpleaños u otra ocasión especial, le dirán que hizo una elección acertadísima si éste satisface alguno de los siguientes aspectos:*
>
> 1. *Tiene una trama que presenta un significado válido aun cuando se vuelva a soñar con ello en el futuro, tal y como una película que merece la pena ver más veces.*
> 2. *Va personalizado a la medida del consumidor que lo recibirá.*
> 3. *Tiene una trama irrealizable en la vida, es decir, sólo se puede vivir esa experiencia oníricamente.*
>
> ** Si se está empezando una relación sentimental, es mejor no regalar sueños relacionados con el amor. Hay que tener cuidado, pues la persona que recibe el presente podría acabar soñando con una antigua pareja y el regalo resultaría ser un desastre.*

Pensando que más tarde debía anotar esos puntos, la chica dobló la esquina de la página y dejó la revista sobre la mesa, pues una camarera acalorada se había acercado con una bandeja donde traía las pizzas, los jugos y unos vasos con hielos.

—¿Para quién es la pizza de pepperoni?

—Para mí —respondió Penny, haciendo a un lado la revista para recibir el plato.

En cuanto la camarera puso el jugo sobre la mesa, ella lo sirvió entero en el vaso y empezó a beberlo a grandes sorbos.

—¿Te importa si la veo un momento? —le preguntó Motail, tomando la revista.

—En absoluto.

—¿Hay alguna noticia interesante? —preguntó Mog Berry, llevándose a la boca un trozo de su pizza con espinacas. Varios de los cabellos que le sobresalían del peinado estaban a punto de entrar en su boca junto con la comida.

—No sé. No hay nada a lo que se le pueda llamar interesante. Ya sabes, las revistas son todas parecidas. Es imposible que todos los días se escriban artículos atrayentes. ¡Oh, miren! ¡Le han dado un premio a

Vigo! —exclamó Motail, abriendo la última página y acercándola a la vista de sus compañeras.

> Un colectivo compuesto por diez editores ha seleccionado los artículos de la “Sección de Recuerdos” de la segunda planta de la Galería Dallergut como “los sueños con los mejores ingredientes”.
>
> El jefe de la segunda planta del establecimiento ha declarado, mostrando total convicción, que éste era un resultado más que previsible. Aduciendo que a los sueños con remembranzas del pasado no se les pone aditivos innecesarios ni efectos sobreestimulantes, aseguró que los productos de la Sección de Recuerdos son la recomendación número uno para todo el que quiera despertar al día siguiente con la mente despejada [...].

Fue una sorpresa encontrar a Vigo en la foto del artículo, donde aparecía con los brazos cruzados en señal de sentirse orgulloso. La expresión que tenía parecía decir que no comprendía por qué no le habían concedido antes el galardón

—Pero ¿cuándo le hicieron esta entrevista? ¿A qué se refiere con ingredientes y aditivos? Ni que los sueños fueran cosméticos. ¿De qué se trata todo esto? —preguntó Penny atónita, mientras miraba alternadamente hacia la página y luego a Mog Berry.

—Bueno, ya saben que para elaborar un sueño hace falta una infinidad de componentes. La mayoría de ellos se necesita para obtener un buen grado de inmersión en la trama o favorecer la nitidez de las imágenes, pero en ocasiones pueden dar lugar a efectos colaterales si se abusa de ellos. Tener dificultades para despertarse o que el sueño resulte caótico son algunas de las cosas que pueden pasar. Por lo tanto, antes de que un nuevo producto sea lanzado al mercado, deben revisarse las cantidades de todos los ingredientes empleados. Pero los sueños de la Sección de Recuerdos de nuestra tienda son una excepción. Sólo se necesita una mínima cantidad de recuerdos de las personas para elaborar artículos en los que todo sea tan vívido como si hubiera ocurrido ayer. Y además, como se trata de las remembranzas de uno mismo, no hay cabida a que se produzca un choque con la realidad o a que resulten perjudiciales. Según la Ley de Divulgación de Información...

—¿Una ley? ¿De qué trata? —interrumpió Penny a su compañera.

—Es una normativa que se promulgó en el año 1995 y exige que el envoltorio exterior contenga la información relevante acerca de los productos para que los consumidores puedan estar al tanto. Deben indicarse cosas básicas como el nombre del artículo, su fecha de

producción y caducidad, y también las cantidades de los ciento y un componentes potencialmente irritantes y el nombre de la empresa fabricadora. Me parece a mí que quien confeccionó la norma creyó que los envoltorios son de dos metros de largo o algo así. Por si fuera poco, en caso de tener que omitirse datos por falta de espacio, hay una cláusula extraña para esta instancia que dice que puede facilitarse la información si alguien la solicita expresamente. Debido a esto, empezaron a poner títulos larguísimos a los productos para evitar tener que especificar los componentes irritantes y de hecho es una práctica que sigue vigente hasta ahora —se explayó Mog Berry, como si les estuviera dando una clase magistral sobre el tema.

—¿Y has memorizado todo eso? —le preguntó Motail.

—Bueno, ahora sabes por qué he llegado a ser encargada principal de planta siendo tan joven.

—Uhm, tras escucharte, yo me he quedado más o menos igual. Quizá me ayudaría más ver los componentes en persona para comprenderlo —replicó Motail, frunciendo el ceño a propósito mientras prestaba atención a la reacción de Mog Berry. Penny estaba segura de que Motail se estaba haciendo el tonto intencionadamente.

—¿Ah, sí? Bien, como suele decirse, hay que ver para creer, ¿verdad? Acompáñame al Centro de Pruebas entonces. Allí también tienen existencias de muchísimos ingredientes para hacer sueños. Pero te llevo con la condición de que mantengas una actitud seria durante la junta, pues no irás allí de excursión sino para trabajar.

—¡Eso está hecho! Justo estaba esperando que me lo dijeras —respondió Motail sonriente, agarrando el tenedor y el cuchillo en cada mano.

—Una vez que termine la reunión, habrá tiempo para que puedas echar un vistazo a los materiales. De todas formas, Speedo ya me había pedido que adquiriera provisiones para usar en la cuarta planta y la lista es muy larga. Perfecto, así me podrán ayudar.

—Oí que allí tienen las sensaciones necesarias para incluir en los sueños, es decir, ingredientes visuales, auditivos, olfativos y táctiles. Ah, y los sabores. No sabes la ilusión con la que aguardaba este día —parloteó entusiasmado el chico, sin reparar en que estaba hablando con la boca llena. Hasta hubo un grano de arroz que salió disparado al lado opuesto de la mesa.

—Pero ¿tendrán tiempo? Es el miércoles de la próxima semana y debemos respetar la fecha que han fijado los representantes de las productoras. Ellos siempre tienen una agenda muy apretada y no se

les puede pedir cambios a nuestro antojo.

—Como estamos a finales de año, no tengo de qué preocuparme. Ya cumplí con el objetivo de ventas de este mes. Aunque me tome una semana entera de vacaciones, acabaré haciendo los mismos números que mis otros compañeros de la quinta planta. ¿Qué tal te viene a ti, Penny?

—A mí también me gustaría ir, y el miércoles de la semana que viene… ¡Creo que si dejo todas las tareas listas en la mañana, la señora Weather me dará permiso!

—Pero tampoco te esfuerces tanto, chica.

—Por cierto, ¿de qué trata la reunión? ¿Será sobre las reclamaciones? En la tercera planta al parecer han entrado un montón —preguntó Penny, con curiosidad por enterarse de más detalles.

—Así es. Como ya han pasado por la Oficina de Atención al Cliente, entenderán bien de qué se trata —explicó Mog Berry, antes de sacar de su bolsillo un papel mal doblado—. Lo cierto es que esto nos supone un buen quebradero de cabeza últimamente.

Nivel de reclamación: 2
Clientes con pesadillas

Destinatario: Planta 3 de la Galería de los Sueños Dallergut

Referencia: Celine Gluck, Chuck Dale, Kiss Grower

- *Invasión alienígena de la Tierra* por Celine Gluck: provoca sudoración excesiva como respuesta a las escenas y fuertes jaquecas durante 15 minutos después del sueño.
- *Sueños estrafalarios que electrifican los cinco sentidos* por Chuck Dale: causa caídas de la cama por exceso de inmersión en la trama y consecuentes contusiones de carácter leve.
- *Un viaje en autobús con mariposas en el estómago* por Kiss Grower: provoca contracturas de hombro y cuello al dejar recostarse en el hombro a la persona que viaja al lado y procurar no despertarla.

Este informe se confeccionó con base en el testimonio de un reclamante que se siente inseguro al dormir y contiene parcialmente la opinión del personal responsable de atenderlo.

—Son todos sueños que vendí yo —dijo Mog Berry, ligeramente avergonzada.

—Y yo que pensaba que sólo el de los alienígenas de Celine Gluck

era problemático… Se ve que los otros también son de la misma índole —opinó Motail.

—Ni se te ocurra decir algo así en la junta. Recuerda que los creadores tienen mucho talento, pero también un gran orgullo. El sueño que más me preocupa es éste del viaje en autobús de Kiss Grower. Quizás hasta lo tengan que retirar del mercado. Ha entrado una queja a poco de su lanzamiento, lo cual nunca había sucedido antes.



Una muchacha estaba dormida profundamente. Soñaba con que iba sentada en uno de los asientos dobles de un autobús. El trayecto no le era familiar y la carretera, llena de baches, hacía que el vehículo avanzara a trompicones, lo que le estaba provocando dolor de espalda.

Sin embargo, había algo que le causaba un desasosiego aún mayor: el chico que dormitaba apoyado en su hombro. A pesar de que no sabía cómo había llegado a esa situación, la chica pudo percatarse de que acababa de empezar una relación sentimental con él. En circunstancias reales, le habría intrigado más saber quién era su acompañante, pero en el sueño concordaba con toda naturalidad que se trataba de su pareja. No obstante, ciertos pensamientos realistas no dejaban de interrumpir el curso del sueño.

"¿Adónde se dirige este autobús? Yo no suelo usar otro medio de transporte que no sea el metro porque sufro de mareos…"

Al concentrarse sus pensamientos en cosas que no tenían que ver con la trama, una serie de ideas intrusivas empezaron enseguida a venirle a la mente. Revivió también un momento desagradable en el que se había topado con un desconocido en el metro. En el sueño, esa persona daba cabezazos mientras se apoyaba contra ella, pero de repente desapareció, no sin antes dejarle el hombro empapado de babas. La muchacha despertó súbitamente de su ensimismamiento y sacudió el hombro para hacer que el chico se despertara. Él, dormido como un tronco, ni se inmutó. Sin duda era atractivo, pero no podía entender que pudiera disfrutar así de una siesta recostado en un hombro ajeno y con aquellos fuertes traqueteos que daba el autobús. En vez de hacerle sentir mariposas en el estómago, le pareció un sinvergüenza.

Al soñar toda la noche con que alguien le acaparaba el hombro, la

muchacha acabó despertándose mucho antes de lo que debía. Al hacerlo, notó un agarrotamiento muy molesto en la zona donde el chico había reposado la cabeza. No estaba segura de si había tenido ese sueño por sentir primero molestias en el hombro o si, por el contrario, soñar tal cosa la había hecho somatizar la incomodidad. Se sentía desconcertada ante cómo la compleja actividad cerebral que implicaba soñar le había provocado ese tipo de síntoma mientras dormía. Tras unos momentos más pensando en lo increíble de aquel fenómeno, volvió a caer rendida en los brazos de Morfeo.



El miércoles de la semana siguiente, Penny tuvo la suerte de terminar sus obligaciones pronto y pudo salir del trabajo con la sensación de haberse quitado un peso de encima. Pasada ya la hora pico, no había mucho tránsito de trenes hacia la zona empresarial. Los únicos que viajaban en el mismo vehículo que ella, aparte de Motail y Mog Berry, eran dos noctilucas.

—Mog Berry, ¿sueles tener con frecuencia reuniones con creadores como la de hoy? —preguntó Motail.

—Cada dos por tres. Apuesto a que soy la empleada de nuestra tienda que más frecuenta la zona empresarial. A mí me encantan los sueños tan dinámicos que tenemos en la tercera planta, pero es cierto que dan bastantes problemas. Con lo importante que es que contengan un sentido del tacto bien afinado… —respondió su compañera, rematando lo que decía con un suspiro.

—¿Qué es eso de un sentido del tacto bien afinado? —inquirió Penny, quien estaba sentada a su lado.

—Pues… para que te hagas una idea, imagínate que te alcanzó en sueños una bala que disparó tu enemigo. ¿Verdad que no comprarías un sueño sabiendo que al despertar te dolería el balazo como si fuera real? —Penny asintió con la cabeza—. En ese caso, es evidente que habrá que elaborar el dolor y las otras sensaciones táctiles de ese sueño a niveles suaves, ¿verdad? En los sueños no es necesario que las percepciones sensoriales estén amplificadas hasta el punto de ser iguales a las reales. Es más, en la mayoría de los casos, es conveniente que no sea así en cuanto a las táctiles. Lo que pasa es que a los creadores, sin que se den cuenta, se les va la mano subiendo esos niveles pensando que no surgirá ningún problema. Seguro que lo hacen llevados por la ambición de recrear sensaciones más vívidas.

Pero, por eso mismo, existen leyes que limitan los niveles en los que se pueden emplear la percepción del dolor o la presión. Es una normativa especial promulgada por la Oficina de Atención al Cliente y en la actualidad cada vez se refuerza más. Probablemente, antes no habrían categorizado la queja del sueño de Kiss Grower *Un viaje en autobús con mariposas en el estómago* como una reclamación de nivel 2, sino que la habrían etiquetado directamente como una de nivel 1 —explicó Mog Berry, mientras se secaba con un pañuelo las gotas de sudor que le perlaban la nariz—. Por cierto, hoy hace un calor infernal. Ojalá el tren nos traiga un viento fresco cuando baje por la Pendiente vertiginosa —añadió.

La operaria del tren debió haber estado pensando lo mismo, pues en la bajada usó menos cantidad de "resistencia" que de costumbre. Al descender en picada, Penny y sus compañeros dieron un alarido de regocijo, pero los noctilucas se quejaron con la conductora de que por poco salían volando las cestas con la ropa que llevaban. Una vez que éstos se bajaron frente a la Lavandería Noctiluca, sólo quedaron en el vehículo los tres empleados de la Galería. El tendero del quiosco, empotrado en la roca, con manifiesta desgana intentó venderles tónicos energizantes, pero Penny le indicó con un gesto de la mano que no iban a comprarlos.

—Bueno, entonces, llévense al menos el periódico gratis —les dijo con amabilidad antes de lanzar uno hacia dentro del vehículo. La hoja del menú, que ya pasada la hora del almuerzo de poco servía, se desprendió del interior del periódico junto con otro panfleto del tamaño de la palma de una mano. Era un anuncio impreso en un papel brillante de color rojo.

> Pruebe nuestro nuevo helado de treinta tipos de emociones. También tenemos galletas de la fortuna que le cambiarán la vida (existencias limitadas).
>
> "¡No se pierda el camión rojo de comidas que aparece y desaparece a su antojo!"

—¿Qué es eso? —le preguntaron a Penny sus compañeros, al recoger ella el volante.

—Pues un anuncio como otro cualquiera. Se ve que no les basta sólo con vender el menú entre en los periódicos, sino que ahora

también nos cuelan propaganda.

Pocos momentos después, los tres llegaron a la zona empresarial y se pusieron en marcha en dirección al Centro de Pruebas. El lugar al que debían acudir era ese grupo de contenedores que parecían haber sido arrastrados por un ciclón hasta quedarse anclados encima de la Oficina de Atención al Cliente, el tan conocido edificio con forma de tocón de árbol. Tanto la oficina como la Plaza Central estaban más vacías de gente que cuando visitaron la zona con Dallergut. Probablemente la mayoría de las personas se encontraba dentro trabajando durante el horario laboral.

Para ir al segundo piso, tomaron el ascensor en la primera planta de la Oficina, que alardeaba del mismo verdor de siempre con su abundante vegetación.

—Bienvenidos al Centro de Pruebas. Permítanme que verifique sus acreditaciones —les dijo el empleado que los recibió a la entrada del segundo piso.

Los tres le mostraron las tarjetas de acceso que llevaban colgadas al cuello.

—Gracias. ¿Es su primera vez aquí? Si lo necesitan, les serviré de guía.

—No se preocupe. Ya conozco el lugar —respondió Mog Berry.

—Como prefieran. De todas formas, verán que hay un empleado asignado a cada sección. Si tienen alguna duda, pueden acudir a él. Para poder usar cualquiera de los ingredientes aquí o llevárselo fuera del Centro, primero deberán realizar su pago en la caja de la entrada. Les informo también de que el taller de la sección de sensaciones auditivas no estará disponible para su uso durante toda una semana, pues todas las plazas ya han sido reservadas.

El modo en el que estaba construido el Centro de Pruebas dificultaba visualizar su interior a simple vista. Las caras yuxtapuestas de los contenedores, que desde fuera parecían estar a punto de desprenderse, poseían unas escaleras mediante las cuales estaban conectados, formando un total de tres pisos.

Mog Berry, señalando con el dedo en todas direcciones, les explicó a sus compañeros acerca de aquellos departamentos:

—Aquí se encuentran divididos por secciones los ingredientes visuales, olfativos, táctiles, gustativos, auditivos, y los demás componentes de los sueños, pues son todos de diferente naturaleza según la sensación a analizar. Cada sección tiene una sala-taller cuyo

uso es sólo posible por medio de una reservación. La de la sección de pruebas auditivas es casi imposible de solicitar debido a su alta demanda.

Penny se dio cuenta de que cada uno de los contenedores de diferente color que había visto desde afuera eran espacios independientes dedicados a las respectivas sensaciones.

—Mira eso, Penny. ¿No te parece una excelente idea? Ojalá la implementaran en nuestra tienda —dijo Motail, llamándole la atención a la chica con un toquecito en el hombro y señalando hacia un rincón.

A lo que se refería él era a un montón de poleas que estaban dispuestas en línea vertical bajo las escaleras para poder cargar los objetos que iban destinados a cada uno de los pisos. Un gigantesco cubo colmado de cosas viajaba sin cesar de la primera planta a la tercera y viceversa, haciendo paradas en la segunda sin levantar el más mínimo ruido.

Otro elemento igual de sorprendente era el enorme tobogán que había en el lado opuesto de la entrada. Una mujer se trasladó en cuestión de segundos desde la tercera planta hasta la primera haciendo uso de él. Tras aterrizar sin complicaciones, se sacudió el pantalón y siguió su camino con tranquilidad.

—Mis amigos me dijeron que reservaron el taller más cercano a la sección de sensaciones táctiles. Vayamos rápido para allá —dijo Mog Berry, guiando a sus compañeros—. Llegaremos a ella una vez que pasemos por la sección de sensaciones visuales, que se encuentra después de la de las olfativas.

El olfato de Penny quedó exhausto después de captar todos aquellos aromas que se desprendían de la sección de olores. Motail fue parándose a cada rato para dar una olfateada a los kits de creación de todo tipo de aromas que había en un expositor giratorio.

—Esos kits son ideales para los creadores principiantes. Son muy efectivos a la hora de recrear trasfondos en la mente de los que sueñan cuando todavía no se tiene mucha maña en eso, pues no hay nada mejor para evocar recuerdos que un aroma familiar.

—Eso es verdad. Yo también tengo muchos recuerdos que asocio a olores particulares.

Penny escuchó la conversación entre dos creadores que parecían más jóvenes que ella. Indecisos acerca de cuál comprar, estaban comparando kits de diferentes marcas y contando el dinero que llevaban.

—Vaya, me gustaría comprar también el libro de recetas, pero me faltan treinta seals… —dijo uno, haciendo pucheros.

—Con la compra de cualquiera de estos kits, se proporcionan recetas de algunos de los olores más versátiles, como el del arroz recién cocido, el de la tinta de un periódico o el de un mercado de pescado. Debido a que los olores nostálgicos dependen enormemente de la cultura a la que pertenezcan los clientes, es importante decidir a qué público irá dirigido el sueño que se va a crear —les explicaba con entusiasmo el empleado a cargo de la sección de sensaciones olfativas que se encontraba al lado de ellos. Parecía contento de poder lucirse, transmitiendo los conocimientos que había adquirido durante su tiempo allí, pues probablemente no tendría ocasión de asesorar a creadores más veteranos.

—¿Ven esas carpas redondas, parecidas a iglús, que están por ahí en medio? —dijo Mog Berry a sus compañeros a la vez que caminaba.

—¿Son talleres?

—Exacto. Que las carpas estén cerradas significa que hay gente usándolas, así que no se puede entrar sin avisar.

Había unas pocas de ellas en las que las cremalleras que servían de puerta estaban abiertas. Aparte de esas, todas las demás estaban ocupadas, por lo cual los tres tuvieron cuidado de no hacer ruido al caminar.

—Parecen tiendas de acampar gigantescas —comentó Motail. El chico no había dicho eso fijándose simplemente en el aspecto que tenía cada carpa —de tela sedosa— en aquellos talleres. La mayoría de los usuarios que entraban y salían de ellas iban vestidos con ropa deportiva o atuendos propios para hacer actividades al aire libre como el senderismo. A Penny le dio la impresión de que aquellas personas llevaban varios días allí encerradas trabajando sin volver a casa.

Los tres estaban ahora ascendiendo hacia el espacio que había después de la sección de sensaciones olfativas. Los huecos a los lados de la escalera habían sido aprovechados al máximo y estaban decorados de una manera original para exponer ciertos objetos. Una paleta de colores de grandes dimensiones cautivó la mirada de Penny.

—¡Miren, una paleta con treinta y seis mil colores naturales!

—Sí, a partir de aquí entramos en la sección de sensaciones visuales. Dicen que con esa paleta se pueden reproducir casi todos los colores que existen, pero para el dineral que cuesta sólo pocas personas saben sacarle partido. Al parecer, no hay nadie estos días,

aparte de Wawa Sleepland, que haga tal adquisición —le contó Mog Berry a la chica, que caminaba rezagada y sin poder despegar los ojos del llamativo artículo.

La siguiente cosa que atrajo su atención en la sección de sensaciones visuales fueron unos amasijos que proporcionaban imágenes de fondos para la producción de muestras. Aquellas masas, parecidas a plastilinas de varios colores mezclados, estaban envueltas individualmente y, al lado de los productos que estaban desplegados, había una caja de acrílico transparente de generosas proporciones con algo escrito a un costado. Lo que contenía el receptáculo era únicamente un farol apagado y en el texto adyacente se leía:

Para ver el fondo antes de realizar su compra, coloque la masa en este farol.

—Con sólo tener una fuente de luz adecuada, estas masas de fondos para la producción de muestras pueden generar una ilusión óptica en espacios reducidos. Aunque no se usan en la elaboración de sueños, son muy útiles durante los entrenamientos de aspirantes a creadores o las presentaciones que hacen las empresas fabricantes.

Mog Berry abrió la caja de acrílico y metió en el agujero que tenía el farol un amasijo que se ofrecía para probar. Tan pronto como activó el interruptor, la masa de color azul marino con trazos amarillos y rojizos empezó a encogerse. Al mismo tiempo, el aparato comenzó a emitir paulatinamente la imagen del fondo y, en pocos segundos, el interior de la caja adquirió el color de un cielo nocturno. Cuando Motail y Penny observaron que unos fuegos artificiales se unían a la escena, pegaron sus caras a la caja y estuvieron un buen rato maravillándose.

—No se acerquen demasiado, es malo para la vista —les advirtió Mog Berry.

A la chica le habría gustado dar una vuelta con detenimiento por cada una de las secciones, pero las dedicadas a los sonidos y otros componentes estaban en el lado opuesto del edificio.

En cuanto llegaron a la sección de sensaciones táctiles, situada al lado del área de efectos visuales, una mujer joven que estaba frente a la carpa saludó a Mog Berry, agitando la mano. Llevaba un moño alto hecho de cualquier manera y calzaba unas pantuflas mullidas.

—¡Conque estabas aquí afuera! —dijo con alegría Mog Berry al

verla.

—¡Hola! ¡Qué contenta estoy de que hayas venido!

—Les presento a Celine Gluck. Ellos son Penny y Mog Berry, unos compañeros de trabajo.

—Mucho gusto. Soy Penny y trabajo como asistente en la recepción.

—Yo, Motail. Laboro en la quinta planta.

—Me alegro de tenerlos por aquí. ¿Qué tal si vamos entrando? Chuck Dale y Kiss Grower están por llegar en breve. Esperémoslos dentro.

De cerca, Celine se veía demacrada, como si se hubiera pasado los tres últimos días sin dormir. A cada paso que daba, sus pantuflas emitían un sonido débil como si se desinflaran.

El interior de la carpa a la que accedieron tras ella transmitía una sensación de orden y limpieza. Con la excepción de algunos dispositivos de proyección y otros artilugios de aspecto aparatoso, el lugar se destacaba por su simpleza. Era amplio como para dar cabida a diez personas con holgura y la tela blanca que lo encapsulaba era de un material liso y libre de arrugas.

—Celine, ¿te pasaste la noche en la oficina? Me preocupa que trabajes demasiado —dijo Mog Berry al percibir un patente cansancio en el semblante de su amiga.

—Últimamente estoy dándole muchas vueltas a mi nueva producción. Ah, por cierto, ¿qué te parece si me das tu opinión mientras esperamos? Me gustaría que tus compañeros también me dijeran qué piensan.

Celine sacó una masa de fondo que había dentro de una caja con candado y, enseguida, la colocó sobre el farol situado en mitad de la carpa.

—Bien, ésta es mi primera candidata a nueva creación. Creo que no les hará falta más explicaciones.

En cuanto activó el control remoto el amasijo empezó a derretirse, al tiempo que coloreaba con diversas tonalidades el interior de la carpa hasta que, de repente, el lugar se ennegreció por completo. Acto seguido, se escuchó un sonido como si alguien cargara una bala y hubo un deslumbramiento momentáneo que simulaba una linterna inspeccionando el lugar. Al momento, se escuchó una voz ronca gritando “¡Ahí está!” y una brigada equipada con armas de fuego entró en escena.

Aunque Penny sabía que todo se trataba de una proyección, se dio

cuenta de que su instinto de huida se había puesto en marcha cuando se descubrió a sí misma intentando ocultarse bajo un escritorio. Por el contrario, sus dos compañeros permanecían sentados sin siquiera cambiar de expresión.

—¿Qué les parece? —les preguntó Celine, observando las caras de los tres.

A pesar de que era la primera vez que se veían, Motail procedió a dar su opinión sin rodeos.

—Se vive la tensión por la supervivencia en un pueblo en el que el enemigo ha hecho un ataque sorpresa. Sucede cuando se empieza a sudar de los nervios al ver reflejadas las sombras de los atacantes en las ventanas y nos sobresaltamos en el instante más decisivo. Esta parte es casi igual a la que salió en la primera temporada. Lo único que ha cambiado es que ahora son asaltantes militares en vez de alienígenas. Le digo que la quinta planta está llena de sueños parecidos. Por cierto, ahí es donde vendemos los que han sobrado como saldos.

Al oír los comentarios tan brutalmente honestos del chico, la creadora se quedó de piedra, limitándose a girar una y otra vez el bolígrafo que tenía en la mano. Parecía que era la primera vez que se topaba con un empleado que le mostraba tal grado de sinceridad.

—Bueno, entonces, dime qué piensas de éste.

Celine sacó otro amasijo de la caja y, tras ponerlo en el farol, volvió a pulsar el control remoto. Esta vez la carpa se oscureció como el cielo nocturno, y enseguida unos meteoritos en llamas cayeron sobre el taller. Unos estruendos de relampagueo sonaron de una manera tan realista que hicieron pensar a Penny que deberían evacuar el lugar, aunque se esforzó al máximo por guardar la calma. En mitad de aquel escándalo, Mog Berry se dedicó a hacer anotaciones en un papel mientras contemplaba la escena. En cuanto a Motail, sólo hacía falta fijarse en cómo le temblaban los labios para saber que estaba ansioso por soltar otra retahíla de mordaces observaciones.

—¿Qué tal? —preguntó Celine, dirigiéndose a Penny en esta ocasión.

—La belleza de los efectos visuales es extraordinaria —se expresó con sinceridad la chica.

—¿De verdad lo crees? ¡Gracias, Penny!

—Pero esto tampoco es nada nuevo. Lo único que ha mejorado es la calidad de la imagen… Creo que en poco tiempo acabará en mi sección… —murmulló Motail para sí mismo.

Penny le dio un codazo en el costado a su compañero, pues dentro de la carpa se escuchaba hasta el más mínimo susurro.

Desalentada, Celine retiró la masa del farol y la devolvió de cualquier manera a la caja. Enseguida, el blanco reinó de nuevo en el interior de la carpa.

—Me pregunto cuál será el problema.

—Creo que te has enfocado demasiado en recrear la tensión —le contestó Mog Berry y comenzó a darle su análisis objetivo de los aspectos problemáticos—. No hay duda de que las creaciones de la productora Films Celine Gluck son excelentes, pero en estos días se prefiere mucho más los sueños en los que puede experimentarse la sensación liberadora de una huida. Al observar a los clientes que visitan la tercera planta, me he fijado en que la mayoría busca emociones refrescantes y de aventura, como las que producen los videojuegos, o satisfacer sus ansias de convertirse en héroes.

Sonó entonces el tintineo de una campanita que estaba colgada afuera de la carpa.

—Parece que por fin han llegado —dijo Celine.

En el mismo instante en que ella se levantó, dos hombres se adentraron en la sala.

—Ya estamos aquí. ¿Nos hemos perdido algo? —dijo a modo de saludo Kiss Grower, el creador que se rapaba la cabeza siempre que sufría una separación amorosa.

Su compañero, en cambio, lucía una melena bien peinada que le llegaba a los hombros.

—Hola, Mog Berry. Veo que tenemos con nosotros a dos empleados de la Galería, a quienes no conozco. Yo soy Chuck Dale, el creador de sueños mordaces. Supongo que conocen mi serie *Sueños que electrifican los cinco sentidos* —se presentó sin titubeos.

Sin pretenderlo, tanto Penny como Motail dejaron escapar un profundo suspiro. Debido a que con aquella reacción estaban dejando claro que ambos eran admiradores suyos, el creador les agradeció su reconocimiento con una sonrisa de satisfacción.

—Al contrario que mi colega, yo prefiero incluir el amor platónico en mis obras —intervino Kiss Grower—. La gente de hoy en día no valora el afecto inocente y espiritual. Yo busco algo de un nivel superior…

—Como te empeñas en ponerle niveles al amor, así estás; por eso nunca te crecerá el pelo —le interrumpió Chuck Dale, alisando su

larga cabellera hacia atrás para poner énfasis en lo que estaba diciendo.

—Mog Berry, tienes algo que contarme, ¿verdad? Estoy enterado hasta cierto punto —dijo Kiss Grower, anticipándose a la encargada.

—Pues qué bien que lo sepas, así no se me hará tan complicado darte la noticia. Parece que tendremos que retirar todas las existencias de *Un viaje en autobús con mariposas en el estómago*.

—Ya veo… ¿Estás segura de que no hay más alternativa? —le preguntó el creador, mientras tomaba asiento con la mirada triste.

—Será mejor que hagamos un debate entre todos los que estamos aquí para decidir qué hacer en adelante.

—Me parece bien, pues los tres trabajamos de forma similar y tenemos preocupaciones semejantes.

—¿Ustedes tres trabajan de un modo parecido? Pues yo diría que es todo lo contrario —opinó Motail, mostrándose incrédulo.

—Tenemos en común que nuestra habilidad especial reside en la recreación de sensaciones táctiles. Los creadores sabemos, incluso antes de debutar, cuáles son las sensaciones en las que somos más competentes —replicó Chuck Dale.

—Al fin y al cabo, es casi imposible materializar a la perfección los cinco sentidos en los sueños, pues, cuando un sujeto sueña, se produce una continua interferencia con sus sentidos reales. Por tanto, la mayoría de los creadores, en vez de intentar reproducir todas las sensaciones con realismo, suelen enfocarse en la que adquiere una particular relevancia. Aparte de que, además, así se consiguen mejores efectos. En cuanto a los creadores legendarios, ellos sin duda sí son diestros en todas y son famosos precisamente por eso —añadió Kiss Grower.

—Nosotros tres nos hemos ganado el nombre de los mejores creadores de sueños en lo que a las sensaciones táctiles respecta —secundó Celine, desbordante de confianza.

A Penny le inspiró respeto que aquellas personas podían afirmar abiertamente que tenían talento.

—Pues justo por eso lo estoy diciendo. Sería mejor que se enfocaran aún más en las sensaciones táctiles y que optaran por omitir drásticamente cualquier fondo. Y tengo la impresión de que el problema que hay con tu sueño es que no proporciona la suficiente inmersión y es por eso que interfiere en las demás sensaciones. No es necesario que te concentres en la contractura de hombro que se siente al despertar, pues el nivel de sensaciones táctiles ya es bastante bajo—

dijo tajantemente Mog Berry.

—Con eso propones que no cree ningún fondo artificial, sino que haga que los recuerdos del consumidor conformen el trasfondo de forma natural, ¿cierto?

—Exacto.

—Yo también creo que es una idea muy viable. Con tal de que las remembranzas armonicen con la trama, podrías elaborar algo tremendamente excitante. Entrarían pagos en forma de “ilusión” a raudales. Si sigues empeñado en incluir fondos, sólo vas a conseguir que aumenten las probabilidades de que salga mal. Hay que reconocer que uno no puede recrear esos fondos tan primorosos que hace Wawa Sleepland —dijo Chuck Dale, mostrándose de acuerdo con Mog Berry.

—Bien, si todos piensan lo mismo… ¿les importa que haga una prueba aprovechando que tenemos un par de voluntarios perfectos para la ocasión? —dijo Kiss Grower, mirando a Penny y a Motail.

—Yo también he traído una muestra —dijo Chuck Dale, sacando una cajita de su bolsillo.

—Con eso de voluntarios… ¿se refiere a nosotros?

—Así es. Chuck, déjame a mí primero.

—Como quieras.

Kiss Grower se levantó del asiento y metió una masa de fondo en el farol. El amasijo carecía de cualquier patrón de color y, aunque el creador pulsó el interruptor, no ocurrió nada, a diferencia del producto de prueba que había usado Celine.

—Chicos, tienen que juntar ligeramente la yema de sus índices el uno con el otro.

Algo desconcertados, los dos hicieron caso a lo que el creador les decía y acercaron lentamente el extremo de sus dedos. Desde ese punto de contacto, una emoción palpitante que no habían sentido en mucho tiempo fluyó, extendiéndose por todo el cuerpo. Penny revivió una sensación parecida a la que tuvo en su época de estudiante cuando su mano se rozó sin querer contra la de su compañero de pupitre. Acto seguido, por muy absurdo que le pareciera, un impulso de querer agarrar la mano de Motail empezaba a apoderarse de ella.

Como si ambos estuvieran experimentando lo mismo, se levantaron bruscamente a la vez sacudiendo sus extremidades.

—¡Pero ¿qué demonios haces?! —gritó Motail.

—¡No he hecho nada! Eso más bien lo debería preguntar yo. ¿Qué pretendías? —se defendió Penny.

—A ver, no se peleen, que la culpa de todo la tengo yo por ser un

crack en este campo —dijo Kiss Grower con algo de timidez, mientras acariciaba su cabeza rasurada.

—Bueno, ¿qué trasfondo les vino a la mente?

—A mí, una de las aulas donde tomaba clases cuando iba al bachillerato —respondió Penny, una vez que había vuelto a la calma.

—¿Sí? Pues yo tenía de fondo un restaurante al que voy a menudo —dijo con sorpresa Motail, mirando, junto con su compañera, a Kiss Grower.

—Excelente. Ha sido todo un éxito. Si les viene a la memoria el trasfondo adecuado a cada uno, no hará falta que me rompa los sesos en recrear ningún entorno en particular.

—Es increíble. ¿Cómo es posible que con sólo el contacto entre nuestros dedos podamos revivir escenarios diferentes el uno del otro? —preguntó Motail, sintiendo una admiración aún mayor por el creador.

—Es porque dentro de ti tienes guardada una serie de recuerdos maravillosos. Ya sean cosas que experimentaste por ti mismo o de forma indirecta a través de películas o series, hay una infinidad de situaciones que pueden convertirse en trasfondos magníficos para los sueños. Únicamente hace falta un estímulo acertado para activarlos: el contacto entre los dedos, como hace un momento, o también un olor o un sonido concretos.

A Penny le pareció brillante la idea de un sueño cuyo trasfondo fuera uno de los muchos recuerdos que tenemos almacenados. Nunca se le había ocurrido tal cosa.

—Bien, ahora me gustaría que probaran el mío. Sólo basta con que hagan contacto entre sus índices como antes.

A continuación, Chuck Dale introdujo su muestra en el farol.

Ellos dos accedieron de buena gana, sin detenerse a pensar en la petición de Chuck Dale, pero justo en el instante previo a juntar las yemas de sus dedos, un relámpago de inquietud cruzó las mentes de ambos, pues estaban ante una muestra elaborada por el creador de sueños sensuales. Penny rezó para que no ocurriera lo que se estaba imaginando, mientras acercaba su índice a la yema del grueso dedo de su compañero.

Un estremecimiento comenzó a recorrerle el brazo, difundiéndose por todo su cuerpo, y la sensación que ella tanto temía comenzó a invadirla. A pesar de que se trataba de la misma acción que habían llevado a cabo antes, sintió algo enteramente diferente. Era una emoción apasionada que invitaba a lanzarse a besar al otro, y Penny

estuvo a punto de salir huyendo de la carpa. Motail, con un gesto similar de desagrado, se había levantado del asiento, alarmado.

—Al ver su reacción, me atrevo a decir que mis habilidades siguen a la orden del día —dijo satisfecho Chuck Dale.

—Por favor, no nos ponga más a hacer estas cosas —se quejó Motail, quien estaba visiblemente ruborizado.

Después de aquellas pruebas, Mog Berry y los tres creadores siguieron hablando un buen rato acerca de cómo materializar o preservar sensaciones y también sobre otros temas, como los modos de hacer discurrir el tiempo en sueños de forma diferente a la realidad. Mientras tanto, Penny se estuvo pellizcando los muslos para no quedarse dormida en mitad de aquella conversación sobre cosas tan complicadas.

—Bueno, como le tengo que informar de esto al señor Dallergut, me llevo las muestras.

Al escuchar el chirriar de la silla cuando Mog Berry se levantaba para recoger las muestras, Penny dio un respingo que le sacudió la somnolencia.

—¿Ya han terminado de hablar? —preguntó Motail, rascándose la nuca. Su voz denotaba lo muy amodorrado que estaba él también.

—Vaya, no me digas que te has pasado el rato dormitando.

—Para nada. Estaba escuchando.

—No te creo. Bien, entonces, dime qué clase de producto nuevo han decidido crear ellos tres. Si has estado escuchándonos, lo sabrás.

—Ehm, pues, a ver… Lo harán los tres juntos, ¿verdad? Supongo que se tratará de un sueño que mezcle emoción, sensualidad y espectacularidad. Entonces, será una trama en la que alguien escapa del peligro con la persona a la que ama, pero no le corresponde; sin embargo, los dos se enamoran perdidamente durante la huida hasta que, al final, terminan comiéndose a besos en un trasfondo bélico donde vuelan los cañonazos.

A juzgar por la reacción de sorpresa que mostró Mog Berry, parecía que Motail había dado en el clavo con aquello que acababa de inventar.

—Qué bien te las arreglas para salir airoso.

—Bueno, es hora de que vayamos regresando a nuestras empresas. Cielos, ¡qué cansancio! —exclamó Celine Gluck entre bostezos, al tiempo que se levantaba de la silla.

—Y de que nosotros hagamos las compras de ingredientes necesarios y volvamos a la tienda. Me refiero a lo que me encargó

Speedo —dijo Mog Berry, mientras preparaba su bolsa.

Tras salir de la carpa, todos se marcharon en diferentes direcciones.

—Bien, ahora nos toca comprar los componentes para las sensaciones que están aquí anotados. Con esto, dejamos por finalizada la labor de hoy. Como las secciones están lejos las unas de las otras, será mejor que nos ocupemos cada uno de ir a un sitio. Si no pueden encontrar algo, pregúntenle al empleado que hay en cada departamento —ordenó Mog Berry y, a continuación, apuntó en un cuaderno lo que hacía falta comprar y les dio una hojita a cada uno de sus compañeros—. Cuando lo tengan todo, nos vemos en la caja que está en la entrada.

Era difícil no percatarse de que Mog Berry les había encomendado buscar muchos más ingredientes de los que ella se encargaría. Antes de que sus compañeros tuvieran ocasión de quejarse, se despidió de ellos agitando la mano y desapareció como un rayo entre las carpas.

—A mí me toca ir arriba —dijo Motail, señalando hacia la sección de sensaciones auditivas que estaba en lo más alto—. Quizás hasta pueda bajar por el tobogán cuando termine.

—Bien, yo voy por este lado. Nos vemos luego —le respondió Penny, aligerando el paso hacia la sección de ingredientes misceláneos.

En la sección de componentes misceláneos se palpaba un ambiente que haría las delicias de Motail. Había una atmósfera de desenvoltura idéntica a la de la quinta planta de la Galería, pero, teniendo en cuenta el gran número de clientes que había en el lugar, parecía que allí los asistentes escaseaban con creces. La chica pensó que probablemente no le quedaría más remedio que encontrar por sí misma los ingredientes. Tras conseguir una cesta amarilla de compra, se metió de lleno en la búsqueda.

A simple vista, se notaba que en aquel lugar estaban los productos cuya finalidad no era fácil de discernir. Los ojos de ella centellearon, cual pirata que acaba de llegar a la isla del tesoro. Debajo de una montaña de herramientas que parecían anunciar que de un momento a otro se caerían causando efecto dominó, Penny sacó rápidamente la lista para echarle un vistazo y no distraerse de la misión que Mog Berry le había encomendado.

—A ver, a ver. Tengo que comprar doce manojos de "hierbabuena refrescante" y dos lotes de "pérdida del equilibrio".

Después de dejar atrás unos cestos que desprendían un olor repugnante y pasar al lado de unas carretas cargadas con bidones, la chica encontró por fin las cosas que estaba buscando. En el envoltorio de los manojos de "hierbabuena refrescante para levantarse de buen talante" se indicaba que únicamente se usaran en la confección de sueños para siestas inferiores a treinta minutos. Por el contrario, las advertencias de uso del lote de pérdida del equilibrio estaban integradas por varias páginas.

> Es posible librarse de la somnolencia en un instante desplazando bruscamente el centro de gravedad hacia atrás cuando uno acaba de quedarse dormido. No obstante, dado que al hacerlo se pueden emitir sonidos ridículos por la sorpresa, sufrir caídas si se está sentado en una silla o estar expuesto a otros perjuicios mayores, se prohíbe su uso a personas ancianas y vulnerables. Además, se suplica utilizar sólo las cantidades recomendadas…

En cuanto al "colorante que propicia la nitidez" era capaz de entintar una cubeta grande de agua con sólo añadir una gota. Al lado de ese producto estaba la "pipeta succionadora", cuyas instrucciones daban a entender que se trataba de un utensilio para retirar colorantes u otros ingredientes que se hubieran añadido por error. La chica se dio cuenta de que enfrente de esa multitud de pipetas alineadas por tamaños había un leprechaun gimoteando. El duendecillo apretaba con todas sus fuerzas el bulbo de la pipeta, pero al no conseguir hacerla funcionar, estaba quejándose con un empleado.

—¡Tienen que fabricar instrumentos todavía más pequeños! ¡Eso de que los profesionales no somos escrupulosos en cuanto a las herramientas es una creencia anticuada!

La chica se apresuró a apartarse del lugar, temerosa de que quizá fuera a presenciar cómo aquella pipeta de cristal se hacía añicos si al duendecillo se le caía de las manos. Estaba en lo cierto, pues a los pocos segundos oyó el sonido de un vidrio al romperse que provenía de aquella parte. Procurando alejarse del desastre, Penny se adentró en la dirección opuesta. Lo siguiente que tenía que encontrar eran las cintas de ruido blanco en casete para inducir el sueño. Sonaba a que probablemente estarían en la sección de sensaciones auditivas, pero confiando en la nota "Está en la sección de Ingredientes Misceláneos" que había escrito Mog Berry, estuvo un buen rato agachada para inspeccionar hasta el anaquel más inferior del estante. Cuando por fin dio con una caja llena de casetes, gritó de júbilo para sus adentros.

Justo cuando se iba a poner de pie tras echar el artículo a la cesta,

vio a dos hombres que conocía en el pasillo contiguo. Uno era Kick Slumber y el otro Animora Bancho, autor de *Sueños que tienen los animales*.

—¡Bancho, ¿cómo es que has comprado tantos ingredientes?! —le preguntó Kick Slumber, quien se acababa de topar con el otro creador, que llevaba ambas manos cargadas.

—¡Hola, señor Slumber! Es que como no puedo venir a menudo por vivir en la montaña, aprovecho para comprar todo de una vez. Si no fuera porque el año pasado me dieron el premio por el sueño mejor vendido, no me podría permitir esta cantidad de adquisiciones —le contestó Bancho con una afable sonrisa.

—¿Esos lentes de contacto son nuevos? —inquirió Kick, señalando algo con su pata de palo que Penny no alcanzaba a ver.

—Ah, son "lentes de rana". Será la primera vez que los use. Dicen que con ellos se puede experimentar cómo ven las ranas. Estoy planeando crear un sueño que también les guste a estos anfibios. Como usted hace sueños en los que uno puede convertirse en animales, lo animo a que también los pruebe.

—Pues si recrea la visión de una rana, se verá todo de color gris. Siento decirte que no me serviría de mucha ayuda a la hora de elaborar un sueño en el que las personas experimenten cómo sería encarnarse en rana.

—¿Por qué no?

—En el sueño, en vez de percatarse de que se han convertido en una rana, más bien se extrañarían por la forma en que ven y eso les dificultaría concentrarse. Las peculiaridades de una rana que la gente está interesada en experimentar son cosas como dar brincos con las patas traseras o merodear libremente por la tierra y el agua.

—Pues ahora que lo dice, tiene razón. En mi caso, como tengo que recrear las sensaciones de los animales siendo yo humano, debo enfocarme en cómo perciben el entorno los distintos ejemplares de la fauna. En cambio, usted, más que materializar las sensaciones que tienen los animales en la realidad, tendrá que poner énfasis en las capacidades que la gente considera más habituales de cada uno. Pensaba que hacíamos sueños parecidos, pero hoy he descubierto que estaba equivocado.

Para no interrumpir a los creadores que estaban embebidos en aquella conversación sobre su oficio, Penny discretamente cambió de rumbo hacia la dirección opuesta.

Al fondo de la sección, había una enorme variedad de ingredientes en polvo empaquetados en sacos. Al tiempo que les echaba un vistazo, la chica se dirigió al empleado asignado a ese pasillo.

—Perdone, ¿qué es esto?

—Emociones en polvo —le respondió el asistente, levantando con dificultad un saco que estaba en el suelo.

—¿Se refiere a emociones que han sido procesadas en este formato?

—Sí. Las emociones en polvo, además de que están más concentradas que en su forma original, son más difíciles de dosificar que las que vienen en estado líquido, y los lugares donde se pueden usar son limitados; por lo tanto, se emplean únicamente en la elaboración de sueños. Puede servirse en esta bolsa la cantidad que necesite con ayuda de una cucharita. El precio por gramo, claro está, depende del tipo de emoción que elija.

Aquel sitio le recordó a Penny al mercado de barrio al que iba con sus padres los fines de semana cuando era pequeña. El hecho de que hubiera que pesar lo que iba a comprarse en una balanza para saber el precio le evocó esos recuerdos.

Al ir curioseando un rato aquí y allá, la chica llegó hasta una parte donde se encontraban las emociones negativas pulverizadas. Como no había nadie que se acercara a esa zona, se palpaba cierto ambiente malhadado. Cuando decidió darse la vuelta sin más y dejar atrás el lugar, oyó cómo unas voces susurraban algo desde un rincón. Avistó entonces a dos conocidos suyos que hablaban cautelosamente frente a unos sacos de un color rojo oscuro que contenían “culpabilidad”: eran Maxim, el creador de pesadillas, y Nicolás, más conocido como Papá Noel.

—Menos mal que la “culpabilidad” sigue teniendo un buen precio. Me hace falta en grandes cantidades —comentó Maxim.

—No tenía idea de que se vendiera tan bien. Oye, Maxim, te pareces a Atlas, aunque con un punto diferente, ¿eh? Pero yo te prefiero, con mucha diferencia —dijo Nicolás, soltando unas carcajadas que remató con una sonora palmada en la espalda del joven.

“¿Atlas?”, pensó Penny. Estaba segura de que había oído ese nombre en alguna parte, pero no conseguía recordar dónde. Preocupada por que fueran a creer que había estado oyendo a escondidas la conversación entre los dos, se puso a tocar los sacos que tenía al lado para hacer ruido y los creadores notaran que ella estaba

allí.

—Vaya, ¡hola! No esperaba verte aquí —dijo Maxim, claramente sorprendido de encontrarse a la chica en aquel lugar.

Sin querer, el muchacho derramó al suelo una buena cantidad de polvo de “culpabilidad” que estaba sirviéndose. Sin pensarlo mucho, se inclinó y empezó a barrer con los dedos el polvo para meterlo en una bolsa, y eso hizo que empezara a comportarse como si de repente fuera presa de la culpa.

—Qué mal. Debí tener cuidado de que no se me cayera. ¡Cómo he metido la pata! Soy un tipo incorregiblemente estúpido…

Al ver cómo el chico comenzó a mortificarse tirándose del pelo, Penny se quedó perpleja.

—Ay, pero ¿en qué planeas usar toda esta “culpabilidad”?

—Ah, pues… Perdona, estas cosas son secretos de empresa.

Ante aquella inocente pregunta de la chica, Maxim puso una cara de estar agonizando porque, por un lado, quería decírselo, pero por otro sabía que debía guardar el secreto.

—No hace falta que me respondas. Imagino que la necesitarás para alguna nueva creación. Lo mejor será recoger esto primero —dijo Penny.

—Cuando se manipula este tipo de emociones en polvo es recomendable llevar guantes y mascarilla. Así no dan problemas —explicó Nicolás para hacer que Penny se preocupara menos, mientras instaba a Maxim, que seguía afectado por la culpa, a que se retirara. Enseguida, se puso una mascarilla y unos guantes desechables que había sobre los sacos y se agachó a recoger el polvo desparramado por el suelo y devolverlo a su sitio. La chica hizo lo mismo y se unió a ayudarlo. En ese momento, un fajo de papeles se desprendió del chaleco de Nicolás.

Pruebe nuestro nuevo helado de treinta tipos de emociones. También tenemos galletas de la fortuna que le cambiarán la vida (existencias limitadas).

“¡No se pierda el camión rojo de comidas que aparece y desaparece a su antojo!”

El creador se apresuró a recogerlo y volvió a metérselo rápidamente en el bolsillo. Fingiendo unas toses, miró de reojo a

Penny para comprobar si ella había visto el fajo o no. Aunque a la chica le resultó bastante sospechoso, instintivamente hizo como si no se hubiera dado cuenta. Eran sin duda alguna los mismos anuncios que traía el periódico gratuito entre sus páginas.

—Pues sí… Por cierto, Penny, ¿qué te ha traído aquí hoy? —le preguntó Nicolás como si no hubiera pasado nada.

—Yo también he venido porque tengo que comprar unas cosas. No pretendía molestar. Ahora que lo pienso, no debo entrometerme. Será mejor que me marche ya —la chica se acordó de que probablemente Mog Berry y Motail la estarían esperando y se dio prisa en abandonar el lugar. Como imaginó, su compañera ya estaba aguardando en la entrada.

—¿Todavía no ha llegado Motail?

—Ahí sigue él —le respondió la encargada, señalando hacia el gigantesco tobogán por el que el chico se deslizaba levantando los brazos. A continuación, le gritó a su compañero—: ¡Motail, detente! ¡Ya van cinco veces!

Por fin, el joven fue caminando con una sonrisa de oreja a oreja hacia donde estaban ellas.

—¡Éste es un sitio divertidísimo! Pero Penny, ¿cómo es que has tardado tanto?

—Me llevó mucho localizar los ingredientes. Y también me topé con unos conocidos en el camino. He visto a Nicolás y a Maxim.

—¿A Papá Noel? ¿No estaba siempre en su casa de la Montaña Nevada durante la temporada baja? —inquirió Motail, mientras deshacía el dobladillo que se le había formado en la parte baja del pantalón al deslizarse por el tobogán.

—Mog Berry, ¿sabes a qué se dedica Nicolás cuando no es época de Navidad? Tengo la impresión de que se trae algo entre manos con Maxim… ¿Estarán creando un nuevo sueño juntos? ¿Por casualidad te has enterado de algo?

—Yo tampoco tengo mucha idea. Sí he oído que estos días Nicolás no está en su casa de la ladera y viene mucho al centro de la ciudad, pero no sé qué es lo que hace con Maxim.

—No me atreví a preguntar nada porque no me pareció oportuno, pero ahora me arrepiento. Vi que iban a comprar un buen montón de “culpabilidad” en polvo —contó Penny con la mirada cargada de curiosidad.

—¿Polvo de “culpabilidad”? Me pregunto para qué piensan usar eso —dijo Mog Berry bastante extrañada.

—Es un ingrediente acorde con Maxim. No cabe duda de que este año pretende crear una pesadilla incluso más espeluznante. Pero esa combinación entre el creador de pesadillas y Papá Noel, el fabricante de sueños para niños pequeños… Espero que Nicolás no haya tomado por afición hacer sufrir a los pequeños —dijo Motail en tono de broma.

—Ay, pero cómo será eso —replicó la chica.

Penny lamentaba no haberle tirado un poco más de la lengua a Maxim.



6. Papá Noel en temporada baja



Al día siguiente, a Penny le fue imposible levantarse temprano. Seguía haciendo un calor bochornoso, y al poco de salir de casa corriendo, tuvo que desacelerar el paso porque la cara se le empezó a empapar de sudor. No tendría tiempo para leer *Cuestión de Interpretación* en el almacén, pero no llegaría a la tienda con retraso por caminar un poco más lento.

A pesar de que el pavimento de la avenida comercial lucía tan impecable como siempre, la calle daba la impresión de estar descuidada por la infinidad de panfletos publicitarios que había pegados en los postes de luz, que comenzaban en la zapatería de los leprechauns. Delante de su tienda se había apelotonado un grupo de personas en pijama para mirar esos anuncios. La chica se puso de puntitas detrás de ellas.

> Pruebe nuestro nuevo helado de treinta tipos de emociones. También tenemos galletas de la fortuna que le cambiarán la vida (existencias limitadas).
>
> "¡No se pierda el camión rojo de comidas que aparece y desaparece a su antojo!"

Eran los mismos papelillos que vio que se le cayeron del bolsillo a Nicolás en el Centro de Pruebas. "¿Los habrá pegado todos él? ¿Cómo es que ha decidido dar un salto tan repentino al negocio de los puestos de comida móviles?", se preguntó Penny. Se extrañó de que los anuncios de un helado, por el que los niños enloquecerían, estuvieran colocados a la altura de los ojos de una persona adulta, pues precisamente Papá Noel, que era todo un maestro de las técnicas de

marketing, nunca habría pasado desapercibido aquel detalle.

Inspeccionó un poco más la zona, pero no logró ver ningún camión de comida. Se paró unos instantes a considerarlo y finalmente se dio la vuelta. Tenía la espalda chorreando de sudor, lo que la hizo olvidar cualquier helado y querer llegar cuanto antes al trabajo, donde podría disfrutar del frescor del aire acondicionado.

Sin embargo, al entrar en la Galería de los Sueños, se dio cuenta de que no estaba tan fresca como había imaginado. En la recepción se encontraba de pie Weather, quien había llegado antes que ella.

—No me diga que se ha averiado el aire acondicionado —le preguntó a su supervisora, que estaba recogiéndose el pelo con una mano mientras se abanicaba con la otra.

—Al parecer, se ha estropeado durante el turno de noche. Va a venir un técnico por la tarde a repararlo. Hasta entonces no nos queda más alternativa que aguantar con las puertas abiertas. Me preocupa nuestra clientela.

—Pues, vaya problema. Creo que me derretiré antes de terminar la jornada de hoy.

—Al menos mantén encendidos al máximo los ventiladores del techo. Por cierto, nos han contactado de la Oficina de Atención al Cliente pidiendo un breve informe después de que hayamos solucionado las reclamaciones que nos llevamos. Les he dejado dicho a los encargados de cada planta que redacten de antemano los documentos, así que creo que los tendrán todos preparados para hoy. ¿Te puedes ocupar de ir esta mañana a cada piso y recogerlos? Es que yo tengo que salir a hacer un encargo ahora.

—Claro. ¿Adónde va?

—Al banco para depositar los pagos por los sueños —respondió Weather, fingiendo no haberse fijado en lo mucho que estaba sudando su asistente.

—Ah, que va al banco… Allí estará fresco…

—No me mires con esos ojos, Penny. No pienses de ningún modo que me voy al banco para evitar el calor. ¿Qué culpa tengo yo de que hoy precisamente haya que depositar tantos pagos? —dijo Weather, desapareciendo por las puertas abiertas de par en par con un paso ligero.

La chica decidió ir a recoger los documentos a cada planta antes de que empezaran a llegar clientes. Dado que en la segunda no había entrado ninguna queja, fue directamente a la tercera.

—Aquí tienes, Penny. Éstas son todas las reclamaciones que

llegaron para la tercera planta. Como están todas ya solucionadas, o he dejado especificadas las medidas que deben tomarse, seguro que los de la Oficina de Administración estarán conformes con esto —dijo Mog Berry, pasándole varias páginas de documentos. Los había separado con clips de colores y había subrayado partes con rotuladores fluorescentes de varias tonalidades, lo cual era muy propio de ella.

Speedo tampoco traicionó las expectativas de la chica, pues ya estaba esperando con los documentos ordenados a la perfección.

—Los dejé listos el mismo día que Weather dio el encargo. ¿Cómo es que los manda a recoger tan tarde?

—Entonces los podría haber traído a la recepción. ¿Y ésos? ¿No me los va a dar?

—Éstos son una copia para mí. La tengo preparada para la negociación de sueldo del año que viene. Te doy un consejo, Penny: guarda siempre una copia para ti.

Por último, la chica subió al quinto piso y, en cuanto le anunció que venía por los documentos al primer empleado que vio allí, todo el personal de la planta, incluido Motail, se puso a hacer otras cosas para evitarla.

—¿Todavía no los tienen preparados? —preguntó ella en un tono irritado a causa del calor.

En respuesta, los demás empleados empujaron a Motail para que diera la cara por ellos.

—Penny, mira cómo estamos aquí. ¿Cuándo tenemos tiempo nosotros para resolver nimiedades como éstas? Sabes que se pueden pasar por alto haciendo como si no fueran nada. Ya te dije que no entiendo cómo pueden presentar quejas por los artículos de la quinta planta. ¡Es la sección de gangas! Los sueños de esta sección están rebajados porque son defectuosos. Hazte de la vista gorda, que yo soy incapaz de redactar un documento.

Ella se percató de que era la primera vez que su compañero se mostraba sin confianza para algo.

—Motail, creo que tienes razón en eso de que a la quinta planta le hace falta un jefe.

De vuelta en la recepción, Penny se puso a ordenar los documentos de las reclamaciones y en el proceso se dio cuenta de una cosa: aparte de los clientes que pusieron quejas, había otros dos asiduos que habían dejado de visitar la Galería. Se trataba de los clientes número 330 y

620, y lo más extraño de todo era que no había ningún registro de reclamaciones por parte de ellos en ningún sitio. Habían dejado de acudir allí sin dar señales previas de que así lo harían.

Al tiempo que se abanicaba con una mano, la chica abrió con la que le quedaba libre el programa Dream Pay Systems para buscar información acerca de aquellos dos clientes. A pesar de que los ventiladores estaban funcionando a su máxima potencia, no eran de mucha ayuda para aliviar el sofocante calor que hacía. Por mucho que intentara concentrarse en la pantalla, el bochorno no se lo permitía, así que decidió levantarse para ir a la sala de descanso por una botella de agua helada, cuando, de repente, los visitantes que estaban en el vestíbulo salieron de la tienda en estampida señalando algo al otro lado de la calle.

—¡El camión rojo se ha parado delante del banco!

—¿El de los anuncios? ¿Podremos probar el helado?

Ciertamente, un camión había llegado frente a las puertas del banco.

—¿Qué es lo que les pasa a todos? —dijo sorprendida Mog Berry que acababa de llegar, al ver el gentío apelotonado.

En cuanto llegó la hora del almuerzo, Penny salió corriendo hacia el vehículo. De tanto calor, no tenía apetito y deseaba desesperadamente llevarse a la boca algo refrescante. En la zona del cruce había más del doble de personas de lo habitual.

A diferencia de otros puestos de comida, como los que vendían leche de cebolla caliente, el camión rojo era el único que despedía un aire frío. Los demás tenderos se asomaron a mirar cómo le iban las ventas al nuevo competidor, y a continuación siguieron removiendo sus ollas con una expresión de desgana. Por la leche recalentada una y otra vez, el olor que emanaba de sus comercios se percibía un tanto rancio.

Penny se puso al final de la fila para comprar helados. Reconoció al instante a los dos hombres que se movían con brío dentro de aquel camión rojo. Como ya había supuesto, eran Nicolás y Maxim. El primero estaba sirviéndoles a los clientes los helados en copas de cristal a un ritmo sorprendente. Con su pelo y barba blancos y su todavía más blanco delantal, parecía un muñeco de nieve con vida.

—Ha pedido dos helados trepidantes, ¿verdad?

El universitario que recibió las dos copas de Nicolás pasó frente a Penny con unos helados de un intenso color azul y aspecto de nieve esponjosa. Primero les sacó una foto y luego probó una cucharada.

—¡Caramba! ¡Esto sí que es bueno! —exclamó tras estremecerse con aquel bocado.

Se podía ver que el congelador de puertas transparentes que tenían dentro del puesto estaba atestado de botellas semiheladas de la gaseosa con un 17% de frescor que Penny probó anteriormente. Al parecer, Nicolás las había traído directamente de las Eternas Montañas Nevadas.

Por su parte, Maxim estaba de pie frente al horno con una expresión bastante seria y tenía el delantal negro recubierto de manchas de harina. Tras sacar una bandeja de galletas, de masa blanda y doradita, les enterró a éstas unos papelitos alargados que tenía ya dispuestos. La destreza que empleó dejaba claro que no era la primera vez que lo hacía.

—¿Qué está cocinando aquél? —se oyó murmurar entre los que esperaban en la fila.

—Aquí tienen. Son galletas de la fortuna que ofrecemos gratis a los clientes que llegaron primero —dijo Maxim, colocando un enorme cartel junto a la bandeja llena de aquellos bizcochos.

Galletas de la fortuna que cambiarán su vida y la mejorarán.

Cuantas más coma, mayores efectos podrá observar. Sin embargo, rogamos que sea considerado con los demás y sólo se lleve una por persona.

(¡Ojo! ¡No deje ver a otros el mensaje de su galleta!)

Los que ya habían recibido su helado empezaron a tomar una galleta. Penny también quería una, pero si se salía de la fila estaba segura de que le tocaría esperar turno durante mucho más tiempo. Se puso a hacer un recuento a ojo de las personas que tenía delante para calcular si le podría tocar una galleta cuando avistó más adelante a Dallergut, quien estaba más concentrado que nadie eligiendo un helado.

—¡Señor Dallergut!

En el momento en que lo saludó, su jefe se acercó a la chica mientras tomaba una cucharada de un helado verde. Él no tomó ninguna galleta de la fortuna para sí.

—Penny, este helado está riquísimo. Fíjate en el color rojo tan vivo de este camión. ¿Verdad que se nota a leguas quién eligió el diseño?

—No tenía ni idea de que Papá Noel y Maxim habían emprendido un nuevo negocio. Por cierto, ¿no se lleva una galleta? ¡Son gratis! Yo estoy ansiosa por probar una.

—¿Sabes? Si uno va a tomar un dulce de los que regala Nicolás tiene que estar mentalizado de que no dormirá tranquilo esa noche. Sobre todo, teniendo en cuenta que son unas galletas que ha preparado con Maxim… Nos podrían esperar unas pesadillas de espanto —advirtió Dallergut con énfasis.



Dentro del ascensor de un bloque de departamentos de una urbanización estaba un matrimonio joven junto a una niña que llevaba una jaula transportadora de gatos. La pareja se inclinó un poco para ver el interior del receptáculo.

—Qué minino más bonito.

—¿Les gustan los gatos?

—Claro que sí. Nos encantaría tener uno, pero no hemos encontrado el momento adecuado. Es mejor no traer a casa mascotas si uno no tiene tiempo para cuidarlos como es debido —dijo amablemente la mujer.

—Cierto. Mi madre también dice que hay que ser muy responsable para tener un animal. De hecho, este gato lo adoptamos en un refugio. Nos dijeron que probablemente fue abandonado por su anterior dueño.

—¡Qué lástima! ¿Cómo se le ocurre a la gente hacer esas cosas?

—¿Verdad? Ojalá todos pensaran como ustedes. Bueno, yo me bajo aquí. Que tengan un buen día.

Una vez había salido la niña del ascensor, ambos soltaron una carcajada.

—Los padres deben de estar hasta la coronilla. Como si no tuvieran bastante con la niña, encima un gato —repuso la mujer, cambiando por completo la expresión.

—¡Qué pena! ¿Cómo se le ocurre a la gente hacer esas cosas? —repitió el marido riéndose, imitando cómo había actuado ella antes.

—No te burles.

Como si estuvieran hechos el uno para el otro, los dos pensaban y se comportaban de la misma manera. Cuando compraron su primera casa, trajeron un gato sin pensarlo mucho y, antes de mudarse a aquel departamento, abandonaron al animal en la calle sin remordimiento

alguno, como si lo estuvieran devolviendo a la naturaleza. Sin ir más allá de la acera de enfrente, el felino se quedó observándolos con los ojos brillantes.

—Pero nosotros tuvimos nuestras razones.

—Exacto. Quién nos hubiera dicho que nos daría alergia.

—Qué remedio. No lo sabíamos.

Ambos eran del tipo que tenían excusas para todo: que si no poseían una vivienda lo suficientemente adecuada, que si no estaban bien de salud, que si vivir se hacía cada vez más duro. Nunca se mostraban comprensivos cuando se les presentaban dificultades a los demás, pero en lo que a ellos se refería, eran capaces de recurrir a un millar de cosas con tal de justificar sus acciones.

Eran expertos en fingir ser amables, eso sí. Iban por la vida aparentando ser considerados y respetuosos y actuaban como si amaran a los niños y los animales con la mayor naturalidad del mundo. No les pasaba nada en absoluto cuando se las ingeniaban para quitarle la manutención a chiquillos que no tenían a dónde ir. Estaban convencidos de que no hacían nada malo porque pensaban que sólo habían sido astutos en conseguir un dinero que no tenía dueño. Sin oficio ni beneficio, tenían una vida acomodada a costa de esos ingresos.

Ya se habían percatado de que algunos de sus vecinos más avispados los señalaban con el dedo y también habían leído volantes que circulaban por la comunidad denunciando lo que hacían. Sin embargo, bastaba con que se hicieran los locos si el asunto pasaba a mayores, pues sencillamente lo solucionarían mudándose.

—¡Ay, qué a gusto se está acostado! Esta vez nos entró un buen montón de dinero. ¿No te dije que, cuando se usa el coco, todo sale mejor? —dijo el hombre.

La pareja estaba acostada reposando en la cama del dormitorio que habían decorado con extravagancia.

—En serio, cariño, qué poca conciencia tienes. ¿No te dan pena esos niños?

—Me dan tanta pena que les he comprado un lote de material escolar de diez mil wones. No sabes cómo me han dado las gracias.

La mujer soltó unas estridentes carcajadas al oír lo que le respondió su marido.

—Ni la conciencia ni la reputación nos van a poner la habitación así de bonita.

—Cuánta razón tienes, amor.

Pronto, la tan compenetrada pareja empezó a roncar debajo de aquel cálido y mullido edredón.



Ambos descubrieron en sueños el camión de comida rojo y las galletas de la fortuna gratuitas por las que muchas personas se habían agrupado. Aunque no eran capaces de percatarse de ello, una vez dormidos no se comportaban de un modo tan encubierto como durante el día. En sueños la pareja hacía de las suyas abiertamente, dejando al desnudo la naturaleza egoísta que los caracterizaba.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, uno impedía que los demás se acercaran a la bandeja de galletas, mientras el otro se aprovisionaba de ellas, a la vez que empujaba con violencia a la muchedumbre a su alrededor. A pesar de la desilusión o las quejas que manifestaban las otras personas, ambos empezaron a engullir las galletas más contentos que nunca.

—¡Puaj! ¿Qué es esto?

La mujer no se dio cuenta de que aquellos bocaditos llevaban papelillos dentro hasta que casi se tragó uno. Haciendo uso de los dedos, se sacó la nota del interior de la boca.

En caso de pecar, ni una noche en paz podrás descansar.

—Vaya mensaje más exasperante. ¿De qué se trata esto? —dijo ella con el ceño fruncido.

—¿Por qué te pones así? Tíralo y ya está —replicó su marido; se lo quitó de las manos y lo arrojó al suelo tras hacerlo una bola. Sin darle más importancia, los dos, acaramelados, siguieron atracándose. Aquellas galletas de la fortuna de un peculiar color marrón rojizo y un sabor dulzón eran deliciosas. Poco después de haberse dado un buen atracón, ambos volvieron a caer en un sueño aún más profundo.

En el sueño un gato gigantesco los perseguía. El felino, de unas dimensiones comparables a una casa, les pisaba los talones desde unos cien metros atrás. Cada vez que, aterrados, daban un paso adelante, el gato avanzaba una distancia diez veces mayor. De la boca del animal salía un vaho ardiente que les calentaba las espaldas. En el instante en que se dieron cuenta de que se parecía a la mascota que una vez abandonaron, el gato se transformó en un ciento de niños. Aquellos

chicos, que se alzaban imponentes como robles, formaron un círculo alrededor de ellos tomándose unos a otros por los hombros y arrinconaron a la pareja.

“¿Por qué hicieron eso? ¿Creían que nadie se iba a enterar? ¡Hablen! ¡¿Por qué lo hicieron?!”, se escuchó estruendosamente la voz de aquellos gigantescos niños de mirada vacía. Cada vez que la pareja hacía un movimiento para escapar, el suelo arcilloso iba tragándolos lentamente.

“Tenemos que despertar. Esto es un sueño. Es imposible que esté pasando”, pensaron, y para liberarse de su pesadilla, empezaron a patalear desesperadamente. Esto les funcionó y enseguida abrieron los ojos con sobresalto en la habitación donde se habían quedado dormidos.

“¡Fiu! Como suponía, todo ha sido un sueño”, pensaron ambos con alivio. Al recuperar el aliento, se miraron el uno al otro. Sin embargo, no conseguían girar la cabeza.

—Ah, ah…

Intentaron hablar, pero los músculos de alrededor de sus bocas estaban paralizados. Como si tuvieran los labios adheridos con pegamento, sólo lograban emitir algún balbuceo a pesar de los esfuerzos que hacían por pronunciar palabras.

Al no poder mirar hacia otro lado, lo único que entraba en su campo de visión era la cortina del dormitorio. Aunque no habían sido ellos los que dejaron la ventana abierta, el aire entraba por ella haciendo mover la cortina. La tela se dividió en dos creando la ilusión de un fantasma, y de su interior volvió a aparecer el gato de antes. Pegaron un grito, pero no se escuchó nada, y al instante el felino se abalanzó sobre ellos.



—¡Aaah! —consiguieron gritar, despertándose del sueño. Ambos sudaban tanto que tenían el pelo pegado en la frente. Se llevaron la mano al pecho palpitante y a continuación se consolaron mutuamente diciéndose que sólo había sido un mal sueño.

“¿He tenido una pesadilla a causa del remordimiento? No, es imposible que eso me pase a mí”, pensó al unísono la pareja.

Cuando volvieron a dormirse, los acosaron repetidamente pesadillas similares. Ambos estaban aterrados a causa de un miedo que nunca antes habían experimentado. No sabían hasta cuándo

seguirían teniendo esos sueños y, a diferencia de la realidad, no podían moverse ni mucho menos escapar. Llevaban sólo cinco minutos dormidos, pero el sufrimiento que estaban soportando hacía que percibieran ese tiempo muchísimo más extenso. Pasaron una noche, la más larga y aterradora de sus vidas, con continuos sobresaltos que no les dejaron pegar el ojo.

Aunque después de aquel día las pesadillas no los visitaron siempre que dormían, regresaban cuando se confiaban pensando que ya habían cesado. Por un lado, no podían vivir sin las horas de sueño; y, por otro, no tenían a dónde huir cuando soñaban. La mayoría de los días se metían en la cama con el corazón en un puño, deseando con todas sus fuerzas que la noche transcurriera sin incidentes. Y, por supuesto, todavía eran absolutamente ajenos al hecho de que su vida real se convertiría en una pesadilla aún peor cuando sus fechorías salieran a la luz. Les aguardaban días en los que difícilmente iban a poder dormir a rienda suelta.



—¿En serio contienen remordimientos esas galletas de la fortuna? ¡Ahora entiendo por qué estaban comprando polvo de culpabilidad en grandes cantidades aquel día en el Centro de Pruebas! —dijo Penny bastante exaltada.

—¡Shh! No lo digas tan alto —le advirtió Nicolás, con afán de sosegarla.

Los helados y los bizcochos se agotaron en un santiamén y Penny, junto con Dallergut, se puso a ayudar a Nicolás y Maxim a limpiar el camión.

—¿Usted sabía que las galletas contenían remordimientos? Por eso no tomó ninguna, ¿verdad, señor Dallergut?

—Así es.

—Me preocupan un poco aquellos dos que arrasaron con las galletas sin estar al tanto de ello. Seguramente ahora estarán sufriendo la emoción con mucha intensidad. Bueno, fueron ellos los que no quisieron dejar ni una. Yo me he quedado con la intriga de probar cómo estaban de sabor y qué tipo de mensajes tenían dentro.

—Penny, si quieres saber si están ricas, te daré de las que he apartado. Pero te recomiendo que sólo comas una —dijo Maxim, ofreciéndole una galleta a la chica. Aunque la galleta no tenía una

forma armoniosa, su color tostado la hacía lucir apetecible.

Ella se la llevaba a la boca cuando Dallergut se lo impidió.

—Es mejor que no te la comas ahora y la guardes para probarla en casa a la hora de la cena; incluso todavía mejor si te la comes el fin de semana con más calma. Te lo digo porque cuando Nicolás empezó a hacer galletas de la fortuna, me comí un montón para comprobar los efectos que tienen.

—¿Y qué tipo de remordimientos tuvo?

—Pues acabé llamando a un amigo con el que no tenía contacto desde hacía mucho tiempo con la excusa de que estaba ocupado. Al parecer, me sentía culpable de manera inconsciente.

—¿Diría que la emoción le trajo un cambio positivo?

—Sorprendentemente, tuvo un efecto favorabilísimo. Al contrario de lo que esperaba, me resultó muy beneficioso. Cuando mi amigo contestó a la llamada de buen grado, me alegré mucho al oír su voz. Temía que me regañara por haber sido tan negligente al no ponerme en contacto con él antes, pero mis preocupaciones fueron en vano, pues se mostró tan contento como si fuera ayer la última vez que nos vimos.

—¡Guau, Dallergut! Sería maravilloso si te tuviéramos de embajador para vender nuestras galletas —dijo Nicolás, cerrando la puerta del camión.

—Eso no va a pasar jamás. Quiero que sepas que, para empezar, no estoy de acuerdo con que animes a los clientes a tomar esas galletas de la fortuna diciendo que son gratis. ¿No crees que deberían llevar una advertencia sobre sus posibles efectos? Si te ponen una denuncia por infringir la Ley de Información, no vas a tener manera de excusarte.

—Vaya, ya me decía que estabas tardando en sermonearme. Sólo les estoy agradeciendo su preferencia con un bocadito rico que lleva un poco de remordimientos. Al fin y al cabo, no son muy diferentes a los caramelos para inducir el sueño o las galletas para confortar el alma que les das a tus clientes; únicamente se distinguen en que llevan una pizca de remordimientos, ¿no crees? Todo el mundo sabe que cualquier cosa que se tome en exceso no trae nada bueno. Saber controlarse es responsabilidad de cada uno, y por eso mismo es que no se las doy a niños pequeños. Además, tengo todas las licencias que me permiten cocinarlas. Incluso Maxim obtuvo el certificado de repostero con este objetivo —dijo Nicolás, remarcando mucho las palabras.

—Pero estas galletas producen culpabilidad. Son diferentes a las de Dallergut que sirven para confortar el alma —dijo Penny, metiéndose

en el bolsillo la que le dio Maxim.

—¿Y qué tienen de malo los remordimientos? Espero que no estés diciendo que en este mundo existen emociones inútiles.

—Nicolás, sólo te estoy pidiendo que informes como es debido a la personas cuando les das esos bizcochos. Lo que está mal es la forma en que lo haces.

—Si les anuncio que se trata de galletas de la fortuna que les invitarán a reflexionar provocándoles remordimientos, al final acabarán recapacitando sólo las personas de buena fe que no necesitan hacerlo. Seguro que a los que sí les hace falta ni siquiera se atreverán a tocarlas.

Penny se acordó de aquellas dos personas que se habían llevado las galletas a puñados. Si hubieran sabido que contenían remordimientos, probablemente no se habrían dejado llevar por la gula de tal manera.

—Mira los sueños de Yasnooz Otra. ¿Verdad que no se están vendiendo? Incluso siendo artículos que supuestamente son de la más alta calidad. Hablando mal y pronto, a ella le falta maña para comercializar.

—Tampoco estoy de acuerdo con eso que dices. Yo pienso que los sueños de Otra son inigualables.

—Ya sé que los tienes en un pedestal. Sin embargo, no todo el mundo posee la misma capacidad que tú para empatizar con los demás —dijo con firmeza Nicolás.

—Maxim, ¿por qué te uniste a este negocio? —preguntó Penny, interesada por el joven creador, tras haber estado un rato callada escuchando.

—Bueno, ya estás al tanto de que el año pasado hice mi debut con *Sueños para superar traumas*. No obstante, me fijé en que hay mucha gente con recuerdos de vivencias que no se merecían haber experimentado, vivencias que nada tienen que ver con las dificultades normales que uno pasa al menos una vez en la vida. Personalmente, pienso que uno debe cultivar su resiliencia, pero también estaría bien no tener que enfrentarse a momentos duros, sobre todo en situaciones donde está claro quién es la víctima y quién el perpetrador. Me gustaría que los que han sido víctimas no tuvieran que pasar más vicisitudes y que los que se esforzaran por cambiar fueran los ofensores. Ojalá que los clientes egoístas, desconsiderados o agresivos acaben probando una de estas galletas.

—Maxim, en esta vida no todo sale como uno lo planea, y puede que a gente que no tiene ninguna culpa le toque pagar las

consecuencias —le dijo preocupado Dallergut.

—Vaya, me pregunto si en el mundo hay personas que no hayan hecho nada malo. Aunque no se trate de delitos como para ir a la cárcel, todos cometemos pecados, y también es un pecado torturarse mentalmente a sí mismo y no hacer nada por salir del hoyo. ¡Incluso yo mismo soy un viejo que seguramente ha cometido muchísimos! De la misma manera que a ti te gustan esas galletas para reconfortar el cuerpo y el alma, yo tomo habitualmente éstas que llevan una pizca de remordimientos. Siendo Santa Claus, sólo le presto atención a los niños una vez al año, para luego pasar el resto del tiempo gozando de todas mis comodidades sin preocupaciones. Creo que eso es razón suficiente para que quiera reflexionar acerca de cómo he estado viviendo. ¿La Navidad? Claro que es maravillosa. Sin embargo, conforme me hago más viejo, va dejando de ser un día especial. Es más, no paro de fijarme en los niños que no pueden disfrutar de una vida normal. Hubo un tiempo en que me obligué a ignorar esas cosas, convenciéndome a mí mismo de que no soy un héroe que salvará el mundo, pero ahora me he dado cuenta de que vivir así hace que mis días carezcan de sentido. ¿Para qué he vivido tanto? Es lo que me pregunto y todavía no sé la respuesta. Pero si me quedo encerrado en mi cabaña de la ladera, nunca conoceré otra forma de vida hasta el último de mis días —explicó Nicolás, como si quisiera expiar su culpa.

—Yo tengo una opinión parecida. No pretendo que en el mundo haya sólo personas buenas y que no haya momentos difíciles, pero no tolero las insensateces que pasan, esas que nos quitan el sueño por las noches. Lo único que quiero es que dejen de ocurrir esa clase de cosas malas que nos dejan con una espina en el pecho. Si pudiéramos al menos evitar una, no sería muy distinto de salvarle la vida a alguien, ¿no les parece? Estamos hartos de ver por las noticias cómo gente que ha obrado de forma incorrecta sigue viviendo sin reparar lo más mínimo en el mal que causan. El mensaje que les queremos hacer llegar a esas personas está dentro de estas galletas de la fortuna. Por ejemplo, creamos refranes del tipo: *En caso de pecar, ni una noche en paz podrás descansar* —intervino Maxim.

Era la primera vez que Penny lo oía hablar así.

—¿Y sabes qué más? Es probable que ese mensaje se propague tanto como aquel que dice “Si no te vas a dormir, Papá Noel no va a venir”.

—Te entiendo, Nicolás, pero tengo la impresión de que debes prepararte para cuando surjan los problemas. Al ser ustedes famosos,

es inevitable que los ojos del público estén atentos a lo que hacen. Con ese razonamiento, les será difícil convencer del todo a la gente que, como yo, sea reacia a su emprendimiento —advirtió Dallergut, con una voz preocupada.

—Estoy al tanto de eso. Si se corre más la voz, probablemente tendremos que decirle adiós a este negocio. Pero ¿y si forma parte de mi plan divulgarlo? Te apuesto a que tendrá sus efectos. Así hago las cosas yo —replicó Nicolás, sonriendo con aires de grandiosidad mientras se tocaba la barba.



Al día siguiente por la mañana, Penny había llegado temprano al trabajo y estaba en el almacén de pagos leyendo *Cuestión de Interpretación* como de costumbre. Se sorprendió al ver que en la revista ya se había publicado un artículo acerca de las galletas de la fortuna de Nicolás y Maxim.

PAPÁ NOEL EN TEMPORADA BAJA: ¿QUÉ ES LO QUE HAY DENTRO DE SUS GALLETAS DE LA FORTUNA?

El creador Nicolás, más conocido como Papá Noel, se dedica estos días a repartir dulces a la gente, yendo de acá para allá montado en un camión rojo. Según los rumores, las galletas contienen "remordimientos", que supuestamente hacen sufrir de un sentimiento de culpabilidad a todo el que lea el sutil mensaje que llevan dentro. Sea cual sea su propósito, Papá Noel no es ningún apóstol de la justicia para juzgar a nadie. ¿Acaso alguien le dio autoridad para ello?

Penny se acordó al instante de la galleta que ayer se había reservado y llevaba ahora en el bolsillo de su delantal. Al haberse puesto rancia, ya no tenía el apetecible aspecto de antes. De todas formas, la partió y sacó el papelito que llevaba dentro.

Poder dormir con la conciencia limpia es la verdadera felicidad.

A la chica le estaba costando decidir qué opinión era la más legítima, la que apuntaba el artículo o lo que había manifestado Nicolás. No obstante, pensó que lo que decía aquel mensaje era innegablemente correcto. Reunió valor y le dio varios bocados a la galleta hasta comerse la mitad. La textura no era nada del otro mundo, pero tenía un sabor dulce que la hacía pasable. Esperaba que

lentamente le invadieran sentimientos de culpa, pero durante unos momentos no notó nada. Sin embargo, en un abrir y cerrar de ojos, empezó a tener una sensación como si su conciencia la amonestara por no estar haciendo lo que le correspondía. Como un rayo, los números 330 y 620 cruzaron rápidamente por su mente. No podía creer que se hubiera olvidado por completo de esos dos clientes al estar abstraída pensando en el camión rojo.

Se levantó de un brinco y salió del almacén para toparse de inmediato con Dallergut, que estaba solo, moviendo unas cajas. Con un vigor increíble, las iba apilando una encima de otra en cuestión de segundos como si no pesaran nada.

—Señor Dallergut, ¿qué hace tan temprano aquí en el almacén?

—Bueno, como ves, hay cosas que ordenar. Veo que tú también has llegado temprano —dijo su jefe a la vez que se sacudía las palmas de las manos.

—Sí, es porque tengo que hacer unas tareas esta mañana. Por cierto, hay algo de lo que debo informarle.

—¿De qué se trata?

—Quizá ya lo sepa, pero hay dos clientes fijos que desde hace bastante tiempo no nos visitan. Son los números 330 y 620 y nunca nos han mandado ninguna reclamación.

—Me alegro de que haya alguien de la tienda aparte de mí que se interese por ellos.

—Ah, entonces ya lo sabía. Menos mal. ¿Qué cree que deberíamos hacer?

—No es que yo tenga la solución infalible, pero creo que ya es hora de que organicemos un evento.

—¿Se refiere al que me mencionó aquella vez? Ese que se había propuesto hacer este año.

—Sí, qué bien te acuerdas. Hubo bastantes avances en estos últimos meses, así que supongo que no pasa nada si te lo muestro ahora.

Dallergut abrió la caja cuidadosamente con una navaja de bolsillo. En ella había una multitud de fundas de almohadas y edredones.

—¿Lo que planea es crear un negocio para vender ropa de cama?

—Pues eso también sería una idea interesante. Pero este proyecto será aún más prodigioso. Vamos a organizar un festival que reflejará la singularidad de nuestra tienda.

—¿Un festival?

—Exacto. ¿Has participado alguna vez en una pijamada?

—¿Lo de quedarse en casa de las amigas divirtiéndose toda la noche? Sí, sólo participé una vez de pequeña, pero recuerdo que me encantó. Ahora que lo pienso, de mayor no tuve más ocasiones.

—Pues espera, porque este otoño vamos a dar una en nuestra tienda. No, no sólo en la Galería, vamos a usar todas las calles de alrededor como lugar para celebrarla —a Penny se le desorbitaron los ojos cuando escuchó las palabras de Dallergut—. Haremos la pijamada más grande que se haya visto jamás.



7. Las invitaciones sin enviar



Era un fin de semana relajado. Penny por fin se levantó de la cama cuando empezó a dolerle la espalda por estar acostada tanto tiempo y fue a la sala.

—Ay, ¿estabas en tu habitación? Pensé que no habías llegado a casa ayer y por poco salgo a buscarte —le dijo su padre en tono burlón, mientras regaba las macetas en la terraza.

Ella se desparramó en el sofá y pulsó el botón del control remoto con el pulgar del pie. Un presentador de aspecto intimidante estaba resumiendo las noticias del día.

"Una fábrica de la planta industrial ha vertido por accidente 'frenesí' concentrado y la emoción se ha propagado hasta la costa. Como consecuencia, se esperan olas de gran altura hasta el anochecer del presente día, por lo cual se recomienda cautela a los que tengan planeado salir al paseo marítimo. Vayamos con la siguiente noticia: el creador de sueños Nicolás, mejor conocido como Papá Noel, y el joven creador de pesadillas Maxim se han visto obligados a cerrar su negocio de venta de comida ambulante debido a la polémica desatada. Nicolás ha declarado que está informado de la controversia que han generado sus galletas de la fortuna y ha expresado que no reanudará el emprendimiento durante algún tiempo".

A la chica le dio la impresión de que Nicolás, habiendo previsto que eso podía suceder, probablemente ya estaría, junto con Maxim, maquinando el siguiente proyecto en su cabaña de las Montañas Nevadas.

"Procedamos con la última noticia de hoy. La Galería de los Sueños Dallergut ha anunciado que celebrará una pijamada la primera semana de octubre. Las reuniones con las empresas y creadores que participarán en ella han estado llevándose a cabo desde principios de

este año. Por tanto, los profesionales pertenecientes a la industria de los sueños están muy pendientes de los detalles de esta celebración. Hasta la fecha, los comercios e instituciones que han confirmado su colaboración son: la empresa de ropa de cama Bed Town, la Asociación Nacional de Camiones de Comida, el Instituto de Nuevas Tecnologías y el Centro de Investigación de Siestas. Además de esto, está previsto que se emplee, bajo la supervisión de expertos, una gran cantidad de ingredientes del Centro de Pruebas. El evento se celebrará durante la totalidad de esa semana las veinticuatro horas del día, con lo cual se esperan grandes conglomeraciones en los callejones de un kilómetro a la redonda desde la Galería. El propietario del establecimiento ha recomendado que durante ese tiempo será preferible llevar pantuflas en vez de zapatos".

Se acababa de dar la noticia que Dallergut le reveló el día anterior en el almacén. El presentador mantuvo la misma seriedad en su rostro que cuando daba parte de las otras noticias, pero se le notaba en la voz que estaba entusiasmado.

—¡Bien! ¡Por fin se va a celebrar una pijamada! ¡Cariño, ven a ver las noticias! —exclamó el padre de Penny, llamando a su esposa que estaba en el baño limpiando los azulejos.

—¡Vaya! ¿En serio? —respondió ella.

Ambos se pusieron delante de Penny, tapando el televisor. Goteaba agua de la regadera que sostenía su padre y del cepillo de limpiar que tenía su madre en la mano.

—Pero ¿por qué han traído esas cosas? El piso de la sala se está ensuciando.

—Hija, papá y mamá se conocieron en una pijamada —dijo su madre sin hacerle caso.

—¿No es ésta la primera vez que va a hacerse una?

—Aquélla fue la única que hubo hasta ahora. Creo que ya han transcurrido veinticinco años, ¿verdad, querido?

—¡Sí! ¡Exactamente! ¡Veinticinco años! Se celebró más o menos cinco años después de que Dallergut se convirtiera en el dueño de la tienda. En aquel entonces se reunió una multitud de gente. ¿Sabes, Penny? Tu mamá vivía antes en otra ciudad. Vino a esta localidad por la fiesta y me conoció a mí.

—Seguro que hay muchísimas personas que se conocieron así. Se podría decir que casi todos los habitantes del país pasaron por el festival en algún momento durante la semana en la que se celebró. En aquella época no teníamos muchos entretenimientos. Cuando vi por

primera vez la Galería de los Sueños Dallergut me quedé prendada de esta ciudad. En la ciudad donde yo vivía no había ningún comercio de sueños tan grande.

—¡Vaya, vaya! ¡Qué recuerdos tan antiguos! Sí que ha pasado el tiempo, ¿eh?

—Si la fiesta fue tan bien recibida, ¿cómo es que no dieron otra después de aquella vez? —inquirió Penny.

—Eso es lo que nos gustaría preguntarte. Al ser tú la que trabaja allí, sabrás más sobre el tema, ¿no? —apuntó su padre.

—Yo también me enteré el otro día, y fue de casualidad. Vi que en el almacén había una pila de cajas con ropa de cama. El señor Dallergut me explicó que vamos a decorar las calles como si fueran dormitorios.

—¿Sí? Ojalá que vengan muchos camiones de comida como aquella vez. Hasta nos repartieron postres aderezados con polvos de emociones valiosas. Todavía recuerdo aquel helado de manzana que llevaba canela energética. En esa época ya tenía la costumbre de irme a dormir en cuanto daban las nueve, pero allí estuve dos días enteros divirtiéndome sin sentir una pizca de cansancio desde la noche que lo tomé —relató su padre.

—¿Pasaron dos días seguidos de juerga cuando se conocieron por primera vez? —preguntó Penny.

Ruborizados ante la pregunta de su hija, ambos se apresuraron a seguir con las tareas domésticas que habían interrumpido.

Al día siguiente, siendo un lunes por la mañana, se sentía cierto ajetreo en la Galería. A simple vista se notaba que en todas partes había empleados en apuros. Tras haberse hecho pública la noticia, los clientes los inundaban con preguntas a las que el personal no sabía responder con certeza.

—¿Es verdad que se va a celebrar una pijamada?

—Ah, sí. Lo más probable es que sí…

—¿Habrá algún sueño que se estrene con motivo del festival?

—Pues no tengo esa información…

—¿Cómo que no? Es una celebración que organiza la Galería de los Sueños. Se lo pregunto porque planeo ahorrar para entonces. Dígame qué habrá.

Ciertamente, los empleados no sabían nada en absoluto.

—Habría estado bien que el señor Dallergut nos hubiera contado algo de antemano. Hoy lleva todo el día sin salir de su despacho… —

dijo Penny, algo molesta.

A Weather, en cambio, parecía no importarle.

—Yo lo entiendo. El fracaso en el que acabó aquella primera fiesta fue muy amargo. Todos nos quedamos muy desanimados. Organizar un festival a gran escala como ése demanda un tiempo y un esfuerzo inconmensurables. Tuvimos pérdidas considerables y, por eso, no nos atrevimos a intentarlo durante muchos años. Ni siquiera yo estaba enterada de que Dallergut se encontraba preparando otra pijamada. No obstante, comprendo que él no haya querido que se corra la voz hasta que se concretaran los detalles. Aunque admito que me quedé un poco desilusionada al enterarme por el noticiero.

—No sabía que Dallergut había pasado por un momento así. Ustedes dos son realmente colegas de toda la vida.

—Por aquel entonces, ambos éramos jóvenes y rebosábamos ambición. Él quería poner todo su esmero en este negocio tras heredarlo del propietario anterior y eso no ha cambiado en ningún momento.

Dallergut apareció tan pronto como Weather terminó de decir esas palabras. Atusándose el pelo, que ese día llevaba más revuelto que de costumbre, dirigió una sonrisa modesta a sus empleados.

—Los he hecho esperar mucho, ¿verdad? Disculpen que no les hubiera avisado antes. No era mi intención que se acabaran enterando primero por las noticias. Weather, creo que me va a hacer falta el micrófono unos momentos.

El propietario entró en la recepción y preparó el equipo de megafonía para que el anuncio se oyera en todas las plantas. Tras carraspear un par de veces, se acercó el micrófono a la boca y empezó a hablar:

—Hola, ¿se me escucha bien? Ruego a todos los empleados que se reúnan en la sala de atención al cliente que hay bajo mi despacho en cuanto termine la hora del almuerzo.

Los trabajadores de la tienda comieron pronto y ya estaban esperando en la sala. Todos llevaban un broche grabado con el número de planta en la que trabajaban y se habían sentado alrededor de la enorme mesa redonda en grupos para que se pudiera distinguir a qué piso pertenecían. Estaban presentes casi todos, exceptuando el personal mínimo necesario para proseguir con las actividades del establecimiento.

Penny no había estado en aquella sala desde que la visitó por

primera vez cuando atendieron aquella petición de reembolso de *Sueño para superar un trauma* creado por Maxim. Gracias a que Dallergut había traído unas sillas adicionales, todos se pudieron sentar, pero a pesar de lo grande que era la mesa, quedaron algo apretujados al ser tantas personas.

—Speedo, ¿sabe que lleva un rato dándome patadas en la espinilla? —se quejó un empleado de la cuarta planta, cuando ya no pudo aguantar más.

—Ay, perdona. Es que me pongo muy inquieto cuando tengo que esperar sin hacer nada. Señor Dallergut, ¿qué tal si vamos empezando ya? —urgió a su jefe, que estaba sentado enfrente.

—Bien. Creo que ya están casi todos presentes. Debido a que las reuniones con las empresas que colaborarán con nosotros han abarcado mucho tiempo, me he demorado en contarles sobre el evento. Espero que me perdonen. Los he llamado aquí para que decidamos juntos el aspecto más importante del festival. Me gustaría que debatamos qué tipos de sueños van a conformar el tema central de la fiesta —anunció Dallergut, mirando a todos los miembros del personal—. Bueno, aunque soy consciente de que faltan algunos compañeros, quiero que los veteranos de cada planta y sus subordinados me hagan saber su parecer. Elegiremos la temática según las opiniones reunidas.

La primera en levantar la mano fue Mog Berry.

—Señor Dallergut, ¿por qué es necesario ponerle un tema a la pijamada? Ya de por sí está claro que se trata de vestirse con ropa para dormir y holgazanear en la cama. Con eso es suficiente para que disfrute la gente y aumente la clientela que pase por nuestra tienda.

—Ya me llevé un gran chasco cuando organicé por primera vez este festival y salió mal por haber sido corto de miras.

—Pues mis padres guardan muy buenos recuerdos de entonces. ¿A qué se refiere cuando dice que salió mal? —intervino Penny.

—Buena pregunta —empezó diciendo Dallergut a modo de elogio —. Hay una razón clara. Invertí un capital considerable en el evento, pero las ventas no subieron en absoluto. Y eso no fue todo. Hubo clientes que dejaron de venir a la tienda a partir de esa fecha. Se produjo justo el resultado contrario al objetivo de la fiesta y sólo acabó aumentando el flujo de transeúntes que pasaba por enfrente del establecimiento, con lo cual nos quedamos igual que antes de celebrarla. Por esta razón se me ocurrió que lo mejor será ponerle un tema al evento y ofrecer sueños de acuerdo con la temática que le

otorguemos. Sacaremos artículos que sólo estarán disponibles durante la duración de la pijamada.

—Y esos sueños deberán atraer a los clientes que dejaron de venir sin que les supongan un gran desembolso —agregó Weather, pasando al centro de la cuestión.

—Exactamente, Weather. Les pido que me recomienden sueños que cualquiera estaría contento de tener en todo momento.

—Creo que para eso servirían muy bien los de la segunda planta, pues siempre gustan a todos. Los sueños que contienen “rutinas diarias” nos resultan bastantes familiares y…

Al comenzar los empleados de la segunda planta a debatir entre ellos, el resto empezó a poner cara de aburrimiento, sobre todo Motail.

—¡Vamos! Para este tipo de celebración, lo que hace falta son sueños con algo más de fantasía que permitan a la gente disfrutar de un ambiente festivo —propuso el chico.

—Entonces, ¿qué sueño de la quinta planta ofrecerías? Parece que tienes alguna buena idea en mente —le dijo Speedo en tono sarcástico.

—Bromeas, ¿no? Todos los artículos de la quinta planta son saldos. Ésos hay que descartarlos.

—Cuando se trata de un festival, los sueños que vienen como anillo al dedo son los que tenemos en la tercera planta —dijo Mog Berry con orgullo.

—Totalmente de acuerdo. ¿Qué mejor para una fiesta que soñar que volamos por los cielos o nos convertimos en el protagonista de una película? La verdad es que no sé qué hacemos perdiendo el tiempo debatiendo esto —dijo Summer, secundando la opinión de su compañera.

—Pues si nos ponemos así, ¿no serían mejor los *best sellers* de la primera planta? —replicó Speedo con afán de fastidiar—. Como en esta fiesta no podemos ofrecer solamente los sueños para siestas de la cuarta planta, yo voto por que sean productos de la primera.

—Speedo, yo opino que eso no es factible. De los artículos que han sido premiados o han sido un éxito de ventas, sólo entran existencias limitadas, con lo cual se agotarían enseguida —dijo Weather, negando con la cabeza. A continuación, se giró hacia Penny, que estaba sentada a su lado, y le preguntó—: ¿Qué piensas tú?

La chica estaba mirando su cuaderno para consultar las cosas que apuntó mientras leía *Cuestión de Interpretación*.

—Pues, dado que es una celebración, supongo que la gente se hará

regalos, ¿no? Creo que los sueños dinámicos de la tercera planta serían los más adecuados… —empezó a decir, antes de seguir echándole un vistazo a sus anotaciones:

> Llegada la hora de elegir un sueño como regalo para un cumpleaños u otra ocasión especial, le dirán que hizo una elección acertadísima si satisface alguno de los siguientes aspectos:
>
> 1. Tiene una trama que presenta un significado válido aun cuando se vuelva a soñar con ello en el futuro, tal y como una película que merece la pena ver más veces.
> 2. Va personalizado a la medida del consumidor que lo recibirá.
> 3. Tiene una trama irrealizable en la vida, es decir, sólo se puede tener esa experiencia oníricamente.

—¿Qué ejemplares de sueños hay que merezcan la pena tener más veces, se ajusten a la medida del soñador y presenten experiencias irrealizables en la vida? —inquirió Penny.

—¿Acaso existe algún sueño que cumpla todas esas condiciones? —murmuró alguien.

—En la segunda planta, sí —dijo Vigo Mayers, levantando la mano—. Los sueños de la Sección de Recuerdos satisfacen todas esas características. Las remembranzas positivas siempre son bienvenidas y, como las que posee cada persona son diferentes, obviamente, el sueño se adaptará al individuo que lo tenga. Además, los eventos pasados no se repiten, y la única manera de volver a experimentarlos es a través de los sueños.

—Magnífico —dijo Dallergut asintiendo.

—Entonces, ¿qué les parece si el festival tiene por tema "los recuerdos"? Estoy segura de que podré encargar a los creadores que conozco que desarrollen sueños de esa índole. Así, no nos tendríamos que limitar a los productos de la tercera planta.

Al decir eso Mog Berry, casi todos los presentes fueron mostrándose a favor de la idea.

—Bueno, querida plantilla. Con esto queda decidida la temática del festival. Creo que todos tendrán la ocasión de lucir a placer sus destrezas. Desde ahora no tenemos ni un minuto que perder, pues el tiempo apremia y necesitamos reunir una gran cantidad de información para promocionar el evento. Si esta vez sale todo como es debido, se acabará convirtiendo en una celebración representativa de

nuestra ciudad. Al decorar esta avenida donde se aglomeran los comercios de sueños de forma que invite al confort, haremos que esto sea una ocasión esperada por todos con ilusión. Imagínense las calles adonde llegarán camiones de comida de todos los rincones del país y que estarán desbordadas de personas que se habrán puesto sus mejores pijamas para gozar al máximo de una noche inolvidable —anunció solemnemente Dallergut, de pie y con los brazos en alto.

Al haberse resuelto el asunto de la temática, los empleados se dispusieron con urgencia a repartirse las tareas como si ya lo tuvieran previsto de antemano.

—Nos hacen falta los datos de todos y cada uno de los clientes.

—No creo que nadie haya tenido tiempo de organizar ese montón de archivos —dijo Penny.

—Pues yo creo que sí —replicó Motail, mirando a los empleados de la segunda planta llenos de determinación.

Ellos, junto a Vigo Mayers como líder, estaban discutiendo con orden y seriedad sobre cómo se iban a repartir las tareas:

—He hecho un análisis acerca de los clientes que nos han comprado sueños durante todo este tiempo. Me lo tomé como un pasatiempo.

—¡Qué bueno que podamos contar con él!

—También elaboré algunas estadísticas mensuales. Hasta hice anotaciones sobre los colores que tienen los envoltorios de los artículos más vendidos durante la temporada de otoño. ¿Quieren verlo?

La obsesión por el orden de los trabajadores del segundo piso iba más allá de lo que Penny había imaginado.

—¿Y cuánto nos va a llevar revisar todo eso? Nos tomaría una enorme cantidad de tiempo hacer una selección de los sueños basada en esos datos.

—Será suficiente con una tarde. Nos tocará mostrar nuestras habilidades, chicos —dijo Speedo señalando con el dedo los documentos como una hiena que ha descubierto a su presa…

—Un momento —dijo Weather, levantando la mano para atraer la atención de los demás. Había estado aguardando a que acabaran de hablar sus compañeros—. ¿Puedo ocuparme yo de la decoración?

—Por supuesto. Eso era lo que más nos preocupaba.

—Oh, vaya. Qué ilusión me hace. Podré poner bonita no sólo la fachada de nuestro edificio, sino también los callejones de toda la avenida. ¡Haré de ésta una fiesta memorable! Voy a llenar la ciudad

de cosas mullidas.

—Y que no te importe el presupuesto, Weather —dijo Dallergut, poniendo sobre la mesa un grueso sobre.

La cara de la empleada se iluminó de entusiasmo al recibirlo.

—Ay, debo poner los pies en la tierra y empezar ya. Dijo que ya tiene lista la ropa de cama que se empleará, ¿verdad? Entonces, me encargaré de comprar los accesorios.

Los demás preparativos para el festival se fueron llevando a cabo con fluidez. Haciendo el mejor uso de sus capacidades, cada uno de los empleados realizó sus tareas con presteza. Weather hizo un esbozo general de la ornamentación que tenía en mente y se lo mostró a sus compañeros. Penny se quedó admirada de sus excelentes dotes para el dibujo.

Speedo fue más rápido que nadie en hacer una lista perfecta con los sueños que tenían por tema "los recuerdos". Mog Berry, gracias a su amplia red de contactos, contrató a unos creadores que acababan de empezar en el oficio y Vigo Mayers hizo una meticulosa selección de los sueños que iban llegando a la tienda.

Una vez que la noticia llegó a oídos de todos, en cualquier rincón de la ciudad donde se reuniera un par de personas no se escuchaba hablar de otra cosa más que de la pijamada organizada por la Galería de Dallergut. Ni que decir de los clientes. Había muchos de edad similar a los padres de Penny que se acordaban de ese primer festival que se celebró hacía ya tantos años.

"Fue fantástico. Qué bueno tener otra ocasión para estar de celebración toda la noche antes de envejecer más. Tomaré sin falta mis suplementos de vitaminas para cuando llegue la fecha".

"Dicen que esta vez participarán la tienda de muebles Bed Town y la Asociación Nacional de Camiones de Comida. Y al parecer, hasta habrá una exposición de creadores nóveles. ¿Te lo imaginas? Habrá un montón de entretenimiento. ¡Es la primera vez que presenciaré una pijamada de las de verdad! ¡Qué ganas!"

Mog Berry no se limitaba a quedarse en la tercera planta e iba por todas las plantas charlando con los clientes.

Al hacerse públicas las empresas e instituciones que tomarían parte en el evento y, sobre todo, al correrse la voz de que se lanzarían en primicia sueños de varios creadores, las expectativas del público crecían cada vez más.

—Ja, ja, mis hijos no paran de darme lata para que les compre ropa

de dormir nueva —comentó Weather.

—Yo también le tengo echado el ojo a una pijama. Supongo que la debo traer cuando venga a trabajar, y al terminar la jornada me podré unir a la fiesta tras cambiarme. Así nadie distinguirá quién es personal de la tienda o quién vino como visitante —dijo Penny, igual de entusiasmada.

La gente parecía estar preparada para pasarse dos noches seguidas simplemente hablando de la fiesta:

“Dicen que el Instituto de Investigación de Nuevas Tecnologías va a presentar productos en los que se han aplicado técnicas pioneras. Quién sabe, quizás hasta podamos probar sueños para dos, en los que dos personas pueden soñar lo mismo a la vez”.

“Me temo que eso está todavía en fase de desarrollo. No estoy segura de si lo llegaré a ver en vida”.

—¿Está aquí la Señora Weather? Ha llegado mercancía a su nombre —anunció un repartidor de paquetería, sosteniendo una caja gigantesca en la entrada.

—¡Caramba, está listo antes de lo que pensaba! —exclamó ella, yendo a toda prisa hacia donde estaba esperando el hombre.

—Sí, mi jefe le dio prioridad a esta tanda de impresión. Ya sabe, todos estamos esperando este gran festival de pijamas. Solo tiene que escribir su nombre aquí como receptora del paquete y firmar.

—Dígale que le estoy de lo más agradecida.

Weather abrió la caja en un santiamén sin titubear ni un momento, como si hubiera desembalado mercancía miles de veces.

—¿Qué es esto? —preguntó Penny.

—Son las invitaciones. No podrían faltar en una fiesta, ¿no crees?

¡Los invitamos a la Pijamada de la Galería de los Sueños Dallergut!

Deseamos que nos acompañen a esta celebración que tendrá lugar de día y noche durante toda la primera semana de octubre.

El tema del evento serán “los recuerdos”. Podrán disfrutar cuanto quieran de los sueños relacionados con sus añoranzas, ¡además de una gran variedad de entretenimiento y comida!

Como siempre, esperamos con ilusión su asistencia.

La plantilla de trabajadores
de la Galería de los Sueños

—Las encargamos especialmente para nuestros clientes fijos. Podremos hacérselas llegar a todos en una semana si empezamos a repartirlas desde hoy.

—¿Se acordarán de que recibieron la invitación?

—Tal vez no cuando estén despiertos, pero se acordarán cuando vengan aquí, ¿no crees? Además, la diversión de todo esto empieza con el envío de tarjetas. ¡Para mí ya ha comenzado! —exclamó Weather, mientras contaba los sobres llena de ilusión.

—Ejem —fingió toser Vigo Mayers, acercándose a la recepción.

—¿Vino por algo, señor Mayers? —le preguntó Penny.

El encargado estaba mirando de reojo lo que había encima del mostrador.

—¿Me puedo llevar una de esas invitaciones? —preguntó, señalando con la barbilla los montones de tarjetas.

—¡Claro, cómo no! —respondió la chica, asintiendo vehementemente. Tenía una idea de a quién se la daría Vigo.

Cuando en la tarde de ese mismo día, la clienta fija número 1 entró a la tienda, su compañero empezó a hablar con ella, tal y como Penny había previsto.

Se había acercado a la mujer algo vacilante y con un paso un tanto robótico mientras escondía el sobre detrás de la espalda.

—Disculpe.

—¿Sí?

—Quiero darle esta invitación para el evento que se celebrará a principios de otoño en nuestra tienda.

—¡Vaya! ¿De qué tipo de evento se trata?

—De una pijamada. Estoy seguro de que le gustará. Visítenos sin falta.

Vigo se quedó esperando en silencio mientras ella leía la tarjeta. Al terminar de hacerlo, la mujer asintió con la cabeza esbozando una sonrisa. Cuando la clienta se disponía a adentrarse en la tienda, él, con el nerviosismo dibujado en la cara, añadió titubeante:

—Sabe, probablemente no se acuerde, pero no es la primera vez que la invito a un evento. En ese entonces, no lo hice bien. En esta ocasión, simplemente venga a la fiesta al igual que nos visita hoy. No hace falta que acuda vestida con ropa de calle, ni tampoco que se esconda de los demás. Sólo tiene que irse a dormir como de costumbre. Quería invitarla oficialmente de esta manera.

—No sé de qué me habla. Obviamente, así es cómo pensaba asistir.

Estupefacto, Vigo se alejó de la clienta número 1 huyendo a toda

prisa hacia la segunda planta. Al verlo pasar, Penny creyó ver una expresión de alivio en su cara.

Al poco rato, Mog Berry bajó a la recepción acompañada de Summer.

—Señora Weather, vengo porque se me ha ocurrido una idea para la fiesta. Me refiero a instalar un puesto donde los clientes acudan para que les hagamos gratuitamente el test de personalidad del Dios del Tiempo y sus Tres Discípulos. Sería una cosa más con la que disfrutarían. ¿Qué le parece? ¿Verdad que tendría buen recibimiento?

—Mog Berry, ese test está ya un poco desfasado. Estuvo de moda varios meses atrás —la disuadió Summer con un gesto de hastío.

—Pues a mí me parece buena idea —respondió Weather como por inercia.

—¿Ves, Summer? Hagámoslo juntas, ¿sí? Me dijiste que te unirías a esto —insistió Mog Berry, tomando a su compañera por el brazo.

Al mismo tiempo que se alejaban de la recepción, Summer se giró para dirigirle una mirada de rencor a Weather.

—Como hay cosas novedosas que hacer, se ve que todos le quieren poner muchas ganas.

—Desde luego. Bueno, voy a dejar las invitaciones aquí. Se las repartiremos a los clientes desde hoy. Acuérdate de hacerlo cuando yo no esté.

Varios días después ya habían conseguido darles las tarjetas a casi todos los asiduos. Sin embargo, había dos a los que Penny no pudo hacérselas llegar: las destinadas a los clientes número 330 y 620.

—Es imposible dar las invitaciones a los que no nos visitan.

—No queda de otra más que esperar. Todavía tenemos un tiempo de margen —dijo Weather.

—Estoy realmente intrigada acerca de por qué no vienen a la tienda.

—Veo que últimamente le pones mucho empeño, Penny.

—Me gustaría poder hacer algo al respecto.

—¿Y qué te ha motivado a eso?

—Pues… Quizá no sea la razón exacta, pero creo que en parte me influyó la visita que hice a la Oficina de Atención al Cliente. Tras conocer a los asiduos 792 y 1, me di cuenta de muchas cosas.

—Si de verdad ése ha sido tu aliciente, la estrategia de Dallergut de llevar allá a los empleados que han cumplido un año de trabajo le ha salido redonda —afirmó Weather con una mirada de satisfacción.

—Cierto, también puede ser por el test de personalidad. Ése del que habló Mog Berry. Me lo hice a principios de año.

—Yo también lo hice. Me salió que soy del tipo del Tercer Discípulo. Creo que decía que era “una mediadora sabia”. ¿Qué resultado te dio a ti?

—El del Segundo Discípulo. ¿Por alguna casualidad sabe quién es su descendiente? Parece que nadie lo conoce.

—Es normal que no lo sepan. Desafortunadamente, ya no está aquí. Era alguien a quien le gustaba vivir de forma discreta.

—Creo que oí el nombre en alguna parte…

—Se llamaba Atlas.

Fue en ese momento que Penny se acordó de dónde lo escuchó. Primero se lo oyó decir a Vigo Mayers, y luego también salió en la conversación que estaban teniendo Nicolás y Maxim en el Centro de Pruebas antes de que ella se acercara a saludarlos.

—¿Y dónde está ese descendiente ahora? ¿A qué se dedica? Sí he escuchado a varias personas mencionarlo, aunque nunca lo he visto.

—Verás, es que Atlas… —comenzó a decir Weather, cuando de repente Dallergut abrió bruscamente la puerta.

Al parecer, el propietario estaba a punto de salir a algún sitio. Se había cambiado los zapatos por los que solía llevar cuando tenía una reunión fuera y en su brazo portaba un saco ligero.

—Señor Dallergut, ¿adónde se dirige? —preguntó intrigada Penny.

—Tengo que pasar por un sitio. Ay, no debo olvidarme de las invitaciones. Veo que sólo han quedado dos, tal como lo suponía.

—¿Para qué las necesita? No me diga que va a ir a la Oficina de Atención al Cliente.

—Sé dónde están esos dos clientes y, por suerte, se trata de un lugar más cercano que la Oficina.

—¿Dónde?

—Precisamente ahora ella me estaba preguntando acerca de Atlas —intervino Weather.

Sin embargo, la chica no entendía muy bien el motivo por el que su supervisora dijo eso. ¿Qué tenían que ver las invitaciones y los clientes con Atlas?

—¿Ah, sí? En ese caso, ¿qué tal si me acompañas?

—Pero ¿me va a decir a dónde vamos?

—Te enterarás por el camino. Bueno, salgamos ya. Tenemos que tomar el tren de empleados.

—¿Nos subiremos al tren de empleados a esta hora? —preguntó

llena de dudas Penny, ladeando la cabeza.

Al poco rato, ambos se encontraban en uno de los vagones del tren. El aire del verano que ya iba despidiéndose aún se sentía algo húmedo, pero al adquirir velocidad el tren se levantó una brisa refrescante. Dallergut, que todavía seguía sin revelarle a Penny hacia dónde se dirigían, por fin rompió el silencio:

—Penny, no debes contarle a nadie lo que verás y oirás hoy. Confío en que serás discreta.

—¿A qué se refiere con las cosas que veré y oiré hoy? ¿Tenemos algún otro encargo aparte de encontrarnos con los dos clientes?

—Te darás cuenta en cuanto lleguemos. Lo cierto es que me gustaría que guardaras en secreto el sitio que vamos a visitar ahora. Es mejor que siga siendo un lugar discreto al que sólo acuden las personas que en verdad lo necesitan.

—No me hago una idea de qué sitio…

—Bueno, ya hemos llegado. Nos tenemos que bajar aquí —anunció Dallergut, levantándose del asiento una vez que el vehículo se detuvo.

Estaban en el lugar más bajo de la Pendiente vertiginosa, donde se encontraban el quiosco y la Lavandería Noctiluca. La chica, con una expresión de confusión, se bajó del tren siguiendo a su jefe. Estaba claro que el lugar a donde se dirigían era la lavandería.

—Señor Dallergut, si tenemos que reunirnos con los clientes… ¿por qué estamos yendo a la lavandería?

En vez de contestar a la pregunta, él saludó de buen talante al noctiluca que esperaba en la entrada.

—Buenas, lo estaba esperando. ¡Y veo que viene acompañado! —dijo éste al verla.

Tenía la peculiaridad de que sólo los pelos del extremo de su cola eran azules. Se trataba de Assam.

—¡Assam, veo que por fin conseguiste entrar a trabajar aquí! Bien. Ahora espero que alguno de los dos me cuente por qué hemos venido a este lugar.

—Lo sabrás cuando entres —le respondieron ambos al unísono.

Penny estaba empezando a ofenderse creyendo que se burlaban de ella.

Su amigo noctiluca la animó a pasar señalando el interior de la cueva, mientras su jefe ya se disponía a entrar. El voluminoso cuerpo de Assam y la alargada figura de Dallergut bloqueaban la mitad de la entrada. Detrás de ellos, la chica, algo dudosa, intentaba vislumbrar

cómo era aquel espacio invadido por la penumbra. Se oyó el ruido que hacía el cartel de madera colocado en la entrada al golpear contra el muro a causa de una fuerte ráfaga de viento.

—Pero ¿acaso no es esto una lavandería común y corriente?

Dentro de la cueva creyó oír el ligero sonido de un chapoteo. Del interior también salía un aire fresco que, en un día caluroso como aquél, resultaba de lo más invitador. Parecía como si aquel sitio oscuro los incitara sutilmente a adentrarse.

Penny, sin encontrar todavía el común denominador que tenían Atlas, las dos invitaciones pendientes y aquella lavandería, avanzaba hacia el interior de la cueva siguiendo los pasos de Assam y Dallergut.

8. La Lavandería Noctiluca



Dallergut y Penny avanzaban hacia el interior de la cueva siguiendo a Assam. El pasadizo era lo suficientemente amplio como para que los noctilucas no tuvieran dificultades al transitar por él cuando cargaban la ropa. Seguía igual de oscuro en el poco trayecto que llevaban recorrido, pero, delante de ellos, la cola azul de Assam iluminaba el lugar como si fuera una bombilla fluorescente. La chica y su jefe iban adentrándose cautelosamente guiados por la luz que producía. Desde un rincón remoto de la cueva, se podía percibir el débil pero constante sonido de un chapoteo de agua.

—Siento como si nos estuviéramos acercando a un cauce subterráneo —dijo algo nerviosa Penny, caminando pegada a Dallergut.

Al avanzar un poco más siguiendo los pesados pasos del noctiluca, vieron cómo una tenue luz iluminaba el pasadizo. Las paredes poseían el aspecto tosco e irregular propio de la roca natural, pero al mismo tiempo daban la sensación de que alguien las había pulido a propósito para otorgarles ese relieve. En contraste, no había ninguna fuente de luz artificial, sólo aquellos débiles rayos que se colaban por los huecos del muro hacia el interior de la cueva.

De pronto, la parte de la pared que Penny tenía frente a sus ojos se oscureció, dejando ver una sombra que se movía. Sin embargo, en aquel espacio no había ningún cuerpo capaz de crear esa silueta. Sin lugar a dudas, no se trataba de la sombra de ninguno de ellos tres. En el mismo instante en que Penny comenzó a sorprenderse, las sombras se movieron de un lado a otro como si titubearan antes de salir despedidas hacia el techo.

—¡Señor Dallergut, Assam! ¿Han visto eso? Hay unas sombras moviéndose solas. ¡Les digo que se movieron! ¡Y no son las nuestras!

—exclamó en voz alta Penny.

—¡Shh!—dijo el noctiluca en respuesta, llevándose una pata al hocico tras girar hacia ella—. No se puede hacer alboroto aquí dentro, ¿entendido?

—Entiéndela, Assam. Es normal que uno se asuste la primera vez que ve algo así —empatizó Dallergut con su empleada. Assam asintió con la cabeza en señal de que comprendía la reacción.

Cuanto más se adentraban en la cueva, fueron apareciendo por todas partes muchas más de esas sombras ondeantes, a la vez que una serie de monótonos sonidos se iban acercando y alejando de sus oídos repetidamente. Cuando ya se habían acostumbrado a ese ritmo que no tenían un principio ni fin definidos, el lugar se iluminó hasta el punto de hacer visible el final del pasadizo, revelando un amplio espacio donde se vislumbraba a otros noctilucas.

—Vaya, ahora que hay claridad, me siento más tranquila. Por cierto, Assam, ¿en este lugar hay que guardar silencio? Y esas sombras de antes, ¿qué eran? —inquirió Penny.

—Aquí no estamos en una lavandería ordinaria. Por este sitio pasan para tomarse un descanso las sombras de mucha gente —le respondió el noctiluca.

—¿Vienen a descansar a un lugar donde se lava la ropa?

Sin ocasión de darle más explicaciones a la chica, Dallergut, que iba caminando delante de ella, se paró en seco y señaló un punto de la pared rocosa. Ahí estaba grabado el fragmento de un texto bien conocido:

> La situación del Segundo Discípulo no era mejor. Su gente, que vivía atrapada en el pasado, no aceptaba el correr del tiempo, las separaciones inevitables, ni la muerte de uno mismo y los otros. Propensos a afligirse, sus lágrimas penetraban sin cesar tierra abajo, terminando por formar una cueva gigante en la que los emocionales aldeanos acabaron por ocultarse.

Dallergut lo leyó en voz baja.

Era la parte que narraba lo que le pasó al Segundo Discípulo en *La Historia del Dios del Tiempo y el Tercer Discípulo*.

—¿Por qué está ese párrafo escrito en el pasaje que lleva a la lavandería? ¿Quiere decir que ésta es la cueva donde se escondieron el Segundo Discípulo y sus seguidores?

—Veo que eres tan avispada como siempre, Penny. Ésta es la Cueva de Atlas. Él es el descendiente del Segundo Discípulo, al que el Dios del Tiempo le otorgó “el don de recordar innumerables cosas por un

tiempo indefinido", y este lugar es la prueba de ese poder que le dio. Aquí se reúnen los recuerdos que no deseamos olvidar o, mejor dicho, nuestras vivencias más memorables —le respondió Dallergut, señalando a continuación la zona próxima al texto.

Unas gemas resplandecientes de varios tamaños brillaban incrustadas de forma dispersa en la roca. Era de ellas de donde provenía la luz tenue y cálida que iluminaba aquel espacio.

—Todo eso que ves ahí reluciendo son recuerdos de personas. ¿Verdad que es increíble? Quizás uno vaya demasiado lejos fabulando que esta cueva se formó a partir de las lágrimas que derramaron los seguidores del Segundo Discípulo, pero lo que sí es cierto es que ellos se asentaron aquí durante bastante tiempo. Aunque eso no significa que vivieran aquí encerrados para siempre. Excepto Atlas: él se quedó en esta cueva de por vida; y aquí sigue —le explicó Dallergut con tono gentil.

A pesar de que la chica estaba observando aquello con sus propios ojos, le parecía irreal lo que él le acababa de revelar.

—Penny, ¿ves esos cristales que están fuertemente adheridos ahí? Alrededor de ellos suelen surgir numerosos recuerdos. Cada una de esas entrañables remembranzas poseen la fuerza de sostener otros muchos recuerdos más. Gracias a ello, esta cueva tiene una resistencia incomparable a la de otras estructuras —explicó lleno de orgullo Assam.

El techo, con aquellos recuerdos destellando como galaxias, se asemejaba al cielo nocturno. Penny no podía despegar la vista de esos cristales mientras seguía caminando hacia el interior.

—Entonces, ¿por qué hacen como si aquí hubiera una lavandería?

—¡Qué cosas! Esto no está aquí de mentira, ¡es una lavandería de verdad!

—¿En serio? Pero ¿no era un sitio donde las sombras vienen a descansar? Y luego lo de la Cueva de Atlas… No me queda claro. ¿Qué es este lugar?

—¡Qué impaciente eres! Te enterarás cuando lo veas. Entra ya. ¡Te doy la bienvenida a mi nuevo lugar de trabajo!

Detrás del enorme cuerpo de Assam unos noctilucas se movían con la mayor diligencia. A sus pies tenían unas cestas de ropa hechas con ramas flexibles trenzadas.

La sala en la que desembocaba el pasadizo era asombrosamente espaciosa, tanto que todos los que accedían por primera vez a ella se

preguntaban cómo era posible que estuviera así de oculta. A continuación, llamaban la atención las torres de lavadoras de tamaño industrial bajo un techo tan alto que hacía que los noctilucas parecieran pequeños. A un lado había unas columnas gigantes donde se enganchaban los cordones para tender, que a su vez tenían sobre ellos unas batas de dormir ya secas.

Aquel chapoteo que se escuchaba durante todo el trayecto resultó ser el agua de las lavadoras. El sonido mecánico que éstas producían, aunado al ruido que hacía la ropa mojada al dar vueltas dentro, daban la sensación de estar creando una especie de música.

A diferencia de Assam, quien sólo tenía azul la cola, la mayoría de las decenas de noctilucas que trabajaban allí tenían el pelo de un color azul intenso en todo su cuerpo. Hacían sus tareas yendo y viniendo de las lavadoras a los tendederos con las cestas colgadas de la cola o agarrándolas con las patas delanteras, y su pelaje azul resplandecía dotando de claridad a la cueva.

Penny se dio cuenta de que allí no había ninguna fuente de luz eléctrica. Los cristales de la pared y el resplandor que emitían los noctilucas cumplían a la perfección la función de iluminar el lugar. A ella le vinieron a la memoria las calcomanías fluorescentes pegadas en el techo de su habitación y que miraba antes de dormir cuando era pequeña.

—Miren, Assam ha traído invitados —avisó a sus compañeros el noctiluca de pelo más azulado, una vez que se dio cuenta de que ellos tres habían llegado.

—¡Ay, mi espalda! Ya me estaba preguntando cuándo vendrías —exclamó un hombre de complexión pequeña que difícilmente se divisaba entre los noctilucas.

Tras recoger varias piezas de ropa que había en el suelo y meterlas en una cesta, se irguió y se quedó mirando a Dallergut. Tenía la cándida expresión de un campesino humilde y su piel morena rezumaba vitalidad.

—Dallergut, veo que es la nueva empleada en quien tanto confías, teniendo en cuenta que la has traído hasta acá —dijo el hombre, esquivando al propietario para ofrecerle un apretón de manos a Penny.

A ella le dejó una impresión inolvidable la textura de aquella mano enguantada con gruesas asperezas. Aunque la tomó por sorpresa la repentina aparición de aquel desconocido, su jefe sonrió al ver al

hombre.

—Bienvenida. Te llamas Penny, ¿verdad? Dallergut me ha hablado de ti. Y también Assam. Hay además otra persona que me habló de ti… No, será mejor que no te cuente eso —añadió él entre dudas.

—Ésta es la cueva del Segundo Discípulo, quien poseía el don de recordar todas las cosas durante un tiempo indefinido. Nos hemos encargado durante generaciones de proteger este lugar donde residen los buenos recuerdos de las personas.

—Disculpe, pero usted… —empezó a preguntar Penny, aunque ya tenía casi total seguridad acerca de cuál sería la respuesta.

—Soy Atlas, el descendiente del Segundo Discípulo. Parece que te intriga la razón por la que este lugar es ahora una lavandería —dijo, como si le hubiera leído el pensamiento a Penny. A continuación, le hizo un guiño a Assam.

—Penny, te voy a mostrar algo asombroso —el noctiluca sacó de la lavadora una bata chorreando de agua y la tendió en el cordón más cercano a la pared donde estaban los recuerdos cristalizados. Al hacerlo, pareció como si los rayos de luz que despedían los cristales fueran absorbidos por la ropa y, enseguida, los tejidos quedaron secos como por arte de magia. La chica se quedó boquiabierta observando aquel fenómeno—. Con los recuerdos, se puede secar por completo la ropa dejándola como si nunca hubiera estado mojada. Según se cuenta, los seguidores del Segundo Discípulo sabían que los tejidos quedaban bien secos y suaves cuando se exponían a los rayos de los recuerdos. Por eso, sugirieron a los noctilucas que trabajaran con ellos. Y ellos no pudieron rechazar la propuesta, pues ¡vaya tarea la suya de lavar y secar cada día cientos y cientos de batas! Desde entonces, esta lavandería se convirtió para nosotros en un lugar de trabajo muy apreciado —le explicó Assam a la chica, con una mirada de satisfacción.

—Ahora empiezo a entenderlo. Pero, señor Dallergut, no se ha olvidado de que tenemos que buscar a unos clientes para darles las invitaciones, ¿verdad? ¿Es cierto que se encuentran aquí? —le preguntó Penny a su jefe, sin distraerse del asunto principal por el que estaban allí.

—Te puedo asegurar que sí. ¿No es cierto, Atlas?

En respuesta, el hombre señaló hacia una zona del lado contrario, donde había una multitud de batas tendidas.

—Por supuesto. Los clientes a los que te refieres están aquí presentes. Ve a hablar con ellos.

—Estupendo. Acompáñame, Penny.

Siguiendo los pasos de Dallergut, la chica se fue adentrando en aquella zona, a la vez que apartaba con las manos la ropa que estaba colgada de manera desordenada. De pronto llegaron a un espacio oculto detrás de las múltiples cortinas de ropa tendida. Allí, en vez de cordones para tender, colgaban entre las columnas de madera unas hamacas, donde unas personas estaban tumbadas descansando.

Aparte, en medio de un sitio donde había una pila grande de ropa sin lavar, se encontraba una mujer bien entrada en años. Estaba acercando la oreja hacia una lavadora en marcha mientras tarareaba una cancioncilla. Su cara era tan familiar que resultaba fácil reconocerla al instante, incluso de lejos.

—Sé quién es. Viene todos los días por la mañana y hace sus compras con tranquilidad mientras hojea un catálogo. ¡Es la clienta número 330! Ya hemos encontrado a una de los dos —dijo la chica, disponiéndose a acercarse a ella para saludarla.

Sin embargo, el propietario de la Galería la hizo detenerse sujetándola por la manga.

—Penny, antes de ir a hablar con ella, debes saber primero por qué está aquí. Hace unos momentos aprendiste que la ropa se seca bien a la luz de los recuerdos y que, por eso, este sitio se emplea como una lavandería, ¿verdad?

—Sí.

—Hay otra historia más en relación con este lugar. Atlas descubrió que esta luz también ayuda inmensamente a las personas a recobrar su ánimo. Los recuerdos no sólo pueden hacer que la ropa mojada se seque, sino que también tienen el poder de consolar con gentileza a quienes han caído en un profundo estado de impotencia.

—¿A qué tipo de personas se refiere?

—Hay veces en que algunas pierden la motivación acerca de todo y tienden a querer dormir aunque no se encuentren cansadas o con sueño. En esos casos ni siquiera sienten la necesidad de soñar, sólo desean cortar todos los lazos con el mundo real. Se trata del tipo de clientes que deambulan sin rumbo fijo o se quedan parados en mitad de la calle sin entrar a nuestra tienda ni a ninguna otra. Bueno, ahora que te he contado esto, supongo que sabrás quiénes son los que los traen aquí —dijo Dallergut, incitando a Penny a dar la respuesta.

—Los que guían a la gente que camina sin un objetivo determinado no pueden ser otros que los noctilucas.

—Correcto —le confirmó Dallergut satisfecho—. Ellos son veteranos en la observación y asistencia a los clientes forasteros. Ésa es precisamente la razón por la que los noctilucas de más edad, a quienes les ha cambiado el pelaje al color azul, trabajan en esta lavandería. Saben discernir qué clientes han abandonado todas sus actividades y viven en constante apatía.

—Ahora lo entiendo. Señor Dallergut, entonces quizá sería poco apropiado darle la invitación a esta clienta, teniendo en cuenta que no se encuentra bien de ánimo.

—No sabría qué decirte, pues yo tengo una opinión diferente. Todos nos sentimos desganados en algún momento, incluso yo. Ahí es cuando nos hace falta que alguien nos tienda una mano. ¿No estaría bien que fuéramos nosotros quienes cumplamos ese papel para una clienta que siempre nos fue tan fiel?

Tras decir aquello, Dallergut se acercó con cautela a la señora. Ella lo miró de soslayo para enseguida cerrar los ojos y volver a concentrarse en el runrún de la máquina.

—¿Verdad que trae mucha paz? A mí también me relaja inmensamente el ruido que produce el agua en la lavadora.

—Bueno, sí. ¿Por qué ha venido?

—Seré breve en explicárselo. Pronto nuestra Galería de los Sueños organizará un festival que tiene por tema los recuerdos. Nos gustaría que asistiera y encontrara unos sueños de su gusto, así que estoy aquí para entregarle la invitación.

—No estoy interesada. No tengo ganas de ir a una fiesta ni tampoco de hacer ninguna otra cosa. Mejor déjeme a solas.

—La comprendo, todos tenemos épocas así. Por cierto, ¿no cree que las personas somos como esas batas de dormir que están en la lavadora?

La clienta miró a Dallergut con cara de estar pensando: “Pero ¿qué tonterías dice este hombre?”. Aun así, él procedió a explayarse en la comparación que acababa de hacer:

—La ropa, a pesar de permanecer mojada durante un tiempo, vuelve a estar seca al poco rato. En la vida, hay muchas veces en las que nuestros ánimos también están anegados. Sin embargo, llega un momento en el que volvemos a la normalidad para después no acordarnos siquiera de que estuvimos así. Lo que le pasa a usted es eso, simplemente tiene el humor mojado. Lo único que necesita es ponerlo a secar y ya está, ¿no cree?

—¿Y cómo se hace eso?

Al ver que la señora prestaba atención a sus palabras, el propietario aprovechó para ofrecerle la invitación.

—Sólo hace falta un pequeño impulso. Eso puede ser una llamada telefónica con un amigo o una actividad tan común como salir a dar un paseo, cosas que muchas veces nos hacen mejorar el ánimo. Tengo la impresión de que un sueño basado en sus recuerdos le hará experimentar un cambio muy favorable. ¿Qué me dice? ¿Le gustaría comprobarlo viniendo a nuestra fiesta? No tiene nada que perder.



La clienta número 330 que solía frecuentar la Galería de los Sueños era una señora de más de sesenta años. Hacía una década que había pasado la menopausia con síntomas más llevaderos de lo habitual y luego se había jubilado a la edad estipulada en su lugar de trabajo, sin dificultad alguna. Había criado a tres hijos junto a su marido y aquel año se había casado el menor de ellos. El mismo día de la boda regresó a su hogar con una gran sensación de logro y a la vez de alivio. No obstante, un sentimiento de desgana que no había previsto se apoderó de ella al instante.

En todo ese tiempo, nadie aparte de ella misma había reconocido su esfuerzo. Al darse cuenta de que ahora estaba sola en aquella casa después de haber acabado su carrera profesional de treinta y cinco años y con todos los hijos ya fuera del nido, sintió como si la realidad despiadada le cayera como una bomba. La gente a su alrededor no hacía más que decirle que ahora ya podía relajarse y descansar cuanto quisiera, pero esos comentarios no le resultaban agradables, sino más bien amargos.

Se dio cuenta de que, de un día para otro, había llegado a una edad en la que se agradecía el hecho de no sufrir dolencias serias. Cuando se miraba al espejo tras lavarse la cara, sentía la misma incomodidad que experimentaba al tener delante a una amiga con la que se reencontraba después de muchos años sin verse por estar pendiente de sus hijos y el trabajo. Decidió cambiar ese espejo grande por uno más pequeño. Sin embargo, ver la envejecida cara de su marido no dejaba de recordarle que el tiempo había dejado su huella en la relación de ambos.

Le agobiaba prepararse un té por las mañanas o ir a sacar la basura. Había algunos días que se ponía a hacer grandes cantidades de comida e incluso intentó cultivar algunas verduras, pero nada parecía

devolverle el entusiasmo. “¿Qué ha sido de mi vida?”, se preguntaba. Ahora echaba de menos aquellos días en los que vivía sin permitirse bajar la guardia, siempre con un objetivo en mente, como pagar la hipoteca, apoyar a sus hijos mientras hacían sus carreras universitarias o estar pendiente del menor hasta que se casara. No encontraba nada que le diera ilusión a su vida.



Sin poder revertir ese ánimo tan apagado, la mujer se echaba a dormir a pesar de no necesitarlo y se adentraba en el mundo de los sueños como alguien que deambula a fin de encontrar un camino a seguir. Así fue como se topó con un noctiluca recubierto de un pelaje azul de la cabeza a la cola.

—¿Se encuentra perdida sin saber a dónde ir o sin motivación para hacer nada? —le preguntó el ser grueso y peludo, como si supiera cómo se sentía—. ¿Qué tal si me acompaña a un sitio? Es un lugar ideal para que la gente en su misma situación se pase a tomar un descanso.

Al ver que la mujer accedía, el noctiluca la invitó a subirse a su cola. Para evitar que perdiera el equilibrio y se cayera, la acomodó en su lomo y finalmente le dio unos toquecitos en la espalda en señal de querer ofrecerle consuelo.

Una vez que llegaron al tren que lleva a la zona empresarial, la dejó sentarse y la tapó con ropa limpia. Bajo aquellos tejidos suaves que desprendían un agradable olor, ella se sintió resguardada de las miradas ajenas. El noctiluca estaba procurando que nada ni nadie la molestara. Así fue como la mujer entró en la lavandería acompañada por su azulado guía.



Tras entregarle la invitación a la clienta número 330, Dallergut y Penny se dirigieron al rincón más recóndito de la lavandería para buscar al cliente número 620. Allí, donde el techo tenía menor altura con respecto al resto del lugar, estaba un sofá gigantesco. Tampoco había ningún tipo de iluminación artificial, pero de los cristales incrustados en la pared emanaba suficiente luz para dejarles ver enseguida que allí se encontraban tres noctilucas sentados doblando la

ropa seca. Sus voces y risas formaban un ligero eco al reverberar contra los muros de la cueva.

—Ahí está nuestro cliente —le indicó Dallergut a Penny.

—¿Dónde?

La chica no logró verlo hasta dar unos pasos más. Él estaba entre los noctilucas enfrascado en la tarea de doblar calcetines de dormir.

—Buenas tardes, querido cliente —esta vez lo saludó primero Penny.

—¿Me habla a mí? —le respondió el joven, que tendría unos veinticinco años.

—Sí. ¿Le importaría hablar con nosotros durante unos momentos? No pasará nada si hace una pausa —dijo ella, mirando hacia la pila de ropa seca.

—Es que no puedo estar tranquilo un minuto sin hacer nada. Aunque ahora mismo creo que no puedo llevar a cabo ningún proyecto importante, quiero mantenerme activo de la manera que sea —le respondió el cliente, sin detener el ritmo con el que movía las manos.

—Si no es muy indiscreta la pregunta, ¿me podría contar qué le sucede? —inquirió Penny, sentándose a su lado con sutileza.

—No es nada. Tan sólo me siento… agotado.



Nadie podía negar que él era un joven que vivía dando lo mejor de sí cada día. Muchos de sus amigos se sorprendían de lo productivo que era con su tiempo y lo tomaban como un ejemplo a seguir. Siempre había creído que mantenerse ocupado haciendo cosas era el único modo de impedir que la mente divagara y también de concentrarse en los objetivos. La inmensa mayoría de las veces, esa idea demostró ser cierta. Era muy diferente de la gente que nunca emprendía nada y se dejaba llevar por un decaimiento sin salida o de aquellos que no podían enfocarse en lo que tenían delante al estar presos de sus emociones. Todo lo contrario, este tipo de personas no comprendían su filosofía de vida.

La fuente de su empuje era su familia, a la que tanto quería. Una vez que llegó a la edad adulta, se empezó a obsesionar con una única cosa: tener éxito lo antes posible por el bienestar de los seres que amaba.

Quería comprarle un coche nuevo a su padre, al que había visto mandar a reparar tantas veces aquel auto tan viejo que tenía; y también depositar una buena cantidad de dinero en la tarjeta de crédito de su madre. Sin embargo, el tiempo no parecía dispuesto a esperar al joven. A veces se ponía a calcular cuántos años tendrían sus padres y él mismo cuando consiguiera tener un puesto de trabajo estable.

En los momentos más decisivos, la mayoría de las cosas no le salían como planeaba. A pesar de todos sus esfuerzos, no tenía ningún control sobre los resultados de un examen para obtener una plaza por la que había una competencia extremadamente feroz. Tampoco podía esperar eternamente a que saliera la convocatoria de un puesto para él.

Por cada puerta que se le cerraba, aquellas cosas que imaginaba poder hacer en un futuro se iban posponiendo sin más remedio, una y otra vez.

"Estas experiencias que tengo ahora de alguna manera me servirán más tarde. Las frustraciones que uno sufre en la juventud son precisamente la base del éxito". Este tipo de frases motivacionales que solía poner como fondo en la pantalla de su teléfono celular eran ahora cosa del pasado. Decidió borrarlas cuando empezó a tener la sensación de que eran cosas que sólo podían decir los que llevaban una vida acomodada y sin carencias.

El joven fue perdiendo la voluntad rápidamente. Necesitaba estar solo para reorganizar sus pensamientos. Su mejor método para reflexionar era quedarse acostado con los ojos cerrados. Estaba seguro de que algo se había averiado en él. "Espero que esto se me pase de la misma manera que se arregla la computadora al apagarla y volverla a encender cuando se ha bloqueado".

Se echaba a dormir y se despertaba repetidas veces como si se estuviera apagando y encendiendo a sí mismo. Le era fácil quedarse dormido, pero le hacía falta fuerza de voluntad para levantarse. Al poco tiempo, sentía una desgana tan intensa que no podía vencer con su esfuerzo. Temiendo caer en un estado de depresión, no se atrevía a mencionar que se sentía hundido por miedo a que se hiciera realidad. Al comportarse de este modo, los demás no podían saber qué le ocurría. Deseaba intensamente poner los pies en la tierra y seguir viviendo con la determinación de antes, pero no podía arrastar a su cuerpo. Pasaba el tiempo con la luz de su habitación apagada, intentando dormir aunque supiera que no le daría sueño. Cada vez

eran más las horas en las que no hacía otra cosa que permanecer acostado.



Al ver que Dallergut lo escuchaba con seriedad, el joven recibió de buena gana la invitación. En todo el tiempo que estuvo hablando, sus manos no pararon de moverse para ayudar a los noctilucas a ordenar los calcetines.

—He oído que para superar la apatía ayuda mucho hacer tareas sencillas y repetitivas —dijo el cliente, tratando de sonar enérgico.

A Penny, por algún motivo, le dio lástima verlo así.

—Tienes razón. Cuando estoy aquí tendiendo o doblando la ropa, noto como si de pronto la mente se me despejara. Ése es el motivo por el que tanto esperaba hacerme viejo para poder trabajar en este lugar —secundó Assam, quien acababa de aproximarse, uniéndose a la conversación inesperadamente.

El noctiluca traía una linterna apagada consigo y estaba echando un vistazo alrededor del joven.

—¿Desde cuándo estás aquí? ¿Qué buscas? —inquirió Penny, al no comprender el comportamiento del joven.

De repente, debajo de los pies del cliente empezó a formarse una especie de mancha oscura.

—¡Miren! ¡Hay algo extraño bajo mis pies! —exclamó el joven.

La mancha acabó convirtiéndose en una sombra con forma de persona. Una vez que paró de aumentar en tamaño, empezó a cercar al chico que estaba sentado en el sofá. Por unos instantes Penny, aun sabiendo que era imposible que sucediera, sintió miedo de que la sombra fuera a tragarlo.

—¡Eh, tú, sal de ahí! —gritó Assam, encendiendo la linterna y apuntando con ella a la sombra.

A causa del alarido del noctiluca, Dallergut dio un respingo y, sin querer, acabó derribando la pila de calcetines que ya estaban doblados. Al haberse expuesto de repente a la luz, la sombra se redujo de inmediato, cambiando de forma, para finalmente quedar sobre el regazo del joven como si fuera un bebé.

—Estos bribones son muy sociables… Pero no está bien que hagas sufrir a tu dueño, ¿entendido? —regañó Assam a la sombra, que acabó encogiéndose aún más hasta colocarse bajo los pies del cliente.

—¿Qué es todo esto? —le preguntó Penny al noctiluca, mientras el

joven seguía con una expresión de perplejidad.

—Es su sombra nocturna. Como él está aquí encerrado sin tener sueños, ha venido hasta acá en su búsqueda. Por culpa de las travesuras de las sombras nocturnas, la gente se despierta con un humor pésimo a pesar de haber descansado bien. Ellas no son malas, pero como tienden a pegarse demasiado a sus dueños, les impiden tener un despertar refrescante. Debido a que está así con él, el pobre volverá a despertarse con los ánimos por los suelos después de dormir, a pesar de que ha mejorado por conseguir descansar acá —al escuchar la reprimenda de Assam, la sombra salió de debajo de los pies del joven y trepó por la pared hasta desvanecerse en la oscuridad—. Al menos, estas sombras son mucho más fáciles de atrapar que los clientes que no quieren ponerse ropa de dormir. Menos mal que ya estoy viejo y puedo trabajar aquí.

A Assam se le veía contentísimo con su trabajo en la lavandería.

—A mí también me encanta este sitio. Estaría bien que se diera a conocer mejor, así más gente pasaría a descansar por aquí. ¿Qué piensa usted, señor Dallergut?

Tras negar con la cabeza en silencio durante unos segundos, el propietario de la Galería de los Sueños procedió a dar su opinión:

—En este lugar no hay nada que pueda crear beneficios económicos. Casi nadie quiere que los clientes vengan a esconderse aquí en vez de comprar sueños. Además, ésa sería la situación ideal para dar pie a quejas. Seguro que protestarían diciendo que ocultamos a personas que no sueñan sin ofrecerles soluciones.

—¿Se refiere a la Oficina de Atención al Cliente?

—Entre otras instituciones que también lo interpretarían así. Obviamente, todos tenemos que desempeñar nuestro trabajo. Si nosotros no vendemos sueños, no nos ganamos la vida, así que podría ser que se apresuraran a cerrar este sitio o bien, optaran por poner en venta cualquier tipo de sueño a la fuerza. Desafortunadamente, hay poca gente que sabe que, en ciertos casos, lo mejor es darles tiempo a las personas —dijo Dallergut con una expresión de amargura—. Por lo tanto, es suficiente con que sepan de este lugar sólo los que verdaderamente lo necesitan. Al menos, ésa es la visión de Atlas. Además, no podemos dejar que se alojen aquí por demasiado tiempo; éste no es un sitio para quedarse indefinidamente. Cualquiera puede necesitar un refugio en algún momento dado, pero si dicho refugio se convierte en un lugar tan cómodo hasta el punto de no querer volver a donde se pertenece, eso supondría otro gran problema.

Las revoltosas sombras de la noche habían aprovechado la coyuntura y empezaron a arrimarse de nuevo a las personas que estaban allí. Los que no conseguían quitarse de encima a aquellos entrañables seres ponían unas caras parecidas a la de los niños cuando les cuesta levantarse de la cama por las mañanas.

—Como no dejen a sus dueños en paz de inmediato, van a conseguir quedarse sin esos recuerdos que tanto les gustan.

Al oír la advertencia de Dallergut, las sombras se dispersaron.

—Penny, ya va siendo hora de que yo vuelva a casa. Tú también has terminado con la misión de entregar las invitaciones, ¿verdad? —dijo Assam.

—Sí.

—Bien, entonces salgamos juntos. Señor Dallergut, ¿no viene con nosotros? —preguntó Assam. Al propietario de la Galería parecían inquietarle los otros clientes que se quedaban en la cueva—. No se preocupe, Atlas está siempre aquí, con lo cual no están a solas. Y cuando llegue la madrugada, también entrarán otros noctilucas a trabajar.

—Lo sé. Parece que mis obligaciones han terminado por hoy. Despidámonos de Atlas y vayamos saliendo.

Los tres estaban de regreso en la entrada de la lavandería. Los compañeros de Assam también salieron en tropel de la cueva y dentro sólo quedaron funcionando unas pocas lavadoras.

—Parece que hay otros visitantes aparte de nosotros —dijo Dallergut, señalando hacia la casa de Atlas.

Al mirar hacia esa dirección, Penny vio a alguien cuyo aspecto enigmático le llamó mucho la atención. Era un hombre que saltaba a la vista porque parecía fuera de lugar en aquel sitio. Llevaba el cabello peinado hacia atrás con un copete prominente y portaba una toga de un color azul grisáceo ceñida a la cintura con un cordón de seda. Iba acompañado de una mujer alta y de pelo corto, que vestía un traje entallado. Penny recordó haber visto en algún artículo periodístico al creador Doje. Era famoso por sus *Sueños en los que aparecen difuntos* y porque apenas se aparecía en público. Ella no podía dar crédito aunque lo tenía delante de sus ojos allí, al lado de Yasnooz Otra.

Ambos se encontraban hablando con Atlas cuando se dieron la vuelta a la vez al notar la presencia de Dallergut y la chica. Era la primera vez que Penny tenía la ocasión de ver a Doje de cerca. Sus ojos alargados y rasgados y un cierto aire de venir de otra época

contrastaban enormemente con el estilo contemporáneo tan marcado de Otra. Era como si una persona del pasado y otra del presente hubieran salido de una máquina del tiempo camuflada en lavadora.

Doje observó en silencio la cara de Penny. Llevada por los prejuicios acerca del tipo de sueños que él creaba, ella tuvo una sensación escalofriante que le recorrió todo el cuerpo, dejándola fría como un témpano. Afortunadamente, Otra rompió el silencio al reconocer a la chica.

—¡Pero si eres tú, Penny!

Tras vacilar unos instantes sobre cómo proseguir con la conversación, a la chica le vino a la mente el tema que fluiría con más naturalidad que cualquier otro.

—Sí. Por cierto… ¿ustedes también van a venir a la pijamada?

—Ah, estoy enterada. Hay varios creadores preparando sueños orientados a la temática de los recuerdos. Seguro que será una gran oportunidad para ellos. Señor Dallergut, ¿podríamos participar Doje y yo también? —preguntó Otra con entusiasmo, al tiempo que se remangaba su saco de seda.

—Si colaboran ustedes, sin duda será una celebración todavía más importante.

—¡Qué gran idea lo de hacerla con esa temática! Si se enteraran mis antepasados, estarían impresionados. Para nosotros los recuerdos son muy valiosos; tienen la naturaleza de consolidarse cuanto más los rememoramos. Cuando termine el festival, sin duda el ambiente de esta lavandería será mucho más alegre, y obviamente, la ropa se secará aún mejor —dijo Atlas con una sonrisa en su rostro.

—Señor Dallergut, ¿qué le parecería si yo fabricara faroles hechos con recuerdos? —intervino Doje, que había permanecido callado hasta entonces. A Penny le pareció que tanto su manera de hablar como su voz eran propias de una persona de otra época—. Se me ocurrió que estaría bien emplear así los cristales formados a partir de recuerdos de difuntos. Creo que quedaría perfecto para un festival. ¿Qué opina?

—Pues… yo diría que los clientes forasteros asociarían unos faroles así con las lámparas de papel orientales que aluden a la fugacidad de la vida —respondió Dallergut poco convencido.

—Nunca oí hablar de esas lámparas. ¿Qué son exactamente? —preguntó Penny intrigada.

—No lo veo bien. Me parece una idea muy propia de ti, pero pienso que no encaja del todo con la celebración —dijo Dallergut, rechazando la propuesta del creador tajantemente—. En vez de eso,

¿qué tal si creas un sueño que contenga recuerdos compartidos con la gente que ha fallecido?

—Tienes razón. Además, siendo los recuerdos la temática del evento, me imagino que habrá tenido su buen peso la opinión de Vigo Mayers. Ya conocemos lo pertinaz que es el encargado principal de la segunda planta —intervino Otra para relajar el ambiente.

—Es obvio que él estuvo a favor de la idea. No obstante, quien encauzó todo de la forma más brillante para llegar a esta decisión fue Penny.

—¡Quién mejor que ella! Con razón le gusta a Maxim. Ay, ya me estoy metiendo donde no me llaman. No sé por qué, pero cuando se trata de las cosas de los jóvenes siempre acabo entrometiéndome.

Penny se quedó tan atónita al oír lo que Otra había dicho que no pudo pronunciar palabra.

—¿Maxim? Ja, ja. No tengo idea de qué anda haciendo ese muchacho estos días —dijo Atlas entre risas.

—¿Es cierto que últimamente no viene mucho por aquí? Como es su único hijo, seguro que le molesta que no lo visite de vez en cuando.

La chica volvió a quedarse sorprendida nuevamente, pues Atlas y Maxim no se parecían en lo más mínimo.

—Para nada. Creo que se ha convertido en alguien mejor que yo. Como padre, no hay nada que haga a uno más feliz que eso —replicó Atlas.

—No podría haberme imaginado que usted es el padre de Maxim. ¿Eso quiere decir que él creció en esta cueva? —preguntó la chica.

—Sí, y por eso Doje y yo tuvimos la oportunidad de verlo desde pequeño cuando veníamos por aquí. Este lugar ha sido nuestro sitio secreto desde que éramos niños. Para nosotros, Atlas es prácticamente como un padre —dijo Otra, agarrando cariñosamente el brazo del anciano, quien era mucho más delgado que ella—. ¿Verdad que Doje era muy tierno por entonces? Aunque en aquella época ya tenía esta forma tan peculiar de hablar —añadió.

—Terminé hablando así por la costumbre de tratar con la mejor cortesía posible a las personas fallecidas con las que me encuentro a diario. Qué remedio, pues desde pequeño fui testigo de tantas muertes…

—Qué nostalgia me da recordar aquellos tiempos. Con sólo venir aquí me siento inmersa en los recuerdos. Cuando era niña, mis padres siempre me ponían como excusa al momento de pedir prestado dinero a alguien. Decían que criarme les suponía un esfuerzo económico muy

grande. Sin embargo, me di cuenta de que los demás padres no eran así con sus hijos. Cada vez que venía alguien a visitarnos a casa, a pesar de que me alegraba por ello, solía poner cara de estar apenada, pues sabía que así mis padres conseguían con más facilidad que esas personas accedieran a prestarles el dinero. Y aun así, luego se quejaban cuando tenían que invertir en mí —contó Otra sobre su pasado, en un tono indiferente.

—¿No crees que esta joven señorita podría sentirse incómoda al oírte hablar de esas cosas? Creo que tú lo deberías saber mejor que yo —dijo Doje, mientras miraba de soslayo a Penny.

—Vaya, veo que me puse otra vez a decir cosas que no vienen a cuento. Es que la vez pasada, cuando Penny y yo estuvimos trabajando codo con codo en aquel proyecto, la sentí como una persona muy cercana. Además, lo dije porque para mí fueron una gran fuente de motivación las ansias de dejar atrás las carencias que sufría, esas que no tendría si hubiera sido conformista con mi condición. Al fin y al cabo, es gracias a ello que yo he llegado tan lejos, ¿no? Supongo que, al haber visto mi casa, ya sabes lo bien que me estoy tratando ahora a mí misma.

Penny recordó la mansión de Yasnooz Otra.

—Los jóvenes de hoy no se pueden imaginar la vida tan cómoda que han llevado. Maxim tuvo que pasar su infancia en esta cueva por tenerme a mí de padre; y ni que hablar de Doje, para él también fue arduo. La vida y la muerte siempre van juntas, pero sólo por la mera razón de ser capaz de ver a la Parca tuvo que soportar muchas ofensas injustas… —dijo Atlas, secándose las lágrimas con sus rugosas manos, mientras miraba apenado a Otra y a Doje.

—Eso ya no tiene importancia. Ahora este lugar sirve como retiro para el descanso tanto de las sombras de los que no sueñan como de nuestras almas cuando se ennegrecen tanto como ellas. A un árbol le lleva tiempo echar raíces. Hay veces en las que, a pesar de que no hemos hecho nada para merecerlo, experimentamos un dolor que llega y se va del mismo modo que el invierno en los bosques. No hay manera de que nadie sepa eso antes de vivir su primer invierno. Con esto quiero decirle que no se lamenten tanto por las personas que vienen a tomarse un descanso a este lugar. A su debido tiempo, ellos también reencontrarán la paz interior de forma natural.

Fue entonces cuando Penny se sintió aliviada. Si no hubiera sido por esas palabras de Doje, habría sentido cierto cargo de conciencia al abandonar la Lavandería Noctiluca y dejar atrás a aquellos clientes

asiduos de la Galería.

Junto con Maxim, quien había pasado su niñez en la cueva, Otra y Doje llevaban ahora, cada uno a su modo, unas vidas inigualablemente cimentadas. Con toda probabilidad, al igual que pasó con ellos, a los clientes alojados en la cueva les aguardaba un futuro mejor. Después de que llevaban un rato de pie conversando, Penny se dio cuenta de que las sombras habían vuelto a acercarse a ellos. Sin embargo, la inocencia juguetona con la que se asomaban le inspiraba tal ternura que le impedía espantarlas.

9. Una pijamada por todo lo alto



El calor había terminado y una brisa otoñal corría por la mañana y el atardecer. El primer día de la pijamada comenzó con un amanecer despejado y resplandeciente.

Los empleados de la Galería habían puesto a punto todos los preparativos y ahora se encontraban llenos de nervios esperando a los clientes.

—Bien. Sólo falta que abramos las puertas para que la fiesta comience de verdad. ¡Uno, dos y tres! —Weather anunció la apertura, justo antes de empujar la puerta del establecimiento para dejarla abierta de par en par.

—¡Oh! —exclamaron al unísono los trabajadores, asombrados ante la escena que se presentaba ante sus ojos.

Penny se acercó a la entrada sobrecogida por la emoción. La avenida rebosaba de ornamentos y coloridos puestos que entre todos habían preparado durante los últimos meses, y numerosos camiones de comida, llegados de todas partes del país, ocupaban la calle dispuestos de forma ordenada.

Una muchedumbre de personas que calzaban pantuflas o calcetines de dormir había inundado la avenida desde que despuntó el día. No había nadie que llevara ropa de diario. Los que se sentían extraños al salir a la calle en pijama pronto se sintieron cómodos con sus atuendos cuando se acostumbraron a ver el novedoso aspecto que lucían los demás en ropa de dormir. Al principio dudaron acerca de si podían subirse a las camas que estaban colocadas por toda la vía pública, pero tomando como pistoletazo de salida la lucha de almohadas que habían iniciado unos adolescentes, todos se apresuraron a elegir una cama para empezar a charlar y divertirse con sus familiares o amigos.

Penny estaba de lo más impaciente por ponerse la pijama nueva

que había traído en su bolsa.

—Creo que no voy a poder esperar a que termine la jornada. Tengo unas ganas increíbles de quitarme este delantal, ponerme la ropa de dormir y unirme a la fiesta. El tiempo se me está haciendo eterno hoy —dijo la chica haciendo pucheros, mientras atendía la recepción junto a Weather.

—Penny, yo también me muero por salir del trabajo e ir a disfrutar del evento con mis hijos. Tengo una idea. ¿Qué tal si tú y Motail van a comprobar que todo marcha bien en los puestos? Vayan a echar un vistazo.

—¿De verdad podemos? ¡Mil gracias, señora Weather!

Tras soltar una risita, la encargada principal de la recepción fue a llamar a Motail, quien estaba pegado al ventanal de la entrada observando embobado lo que ocurría fuera.

—¡Motail! Deja de perder el tiempo así y acompaña un momento a Penny. Espero que no haya habido ningún incidente todavía, pero si ves algo roto, ven a reportármelo. Dime también si falta algo en alguno de los puestos.

—¿Lo dice en serio? ¡Qué alegría, pues ya estaba pensando en salir a escondidas!

Penny y Motail no se dirigieron directamente a los puestos de los creadores, sino que dieron un rodeo a propósito para observar con detenimiento cómo se estaba desenvolviendo el evento.

Se notaba en las caras de los jóvenes que ellos eran los que más estaban disfrutando, pues era la ocasión perfecta para pasarse todo el día y la noche holgazaneando con los amigos sin que sus padres los regañaran por ello.

También pudieron percatarse de que había gente proveniente de otras ciudades entre la multitud. Éstos destacaban por llevar los antifaces de dormir a modo de diadema, lo que les daba un toque muy elegante.

—Yo tampoco me voy a quedar atrás —dijo Motail, mientras sacaba un calcetín mullido de cada bolsillo del pantalón. Tras ponérselos, avanzó varias zancadas deslizándose como si patinara sobre la calzada, a la que le habían sacado brillo para la ocasión.

—¡Apresúrate, Penny!

—Como sigas patinando así, te vas a dar un buen golpe —le advirtió la chica, mientras le seguía.

—¿Y qué? Aunque me caiga aquí, lo único que podría pasar es que

acabe sobre una cama blandita. ¿No ves que esto está lleno de edredones?

Al poco tiempo los dos ya estaban en la zona donde se conglomeraban los puestos que vendían sueños asociados con los recuerdos. Primero se acercaron a uno de color rosa que evocaba el amor. Con sólo ver cómo estaba decorado, pudieron adivinar al instante a qué creador estaba consagrado.

—¡Penny! ¡Motail! Qué alegría verlos por acá. ¿Verdad que mi puesto es el más llamativo? —los saludó Kiss Grower, con la cabeza rapada como de costumbre.

Él no se encontraba solo, lo acompañaban Celine Gluck y Chuck Dale. Los tres creadores que poseían un talento especial para representar sensaciones táctiles en los sueños estaban ahí formando un sólido grupo.

—Vaya, veo que al final han hecho una creación conjunta. ¿Qué clase de recuerdos contiene este sueño? Supongo que incluirá un toque de cada uno de los tres, ¿no? —inquirió Motail, tomando en su mano la caja de uno de los artículos que había sobre el mostrador.

El envoltorio, de un tono rosado tan claro que casi parecía blanco, armonizaba con la música de un marcado carácter lírico que sonaba en el puesto, y ambos detalles evocaban una sensación sugerente.

—Se trata de un producto al que hemos titulado *Recuerdos con nuestro primer amor* y lo hemos lanzado a propósito del festival —le contestó Kiss Grower.

—Me atrevo a decir que entonces las preferencias de Celine Gluck no estarán muy presentes en él. A ella le gustan las cosas más dinámicas, donde hay persecuciones, peleas y acción, ¿cierto? —opinó Motail.

—No te preocupes. He aportado mi trocito en la parte final, así la gente podrá soñar con algo mucho más emocionante que los recuerdos que contiene. Aunque en su momento pensamos en aprovechar tal cual las remembranzas o simplemente añadirles las sensaciones que naturalmente se debilitaron, todos queríamos hacer uso de nuestras habilidades; por eso nos esmeramos mucho con las sensaciones táctiles. El resultado es un artículo que sin duda hará creer a todos que volvieron a esa etapa de su vida amorosa —explicó Celine llena de orgullo, vestida con una camisa rosa que combinaba a la perfección con la decoración del puesto.

Mientras estaban hablando, una gran cantidad de personas se acercaron al sitio.

—Imagino que dentro de poco no podrán parar ni un minuto con toda la clientela que está viniendo. Será mejor que nosotros nos marchemos ya. Si queremos ver los demás puestos, debemos ponernos las pilas. Si hay algo en lo que necesiten ayuda, vengan a la tienda para comunicárnoslo —dijo Penny, al tiempo que se iba alejando para dar paso a la multitud de visitantes que llegaba.

—Como ven, por ahora vamos bien. Si nos hace falta una mano, les avisaremos —contestó Chuck Dale con su atractiva sonrisa, mientras se despedía de ellos.

Tan pronto como la chica y Motail se retiraron, un cliente de unos treinta y pocos años, interesado por el nuevo lanzamiento, se acercó a preguntarle al creador:

—¿De verdad que el primer amor de uno aparece en el sueño?

—Por supuesto. Esta misma noche podrá volver a su época de joven.

Albergando grandes ilusiones, el hombre tomó una de las cajas sin pensarlo dos veces. Al poco tiempo ya estaba sumido en un profundo sueño.



Él caminaba por uno de los callejones del barrio donde vivía cuando era estudiante de bachillerato; iba acompañado de su primera novia. Al residir los dos en la misma zona, siempre compartían el camino de vuelta tras terminar las clases.

En su sueño, estaba contemplando a la muchacha y experimentaba los mismos sentimientos que tenía hacia ella en esa época. La brisa del anochecer y la luz que emitían los postes de la calle envolvían a la pareja. El lugar se parecía en cierta medida al de sus recuerdos, pero había diversos elementos que no coincidían con la realidad de entonces. No obstante, no le impedían en absoluto sumergirse en la trama del sueño.

Los dos caminaban con las mochilas a la espalda, uno al lado del otro, a una distancia en la que sus brazos casi se rozaban. Aunque no conversaban de ningún tema en concreto, no había ni un momento en el que dejaran de bromear y reírse. El muchacho iba caminando con la vista al frente y de vez en cuando miraba de soslayo a su compañera, a la cual consideraba adorable.

Para llegar a la zona donde residían, había que recorrer un trayecto

de unos diez minutos en autobús, una distancia que se hacía bastante larga al caminar. Sin embargo, cuando la recorrían juntos charlando parecía acortarse, como si la tierra se hubiera tragado la mayor parte del tramo. En su sueño ocurría lo mismo, y al poco tiempo ya habían llegado frente a la casa de la chica. Si por ellos fuera, darían varias vueltas más por la manzana antes de separarse, a pesar de que sabían que así les resultaría más difícil despedirse después. Cuando ella se disponía a entrar a su casa con expresión apenada, impulsado por una repentina ola de coraje, él se acercó de una zancada a ella, tanto que sus labios casi llegaron a posarse en su mejilla. En ese mismo instante, la puerta se abrió de golpe y salió el padre de la muchacha. Al ver la cara de estupefacción mezclada con enfado que puso el señor, él se quedó paralizado sin saber qué hacer. Cuando la chica lo empujó, apremiándolo a marcharse, él echó a correr a toda prisa por el callejón.

Durante la carrera, sintió el roce de los tenis que tanto le gustaba calzar en aquella época. También pudo percibir con una lucidez indescriptible muchas otras cosas más, como la textura de las asas de su mochila o el uniforme que llevaba puesto. Sin lugar a dudas, había vuelto a ser aquel estudiante de quince años atrás.

“En vez de salir huyendo, debí echarle valor y saludarlo”, pensó entre jadeos cuando llegó al final de la calle. Acababa de experimentar en el sueño la misma sensación de arrepentimiento que en el pasado.



Al despertarse a la mañana siguiente, estuvo un buen rato navegando entre sus remembranzas, inmerso en las escenas que se le habían aparecido cuando soñaba. Al haber sido un sueño basado en sus recuerdos, no se desvaneció como el humo justo tras despertarse, a diferencia de los que solía tener normalmente. Le pareció sorprendente que hubiera experimentado algo tan real que superaba cualquier recuerdo. Creía que era normal que lo acabara olvidando todo, pero no parecía disminuir el sentimiento de alegría por haber sido transportado a una época a la que le era imposible regresar.

“¿Dónde más podría encontrar uno este tipo de gratas sorpresas cuando la vida sólo avanza de forma lineal?”, pensó.

Durante los siguientes tres días, tanto el sueño *Recuerdos con nuestro primer amor* como *Sabores nostálgicos*, una creación del Chef Grandbon, hicieron que los puestos donde se vendían estuvieran muy concurridos a causa de la gran popularidad que adquirieron. Llegó un momento en que algunos empleados de la Galería tuvieron que acudir para asistir a los creadores.

Gracias a la atención al detalle que ponía Weather, quien estaba a cargo del mantenimiento de las camas y los edredones que habían aportado las firmas participantes, casi todo mantenía su limpieza inicial, excepto las camas de estilo clásico situadas frente a la zapatería, que siempre estaban sucias.

—¡¿Será esto posible?! Miren cómo está la cama llena de cáscaras de uva y envoltorios de dulces. ¡Y los bordes de las fundas de las almohadas todos rotos! Como haya sido otra fechoría de los leprechauns, esta vez no lo voy a pasar por alto.

Los duendecillos, que se encontraban en mitad de una animada lucha de almohadas del tamaño del dedo de una persona, salieron volando a toda prisa cuando vieron que Penny y Motail se aproximaban, riéndose disimuladamente.

Normalmente, los leprechauns creaban sueños acerca de volar por los cielos, sin embargo, dado que nadie tenía recuerdos de haber hecho tal cosa en la realidad, se quedaron sin poder aportar ningún sueño nuevo a la fiesta. A modo de venganza, se propusieron ser los que más alocadamente disfrutaran de ella, e iban revoloteando de una cama a otra causando estragos.

Penny sacudió el edredón de una de las camas de estilo clásico y limpió el espejo que decoraba la cabecera con un trapo blanco. Durante varios días, ella y Motail acudieron a inspeccionar varias veces al día cada uno de los puestos para dar parte del estado de las cosas. De tanto ir y venir de la tienda a la avenida, recorrían una considerable distancia cada día, lo que había hecho que el regordete de Motail estuviera ahora más en forma.

—Mira, Penny. ¿Ves cómo ahora tengo menos papada? —le dijo a su compañera, mientras se miraba con satisfacción en un espejo.

Con una renovada confianza, el joven se paseaba todo el día vestido con una elegante pijama de seda fina atento a la mirada de las chicas. Sin embargo, ninguna de ellas mostró interés como él esperaba.

A diferencia de Motail, quien parecía estar gozando de la fiesta a su modo, la mente de Penny se nublaba de preocupaciones con cada día

que transcurría. El evento estaba siendo un éxito y todo parecía ir sobre ruedas, pero todavía no había visto por allí a los clientes 330 y 620, a los que les había entregado las invitaciones en la Lavandería Noctiluca. El hecho de que éstos no se pasaran por el lugar durante la celebración la hacía sentirse ansiosa, pues temía que acabaran perdiendo para siempre a esos dos clientes fijos.

Después de dejar atrás a un grupo de niños que saltaban sobre un colchón como si quisieran romperle los muelles, Penny entró de regreso a la tienda. En el vestíbulo pudo ver que habían llegado unos invitados muy especiales. Se trataba de los creadores legendarios Yasnooz Otra, Doje y Coco Siestadebebé, que estaban hablando con Dallergut frente a un carrito colmado de cajas de sueños.

—Aun con el poco tiempo que tuvieron, trajeron unas novedades de la mejor calidad. Me dejan en realidad asombrado. No saben cuánto les debo —les decía el propietario.

—¿Poco tiempo? ¡Si hasta me sobró! ¿O es que acaso dudaba de una creadora como yo? —le respondió en tono casual Yasnooz Otra. Sin embargo, a Doje, que estaba a su lado, pareció darle un poco de vergüenza ajena el comentario y fingió toser.

—¿Dónde está tu modestia, Otra?

—En estos tiempos que corren, de nada vale la humildad. Uno tiene que ir por la vida demostrando que se tiene confianza.

—Veo que recuperaste la autoestima, Otra —dijo Dallergut con una sonrisa de satisfacción.

—Si no hubiera sido por Penny que vino a verme, probablemente estaría ahora mismo encerrada en la Lavandería Noctiluca contándole mis penas a Atlas, en lugar de participar en este festival. Y habría acabado arrepentida por una larga temporada. Gracias a la visita de Penny, la serie *Otra vida* va por muy buen camino. Cuando le dé los últimos retoques, en breve estaré sacando al mercado la versión oficial de *Otra vida*. Espero contar con tu apoyo, Dallergut.

—Te reservaré el mejor sitio en el mostrador de la primera planta —respondió el dueño de la Galería.

—Muchas gracias por invitarme a mí también, Dallergut —dijo Coco, con la misma tez clara de siempre, a la vez que le daba un apretón de manos al anfitrión.

—¡Pues cómo no te iba a invitar, Coco! El que agradece que hayas venido hasta aquí soy yo. Espero que no se te haya hecho cansado el viaje. Veo que has fabricado un montón de sueños. A nuestra edad,

debemos cuidarnos de no trabajar en exceso.

—Precisamente me picó el gusanito al ver cómo andaba de acá para allá Nicolás, haciendo todo tipo de cosas. Ya sabes que él y yo tenemos casi la misma edad. Mira cuánto ha salido en las noticias últimamente. Se ve que está hecho un joven. Y yo, que tampoco soy de las que sabe quedarse quieta, me puse a trabajar con ganas a propósito del sueño que me pediste para la fiesta.

—¿Sobre qué tipo de recuerdos han creado sus sueños? —preguntó Penny a los creadores, mientras ayudaba a Dallergut a descargar las cajas del carrito.

—Te daremos la oportunidad de que intentes adivinarlo.

—Apuesto a que el señor Doje habrá incluido recuerdos con personas que ya han fallecido. Pero en cuanto a los sueños de ustedes, no se me ocurre nada.

—Coco decidió hacer un regalo a aquellos que son padres dándoles la oportunidad de volver a tener los sueños premonitorios que les avisaron de sus embarazos. Pensó que sería un recuerdo fantástico para ellos soñar con aquello, teniendo a sus hijos ya crecidos. ¿Qué mejor cosa hay para una pareja que revivir el primer encuentro con su bebé?

—¿Y de qué trata el sueño de la señora Otra? ¿Es uno donde se pueden experimentar recuerdos ajenos?

—Eso estaría difícil porque no se podría fabricar en grandes cantidades a la vez. En esta ocasión, no se trata de soñar partiendo del punto de vista de alguien diferente. Ya sabes, también hay otro tipo de sueños que Otra hace de maravilla. Los que comprimen largos periodos en una sola noche.

Por fin estaban expuestos en los mostradores del vestíbulo los sueños que los creadores legendarios habían confeccionado en torno a la temática de los recuerdos. Debido a que habían llegado algo tarde, atrajeron a menos clientes de lo esperado, así que Motail se ofreció a hacer publicidad para llamar la atención de más interesados y salió de la tienda pregonando ruidosamente los productos. Empezó a usar sus técnicas de comerciante parando a cada visitante que pasaba.

—Señor, présteme un minuto. Para que un sueño sea bueno hacen falta tres cosas: la primera, que se puedan obtener beneficios de él, es decir, que produzca una gran variedad de emociones; la segunda, que merezca la pena tenerlo dos veces, al igual que una película que queremos ver de nuevo más tarde; la tercera, que se adapte a las

necesidades del soñador. ¿Sabe qué sueño es el que cumple con todas estas condiciones?

—¿Cuál?

—Uno que contenga recuerdos. ¡Ahí lo tiene!

Motail había sido astuto al usar lo que se había dicho en la reunión en la que decidieron la temática de la fiesta. Una buena parte de las personas que estaban frente a la tienda comenzó a entrar en ella. Más que cautivadas por las palabras del empleado, lo hacían engatusadas por su forma de hablar y sus exagerados gestos, creyendo que dentro habría algo más interesante.

—¡Recuerdos que son una pena olvidar! ¡Podrán acordarse hasta de cosas que creen tener abandonadas! ¡Es su oportunidad para viajar al pasado en una máquina del tiempo! ¡Entren ya a la Galería de los Sueños!

El joven ciertamente consiguió animar a la clientela a hacer compras con sus eslogans.

“¿Qué tal si lo probamos?”, se escuchaba entre la muchedumbre.

Al poco rato, la gente comenzó a hacer fila para llevarse los sueños que habían preparado. Las parejas jóvenes con hijos compraron en su mayoría los de Coco; y los más mayores, esperando reencontrarse con sus seres queridos que pasaron a mejor vida, adquirieron los que creó Doje.

Entre todo el gentío, Penny reconoció a esas dos personas que tanto se estaban haciendo esperar. Eran la cliente número 330 y el cliente número 620, a los que había conocido en la Lavandería Noctiluca. La chica se sintió aliviada al ver que se llevaban cada uno un ejemplar de la nueva creación de Yasnooz Otra. Esa noche, los dos iban a tener un sueño fabuloso que los llevaría de vuelta al pasado condensado como en una película.



En el sueño, la mujer, sumida en un profundo estado de apatía tras jubilarse, se encontraba rumiando acerca de sus días de trabajo, los cuales habían sido demasiado rutinarios.

Pasaron por su mente, como en una panorámica, las imágenes de cuando se levantaba con esfuerzo para ir a trabajar, o cuando en los fines de semana sus hijos la despertaban a ella y a su marido sin dejarlos disfrutar de unas horas extra de sueño. Solía prepararse para salir dejando la casa hecha un lío en el proceso. En el sueño también

aparecían los vecinos que siempre la saludaban cuando se cruzaban en el portal.

Luego, emergieron imágenes de cuando hablaba de asuntos familiares con su marido e hijos, y también de momentos en los que sonreían por las cosas buenas que les pasaban, mezcladas con otras en los que se consolaban mutuamente cuando vivían situaciones duras.

También vio cómo pasaban días comunes en los que preparaba comidas inspirándose en el clima que hacía y daba las gracias por las flores y las verduras que traía cada estación.

De igual manera, se sucedieron en orden los logros y las decepciones que experimentó durante su vida laboral, así como momentos agradables en los que reía con sus compañeros de trabajo.

En el sueño, también tuvo la oportunidad de regresar a aquella primera casa tan pequeña donde vivía de recién casada, y luego a la casa de una sola planta y dos habitaciones, con un portal verde, a la que se mudaron tras tener al primer bebé. Vio con total claridad las irregularidades del techo de la habitación que miraba mientras estaba acostada, y los azulejos tan originales del cuarto de baño cuando se daba una ducha.

Cada escena era fugaz, pero todos los lugares que aparecían habían sido relevantes en su vida, pues había pasado en ellos largos periodos, lo que le trajo una gran cantidad de recuerdos ligados a cada uno de ellos.



—Querido, anoche soñé con la casa donde vivíamos antes. ¿Te acuerdas de que tenía dos habitaciones y la puerta de entrada de color verde? El casero vivía en la segunda planta —le preguntó la mujer a su esposo tras despertarse.

Él se había levantado temprano y estaba haciendo flexiones en el suelo. Llevaba teñido el pelo de un profundo color negro azabache, pero las canas le habían vuelto a asomar por las patillas.

—Pues claro que me acuerdo. Hasta del nombre del casero y del número de teléfono de la pollería donde pedíamos servicio a domicilio el día de pago. A veces, a mí también me aparece en sueños la época en la que vivíamos en esa casa. Recuerdo que lloraste a lágrima viva el día que nos mudamos de allí. Cuando te preguntaba “¿Por qué lloras si nos vamos a vivir a un sitio más grande?”, y sonreías de oreja a oreja, pero al rato estabas otra vez llorando mientras pasabas el plumero. Se

me quedó grabado el instante en el que nuestro hijo mayor te dijo: "Mamá, no llores", mientras él también sollozaba. Para sacar los enseres el día de la mudanza, dejé la puerta abierta de par en par y todos los vecinos del barrio se acercaron para despedirnos con lágrimas en los ojos —rememoraba al lado de ella el hombre, con una sonrisa en los labios.

—No sé por qué me puse así por entonces. Después de sacar los muebles, se escuchaba un eco cuando tú y yo hablábamos en la casa ya vacía, y eso me resultó un poco desagradable. Había sido el sitio donde comíamos en familia, jugaban los niños, cuidaba yo de la casa y pasamos tantos buenos y malos ratos, y de repente, me pareció como si todos esos recuerdos hubieran salido por la puerta junto con los enseres. Además, sentí mucha gratitud hacia la casa, pues vivimos allí cuando menos dinero teníamos. Se ve que lloré porque estaba agradecida de que nos hubiera acogido tan bien.

—Tienes razón. Por cierto, ¿recuerdas también la primera casa donde vivimos? Me refiero a aquel cuchitril que yo alquilaba de soltero, donde había poco más que un techo y unas paredes. Por aquel entonces, me avergonzaba de proponerte vivir juntos ahí, pero ahora extraño esa casa también. Me acuerdo de un día que la colcha no se secó por completo por la humedad del verano, pero aun así nos acostamos sobre ella a charlar de cosas banales y, sin darnos cuenta, nos quedamos dormidos. No sé por qué, pero recuerdo aquello con mucho cariño —contaba él, ahora incluso más nostálgico que su mujer.

—Vaya, pues sí que te acuerdas de cosas. Ahora que lo pienso, de aquella vez que nos atrevimos a alojarnos en un hotel caro, sólo recuerdo que nos dieron un desayuno muy rico. Sin embargo, de los días que no tenían nada de especial, puedo acordarme como si fuera ayer de esos *kimbap* y calabazas a la plancha que hacíamos a veces para almorzar. Cielos, al hablar de estas cosas, me doy cuenta de que hemos tenido una vida muy entretenida.

—Estoy de acuerdo. Hemos tenido muchos momentos agradables porque llevamos juntos una buena cantidad de años, ¿eh?

—¿Y qué? ¿Te has hartado ya de mí? —dijo ella en tono de broma.

—¡Ay, ya empezamos otra vez! ¿Pero de qué iba a estar harto? Me refiero a que estoy encantado de que compartamos tantos recuerdos —le respondió su marido, tomando y acariciando sus manos.

Ella pensaba que su vida había estado compuesta de una centésima parte de momentos emocionantes y novedosos frente a la mayoría de

días ordinarios. Sin embargo, ahora se daba cuenta de que su día a día era demasiado valioso como para lamentarse de que ya no habría más acontecimientos por los que ilusionarse. Todo era preciado: los cambios de estación, los paseos de vuelta a casa después de una salida, las comidas del día o los rostros que veía a diario.

Fue entonces cuando la mujer cayó en la cuenta de que ya sabía las respuestas a las preguntas que se había estado haciendo sobre qué había sido de su vida y si le quedaba algo por lo que sentir ilusión de ahora en adelante.



El joven cliente número 620 también estaba reencontrándose con sus recuerdos en su sueño. Era sobre la época en la que decidió repetir el último año de bachillerato porque no había obtenido resultados satisfactorios en la prueba de acceso a la universidad.

Colmado de preocupaciones, optó por dejar de pensar en el asunto y salió a pasar la noche fuera para ver el amanecer con sus amigos. Estaba reviviendo todos los instantes de aquellos días de finales de año cuando recién había alcanzado la mayoría de edad.

El sueño recreó perfectamente cómo se sentaron en los asientos económicos de un tren y cómo se rieron mientras contaban chistes tontos, pendientes de no molestar a otros pasajeros, e incluso el nauseabundo olor a aceite quemado que no le permitió dormir durante todo el trayecto. Se sentía todo tan real, que jamás habría podido creer que se trataba de un sueño.

Él y sus amigos se pusieron a esperar a que saliera el sol, pero, incapaces de resistir el frío, entraron a un edificio cercano y se sentaron en el suelo, finalmente quedándose dormidos sin querer. Cuando abrieron los ojos y vieron el sol ya en lo alto del cielo, se rieron desalentados. Aun así, decidieron que pedirían un deseo al astro.

Tras aquel fracaso experimentado en un examen del que estaba convencido que dependía el resto de su vida, el deseo que albergaba el muchacho a sus dieciocho años no podía ser más obvio.

“Ojalá que cuando pase todo, me pueda dar cuenta de que no fue nada”.

A continuación, cuando llegó a su casa, aparecieron sus padres preguntándole solamente si había disfrutado de su escapada. En sus caras llenas de calidez estaba escrito que no le exigían nada.

El cliente no recordaba todo lo que había pasado en su sueño tras despertarse. No obstante, sí se acordaba del deseo que pidió en esa época de su vida. Sabía también que se había cumplido. El esfuerzo que puso en los estudios ese año y los buenos resultados que obtuvo eran los factores que habían hecho de él la persona que era ahora. En retrospectiva, las experiencias que en el pasado le habían resultado amargas tuvieron la función de formar la base sobre la que se construyó a sí mismo de un modo diferente a otras personas. Aunque sufriera reveses, se rompiera o se viniera abajo, siempre sentía curiosidad por saber de qué manera se recompondrían los fragmentos de su persona. Para ello, no tenía más alternativa que seguir adelante y hacer frente a lo que fuera. Las únicas palabras mágicas que necesitaba en esos momentos eran las siguientes:

"Una vez que pase todo, me daré cuenta de que no fue nada. Yo mismo me encargaré de que así sea".



Los recuerdos que conformaron los sueños fueron tan variados como el gran número de personas que participaron en la fiesta. A pesar de que era evidente de que estaban guardados en algún rincón de sus mentes, eran remembranzas que llevaban un largo tiempo olvidadas, como viejos álbumes de fotos que no harían otra cosa más que acumular polvo en una repisa.

Cada persona se reencontró con recuerdos diferentes. Alguno rememoró lo mal que le cayó su mejor amigo la primera vez que lo conoció; otros, el paisaje que coloreaba el camino de vuelta a casa tras un cansado día de trabajo. A pesar de lo distintas que eran esas escenas, todas tenían un punto en común: una vez que un recuerdo se convertía en una remembranza entrañable, se hacía borrosa la línea que diferenciaba las pequeñas alegrías de las tristezas, y ese hecho en sí mismo se percibía hermoso.

"Está claro que ese recuerdo me pertenece, pero ¿de dónde ha salido para visitarme en el sueño de anoche?"

Después de despertar de sus sueños, aquellos que participaron en la celebración tuvieron la oportunidad de evocar sus días pasados.



Después de celebrarse de día y de noche durante una semana, la fiesta estaba llegando a su fin. Penny pudo empezar a disfrutar de ella sólo después de comprobar que todos los clientes asiduos que estaba esperando habían pasado por allí.

En el puesto dedicado a las nuevas tecnologías de elaboración de sueños se rotaban investigadores diferentes cada día para presentar productos y técnicas novedosos de la industria onírica. La chica se encontraba tomando un helado mientras escuchaba la explicación que estaba dando el joven investigador de turno.

—El ámbito de mi estudio son los "sueños entrelazados", es decir, la posibilidad de pasar de un sueño a otro sin despertarse a la mitad. En particular, estoy haciendo todo lo posible por desarrollar una técnica que nos permita seguir teniendo un sueño agradable que desafortunadamente se nos haya interrumpido si volvemos a dormirnos en diez minutos. ¿Le gustaría entrar y probarlo? Le llevará unos treinta minutos.

—No, no estoy interesada, pero gracias por la explicación —respondió Penny.

Ella no quería desperdiciar media hora del poco tiempo que quedaba del festival durmiendo en uno de los puestos. En cambio, se sintió atraída por otro donde se vendía una gran variedad de atrapasueños. Ordenados por tamaño, había expuestos cientos de aquellos bonitos objetos que interceptaban las pesadillas y dejaban pasar los sueños apacibles.

—¿Este enorme de acá va enchufado a la corriente eléctrica?

—Sí. Este atrapasueños es auténtico en el sentido de que tiene un sensor para detectar la energía de las pesadillas —le explicó el vendedor. Cuando activó el interruptor, las plumas del atrapasueños comenzaron a rotar de forma violenta, tanto que parecía más apropiado para ahuyentar a los insectos—. Va dando vueltas así, y cuando capta la más mínima señal de que hay una pesadilla cerca, hace sonar una alarma a un volumen bastante alto.

Al oír eso, la chica pensó que le iría mejor comprar un atrapasueños de los convencionales.

De repente, el aparatoso objeto que seguía girando emitió un sonido atronador.

—¿Qué está pasando? —dijo el vendedor, inspeccionando los alrededores.

En ese momento, Nicolás y Maxim, quienes justo estaban transitando por esa zona, se quedaron paralizados del susto.

—Ah, parece que ha sonado por Maxim. Disculpa, ¿te importaría apartarte un poco? Como sabes, es un dispositivo que detecta la energía de las pesadillas…

El joven creador, sin recuperarse todavía de la sorpresa, obedeció al vendedor y retrocedió unos pasos hasta que, al pisar mal la alfombra, se tambaleó a punto de caerse. Varios que estaban allí no pudieron aguantarse la risa, sobre todo porque Maxim, al no esperarse el tropiezo, se agarró por inercia a las plumas del atrapasueños, y éste emitió un sonido aún más ensordecedor como si protestara por ello.

Al ver a Maxim tan desconcertado, Penny se sintió mal por él. Le dio lástima porque parecía que lo estaban tratando a él mismo como una pesadilla por la simple razón de dedicarse a crear malos sueños.

—¡Apague el interruptor! —gritó la chica.

Sin embargo, Nicolás ya había desactivado el aparato dándole una patada al enchufe.

—¡Cacharro barato! —dijo tras dar aquella gran patada.

Maxim se apresuró a desaparecer de allí con la cabeza gacha, como si se sintiera culpable por lo ocurrido.

Penny regresó a la tienda bastante cansada. Tenía el estómago a estallar de todo lo que había comido y se sentía aturdida por la cantidad de gente con la que se había cruzado.

Summer y Mog Berry no se daban abasto entreteniendo a los clientes con el test de personalidad. Del éxito tan inesperado que tuvo, hasta los visitantes forasteros hacían fila para conocer sus resultados. En la fila también se encontraban charlando animadamente algunos empleados de la Oficina de Atención al Cliente con sus uniformes verdes. Se veían muy alegres, con un humor totalmente diferente de cuando estaban en su trabajo.

Tras esquivar a las personas que hacían fila, la chica por fin llegó a la recepción donde se quedó de pie al lado de su jefe.

—Señor Dallergut, ¿usted también hizo el test de personalidad? Seguro que le habrá salido como resultado el tipo del Tercer Discípulo.

—Por supuesto y, además, no sólo una vez. Mog Berry se empeñó en que lo hiciera cinco veces. Cada vez me dio un tipo diferente.

—¿En serio? Quién lo diría. Parece que yo soy del tipo del Segundo Discípulo y creo que, aunque lo pruebe de nuevo, me saldrá el mismo resultado. A propósito del tema, a mí me agrada la labor que hacen Atlas en su cueva y Maxim con sus creaciones, pero me pregunto si las personas que tienen una personalidad similar a la del Segundo

Discípulo poseen virtudes bien definidas como los otros.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Te ha ocurrido algo?

—Ya sabe, Maxim se dedica a elaborar pesadillas que hacen revivir traumas del pasado y Atlas cultiva recuerdos en la cueva donde reside. Ambos son consecuentes con sus ideas, pero por alguna razón me parecen trabajos muy solitarios —explicó Penny, mientras recordaba la expresión de desconcierto que había puesto Maxim momentos antes.

—En mi opinión, el hecho de que pongan énfasis en los eventos pasados no tiene tanto que ver con la soledad. La primera vez que Maxim salió de la cueva para montar su taller de pesadillas me preocupó un poco, pues me pareció que ahí se sentiría sólo. Pero ya ves, este año, cuando él y Nicolás emprendieron el negocio de las galletas de la fortuna, me sentí mucho más tranquilo, pues había encontrado un compañero con el que trabajar por un propósito en común. Supe que así ya no se sentiría sólo. Lo mismo pasa con Atlas, que trabaja codo con codo con los noctilucas. De igual manera, este año yo tampoco me he sentido solo pues tengo al lado a una empleada como tú, que se apasiona por los mismos objetivos que yo me he trazado. Es más, me diste confianza y seguridad. Y creo que ha sido gracias a ti que volvieron a visitarnos muchos de nuestros clientes fijos. Has hecho un gran trabajo, Penny.

—Me tranquiliza que me diga eso, señor Dallergut.

—Y en cuanto a lo del test de personalidad, te diré que no te empeñes en encasillar tu identidad al resultado que te dio. Ésa no es la función para la que está hecha la prueba.

A continuación, él sacó del bolsillo de su abrigo una caja con las tarjetas del test de personalidad que se veía como nueva.

—¿Usted también lo tiene?

—Participé en su elaboración, así que tomé varios como recuerdo. Para ser un obsequio que dan con la compra de un libro, está bastante bien hecho, ¿no crees? Mira lo que aparece escrito en el reverso —dijo Dallergut, mostrándole a la chica la parte posterior de la caja de las tarjetas.

> *Hay que vivir el ahora disfrutando de la felicidad presente, sentir ilusión por la felicidad que nos traerá el futuro y rememorar el pasado para descubrir la felicidad que pasó desapercibida.*

—Estas tarjetas no sirven para averiguar rasgos de personalidad

concretos. Son una herramienta para que comprendamos con facilidad cómo nos estamos tomando la vida en este momento o en qué situación nos encontramos. Por eso, que nos salga un resultado diferente cada vez que hagamos el test es algo natural.

Dallergut sacó las tarjetas de la caja. En la que estaba al frente del montón se observaba la imagen del Dios del Tiempo abrazando un trozo del presente. Quizá por mera casualidad, aquel montón de tarjetas opacas emitió un destello haciendo que la cara de Penny se reflejara en la superficie.

—A veces me da por pensar que aquellos discípulos no son tres personas distintas, sino tres facetas de la misma persona que van cambiando según la etapa por la que está transcurriendo su vida. Todos nacemos con un tiempo que es enteramente nuestro, así que nosotros mismos somos el Dios del Tiempo. ¿No es asombroso?

—¡Vaya, pues sí que podría interpretarse de esa manera! —exclamó Penny.

La chica sintió una agradable sensación de plenitud al pensar que ella misma era la dueña de su presente, pasado y futuro.

—Y esto puede aplicarse a todos, tanto a los clientes como a nosotros. Hay veces en que vivimos fieles al presente, mientras que en otras nos aferramos al pasado o vamos a toda prisa con sólo el futuro en mente. Es normal que pasemos por esas rachas. Lo que quiero decir es que tenemos que ser pacientes. Aunque ahora mismo la gente no acuda a la tienda a tener sueños, en algún momento de la vida sentirán la necesidad de soñar.

—Sí, entiendo bien a lo que se refiere.

—¡Señor Dallergut, los sueños que preparamos están a punto de agotarse! ¡Y todo porque salí a ponerle ganas para atraer a la clientela! ¡Espero que se acuerde de esto en la negociación de sueldo para el año que viene! —gritó desde lejos Motail.

—Veo que Motail está tan lleno de energía como siempre. No todos los clientes asiduos volverán a visitarnos a raíz de una celebración puntual como ésta y seguirá habiendo personas que acudan a la Oficina de Atención al Cliente o a la Lavandería Noctiluca, pero lo que nosotros debemos hacer es tener preparados sueños para todos los gustos y esperar…

—Porque en algún momento de la vida todos se encontrarán en la situación de necesitar alguno de ellos, ¿verdad?

En ese mismo instante pasó por delante de la recepción un cliente que se despidió de ellos tímidamente y se dirigió a la salida de la

tienda. Se iba con las manos vacías.

—Señor, ¿no ha encontrado ningún sueño que sea de su agrado?

—No es eso, es que hoy tengo la sensación de que estará bien dormirme sin soñar nada —dijo el hombre con una sonrisa modesta.

—Lo entiendo, todos tenemos días así —respondió Penny, comprensiva.

—No me esperaba que la dependienta de la tienda me dijera eso. Pensé que iba a intentar persuadirme de que comprara algún producto —contestó el cliente, mirando a los ojos a la chica.

—No hay prisa ninguna, pues lo veremos por aquí todos los días, ¿no? —contestó ella. Una sonrisa iluminaba su rostro. Su expresión se asemejaba a la de Dallergut, que estaba a su lado—. ¡La Galería de los Sueños siempre estará aquí a su disposición.



Epílogos
1. La Gala de Premios de ese año



Después de tener lugar la pijamada, la avenida comercial fue testigo de una época de prosperidad sin precedentes. Aparte de la Galería de los Sueños de Dallergut, los demás comercios que participaron en el evento vieron un marcado crecimiento en sus números de ventas. De entre ellos, el negocio que dio el mayor salto fue Bed Town, la fábrica de camas y edredones de alta calidad. Gracias a la gran cantidad de artículos de su nueva línea de productos que pusieron a disposición en la fiesta, los participantes pudieron permitirse el lujo de comer los refrigerios que quisieron sobre las camas, y fue precisamente ese pequeño capricho lo que les dio a todos una gran satisfacción. La agradable experiencia que Bed Town facilitó durante la celebración se tradujo automáticamente en una preferencia general por sus juegos de ropa de cama, los cuales se agotaban enseguida cada vez que eran repuestos en las tiendas.

Por otra parte, los empleados de la Galería no paraban de comentar entre ellos lo mucho que habían ascendido las ventas de los productos de la segunda planta en los últimos días. Unos cuatro meses tras el evento, la misma planta estaba generando incluso mayores beneficios que la primera. El secreto de ese éxito era nada más y nada menos que el ambicioso proyecto que habían emprendido Vigo Mayers y sus subordinados: un servicio de personalización con grabados. Con Vigo a la cabeza, los trabajadores estuvieron día y noche devanándose los sesos para dar con una idea y mantener la popularidad de la ya bastante olvidada “Sección de Rutinas Diarias”, hasta que finalmente se les ocurrió ofrecer un servicio de grabado a los clientes en el momento que compraran algún sueño. Con la herramienta de grabado a cuchilla que adquirieron, escribían el nombre de los clientes en la

funda del producto, en vez de el del creador que lo hubiera lanzado.

"Dado que quien posee los recuerdos de su pasado es el propio cliente, el creador del sueño es obviamente el cliente mismo. Todos nosotros somos creadores formidables, incluso más que los profesionales. Tanto los que se dedican a elaborar sueños como a venderlos no podrían confeccionar estos magníficos productos de no ser por usted".

Cuando Vigo les decía eso a los clientes mientras les entregaba sus adquisiciones, ellos las recibían admirados y de camino a la salida de la tienda no dejaban de contemplar el grabado con su nombre en la funda del artículo.

—Si esas palabras salieran de la boca de Motail no causarían tanta impresión entre los clientes. Hace falta que las pronuncie alguien como Vigo, del que nadie piensa que dice cosas por decir —opinó Speedo, dando su propia interpretación al éxito de la segunda planta.

Todos menos el propio Motail se mostraron de acuerdo. Se notaba que se encontraba descontento porque la segunda planta estaba absorbiendo tanta clientela y, como consecuencia, el número de productos que acababan en la zona de saldos de la quinta planta cada vez era menor.

—Los expertos en usar la labia para hacer buenas ventas somos los de la quinta planta. Desacelere un poco, señor Mayers.

Sin embargo, el secreto de la popularidad de la Sección de Recuerdos iba más allá de eso.

Dado que los productos también llevaban el sello que certificaba su fabricación a base de ingredientes inocuos, esto atrajo a muchos padres que arrastraron a sus hijos a la segunda planta para evitar que los niños eligieran alguno de los excesivamente excitantes de la tercera.

—Mamá, déjame tener los sueños que yo quiera.

—Te compraré solamente uno, y lo podrás elegir siempre que yo te dé el visto bueno. Ya llevas una semana entera teniendo los que te dio la gana.

Penny había leído en *Cuestión de Interpretación* un artículo destacado que decía que la moda más reciente era regalarse a uno mismo por su cumpleaños un artículo de la segunda planta de la Galería con su nombre grabado, como si fuera el creador del artículo.

Como la popularidad se prolongó hasta finales de año, los que se habían reunido en la Galería para ver la Gala de los Premios en

pantalla grande no paraban de escuchar comentarios sobre Vigo Mayers y la Sección de Recuerdos.

—Vi a Vigo con una sonrisa de oreja a oreja mientras contemplaba la funda de un sueño donde había grabado su nombre en la parte donde va el nombre del creador. Seguro que la idea del servicio de grabados la inventó él para consolarse por no haber podido llegar a ser creador —chismorreaba uno que otro leprechaun de los que había sentados en el borde del respaldo de las sillas.

Penny, que se encontraba sentada cerca, les dirigió una mirada fulminante a los duendecillos. Ese año había llegado a conocer mejor a Vigo y, por lo tanto, se sentía muy molesta cuando oía a otros chismear sobre él sin fundamento.

Al haberse corrido la voz de que no había lugar mejor para ver la entrega de premios que la Galería de los Sueños, se había conglomerado un gran número de personas en el vestíbulo para esperar que la transmisión de la Gala comenzara. Aparte de los noctilucas, se podían ver entre ellas a creadores que no solían aparecer en la avenida comercial.

Los transeúntes y animales que pasaban por la calle se apelotonaron frente a la puerta principal y se asomaron por los escaparates para observar el interior del establecimiento.

—Si quieren, pueden entrar a ver la Gala con nosotros —les decía Dallergut, invitándolos de buen grado a pasar.

De sólo un vistazo, cualquiera podía darse cuenta de que el número de personas que habían entrado superaba con creces el de las sillas disponibles.

El propietario, que se había percatado de ello al momento, dio una sonora palmada antes de decir en voz alta:

—¿Qué les parece si retiramos las sillas y nos sentamos en el suelo? Por suerte, las alfombras no nos faltan.

En cuanto lo oyeron, los empleados de la tienda empezaron a moverse en sincronía hasta que consiguieron hacer el espacio suficiente para que cupieran todos.

Weather ajustó la iluminación para que fuera más tenue que de costumbre y puso aquí y allá algunas velas que sobraron de la pijamada para crear un ambiente acogedor. Como resultado, se apaciguó el murmullo de los presentes. Penny se sentó cómodamente en una alfombra junto a Assam.

De alguna parte, apareció un gato de pelaje anaranjado que se

subió al regazo del noctiluca para acurrucarse ahí.

—¡Qué bien sabes dónde está el sitio de descanso más mullido! —murmuró Assam.

Penny estaba pendiente de cómo Dallergut batallaba con el proyector para conseguir que saliera la imagen. Se pasó un buen rato vacilando mientras sostenía dos cables en la mano y, sorprendentemente, al acertar la primera vez el lugar correcto donde iban enchufados, los presentes enseguida pudieron ver la emisión en la gigantesca pantalla.

—Señor Dallergut, aquí hay un sitio libre, siéntese —lo apremió Weather.

Ambos se sentaron en una alfombra junto a Doje y Yasnooz Otra. Parecía que Doje había venido a insistencia de Otra, pues traía cara larga, sobre todo porque tenía al lado a Speedo molestándolo.

—Señor Doje, ¿dónde suele comprar su ropa? Cuando se quita ese moño que lleva, ¿tiene el pelo tan largo como yo? ¿Llevar siempre la toga del mismo color es su sello personal? Sabe, a mí también me gusta repetir prendas del mismo corte. Creo que tenemos muchos puntos en común —parloteaba el encargado de la cuarta planta.

—No se trata de un sello personal. Me visto así porque me gusta.

Penny había visto cómo antes Doje se había movido discretamente para no dejar espacio libre, temiendo que Speedo encontrara un hueco para sentarse ahí.

Además de Doje y Otra, había muchos otros famosos cerca de la chica y Assam; detrás del noctiluca se encontraban Kick Slumber y Animora Bancho, el creador de *Sueños que tienen los animales*. Assam era fan del primero desde hacía mucho tiempo y fingía observar cómo los perritos que siempre acompañaban a Bancho jugueteaban, mientras giraba la cabeza de vez en cuando para mirar con disimulo a Kick.

—Penny, parece que tenemos la Gala aquí y no en la pantalla.

—No es para que te pongas tan nervioso, Assam.

El noctiluca daba unos profundos suspiros con el fin de calmarse, mientras acariciaba al gato que reposaba sobre sus piernas.

—¿Cómo quieres que no me entren los nervios? ¿Acaso no has visto a quién tengo sentado detrás de mí?

—Pues sí, la verdad es que te comprendo.

A la chica le pareció raro que Kick y Bancho estuvieran ahí en la tienda y no presentes en la Gala, pues a éste le habían dado el año anterior el *Premio al best seller de diciembre*, y a aquél ni más ni menos

que el Grand Prix.

—¡Miren todos hacia la pantalla, en breve saldrá el señor Mayers! —exclamó entusiasmado uno de los empleados de la segunda planta.

La Gala ya llevaba un rato transmitiéndose y en ese momento el presentador anunciaba al ganador del premio al *best seller*:

—Estoy seguro de que no pueden esperar más. ¡El premio al *best seller* del mes va para los sueños de la Sección de Recuerdos de la segunda planta de la Galería de los Sueños! Debido a que el creador de esos sueños es el consumidor, no es posible entregárselo a nadie en particular. Por eso, ¡le cedemos el honor de recoger el premio al encargado principal de la segunda planta, Vigo Mayers!

Debido a la notable cantidad de ventas, se trataba de algo que ya todos habían anticipado. A la mayoría de la gente que estaba en el vestíbulo no le tomó por sorpresa la noticia. Los compañeros de planta de Vigo, por su parte, no escatimaron los vítores y brindis para celebrarlo.

En la pantalla se veía a Vigo que había asistido a la Gala con el mismo traje que se ponía para ir a trabajar, pero, dada la ocasión, había añadido una corbata de moño a su atuendo. A causa de los nervios, se bajó del escenario en cuanto recibió el premio sin dar un discurso de recepción. Sin embargo, tuvo que volver a subir cuando el presentador se lo recordó.

—No se puede ir sin más. Basta con que nos ofrezca unas palabras acerca de cómo se siente. Adelante, ahí tiene el micrófono. Parece que los nervios le han jugado una mala pasada, señor Mayers. ¡Damas y caballeros, un aplauso para él!

Vigo volvía a estar en el centro del escenario. Por unos momentos se puso a pensar en qué diría mientras se atusaba el bigote.

—Teniendo en cuenta que estrictamente no es un premio que se me haya concedido a mí, me resulta un tanto embarazoso dar un discurso. Mi sueño de siempre fue ser galardonado en esta ceremonia y finalmente se ha cumplido, aunque de una manera que no me esperaba. Agradecería inmensamente que no decayera nunca el cariño que han demostrado por los ordinarios, pero a la vez especiales, sueños de la segunda planta de la Galería de Dallergut. Bueno… Supongo que ya puedo volver a mi asiento —agregó Vigo, tras dar aquel breve discurso, para inmediatamente bajarse del escenario.

—¡Cómo puede ser tan soso hasta para dar el discurso de recepción! Por lo menos, se nota que está de mucho mejor humor que de costumbre —dijo Mog Berry mientras tomaba una cerveza sin

alcohol. Estaba sentada en la misma alfombra donde estaba Kick Slumber acariciando los perros de Bancho—. Veo que este año ni uno ni otro quedaron nominados para ninguna categoría. Seguro que están algo decepcionados, ¿no? —añadió, dirigiéndose a Kick y a Bancho.

—Pero el año que viene nos van a dar el Grand Prix a nosotros —replicó Kick en forma inesperada.

—¿Qué es eso de "nosotros"? ¿Piensan sacar un nuevo sueño creándolo de manera conjunta? —preguntó Penny, que estaba al lado.

—Así es. Los dos tenemos un nuevo proyecto entre manos. ¿Verdad, Bancho? —respondió Kick.

—Sí, es todo un honor para mí colaborar con él. El señor Slumber crea sueños en los que podemos ponernos en la piel de un animal, mientras que, en los míos, los protagonistas son los animales. Hay un sueño bastante factible que integra a la perfección estas dos cosas.

—¿Qué tipo de sueño?

—Penny, ¿sabes cuáles son los animales que nunca han vivido como tales?

—¿Qué quieres decir con eso? Parece que a todo el mundo le encanta jugar a las adivinanzas conmigo.

—Ja, ja, perdona. Supongo que la pregunta te ha dejado desconcertada. Vamos a crear un sueño para los animales que viven encerrados en un zoológico. Lo hacemos con la idea de que puedan disfrutar, al menos durante un tercio de sus vidas, del lugar en el que deberían estar.

—¡Cielos, nunca imaginé que podría crearse un sueño así! Si de verdad lo sacan adelante, espero que a nadie se le ocurra nunca más golpear los cristales de las jaulas donde los animales duermen en los zoológicos. Sería desperdiciar unos sueños que se han hecho con todo esmero —apuntó Penny, enormemente ilusionada por la novedosa creación que llegaría el siguiente año a los mostradores de la cuarta planta.

Ya sólo faltaba por anunciar quién sería el ganador del Gran Prix del año. Por alguna razón, no se notaba expectación alguna entre los espectadores. Todos parecían saber para quién sería el galardón.

—Assam, ¿a quién crees que premiarán este año? —le preguntó la chica a su peludo amigo.

—¿Es que no te has enterado del rumor?

—¿Qué rumor?

—Se cuenta que la señora Coco Siestadebebé ha recuperado la

creatividad de su mejor época. Por tanto, no quedan más competidores.

Al mismo tiempo que el noctiluca le contestaba a la chica, el maestro de ceremonias de la Gala anunció al ganador:

—El honorable Grand Prix de este año es para… ¡Coco Siestadebebé y su creación *Recuerdos del sueño premonitorio de un embarazo*!

Al mismo tiempo que se escuchaba una estruendosa ovación, por la pantalla salía una Coco elegantemente vestida subiendo al escenario, escoltada por uno de sus asistentes.

—En la pijamada organizada este año, la señora Coco les trajo a los papás y mamás el mismo sueño conmovedor que les anunciaba que habían concebido un bebé. La crítica ha calificado la creación como "una pieza maravillosa con la cual una pareja revive la emoción de cuando se enteró por primera vez de la noticia". ¡Escuchemos ahora lo que tiene que decirnos la creadora en persona acerca de su obra!

Antes de comenzar a hablar, la creadora ajustó el micrófono a su pequeña altura.

—Quién diría que esta viejita recibiría otra vez en vida el Grand Prix, ¿cierto? Tengo la sensación de que mi futuro todavía se ve prometedor. Fueron muchas cosas las que sentí al transmitir de nuevo esas emociones que se producen al ver las dos rayas rojas en un test de embarazo o la primera ecografía. Imaginé lo bien que estaríamos si todos pudiéramos tratar a la persona que tenemos al lado albergando la misma ilusión que sentimos al conocerla. Personalmente, me gustaría seguir haciendo esta labor con la misma pasión que tenía cuando empecé. Quiero decirles algo a los creadores de todo el país que ya tienen sus años: ¡espero que se animen a echarle ganas al verme a mí!

En ese instante, la cámara enfocó a Nicolás, quien se levantó de su asiento para ofrecerle un aplauso. Él raramente asistía a la Gala de los Premios a los Sueños, pero este año estaba allí presente y hasta se había puesto un traje formal para la ocasión. Cada vez que Nicolás salía en pantalla, la cámara también capturaba a un Maxim ruborizado que estaba sentado en el asiento contiguo.

—Parece que a la señora Coco Siestadebebé todavía le quedan bastantes días de esplendor por delante —dijo Doje, mientras aplaudía admirado.

—¡Impresionante! Espero que yo tampoco me esté quedando atrás. El año que viene debería poner mis miras en el Grand Prix con la

versión oficial de *Otra Vida* —dijo Yasnooz Otra con resolución, a la vez que erizaba el plumaje de su abrigo.

El reloj estaba a poco de marcar la medianoche. Mientras esperaba la cuenta atrás, Penny deseó que para el siguiente año, tal y como había dicho Coco, pudiera ser capaz de trabajar con la misma ilusión que cuando empezó. A su vez, pidió el deseo de ver también en años venideros la Gala en la Galería de Dallergut junto a todas las personas que estaban allí.

2. Maxim y el atrapasueños



Tras aquel último día del año lleno de jolgorio, se abrió paso un nuevo año. Las temperaturas habían venido bajando con cada día que transcurría y, en esa fecha en particular, hasta caía aguanieve. Penny decidió quitarse los guantes que se le habían mojado. Lo único que pensaba en esos momentos era llegar a su destino cuanto antes, pues se le estaban congelando las manos. Iba caminando por la calle con un paso algo torpe porque llevaba en brazos una bolsa de papel que era casi de su propio tamaño. Las asas, al ser poco resistentes para soportar el peso del contenido, se le habían roto hacía ya un buen rato.

La chica empezaba a preguntarse si no se estaba metiendo en camisa de once varas, pero se dio cuenta de que ya estaba frente al taller de pesadillas de Maxim. En la entrada había pilas de hojas secas ya congeladas, que probablemente estaban ahí desde el pasado otoño, junto a una gran cantidad de objetos que ya no servían. Si había algo que lucía diferente respecto a la ocasión en la que visitó el lugar por primera vez, era que ahora había unas cortinas de un color gris oscuro en las ventanas. Las que había antes eran negras como la brea.

Una vez que subió el escalón frente a la puerta, no se decidía a entrar y se quedó unos momentos sacudiéndose los pies para quitarse la sensación de entumecimiento. Estaba pensando en qué debería decirle a Maxim al encontrarse con él, cuando la puerta se abrió bruscamente.

—Penny… ¿Cómo es que estás aquí? —preguntó Maxim con cara de estar sorprendido. El joven creador llevaba puesto un suéter tejido de color gris.

—Ah, hola…

—¿Por qué no has llamado a la puerta? Con el frío que hace acá

afuera. Pasa.

—Sí, la verdad es que hace un poco de fresco. Más bien dicho, hace un frío tremendo. Y ni que decir de la nieve. Se nota que estamos en invierno, lo normal es que haga frío, ¿no? Bueno, estoy aquí sólo para darte esto. Creo que no es necesario que pase —le dijo Penny, hablando disparatadamente mientras le entregaba la enorme bolsa.

—No sé qué me traes, pero no te puedo despedir sin más, sobre todo cuando estás congelandote por el frío. Vamos, entra.

Aunque Maxim no la estaba obligando a pasar, de seguir así, los dos acabarían convertidos en muñecos de nieve. A sus pies, la nieve se iba acumulando cada vez más. Al tiempo que aceptaba la sugerencia, Penny comenzó a arrepentirse de haber ido a verlo.

El taller de pesadillas se veía más desorganizado que cuando la chica había estado allí con Dallergut. Parecía como si el creador se hubiera quedado corto de espacio para colocar los ingredientes con los que elaboraba los sueños, pues ahora había unos estantes en la pared que antes no estaban. En el espacio que quedaba libre debajo de éstos, había instalados unos ganchos de donde colgaban unas bolsas de malla con más ingredientes. En su mesa de trabajo había varios amasijos pequeños de trasfondos para sueños. Todavía en sus envoltorios transparentes, podía apreciarse que eran una mezcla de colores misteriosos que recordaban a unos planetas en miniatura.

—Espera aquí sentada, te prepararé un té caliente —dijo Maxim señalando hacia la silla que había frente a la mesa.

Mientras él hervía el agua, Penny se estuvo debatiendo sobre si sacar o no lo que traía en la bolsa.

—Toma. Éste es el té que me gusta tomar cuando estoy trabajando. No tiene ninguna propiedad en particular, pero sí una fragancia muy agradable. Por cierto, ¿por qué has venido a visitarme? Dudo que a los empleados de la Galería los envíen a festejar con los creadores el Año Nuevo, allí ya están demasiado ocupados. La verdad es que me ha sorprendido que vinieras tú sola a verme.

Al observar de reojo la expresión amable con la que el creador le hacía esa pregunta, la chica decidió revelarle la razón de su visita sin más rodeos.

—Prométeme que cuando veas esto no te vas a burlar de mí.

Tras dar un profundo suspiro, ella sacó lo que llevaba en la bolsa y lo puso en la mesa. Se trataba de un objeto de generosas proporciones que llevaba colgados varios elementos.

—Pero si es un atrapasueños.

—¡Exacto! —exclamó Penny sonriendo, alegrándose de que Maxim hubiera reconocido qué era.

Debido a que el atrapasueños que había hecho a mano se veía un tanto descuidado, la chica había vacilado antes de mostrárselo, pero sintió un gran alivio al comprobar que él había captado al momento de qué objeto se trataba.

—¿Lo has hecho tú misma?

—Pues claro. ¿Dónde venderían un atrapasueños así de desastroso? —respondió ella con una tímida sonrisa, mientras invitaba a Maxim a mirar más de cerca los elementos que colgaban del obsequio.

En el bastidor circular del atrapasueños había una red de macramé con ornamentos —como plumas, cuentas de collar y conchas de mar— entrelazados y en excesiva cantidad; era obvio que los había añadido al entramado para disimular lo mal que estaba tejido.

—Es precioso —dijo Maxim embobado, como si tuviera delante el atrapasueños más exquisito que nunca había visto en su vida. Era imposible que estuviera fingiendo aquella expresión.

Penny pensó que el creador se reiría en su cara diciendo que había desperdiciado en vano los materiales para hacer la manualidad, pero la tomó por sorpresa ver que mostraba una reacción completamente diferente a la esperada.

—Pero ¿por qué me lo das a mí? Apuesto a que te costó mucho trabajo elaborarlo.

Sin ocultar su asombro, Maxim había hecho la pregunta que la chica tanto temía. Ella se había planteado durante varios días no ir a verlo por la mera razón de no sentirse confiada de poder responderla.

—No tiene ningún significado en particular. Bueno, la verdad es que sí lo tiene. Lo que quiero decir es que no necesitas sentirte presionado por el regalo. Te vi en la pijamada, creo que el último día, y me fijé en que te llevaste un mal rato al pasar delante de aquel atrapasueños. Así que, a pesar de que éste no funcione como tal… bueno, y de que no sea muy vistoso… se me ocurrió regalarte uno hecho a mano. Y por eso… —le explicó Penny, intentando elegir sus palabras de la forma más cautelosa posible.

La chica no había podido olvidar la expresión de desconcierto que había puesto Maxim cuando el atrapasueños armó aquel lío al detectar en él la energía de las pesadillas.

El creador se quedó callado.

—Si te ha hecho sentir incómodo, puedo llevármelo de vuelta sin

más. Simplemente pretendía… —empezó a balbucear Penny.

Sin embargo, el joven se apresuró a disuadirla con un gesto de la mano.

—¡Para nada! Es que me quedé sin saber qué decirte. Nunca me he sentido tan contento al recibir un detalle. ¿Cómo describir la sensación que tiene uno cuando le dan el regalo más asombroso de su vida? —le preguntó Maxim con toda seriedad.

—Bueno, tampoco es para tanto… Como sea, me alegro de que te haya gustado.

Ella se puso de pie con el atrapasueños en la mano y paseó rápidamente la vista por el taller.

—A ver, a ver… Creo que quedaría bien colgado de ese gancho de acá —dijo, colocándose de espaldas a las cortinas grises y señalando hacia el estante de ingredientes más alto—. Bien, si lo ponemos así… ¡No luce nada mal! Maxim, ven acá y dime qué te parece.

Él también se acercó al estante, dándole la espalda a la ventana. A través del aro del atrapasueños de color blanco se podía observar la totalidad de su espacio de trabajo.

—De ahora en adelante, todas las creaciones que hagas aquí pasarán por este atrapasueños y saldrán al mundo exterior convertidas en sueños que ayudarán a la gente.

—¡Vaya, eso suena fabuloso! —exclamó el joven, mientras seguía encorvado contemplando el objeto.

Un ambiente excesivamente silencioso y sombrío reinaba en el taller, donde ni siquiera sonaba un poco de música. Penny se había quedado sin nada más que decirle a Maxim y, por tanto, volvió a pensar que presentarse sola allí había sido una decisión demasiado precipitada. El creador continuaba ahí de pie como si fuera la imagen detenida de una película. La chica, al estimar que él no seguiría la conversación ni la encauzaría hacia otro tema, sintió que debía hacerlo ella hablándole de cualquier cosa, o bien optar por despedirse para acabar con aquel momento tan incómodo. Cuando abrió la boca para decir lo primero que le viniera a la mente, fue Maxim quien rompió inesperadamente el silencio.

—Penny, ¿estás contenta trabajando en la Galería?

—¿Cómo? ¿Por qué me preguntas eso de pronto?

—Me dio curiosidad. Cuéntamelo.

—Pues la verdad es que me encanta. Aunque, por supuesto, hay veces en las que me siento muy cansada o surge algún asunto duro de pelar. Aun así, me hace feliz ser capaz de acompañar a tantas personas

en una parte de sus vidas. ¿Qué me dices de ti? ¿Te gusta vivir dedicándote a la creación de sueños? Ay, te acabo de hacer una pregunta que tiene una respuesta obvia. En la Lavandería Noctiluca escuché al señor Atlas decir que le echaste mucho coraje para dejar la cueva y esforzarte con el fin de convertirte en creador. Está claro que tomaste esa decisión porque sientes pasión por la profesión.

—Vaya, se lo oíste decir a mi padre. Así es, me siento muy atraído por la creación de sueños.

—¡Bueno, déjame preguntarte otra cosa! ¿Cuál fue el momento más feliz que tuviste después de abandonar tu casa?

—Ahora. El mejor momento es ahora mismo —respondió él, sin ningún atisbo de duda en la forma en que pronunció esas palabras.

Sin saber cómo continuar la conversación, la chica le dio un largo sorbo al té que todavía estaba bastante caliente.

—Por cierto, Penny, acabo de recordar una expresión que es ideal para describir un momento realmente feliz.

—¿Sí? ¿Cómo lo expresarías?

—Con una frase muy propia del Segundo Discípulo.

—¿Cuál?

—“Hoy me ha surgido un recuerdo digno de guardar en la memoria. El telón de fondo de todos mis buenos sueños será, a partir de ahora, este lugar donde me encuentro”.

Penny pensó que hacía mucho tiempo que no escuchaba a nadie decir una cosa tan sentimental como ésa. Nunca habría imaginado que Maxim recitaría algo así. No obstante, al haber pasado dos noches en vela armando el atrapasueños, de pronto cayó en cuenta de que lo que ella había hecho superaba en melosidad a las palabras del joven y, en consecuencia, estalló en carcajadas.

En ese instante, el atrapasueño dio varios giros en el aire haciendo que sus ornamentos produjeran un tintineo al chocar entre sí. El sonido armonizaba muy bien con las risas todavía algo nerviosas que dejaron escapar ambos.



Miye Lee nació en Busan y, tras licenciarse en ingeniería de materiales, trabajó como ingeniera en el campo de los semiconductores. Al autopublicar digitalmente su primera novela, *El sueño que busca está agotado* (actualmente titulada *La gran tienda de los sueños*), alcanzó el 1812% de su financiación gracias a los lectores a través de internet, lo cual propició su publicación posterior en papel. Más tarde consiguió ser uno de los libros más vendidos en Corea en 2020 y 2021.

Según ella misma confiesa, suele tener sueños de los que se quedan en la memoria. Le gusta comenzar el día después de haber disfrutado de ocho horas de sueño reparador y odia pasarse la noche en vela trabajando.

Este libro es publicado con el apoyo de Literature Translation Institute of Korea (LTI Korea).

LA GRAN TIENDA DE LOS SUEÑOS 2

El caso de los soñadores perdidos Título original: *Dallergut Dream Department Store 2: I'm Looking for Regular Customers* (달러구트 꿈 백화점 2 단골손님을 찾습니다) © 2021, Miye Lee

Publicado según acuerdo con Sam & Parkers Co., Ltd. c/o KCC
(Korea Copyright Center Inc.), Seúl, y Chiara Tognetti Rights Agency, Milán Traducción: Charo Albarracín (del coreano) Imagen de portada: Jeewoo Kim

D.R. © 2024, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México www.oceano.mx
www.grantravesia.com

Primera edición en libro electrónico: junio, 2024

eISBN: 9786075579368

Libro convertido a ePub por:
Mutare, Procesos Editoriales y de Comunicación, S.A. de C.V.

OCEANO GRANTRAVESÍA


www.oceano.mx



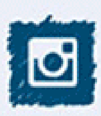
www.grantravesia.com


www.facebook.com/oceanograntravesia


www.twitter.com/oceanoGTravesia



www.youtube.com/user/oceanotravesia


www.instagram.com/grantravesia



Índice



Table of Contents